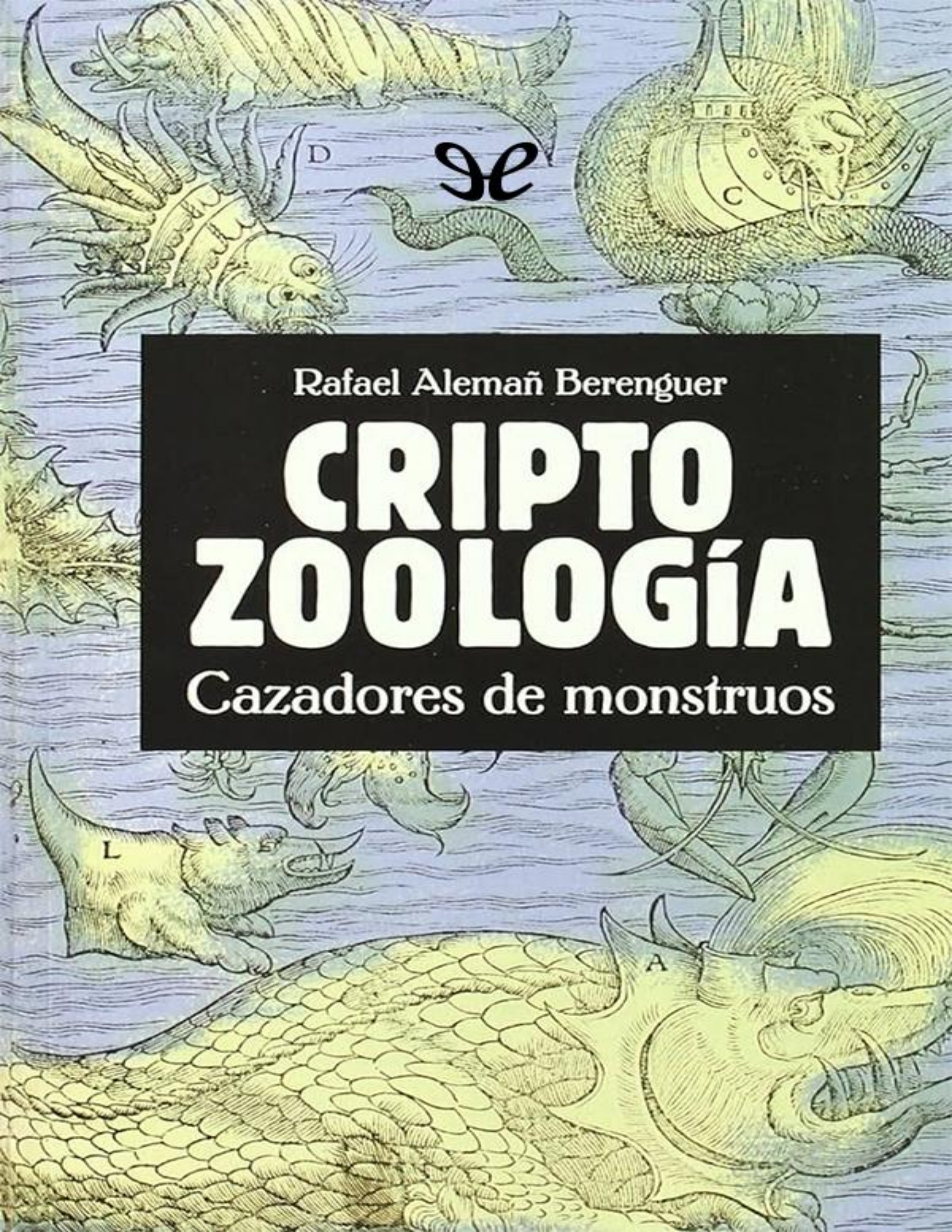


Rafael Alemañ Berenguer

CRIPTOZOOLOGÍA

Cazadores de monstruos

Mantícoras, basiliscos, grifos, serpientes acuáticas, calamares descomunales, faunos, ogros y otros monstruos y criaturas inauditos pueblan las páginas de este ameno y riguroso ensayo. Desde la Biblia hasta nuestros días, el avistamiento de criaturas ignotas ha sido una constante. Pero ¿qué hay de cierto en todo ello? Hoy sabemos que los griegos enterraban como cadáveres de gigantes y héroes lo que, probablemente, no eran más que restos de animales prehistóricos extinguidos. También ha quedado probada la existencia de calamares de hasta cuarenta metros de longitud en las profundidades abisales. Todo esto, y mucho más, constituye el objeto de estudio de esta joven y fascinante ciencia denominada «criptozoología», la ciencia de los cazadores de monstruos ocultos...

Rafael Andrés Alemañ Berenguer

Criptozoología

Cazadores de monstruos

ePub r1.1
Titivillus 14-01-2024

Rafael Andrés Alemañ Berenguer, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi padre, Rafael Alemañ Pacheco, quien me enseñó que los verdaderos tesoros se esconden siempre más allá del horizonte.

Nota del editor digital

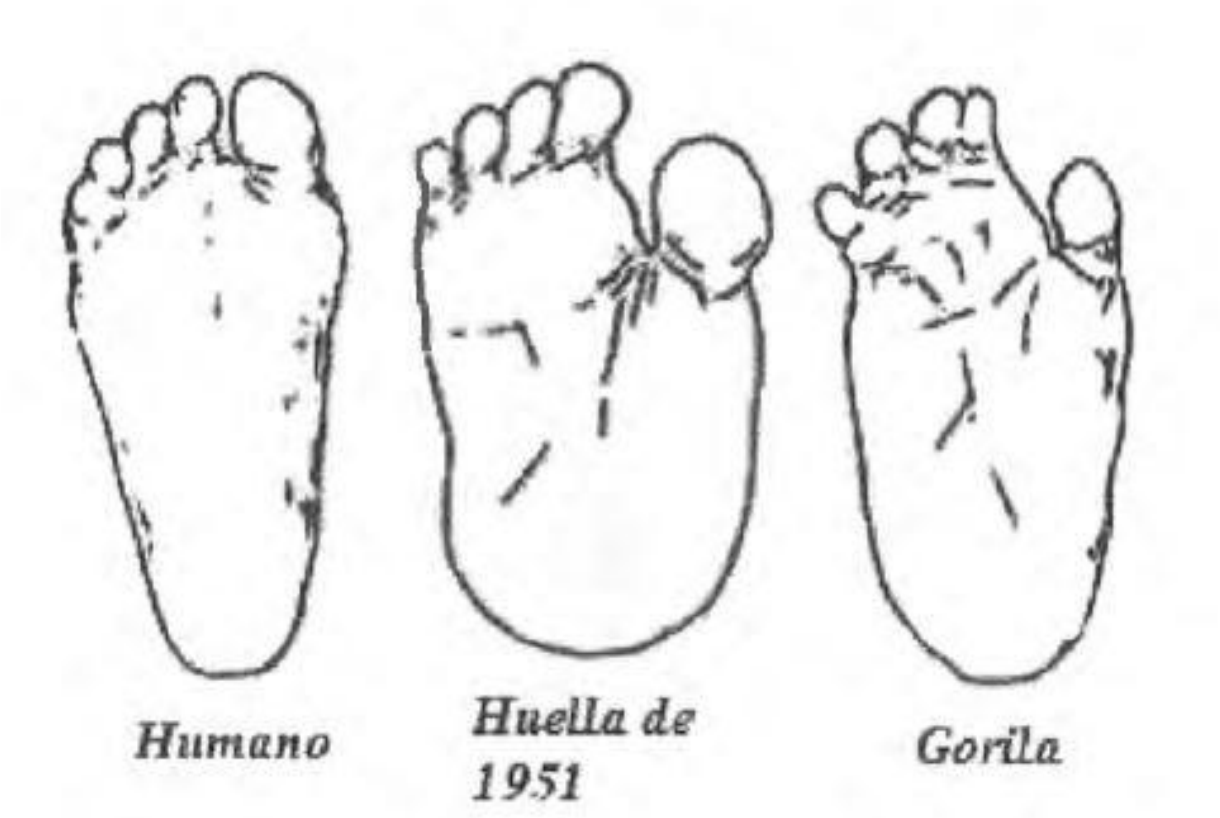
Debido a la clasificación por géneros existente en la página, figura como perteneciente a Ciencias naturales. Sin embargo, a día de hoy, la criptozoología es considerada una pseudociencia, por la inmensa mayoría de la comunidad científica.

La clasificación como Ciencias naturales en la página, no responde por lo tanto a ninguna vindicación de dicho campo, sino a una clasificación que encaje en la medida de lo posible en los apartados que existen en la página.

Prólogo

LA HUMANIDAD a lo largo de los tiempos ha deseado saber más allá de la propia realidad, intuyendo secuencias que son, sin duda, parte indispensable de nuestra propia evolución intelectiva. La noche y su oscuridad se encargan de crear esa miscelánea de temores y misterios, conculcando lo desconocido y los enigmas en un sin fin de relatos y leyendas. Sin embargo, esas recreaciones escritas y citadas en cualquiera de los tiempos son más que un ensoñado pensamiento; la antesala de una realidad que supera en muchos casos el guión de los más atrevidos relatos, aportándonos con el tiempo en muchas ocasiones las más increíbles y firmes evidencias.

La noche, esa profunda y temerosa atmósfera que nos hace volar la imaginación, esa noche terrena dada por la falta de la luz solar, no es nada comparada con esa otra noche perpetua, eterna que es la del inmenso mar, la del gran océano, sumidos por debajo de los trescientos metros. Tenemos un planeta con nombre equivocado, llamado Tierra. Por el contrario, esta esfera peculiar que gira y gira y nosotros con ella, tiene el setenta por ciento de su superficie compuesta por agua y con la nada desdeñable profundidad media de tres kilómetros. ¿Cómo no entender la leyenda en un mundo así… donde incluso hoy somos incapaces de escudriñar ese inmenso azul sin poder responder a sus múltiples incógnitas?



Perfil de un pie humano, otro del supuesto autor de la huella fotografiada por Shipton, y un tercero correspondiente a un gorila. Obsérvense las curiosas características intermedias de la huella de Shipton.

Es posible que aún en el caso de saberlo todo, en la atrevida creencia de saberlo, no sepamos nada más que aquello que alcanzamos a encender; más allá de la propia comprensión de la que somos capaces, aún nos espera la más firme de las sorpresas, la sorpresa infinita, continua de la vida. Cualquier sueño tiene fundamentos reales fielmente establecidos, al igual que cualquier forma idealizada de vida o comportamiento, existe superando con creces lo imaginado. La ciencia evoluciona con los tiempos aportando la fidelidad de la razón y en muchas ocasiones esa razón, desenmascara lo que antaño fuera leyenda o trama, misterio o invención intencionada. La ciencia participa a la sociedad del rigor de la verdad, de la verdad que hoy existe por la probatoria reiterada de una causa, de un concepto, de un motivo o de una acción.

Esta obra, sin duda, crea la pregunta del misterio, ofertando con esmero las bases para el pensamiento, para el raciocinio y para que el conocimiento infunda en nosotros la posible respuesta. Es cada página una forma indiscutible de adentrarnos en los misterios y en la realidad increíble, pero que en múltiples ocasiones existe. Es un aporte didáctico de lo que nos rodea —desconocido o no— y de qué somos los humanos en la búsqueda de nuestros temores internos.

Yo, que desde hace tiempo navego en un mundo enmascarado de dudas, escudriñando seres singulares que hasta hace escasos años pertenecían a la categoría de lo sólo imaginable, descubro paso a paso la sublime sensación que por más que algo me imagine, ese algo ya existe aunque sea desconocido, lo único que aún queda es el reto decidido de encontrarlo. Habiendo dedicado mi vida a los kraken y a tantos seres que dominan los abismos, buceé en los contenidos de este libro, *Criptozoología. Cazadores de monstruos*, como si de una aventura se tratase, porque en realidad la fiel transcripción de cada página denota el compromiso de su autor, Rafael Andrés Alemañ Berenguer, para dar luces en la sombra, para deleitarnos con destreza en el arduo compromiso de descubrir la vida, la singular vida y nuestra forma de entenderla.

Felicidades al autor Rafael Alemañ por tan arduo trabajo de recopilación, investigación y rigor.

LUIS I.ARIA

Introducción

DESDE sus orígenes, la existencia del ser humano se halla indefectiblemente ligada a los animales que con él comparten el planeta Tierra. De ellos obtuvo originalmente el alimento y el vestido, construyó con sus huesos utensilios de caza, e incluso llegó a domesticar una importante cantidad de especies que ya para siempre quedaron a su servicio. Nada hay, pues, de extraordinario en su afán histórico por conocerlos y dominarlos en la mayor extensión posible. Averiguar el género de animales que poblaban el entorno, estudiar sus costumbres y saber como adaptarse a su presencia, constituían factores clave en la formación de las primeras comunidades civilizadas.

La decisiva importancia de la relación entre el hombre y los animales se ve reflejada asimismo en la plétora de mitos con que las viejas civilizaciones narraban el nacimiento de la humanidad. El Antiguo Testamento judío relata:

> *Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y aves del cielo formó de la tierra, para ver como los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dio el hombre nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo y a todas las bestias del cielo… (Gen. 2, 19-20).*

Este fragmento bíblico puede tomarse como un lejano anticipo de la labor llevada a cabo por aquellos científicos entregados a catalogar y clasificar los diferentes seres vivos de acuerdo con sus formas o sus actividades. Ésa es, en una primera y sencilla aproximación, la tarea de la zoología. Los zoólogos, por tanto, son los investigadores especializados en estudiar y agrupar a las criaturas vivientes según un cierto criterio biológico. Resulta imposible conocer con toda certeza quiénes fueron los primeros individuos que se dedicaron sistemáticamente a esta misión, pero es seguro que se pierden en la noche de los tiempos. Gracias a estos pioneros y a todos los que les siguieron con el transcurso de los siglos, disponemos hoy de un catálogo bastante preciso de la inmensa riqueza biológica que contiene nuestro pequeño planeta.

Sin embargo, sería demasiado ingenuo creer que la moderna zoología científica ha desentrañado definitivamente todos y cada uno de los misterios que encierra nuestro mundo. La perseverancia de la vida por arraigar en los ambientes más insospechados es asombrosa, y continuamente nos sorprende con descubrimientos de especies insólitas capaces de sobrevivir en las condiciones más extremas. Las bacterias que viven en los bordes de los cráteres submarinos al calor de las emanaciones sulfurosas, o las *Pseudomonas radiodurans*, encontradas en el interior de los reactores nucleares, son tan sólo unos pequeños ejemplos de ello. Por otra parre, crece el número de especies ignoradas que se descubren y clasifican todos los días, especialmente entre los insectos, los moluscos y otros tipos de invertebrados.

Pero ¿qué ocurre con las criaturas de mayor tamaño que una hormiga?; ¿siguen apareciendo ante los ojos de los zoólogos especies desconocidas de animales grandes? A decir verdad no parece que sea así, aun cuando esta sensación resulte engañosa, como veremos en el transcurso de nuestro relato. Todavía restan considerables regiones del globo por explorar, áreas cuya superficie supera a la de muchos países y sobre las cuales apenas ha pisado nunca el ser humano. La cuestión entonces se hace obvia: ¿no

podrían situarse allí la guarida de bestias inimaginables, o de algunas que ya creíamos extinguidas? Éste es el interrogante que pretende responder la criptozoología (del griego *criptas*, «secreto, ignoto»), abordando la investigación de la posible existencia de animales hasta ahora tenidos por imaginarios o desaparecidos.

Podría parecer que éste es el objetivo natural a realizar por la zoología ordinaria, y que resulta innecesario, por consiguiente, inventar un nuevo término para designar tales indagaciones. En la práctica, las cosas no funcionan de una manera tan sencilla. Buena parte de los indicios de que disponemos sobre las supuestas especies desconocidas, son parciales, confusos y de dudosa fiabilidad. El peso de las leyendas, los errores, las tergiversaciones deliberadas, e incluso las fabulaciones de lunáticos, constituyen un lastre que no todos los zoólogos están dispuestos a afrontar. El riesgo de verse enredados en patrañas que los ridiculicen ante sus demás colegas, ahuyenta de este campo a la mayoría de esos profesionales. Los zoólogos suelen juzgar —generalmente con acierto— que sus carreras científicas se hallan mejor resguardadas si se limitan a las tareas habituales de su especialidad, antes que embarcándose en aventuras azarosas, inseguras y poco prestigiosas.

Aun así, un ligero vistazo a la casi infinita variedad de especies animales diseminadas por el globo, acaso consiga que la posibilidad de seres insospechados se nos antoje menos extraña de lo que cabría esperar. Pese a que la mayoría de nosotros no lo sepamos, a unos mil quinientos metros bajo al superficie de las aguas marinas vive el *Vampyrothoutis infernalis*, un pequeño molusco negro —pariente lejano del calamar— con ojos encarnados, numerosos tentáculos, y **una** boca repleta de blancos y afilados dientes. La forma de este curioso carnívoro subacuático es achatada (cuatro centímetros y medio de largo por unos dos de ancho), aunque la inaccesibilidad de su hábitat ha dificultado las investigaciones sobre su ciclo vital y sus costumbres.

Otra de las rarezas que nos reserva la zoología menos conocida de nuestro mundo, se encarna en la *Opistoglypha*, una serpiente

asiática voladora. En realidad no vuela sino que planea gracias a su capacidad para flexional las vértebras que articulan su cuerpo, aplanándolas y aumentando su superficie ventral efectiva. Esto le permite deslizarse desde la copa de un árbol en un grácil planeo espiral hacia el suelo en cuanto ve a una presa apetecible. Este ofidio es del todo inofensivo, especialmente si lo comparamos con los escorpiones de entre 1,5 y 2,75 metros que caminaban por la tierra hace 350 millones de años, de acuerdo con el registro fósil. Y junto a estos extremos media toda una inmensa gama de formas vivas: animales que se camuflan de plantas y plantas que semejan animales, seres con tentáculos que parecen plumas, otros que atraen a las presas con sus vivos colores y exudan venenos paralizantes, plantas carnívoras, peces voladores y un sinfín más de criaturas sorprendentes.

Las líneas de investigación provechosa en la zoología convencional, no faltan en absoluto. La morfología y la anatomía comparada han sido el pilar tradicional de esta ciencia, ahora reforzado por la introducción de modernas técnicas microscópicas y bioquímicas. Con estas herramientas se trata de correlacionar la estructura y la función en diferentes niveles de organización del animal, a partir de los principios generales de la evolución biológica. Desde una perspectiva más amplia, la ecología regula las influencias mutuas entre las especies vivas, y la interacción de todos ellas con el entorno en el que habitan, creando en conjunto una red de interconexiones de riquísima complejidad. Y dentro de la zoología aplicada, la zootecnia gana progresivamente mayor interés por sus comprensibles implicaciones económicas, puesto que estudia la mejora y aprovechamiento de los animales domésticos mediante cuidadosos estudios genéticos.

En mundo tal apenas hay cabida para la esperanza de encontrar grandes animales todavía desconocidos, si no es el reino de la fantasía y el subconsciente del género humano. Allí se guarecen los monstruos de aspecto reptiliano, los ogros velludos, las fieras descomunales y toda clase de trasgos espantosos. Nadie puede

dudar que la humanidad ha contemplado siempre a estos seres con una mezcla de terror y fascinación, como atestigua fielmente la literatura de todos los tiempos. La figura del dragón, por ejemplo, se alza en las leyendas de occidente como la encarnación de las potencias maléficas, simbolizando al diablo en la religión cristiana. La cultura oriental, por el contrario, considera que los dragones, al igual que los hombres, pueden ser tanto malignos como bondadosos, y no se tiene de ellos una percepción tan negativa como en el otro hemisferio.

El hombre salvaje, medio humano medio bestia, que vaga por la espesura de los bosques o por cumbres inaccesibles, tampoco puede faltar en nuestro imaginario colectivo sobre monstruos. Su papel parece ser el de recordarnos el componente salvaje que anida profundamente —y a menudo no tan profundamente— en el alma del ser humano de apariencia civilizada. Nuestros instintos salvajes se manifiestan con harta frecuencia de manera indeseable, y de ahí el escalofrío que nos recorre cuando posamos la mirada sobre el monstruo simiesco y cavernícola surgido en multitud de ficciones literarias. Cuando contemplamos su furibunda bestialidad nos abismamos a la vez en una de las simas más oscuras de nuestra propia naturaleza.

Pero nos engañaríamos si pensásemos que rodas las reacciones son de rechazo. En el ser humano el espanto encubre no pocas veces una emocionada complacencia, lo que explica el éxito de los cuentos de terror en todas las épocas y culturas. Admiramos el poder desatado de las fuerzas naturales, nos sobrecogemos ante el espectáculo terrible de un océano embravecido o de un volcán en erupción. ¿Y qué poderío más admirable que el de una fiera colosal nacida en las entrañas más ignotas y salvajes de una naturaleza que creíamos dominada?

Cuando observarnos el mundo con ojos infantiles nos parece que todo a nuestro alrededor espera ser descubierto, precisamente por el hecho de que somos nosotros quienes estamos descubriendo el mundo. Es la edad en la que cualquier paseo promete ser el inicio de

una aventura portentosa, y tras cada esquina se esconden maravillas inimaginables. Por suerte o por desgracia, los niños crecen hasta convertirse en adultos, desvaneciendo la magia que envolvía un mundo supuestamente inexplorado. Se nos dice que ya no hay remotas selvas por atravesar, no hay regiones del globo en espera de un explorador que las recorra por vez primera, ni el fondo de los mares encierra secretos para batiscafos y submarinos. El hechizo apasionante de las posibilidades infinitas que se nos antojan abiertas en la niñez, se ve sustituido por la sosegada racionalidad de un planeta bien cartografiado. Y la mayoría de nosotros nos limitamos a vivir al abrigo de tan tranquilizadora convicción, absorbidos por las urgencias de nuestra vida cotidiana.

Otros —muy pocos— no se conforman con ese estado de cosas. Poco a poco toman conciencia de que en la superficie terrestre sí existen regiones en las que los seres humanos nunca, o muy raramente, deciden entrar, ya sea porque carecen de riquezas naturales que las hagan comercialmente interesante, o porque el coste de buscarlas resulta prohibitivo, nadie se preocupa por visitar esas zonas. Y los fondos oceánicos tampoco han sido escudriñados hasta el punto de poder descartar con seguridad cualquier nuevo descubrimiento futuro. Es más, algunos de los individuos que por azar han bordeado los lindes de tales regiones terrestres o subacuáticas, afirman a veces haberse topado con criaturas tan ignoradas como los lugares en los que habitan.

Y de súbito todo el romanticismo mágico de la niñez vuelve de golpe, con promesas de aventuras, esta vez verdaderas, que inflaman nuestra imaginación. Todavía parecen quedar retos auténticos para el aventurero, para el explorador que ansia arrancar los últimos secretos —quizás realmente los últimos— que atesora nuestro planeta. Este afán no está exento de peligros. Los indicios pueden ser erróneos, los relatos acaso sean quimeras o elucubraciones infundadas. Pero para quien se compromete con la búsqueda de la verdad por los vericuetos menos trillados, el riesgo le

parece digno de arrostrarse. Ése es, al fin y al cabo, el camino de los criptozoólogos.

Semejante atracción explica la copiosa bibliografía —casi toda en inglés— que ha generado este fascinante asunto. Lamentablemente, la inmensa mayoría de los libros publicados al respecto se agotan en el relato anecdótico de presuntos encuentros con criaturas asombrosas, sin adentrarse en las posibles explicaciones ni articular una hipótesis que relacione unos hechos con otros en un cuadro coherente. Tan sólo se busca el reclamo comercial que seduzca al posible lector con un desfile de sugerencias —dado que se carece de pruebas tangibles— sobre la existencia real de seres fantásticos.

Este libro, con todas sus eficiencias y limitaciones, pretende ser algo más. Junto con el relato puntual y documentado de los indicios en los que se apoyan los criptozoólogos que mejor dicen representar su disciplina, trataremos de analizar la evidencia sin prejuicios de uno u otro signo. Nuestro objetivo será perfilar siquiera una estimación de la verosimilitud de tales narraciones, examinando la posibilidad de que los seres allí referidos existan realmente. No aspiramos a obtener una respuesta definitiva sino meramente a plantear correctamente las preguntas. Porque, como los buenos viajeros, tanto o más que el destino de nuestro viaje nos deleita el rumbo escogido para llegar a él.

Y veremos si, a pesar de todo, es cierto que se abre paso poco a poco un abultado cúmulo de indicios, pistas y evidencias parciales que sugieren cada vez con más fuerza la presencia de multitud de criaturas relegadas hasta el presente al reino del mito y la fantasía. Desde los monstruos subacuáticos de mayor envergadura, hasta los humildes mamíferos encontrados en las selvas de Indochina, todos los seres vivientes que todavía hoy permanecen envueltos en el misterio para nosotros, esperan el día en que puedan salir finalmente a la luz reclamando el lugar que les corresponde en un mundo al que por derecho pertenecen, y del que habían sido expulsados por el mito y la superstición.

I. Exploradores y zoólogos

EL ESTUDIO de los animales, de su anatomía y su comportamiento, es quizás una de las más antiguas actividades llevadas a cabo por las civilizaciones humanas. Lo que hoy conocemos como «zoología», se funde en la antigüedad con la historia natural en su más amplia acepción, incluyendo ahí —con desigual fiabilidad— los relatos de los peregrinos llegados de lejanas tierras, las observaciones directas de los granjeros y las deducciones de los primeros filósofos.

Entre éstos, el genuino fundador de lo que hoy entendemos como ciencias naturales fue el griego Aristóteles, quien recopiló en una obra monumental la práctica totalidad del conocimiento biológico de su época. Apoyándose en las observaciones realizadas por sus antecesores (en especial, los filósofos de la escuela de Mileto), sus trabajos en el terreno de la biología resultan aún hoy dignos de admiración por la precisión de sus descripciones, la minuciosidad de sus detalles, la agudeza de algunas de sus puntualizaciones, así como por la flexibilidad que para su tiempo mostraban las subdivisiones y clasificaciones introducidas en su catálogo de la vida animal.

Las investigaciones biológicas de Aristóteles se recogen en una serie de volúmenes que constituyen una obra unitaria, cuyos temas difícilmente pueden desligarse entre sí. Los libros que con mayor

propiedad versan sobre lo hoy entendemos por zoología son: *Historia de los animales* (que por su contenido más bien debería denominarse «Observaciones» sobre los animales), *Partes de los animales, Generación de los animales, Movimiento de los animales, Marcha de los animales*, y algunos pequeños tratados de historia natural.

El primero de ellos es una especie de compendio general que proporciona observaciones y argumentos para la elaboración de los demás libros, en los cuales se pasa revista pormenorizadamente a un aspecto particular de la biología animal (anatomía, reproducción, locomoción, sensibilidad, etc.). Todos ellos, empero, contienen descripciones que conducen a clasificaciones, y éstas, a su vez, se proponen buscar y explicar las causas de los fenómenos estudiados.

En la primera sección de las *Partes de los animales*, Aristóteles indica cómo debe realizarse la clasificación de los seres vivos, pero sin especificar concretamente ninguna tabla ni ordenamiento. Es por ello que los modernos comentaristas del filósofo griego debieron basarse en multitud de datos dispersos por su obra, a fin de confeccionar los primeros catálogos zoológicos atribuibles a Aristóteles. Comoquiera que fuese, es la presencia o ausencia de sangre roja, lo que permite dividir a todas las criaturas en dos grandes ciases, las cuales se subdividen asimismo en otros cuatro grupos. Comenzando con los animales de sangre roja tenemos:

- Mamíferos, incluyendo a los cuadrúpedos vivíparos, cetáceos, focas y murciélagos. Este grupo es objeto, a su vez, de una subclasificación basada en el esqueleto y las extremidades.
- Cuadrúpedos ovíparos (lagartos, tortugas y batracios) junto a las serpientes.
- Aves, subdivididas en ocho especies según sus extremidades (garras, dedos separados o palmeados, etc.) y su alimentación (insectívoros, granívoros, etc.).
- Peces, subclasificados según su esqueleto en cartilaginosos y óseos.

Los animales sin sangre roja comprenden también cuatro grupos:

- Los de cuerpo blando sin más (cefalópodos).
- Los de cuerpo blando con caparazón (crustáceos).
- Los de cuerpo blando con caparazón duro (conchas, erizos).
- Los insectos, subdivididos en nueve especies, a las que se añaden los gusanos.

Estos ocho grupos son calificados por Aristóreles como «géneros máximos», y los subgrupos que contienen son los «géneros», los cuales se subdividen a su vez en «especies».

Las *Partes de los animales* continúan con lo que viene a ser el primer tratado de anatomía comparada de la historia. Aristóteles se concentra con gran sagacidad en las comparaciones y deducciones que revelan las analogías de forma, y especialmente de función, entre las partes de animales diferentes que desempeñan actividades similares. Estas semejanzas invitan al filósofo a establecer un conjunto de leyes que el resume afirmando, por ejemplo, que la naturaleza concede siempre determinados órganos a los animales que son capaces de utilizarlos; que las piezas anatómicas defensivas (aguijones, cuernos, espolones o colmillos) surgen en los tínicos animales que las utilizan o en aquéllos que lo hacen con mayor provecho; y además, que la naturaleza suministra con más abundancia ciertos órganos a los animales que más los usan. Así concluye Aristóteles que en el mundo natural «nada se hace en vano ni superfinamente». Esta concepción de la naturaleza como una instancia impersonal pero a la vez ingeniosa, austera y de diseños eficientes, instaura una tradición que perdurará hasta el siglo XIX, cuando la teoría de la evolución de Darwin inaugure una nueva era en la biología.

Pese a todo, el hombre no escapa a la clasificación aristotélica, pues el ser humano también tiene su lugar en la escala de los seres; una situación especial, eso sí, pero una situación al fin y al cabo. De hecho, Aristóteles estudia a los animales, en referencia a sus partes externas, por comparación con el hombre, y explica por qué:

Hay que empezar por tomar conocimiento de las partes del hombre. En efecto, del mismo modo que cada uno cuenta la moneda por comparándola con lo que le es más familiar, así también ocurre en los demás dominios. Ahora bien, el hombre es necesariamente, de todos los animales, el que nos resulta más conocido. Muchas de las construcciones teóricas y de los razonamientos de Aristóteles o de los aristotélicos, quedarían rebatidas por el desarrollo ulterior de la ciencia. Pero aun así, la fidelidad de sus observaciones, el cuidado de sus clasificaciones y el acierto de numerosas caracterizaciones, son merecedoras de todo elogio. Aristóteles fue el primero en advertir que el delfín y la ballena eran mamíferos, y no peces, pese a lo que sugerían su anatomía y su vida acuática. E incluso llegó a percatarse de que entre los siluros del Aqueloo, sólo el macho guarda los huevos, un hecho éste tenido por fábula desde el Renacimiento hasta que en 1906 le fue dada carta de naturaleza científica con la nomenclatura zoológica de Parasilurus aristotelis.

Una comparación entre Aristóteles y el romano Plinio el Viejo, cuatrocientos años posterior, permite constatar la superior categoría de los estudios biológicos del griego. Aristóteles describe 495 especies mientras Plinio señala 494. Ahora bien, afinando más, aunque Plinio describe 98 mamíferos contra 60 de Aristóteles, éste menciona 160 clases de pájaros frente a 120 del romano. Tomados globalmente, Aristóteles conoce 156 subgrupos más que Plinio; su dominio de los datos, su espíritu crítico frente a las fuentes poco fiables y su metodología clasificatoria son muy superiores a los del autor latino pese a los cuatro siglos que los separan.

En contraste con estos esfuerzos por construir un catálogo racional de las especies vivas, la Antigüedad clásica abunda en fabulosas criaturas mitológicas. En Tesalia —según relata Homero en la Odisea y Ovidio en Metamorfosis— se libró una guerra entre seres humanos e híbridos de hombre y caballo, los centauros, seres viciosos y corruptos. Los centauros fueron desterrados finalmente por Hércules, ya que «no se adaptaban a la vida civilizada, se emborrachaban y violaban». (Iliada, IX).

Los continuadores de Aristóteles —Calímaco y el filólogo Aristófanes de Bizancio— no pudieron evitar que el rigor observacional de su maestro se perdiese durante las épocas alejandrino y romana. Durante tales periodos triunfó la atracción por los prodigios y el gusto por los relatos maravillosos, restando importancia a la verificación de los hechos y a las deducciones lógicas. El iniciador de la zoología fantástica fue Antígono de Caristia (aproximadamente en el 200 a. C.), seguido unos cien años después por Alejandro de Mindos.

Plinio el Viejo —pese a una profusión de errores, credulidades, desórdenes y quimeras— realizó una compilación de los animales y vegetales conocidos en su tiempo, que toma de otros autores (principalmente Aristóteles y Ctesias) unos cuarenta mamíferos, una quincena de anfibios y reptiles, veinticinco clases de peces y otras treinta de insectos. De Plinio y de Alejandro de Mindos recoge su documentación el autor del Physiologus, una recopilación en griego de cuentos alegóricos sobre animales, piedras y plantas, antepasado de los bestiarios medievales, publicado en Alejandría hacia el siglo II. Lo mismo hicieron Pomponius Mela, Solinus o especialmente Claudio Eliano, quien en el siglo III escribió no menos de diecisiete libros sobre los ampíales y otros catorce de historias varias.

Las descripciones resultaban a veces tan exageradas, que el escepticismo de muchos autores notables no tardó en hacerse patente. Lucrecio explica en De rerum natura que la creencia en centauros o en otros supuestos híbridos nace de alucinaciones, ilusiones ópticas y diversas confusiones de la percepción. El escritor y viajero del siglo II Pausanias considera que las historias sensacionales sobre criaturas asombrosas en lugares remotos, se deben a distorsiones sufridas por un núcleo de hechos veraces desfigurados al transmitirse de unos narradores a otros. Mayor severidad muestra Estrabón, quien en su Geographicon tacha directamente de mentirosos a quienes informan sobre una fauna monstruosa en la lejana India. De igual manera procede Luciano de

Samosata, rechazando de plano los cuentos exóticos referidos por escritores famosos a causa de sus viajes y aventuras, como Ctesias.

LA ZOOLOGÍA MEDIEVAL

Durante la Edad Media, la zoología, como el resto de los saberes, sufrió un letargo forzoso impuesto por la turbulencia de aquellos años. En Bizancio, por ejemplo, no hay apenas textos puramente zoológicos, y los que se encuentran no son demasiado brillantes. Cosmas Indicopleustcs, en el libro XI de su *Topografía cristiana*, describe con cierra objetividad animales como el rinoceronte, el facóquero, el yak y otros vertebrados oriundos de Etiopía, la India y Ceilán. En tiempos de Justiniano (hacia 553-554) se introdujo en Constantinopla la cría del gusano de seda, llevado allí por monjes en su regreso desde Extremo Oriente.

Por su parte, entre las obras eslavas medievales sobre este particular, destaca el *Chestodnev* de Juan el Exarca, una compilación en la que se percibe el intento de sistematizar los conocimientos biológicos sobre bases teóricas generales. En esta obra se divide a los seres vivos en cuatro grupos: plantas (crecen, se alimentan y se multiplican), los peces y reptiles (además de las propiedades anteriores, también sienten pero son completamente pasivos), mamífero, aves e insectos (tienen voluntad propia a diferencia de peces y aves), y por último, el hombre (poseedor de un espíritu que los diferencia de los animales).

Hemos de esperar al siglo XIII para que Alberto Magno, elevado posteriormente a la santidad, elabore el texto *De animalibus*, tan semejante como resulta posible en su época a los actuales tratados sistemáticos de historia natural. Se trata de una larga compilación de las afirmaciones realizadas al respecto por Aristóteles y por un puñado de sus comentaristas. Entre las características más relevantes de esta obra destacan el tono de distanciamiento crítico

que en todo momento el autor se esfuerza por mantener, el análisis imparcial de la evidencia, y el recurso a las observaciones personales para complementar sus fuentes bibliográficas, entre las que —curiosamente— no se cuenta la Biblia. Alberto Magno emplea expresiones de gran ecuanimidad («De acuerdo con los relatos populares…») sin prejuzgar el valor de los testimonios, y también intenta explicar racionalmente los prodigios aparentes (recurriendo a la óptica, por ejemplo, para justificar el resplandor letal de los basiliscos). En conjunto estudia la fisiología, el hábitat y la conducta de más de quinientos animales, sin poblar los confines del mundo conocido con seres quiméricos, ni extraer lecciones morales de las criaturas que examina. Estas actitudes lo sitúan claramente al margen de la extendida corriente alegórica que domina a los zoólogos medievales.

Es en esta edad oscura para el conocimiento cuando florecen los bestiarios medievales, poco más que narraciones de maravillas zoológicas —rara vez emparentadas con la realidad— donde se mezclan quimeras disparatadas con ecos de relatos medianamente veraces transmitidos por aventureros y navegantes. Cierto es que muchas de sus descripciones pretendían predicar en lenguaje alegórico un mensaje con claros tintes moralizantes, como el uso del zorro para representar en ocasiones al diablo o al clérigo libertino y corrupto. No obstante, el contenido más atractivo de los bestiarios versaba sobre exóticas monstruosidades ubicadas por sus autores allende los confines del mundo conocido.

De la horrible *mandicora*, por ejemplo, se suponía que habitaba las selvas de la India, amedrentando a los demás pobladores con su cuerpo de Icón, cara de hombre y mortal cola de escorpión. Sus mandíbulas poseían tres hileras de dientes afilados como sables, que al cerrar las fauces encajaban mutuamente como una mano en su guante. Este monstruo, al parecer aficionado a despedazar indefensos seres humanos, era temido por su capacidad para lanzar mortales aguijonazos con su cola segmentada hasta una distancia de más de treinta metros.

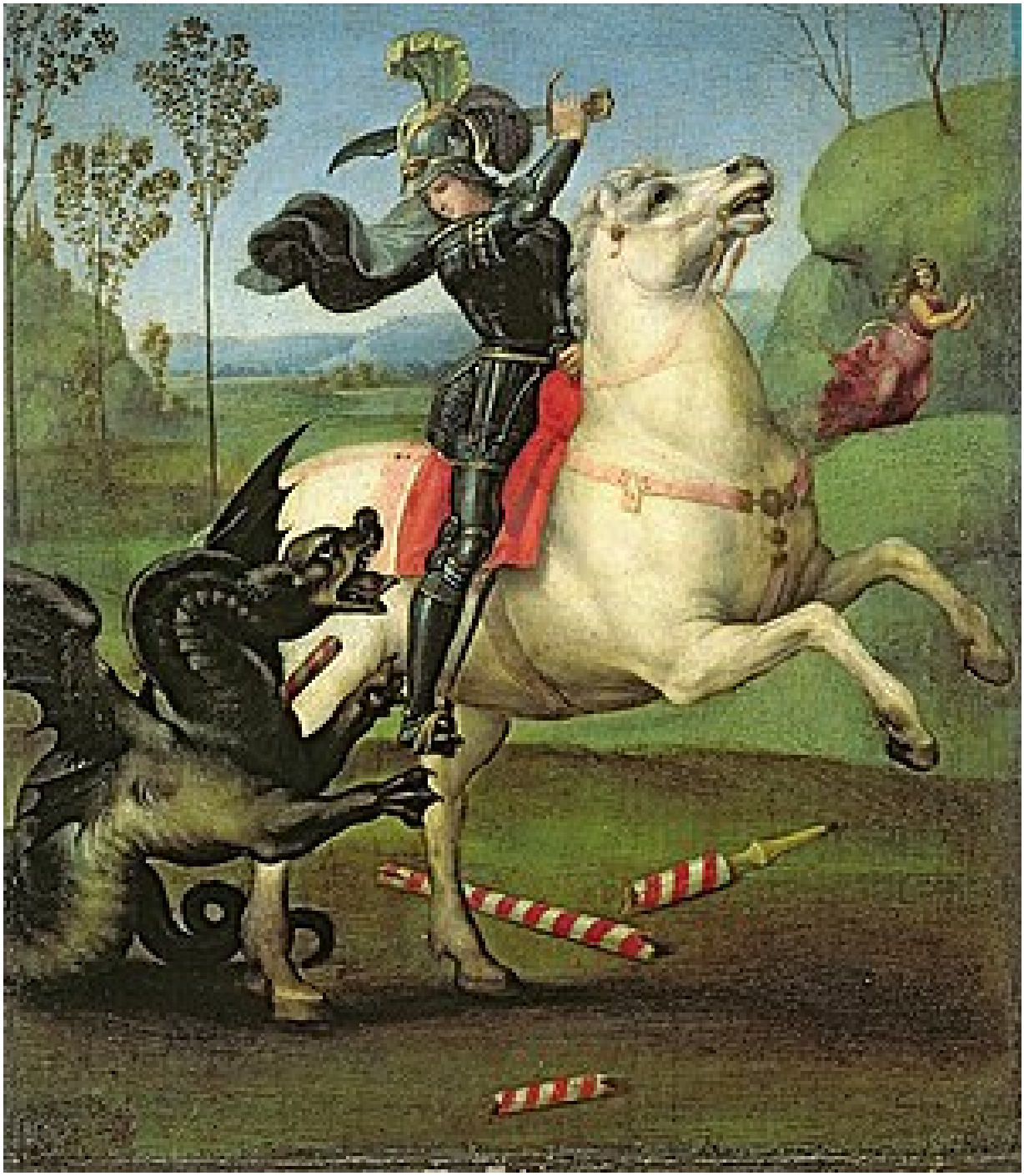
El *basilisco*, mitad serpiente y mitad galio, se creía nacido de un huevo puesto por un gallo de siete años de edad durante la vigencia de la constelación de Sirio en el firmamento. Ese huevo, de forma esférica y cubierto por una gruesa membrana, era empollado en ocasiones por un sapo durante nueve años. El aliento del ser incubado de esta manera podía helar la tierra y su mirada resultaba mortal, incluso para él mismo. Por esa razón, al efecto de evitar sus ataques, se recomendaba portar siempre un espejo al internarse en su territorio. La *hidra*, por su parte, residía en pantanos y otras zonas acuáticas, donde exhibía sus siete horrorosas cabezas, de las cuales la del centro era inmortal. Su más distintiva característica era que por cada cabeza cortada la hidra desarrollaba otras dos, lo que obligó a Hércules —cuenta la leyenda— a enterrar la cabeza inmortal y quemar las otras seis.

Mitad león y mitad águila, el *grifo*, superaba ampliamente en tamaño a estos dos animales. Con la cola y el cuerpo de un león, era ocho veces mayor; y con la cabeza y las garras de un águila, centuplicaba las fuerzas de ésta. Se decía que habitaba en altas montañas y cumbres inaccesibles, desde donde se lanzaba en picado con el propósito de capturar algún jinete con su montura incluida (su bocado predilecto), o un par de bueyes uncidos en su defecto. La magnificencia y poder de los grifos lo convertían en dignas bestias de tiro para los carros de los dioses, como ocurría con la cuadriga que portaba a Némesis, la temida deidad griega de la venganza. Sin embargo, sus garras, del tamaño de cuernos de buey, eran considerados prodigiosos talismanes capaces de ennegrecerse al menor contacto con cualquier veneno. Así el terror al envenenamiento de los dignatarios medievales, fundado en las intrigas políticas de la época, favoreció el florecimiento de un importante comercio fraudulento de tales amuletos.

EL IMPERECEDERO DRAGÓN

En estos bestiarios sobresale por méritos propios una criatura fantástica directamente legada por la mitología antigua, el fiero e insaciable dragón. ¿Quién no escuchó durante su infancia un cuento en el que el heroico protagonista había de vencer al inevitable dragón para ganar los amores de la doncella de turno? La mayoría de los niños escuchan embelesados con los ojos abiertos de par en par este tipo de relatos, y justo es decir que la fascinación de éste y otros monstruos semejantes ha acompañado a jóvenes y viejos de todas las latitudes en todos los tiempos.

En el caso del dragón casi todas las culturas poseen leyendas sobre estas fabulosas criaturas a las que se atribuye un simbolismo tan variado como las perspectivas adoptadas para contemplarlo. Si bien es cierto que no en todas partes la figura del dragón se asocia con sentido maléfico —en Extremo Oriente ocurre todo lo contrario— en la práctica la explicaciones buscadas para la universalidad de ese mito abundan en sus aspectos terroríficos. Así, el psicoanálisis moderno nos dice que la contienda entre el caballero y el dragón representa el conflicto interior entre nuestros instintos reprimidos y los requerímientos de nuestro yo consciente. Las características de los dragones de cada civilización manifestarían los rasgos típicos de los animales de su zona geográfica: el dragón indio se parece a un elefante, el chino a un ciervo y el occidental a un reptil. Los más imaginativos suponen que quizás el mito del dragón proviene del encuentro entre nuestros antepasados más primitivos y algún gran satirio superviviente del mesozoico; una idea tan improbable como sugestiva.



San Jorge dando muerte al dragón, en un cuadro de Rafael (Museo del Louvre, París).

El anónimo autor del *Liber monstrorum de diversis generibus* (ca. 800 d. C.) recoge en su texto —recopilando datos de Plinio y Virgilio, entre otros— la referencia a ciertos animales entonces inusuales en

occidente, como los leopardos y los hipopótamos, con otros menos realistas, como minotauros y dragones. Llama poderosamente la atención que quien escribe este «Libro de los monstruos» manifiesta una acusada reticencia a pronunciarse sobre la veracidad de las presuntas maravillas relatadas. Sus páginas se hallan salpicadas de expresiones que denotan un marcado escepticismo: «Dicen…», «Leemos que…», «Se dice…», y otras del mismo jaez. Ahora bien, cuando el autor del *Liber monstrorum* da por supuesta la existencia de los monstruos aludidos, interpreta que sus deformidades prueban alguna clase de reprobación divina, un alejamiento de la normal moral, y son un evidente síntoma de castigo por impiedad. Los monstruos, así pues, purgan sus faltas condenados a vivir en lugares apartados y aislados, como cordilleras escarpadas, islas perdidas, profundos lagos o pantanos insalubres.

En el *Bestiario de Guillermo Le Clerc de Normandía*, escrito en 1210, el dragón (representativo del diablo) lucha con el elefante (que representa a Adán). Esto no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que los bestiarios medievales eran, más que otra cosa, tratados populares y moralizantes. No obstante, Plinio, en sus *Historias* (siglo I a. C.) escribe:

India alberga los mayores elefantes y también los mayores dragones, que riñen continuamente con ellos en continuas batallas, algunos tan gigantescos que fácilmente pueden enroscarse en los elefantes y así atarlos con un nudo.

La *Historia de las serpientes* de Edward Topsell (1658) cuenta con detalladas descripciones de estas criaturas, al tiempo que subdivide a los dragones de la India en dos categorías: el dragón de los pantanos y el de las montañas:

Sus hocicos son muy fuertes, y se parecen a los de los grandes peces rapaces; tienen barbas de color amarillo dorado que están llenas de cerdas, y los dragones de la Montaña tienen generalmente

párpados más profundos que los dragones de los Pantanos. Su aspecto es muy fiero y ceñudo, y cuando se mueven sobre la tierra sus ojos producen un sonido causado por sus párpados, muy parecido al sonido del latón, y a veces entran con audacia en el mar para comer peces.

Topsell se extiende sobre las propiedades medicinales de las partes del dragón. Su grasa cura las úlceras, la cabeza el estrabismo, y su lengua, encurtida en vino, protege contra los íncubos, los súcubos y contra las pesadillas.

Todavía en 1776 una *Historia Natural* publicada entonces, afirma que «el dragón es un animal terrible que muy probablemente no ha sido creado por la naturaleza». Estas aseveraciones parecen deberse a malentendidos abonados por las tradiciones y la superstición. Así, la descripción que hizo Marco Polo de un caimán chino fue transformada por un artista de la época en algo muy semejante a un dragón. El famoso navegante italiano describió al caimán como una gran serpiente, con dos patas muy cortas cerca de la cabeza, y grandes mandíbulas, llenas de dientes afilados. Fue el ilustrador el que añadió un par de alas y una cabeza de serpiente en la punta de la cola.

El británico Peter Dickinson, desafiando la totalidad del conocimiento biológico, defendió en 1979 la posible existencia real en la antigüedad de los dragones. Su libro, *El vuelo de los dragones*, aporta una serie de argumentaciones tan ingeniosas como inconsistentes. Suponiendo que un dragón normal hubiese pesado unos 9000 kg, razonaba Dickinson, y que disfrutase de una capacidad de sustentación como la del abejorro —que puede levantar 170 gramos por cada centímetro cuadrado de ala— semejante animal debió tener una envergadura no menor de 180 metros entre ambos extremos de sus alas desplegadas. Como era evidente la imposibilidad física de este tamaño, Dickinson ideó una alternativa que le sugirió el desastre del dirigible *Hindenburg* en 1937.

Su conclusión consistía en que los dragones podían volar gracias a un cuerpo mayoritariamente hueco y lleno de un gas más ligero que el aire. Las gigantescas dimensiones de estos seres es lo que explica que pudiesen volar, pues necesitaban un cuerpo enorme para almacenar suficiente cantidad de gas y poder elevarse. Por el contrario, no necesitaban alas muy grandes ya que sólo las utilizaban para propulsarse y maniobrar en el aire. Los dragones expulsaban fuego por la boca como consecuencia de las reacciones químicas desarrolladas en su interior, que le obligaban a desprenderse de tanto en tanto del hidrógeno sobrante inflamándolo.

En opinión de Dickinson, el ácido clorhídrico —presente en el sistema digestivo de todos los vertebrados— reaccionaba con el calcio de los huesos del dragón formando el gas hidrógeno, que al ser más ligero que el aire elevaba al animal. El desgaste de la estructura ósea de los dragones debía compensarse mediante la ingestión de una cierta cantidad de piedra caliza, añadía Dickinson. Este extrañísimo metabolismo —imposible en la práctica— daba asimismo respuesta a la pregunta que inquiría por la falta de dragones fosilizados. Cuando el dragón moría, de viejo o por la mano de algún caballero andante, la regulación de su metabolismo dejaba de funcionar y las reacciones químicas consumían todo su esqueleto.

De vuelta a la historia, a comienzos del XVI todavía se discute con ardor la existencia de seres como el licornio o unicornio, mencionado ya por las Sagradas Escrituras e incluido en su inventario natural por Plinio. La primera mención europea del unicornio, en el siglo IV a. C., procede de una obra sobre la India escrita por el historiador heleno Ctesias. Allí se decía:

En la India se conocen algunos asnos salvajes, grandes como caballos y aún mayores, Tienen blanco el cuerpo, roja la cabeza y azules los ojos. Poseen un solo cuerno en la frente, el cual mide aproximadamente un codo.

Según este mismo autor, el unicornio era una mezcla de rinoceronte, antílope del Himalaya y asno salvaje. Su cuerno era blanco en la base, negro en el centro y carmesí en la punta. De este animal de apreciaban especialmente las supuestas virtudes sanadoras y afrodisiacas de su cuerno pulverizado. Y así fue como numerosos cuernos de narval se compraron y vendieron por sumas desorbitadas en los mercados de la Europa renacentista.

Aspecto del unicornio según el *Bestiario medieval de Aberdeen* (siglo XII).

El naturalista Aldronvandi confirma la autenticidad del basilisco, pero duda de la existencia de cierta hidra de siete cabezas exhibida en el tesoro de Venecia. La confusión entre mito y realidad era moneda corriente en aquellos días. Así se comprende que la ironía de Rabelais sitúa en el imaginario «País de Satin» a algunos seres reales mezclados con unicornios, arpías, sátiros, pájaros seléucidas y estinfálidas (aves monstruosas con alas, garras y pico de hierro, que vomitaban dardos contra sus atacantes, y cuya destrucción fue uno de los doce trabajos de Hércules).

El Renacimiento devolvió el deseo de realizar un inventario riguroso y objetivo de todos los seres vivos existentes en el mundo. Olaus Magnus evoca los terroríficos monstruos de la fauna nórdica —entre ellos el célebre *kraken*— mientras Kentmann describe la población de aves en las orillas del Elba, y Turner la de Inglaterra. Los naturalistas viajeros se lanzan también por estas fechas a la exploración del Cercano Oriente. Gilíes d'Albi, por ejemplo, observó en Egipto la jirafa, el hipopótamo, el icneumón, y llegó a ver el dugongo en las orillas del Mar Rojo. El portugués Lourenço Díaz descubrió en 1447 los *calaos* en las costas de Nueva Guinea, y Pigaferta, compañero de Magallanes, observó en 1519 numerosos *mancos* en las costas de la Patagonia.

Fue por entonces cuando se hizo patente la necesidad de un criterio universal que permitiese la clasificación sin ambigüedades de los nuevos animales descubiertos día tras día por expedicionarios cada vez más osados. El sistema de catalogación tradicional procedía ordenando a los seres vivos de acuerdo con una escala de perfección cuyo fundamento se remontaba al génesis bíblico. Suponíase que Dios creó en jornadas sucesivas criaturas de perfección creciente, de manera que resultaba de lo más natural ordenarlos de ese modo. En el nivel más bajo se hallaba el coral, al que Campanella califica como «árbol marino lapidificado». Por encima de ellos están los zoofitos, llamados plantanimalia por Teodoro de Gaza, que participan de las naturalezas animal y vegetal, según Aristóteles y Plinio, de forma que no se sabe dónde ubicarlos.

A esta gradación se añade el criterio genético, más preocupado por determinar el origen y desarrollo de las criaturas. Así, se admite que los animales inferiores pueden aparecer por generación espontánea —cosa ya admitida por Aristóteles— a diferencia de los superiores, siempre nacidos de una pareja de progenitores. José de Acosta, por ejemplo, asegura que «las ratas, ranas, abejas y todos los demás animales imperfectos, se engendran de la tierra». Y el francés Paré relata cómo encontró dentro de una gran piedra hueca cerrada por todas partes, un «gran sapo vivo que sólo pudo nacer de cierta humedad putrefacta. —En cambio, los animales superiores —, de acuerdo con el orden de gobierno establecido por Dios», siempre nacen por reproducción sexual, ya sea por vía ovípara o vivípara.

Tampoco se quedan acras las agrupaciones basadas en criterios funcionales (nadadores, voladores, reptiles y marchadores) y ecológicos (fauna acuática, subterránea, terrestre y aérea). Por este afán se considera como peces a todos los seres que viven en el agua: crustáceos, moluscos, anguilas, carpas, gusanos, ranas, ballenas, hipopótamos, ratas de agua y castores. La Iglesia avala esta clasificación y concede su permiso para que se coma la carne de castor durante la cuaresma, como la de los demás peces. Asimismo, reptil es todo lo que se arrastra, lo que obliga a colocar al caracol al lado de la víbora. Gallos, picazas, avispas y moscas se califican de aves, y hay quien determina que el murciélago es un «ave de rapiña que vuela de noche».

El siglo XVI apenas experimenta avances reseñables en la zoología. Las clasificaciones animales siguen las directrices aristotélicas sin cuestionarse seriamente la coherencia de los resultados a que conduce. Todavía se admite la generación espontánea como uno de los procesos responsables de la aparición de criaturas vivas consideradas «inferiores», como los insectos. Las abejas —se afirma entonces— nacen de la corrupción de los cadáveres de animales nobles, como el toro, el buey y la vaca. E incluso se cree que las abejas corrientes surgen de las carnes de

estos animales, mientras los reyes y demás jerarquías de la colmena nacen del cerebro, que es la sustancia más delicada, y por ello gozan de mayor tamaño, prudencia y fuerza.

LAS ERAS DE LAS GRANDES EXPLORACIONES

El avance del siglo XIX y la exploración de los continentes por las potencias europeas en pleno auge del colonialismo, borró para siempre gran cantidad de mitos y supercherías acerca de las exóticas razas humanas moradoras de lugares remotos. No sólo se demostró la inexistencia de los gigantes, sino también la de los *ámbaros* (africanos sin orejas y con los pies quemados), *andróginos* (mitad hombre y mitad mujer),*parvini* (hombres con cuatro ojos), *agriófagos* (hombres que se alimentan de carne de pantera y de león), *cinocéfalos* (hombres con cabeza de perro), *acéfalos* (hombres sin cabeza), *cíclopes* (gigantes con un solo ojo), *hipópodas* (hombres con patas de caballo), *blemios* (con los ojos en el pecho), *presumbanos* (hombres desorejados), *hiperbóreos* (pueblo que conoce la eterna felicidad), y *monópodos* (hombres con una sola pierna y un gigantesco pie).

La noción de evolución biológica también se impuso en el dominio de la zoología, desechando las clasificaciones que no se basasen en un criterio de parentesco evolutivo. La clasificación del reino animal se realiza desde entonces subdividiendo a sus miembros en especies, géneros, familias, órdenes clases y troncos. La especie es la unidad natural más reducida que se contempla en la zoología, y se designa por dos términos en latín, el primero de los cuales se refiere al género y el segundo a la especie propiamente dicha. Por ejemplo, el ser humano se denomina de este modo como *Homo sapiens* (o «mono que piensa»). En concreto, la subespecie correspondiente al hombre moderno —en contraposición a la del Hombre de Neanderthal— se distingue por la adición de una palabra más, y así queda *Homo sapiens sapiens*.

Un género abarca varias especies estrechamente relacionada por medio de un nombre colectivo. En nuestro caso, los hombres de Neanderthal y los de Cromagnon pertenecían ambos al género *Homo*. Una familia se compone de géneros emparentados, como ocurre con el *Homo*, que junto al *Australopithecus* y otros géneros, constituyen la familia de los homínidos. Las diversas familias se reúnen en órdenes, siendo el orden de los *primates* el que engloba al de los homínidos. Una clase es un conjunto de órdenes unidos por una historia genealógica común, y es la de los mamíferos la que incluye el orden de los primates.

El nivel inmediatamente superior es el tronco o *phylum*, una agrupación de clases vinculadas entre sí por un origen común. El tronco al que pertenecen los mamíferos es el de los cordados (y más concretamente al subtronco de los vertebrados), es decir, aquellos animales que poseen huesos. Los cordados junto con otros veintiún troncos configuran el subreino de los animales pluricelulares, los cuales, unidos a los unicelulares, conforman el reino animal.

Si por algo se distingue la zoología del siglo XIX es por el estudio de la riquísima y casi inabarcable fauna marina. En 1819, durante un crucero por la bahía de Baffin, *sir* John Ross señaló la presencia de estrellas de mar hacia los 700 m de profundidad y gusanos a 1800 m. Observaciones que debieron pasar más bien desapercibidas a juzgar por lo celebrado que fue, en 1847, el hallazgo por una expedición antártica de animales a esas mismas cotas de profundidad. El descubrimiento en 1859 de animales marinos fijados a un cable telegráfico retirado del Mediterráneo desde una profundidad de 2160 m, demostró la disposición de la vida para asentarse en las más hondas simas oceánicas.

En 1914 se descubrieron por primera vez los pogonóforos, unos animales marinos de entre 5,5 y 30 cm de longitud que viven en tubos segregados por ellos mismo, aunque no fue hasta 1944 que se les reconoció como un tronco particular. La mayor parte de estos extraños animales habita en las fosas abisales, de modo que el conocimiento de los mismos se ha visto ligado a los progresos de la

oceanografía. Las investigaciones llevadas a cabo por los científicos soviéticos sobre los pogonóforos demostraron su presencia en los fondos marinos de Extremo Oriente, en las fosas de las islas Kuriles y del Japón, pero también confirmaron su escasez en otras zonas oceánicas.

Actualmente, el inventario de la fauna mundial abarca alrededor de un millón de especies, una cantidad que bien podría ser menos de la décima parte del toral existente. Las estimaciones oscilan entre unos 4,5 millones (hoy conoceríamos, por tanto, menos de 1/3 de todas ellas) y unos 80 millones de especies (en cuyo caso tan sólo habríamos descrito hasta ahora un 2%). Los insectos, sin ir más lejos, suman ellos solos 750 000 especies distintas, y los entomólogos más atrevidos consideran la posibilidad de que existan entre 20 y 30 millones más. Tenemos, además, 3000 especies de bacterias, 2000 de algas azules, 100 000 de hongos (aunque puede haber alrededor de un millón), casi 1.500 000 de invertebrados y 500 000 vertebrados. Entre estos últimos hay 20 000 tipos de peces, 5000 de anfibios, 6500 de reptiles, 10 000 de aves y unos 4000 de aves.

DESCUBRIMIENTO DE GRANDES VERTEBRADOS

La civilización industrial que el hombre moderno ha extendido a casi todo el planeta, no ha respetado los parajes naturales habitados por la fauna más rica y exótica. La deforestación de las selvas y los grandes bosques, o la contaminación de los mares y ríos, amenazan seriamente con alterar para siempre el delicado equilibrio ecológico que a lo largo de miles de millones de años ha cobijado la vida de tantas especies animales, entre ellas la humana. El caso de las junglas tropicales, por ejemplo, es emblemático en las discusiones sobre la conservación de las últimas áreas vírgenes de nuestro mundo. Allí no sólo encuentran refugio animales desaparecidos en otras regiones, sino que también lo hacen grupos humanos en

peligro de extinción. Pigmeos en África, yanomanis en Sudamérica, y muchas otras tribus primitivas resisten con dificultad la presión de los intereses que pretenden despojarles de sus territorios, ávidos de las riquezas naturales que éstos encierran.

En el transcurso de las exploraciones efectuadas durante los siglos XVIII y XIX a lo largo del globo, se produjo el descubrimiento de algunos animales que hoy contemplamos con toda naturalidad en zoológicos y museos, pero que hasta entonces eran mal conocidos o permanecían completamente ignorados. En el primero grupo se cuentan los gorilas, esos gigantes peludos de aspecto imponente. Parece deberse al navegante cartaginés Hannon, hace unos 2500 años (siglo IV a. C.), el primer contacto de un viajero occidental con los gorilas. Por aquellos tiempos, los cartagineses se hallaban entregados al intento de reconocer las costas de África, y es muy posible que Hannon llegase hasta Camerún o Gabón. En estas zonas abunda aún hoy el gorila de la llanura, el más proclive a acercarse a las playas donde la nave del cartaginés fondeó.

En el relato de su viaje Hannon se refiere a una gigantesca montaña a la que denomina «Montaña de Dios», y que bien pudiera ser el monte Camerún (4000 metros de altitud), pues bajo este nombre se le conoce todavía entre los indígenas de la zona. En uno de sus desembarcos de avituallamiento en una península que la narración cartaginesa nombra como «Cuerno del Sur», aparecieron de repente ante los marineros «hombres salvajes con cabezas greñudas a los que nuestro intérprete llamó gorilas. Seguimos a esos hombres pero no pudimos capturar a ninguno de ellos, pues huyeron hábilmente. Logramos apoderarnos de tres hembras, que comenzaron a arañar y morder a sus captores y no quisieron seguirlos, por lo que tuvimos que matarlas. Nos trajimos sus pieles a Cartago». Y allí continuaron esas pieles expuestas durante varios siglos en el templo de Melkart.

Puede discutirse si Hannon se topó verdaderamente con gorilas o con otra clase de animales, o incluso con indígenas primitivos. Pero Friederich Heims, especialista en el antiguo idioma fenicio-

cartaginés, no lo duda basándose en sus estudios filológicos. Este lingüista viene sosteniendo desde 1951 que la voz *gorila* no es originaria del idioma bantú, sino que deriva del cartaginés *gorel*, que significa «el que araña». Gorila es la forma femenina de la palabra que los navegantes a buen seguro utilizaron para designar los ejemplares apresados, cuya fiereza y esfuerzos por librarse del cautiverio son fácilmente imaginables. Así debió ser cómo el nombre original africano de los grandes simios, *n'guyala* («señores de la selva»), quedó convertido en el de *gorilas* («pueblo de las arañadoras»).

La existencia de estos gigantes de la jungla permaneció en el olvido hasta finales del siglo XVI, cuando volvemos atener referencias históricas sobre ellos. Hacia 1590 el pirata inglés Andrew Battel relató las notables diferencias entre los chimpancés que había visto en sus correrías por las costas africanas, y un mono de tamaño y fuerza descomunales al que llamó «Pongo». En su narración Battel escribe:

Este Pongo es en todo semejante al hombre, sólo que, en conjunto, su figura es la de un gigante. Tiene rostro humanoide, ojos muy profundamente hundidos en sus órbitas, y cejas muy pobladas, con pelos largos. Tiene la cara, las orejas y las manos peladas. Su cuerpo, al contrario, está cubierto de pelo, aunque no muy espeso, de color marrón oscuro. Apenas se diferencia del hombre, salvo en que sus piernas carecen de peroné. Duerme en los árboles y se construye e ellos un techo para protegerse de la lluvia. Su alimentación consiste en frutos que encuentra en la selva y en nueces. Jamás come carne.

Con todo lo minuciosa y ajustada a la verdad que al correr de los tiempos ha resultado la descripción de Battel, apenas nadie le prestó atención en su época. Los académicos europeos dudaban de la existencia de monos de un tamaño superior al del chimpancé, por lo que archivaron estos y otros informes, considerándolos como

simples fabulaciones de aventureros, a la espera de que alguien les presentara un ejemplar vivo. Curiosamente, las mayores falsedades sobre el comportamiento de los gorilas fueron las que se aceptaron sin la menor reserva como información fidedigna durante casi un siglo. Quizás ocurrió así porque quienes las propalaron eran misioneros que trajeron a Europa los primeros cráneos de gorila para su estudio.

Wilson y Savage —así se llamaban estos misioneros— se limitaron a recoger algunos cráneos de estos animales de manos de los indígenas, pero también recogieron las peores fábulas de aquellas tribus sobre la fiereza del gorila. Según ellos, estos enormes simios tenían la costumbre de secuestrar a los pobres nativos extraviados, subiéndolos acto seguido a un árbol para estrangularlos y despedazarlos con saña desmedida. En concreto, Thomas Savage sólo veía una posibilidad de enfrentarse a los gorilas, y no era otra que disparar directamente a su boca. «En caso de que el disparo falle —añadía—- el gorila es capaz de destrozar el cañón del arma entre sus dientes, y el encuentro tiene un final desastroso».

El periodista estadounidense de origen francés Paul Du Chaillu se dirigió en 1855 a la zona situada entre Gabón y el Congo, con el ánimo de escribir una serie de informes sobre sus habitantes y su fauna, incluidos los gorilas. Durante el safari, Du Chaillu se vio obligado a dar muerte a uno de estos simios, pero al contrario de lo que su leyenda negra afirmaba, el periodista reconoció que el animal «tenía algo espantosamente humano en sí». A su regreso en 1861, su editor le exigió que modificase el relato de sus andanzas con intención de que resultase más del gusto popular de la época. Por entonces se esperaba que los relatos de las exploraciones africanas envolviesen encuentros con seres desconocidos y terribles, lo que obligó a Du Chaillu a describir al gorila como «una pesadilla demoníaca, una de las criaturas más espantosas de la tierra, el animal más salvaje y rabioso que había visto jamás».

Algunos años después de los informes de Du Chaillu el médico y novelista inglés William Winwood Reade marchó al territorio de los

gorilas con el ánimo de rebatir las engañosas historias que describían a los gorilas como poco menos que monstruos abominables. Reade no logró contactar con ninguno de estos animales, pero sí consiguió recabar las opiniones de los indígenas. Éstos le explicaron que si él dejaba en paz a los gorilas, los gorilas le dejarían en paz a él. Efectivamente, las investigaciones etológicas del siglo XX demostraron que los gorilas —por lo demás, como cualquier animal— sólo se muestran agresivos cuando están alterados o se sienten en peligro. En cualquier otro caso resultan criaturas de lo más apacible.

Muy distinta, afortunadamente, es la historia del reconocimiento y captura de otro gran mamífero de la selva del Congo, el okapi. A su regreso a Inglaterra después de sus aventuras tras el rastro del doctor Livingstone, el periodista Henry Stanley refirió indicios de diversos seres vivos, entonces todavía desconocidos, que parecían habitar cerca de la selva del Ituri. Allí se encontraban también los pigmeos de las tierras orientales del Congo, quienes no se sorprendieron ante los caballos de la expedición de Stanley, y afirmaron que ellos solían cazar un animal semejante natural de aquellas tierras. Como prueba de sus aseveraciones, los pigmeos entregaron al periodista unas tiras de piel de color marrón rojizo. Puesto que no podía tratarse de un verdadero caballo, la criatura descrita por los pigmeos debía ser un animal aún sin catalogar.

Stanley expone su perplejidad ante estos relatos en su libro *Lo más oscuro de Africa*, donde denomina a ese animal «asno de la selva». Así, escribe:

Resulta sorprendente la afirmación de los pigmeos de que la alimentación del asno de la selva consiste en hojas.

Stanley sabía bien que todos los équidos conocidos vivían en espacios abiertos, como las llanuras, y se alimentaban de hierba. Estas características llamaron la atención de *sir* Harry Johnston, gobernador británico de Uganda. También él había recopilado no

pocas leyendas que hablaban de un animal parecido al caballo, habitante de las selvas vírgenes, en cuya piel se dibujaban rayas blancas y negras, con una singular cola y cuernos en la cabeza. Tanta fue su fascinación por el terna que durante algún tiempo Johnston sospechó seriamente que se trataba del mitológico unicornio.

Georg Schweinfurth, explorador alemán especializado en la investigación de regiones africanas y descubridor de los pigmeos, declaró que uno de sus porteadores de esa tribu poseía un cinturón hecho con la piel a rayas de ese animal desconocido. El comandante francés Marchand expresó su opinión de que los cinturones de los pigmeos —él también había visto otros— se habían confeccionado con la piel de una especie de antílope a rayas. A decir del propio Marchand, un misionero llamado Lloyd había llegado a ver al animal en Boga, junto al río Semliki. Sus descripciones lo presentaban como una suerte de cebra o de antílope (no era un solípedo, como otros animales parecidos al caballo), con la parte delantera del cuerpo cubierta de piel marrón y la trasera a rayas.

En el año 1900, el gobernador Johnston trabó amistad con un grupo de pigmeos a los que liberó de un traficante de esclavos, ocasión que el británico aprovechó para inquirirles por el enigmático «asno de la selva». Los pigmeos le contaron que el nombre dado por ellos a semejante animal era *okapi*. Comparándolo con un mulo, los indígenas explicaron que el okapi era igual, con la excepción de tener las patas, el estómago y los cuartos traseros a rayas. Animado por esas informaciones, Johnston se trasladó a la zona fronteriza de Uganda con el Congo, donde los oficiales belgas le confirmaron los datos ofrecidos por los pigmeos. No obstante, tras una temporada de búsqueda infructuosa por la selva, el gobernador británico se desalentó y decidió regresar a su colonia.

Sir Harry, pese a todo, no permaneció ocioso sobre el asunto y envió unas muestras de piel de okapi a la Sociedad Zoológica de Londres. En las notas adjuntas expresaba su opinión de que el animal en cuestión no era un pariente del caballo —contrariamente a

lo sostenido por Stanley— sino un antiodáctilo, posiblemente un rumiante. La Sociedad Zoológica, empero, hizo caso omiso a sus observaciones, bautizando provisionalmente al okapi como *Equus johnstoni* («caballo de Johnston»). Pero la recepción por parte de *sir* Harry de una piel y dos cráneos de okapi enviados por los belgas en 1901, cambió la situación. El gobernador británico no tardó en advertir que los cráneos se asemejaban mucho a los de un pariente próximo con cuello corto de la jirafa actual, aunque de la era terciaria, el *Helladotherium*. Con estos nuevos datos *sir* Harry volvió a escribir a la Sociedad Zoológica de Londres sugiriendo que la mejor denominación para el okapi era *Helladotberium tigrinum* (heladoterio rayado).

El okapi (*Okapia johnstoni*).

Investigaciones más profundas realizadas con posterioridad, demostraron que el okapi no es un pariente cercano de la jirafa primitiva (*He/ladotherium*), sino que se halla más próximo a otras dos subespecies de jirafa de cuello corto extinguidas hace millones de años. Estas dos subespecies son el *Samotherium* y el *Palaeotragus*. Así quedó de relieve, ya sin ninguna duda, la peculiaridad zoológica del okapi. Se trataba, ni más ni menos, de un animal primitivo superviviente de la era terciaria, resurgido de repente para los científicos desde la espesura de las selvas africanas. Una lección que, a la vista de los casos que examinaremos en los

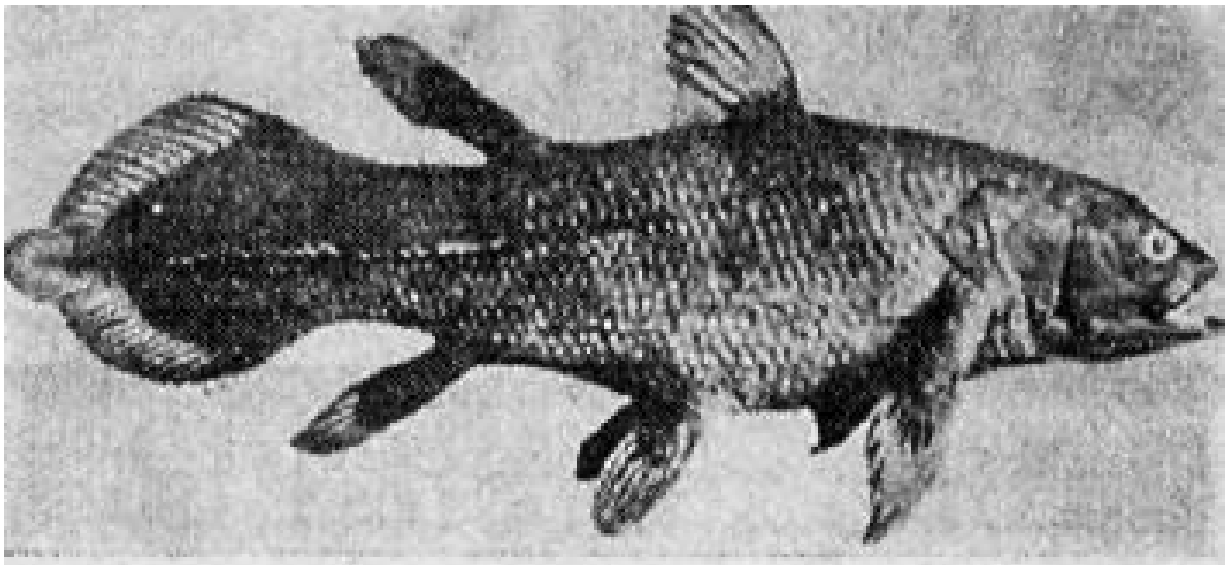
próximos capítulos, no deberíamos desdeñar con la ligereza que algunos autores muestran ante la posible existencia de grandes animales aún desconocidos.

El coleccionista suizo de animales salvajes J. J. David logró cazar uno de estos ejemplares para el museo de Basilea, tras lo cual difundió la opinión de que los okapis vivían en terrenos pantanosos e inaccesibles. En realidad, estos animales buscan las franjas de tierras más secas, evitando el barro y el fango de las ciénagas. El inglés Cuthbert Cristhie pudo comprobarlo cuando se convirtió en el primer occidental en estudiar el comportamiento de un okapi vivo. Tuvo la suerte de encontrarse con uno de estos mamíferos que había sido capturado por los pigmeos de la región y encerrado en una cerca, aunque no mucho después el animal logró escapar de su cautiverio.

Pero el que quizás fuese el acontecimiento zoológico más sensacional del siglo XX se dio con el descubrimiento de un pez crosopterigio, el «celacanto». (*Latimeria chalumnae*). Esta denominación le fue impuesta por J. L. B. Smith, un famoso experto sudafricano en fauna marina. Lo asombroso del hallazgo era que ese tronco —de principios del devónico— se suponía extinto desde el periodo cretácico. Con una antigüedad cifrada en unos 75 millones de años, nadie esperaba volver a ver a una de estas criaturas nadando tranquilamente bajo las aguas del Indico sur. Sin embargo así fue, y tan vivo y saludable se halló el primer ejemplar de esta especie descubierto en la era moderna, que sus captores tuvieron que mantenerse lejos de sus peligrosas fauces.

Los paleontólogos conocían al celacanto desde 1839, cuando el primer fósil de este animal marino fue extraído del interior de una capa de yeso del Pérmico, en Ferry Hill, diez kilómetros al sur de Durham (Inglaterra). Otros fósiles fueron desenterrados con posterioridad, también en las islas británicas, en terrenos que iban del devónico superior al cretácico, lo que significaba que aquel pez coleaba ya hace 250 millones de años. Con una cabeza de apariencia acorazada, unas aletas evocando patas sin desarrollar y un cuerpo

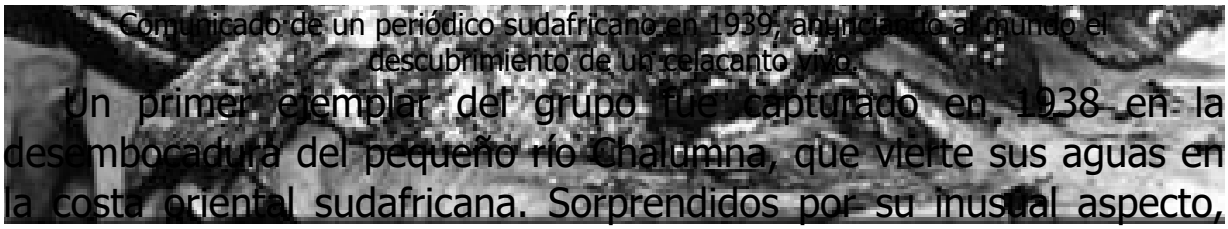
particularmente alargado, el ejemplar recogido en África del sur medía 1,5 metros y pesaba 57 kilos.



The East London Fish: The most startling "living fossil" ever discovered.

THE OUTDOOR WORLD

A LIVING FOSSIL CAUGHT IN THE SEA



Comunicado de un periódico sudafricano en 1939, anunciando al mundo el descubrimiento de un celacanto vivo.

Un primer ejemplar del grupo fue capturado en 1938 en la desembocadura del pequeño río Chalumna, que vierte sus aguas en la costa oriental sudafricana. Sorprendidos por su inusual aspecto, los propietarios de la embarcación lo llevaron a presencia de Marjory Courtenay-Latimer, conservadora del museo de Historia Natural de East London, en Sudáfrica. Latimer, incapaz a su vez de identificar aquel extraño pez, hizo llegar un boceto él mismo al profesor Smith, en la universidad de Rodas. Por desgracia, la misiva quedó retenida durante varias semanas por el gran volumen de correo navideño, de modo que cuando la carta llegó por fin a su destinatario, el extraño pez ya había sido disecado y sus órganos internos se habían perdido. Esto no fue obstáculo para que el profesor Smith, basándose en las indicaciones recibidas, identificara aquel ejemplar como un celacanto asombrosamente pescado en la actualidad.

A causa del mal estado en que se encontraron los primeros ejemplares, el descubrimiento pasó prácticamente desapercibido. De hecho, el naturalista francés Lecome du Nouy omite por completo su mención en el libro *El destino del hombre*, publicado en 1946 en Estados Unidos. Sin desalentarse por tan indiferente acogida, el profesor Smith perseveró en la búsqueda de más celacantos, convencido como estaba que las capturas realizadas no lo eran de ejemplares únicos.

Smith envió emisarios a todos los puertos con dibujos del pez, al tiempo que ofrecía una recompensa de cien libras esterlinas al primer pescador que presentase a las autoridades uno de aquellos peces. Su tenacidad se vio recompensada catorce años después de la primera captura. En diciembre de 1952, Ahmed Hussein, un pescador de Domoni, puerto de la isla de Anjouan, en el archipiélago de las Comores, atrapó con un anzuelo un segundo ejemplar de cela- canto a doscientos metros de la costa. Sin reconocerlo como el pez buscado por toda la costa, lo mató a garrotazos y lo llevó al mercado para venderlo. Otro indígena, por fortuna, reconoció la identidad del pez y puso sobre aviso al capitán Hunt, oficial de la

Marina a cargo de la búsqueda. Advertido por telegrama del hallazgo, Smith llegó en avión 48 horas después, mientras se sumergía al pez en salmuera a falta de formol.

El Instituto de Investigaciones Científicas de Madagascar, consciente ya de la importancia científica de estos acontecimientos, organizó una campaña de rastreo, a resultas de la cual en los tres años siguientes se consiguieron diez nuevos celacantos en buen estado en torno a las Comores. Estos peces, con sus 140 cm de longitud y 40 kg de peso en promedio, tienen su hábitat a profundidades de entre 150 y 800 m. Hasta la fecha se han apresado más de un centenar de celacantos, si bien la mayoría han muerto al poco tiempo de ser capturados.

Desde el punto de vista zoológico, el celacanto es un pez de características totalmente primitivas, cuyos antecesores se remontan al periodo devónico. Sus ancestros eran todavía esencialmente cartilaginosos dentro de su coraza de hueso, de cuerpo más bien largo, miembros anteriores muy separados de los posteriores y bastante rudimentarios, y con un muón o lóbulo central terminado en una orla de aletas. La evolución de estos peces se bifurcó en dos principales líneas de desarrollo. Una de ellas se expandió hacia la tierra firme dividida en dos grupos; el primero de ellos es el de los peces pulmonados, que convirtieron su vejiga en un pulmón y actualmente están casi extinguidos (tres excepciones son el *Ceratodo* de Australia, el *Protoptero* de África, y el *Lepisosirén* del Amazonas). El segundo grupo es el constituido por el pez de aletas lobuladas *Rhipidistien*, antepasado de los primeros batracios y otros vertebrados terrestres.

La otra línea evolutiva retrocedió hacia el interior de los mares para colonizar aguas más profundas, quedando asimismo dividida en otros dos grupos. Uno de ellos es el que ha llegado a nuestros días con el nombre de «celacanto». (*Latimeria chalumnae*) en calidad de fósil viviente, pues se ha mantenido invariable en su forma y características durante millones de años. El otro grupo se decantó hacia una evolución pisciforme, engendrando las líneas evolutivas de

muy diversos seres, convertidos en activos nadadores de líneas hidrodinámicas alargadas y esbeltísimas.

Un animal de aspecto igualmente primitivo pero mucho más impresionante que el celacanto, fue descubierto en 1912 a causa del aterrizaje forzoso de un piloto en la isla malaya de Komodo. Tras su rescate el superviviente informó que en aquellos parajes habitaban «unas criaturas gigantescas, como lagartos descomunales». El relato del piloto, como era de esperar, fue acogido con un frío escepticismo que en ocasiones rayaba en la burla. No obstante, el administrador holandés del territorio —por entonces una colonia occidental— inició una gira de inspección por la isla a instancias del director de los Jardines Botánicos de Java.

El dragón de Komodo (*Varanus komodensis*).

A su regreso trajo consigo un inquietante conjunto de indicios que corroboraban las declaraciones del piloto. Tales pruebas eran

una piel escamosa de más de dos metros de largo y los testimonios de numerosos nativos quienes juraban haber visto criaturas como aquélla a la que pertenecía esa piel pero de diez metros de longitud. Una batida subsiguiente realizada en Komodo consiguió capturar cuatro animales, el mayor de unos tres metros, pertenecientes a una especie desconocida de lagarto monitor gigante. Este lagarto se denomina hoy «dragón de Komodo».

En el verano de 1960 un brote de pánico devolvió la popularidad a estos imponentes animales. En aquellas fechas se propagó la noticia de que varios lagartos de unos seis metros, habían atacado a algunos habitantes de la zona australiana de Nueva Guinea. Se dijo que estos animales se alimentaban de cerdos y ciervos, y que algunos de los cadáveres presentaban heridas de más de treinta centímetros atribuibles a tales fieras. La ola de terror creció tanto entre la población que las autoridades locales hubieron de trasladar poblados enteros a zonas protegidas por empalizadas bajo el control de la policía. La considerable recompensa ofrecida por la captura de una de estas bestias, viva o muerta, no fue reclamada por nadie y el asunto terminó en el olvido.

No es necesario sumergirse en las ensoñaciones de la mitología para encontrar criaturas fantásticas y aún en todo o en parte desconocidas, que exciten nuestra imaginación. Poco tardaremos en comprobar para nuestra sorpresa que muchos de esos seres, más originales e impresionantes que cualquier criatura de leyenda, tal vez existan en el mundo real y esperen todavía que los reconozcamos como miembros de pleno derecho en el inventario de los seres vivos.

2. Del mito a la realidad

HOY en día poseemos por lo menos dos cosas de las que carecía el sueco Carl Linneo, cuando en el siglo XVIII inauguró la rama de la biología encargada de clasificar sistemáticamente cuantas especies animales y vegetales fuesen encontradas. La primera de ellas, como es lógico suponer, es el conocimiento de un número enormemente mayor de plantas y animales de los que los biólogos dieciochescos pudieron suponer siquiera. La segunda es la sensación de que todo está descubierto y catalogado sin lugar a dudas, de modo que prácticamente nada queda de gran interés por descubrir o estudiar en nuestro planeta.

A finales del siglo XVIII el mundo académico se hallaba divido entre dos opiniones contrapuestas, según se admitiese, o no, la posible extinción de especies animales en el pasado. No era una cuestión banal, por cuanto se hallaba en juego la estabilidad del plan divino de la Creación. Si en el comienzo de los tiempos Dios había concedido al hombre como acompañamiento una larga serie de especies vivas, ¿eran las mismas que observamos en la actualidad, o su número había disminuido por la desaparición de algunas? Antes de la obra de Darwin apenas se tenía en cuenta la posibilidad de que hubieran aparecido nuevas especies a partir de la transformación de sus antepasados. El filósofo David Hume opinaba en 1779 que «…

hasta donde alcanza la historia y la tradición, no parece haber en el universo una única especie que haya sufrido la extinción».

Quedaba por explicar entonces el significado de esos caprichosos pedruscos con Formas de huesos y conchas que, de vez en cuando, eran desenterrados en las excavaciones mineras o gracias a las pesquisas buscadores ocasionales. Los antiguos griegos tenían la costumbre de explicarlos como un antojo de la naturaleza, pero con el siglo XIX ya en ciernes se hacía evidente que ésa no era una respuesta plausible. No se trataba de meros fragmentos rocosos, sino del resultado de la petrificación de auténticas criaturas vivas, o al menos de algunas partes suyas. Y parece ser que muchos de los mitos del mundo antiguo crecieron y se desarrollaron al amparo de estos restos óseos.

Escrito en el siglo II d. C., un documentado relato del griego Filóstrato cuenta la impresión que la produjo la contemplación de un enorme esqueleto petrificado descubierto tras un terremoto en la isla de Lemos, al norte del Egeo:

Yo mismo viajé hasta allí para verlo. La espina dorsal yacía hecha pedazos y las costillas habían sido arrancadas de las vértebras. Pero según examinaba los huesos, todos a la vez y uno a uno, me pareció de un tamaño descomunal, imposible de describir. Sólo el cráneo era mayor que dos ánforas de Creta.

Como las ánforas cretenses normales tenían una capacidad de entre 20 a 24 litros, cabe inferir que el fósil visto por Filóstrato ocuparía un volumen equivalente a 40 ó 50 litros. Esa medida se aproxima mucho a la del cráneo de un mastodonte, un proboscídeo prehistórico típico del pleistoceno o del mioceno (unos siete millones de años atrás).

Mirando de frente un cráneo así no se percibe con facilidad la posición de las cuencas oculares por la sencilla razón de que los mastodontes —como muchos otros herbívoros— tenían los ojos en posición lateral con el fin de abarcar un campo visual de casi 360º y

detectar más fácilmente a sus predadores. Lo que si debieron advertir los antiguos griegos, sin duda, fue la gran cavidad frontal correspondiente a la trompa del mastodonte. La tentación de atribuir ese orificio a la presencia de un solo ojo resulta irresistible, y he ahí la génesis de las leyendas sobre gigantescos cíclopes que tanto abundan en la mitología clásica.

Desde luego, no podemos asegurar con absoluta certeza que el desenterramiento esporádico de enormes huesos fosilizados generase por sí solo toda la mitología de la antigua Grecia sobre monstruos colosales. Sin embargo, tampoco cuesta admitir que cada vez que un campesino o un minero encontrase uno de tales restos, su creencia en las criaturas fabulosas de terrible aspecto mencionadas en su folclore se vería notablemente reforzada.

HUESOS DE MONSTRUOS Y GIGANTES

En torno al año 530 a. C. —cuenta el historiador Herodoto— los representantes de Esparta acudieron a un oráculo solicitando consejo sobre el modo de proceder para que su ciudad prosperase y triunfase sobre sus enemigos. La respuesta del oráculo les aconsejaba que llevasen a Esparta los restos del mítico héroe Orestes, hijo de Agamenón. Según la leyenda, Orestes había vengado la muerte de su padre acabando con la vida de su madre, lo que provocó el castigo de las Furias, que lo volvieron loco. Curado de su demencia por otros dioses más compasivos, Orestes llegó a convertirse en rey de Argos y Mecenas. Se dijo que había vivido hasta muy avanzada edad, pero nadie conocía la ubicación de su tumba.

Durante meses —proseguía la crónica de Herodoto— los espartanos buscaron en vano, hasta que un día tuvieron noticia de lo que contaba un herrero en la ciudad de Tegea. Mientras este artesano cavaba un pozo cercano hizo un descubrimiento asombroso que explicó con todo detalle. El herrero había encontrado un ataúd

de seis metros y medio, en cuyo interior se guardaba un esqueleto de las mismas proporciones que los espartanos no dudaron a identificar como los restos mortales de Orestes. Sin más tardanza, los emisarios de Esparta desenterraron el cofre y lo trasladaron a su ciudad, que efectivamente prosperó hasta superar en fuerza y magnificencia a todas las del sur de Grecia.

Hoy tenemos pocas dudas sobre la naturaleza nada heroica de los huesos referidos por Herodoto. Desde tiempos inmemoriales era práctica común entre los antiguos griegos enterrar de nuevo con gran ceremonia los gigantescos huesos hallados casualmente, entonces atribuidos a los héroes y gigantes de un pasado mitológico en el que todo era más grande y espectacular (la «Edad de Oro» de Hesíodo). Los huesos que descubrió el herrero eran, muy probablemente, los de un mastodonte fosilizado, confundidos previamente con los de un héroe pretérito e inhumados con todo el boato imaginable. Cuando los huesos se desenterraban por segunda vez, los objetos ceremoniales que lo rodeaban solían interpretarse como prueba de que se trataba de la tumba de un personaje legendario.

El griego Pausanias, que vivió en torno al año 150 d. C., era un escritor de viajes cuyas obras detallaban las riquezas turísticas —diríamos hoy— de distintas zonas de Grecia, como los templos que visitar y las maravillas culturales o naturales presentes en cada localidad. Y entre las atracciones de algunos lugares, se contaban numerosos caminos a lo largo de los cuales podían admirarse huesos de gigantes[1]:

En el puerto de Mileto parce de una isla se separó, dejando a la vista los huesos del gigante Asterion. El cuerpo no medía menos de cuatro metros y medio.

Pausanias describió como testigo presencial en torno a una docena de yacimientos fósiles por todo el mundo griego. Sus narraciones comentan la expectación y las especulaciones que

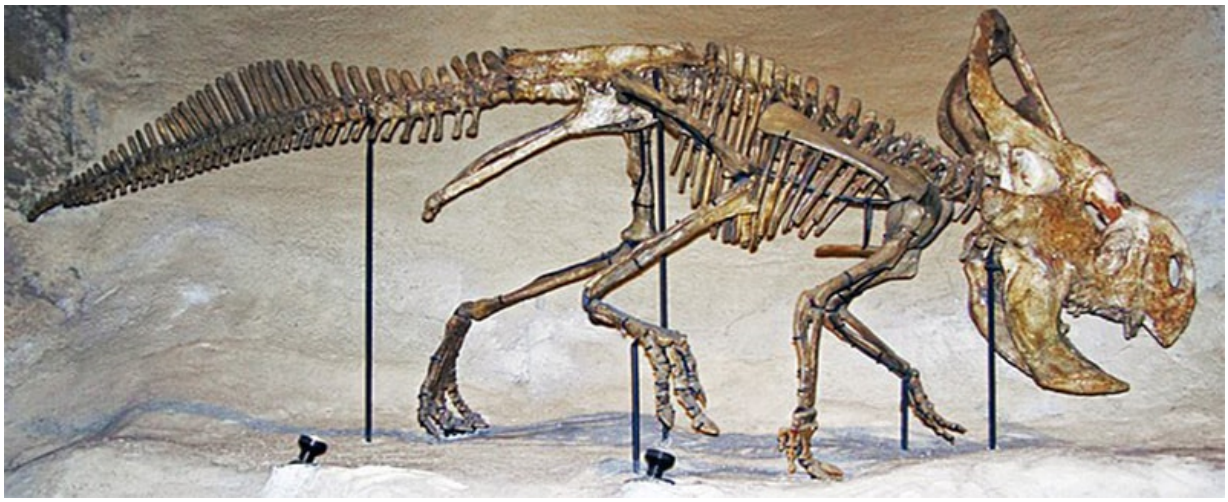
producían los hallazgos de huesos, debidos a terremotos, tormentas, excavaciones o simplemente por la erosión del terreno.

No sólo héroes y gigantes poblaban la riquísima mitología de la Grecia clásica, sino también bestias espantosas como el grifo. Mitad león y mitad águila se decía que construía nidos en el suelo, en cuyo interior depositaba sus huevos y cuidaba a sus crías, y que vigilaba increíbles tesoros. Los escitas, una tribu nómada del Asia central que comerciaba con oro en la Grecia del siglo VI a. C., contribuyeron a extender el mito del grifo guardián como salvaguardia contra quienes pretendiesen robarles sus metales preciosos. Aunque los escitas carecían de una lengua escrita, autores griegos como Aristeas —que visitó sus montañas en el año 675 a. C.— difundió en sus relatos el mito del grifo, proporcionando una gran cantidad de detalles que se mantuvieron constantes en todas las narraciones a través de los siglos.

Fue la coherencia de estas narraciones sobre grifos a lo largo de más de mil años la que llamó poderosamente la atención de antropólogos e historiadores hasta el punto de hacerles sospechar que algún hecho real debía esconderse tras el velo de la leyenda. El hecho es que los escitas contaban con mineral de oro procedente de las montañas Altai (palabra mongola que designa justamente este metal), un oro que había aflorado por erosión de las laderas más cercanas al desierto de Gobi. Y también era en esa región donde Roy Chapman Andrews había descubierto en torno a 1920 una concentración de fósiles que hizo las delicias de los paleontólogos de todo el mundo. Entre todos los fósiles presentes en la zona, los más abundantes correspondían a un dinosaurio cuadrúpedo cuyo largo y curvado pico le daba un aspecto muy semejante al de los míticos grifos. Eran los restos del *Protoceratops*, un dinosaurio herbívoro del cretácico tardío, uno de los últimos que pisó la tierra antes de su extinción masiva hace aproximadamente 65 millones de años.

El inmejorable estado de conservación de los fósiles —en parte achacable a las tormentas de arena del Gobi, capaces de enterrar vivo a un animal en pocos segundos— pudo haber alentado entre

griegos y escitas la convicción de que el mítico grifo había existido en realidad. Los viajeros que atravesando territorio escita, además de escuchar la leyenda del grifo, observasen también alguno de estos fósiles, no albergarían duda alguna sobre la autenticidad de las historias referidas acerca del monstruoso animal. Las protuberancias óseas que nacen de la base del cráneo en los *Protoceratops*, darían origen seguramente a la creencia de que estas criaturas poseían alas.



Esqueleto de un *Protoceratops*.

El hallazgo de lo que parece ser un hueso fosilizado de un rinoceronte lanudo del pleistoceno, tuvo lugar en Nicosia a comienzos de nuestra era. Trasladado posteriormente a la Acrópolis, en la convicción de que pertenecía a un héroe o gigante mitológico, se perdió para la historia durante los siglos posteriores. Hubo de esperarse hasta 1998, cuando la antropóloga norteamericana Adrienne Mayor y el paleontólogo griego Nikos Solounias retomaron el caso, para que el fósil fuese identificado correctamente. Algún tiempo después Major pudo dar también con el paradero de un gran fémur fósil de mamífero encontrado en el templo de Hera, en la isla de Sainos, entre una colección de ofrendas diversas que datan del siglo VII a. C. Con ello quedaba probado que los antiguos otorgaban

tanto valor a los restos fosilizados como nosotros en la actualidad, con la diferencia de que donde ellos veían reliquias de héroes portentosos o bestias fantásticas, nosotros leemos el mensaje que la naturaleza nos envía desde un lejanísimo pasado.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS DINOSAURIOS

Resulta francamente fascinante la historia del descubrimiento de los fósiles que condujeron a reconocer la existencia de monstruosos animales prehistóricos hoy extinguidos. Además, su importancia para nosotros es doble: por una parte, constituye un magnífico ejemplo de las distintas interpretaciones de un mismo objeto según la perspectiva intelectual con que se contempla. Los restos que al principio se juzgaban huesos de gigantes y bestias míticas, pasaron después a convertirse en elementos básicos de una paleontología plenamente científica. Por otra parte, no podemos olvidar que la presunta existencia de muchos animales desconocidos se justifica —en opinión de los criptozoólogos— como asombroso resultado de la supervivencia de ciertos reptiles monstruosos, originarios de la época de los dinosaurios. Estos animales extraordinarios nos parecen hoy tan familiares que, a menudo, cuesta trabajo imaginar aquellos años en los que eran por completo desconocidos para la historia natural. Desvelar su paso por la Tierra fue un trabajo colectivo que ocupo a toda una generación de científicos entre los siglos XVIII y XIX.

La vida de nuestra primera protagonista, sin embargo, no podía incluirse precisamente en la acomodada rutina del mundo académico. Muy al contrario, la pobreza en la que sumió a los Anning la muerte del cabeza de familia en 1810, forzó a muchos de sus miembros a convertir la búsqueda y venta de fósiles de un pasatiempo en una profesión. La más destacada fue la joven Mary Anning (1794- 1847), a quien se atribuye el descubrimiento del primer ichtiosaurio fósil, entre 1809 y 1811. Diez años después halló

el primer esqueleto de un plesiosaurio durante sus recorridos por las playas de Inglaterra. Y en 1828 descubrió también el primer esqueleto de pterosaurio (que acabaría llamándose más tarde *Dimorpbodon macronyx*) encontrado fuera de Alemania. Reconocida la importancia de sus hallazgos por el gran naturalista francés Georges Cuvier, los fósiles de Mary Anning comenzaron a ser codiciados no sólo por los científicos y los muesos, sino también por los aristócratas europeos y los magnates estadounidenses. Durante los últimos años de su vida, Mary disfrutó de un estipendio de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia, como recompensa por sus extraordinarias aportaciones al desarrollo de la paleontología.

Con mejor posición en la sociedad, quien se convertiría con los años en el reverendo William Buckland (1784-1856), se afanaba de niño en recolectar fósiles de todo tipo, una ocupación que ya entonces fascinaba al pequeño William. No resulta extraño, pues, que tras ordenarse sacerdote de la Iglesia anglicana dedicase su tiempo al estudio de la paleontología, la geología y la naturaleza en general. Partidario del creacionismo bíblico, suponía que el Diluvio Universal relatado en las sagradas escrituras había establecido de hecho una nítida demarcación entre las especies vivas anteriores («antediluvianas») y posteriores a la catástrofe, salvo aquéllas —claro está— salvadas por la providencial intervención de Noé.

Cuando, en 1824, fue nombrado presidente de la Sociedad Geológica de Londres, no pudo tener un mejor comienzo de su mandato que anunciando el descubrimiento de un diente fósil perteneciente en apariencia a un enorme lagarto, mayor que cualquiera conocido hasta la fecha. Buckland decidió llamar al desaparecido propietario del diente megalosaurio («gran lagarto»), cuyos nueve metros de longitud y una tonelada de peso se correspondían muy bien con semejante denominación.

El siguiente hito en la historia del descubrimiento de los dinosaurios fue protagonizado por el médico británico Gideon Mantell (1799-1852) y su esposa Mary Ann. Mantell, ferviente

apasionado por la búsqueda y clasificación de fósiles, consiguió contagiar en parte tales inquietudes a su esposa, quien le acompañaba en sus excursiones geológicas. En 1822, mientras su marido visitaba a uno de sus pacientes, Mary Ann decidió dar un paseo a caballo, durante el cual observó un llamativo fósil en forma de diente entre la grava con la que habían pavimentado el camino por el que cabalgaba. Llevó a Gideon su descubrimiento, y éste quedo por completo fascinado. Tras años de arduas investigaciones, Mantell publicó un libro —exquisitamente ilustrado con las tintas de Mary Ann— en el que llamaba iguanodón al espécimen del cual provenía el diente hallado por su esposa.

Se trataba de un descubrimiento singular, ya que el estudio de los dientes de este animal demostraba dos cosas. La primera concernía al enorme tamaño de la bestia; precisamente el término *iguanodón* hace referencia a su estrecho parecido con la iguana moderna, salvo por una envergadura mucho mayor. En segundo lugar, era la primera vez que se hallaba un reptil fósil herbívoro, pues todos los grandes reptiles modernos (cocodrilos, anacondas, dragones de Komodo) y los fósiles descubiertos entonces (plesiosaurios, megalosaurios, etc.) se catalogaban entre los carnívoros. Por desgracia, su triunfo como pareja investigadora son aseguró la felicidad de su matrimonio, y algunos años después —hastiada de la absoluta concentración de Gideon Mantell en sus trabajos paleontológicos— Mary Ann se divorció, un trance nada fácil para una mujer británica a principios del siglo XIX.

La reconocimiento de que todos estos fósiles constituían de por sí un grupo nuevo de especies ya extinguidas, vino gracias al célebre naturalista británico Richard Owen (1804-1892), de controvertido recuerdo en el mundo de la biología por su encendida oposición contra al evolución darvinista. Owen, sin embargo, demostró ser un excelente taxonomista, y a él se debe, en 1842, el nombre dinosaurios (del griego «lagartos terribles») para los animales vertebrados dominantes en la superficie terrestre entre el periodo triásico (hace unos 230 millones de años) hasta el cretácico (unos 65

millones de años atrás). Pese a la creencia popular, animales como los pterosaurios, ichtiosaurios o plesiosaurios —entre otros— no entran en la denominación colectiva de dinosaurios. Los estudios llevados a cabo a lo largo del siglo XX, cambiaron nuestra imagen sobre estos reptiles monstruosos. De considerarlos animales torpes, solitarios y de sangre fría, se paso a admitir que poseían un metabolismo activo y numerosas adaptaciones para la vida social. Tal vez de no haberse extinguido seguirían hoy dominando este planeta, quién sabe en qué forma evolucionada.

FUNDADORES DE LA CRIPTOZOOLOGÍA

La paleontología se hallaba ya bien consolidada cuando el joven Bernard Heuvelmans (1916 - 2001) decidió dedicarse para siempre a las ciencias de la vida. Nacido en la localidad francesa de Le Havre, sus años de juventud transcurrieron en Bélgica, donde se doctoró en zoología en la Universidad Libre de Bruselas. Atraído por los rasgos inusuales de criaturas poco o nada estudiadas, pronto se planteó la conveniencia de tomar en serio las declaraciones de testigos ocasionales que afirmaban haber avistado animales desconocidos. Los zoólogos tan sólo admiten la existencia de nuevos organismos cuando disponen de un cuerpo —vivo o muerto— para examinar, de restos materiales inequívocos (huellas, heces, pelo, piel, etc.), o actualmente cuando hay rastros microbiológicos que permitan comparar su dotación genética con la de especímenes conocidos. De esta manera, los científicos pueden situar a la nueva criatura en su lugar dentro del entramado evolutivo que dio lugar a todas las formas vivas que hoy pueblan nuestro planeta.

Heuvelmans, por el contrario, abordó el problema de modo diferente. Se preguntó si los testimonios así ofrecidos —por esporádicos que fuesen— unidos a las tradiciones orales y los relatos folclóricos de una determinada región, no proporcionarían un conocimiento más profundo de los animales que allí existen. Al fin y

al cabo los habitantes de un lugar saben mejor que nadie los animales que moran en sus bosques y nadan bajo sus aguas por el contacto mantenido durante muchas generaciones, a lo largo de las cuales los han avistado, los han cazado, e incluso a veces han sido víctimas de sus ataques. ¿Por qué desdeñar entonces la información obtenida de ese modo, aun cuando se carezca de un espécimen concreto que manipular y catalogar? Las palabras del propio Heuvelmans, recogidas en el prefacio de la edición de 1995 de uno de sus libros, rememoran el nacimiento de esa opinión con toda claridad[2]:

Bernard Heuvelmans.

En la década de 1950 yo era un joven zoólogo furioso, indignado con el ostracismo impuesto por la ciencia oficial —hoy diríamos el estamento [Esrablishment, en el original] científico— sobre aquellos animales conocidos sólo por los informes de viajeros aislados, o a través de leyendas nativas a menudo fantásticas, o a partir de simples pero misteriosas huellas, o la recolección de depredaciones a veces sangrientas, o mediante figuras tradicionales, o incluso unas pocas fotografías ambiguas.

Unas líneas más adelante, para asombro de la mayoría de investigadores, Huevelmans reniega de lo que considera un requisito «totalmente arbitrario» impuesto por la zoología académica para el reconocimiento de una nueva especie. Como ya se mencionó antes, suele requerirse que haya al menos un único espécimen representativo de la especie propuesta, registrado en una institución de solvencia y rigor científico reconocido, que lo catalogue y lo ponga a disposición de los científicos para su estudio y comparación.

Llevado por esta concepción tan laxa sobre la metodología zoológica, Heuvelmans se empeñó el resto de sus días en una titánica labor de documentación sobre leyendas y avistamientos insólitos en los que participasen criaturas desconocidas. Su propósito era recoger todos los indicios existentes sobre la posible realidad de especies animales tenidas por ficticias hasta el momento. El investigador franco-belga albergaba la esperanza de que semejante proceder acabara arrojando luz sobre nuevas especies animales de aparición fugaz en lugares remotos o escondidos, permitiendo en un segundo paso su definitiva catalogación.

Eruto de tales esfuerzos fue su obra magna *Tras la pista de animales desconocidos (Sur la piste des bêtes ignorées).* Publicado originalmente en francés en 1955 —conoció una primera traducción inglesa tres años después, y dos más en 1965 y 1995— su lectura resulta francamente atractiva tanto por la abundancia de ejemplos zoológicos, como por la interpretación antropológica, folklórica e incluso mitológica de algunas de las descripciones recogidas. El texto

abarca desde los animales de más reciente descubrimiento (celacanto, panda gigante, dragón de Komodo, etc.), pasando por aquellos que se creen extintos desde hace relativamente poco tiempo (pájaro Moa, tigre de Tasmania), hasta los consabidos monstruos marinos y terrestres que se debaten en la penumbra que media entre la ficción y la realidad. El libro obtuvo un cierto éxito de ventas, lo que animó a Heuvelmans a seguir escribiendo sobre el asunto. Así lo hizo en otros volúmenes de tema más concreto, analizando la verosimilitud de diversos monstruos marinos, como los pulpos y calamares gigantes, o las serpientes gigantescas que durante siglos habían aterrorizado a los navegantes.

No tardó el investigador franco-belga en comprender que su actividad se apartaba tanto de la zoología convencional que necesitaba un nuevo nombre. Esa convicción determinó el nacimiento de la denominación «criptozoología», entendida en su sentido etimológico como la ciencia de los animales que permanecen ocultos. En consonancia con ello, se llamaron «críptidos» a las criaturas supuestamente legendarias que los criptozoólogos juzgan dignas de ser investigadas por si existiesen en realidad. Heuvelmans fundó el Centro Francés de Criptozoología en 1975, donde se acoge su extensa biblioteca personal, y siete años después quedó constituida la Sociedad Internacional de Criptozoología, de la que él mismo fue el primer presidente. También desempeñó ese cargo en el Centro de Zoología Forteana, una asociación británica sin ánimo de lucro que ha financiado expediciones a diversas regiones del globo, en busca de posibles críptidos con la esperanza de capturar y estudiar alguno de ellos. En 1999, cerca ya de su fallecimiento, Heuvelmans tuvo la generosidad de donar más de 50 000 documentos, fotografías, especímenes y objetos relacionados de sus colecciones personales al Museo de Zoología de Lausana (Suiza). Con su muerte desapareció un visionario, un hombre apasionado, generoso, iconoclasta y capaz de empeñar su vida en la persecución de un ideal. Si ese ideal fue una mera ensoñación o un atisbo del futuro sólo el tiempo habrá de decidirlo.

Con todo, quizás la carrera de Heuvelmans no hubiese transcurrido por los mismos cauces de no haber leído, en 1948, un artículo en el *Saturday Evening Post* titulado «Podría haber dinosaurios». El artículo iba firmado por Ivan Terence Sanderson (1911-1975), un naturalista escocés afincado en los Estados Unidos con un acentuado interés por los enigmas menos convencionales. Su padre había sido un comerciante de licores también enamorado de la naturaleza salvaje, hasta el punto de que falleció en 1924 por el ataque de un rinoceronte mientras participaba en el rodaje de un documental en Kenia. Pese a todo, Sanderson pudo asistir como alumno a Eton, uno de los más selectos centros educativos de Gran Bretaña, para acceder después a la universidad de Cambridge, donde obtuvo se licenció en zoología, botánica y geología.

Ivan T. Sanderson.

En las décadas de 1920 y 1930, participó o encabezó numerosas expediciones en diversas regiones tropicales por cuenta de museos e instituciones de investigación. Gracias a ello puedo luego escribir relatos de primera mano sobre aquellas regiones salvajes y su fauna autóctona que, convertidos en libros, alcanzaron grandes éxitos de ventas y aseguraron a su autor un puesto de comentarista en numerosos programas de radio y televisión. Fue escritor de viajes y

disfrutaba de una célebre colección de animales exóticos, algunos de los cuales le acompañaban a los estudios televisivos en los que rodaba sus populares programas sobre la naturaleza. De hecho, Sanderson fue el primero que llevó animales vivos a un programa televisión.

La lista de sus viajes, siempre con finalidad zoológica, resulta ciertamente impresionante. Catando sólo algunos de ellos, entre 1924 y 1927 llevó a cabo dos viajes anuales en coche o en barco por Europa y el norte de África recolectando animales. De 1927 a 1929 dio la vuelta al mundo bajo los auspicios del Museo Británico en busca de especímenes que clasificar, recorriendo Egipto, India, Ceilán, Malasia, Indonesia, Nueva Guinea, Indochina, China, Japón, Tahití, el Pacífico sur, Hawai y los Estados Unidos. El periodo comprendido entre los años 1032 y 1933 lo pasó dirigiendo la expedición Percy Sladen al Camerún, y Africa occidental, por encargo del Museo Británico, La Royal Society, la universidad de Cambridge, el colegio universitario de Londres y otras instituciones académicas.

Durante la segunda guerra mundial trabajó para la inteligencia naval británica, tras lo cual se mudó a Estados Unidos, donde adquirió la ciudadanía y se estableció en una finca rodeada por extensos terrenos de su propiedad al noroeste de New Jersey. Gradualmente se fue interesando no sólo por los misterios criptozoológicos relacionados con animales desconocidos, sino también por toda clase de asuntos paranormales y presuntamente extraordinarios. A ello se debió que en 1965 fundase la Sociedad para la Investigación de lo Inexplicado en Columbia (New Jersey). Sanderson pasó sus últimos años junto a su segunda esposa escribiendo y concediendo entrevistas, hasta que un tumor cerebral puso silenció para siempre a su pluma y su palabra.

Con él probablemente se desvaneció la última figura capaz de encarnar el romanticismo —-tan extendido en el siglo XIX— del aventurero que explora lugares remotos y salvajes para descubrir maravillas insospechadas ocultas por la naturaleza a los prosaicos ojos del hombre moderno. Un viajero dotado de amplios

conocimientos científicos, capaz de escribir en primera persona con prosa seductora sobre los avatares sufridos en los ambientes más exóticos a los que sus intrépidas exploraciones le condujeron. Quizás el mejor tributo que pueda hacerse a su obra es constatar que sus textos clásicos sobre junglas y mamíferos, o aquéllos más concretos sobre ballenas, elefantes y primates, se leen todavía con la misma frescura y atractivo que cuando fueron publicados por primera vez.

Heuvelmans y Sanderson fundaron y desarrollaron la incipiente criptozoología estimulando entre la población general un interés latente por los misterios que aún encerraban las regiones salvajes de nuestro planeta. Cuando ambos desaparecieron, la llama de su entusiasmo había prendido en una gran cantidad de personas repartidas por todo el globo. Las sociedades criptozoológicas se multiplicaron en todos los continentes y países, y la literatura especializada floreció al amparo de un público siempre devoto. Hoy en día la comunidad criptozoológica cuenta entre sus miembros desde simples curiosos y aficionados que encuentran excitación en la búsqueda de bestias asombrosas, hasta zoólogos titulados que complementan sus labores profesionales con una actividad menos ortodoxa.

El estadounidense Loren Coleman, por ejemplo, ni es un aficionado ni un científico, aunque se le considera una de las máximas autoridades mundiales en criptozoología. Antiguo profesor de filmación de documentales y estudioso de la sociología de los medios de comunicación, decidió un día dedicarse a su pasión criptozoológica a tiempo completo. En 2003 abrió en su propia casa de Portland (Maine) el Museo Internacional de Criptozoología. Con menor formación intelectual previa el escritor Gary Mangiacopra y el músico de rock Scott Mardis se entregan a variadas investigaciones criptozoológicas con el máximo empeño, lo que les ha labrado una cierta reputación entre sus colegas. En el extremo opuesto, Karl P. N. Shuker es un zoólogo británico, graduado por las universidades de Leeds y Birmingham, y miembro de la Sociedad Zoológica de Londres, cuya completa dedicación a las investigaciones

criptozoológicas —con trece libros publicados al respecto— le ha granjeado una notable fama de investigador riguroso y fiable. Shuker fue el primero que llamó la atención sobre otros muchos críptidos distintos de los clásicos monstruos marinos y hombres-mono de los bosques, que merecían ser seriamente investigados.

De la misma credibilidad disfruta Jeff Meldrum, profesor asociado de anatomía y antropología en la universidad del estado de Idaho. Pese a la incomprensión o indiferencia de muchos de sus colegas, en su laboratorio almacena más de doscientos moldes de huellas de *bigfoot*, de cuyo estudio espera obtener conclusiones significativas sobre la existencia de tan elusiva criatura. El libro de Meldrum, *Sasquatch: Legend Meets Science*, publicado en 2006, recibió la aprobación de numerosos biólogos y antropólogos. Singularmente, la conocida primatóloga Jane Goodall afirmó que este libro aportaba un muy necesario nivel de análisis científico al debate sobre el sasquatch, o bigfoot. Ellen Marsden, profesora asociada de biología en la universidad de Vermont, aunque ajena a la criptozoología, opina que este género de indagaciones puede resultar útil a la ciencia si consigue aclarar algunas cuestiones aún por esclarecer del mundo natural. Animados por la atracción del misterio, o por el afán de traspasar las fronteras del conocimiento científico, los criptozoólogos prosiguen con su labor inasequibles al desaliento, a las dificultades materiales y a las reticencias de quienes no comparten su entusiasmo.

LA EXÓTICA FAUNA SUBMARINA

Los modernos hallazgos de la zoología parecen limitarse a la inclusión rutinaria en catálogo de nuevas especies de insectos o moluscos, cuyas extrañas denominaciones aumentarán el grosor de recios volúmenes que casi nadie consulta nunca. En el capítulo anterior, empero, hemos esbozado la idea de que este segundo supuesto cuenta con muchas posibilidades de ser falso, si

concedemos una mínima credibilidad a los informes que nos hablan de antropoides ignorados en zonas inexploradas o poco frecuentadas de nuestra geografía.

Ahora bien, vale la pena recordar que si todavía existen numerosos lugares de las tierras emergidas de las que sabemos muy poco, las más amplias y enigmáticas que permanecen como un reto para el afán investigador del hombre son las profundidades oceánicas. Con 1200 millones de kilómetros cúbicos de agua y un peso 250 veces superior al de la atmósfera, su masa (1,3 billones de toneladas) representa tan sólo una parte en cuatro mil de la masa del planeta. La profundidad media de los océanos es de 3200 metros, aunque en algunas fosas abisales se alcanzan los 10 000. Químicamente hablando, el agua del mar es una suerte de sopa ligera con muchos ingredientes: organismos vivos, materia orgánica muerta, sales disueltas (cloruro sódico, en el 90%) y otras sustancias inorgánicas diluidas o en suspensión.

Las cadenas alimenticias marinas comienzan con el *fitoplancton*, esa Hora microscópica que flota libremente en las aguas a las que llega la luz solar, aproximadamente hasta una profundidad de cien metros. De estas microplantas se alimentan otros organismos microscópicos —esta vez animales— llamados *zooplancton*, el cual servirá de alimento a animales mayores, y así sucesivamente hasta llegar a los más grandes e imponentes habitantes de las profundidades. La preservación del fitoplancton reviste una importancia absolutamente fundamental para la continuidad de la vida en la Tierra, tal como hoy la conocemos. Estos microorganismos generan por sí solos más del 70% del oxígeno atmosférico (el 20% restante se debe a las plantas terrestres), lo que evidencia uno de los más obvios peligros que encierra el deterioro de las aguas marinas.

Como es sabido, las tres cuartas partes de nuestro mundo están ocupadas por mares y océanos, cuyas superficies apenas son surcadas en una ínfima proporción por estrechas rutas comerciales de las que los buques no acostumbran a apartarse. Los pesqueros

no suelen alcanzar con sus redes más allá de 20 ó 25 m de profundidad, mientras que las exploraciones de los fondos oceánicos con submarinos y batiscafos son demasiado costosas y complicadas como para emprenderse en la escala necesaria a fin de revelar por completo lo que las aguas nos ocultan.

Desde la Antigüedad clásica se suponía que el mar era la morada de dioses poderosos y coléricos —el Poseidón griego y el Neptuno romano— poblada por monstruos horrendos, destructores de los buques que osaban aventurarse a mar abierto, desafiando el peligro de caer en el vacío infinito situado más allá de la línea del horizonte. En el Renacimiento se debilitó la creencia en un planeta plano, y apenas nadie en Occidente creía en la existencia de dioses marinos. Cosa distinta era la suposición de que las aguas de los océanos inexplorados se hallaban habitadas por criaturas monstruosas capaces de hacer zozobrar las mayores embarcaciones para devorar sin piedad a sus tripulantes.

La era de las grandes exploraciones trajo consigo incontables descubrimientos geográficos, junto a la posibilidad de trazar mapas de remotas regiones del globo. Pero la cartografía marina no avanzó tanto como la terrestre debido a una sencilla razón: en el subsuelo terrestre, minerales era lo más que cabía esperar; bien al contrario, bajo la superficie de las aguas, un universo ignorado esperaba la exploración humana. Así nos describe Julio Verne en su obra *20 000 leguas de viaje submarino*, la apabullante riqueza y variedad de la vida en ese entorno:

Incluso allí misino en aguas de las Antillas, a diez metros bajo la superficie de las ondas, a través de los cristales de la escotilla, ¡qué interesantes datos hube de escribir en mi diario! Entre otros zoolitos figuran galeras, conocidas con el nombre de fisalias pelágicas, especie de grandes vejigas oblongas de nacarados reflejos, teniendo su membrana al aire y dejando flotar sus tentáculos azules, parecidos a hebras de seda, y medusas encantadoras a la mirada, verdaderas ortigas al tacto que destilan un líquido corrosivo. Entre

los articulados anélidos de metro y medio de longitud, armados de una trompa rosácea y provistos de mil setecientos órganos de locomoción que serpenteaban bajo las aguas, arrojando al paso todos los resplandores del espectro solar.

Entre los peces, rayas molubares, enormes cartilaginosos de diez pies de largo y seiscientas libras de peso, con la aleta pectoral triangular, el centro del cuerpo algo combado y los ojos emplazados en los extremos de la cara anterior de la cabeza; ballestas americanas, en las que la Naturaleza no ha hecho uso de más colores que el blanco y el negro; gobios plumeros alargados y carnosos, con aletas amarillas y mandíbula muy saliente; escombros de dientes cortos y aguzados, cubiertos de ligeras escamas; nubes de barbos, teñidos de franjas doradas desde la cabeza a la cola, que agitaban sus resplandecientes aletas; verdaderas obras maestras de bisutería consagradas en épocas remotas a Diana, muy solicitadas por los potentados romanos y de las que el proverbio decía así: «Mírame y no me toques»; pocamantos dorados con listas de color esmeralda, ataviados de terciopelo y seda que desfilaban ante nuestra mirada como personajes del Veronés; esparos espolonados, que se escondían debajo de su aleta torácica; clupanadores de quince pulgadas, envueltos en sus fulgores fosforescentes; músculos que batían las aguas con su gruesa y carnosa cola; corregonos encarnados, que parecían cortar las aguas con su tajante pectoral; argentinos selenes, dignos de llevar este nombre, que se alzaban en el horizonte de las ondas como otras tantas lunas que las iluminaran con sus pálidos destellos.

Pese a que ya Leonardo Da Vinci había proyectado una nave preparada para sumergirse bajo las aguas, así como un rudimentario traje de buzo que permitiese circular por el fondo, las primeras investigaciones sistemáticas del mundo submarino están fechadas en 1818 y fueron realizadas por John Ross en la bahía de Baffin. Estas mediciones, seguidas por una interesante recogida de cieno del fondo submarino en el Atlántico, no fructificaron en algo concreto a

causa de la teoría entonces dominante (difundida por el francés François Péron), la cual afirmaba que los fondos marinos debían estar cubiertos de una espesa capa de hielo perpetua originada por el descenso de la temperatura con la profundidad. Esta idea —que hoy sabemos completamente errónea— impidió una valoración más entusiasta de los trabajos efectuados por Ross y su equipo.

Por aquellas mismas fechas, el inglés Edward Forbes declaró no haber sido capaz de detectar signos de vida submarina en el Mediterráneo más allá de los 200 metros de profundidad. Esto le hizo suponer de inmediato que la vida era imposible por debajo de esa cota, lo que atribuyó a una supuesta disminución de la cantidad de oxígenos disuelto en el agua con el aumento de la profundidad. La precipitación de Forbes en sus conclusiones quedó patente el año 1850, cuando un párroco noruego, Michael Sars, logró capturar cerca de las islas Lofoten ejemplares pertenecientes a trece especies distintas de animales entre los 800 y 1000 metros bajo la superficie.

La pesca de animalitos que vivían a unos 2500 metros de profundidad, realizada en 1861 por el explorador sueco Otto Torrell entre Groenlandia y las Spitzberg, fue respondida por sus críticos afirmando que se trataba de habitantes de cotas menores caídos de algún modo más abajo. Esta disparatada suposición se vio inmediatamente desmentida por el descubrimiento que poco después llevó a cabo un equipo de técnicos italianos entre Cerdeña y Argelia.

Empeñados en la tarea de extraer a la superficie un cable submarino (tendido a 2160 metros de profundidad) necesitado de reparación, encontraron que el lodo adherido a dicho cable hospedaba una gran cantidad de diminutas criaturas, las cuales fueron posteriormente catalogadas en quince especies distintas. Estos hechos animaron al geólogo irlandés W. Thomson y al fisiólogo inglés W. Carpenter a organizar la expedición que a bordo del crucero Lightning zarpó en 1868 en busca de nuevos datos sobre la fauna submarina. Durante su travesía obtuvieron, a una profundidad

de 1170 metros, un copioso muestrario de criaturas, algunas de las cuales se suponían extinguidos desde hacía millones de años.

El siguiente reto a solventar era disponer de la posibilidad de descender a las profundidades marinas, sin limitarse a recoger pasivamente las capturas que la pesca de profundidad pudiese ofrecernos. La máxima cota a la que llegan los buzos de escafandra acorazada es de apenas 182 metros, valor a todas luces insuficiente para las investigaciones de las áreas abisales.

La resolución del problema comenzó a atisbarse cuando, en 1934, el zoólogo estadounidense William Beebe y su compatriota el ingeniero Otis Barton, construyeron un batiscafo capaz de sumergirse hasta los 903 metros. En 1949, un nuevo batiscafo, también de Beebe y Barton, alcanzó sin dificultades los 1372 metros de profundidad. Las modernas versiones de esta nave de inmersión se hallan provistas de una sonda ultrasónica que controla con total exactitud la velocidad de aproximación al fondo submarino. De esta manera se evita un contacto demasiado brusco que levante nubes de lodo impidiendo la visibilidad del entorno, la cual se facilita con la oscuridad reinante en el interior de la cabina del batiscafo y por los faros fijados bajo la nave y vueltos hacia el fondo.

A seis metros de profundidad el espectáculo que se contempla es de una belleza sobrecogedora, pues la luz penetra bajo la superficie de las olas como a través de las vidrieras de una inmensa catedral. Cerca de los ochenta metros el color es ya azul verdoso, convirtiéndose en un intenso azul oscuro unos cien metros más abajo, profundidad a partir de la cual el color vira progresivamente hacia el negro. En aguas transparentes y en un día de verano con el sol en toda su altitud, la perpetua noche abisal comienza alrededor de los trescientos metros de profundidad.

Pero incluso en esas tenebrosas condiciones florece la vida gracias a la «bioluminiscencia», fenómeno por el cual algunos organismo —en este caso, peces— generan por sí mismos la luz que alumbra sus alrededores. En el 45% de los casos, los peces abisales poseen órganos llamados «fotóforos», responsables de difundir esta

iluminación. Tales órganos se hallan distribuidos por los lados, en el dorso o sobre el vientre del animal, así como en el morro, al final de la cola o en el extremo de unos largos apéndices filiformes.

Entre los 500 y 900 metros de profundidad domina la fascinante visión de los tunicados fosforescentes, volando a través de las aguas en grandes bandadas con gracia y finura incomparables. Destacan especialmente las salpas, con una longitud comprendida entre medio centímetro y un centímetro, de las cuales emana una luz vivísima, casi blanca. También las medusas circulan en ese estrato submarino, formando a menudo cadenas que se extienden un mínimo de diez o quince metros. Cada una de ellas, de uno o dos centímetros de largo, se encuentra unida a la anterior y a la siguiente por un hilo fino y brillante de algunos centímetros de longitud.

Multitud de seres unicelulares con capacidad de luminiscencia (llamados por ello noctilúcidos) comparten su vida en esta oscuridad permanente. Minúsculos puntos luminosos con este origen se adhieren al cuerpo de animales mayores, como el de algunos celentéreos, confiriéndoles una cierta bioluminiscencia, aunque tampoco faltan las colonias de bacterias con esta misma propiedad.

Los *Blennius* son pequeños pececillos, habitantes del légamo de los fondos marinos, de extremada timidez. A la menor señal de alarma se ocultan en diminutos orificios excavados en el limo o en la arena. Escondrijos semejantes sirven de refugio a ciertos crustáceos, como cangrejos y camarones, que entran y salen incesantemente de ellos. Son innumerables los agujeritos de muy reducido tamaño —entre uno y pocos centímetros— que se encuentran en las paredes y suelos oceánicos a grandes profundidades. Algunos tienen un diámetro algo mayor, por lo que recuerdan a las madrigueras de los topos en los parados, pero todos ellos delatan la presencia de una gran variedad de formas vivientes que los toman como sus hogares.

A doscientos setenta metros es posible ver gusanos amnícolas de dos metros de longitud moviéndose en el fondo y desapareciendo en túneles de los que la arena sólo deja entrever una pequeñísima entrada. A unos mil metros de profundidad merodean peces

fisóstomos (*Myctophum*), de veinte a treinta centímetros de longitud. Allí se encuentran también numerosos crustáceos de reducido tamaño, particularmente isópodos, la mayoría de los cuales no mide más de unos milímetros. Tres mil metros es la cota preferida por algunos hermosos peces rayados y por los *bentosaurios*, los famosos peces trípedos.

A 11 278 metros de profundidad, en el fondo de la Fosa de las Marianas, el suelo es un desierto de lodo color canela claro, formado por fango de *diatomeas* (algas unicelulares con un caparazón de silicio). Y en condiciones aparentemente tan inhóspitas, viven peces aplanados —como las «lenguas de mar»— de quince centímetros de longitud y treinta de anchura, que poseen unos ojos redondeados en la extremidad de sus cabezas.

No tan alejados de la superficie encontramos peces que viajan en cardúmenes, cuyos ojos bioluminiscentes alumbran como verdaderos reflectores, con los cuales perciben los movimientos de su entorno y atraen a sus posibles presas. Pulpos con grandes ojos redondos cegadores como faros, y peces —como los «salmones de las Bermudas»— que poseen ojos telescópicos y filamentos táctiles, son otros de los habitantes del mundo submarino. Las serpientes abisales, semejantes a anguilas aunque de mucho mayor voracidad, conviven con criaturas semejantes a aves prehistóricas, calamares de los abismos y anémonas marinas, plantas carnívoras cuyas indolentes ondulaciones ocultan la facultad de cerrarse mortalmente sobre su presa al menor contacto con la misma. Y las espléndidas hojas palmeadas que se figuran algas errantes, se revelan en realidad ejemplares de una especie de pulpo que en la oscuridad se llenan de agua y emiten una intensa luminiscencia.

Los peces y demás criaturas de los fondos oceánicos son generalmente de pequeño tamaño, lo que no descarta —como veremos más adelante— la posible existencia de enormes y desconocidos monstruos apenas vislumbrados en algunas expediciones de exploración a muy baja profundidad. El *Regalecus leceus* (llamado «pez-cinta»), por ejemplo, mide seis metros y pesa

unos 250 kilos. La formación de espinas en forma de corona que luce sobre la cabeza, le hace también acreedor al sobrenombre de «pez-real», si bien se extienden igualmente en hilera a lo largo de su vientre. Tal vez fuese un *Regalecus* inmaduro el enigmático ser de dos metros hallado en las playas de Freeport, en las cercanías de Nueva York, a principios de la década de 1970. Su pésimo estado de conservación apenas permitió identificación alguna, aun cuando su peculiar estructura córnea invitaba a las más variadas especulaciones.

El pez de mayor peso hoy conocido es el pez-luna, cuya envergadura puede llegar a contener hasta 600 kilos. Habita en las aguas cálidas y se encuentra recubierto de una mucosidad luminosa que lo ha hecho merecedor del apelativo de «pez-sol». Por otro lado, y que sepamos hasta ahora, el animal marino capturado a mayor profundidad es el molusco *Grimaldichtys profundissimus*, que debe su denominación al hecho de haber sido pescado a 6000 metros durante una expedición organizada por el príncipe de Monaco.

Los sistemas de comunicación sonora entre los peces abisales fueron descubiertos casualmente en la noche de Navidad de 1941, cuando técnicos de la Marina estadounidense especializados en la escucha submarina de vigilancia contra naves enemigas detectaron unos sonidos inexplicables. Estudiados por miembros del Instituto Narragansett de la universidad de Rhode Island, se concluyó finalmente que eran producidos por formas de vida abisales. El origen de estos sonidos es de lo más variado: algunos se emiten por efecto de la respiración del pez, otros se deben a la vibración de ciertos tendones, y aun otros a la contracción de los músculos de una vejiga interna con aire. Los golpes rítmicos y el chirriar semejante al sonido de goznes mal engrasados surgen al parecer del continuo rechinar de dientes de estos animales. Es más, el Instituto Talasográfico Lerner de Bimini ha determinado que los diferentes tonos y frecuencias de estas emisiones sirven a modo de lenguaje que permite una rudimentaria comunicación entre las criaturas abisales.

En estas regiones casi inaccesibles de nuestro planeta, no resulta sorprendente encontrar vestigios de la fauna marina arcaica todavía vivos y en perfecto estado. No sólo el famoso celacanto —ya lo vimos— ha logrado sobrevivir a través de los eones, como se desprende de la travesía efectuada por el buque alemán *Vivaldi* entre 1898 y 1899. Equipado para la investigación submarina, a su paso por el Atlántico tropical llegó a pescar a mil metros de profundidad un extraño pulpo negro de tres centímetros de longitud. Sus ocho tentáculos nacían de una cabeza flanqueada por dos grandes ojos rojos, y poseía muchos órganos luminosos en forma de pequeños puntitos distribuidos por todo el cuerpo, los cuales desprendían un vivo resplandor purpúreo.

Los ictiólogos germanos, incapaces de situarlo entre las especies conocidas, lo bautizaron en 1901 como *Vampyrotheutis infernalis*, quizás a causa del tenebroso aspecto que le confería su color negro. Hubo que esperar a los años inmediatamente anteriores a la segunda guerra mundial para que la doctora Grace Pickford, del laboratorio Oceanográfico Bingham, perteneciente a la universidad de Yale, identificase este curioso ejemplar de pulpo como un «fósil viviente» supuestamente extinguido hacía 170 millones de años. El estupor causado por este sensacional descubrimiento se vio aumentado cuando en 1957 la corbeta danesa *Galatea*, navegando al oeste de Panamá, pescó a cuatro mil metros de profundidad un molusco que se consideraba desaparecido desde hacía 300 millones de años. A juzgar por tales hechos, ¿qué asombros y perplejidades nos reserva todavía la exploración del mundo subacuático?

LA LEYENDA DEL KRAKEN

Las narraciones sobre monstruosas criaturas marinas de muchos brazos, llegan a nosotros desde la noche de los tiempos, envueltas en una brumosa mezcla de mito y realidad. Plinio el Viejo relata en su *Historia Natural* un incidente acaecido, según él nos cuenta, en la

costera ciudad de Carteya. En esta población vivía un pacífico pescadero que un buen día se vio asaltado por uno de estos seres terroríficos. Parece ser que el monstruo, en su ataque al patio trasero del comerciante, pretendía apoderarse de las numerosas barricas de salmuera que allí se almacenaban, pues su contenido debía ser para él un exquisito bocado:

Trepó a un árbol —explica Plinio— y salvó altos setos. Con sus ladridos los perros hicieron acudir a los guardianes. Éstos quedaron aterrorizados ya que el animal era de un tamaño extraordinario, parecía estar cubierto de salsedumbre y despedía un espantoso hedor. El monstruo puso en fuga a los perros con tremendos bufidos, los azotó con las puntas de sus tentáculos y los golpeó con los brazos más gruesos, como si se tratara de mazas. Muchos tridentes se clavaron en su cuerpo y la bestia fue muerta al fin. Los cazadores mostraron la cabeza de la fiera —que semejaba en todo a un pulpo normal salvo por su descomunal tamaño— a Lóculo, a la sazón procónsul de la Hética, y era del tamaño de un tonel. Sus brazos más grandes casi no podían ser abarcados por un hombre: tenían treinta pies de longitud, y sus ventosas eran tan grandes como urnas. La bestia tenía enormes dientes y cuanto quedó de ella, que fue conservado, pesaba setecientas libras.

Esta historia aparenta ser demasiado fantástica para resultar del todo cierta, pero no por ello dehe ser considerada enteramente falsa. Es muy posible que la narración anterior —referida a Plinio por Trebio, un acompañante de Lóculo, procónsul de lo que hoy es Andalucía— describa el encuentro real de unos pescadores con una criatura marina de proporciones desmesuradas, distorsionada por la conmoción de los participantes en la escaramuza. De no ser una fábula completamente imaginaria, las palabras de Plinio nos remitirían a una suerte de pulpo gigantesco, quizás atraído por el olor del pescado de los barriles, al que los marineros de Carteya habrían dado muerte tras un duro enfrentamiento.

En antiguas urnas griegas y en tallas de madera japonesas de tiempos igualmente remotos aparecen ya dibujos de estas criaturas. Muchas de ellas encajan perfectamente en lo que hoy conocemos como calamares, aun cuando sus dimensiones debían ser muy superiores a las habituales en estos seres. Los dibujos presentan figuras con un cuerpo enorme, en forma de cigarro, con ojos grandes como platos, un característico pico curvado, y diez tentáculos provistos de sus correspondientes hileras de ventosas, siendo dos de ellos algo más largos que el resto. El zoólogo renacentista Ulises Aldrovandi, por ejemplo, se hace eco de leyendas seculares imputando agresivos instintos a estos pulpos, a los que acusaba de asaltar barcos en alta mar.

Muchos años después, en 1753, el obispo Erich Pontoppidan, mencionaba en su *Historia Natural de Noruega* un episodio no muy distinto:

Los pescadores advertían la presencia de una gran variedad de peces. La profundidad disminuye cada vez más y los marineros huyen al fin porque se acerca el Kraken. Entre las olas se levanta una amplia y desigual extensión, y sube hasta emerger unos diez pasos sobre la superficie; su diámetro supone media hora de camino. En las quebradas ha quedado un poco de agua, en la que bullen y saltan los peces. Cada vez emergen más de esta isla colinas y montañas. Del interior se levantan como grandes cuernos de caracoles, brazos que son más fuertes que el más robusto árbol maestro puesto en una gran nave, y tan poderoso como para aferrar a una embarcación capaz de llevar cien cañones y de arrastrarla a los abismos.

Aun concediendo la enormidad del animal, las precisiones del obispo al afirmar que sobre su lomo podía maniobrar un regimiento de caballería, parecen hoy un tanto desmedidas.

En la imaginería popular escandinava, la figura del Kraken es tan antigua como la propia cultura oral de aquellas latitudes. Los

marinos noruegos lo consideraban una criatura tan real como el resto de los peces que a diario capturaban y que constituían su sustento. No obstante, nadie puede afirmar con certeza qué clase de animal recibe el nombre tradicional de Kraken. En algunas leyendas es descrito como un gigantesco pulpo, en otras más bien parece una descomunal medusa, y aún en otras, como un horrible dragón marino.

Que la naturaleza del Kraken sobrepasaba el reino del mito, fue la opinión de más de un prestigioso naturalista decimonónico. Así lo suponía el biólogo Lorenz Oken, quien en 1835 designó con tal nombre al conjunto de todos los pulpos, convencido como estaba de que uno de esos animales, pero de proporciones fabulosas, había sido el origen de la leyenda. Sus suposiciones se vieron reforzadas cuando, en 1860, uno de estos kraken se acercó demasiado a una playa noruega y quedó varado entre unas rocas, donde murió. El hedor de su descomposición se hizo tan intenso conforme el cadáver se corrompía, que las gentes de la comarca tardaron varios meses en poder aproximarse a varias millas del lugar.

En los años en los que Verne escribió su célebre odisea submarina, debía ser corriente la creencia en los encuentros de embarcaciones en alta mar con pulpos y calamares gigantescos. El propio autor francés dedica un capítulo de esa misma obra a la batalla entre los tripulantes del *Nautilus* y varios de estos animales. Sin embargo, las criaturas que describe no alcanzan, ni con mucho, las sobrecogedoras dimensiones que hoy día suponemos posibles para ellas:

Se trataba de un calamar de tremendas proporciones. Tendría unos ocho metros de longitud y marchaba reculando a gran velocidad en dirección al submarino, clavando en él sus grandes ojos de tintes verdosos. Sus ocho brazos, o por mejor decir, sus ocho pies, situados en la cabeza, que han valido a estos animales el calificativo de cefalópodos, tenían un desarrollo dos veces mayor que el de su cuerpo y se retorcían como la cabellera de las Furias.

Se veían distintamente las doscientas cincuenta ventosas distribuidas en la cara interna de los tentáculos en forma de cápsulas hemisféricas. A veces dichas ventosas se aplicaban al cristal de la claraboya del salón produciendo el vacío. Las fauces del animal, una especie de apéndice córneo parecido al pico del loro, se abrían y se cerraban verticalmente. Su lengua, que también era córnea y armada de una afilada hilera de agudos dientes, salía vibrando de aquel verdadero alicate. ¡Qué capricho de la Naturaleza! ¡Dotar de pico a un molusco! Su cuerpo, fusiforme y abultado por la parte media, formaba una masa de carne que pesaría de veinte a veinticinco mil kilos. Su inconstante color variaba con asombrosa rapidez, pasando sucesivamente del gris claro al pardo rojizo.

¿Qué enfurecería al molusco? Con toda probabilidad, la presencia del Nautilos, más formidable que él y en el que no podían succionar sus brazos ni hacer presa sus mandíbulas. No obstante, ¡qué vitalidad ha dado el Creador a estos gigantescos pulpos, qué vigor en sus movimientos, ya que poseen tres corazones!

Es de lamentar que los realizadores estadounidenses de la versión cinematográfica de la obra de Verne, presentasen este espectacular episodio con un calamar nadando al revés; es decir, con los tentáculos por delante cerniéndose amenazador sobre el submarino. Los cefalópodos, pulpos y calamares, son unos animales que se propulsan por un sistema de reacción, expulsando agua hacia atrás por la cavidad paleal y manteniendo los tentáculos en flotación tras el cuerpo.

CALAMARES Y PULPOS GIGANTES

¿Qué es lo que la ciencia puede revelarnos acerca de estos fabulosos monstruos de múltiples tentáculos? Los mejores candidatos para desempeñar el papel de titanes con multitud de amenazadores brazos son, claro está, especímenes gigantescos del grupo de los

calamares y pulpos que pueblan los mares. Esos animales habrían dado pie a relatos —con frecuencia exagerados— como el de Olaus Magnus, quien hablaba de un ejemplar de una milla de longitud, el cual más parecía una isla que un animal. O la leyenda del obispo de Nidros, que, al parecer, instaló un altar sobre una enorme roca que comenzó a desplazarse una vez terminada la misa y se internó en alta mar. En realidad no se trataba de una roca, sino de un inmenso pulpo varado en la playa.

El calamar corriente, por el contrario, poco tiene de aterrador. Se trata de un cefalópodo (nombre debido al hecho de que las patas le nacen de su propia cabeza), cuyo nombre científico es *Loligo vulgaris*, de cuerpo alargado y terminado en punta, con un ensanchamiento final que recuerda al extremo de una flecha. Su color es blanco amarillento, en ocasiones con manchas pardas. Tiene ocho brazos cortos y dos muy largos —todos ellos con ventosas—, una concha interna córnea y una bolsa con un líquido negro que usa para enturbiar el agua cuando se ve perseguido. Vive en el Mediterráneo y en el Atlántico, formando agrupaciones de numerosos individuos.

El pulpo, por su parte, es otro cefalópodo (como el calamar, de carne comestible y muy apreciada), llamado científicamente *Octopus vulgaris*. Su nombre hace referencia a los ocho musculosos tentáculos que rodean su boca, los cuales, provistos de dos filas de ventosas para adherirse a los objetos, le sirven también para sujetar y aprisionar a sus víctimas. Suele vivir en el fondo de los mares, aunque a veces nada en la superficie del agua. Se alimenta de moluscos y crustáceos, es muy voraz, y sus fuerzas son prodigiosas en relación con su tamaño. Con auxilio de un líquido segregado por ciertas glándulas, algunos pulpos paralizan a sus presas a fin de inyectar en sus cuerpos jugos gástricos, comenzando así a digerirlos aun antes de haberlos engullido.

Los pulpos son observadores agudos, como demuestra el hecho de que a menudo esperen la eventual apertura de un molusco. En ese momento aprovechan para colocar una piedra entre las valvas y

poder devorar su interior con total tranquilidad. La mayoría de los animales de este género mide unos dos metros, y sus tentáculos raramente sobrepasan el metro de longitud. Los pulpos ordinarios resultan completamente inocuos para el ser humano, e incluso, a decir de los entendidos, tienen un carácter alegre y bonachón que les hace ser fácilmente domesticados.

No puede afirmarse lo mismo de los colosales cefalópodos que habitan en las profundidades oceánicas medias. Los más grandes descubiertos hasta ahora miden, con los tentáculos extendidos, unos 15 metros. Ahora bien, por los restos hallados en los estómagos de otros animales, los expertos han deducido la posible existencia de criaturas cuyos tentáculos alcanzarían la longitud de 30 metros o más. De hecho, basándose en hallazgos efectuados en 1959, algunos científicos estadounidenses sostienen que algunos de estos tentáculos llegan al alucinante tamaño de 42 metros. No es necesario explicar las dimensiones que cabría atribuir a sus poseedores completos. Estos espeluznantes datos indujeron al ictiólogo norteamericano Harold Nissen a organizar —infructuosamente, por desgracia — una expedición con objeto de capturar semejantes monstruos, que en su opinión rondan las islas Cook y Tonga, en el Pacífico sur.

De un modo u otro, las noticias sobre cefalópodos de tamaño desmesurado no escasean entre las gentes de mar. Algunas de ellas son tan vívidas y cercanas en el tiempo a nosotros, que difícilmente cabe atribuirles una base enteramente fantástica. Parecen darse, por consiguiente, indicios suficientes para admitir la existencia real de tales criaturas. Uno de los más famosos es el que procede de un relato de finales del siglo XVIII. Inmovilizados por una pronunciada calma de los vientos frente a las costas de África occidental, la tripulación del velero danés gobernado por el capitán Jean Magnus Dens, se ocupaba de la limpieza del casco exterior de la nave.

Pulpo gigante atacando un buque en un dibujo del siglo XIX.

Se encontraban varios marineros ocupados en ese menester, instalados en unos andamios que colgaban por los costados del buque (en una postura semejante a los modernos limpiacristales de los grandes rascacielos), cuando un monstruo espantoso surgió de las aguas. Los tres marineros más cercanos a los tentáculos de aquel horripilante calamar, se vieron agredidos de inmediato. Paralizados por la sorpresa, el horror, o una mezcla de ambos, dos de ellos fueron arrebatados hacia el mar sin que nadie acertase a impedirlo. El tercero logró salvarse de caer al abismo gracias al resto de la tripulación, que cortó a golpes de hacha otro tentáculo enlazado ya a su cuerpo, mientras él permanecía aferrado al cordaje sujetándose a los obenques.

Presa de un pánico indescriptible, el marinero rescatado se desvaneció en brazos de sus compañeros, quienes trataban inútilmente de recuperar los cuerpos de las otras dos desgraciadas víctimas. Hasta cinco arpones se clavaron en el descomunal cuerpo

de aquel cefalópodo, sin que los cables lanzados para retenerlo hiciesen otra cosa que romperse. Finalmente, el monstruo se sumergió en el mar y los cuerpos de los dos marineros atrapados desaparecieron con él. El que había logrado salvarse, no sobrevivió mucho tiempo al ataque de aquella pesadilla viviente: trasladado al interior del buque en estado seminconsciente, falleció esa misma noche presa de un delirio febril.

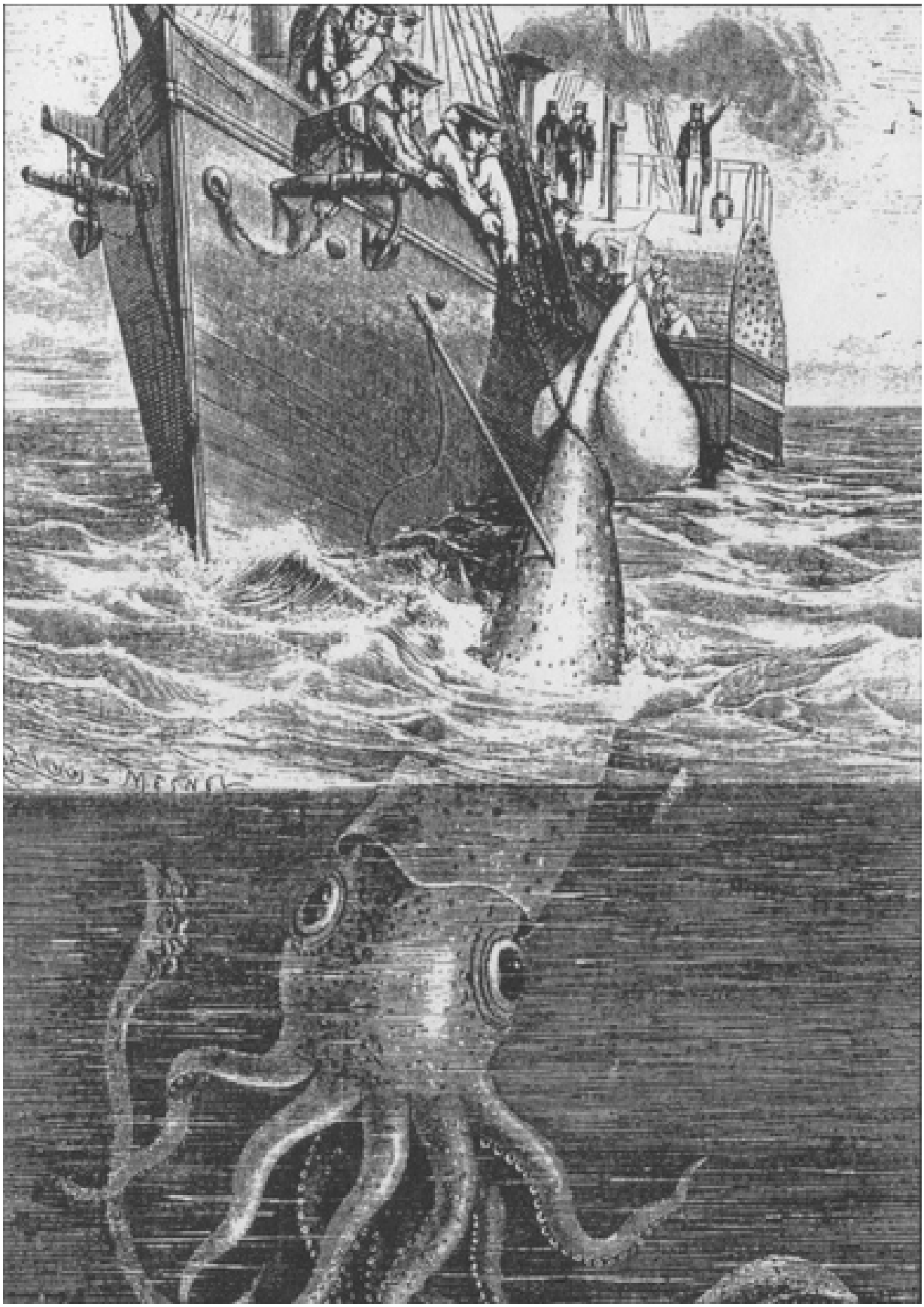
El tentáculo cortado a hachazos quedó expuesto sobre cubierta, donde el capitán Dens calibró su tamaño. De acuerdo con su relato, aquel brazo era muy grueso en un extremo e iba estrechándose hasta acabar en punta, todo él provisto de largas ventosas. La longitud del fragmento cortado era de 7,5 metros, lo que hizo sospechar al capitán que su dimensión total oscilaría entre diez y doce metros. Lamentablemente, el capitán Dens no conservó el fragmento tentáculo que avalaba el suceso. Por esa razón su historia encontró muy escaso eco entre sus contemporáneos, menos crédulos que los marineros de antaño.

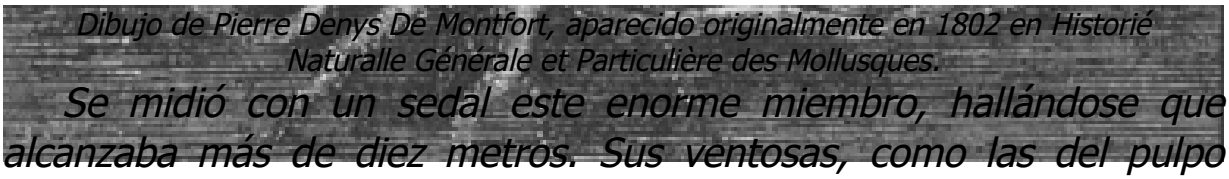
Quien sí le creyó fue el joven naturalista francés Pierre Denys De Monfort, convencido de la existencia de cefalópodos gigantescos y resuelto a realizar todos los esfuerzos necesarios para demostrarlo. Decidiendo que el monstruo de Dens no podía ser más que un pulpo o calamar de tamaño extraordinario, incluyó el caso en su obra inacabada *Historia Natural de los Moluscos*. Estos trabajos, que vieron la luz en París entre 1802 y 1805, depararon el descrédito para su autor, por cuanto se componían de un verdadero amasijo de datos corroborados y desvaríos inaceptables. El único hombre de ciencia que se adhirió a la postura de De Monfort fue el naturalista alemán Lorenz Oken, cuyas ideas sobre el asunto eran mucho más disparatadas que las del joven francés.

Fiel a su empeño, De Monfort no pasó por alto ni una sola posibilidad de recoger pistas al respecto. Así, en 1790 se trasladó al puerto británico de Dunkerque a fin de recabar información directa de boca de un grupo de balleneros norteamericanos, cuyos relatos el

afanoso naturalista francés creyó sin rechistar. De allí obtuvo informes como el que sigue:

El capitán Ben Johnson asegura haber arponeado a un cachalote, el cual, aparte de un descomunal pene situado bajo el vientre, parecía poseer otro que le asomaba por la boca. Esto le llamó mucho la atención, igual que a sus hombres. Ordenó izar el monstruo a bordo y luego lo hizo atravesar de parte a parte por una barra metálica… Cuál no sería su sorpresa al comprobar que aquella colosal masa de carne, cortada por ambos extremos y gruesa como un mástil en su parte más ancha, era el tentáculo de un enorme pulpo, cuyas ventosas cerradas superaban las dimensiones de un sombrero; el extremo inferior parecía recién cortado y otro tanto ocurría con el superior… cicatrizado y coronado por una prolongación de grosor y longitud semejantes a un brazo de hombre.





Dibujo de Pierre Denys De Montfort, aparecido originalmente en 1802 en Historié Naturalle Générale et Particulière des Mollusques.

Se midió con un sedal este enorme miembro, hallándose que alcanzaba más de diez metros. Sus ventosas, como las del pulpo común, estaban dispuestas en dos hileras. ¿Qué longitud tendría el tentáculo completo, cortado por su extremo superior, cuyo grosor no bajaría de los quince centímetros? Diríase que al extremo superior le habían sido rebanados unos tres metros, y de seis a siete al inferior. Es decir, cabe deducir que la longitud total del tentáculo debía rondar los veinte o veinticinco metros.

Advirtiendo la gran receptividad del naturalista francés ante sus historias, los marineros con los que se entrevistaba De Monfort le refirieron toda clase de relatos sobre los monstruos que éste andaba buscando. Un tal capitán Reynolds, también estadounidense, le explicó cómo un buen día de navegación vieron un largo cuerpo carnoso en el agua, de color rojo pizarra. Los remeros de los botes a punto estuvieron de dejarse llevar por el pánico, pues creyeron que se trataba de una serpiente marina. Pero un marinero se percató de que la supuesta serpiente no tenía cabeza y permanecía inmóvil. Armándose de valor como pudieron, izaron el extraño cuerpo a bordo y comprobaron por sus ventosas que se trataba de un tentáculo de pulpo o calamar. Aquel miembro medía —según el capitán Reynolds— unos 13,5 metros de largo y 75 centímetros de diámetro.

De Monfort buscó con ahínco el mencionado tentáculo durante su estancia en Dunkerque, pero sus esfuerzos no se vieron coronados por el éxito. Sin embargo, sus esperanzas se avivaron al recibir la noticia de que en una localidad de la costa francesa se hallaba un cuadro que rememoraba el encuentro de un barco con uno de esos monstruos. Trasladado a la mayor brevedad al pueblo de Saint-Malo, el joven naturalista francés se dirigió a la capilla de Santo Tomás, donde se conservaba la pintura, exvoto ofrecido por la tripulación de un barco del lugar que, surcando las aguas de África occidental, sufrió el ataque de «un monstruo del infierno». Antes de

inspeccionar el lienzo, De Monfort se informó sobre los pormenores de la singular historia.

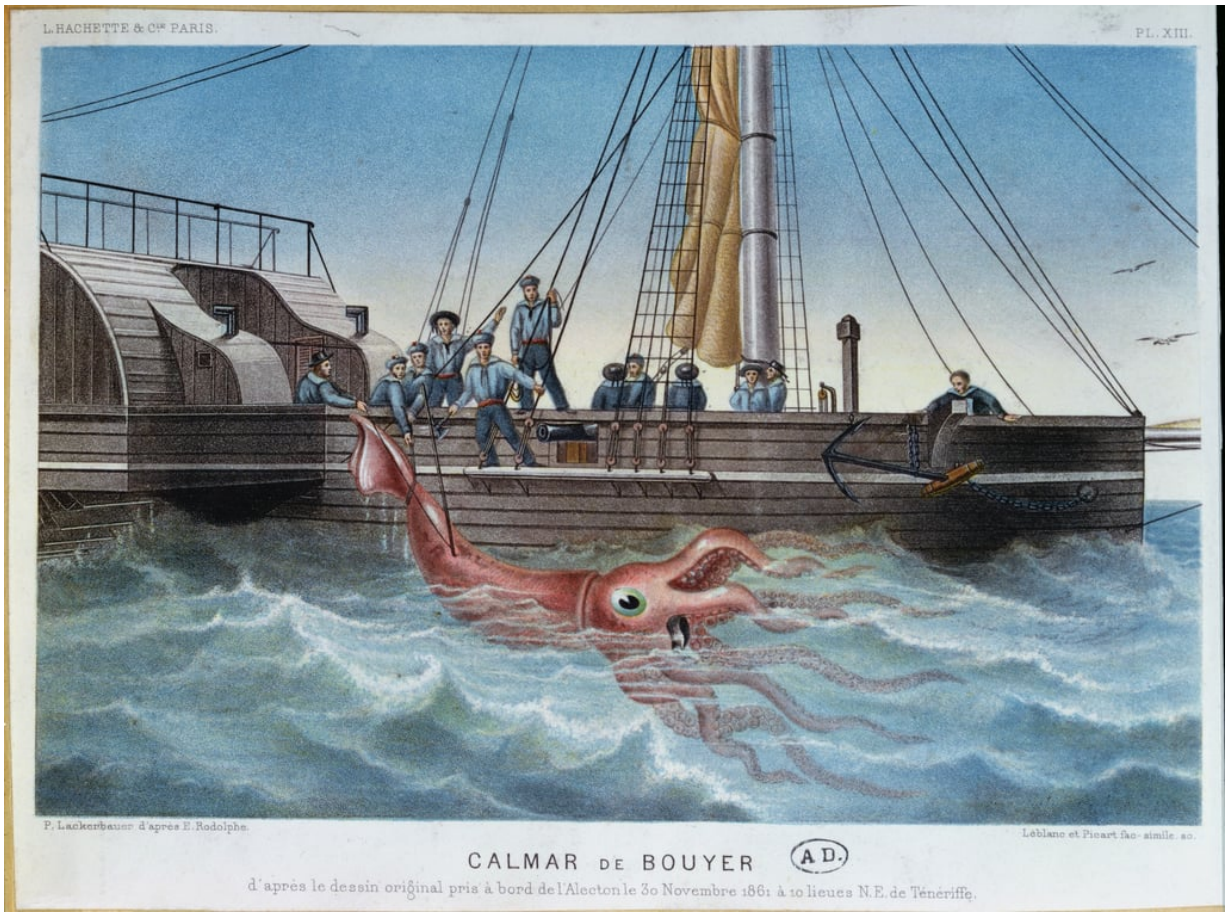
De acuerdo con lo contado por los lugareños, la nave en cuestión había finalizado el embarque de su carga de esclavos, marfil y polvo de oro, y levaba anclas para hacerse mar adentro cuando le sorprendió la aparición de un calamar de proporciones fabulosas, cuyos brazos se aferraron a los extremos de los mástiles. Enlazando los tentáculos en los topes de los masteleros, el peso del monstruo escoró peligrosamente el buque poniéndolo en serio peligro de naufragio. Con ayuda de cuantos objetos cortantes lograron encontrar, la tripulación intentó cercenarle los miembros al terrible cefalópodo.

Desesperados por lo que aparentaba ser un vano esfuerzo, algunos de los marineros —la mayoría de ellos naturales de Saint-Malo— se encomendaron a santo Tomás sin dejar de batallar. Las plegarias al santo enardecieron a la tripulación de tal modo que finalmente se desprendieron de aquel mortífero abrazo. Dejando tras de sí parte de sus tentáculos, el monstruo desapareció bajo las aguas y el buque recuperó su equilibrio. De vuelta al puerto de Saint-Malo, todos los tripulantes marcharon en procesión hasta la capilla de santo Tomás. Allí celebraron un *Te Deum* en acción de gracias y colgaron como exvoto un lienzo en el que se representaba su terrorífica experiencia.

Conocedor de estos detalles, De Monfort se encaminó hacia la capilla con la mayor excitación que imaginarse pueda, y se sumió en la contemplación de la aterradora escena. Efectivamente, en una ubicación bien visible se exponía un cuadro en el que un cefalópodo monstruoso asaltaba un buque enroscando sus brazos en los topes de tres masteleros. La ofuscación del naturalista francés le hizo olvidar que en zoología se exigen pruebas más sólidas que un mero cuadro para determinar la realidad de una nueva especie. Sin pensar en ello, De Monfort encargó una reproducción del exvoto a un artista que jamás había visto el original, lo que terminó por descarriar el asunto. Ai publicar unas más que atrevidas conclusiones apoyadas

en tan discutibles evidencias, los críticos tacharon a De Monfort de embaucador y falsario, sin que sirviese de nada que éste les retase a visitar la capilla de Saint-Malo.

Para empeorar las cosas, el lienzo se extravió posteriormente y el prestigio del naturalista francés se fue definitivamente a pique. En franca decadencia, escribió un libro sobre modismos y otro sobre apicultura, pero tras fracasar en ambas empresas se dedicó a la venta ambulante de caracolas. Hundido en la miseria, se encontró su cadáver en una calle en 1820 o 1821. La ingratitud de sus colegas y la injusticia de este desenlace queda bien de manifiesto si se recuerda la valía de sus trabajos sobre valvas y moluscos, un mérito que sus posteriores excentricidades no debieron haber eclipsado. Como tampoco debió olvidarse su clasificación de hasta veinticinco nuevos géneros, todavía vigentes en la actualidad.



Los marineros del Alecton en pugna con el calamar gigante según un grabado de la época.

Hoy sabernos que De Monfort acertaba en buena medida al defender la existencia de cefalópodos colosales, aunque las pruebas irrefutables no llegasen en vida del infortunado investigador francés. Treinta y cinco años después de su muerte, en 1856, el zoólogo danés Johan Japets Steenstrup exhibió ante la comunidad científica un pico de calamar de 11,5 centímetros, demostrando así de manera indiscutible la existencia de una variedad gigantesca de este molusco. Steenstrup denominó *Architeutis* a este nuevo género de cefalópodos desmesurados.

Cinco años después de tal acontecimiento biológico, tuvo lugar un suceso que pasaría a los anales de los encuentros con terroríficos seres marinos. Intrigado por la presencia el 30 de noviembre de 1861 de una misteriosa masa flotante cerca de Tenerife, el teniente Bouyer del cañonero francés *Alecton*, ordenó al timonel que se aproximase a ella. El extraño objeto resultó ser un calamar que excedía los cinco metros de largo, cuyos tentáculos medían entre 1,5 y 1,8 metros. La tripulación del barco la emprendió a tiros y arponazos contra el calamar, con el propósito de no dejar escapar aquella inusual pieza. Pero para su sorpresa, las balas y los garfios atravesaban las blandas carnes del animal como si fuesen gelatina.

Tras dos o tres horas de esfuerzos se consiguió enlazarlo con un nudo corredizo y sujetarlo al buque, aunque el intento de izarlo, al menos en parte, para remolcarlo a puerto, provocó que el mástil se partiese en dos. Su peso, estimado entre dos y tres toneladas, no pudo ser resistido por el cordaje con el que se le ató. No obstante, logró conservarse un extremo de la cola, cuyas dimensiones delataban de por sí las que debía haber poseído su dueño. Los marinos del *Alecton* presentaron aquel fragmento, cuyo olor y textura eran los propios de un animal, a los científicos franceses. Pero éstos, en un lamentable ejercicio de estrechez académica, se negaron a considerarlo más que como un tipo particular de alga.

Entre 1871 y 1873, una veintena de *Arcbiteutis* embarrancaron en las playas de Terranova, lo que posibilitó su estudio en excelentes

condiciones por parte del naturalista norteamericano Addison Verrill. El mayor de estos ejemplares, el *Behemoth*, fue hallado en la playa de Thimble Thickle el 2 de noviembre de 1878 por Stephen Sperring y dos amigos suyos. Se encontraban los tres pescando en medio de un noche apacible cuando divisaron un enorme objeto flotando cerca de la orilla. Imaginando que se trataría de los restos de algún naufragio se aproximaron a él, descubriendo para su sorpresa que, en realidad, se trataba de un inmenso calamar moribundo arrastrado hacia ellos por el reflujo de las aguas. Sin perder tiempo, los tres hombres engancharon al animal y lo arrastraron tierra adentro, donde lo ataron a un árbol por si acaso intentaba huir. Algún tiempo después lo descuartizaron a fin de venderlo como comida para perros no sin antes permitir que fuera examinado por un clérigo local, Moses Harvey, quien más tarde atestiguó la veracidad del suceso en un diario de Boston.

El monstruo medía diecisiete metros con los tentáculos extendidos. Su cuerpo medía seis metros del pico al extremo de la cola, y sus tentáculos mostraban el grosor del cuerpo de un hombre normal. Los ojos de esta criatura, con cuarenta centímetros de diámetro, más parecían tambores que discos oculares, su pico tenía veinte centímetros, y sus mayores ventosas un diámetro de seis. Su peso fue calculado en unas treinta toneladas, dato este que nos permite suponer de la peligrosidad del abrazo de estos monstruos, especialmente para pequeñas embarcaciones.

Así pudieron comprobarlo los veteranos pescadores Daniel Squires y Theophilus Piccot, quienes zarparon al amanecer del 26 de octubre de 1873 del puerto de Saint John, en el extremo sudoriental de la isla de Terranova. Les acompañaba Torn, el hijo de doce años de edad de Piccot, en aquella mañana en que el aire era frío y húmedo, mientras el horizonte cubría con espesos jirones de bruma los primeros tímidos destellos del sol. El trío zarpó remando en un pequeño bote de seis metros de eslora y fondo plano hacia la bahía de Concepción, donde pensaban colocar las redes para pescar sardinas. Muy cerca de su destino, los tripulantes de la barca

advirtieron la presencia de lo que parecía ser una masa amorfa de algas. Aproximándose más descubrieron que su superficie era lisa y de color rojo violáceo, lo que les hizo pensar en el cuerpo de alguna criatura marina. Cuando uno de los hombres tocó aquella masa con un remo, toda ella comenzó a agitarse en una súbita efervescencia, al tiempo que una batería de ocho largos y gruesos tentáculos cubiertos de ventosas emergía de debajo del agua. En el centro del que parecían partir aquello brazos, se apreciaba un largo pico similar al de un loro y un par de ojos vidriosos del tamaño de platos. En unos instantes, el monstruoso calamar había logrado asir la pequeña embarcación con uno de sus más largos tentáculos, poniendo en serio peligro la vida de sus tripulantes.

Viéndose arrastrados hacia el fondo del mar por aquella horripilante bestia, los desesperados marineros comenzaron a golpearla con sus remos mientras realizaban ímprobos esfuerzos por achicar el agua que amenazaba con anegar el interior del bote. Fue entonces cuando el joven Tom Piccot, mostrando una envidiable presencia de ánimo, tomó un hacha y seccionó con furiosos golpes el tentáculo que sujetaba la embarcación, tras lo cual el calamar huyó rápidamente cubriendo su retirada con grandes nubes de tinta. De regreso al puerto, los afortunados pescadores exhibieron la porción cercenada del tentáculo como prueba de su pavorosa aventura. Aquel fragmento, que medía por si sólo casi seis metros, fue devorado por unos perros hambrientos antes de ser examinado.

Corría el último tercio del siglo XIX cuando el diario británico *The London Times*, al que difícilmente se podrá acusar de frívolo o sensacionalista, se hacía eco de una pavorosa noticia. Según sus crónicas, una goleta llamada *La Perla*, de 150 toneladas, partió de un puerto del sur de Ceilán (hoy Sri Lanka) y se internó en la bahía de Bengala, donde fue atacada por un calamar monstruoso. La furia del ataque, que llegó a desgarrar el palo mayor agrietando la quilla, mandó a pique la embarcación ante el comprensible horror de sus tripulantes. La tragedia no fue mayor gracias a la afortunada circunstancia de que un barco regular de pasajeros se encontraba en

las cercanías de la nave siniestrada, el cual se aprestó a socorrer a los tripulantes de la infortunada goleta. El personal de a bordo de la embarcación de rescate asistió por ello al singular incidente y así lo reflejaron sus posteriores testimonios.

En la segunda década del siglo XX un pequeño equipo de operadores cinematográficos de unos estudios norteamericanos, trabajando sumergidos en el interior de una campana de buzo no lejos de las costas de las islas Bermudas, sufrieron el espeluznante ataque de uno de estos desmesurados calamares. Era tan grande que levantó la pesada campana neumática en la que se encontraban los cámaras, hasta que éstos cayeron al suelo inconscientes.

Aún más terrible es el alucinante episodio vivido por el teniente británico Arney Cocks en 1942. Se hallaba este oficial en viaje de regreso cuando un submarino alemán torpedeó y hundió el barco de transporte de tropas que lo conducía de vuelta a su país. A las infernales llamaradas, al humo que velaba el reflejo de la luna sobre las aguas, y a las tremendas explosiones que desventraron la nave, se unió el desconcierto de la apresurada evacuación. En un abrir y cerrar de ojos, el teniente Arney Cocks se vio a bordo de un bote salvavidas en mitad del Atlántico sur, acompañado por otros desventurados náufragos como él y rodeado de voraces tiburones. Pero lo peor llegó cinco días después, cuando la frágil balsa en que la que navegaban fue atacada por un calamar gigante.

«Me enseñó las piernas —relavaba uno de sus amigos íntimos, años después de la muerte de Cocks— y llevaba cicatrices del tamaño de una moneda, de unos tres centímetros, distribuidas regularmente a lo largo de ambas extremidades. Eran cicatrices blancas que penetraban en la carne, donde la piel había sido arrancada». Antes de su fallecimiento en 1971, Cocks detalló la historia a sus hermanos y a un amigo, el biólogo y profesor Cloudsley Thompson.

«Iban en la barca —recuerda Thompson— doce personas procedentes del naufragio, pero sólo un puñado de ellos sobrevivieron a la muerte por sed antes de ser rescatados. Y cuando

cayó la noche de la quinta jornada en el océano, sobrevino el ataque del calamar gigante. Lo primero que vieron fue la aparición de un bulto enorme a un lado de la balsa. El animal extendió un gran brazo por encima de sus cabezas, capturó a uno de los hombres y lo arrebató del bote sin que nadie pudiese hacer nada para evitarlo. Es de suponer que el desdichado náufrago fue devorado.

Acto seguido, otro tentáculo se abalanzó sobre la balsa. Mi amigo pudo distinguirlo con aterradora claridad contra el pálido resplandor de la luna, especialmente porque se dirigió contra él. Se enroscó en su cuerpo y en sus piernas, sobre todo en la derecha, en la que estaban las cicatrices que me enseñó. Por fortuna, en esta ocasión los hombres del bote ya estaban alerta y reaccionaron con prontitud. Los marineros sujetaron a mi amigo y lo retuvieron en el interior de la embarcación salvándole de una muerte segura. Pero no lograron impedir que las ventosas de los tentáculos le arrancasen jirones de piel, cosa que dio lugar a las cicatrices que años más tarde me mostró».

Si se investiga con suficiente interés, los sugerentes sucesos de este jaez se multiplican. En San Diego, California, el viaje inaugural de la fragata *Stein*, de la Marina de los Estados Unidos, tuvo que ser interrumpido por una inesperada avería en el sistema del sónar antisubmarinos. Al atracar en el puerto, el contramaestre Ira Carpenter bajó a comprobar personalmente el estado de la cúpula exterior de la nave por debajo de la línea de flotación.

Advertimos que había unos arañazos largos, que partían del extremo delantero, se extendían a lo largo del casco y penetraban incluso por debajo de la cúpula. El rasguño más largo mediría un metro y medio. En el fondo de todos estos cortes, o en la gran mayoría de ellos, había algo incrustado en la goma del revestimiento. No sabía que era, y con un cuchillo saqué uno de aquellos extraños objetos. Me pareció una especie de uña o pinza, como un garfio retorcido después de clavarlo allí. Entonces bromeé

con mi oficial diciéndole que habíamos sido atacados por un banco de pequeños caimanes.

El asunto resultó tan inusual como para merecer la atención del Dr. Wood, biólogo de la Armada estadounidense, quien estudió los daños en el revestimiento tomado de la cúpula del sónar de la fragata accidentada. Y, efectivamente, en multitud de aquellos cortes halló algo semejante a dientes o uñas. Eso parecía haber causado los desperfectos en la *Stein*, al agarrarse a la cúpula rasgando la cubierta de goma hasta el metal interior.

«Pienso que debió ser un calamar —aclaraba el Dr. Wood— porque los calamares tienen uñas como éstas. En el océano no se conocen otras especies capaces de producir roturas de esta clase. Sin embargo, hubo de ser un ejemplar de dimensiones exageradas para provocar unas rasgaduras como las de la fragata *Stein*».

En busca de un estudio muy serio y riguroso de los calamares gigantes, hemos de trasladarnos muy al norte, hasta las frías aguas de la corriente del Labrador, en Saint John's Harbour (Terranova), puerto base de los barcos de guerra canadienses en el Atlántico norte. Allí tiene su sede el equipo del Dr. Frederick Aldrich, que ha dedicado muchas horas y esfuerzos a la investigación de los cefalópodos monstruosos. Uno de los casos reseñados en sus archivos es el acaecido el 22 de noviembre de 1979. En aquella fecha encalló un calamar gigante en la bahía Bonavista de Brandons, en la isla de Colliers (Terranova). Era una hembra inmadura, una pequeña hembra de calamar gigante que, pese a todo, no bajaba de los cinco metros de longitud.

En los restos de tentáculos conservados por el equipo del Dr. Aldrich, se aprecian las típicas ventosas de este tipo de animales. Pero estas ventosas, además de su capacidad de succión, llevan incorporado un anillo de dientes. Cuando el tentáculo atenaza a su presa, los dientes se clavan en su carne en el mismo momento que la ventosa toma contacto con el cuerpo del otro animal. La ingestión de las capturas se realiza a través de dos largos picos semejantes a

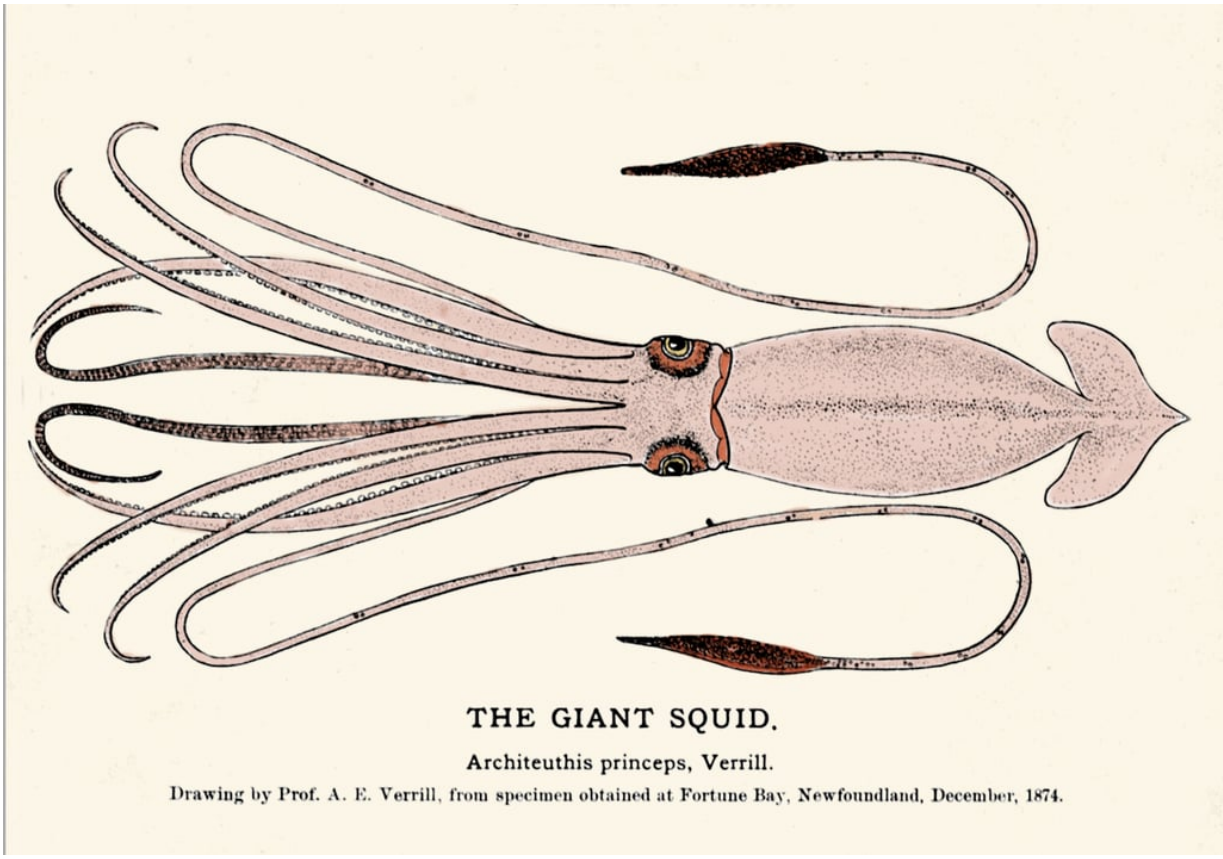
los de los loros. Así desgarran trozos de sus presas: moluscos, pececillos, larvas o lo que sea.

«Durante la segunda guerra mundial —explica el Dr. Aldrich— los supervivientes en el naufragio de barcos torpedeados podían quedar a merced de calamares gigantes que los arrebatasen de los botes de salvamento para devorarlos bajo el agua. Por lo que sé de estos animales les atrae el color rojo, y me pregunto si no fue el mismo color rojo de los chalecos salvavidas el factor determinante en la muerte de estos marineros».

Los calamares gigantes hallados con mayor frecuencia hasta ahora miden unos siete metros más o menos, si bien no es raro que superen los nueve metros, como el que quedó varado en la playa de Ranheim (Noruega) en 1954. No obstante, las lenguas y los labios de algunos cachalotes capturados por barcos balleneros, mostraban cicatrices de ventosas de unos 30 centímetros de diámetro. Esto indica que el espécimen que las produjo tenía no menos de cincuenta metros de largo. Es decir, si un gran calamar tiene unos seis metros, el gigante sería más de ocho veces mayor, lo que constituye un asunto verdaderamente serio. La mayoría de estos titánicos ejemplares se atribuyen al género *Architeutis* mencionado antes. No obstante, los tamaños que se barajan en algunos de los avistamientos, o los deducidos por los restos parcialmente en descomposición hallados ocasionalmente en las playas, invitan a pensar en la posible existencia de un nuevo género de dimensiones aún mayores.

Parece ser que los calamares gigantes son uno de los bocados predilectos de los cachalotes, los cuales no dudan en zambullirse varios cientos de metros para entablar una apocalíptica batalla con estos cefalópodos abisales. Dado que los cachalotes y las ballenas —que son mamíferos ambos— poseen pulmones y necesitan respirar aire atmosférico emergiendo con cierta periodicidad a la superficie, ocurre a menudo que el mortal abrazo de los grandes calamares termina por asfixiarlos arrastrándolos a las profundidades. Así, en los cadáveres de cachalotes aparecidos flotando en mitad del océano, se

han encontrado las inconfundibles marcas de enormes ventosas, mucho mayores que las pertenecientes a ejemplares como los estudiados en Terranova en 1871. Y abiertos los estómagos de algunos de estos animales, en su interior se han descubierto trozos de clamares de talla todavía superior a la comentada.



Dibujo de un Architeuthisprinceps

Otro tanto puede decirse de los pulpos descomunales. Joseph Genaro, profesor de la universidad de Nueva York, conserva pruebas materiales del suceso ocurrido en 1896, cuando en la costa de Florida embarrancó una de estas criaturas. Fue un médico de Wheatweck, el Dr. Webb, quien se encargó del cuerpo encallado en la playa de Anastasia, en San Agustín. Él y sus ayudantes tuvieron que recurrir al auxilio de cuatro caballos y tres equipos de poleas para izar un cuerpo que pesaba más de seis toneladas. Sólo el

muñón de uno de sus tentáculos alcanzaba la terrorífica longitud de diez metros. De inmediato Webb se preocupó de dar la mayor difusión posible a su descubrimiento entre aquellos especialistas capacitados para arrojar alguna luz sobre el misterio.

Así fue como uno de sus informes llegó a manos de A. E. Verrill, a la sazón profesor de la universidad de Yale y reconocido experto en cefalópodos. Fundándose en los datos remitidos por Webb, Verrill atribuyó inicialmente los restos de Anastasia Beach a un calamar gigante. Más tarde, y apoyándose entonces en una más minuciosa información entre la que se contaban detalladas fotografías, decidió que aquellos despojos pertenecían a un pulpo gigante —*Octopus giganteus* lo denominó en algunos artículos— cuyos tentáculos podían alcanzar los cuarenta metros. Sin embargo, al analizar físicamente ciertos fragmentos de tejido cutáneo extraídos por Webb del animal, Verrill modificó de nuevo su opinión y se inclinó por la hipótesis de un cadáver mutilado de ballena.

Parte de esos restos fueron a parar al Instituto Smithsoniano de Washington, donde todavía hoy se conservan. Analizado un fragmento de tejido del pulpo gigante con un microscopio de luz polarizada, el mencionado Dr. Webb concluye que posee una estructura nervuda y fibrosa, como la piel del buey, muy distinta de la configuración de los tejidos de un pulpo ordinario. Como distintos son, sin duda, los pulpos de hasta 18 metros vistos en las cercanías de las islas Bahamas. Todos estos ejemplares podrían estar vinculados con la especie *Octopus giganteus*, aunque la exacta naturaleza zoológica de su relación permanece todavía por aclarar[3].

Uno de los lugares de residencia de los pulpos gigantes podría situarse en las inmediaciones de la isla de Andros, cerca de las Bahamas, donde abundan las leyendas sobre estos animales, aunque expediciones submarinas hasta los ochenta metros de profundidad no lograron hallar indicios de su presencia. No obstante, es posible que estos animales aniden en las profundidades mayores

del área conocida como Lengua del Océano, o tal vez junto a la costa oeste de las Bermudas.

Lo que apenas ofrece ya duda alguna es la veracidad de los cefalópodos monstruosos cuyas esporádicas apariciones a lo largo de la historia han alimentado toda clase de mitos y leyendas sobre horripilantes espantos marinos. Sin embargo, no todos los testimonios acerca de misteriosos monstruos ocultos en los océanos pueden atribuirse a este tipo de animales. Como veremos en el próximo capítulo, la criptofauna marina es probablemente la más rica y variada en enigmas pendientes de esclarecer.

3. Las serpientes marinas

LOS relatos y narraciones sobre gigantescos monstruos del océano con aspecto de serpiente, las célebres «serpientes marinas», son tan antiguos como la navegación misma. Estas fabulosas criaturas han inspirado siempre una mezcla de terror y fascinación, cubriendo también de ridículo a muchas de las personas —honestas la mayoría de ellas— que afirmaban haber sido testigos de una de sus fugaces apariciones. Las regiones inexploradas, más extensas cuanto más retrocedemos en la historia, eran señaladas en los antiguos mapas marítimos con el dibujo de criaturas horrendas amenazando cualquier buque que osase internarse en ellas. Sus menciones pueden remontarse incluso a las cinco veces que, en el Antiguo Testamento, se cita al Leviatán, nombre que proviene de la voz hebrea *liviah tan*, traducible como «monstruo tortuoso», «serpiente enroscada» o «dragón que vive en el mar».

En el ciclo homérico que describe la caída de Troya ante los aqueos, aparece un episodio en el que esta clase de seres desempeñan un papel capital. Habiánse ocultado las tropas en el interior del gran caballo de madera dentro del cual pretendían ser arrastrados por los troyanos al interior de su ciudad, cuando Lacoonte, sacerdote de Neptuno, manifiesta su desconfianza ante el presente y aconseja que se abra para ver su interior:

Estremeciéronse los teneros, y hubieran seguido el ejemplo de su sacerdote si Minerva, atenta a la escena, no hubiese obrado un nuevo prodigio: de las aguas del mar vinieron dos enormes serpientes que, echando fuego por la boca, se arrojaron sobre Lacoonte y sus dos hijos para estrangularlos a la vista de todos. Los teneros, mudos de terror vieron luego a los reptiles esconderse bajo el altar de Minerva.

En Islandia es añeja la leyenda del fabuloso *Skrimst*, un terrible animal que apareció por primera vez en 1345 —aseguran los cronistas— exhibiendo un largo cuello arqueado y una cabeza como de caballo. Incluso un novelista británico de la talla de *sir* Walter Scott, escribía en el siglo XIX: «Es sabido que la serpiente marina asciende desde las profundidades oceánicas, levantando hacia el ciclo su poderoso cuello, y que, desde un altura igual a la de un mástil, dirige a todos lados sus grandes y fulgurantes ojos buscando una víctima…».

Los naturalistas de la antigüedad mencionan monstruos marinos, las fauces de los cuales eran tan grandes como golfos, y cuyos tamaños les impedían cruzar el estrecho de Gibraltar. Sin embargo, la existencia del típico reptil gigantesco de aspecto terrible, en el que todos pensamos cuando hablamos de la «serpiente marina», no se ha visto tan confirmada como en el caso de los enormes pulpos y calamares mencionados en el capítulo anterior. A pesar de las excelentes compilaciones realizadas en los siglos XVI y XVIII respectivamente por eclesiásticos escandinavos —el arzobispo de Upsala, Olaf Mansson (Olaus Magnus) y el obispo de Bergen, Erik Pontoppidan— pronto cayó el descrédito sobre los relatos referidos a estas criaturas. Y ello se debió al creciente peso alcanzado durante el siglo XVIII por una interpretación academicista de la biología tan rígida y puntillosa como exagerados y fantásticos podían ser, por su parte, los detalles de ciertas historias de monstruos marinos.

Curiosamente, fue en aquellos años cuando el notable incremento de los viajes marítimos causado por el auge del comercio

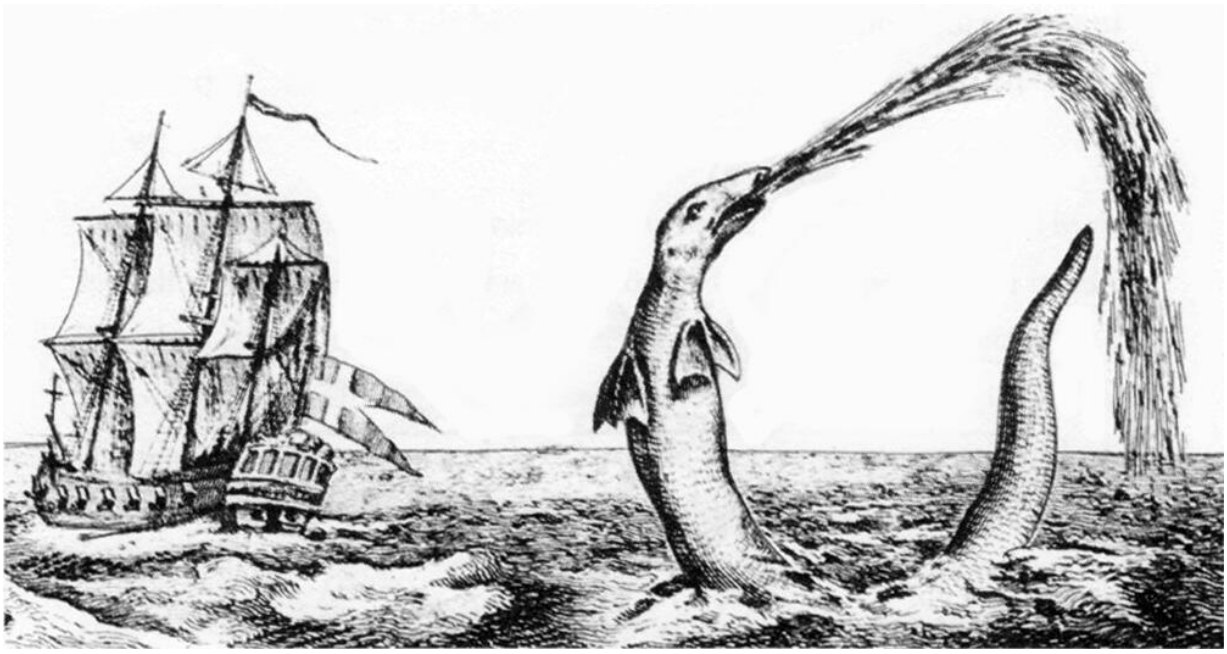
internacional en los años previos a la era del colonialismo, así como la curiosidad intelectual despertada por el movimiento cultural conocido como la Ilustración, generaron un creciente interés por este tipo de relatos. Pero los testimonios fiables y dignos de consideración, habían comenzado a acumularse con bastante anterioridad. Olaus Magnus menciona en su *Historia Gentium Septentrilaium*, escrita a mediados del siglo XVI, la existencia en aguas escandinavas de un ser monstruoso —la «serpiente de Noruega»— al que atribuye una longitud de 200 pies, unos 70 metros:

> *Todos los que visitan las costas de Noruega o navegan por ellas coinciden en la curiosa noticia de que por esos lugares es posible ser testigos de un raro fenómeno. Parece existir por esos parajes una monstruosa Serpiente de Mar de doscientos y más pies de longitud y veinte de circunferencia que habita en los alrededores de la costa rocosa de Bergen. Durante la noche sale de las aguas y, aprovechando el claro de luna, devora los bueyes, los cerdos y los corderos; luego regresa al mar. Esta serpiente posee unas crines de dos pies de longitud. Está cubierta de escamas, y sus ojos brillan como si proyectasen fuego. Tiene inquietos y llenos de temor a los navegantes, pues cuando un navío se le pone a la vista, corre hacia él nadando entre dos aguas. Y, después de alzar su descomunal cabeza a gran altura, ante el estupor de los marineros, sacude las aguas hasta que naufraga la embarcación. Levanta entonces la cabeza y se yergue lo mismo que un poste, llevándose a los hombres para devorarlos.*

Pontoppidan, por su parte, no tuvo reparo alguno en recoger en su *Historia Natural de Noruega* (1753) la descripción de uno de estos monstruos marinos ofrecida por numerosos pescadores y marineros:

El lomo o parte superior, según dicen de milla y media de circunferencia, parece de lejos un grupo de islotes rodeados como por una masa de algas… Se distinguen luego varias puntas brillantes o cuernos, que van ganando en grosor a medida que el monstruo va emergiendo… Al poco de estar en la superficie, vuelve a sumergirse nuevamente, lo cual no disminuye en nada el peligro, pues produce marejadas y torbellinos tan intensos que arrastra consigo todo cuanto le rodea.

Por aquellas fechas eran ya conocidos testimonios como el del misionero noruego Hans Egede, quien presenció mientras viajaba en barco la aparición de un monstruo frente a las costas de Groenlandia, el 6 de julio de 1734. El misionero, persona de cuya integridad no cabe dudar, anotó en su diario el siguiente informe: «Era tan colosal que su cabeza alcanzaba hasta el tope del palo mayor; su cuerpo tendría el mismo volumen que el barco y una longitud tres o cuatro veces mayor. Poseía un hocico acabado en punta y arrojaba chorros de agua como las ballenas; sus zarpas eran grandes y anchas; el cuerpo parecía dotado de un caparazón —de una concha dura, no de escamas— y la piel era muy rugosa y desigual. Su parte inferior recordaba a una inmensa serpiente. Antes de sumergirse por completo, se irguió y alzó también la cola, cuyo extremo distaba de la parte más voluminosa del cuerpo más o menos lo que puede haber entre la proa y la popa de un buque de tamaño regular».



Dibujo del monstruo avistado por Hans Egede en 1734.

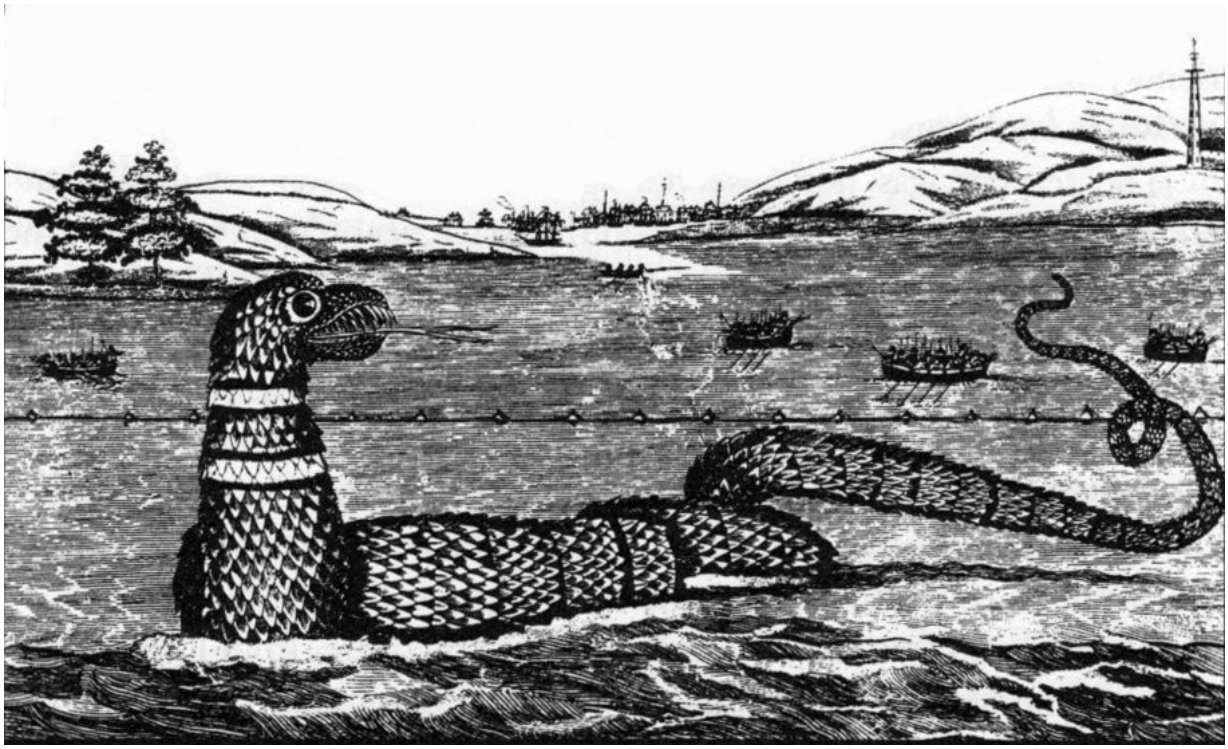
Doce años después de la experiencia de Egede, en 1746, el gobernador noruego de Bergen, el capitán Lorenz von Ferry, dijo haber visto a la altura de la localidad de Molde un monstruo con forma de serpiente de 35 metros de largo, mientras se dirigía hacia tierra en un bote de remos. Tras su experiencia, el oficial realizó un detallado informe que sería leído ante el Tribunal de Justicia de Bergen en 1751 a petición del obispo Pontoppidan. La cabeza del monstruo era gris y similar a la de un caballo, pero tocada por una llamativa melena blanca. Sus grandes ojos y su boca eran negros, detrás de la cabeza había una sucesión de siete u ocho promontorios o jorobas, y el cuerpo del animal se retorcía formando espirales. Cuando von Ferry ordenó hacer fuego contra ella, la bestia desapareció sumergiéndose bajo las aguas.

AVISTAMIENTOS EN EL SIGLO XIX

Lo que parecía un ser viviente, cuya longitud se calculó entre 17 y 40 metros, hizo su aparición a la altura de la costa de Gloucester

(Massachusetts) en el verano de 1817. La alarma inicial la dieron una pareja de mujeres que lo divisaron el 6 de agosto entrando en el puerto de la localidad. En principio la noticia se juzgó producto de la confusión con una hilera de tiburones, pero la naturaleza extraordinaria del avistamiento no tardó en ser corroborada por diversos pescadores. Y aún más, el 14 de agosto el monstruo se mostró con descaro ante la vista de un grupo de entre veinte y treinta personas que caminaba por la costa, entre ellas el juez de paz de Gloucester, Lonson Nash. Ese mismo día partió una flotilla de barcos en busca del animal, al que encontraron a última hora de la tarde. Mathew Gaffney, carpintero de una de las naves y consumado tirador, se colocó en proa junto al bauprés a fin de disparar sobre la bestia desde una distancia de unos nueve metros. A despecho de la puntería de Gaffney el monstruo no pareció inmutarse, pues se sumergió súbitamente pasando por debajo de la embarcación para emerger cien metros más allá y alejarse como si nada hubiese pasado.

Un testigo destacado, el señor Amos Story, dijo haberlo visto nadar durante aproximadamente una hora, con una velocidad ocasional que estimó en treinta millas por hora (casi 55 km/h). Según Story, el animal tenía «la cabeza de tortuga y el cuerpo recio como el de un hombre». Otras personas de los alrededores de Gloucester aportaron testimonios semejantes a lo largo de las siguientes dos semanas. Entre el 6 y el 23 de agosto de ese mismo año un centenar de testigos dignos de todo crédito aseguraron haber visto al monstruo, atrayendo hacia el lugar la atención de reputados científicos de todo el mundo. A final de mes cesaron las apariciones, que no obstante se repetirían en diferentes lugares durante los siguientes tres años.



El monstruo marino de Gloucester, según una ilustración de la época.

El 22 de agosto, un editor local llamado Henry Bowen (radicado en la Devonshire Street de Boston) publicó una gacetilla donde se detallaba la historia en un artículo encabezado por grandes titulares anunciando: «Una monstruosa serpiente marina, la más grande jamás vista en América, ha hecho su aparición en el puerto de Gloucester, en el Cabo de Ann, y ha sido vista por cientos de respetables ciudadanos». Merece la pena leer en su integridad el texto del artículo que se ofrecía a continuación:

El editor de la Gaceta de Salem declara: Nos hallamos en posesión de un extracto de una carta remitida por el señor John Lowe a su hijo en esta ciudad, fechada en la tarde del jueves 14 de agosto de 1817, en Gloucester.

Durante las mañana del lunes y del martes, jugando alrededor de nuestro puerto, entre Eastern Point y Ten Pound Lsland, fue avistada una serpiente con su cabeza y cuerpo a unos ocho pies por encima del agua. Su cabeza es en su forma completa tan grande como la de

un caballo, y se juzga que su cuerpo debe medir entre cuarenta y cinco y cincuenta pies de longitud. Se piensa que el contorno de su cuerpo era de unos tres pies, y sus colmillos medirían cerca de cuatro pies de longitud. Mientras escribía lo anterior, una persona ha llamado la atención diciendo que hay dos jugueteando desde el extremo del embarcadero hacia el interior del muelle en Ten Pound Island. Los espectadores son Mr. Charles Smith, Mr. John Proctor y varios otros. Gran cantidad de nuestros más diestros tiradores se hallan en persecución de la criatura pero no pueden lograr que una bala penetre en su cabeza. Otra partida ésta a punto de comenzar la persecución provista de armas de fuego, arpones y todo lo necesario. Es temerario para nuestra pequeña embarcación arriesgarse ahora a salir de pesca. Todo cuanto antecede puede ser atestiguado por veinte personas diferentes de indudable veracidad.

Además de estos datos, el *Salem Register* detalla que la serpiente es extremadamente rápida en sus movimientos, los cuales se dan en todas direcciones, que alcanza una longitud de 50 pies, que un individuo —tras descargar su carabina a menos de 30 pies de la serpiente— declaró que su cabeza era parcialmente blanca y que la había alcanzado, que una cuantiosa recompensa ha sido ofrecida, que aparece en nudos como boyas de madera en una cuerda de red casi tan largos como un barril, que los proyectiles de mosquete no parecen tener efecto sobre ella, y que se asemeja a una reata de toneles del un galón con una longitud de cien pies. El editor del *Salem Register* señala un evento similar acaecido en 1746 cuando una serpiente marina, o algo similar, fue vista cerca de la costa. Tenía una cabeza como la de un caballo, y al moverse parecía una fila de voluminosas barricas siguiendo una línea recta.

El *Boston Daily Advertiser*, al hablar de esta monstruosa serpiente, dice:

Hemos examinado diversas cartas de Gloucester con las descripciones de una prodigiosa Serpiente que ha hecho su aparición

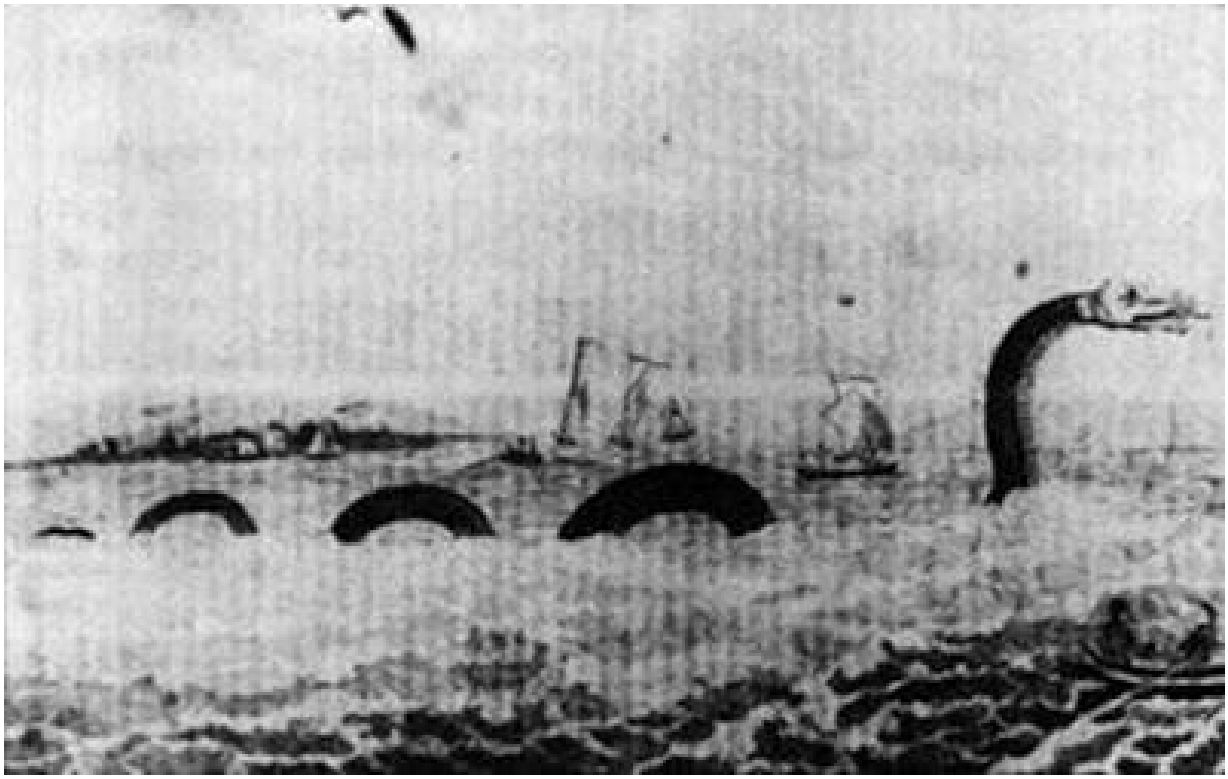
en el muelle del Cabo de Ann. Fue vista en primer lugar por varios pescadores diez o doce días antes, pero entonces se la tuvo generalmente por una criatura de su imaginación. Sin embargo, ahora ha llegado a entrar en el puerto de Gloucester y ha sido contemplada por cientos de viandantes. Se ha declarado, por parte de personas que se acercaron hasta 10 o 15 yardas de ella, que cuenta entre 60 y 70 pies de largo, y su diámetro aproximadamente es el de un tonel. Otros calibran su longitud diversamente entre 50 y 100 pies. Sus movimientos son serpentinos, extremadamente variados y tremendamente rápidos. Gira sobre sí misma por completo casi instantáneamente. A veces se lanza adelante, con su cabeza fuera del agua, al ritmo de una milla cada tres minutos, dejando tras ella una estela de media milla de longitud. Su cabeza, tan grande como la de un caballo, guarda semejanza en su forma a la de un enorme perro, se alza casi ocho pies sobre el agua, y es parcialmente blanca con el resto de color negro. También aparenta estar llena de protuberancias y se asemeja a la cuerda nudosa de una red, según se coloca en el agua para capturar arenques. Otros la describen como una hilera de boyas acuáticas. Su espalda es negra.

Se han realizado, sin éxito, diversas tentativas para apresarla. Cuatro embarcaciones se hicieron a la mar el jueves, cargadas con intrépidos marineros y expertos tiradores, armados con fusiles, arpones y demás impedimenta. Tres carabinas fueron disparadas contra ella a una distancia de 30 pies. Se supuso que dos balas la habían alcanzado, pero sin efecto alguno. Inmediatamente se sumergió en el agua y desapareció por un breve lapso de tiempo, tras lo cual fue localizada alejándose hacia la parte externa del muelle, y ya no se la vio más aquella noche. Un gran número de personas está dedicado a confeccionar una red con el suficiente tamaño para capturarla. Se conjetura que se ha dirigido hacia ese puerto con el propósito de alimentarse de un importante banco de arenques, aparecido en aquellas aguas no hace mucho. Si ella ha

sido el motivo, como se supone, de la entrada de los arenques en el muelle, ha rendido un servicio esencial a la ciudad.

La Gaceta de Salem añade: «Se nos informa que el domingo esta criatura fue vista jugando en ocasiones a 15 o 20 pies de la orilla proporcionando una mejor oportunidad para observarla que la ocurrida antes. Los caballeros de Gloucester afirman que les pareció de una magnitud incluso mayor que la que había sido representada antes, y que deberían considerar por sus propias observaciones que medía tanto como 150 pies de longitud y el diámetro de un barril. La vieron abrir una enorme boca, y son de la opinión de que está cubierta con una concha». 22 de agosto de 1817.

Las palabras del señor Bowen, pese a sus tintes sensacionaiistas, tienen al menos la virtud de reflejar con exactitud el ambiente de agitación y revuelo que se vivió en la zona afectada durante aquellos turbulentos días. No faltaron los recordatorios de un suceso similar ocurrido 178 años antes. Allí mismo, en las aguas del Cabo Ann, se deslizó en 1639 la imponente silueta de lo que todos los testigos calificaron de fabulosa serpiente de mar. Al parecer, el monstruo fue arrastrado a la orilla donde permaneció enroscado como un ovillo hasta que murió y sus despojos fueron nuevamente devueltos al océano.



La serpiente marina de Cabo Ann divisada en 1639.

La intensa investigación llevada a cabo por el comité directivo de la Sociedad Linneana de Nueva Inglaterra —la cual entregó por separado a distintos testigos presenciales cuestionarios cuidadosamente dispuestos por el juez de paz Lonson Nash— llegó a la conclusión de que los informes eran coincidentes y su fiabilidad muy elevada. Entre los detalles dilucidados en el curso de estas pesquisas se encontraba el dato de que la criatura se movía en el agua verticalmcnte, ondulando su cuerpo arriba y abajo. De ser cierta, esta circunstancia delataría ante los zoólogos modernos que el monstruo de Gloucester no pudo ser un descomunal ofidio; los reptiles no se desplazan ondulando verticalmcnte sino en horizontal, contorsionándose a derecha e izquierda. Este argumento, empero, fue ignorada por los miembros de la Sociedad Linneana, quienes se encastillaron en la hipótesis de la gran serpiente marina hasta el punto de especular con la posibilidad de que se hubiese aproximado tanto a la costa en busca de un lugar donde depositar sus huevos.

Llegados a este punto la efervescencia de testimonios alcanzaba tal grado que no faltaron casi de inmediato quienes aseguraban haberla visto sobre la arena de la playa en actitud de desovar. Ciertamente no se encontró huevo alguno, pero dos niños de la comarca (de acuerdo con el relato de Berth Groth en la revista estadounidense *Fate* de mayo de 1969) hallaron lo que parecía ser una serpiente marina en edad infantil, la mataron y la exhibieron en el Essex Coffee House de Gloucester. Medía algo menos de un metro, de color pardo y con treinta y dos bultos en el lomo, fue denominada *Scoliophis atlanticus*, o «serpiente flexible del Atlántico». Los científicos europeos recibieron el supuesto descubrimiento con un escepticismo finalmente confirmado por los trabajos del zoólogo francés Charles Alexandre Leuseur. Desde su punto de vista, la *Scoliophis atlanticus* no era más que una vulgar serpiente de color negro con la espalda deformada por una enfermedad o una herida. El desprestigio cayó sobre la Sociedad Linneana de Nueva Inglaterra y, en una extensión injustificada de la refutación, la totalidad del episodio vivido en Gloucester quedó asimismo desacreditado.

Sin embargo, la realidad es terca y en los años sucesivos numerosas criaturas sin identificar, de aspecto similar a la de Gloucester, surcaron las costas de Nueva Inglaterra y Canadá. El teniente de navío George Stanford actuaba como capitán del buque mercante *Lady Combermere* en 1820, cuando aseguró haber divisado en aguas del Atlántico una serpiente monstruosa —de entre 18 y 30 metros — arrojando una columna de agua como una ballena. Y para mayor abundamiento, el 15 de mayo de 1833 cuatro oficiales del ejército británico y un intendente militar que habían salido de pesca en Mahone Bay, a unos 65 km al oeste de Halifax (Nueva Escocia), vieron nadar a una serpiente de unos 24 metros de longitud a no más de 180 metros de su paquebote. Tan impresionados quedaron por su experiencia que todos ellos firmaron una declaración escrita en la que se decía: «No hubo posibilidad alguna de error, ninguna ilusión, y estamos muy satisfechos de

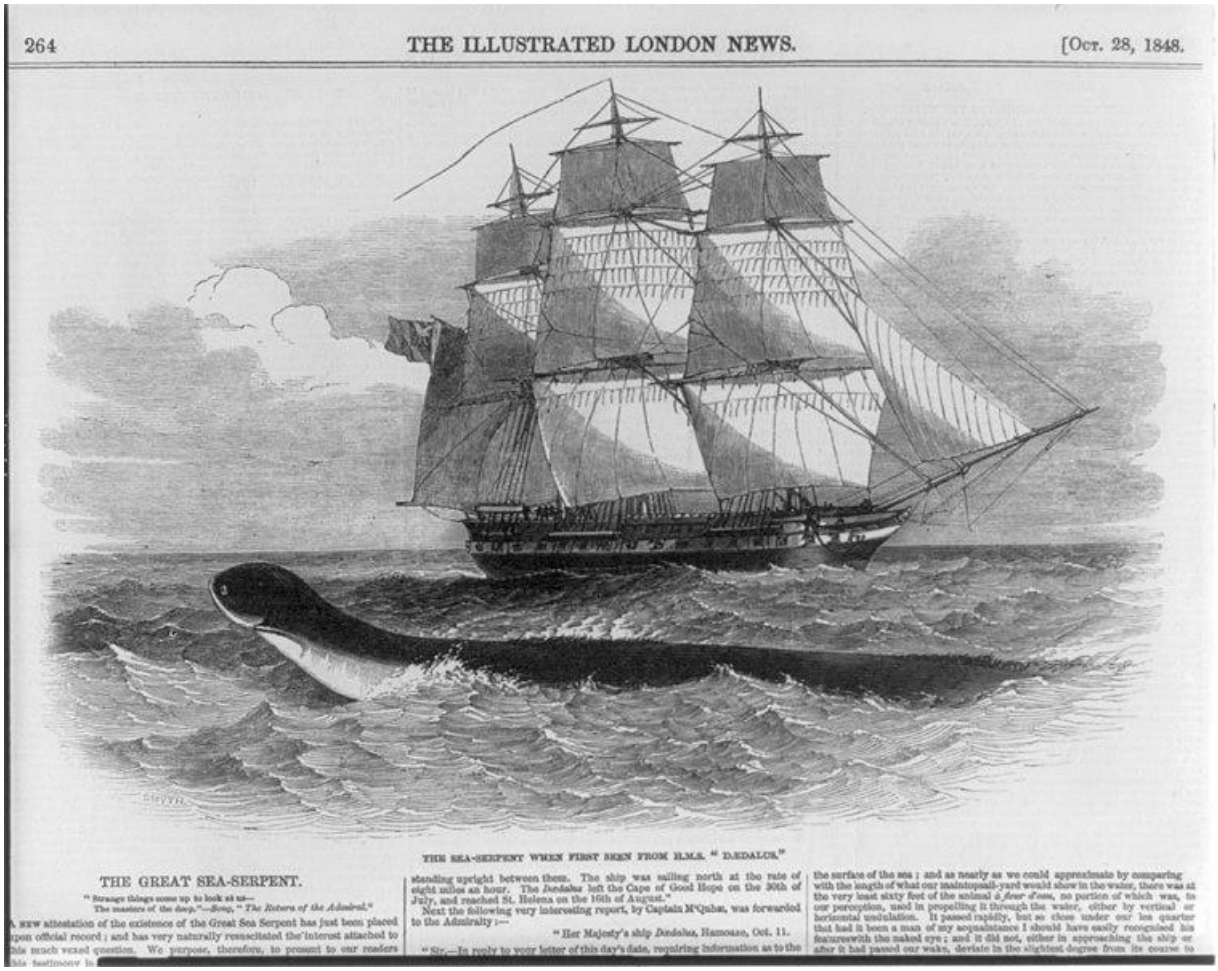
haber tenido el privilegio de contemplar la auténtica y genuina "serpiente de mar", que siempre ha sido considerada producto de la imaginación de algunos capitanes de barco yanquis».

Otra aparición de un monstruo acuático, semejante a un descomunal y deforme cocodrilo, fue referida por el capitán y la tripulación del *Eagle* el 23 de marzo de 1830, poco antes de que la nave atracara en el puerto estadounidense de Charleston, en Carolina del Sur. El capitán Deland, al mando del navío, ordenó acercar la goleta a unos 22 metros de la bestia, momento en el cual le disparó en la cabeza con un mosquete. No debió agradarle al animal la hostilidad del trato, pues se sumergió inmediatamente y golpeó con su cola el casco del barco, donde ocasionó serios desperfectos.

Basándose en un serio estudio de éstos y otros informes (entre 1818 y 1848 las serpientes marinas fueron avistadas, al menos, setenta y cinco veces en diversos puntos del globo), naturalistas de la talla de *sir* Joseph Banks (científico británico que acompañó al capitán Cook en muchos de sus viajes) o Thomas Huxley se pronunciaron por considerar sin rubor la posibilidad de que en el fondo de los mares existiesen reptiles serpentiformes de 15 m de longitud o incluso más *sir* William Hooker, hacia 1820 director de los Jardines Botánicos de Kew, se unió a la opinión de tan reputados científicos, afirmando que estos animales «nada tenían que ver con hidras y sirenas, pues cuanto se ha dicho de la serpiente de mar posee consistencia. Podemos aceptarla como una realidad de la Historia Natural».

Y en 1877 uno de los conservadores del Jardín Zoológico de Londres, A. D. Bartlett, consideraba una temeridad hacer caso omiso a un volumen documental que procedía de fuentes tan diversas. No concedían demasiado crédito estos eminentes científicos a las opiniones de quienes sostenían, como el noruego Peter Ascanius, que las supuestas jorobas de los pretendidos monstruos no eran más que una comitiva de delfines haciendo cabriolas.

Los relatos sobre monstruosas serpientes marinas cobraron renovada actualidad a mediados del siglo XIX a raíz de la divulgación de un caso clásico de avistamicnto, como fue el realizado por el capitán Peter M'Quhae y la tripulación del buque HMS *Daedalus* en aguas del Atlántico sur, el 6 de agosto de 1848. En aquella ocasión, el capitán M'Quhae y otros seis tripulantes observaron el avance, paralelo al del navío pero en sentido contrario, de una gigantesca serpiente. La extraña criatura medía, en opinión de los testigos, de 18 a 20 m. y poseía una cabeza claramente reptilesca cuyo diámetro oscilaba entre los treinta y cinco o cuarenta centímetros.



264 THE ILLUSTRATED LONDON NEWS. [Oct. 28, 1848.

THE SEA-SERPENT WHEN FIRST SEEN FROM H.M.S. "DAEDALUS."

THE GREAT SEA-SERPENT.

"Strange things come up to look at us—
The masters of the deep."—Song, "The Rovers of the Admiral."

A NEW attestation of the existence of the Great Sea Serpent has just been placed upon official record; and has very naturally resuscitated the interest attached to this much vexed question. We purpose, therefore, to present to our readers this testimony in

standing upright between them. The ship was sailing north at the rate of eight miles an hour. The *Daedalus* left the Cape of Good Hope on the 30th of July, and reached St. Helena on the 16th of August."

Next the following very interesting report, by Captain M'Quhae, was forwarded to the Admiralty:—

"Her Majesty's ship *Daedalus*, Hamoaze, Oct. 11.

"Sir,—In reply to your letter of this day's date, requiring information as to the

the surface of the sea; and as nearly as we could approximate by comparing with the length of what our maintopsail-yard would show in the water, there was at the very least sixty feet of the animal *à fleur d'eau*, no portion of which was, to our perception, used in propelling it through the water, either by vertical or horizontal undulation. It passed rapidly, but so close under our lee quarter that had it been a man of my acquaintance I should have easily recognised his features with the naked eye; and it did not, either in approaching the ship or after it had passed our wake, deviate in the slightest degree from its course to

Dibujo de la criatura avistada en 1848 por los tripulantes del *Daedalus* publicada en el diario *The Illustrated London News*.

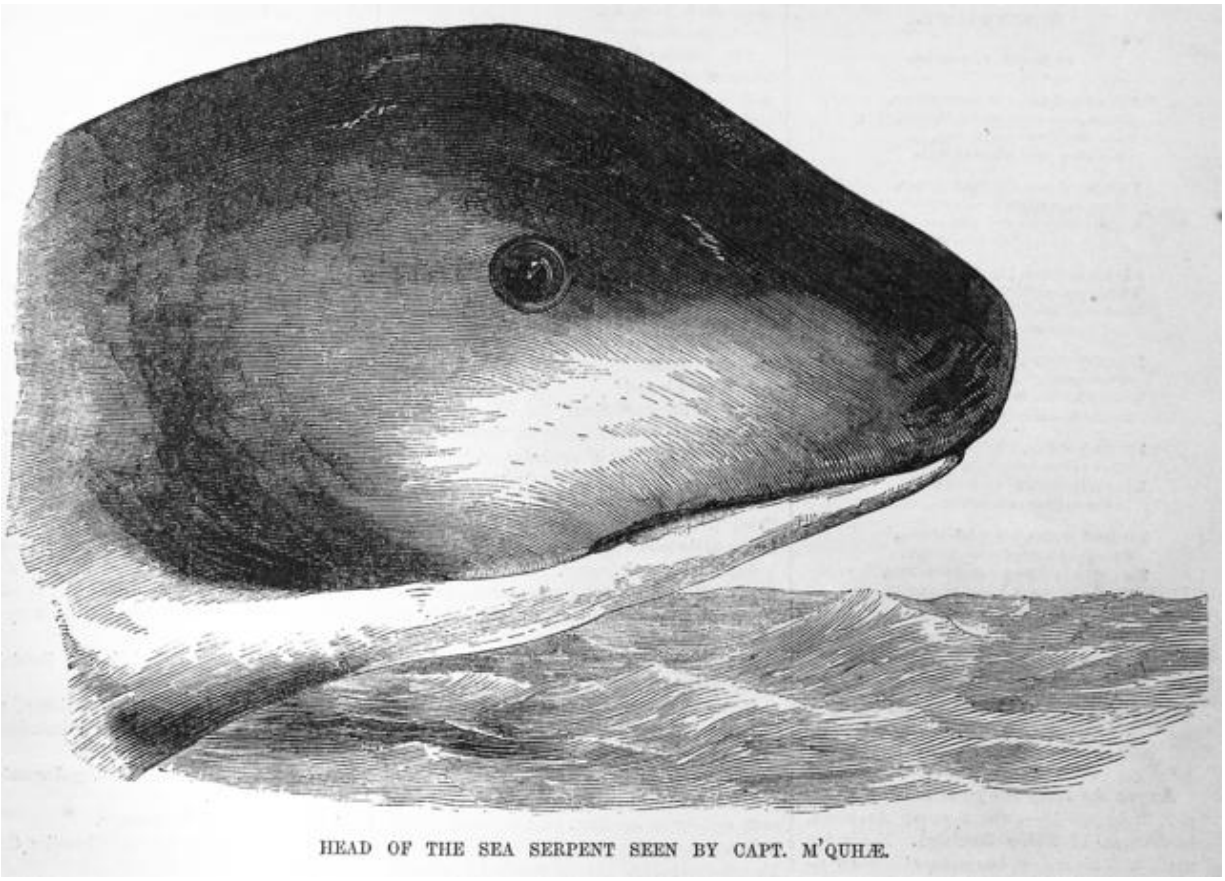
Un artículo publicado con posterioridad en el diario *The Times* sobre este suceso desató rápidamente la polémica, al encontrar la frontal oposición de Richard Owen, prestigioso científico de mentalidad tan conservadora que se había distinguido como uno de los principales adversarios de Charles Darwin. A causa de semejantes discusiones el Almirantazgo pidió explicaciones al capitán M'Quhac quien, no sólo se reafirmó en sus declaraciones, sino que presentó a la alta instancia de la marina británica un informe detalladísimo, adjuntando bocetos y dibujos supervisados por él mismo, refrendado por los testigos que le acompañaban. Análogos testimonios levantaron los tripulantes de los buques británicos *Plumper* (1848), *Imogoen* (1856), *Pauline* (1875), *Osborne* (1877), y del francés *Avalon*, que avistó uno de estos monstruos en las aguas del golfo de Tonkín, en 1897.La carta oficial en la que el capitán M'Quhae informaba al almirante *sir* W. H. Gage, decía así:

SEÑOR, En respuesta a su carta con fecha de hoy recabando información sobre la veracidad de una declaración publicada en el diario The Times, según la cual una serpiente marina de extraordinarias dimensiones había sido vista por el buque de Su Majestad Daedalus, bajo mi mando, en su tránsito desde las Indias Orientales, tengo el honor de dirigirme a vd., para información de mis Lords Comisionados del Almirantazgo, que a las 17:00 horas en punto del 6 de agosto pasado, en la latitud 24º 44'Sur y longitud 9º 22' Este, con tiempo apagado y nuboso, viento fresco del noroeste… algo muy inusual fue avistado por el Señor Sartori, guardiamarina, en rápida aproximación al barco… La circunstancia fue inmediatamente transmitida por él al oficial de vigilancia, el Teniente Edgar Drummond, con quien… estaba yo en ese momento recorriendo la cubierta …

Con nuestra atención dirigida al objeto, se descubrió que era una enorme serpiente, con la cabeza y los hombros constantemente mantenidos unos cuatro pies por encima de la superficie del mar; y tan cerca como nos pudimos aproximar para compararla con lo que

nuestra gavia principal podía mostrar en el agua, había como mínimo sesenta pies del animal a flor de agua [a fleur d'eau, en francés y en cursiva en el original] ninguna parte del cual se usaba, en nuestra percepción, en propulsarlo a través del agua, ya fuese con una ondulación horizontal o vertical. Paso rápidamente, pero tan cerca de nuestro socaire que, de haber sido un hombre que yo conociese, podría haber reconocido fácilmente sus rasgos con un vistazo; y no se desvió en el más ligero grado, ni al aproximarse al barco ni una vez hubo pasado nuestra estela, de su rumbo hacia el suroeste, que mantuvo a un ritmo de entre doce y quince millas por hora, aparentemente con algún propósito determinado. El diámetro de la serpiente era de unas quince o dieciséis pulgadas detrás de la cabeza, la cual era, sin duda alguna, la de una serpiente… su color, un marrón oscuro con blanco amarillento alrededor de su garganta. No tenía aletas, pero algo como la crin de un caballo, o más bien como un montón de algas marinas, se esparcían por su espalda. Fue vista por el segundo de abordo, el contramaestre y el timonel, además de por mí mismo y por los oficiales arriba mencionados.

Estoy haciendo elaborar un dibujo de la serpiente a partir del bosquejo tomado inmediatamente después de que fuese vista, el cual espero tener preparado para remitir a mis Lords Comisionados del Almirantazgo en el correo de mañana.

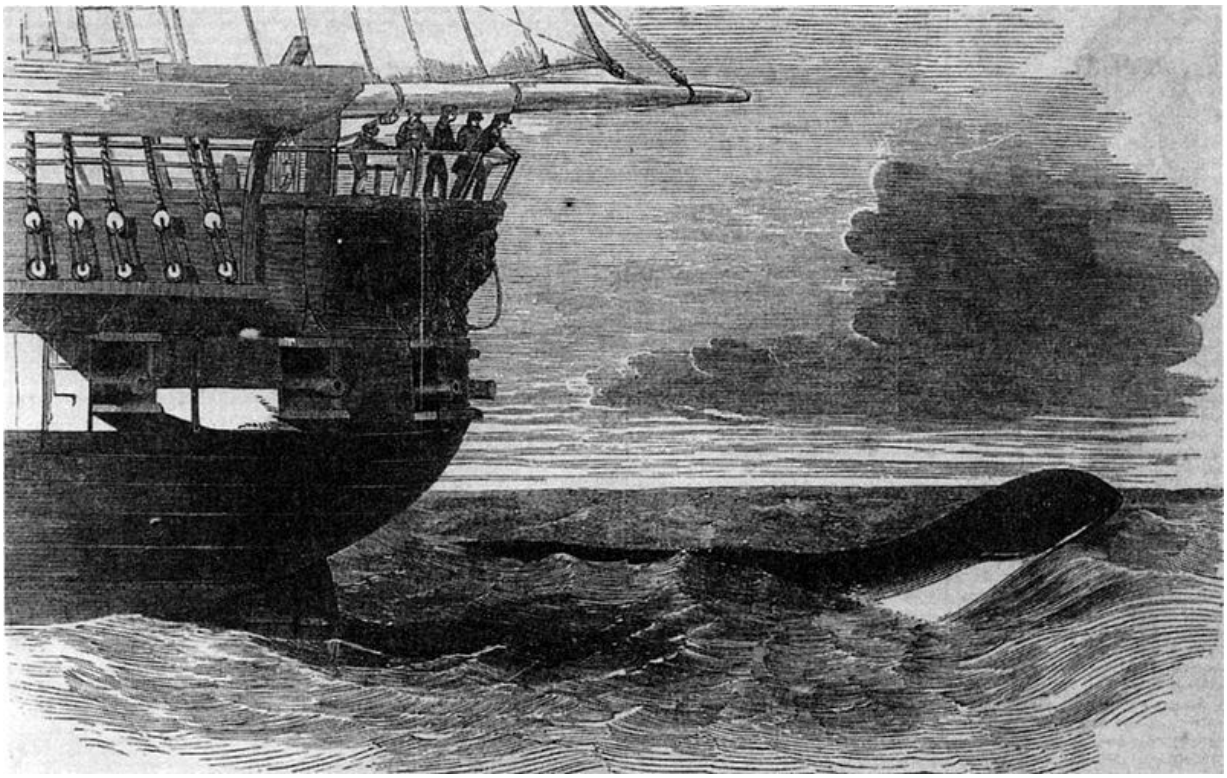


Detalle de la cabeza de la serpiente marina observada desde el *Daedalus*. Publicado en *Illustrated London News*, el 28 de octubre de 1848

Detalle de la cabeza de la serpiente marina observada desde el *Daedalus*

Las declaraciones de esta índole se suceden en el tiempo sin que la fiabilidad de los testigos disminuya. Corría el año 1857 cuando el prestigioso *The Times* publicó unos fragmentos del cuaderno de bitácora del capitán Harrington, oficial de la Marina Real y a la sazón al cargo del *Castilian*. Según las anotaciones de a bordo, cuando el buque cubría la ruta Bombay-Liverpool, la tripulación descubrió emergiendo sobre las olas la figura de un monstruo, cuya cabeza mediría entre 2,5 y 3 metros. Tres años más tarde, el buque *British Banner*, comandado por el capitán William Taylor, protagonizó uno de estos insólitos encuentros. En su diario de abordo el capitán Taylor hizo anotar el siguiente relato de los hechos:

El 25 de abril de 1860, a doce grados, siete minutos y ocho segundos de latitud norte, y noventa y tres grados, cincuenta y dos minutos de longitud este, con el sol sobre la verga mayor, noté que el buque parecía convulsionarse. Envié a mi segundo oficial a la arboladura para ver qué ocurría, y éste me indicó a gritos que trepara por los aparejos de proa y observara el agua. Así lo hice y vi una enorme serpiente agitando el bauprés, el cual agarraba con la boca.



Otro de los dibujos publicados por el The Illustrated London News, según los bocetos del capitán M'Quhae.

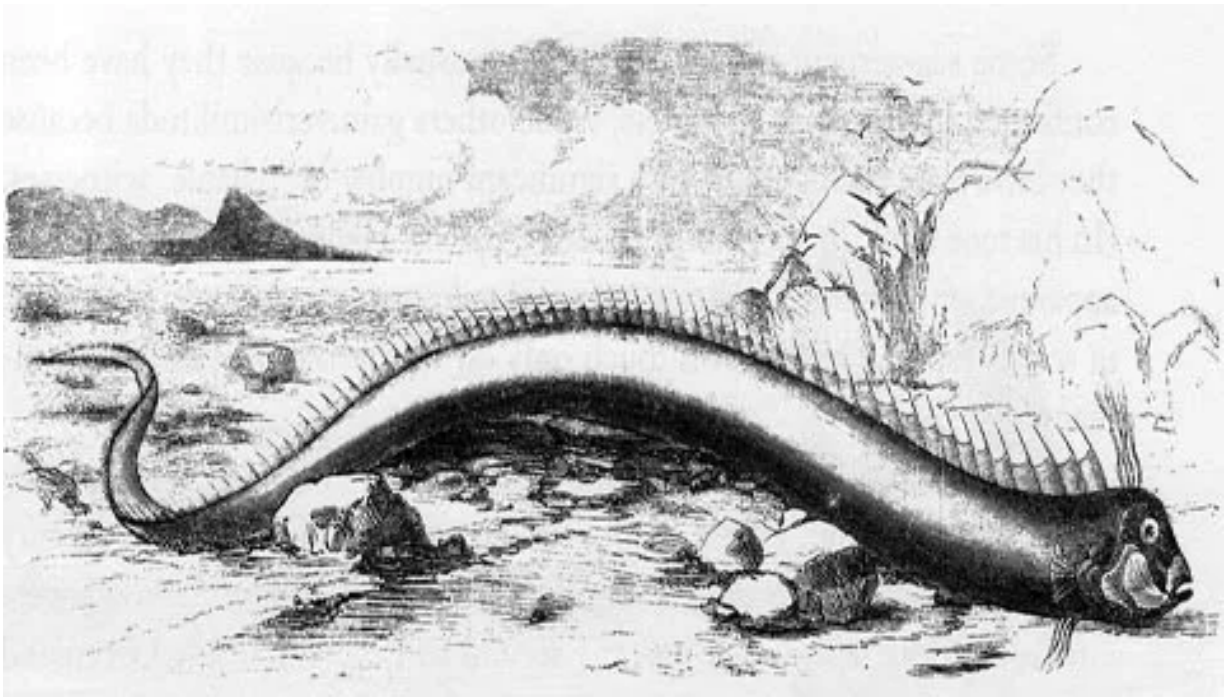
Calculo que su longitud rondaría los noventa metros, su longitud sería como la de una enagua de crinolina muy ancha, con el lomo negro, crin espesa, un cuerno en la frente, grandes ojos situados cerca del hocico y mandíbulas de unos dos metros y medio cada una. No advirtió mi presencia y continuó sacudiendo el bauprés hasta desalojarlo. Aunque llevábamos todo el trapo desplegado y

hacíamos unos diez nudos en el momento del ataque la serpiente nos había detenido casi por completo.

Cuando el bauprés, junto con el botalón de foque, velas y aparejos, fueron por la borda, el monstruo engulló con la mayor facilidad el mastelero de proa, una vela de estay, el foque y el petifoque. Luego se retiró a corta distancia y al poco regresó, según parece a rascarse contra el costado del barco, produciendo un ruido increíble, semejante al de un vapor a toda máquina. Después la serpiente se alejó a gran velocidad, golpeando el navío con la cola y desfondando la galería de estribor. No volvió a aparecer.

Un párroco inglés y su vicario, embarcados en el buque *Leda* el año 1872, observaron con estupor una extraña silueta sobre las olas entre Escocia y la isla de Syke. El misterioso animal, afirmaban los clérigos, hacía gala de un cuello larguísimo provisto de lo que parecían ser crines, con cabeza de serpiente y garras palmeadas. Y por si esta catarata de informes no pareciese suficiente, el comandante Pearson dirigió en 1877 al Almirantazgo británico un contundente testimonio en el que exponía su propia experiencia al respecto. Allí se decía que al bordear la costa de Sicilia en una de sus travesías, habían avistado la presencia de un espantoso ser acuático.

Su cabeza era semejante a la de una foca y debía medir unos dos metros de diámetro; su cuello era largo y sutil, y, de vez en cuando, el monstruo levantaba su cabeza muy por encima de la superficie del mar. La parte visible del cuerpo del animal debía tener unos dieciocho metros de largo, y era lisa como el cuerpo de un pinníper (grupo en el que se encuadran focas y morsas).



La gran serpiente marina encontrada el 22 de enero de 1860.

Otro de los muchos militares que pudo contemplar con sus propios ojos uno de estos monstruos de las profundidades, fue el mayor H. W. J. Senior, de los Bengal Staff Corps. Viajaba en 1879 a bordo del navío estadounidense *City of Baltimore* por aguas del golfo de Aden, cuando divisó a unos 450 metros del barco una cabeza similar a la de un bulldog, situada al final de un cuello de 60 centímetros de diámetro. Dicho cuello se irguió progresivamente sobre la superficie hasta alcanzar una altura de entre seis y nueve metros. Aquel ser se movía con tal rapidez que a duras penas pudo seguirlo con los prismáticos; no obstante, su relato fue avalado por el de otros testigos.

Las postrimerías del siglo XIX son ricas en historias de gigantescas serpientes marinas, como la acaecida el 4 de diciembre de 1893 al vapor *Umfuli*. Navegaba este buque a unas treinta millas de las costas de África occidental, en un día soleado y tranquilo, cuando la bestia emergió a unas cuatrocientas yardas a estribor. Tres macizos bultos dispuestos en hilera se divisaban en el agua, mientras la cabeza y el cuello del animal sobresalían unos cuatro

metros sobre la superficie. El capitán Cringle, al mando de la embarcación, ordenó al timonel que virara en redondo a fin de perseguir y —de ser posible— dar caza a la extraña criatura. Pero, para asombro de la veterana tripulación del *Umfuli*, no lograron alcanzarlo pese a seguirle durante quince minutos a una velocidad de catorce nudos (unos treinta kilómetros por hora).

Treinta y seis años después, en 1929, el capitán Cringle comentó a su amigo el también capitán Ruppert Gould, pionero en la caza de monstruos marinos, lo hastiado que se sentía de la incredulidad con que fue acogido su testimonio. «Me han ridiculizado tanto por este motivo —confesaba Cringle— que he deseado muchas veces que al monstruo lo hubiese visto otra persona y no yo. Me han dicho que era una fila de marsopas, que era una isla de algas marinas, y no sé cuántas otras cosas. Pero si una isla puede navegar a la velocidad de catorce nudos, o una procesión de marsopas puede sobresalir quince pies del agua, entonces… me rindo».

Rozando ya el siglo XX, el capitán Sylvestre, a cargo del paquebote *Cuba*, de la Compañía Transatlántica Francesa, prestaba servicio regular entre Francia, las Antillas, América central y del sur. En el diario de navegación de este buque puede leerse que a ochocientas millas al sudoeste de las Azores y a las cinco y veinte de la mañana, con la mar muy tranquila hizo su aparición «un monstruo marino de unos 25 metros de longitud y de cuatro o cinco metros de altura, dotado de una cabeza pequeña y un cuello largo, con el lomo ornado por dos jorobas redondas muy acusadas». El oficial Maquerez, junto con dos timoneles de servicio en el puente, vieron al extraño animal dar cuatro saltos sobre el agua durante aproximadamente medio minuto. En cada uno de sus ascensos la bestia estiraba su largo cuello fuera del agua, colocando la cabeza como si mirase a la embarcación.

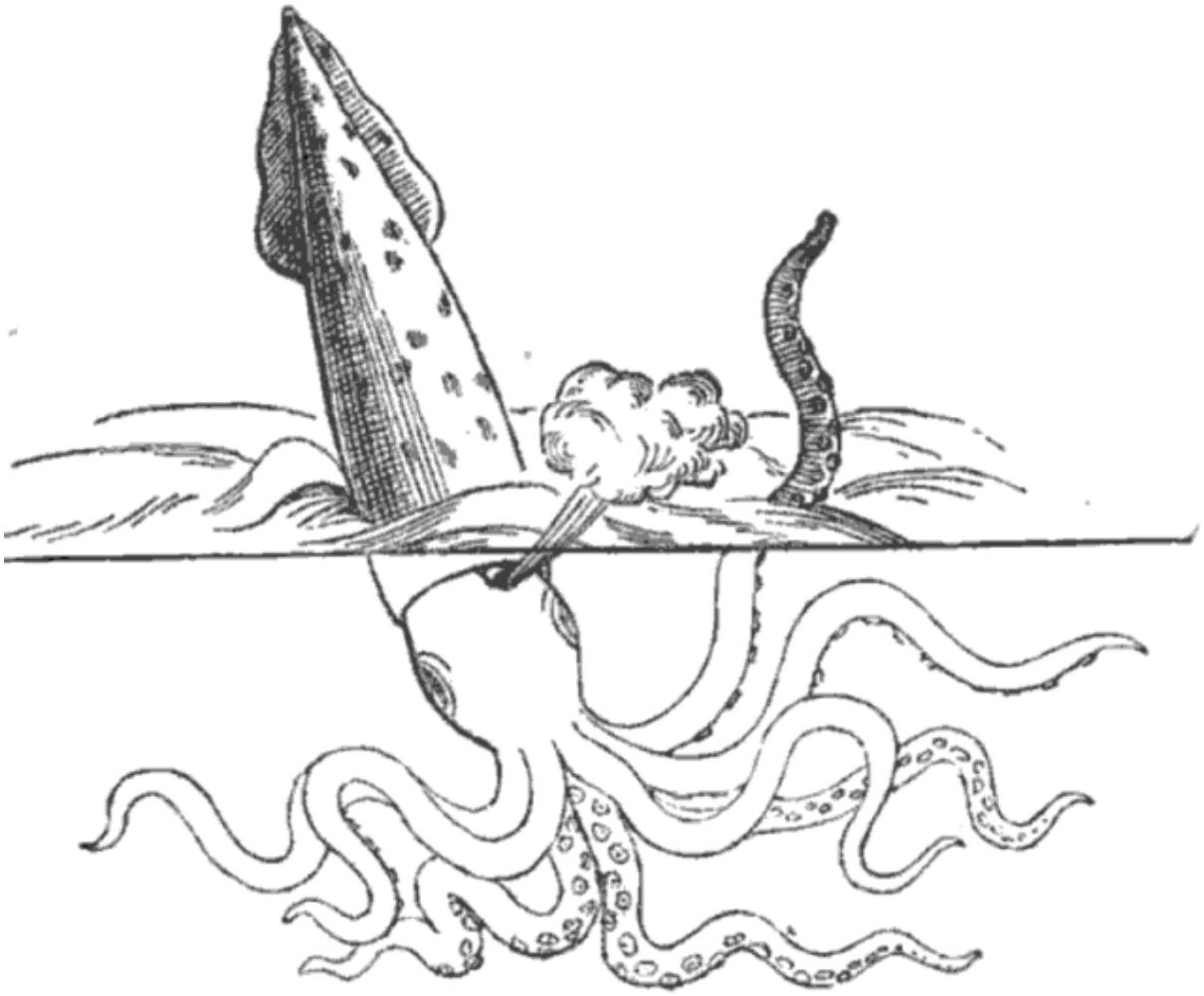
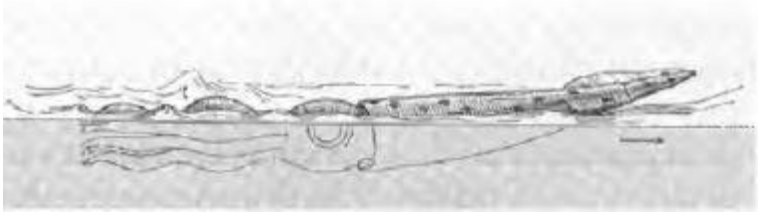


FIG. 16.—THE ANIMAL WHICH EGEDE PROBABLY SAW.



En opinión de H. Lee calamares gigantes observados desde ciertas perspectivas, por ejemplo, explicarían los avistamientos de Egede y M'Quahe.

Se ha pretendido en numerosas ocasiones imputar estos avistamientos a la presencia de calamares gigantes no bien divisados

por los testigos. Ésa era, por ejemplo, la tesis del naturalista decimonónico Henry Lee, quien bajo esa idea publicó en 1884 un libro titulado *Los monstruos marinos desenmascarados*. Allí se exponía la opinión de que los seres mencionados en los informes más famosos e indudables, como el del misionero noruego Hans Egede o el del capitán M'Quahc del *Daedalus*, eran en realidad descomunales pulpos y calamares visto desde cierta perspectiva que inducía al error. Esta hipótesis, sin embargo, no se ajusta a multitud de casos en que la observación fue tan clara y directa que resulta imposible atribuirla a un error de interpretación de los testigos.

Otras explicaciones han sido las relacionadas con regalecos o anguilas de tamaño inusual. El regaleco es un animal alargado, con silueta de serpentina, que se deja coger raras veces. Nada como un pez y por ello carece en su movimiento de las ondulaciones tan típicas de las serpientes marinas, a decir de quienes las han contemplado. Las anguilas, por otra parte, se dan en un abanico de tamaños que en absoluto llega a alcanzar las dimensiones referidas por los testigos. No obstante, bien pudiera ser que una variedad desconocida de las mismas resultase la fuente de gran cantidad de los avistamientos habidos en la historia marítima.

CASOS DEL SIGLO XX

El siglo XX también cuenta con observadores fiables dispuestos a testificar historias muy semejantes a las relatadas en siglos pasados, pese a que, en ocasiones, encontraron dificultades para dejar testimonio escrito. Así ocurrió cuando, navegando por el Atlántico en mayo de 1901, los oficiales que se hallaban en cubierta del vapor *Grangense*, vieron una criatura monstruosa semejante a un cocodrilo provista de dientes cuya longitud calcularon en quince metros. El capitán, empero, se negó a tomar nota del incidente en el diario de a bordo alegando que les tomarían por marineros borrachos y

delirantes. Acto seguido, les rogó que se abstuviesen de mencionar lo sucedido a los agentes de su naviera en Pará y Manaus.

En 1904 la cañonera francesa *La Decidée*, comandada por el teniente L'Eost transmitió a las autoridades marítimas el mensaje asegurando haber avistado a muy corta distancia uno de estos monstruos en la bahía de Along. Un año después dos reputados zoólogos británicos, los doctores E. G. B. Meade-Waldo y Michael John Nicoll, observaron lo que les pareció un enorme animal marino de aspecto reptiliano, mientras participaban en un crucero científico a bordo del *Walballa*, el yate de lord Crawford. Era la apacible mañana del 7 de diciembre, no lejos de Brasil, cuando Meade-Waldo advirtió lo que en ese momento se le antojó una gran aleta desplazándose a unos ciento cincuenta metros del barco. Justo cuando se disponía a tomar sus prismáticos, un enorme cuello coronado por una cabeza igualmente grande surgió del agua. La porción visible del cuello medía por sí sola de dos a tres metros, y su grosor era como el del cuerpo de un hombre delgado; la cabeza recordaba a la de una tortuga, y tanto la cabeza como el cuello eran marrones en la parte superior y blancos en la inferior. Observando con atención era posible percibir sin binoculares la presencia de un gran cuerpo de gran tamaño bajo la superficie del agua. La criatura, vista la noche siguiente por tres marineros a la luz de la luna llena, causó a Nicoll la impresión de ser un mamífero, aunque sin total certeza de ello.

Algunos años más tarde, los submarinos alemanes u-28 y u-108 divisaron durante la primera guerra mundial un animal que «tenía unos 18 m de largo, con forma parecida a la de un cocodrilo, cuatro miembros con fuertes patas palmeadas y una larga cola afilada en la punta». También, entre 1914 y 1919, tuvieron lugar unos extraños avistamientos en aguas del canal de Santa Bárbara, entre las islas de San Clemente y Santa Catalina. Ralph Bandini, secretario del Club del Atún, primer club de pesca mayor de los Estados Unidos, pudo observar al animal en más de una ocasión, y así lo relató en su libro *Tight Lines*, publicado en 1932. De acuerdo con su testimonio, el

monstruo era de color oscuro, con un cuello largo y grueso que permanecía unos tres metros por encima del agua y tenía un diámetro de unos dos metros, crines como algas o bastos cabellos, y ojos saltones de unos veinte centímetros de diámetro. Pese a no distinguir su contorno completo, Bandini estimó que su tamaño era mayor que el de cualquier ballena conocida.

Comenzada ya la segunda década del siglo, en 1923, una desusada criatura es vista en las aguas de Caledonia. Los testigos afirman que el animal levantaba la cabeza hasta unos nueve metros sobre la superficie del mar. Su color era oscuro, casi negro, y parecía una enorme morsa con una larga cresta extendida por el lomo. En 1929, la tripulación de un guardacostas que hacía la travesía entre las Bermudas y Mountain Point observó una bestia «con un largo cuello y una cabeza como de serpiente cuyo diámetro parecía ser de 1,20 m». Los pasajeros y tripulantes del *Dunbar Castle* en 1930 y los del *Santa Clara* en 1947 declararon haber observado lo que no dudaron en calificar de monstruo marino durante sus respectivas travesías por el Atlántico.

También en 1930 las redes del barco de investigación *Dana* (situado, curiosamente, tan sólo a unas millas del lugar en que el *Daedalus* había afrontado su propia experiencia casi un siglo atrás) recogieron una extraña criatura de más de metro y medio de longitud. El doctor Anton Bruun, presente en la cubierta de la nave, examinó la captura y quedó estupefacto al comprobar que se trataba de una larva. Ello parecía implicar un tamaño en estado adulto de entre 30 y 50 metros. Los cálculos que permitían aventurar tan tremendas dimensiones, sin embargo, contenían el error de considerar proporcional la escala de tamaños entre los ejemplares juveniles y los adultos, cuando en realidad no es así. La proporcionalidad de tamaños se pierde a partir de cierta longitud; es decir, un ejemplar juvenil es mucho mayor que una larva, pero un ejemplar en estado de madurez es tan sólo ligeramente más grade que uno juvenil.

El 11 de junio de ese mismo año 1930, el doctor William Beebe se encontraba sumergido en su célebre batiscafo a 140 metros de profundidad, cuando vio ante él una suerte de anguila gigante: «Un gran *Leptocephalus* cruzó ondulando. Una cinta pálida de gelatina transparente, con sólo dos ojos iridiscentes para indicar su llegada. A medida que se movía, pude ver un poco la silueta de veinticinco centímetros de longitud al menos al pasar muy cerca; hasta eran visibles las abiertas mandíbulas. Era sin duda la larva de una gran anguila de mar».

Lodo indica que estos animales rehuyen las principales rutas comerciales, ya sea por aversión al ruido de las hélices o por cualquier otro motivo. Tal vez por eso, la intensificación del tráfico marítimo en el Pacífico sur hizo menudear los encuentros de los buques de pasaje con estas insólitas criaturas. Así parece sugerirlo el hecho de que en 1942 el transatlántico *Santa Clara*, de la compañía Grace, declarara haber arrollado a uno de estos seres. Poco antes del mediodía del 30 de diciembre, el barco discurría sin novedad a 180 kilómetros de Cape Lookout, Carolina del Norte, cuando súbitamente la cabeza de una serpiente marina emergía tan cerca de proa que hizo inevitable la colisión. Tres oficiales, que se encontraban en el puente en ese momento, la describieron como una enorme bestia con una cabeza de medio metro de ancho y uno y medio de largo, cuerpo cilindrico de un metro de anchura, cubierta con un fino pelo de color marrón oscuro, que quedó agitándose violentamente en la estela de espuma dejada por el barco tras pasar sobre ella.

La tripulación del buque Noreen observó, en 1959, una criatura que describieron como poseedora de un cuerpo inmenso y una cabecita semejante a la de un caimán. Su longitud debía ser de unos trece metros, y su peso entre treinta y cinco y cuarenta toneladas. Poco después, Keith Ross volvía a comparar con un cocodrilo el animal con el que se había encontrado frente a las costas de Nueva Escocia. «Sólo he visto cocodrilos por televisión —dijo Ross— pero su cabeza [la del monstruo] se parecía a la de esos animales. Tenía

una cresta en la parte superior, la boca grande y ancha, y unos colmillos de sesenta centímetros de largo por unos diez de grosor. Con una cabeza como aquélla y tales colmillos, de ninguna manera pensé que se tratase de una ballena».

Un caso especialmente relevante, por la calidad de los testigos involucrados, fue el ocurrido en agosto de 1963 durante la expedición científica de la nave *Challenger* frente a las costas de Sandy Hook (Nueva Jersey, justo al sur de la ciudad de Nueva York). El doctor Lionel A. Walford, director del Centro de Investigaciones Zoológicas adscrito al Departamento de Interior, refirió sin el menor titubeo su versión de los hechos: «Semejaba un enorme monstruo marino transparente, como una masa de gelatina. Pero allí estaba, moviéndose en ondulaciones, con un aspecto como si estuviera hecha de cristal fluido. Era, evidentemente, un invertebrado, sin la menor señal de huesos, boca ni ojos. Se parecía ligeramente a ese animal marino de aspecto gelatinoso denominado "Cintura de Venus"; pero mientras que este último no supera los 190 centímetros de longitud, el monstruo medía por lo menos 15 metros. Por su forma parecía una enorme anguila achatada».

También el capitán John Ridgway, quien en el verano de 1966 cruzó a remo el océano Atlántico junto con el sargento Clay Blyth en el bote *English Rose III*, tuvo ocasión de observar uno mientras llevaba a cabo su odisea marítima. Una noche Ridgway vio un monstruo con forma de serpiente, de unos diez metros de largo, que estuvo a punto de embestir el bote. Afortunadamente se sumergió y desapareció ante el horrorizado capitán mientras Blyth dormía profundamente. De este hecho Ridgway nos ha dejado una descripción muy vívida en su libro *A Fighting Chance*, que dice así:

> *Observé el agua y vi la sinuosa forma de una criatura. Se destacaba en la fosforescencia del mar como si estuviese iluminada por luces de neón. Era enorme, de más de diez metros, y se aproximaba a bastante velocidad… Se lanzó como una flecha en mi dirección y al llegar a nuestra altura*

desapareció bajo el bote. Dejé de remar. Estaba helado de terror… Con un gran esfuerzo, conseguí volver la cabeza y observé el lado de babor. No vi nada, pero casi inmediatamente oí un tremendo chapuzón. Supuse que sería la cabeza del monstruo chocando con el agua después de haber echado otro vistazo al bote. No lo vi salir a la superficie, sólo lo oí. No soy nada fantasioso y mientras recogía los remos, me esforcé por hallar una explicación racional a este suceso increíble… No tuve más remedio que admitir la única posibilidad lógica: debía tratarse de una serpiente marina.

En 1976, en Lizard Point, a unos 45 km de Cornualles, dos pescadores ingleses, George Vinnicombe y John Knox, se toparon con una extraña bestia marina:

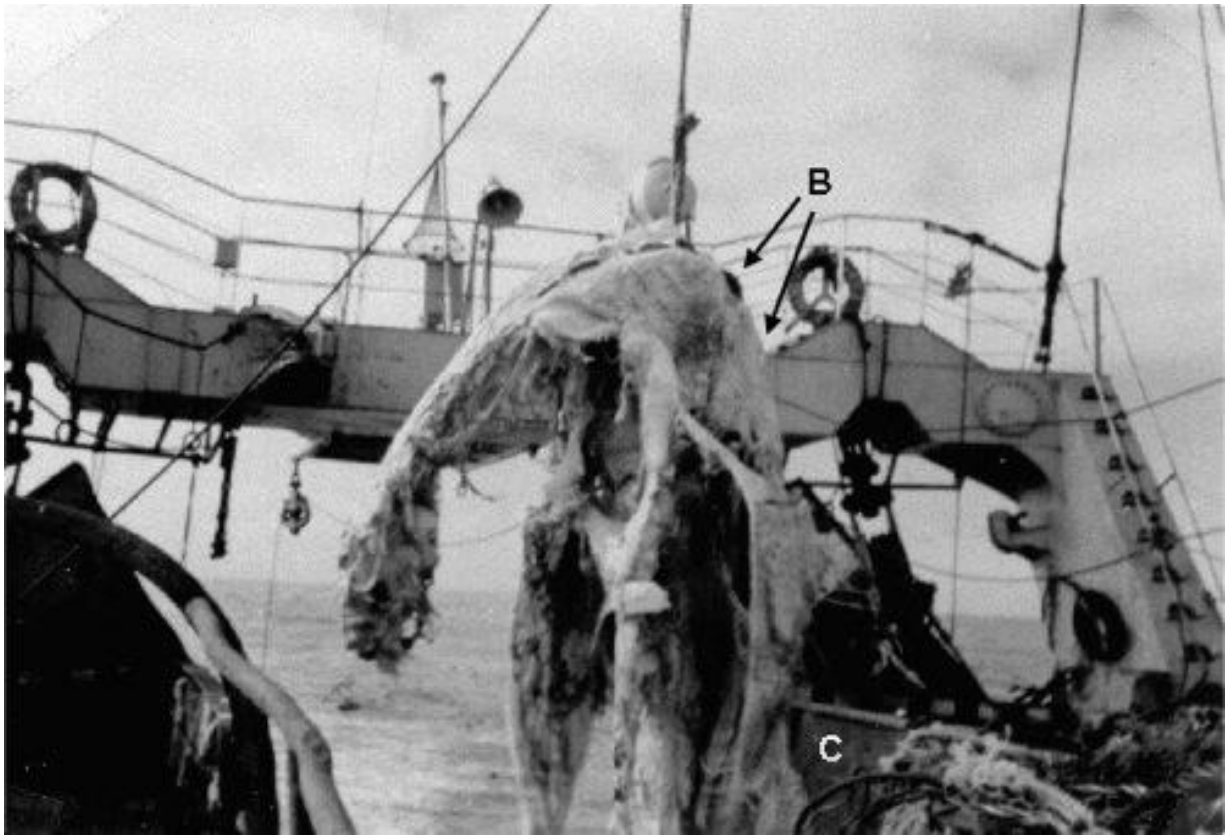
Era un día tranquilo y soleado con el mar en calma. De repente, a unos 40 ó 45 km mar adentro vimos lo que parecía un barco boca abajo en el horizonte. Pero al acercarnos a investigar nos percatamos de que aquello no era un barco volcado, sino algo que ninguno de nosotros había visto antes. Era una silueta de color oscuro con varias jorobas en el espinazo. Debía tener cinco o seis metros de largo, y sobresalía del mar un metro más o menos. Cuando nos acercamos algo más, nos quedamos perplejos. Salía del agua una cabeza distanciada del cuerpo alrededor de un metro. Llevamos cuarenta años en el mar y jamás habíamos visto nada igual. Unos instantes más tarde se fue hundiendo poco a poco y desapareció. Después de mucho pensarlo, lo único que se nos ocurre decir es que era algo parecido a un animal prehistórico. Calculamos que pesaría varias toneladas, y que su longitud visible sería… unos diez metros.

¿Sería la bestia observada por Vinnicombe y Knox la misma que se dejó ver con acusada frecuencia entre 1975 y 1976 en Falmouth Bay, en Cornualles? Su nombre en dialecto cómico es *Morgawr*, que significa «gigante de los mares». Enviadas por una anónima Mary E, dos fotografías del monstruo llegaron en febrero de 1976 a la redacción del diario local *Falmouth Packet*, acompañadas de una descripción de la bestia «de cuatro a seis metros de largo, cuello como la trompa de un elefante, cabeza pequeña, espalda orlada por pequeñas jorobas moviéndose graciosamente, y con piel marrón oscuro o negra». Las fotografías quedaron desacreditadas por la negativa de su autora a facilitar los negativos, así como a revelar su nombre completo o dirección. Estas imágenes —publicadas el 5 de marzo siguiente— no fueron las únicas; ese mismo año se volvió a fotografiar a la criatura en Rosemuillon Head, también cerca de Falmouth.

Desde 1976 Morgawr ha sido visto por banqueros, un historiador del arte, pescadores y miembros de un equipo de la British Broadcasting Corporation (BBC). Dos de estos perplejos testigos fueron la escritora Sheila Bird y su hermano Eric, científico australiano, quienes lo vieron en la tarde del 10 de julio de 1985, mientras ambos se hallaban sentados junto al acantilado de Portscatho. Con menores dosis de prudencia, no han faltado quienes consideran que estas criaturas, lejos de ser animales aún sin clasificar por la biología, son entidades sobrenaturales convocables mediante sortilegios y encantamientos Este singular procedimiento para atraer a Morgawr fue ensayado en la Semana Santa de 1976 por tres brujas profesionales -—Psyque, Vievienne y Amanda— nadando desnudas en la bahía de Falmouth. El resultado fue descorazonador, pues tan sólo consiguieron congregar a una muchedumbre de curiosos ávidos de admirar la desinhibición de las bañistas.

Un acontecimiento muy célebre es el acaecido al pesquero japonés *Zuiyo Maru* en abril de 1977. Navegando por el Pacífico sur, este buque atrapó en sus redes a una profundidad de tres mil

metros un desconcertante cadáver parcialmente descompuesto a unos 45 km al este Christchurch (Nueva Zelanda). Tan grande fue la conmoción del hallazgo que la noticia trascendió a la prensa japonesa, y poco después unos reporteros de la televisión nipona se descolgaban desde un helicóptero sobre la cubierta del pesquero. Allí mismo, el capitán Akira Tanaka les relató lo sucedido:



El cadáver izado por el *Zuiyu Mam* en 1977.

El 25 de abril, aproximadamente a las diez y media de la mañana (hora local), de repente notamos que algo enorme había caído en las redes. Cuando logramos izarlo, nos dimos cuenta de que era un cuerpo carnoso de color rojizo que desprendía un olor fortísimo. No sabíamos qué era y por eso me fui enseguida a buscar mi cámara fotográfica.

Tras fotografiarlo, el capitán Tanaka lo devolvió al mar, temeroso de que contaminase su carga de pescado fresco. Sin embargo, a comienzos de 1980 el profesor Fuijo Yasuda (experto de una empresa pesquera japonesa labio, de prestigio mundial) acudió a un congreso oceanográfico en Londres con las imágenes tomadas por Tanaka y unos bocetos realizados por Michiko Yano, un gerente de la compañía pesquera que se encontraba abordo en el momento de la captura. Las fotografías tomadas por la tripulación del barco japonés muestran un perfil poco corriente, formado por un gran cuerpo central y un cuello largo y flexible que recuerda inevitablemente a los grandes saurios prehistóricos. La mitad posterior se encontraba desprendida y en estado de corrupción, mientras el conjunto del cuerpo aparecía cubierto por una sustancia similar a la grasa. Obviamente, no se conocen peces con tales características, lo que decanta al profesor Yasuda por la hipótesis de una criatura de naturaleza ignota.

Algo más concreto se mostraba el profesor Yoshinori Imaizumi, director general de investigación animal del Museo Nacional de la Ciencia japonés. El profesor Imaizumi descartó la posibilidad de que el hallazgo se explicase como despojos de un pez, una ballena o cualquier otro mamífero, declarándose convencido de la hipótesis de un plesiosaurio. Esta idea viene avalada por el hecho —conocido entre los paleontólogos marinos— de que un tipo de plesiosaurio habitó en las costas de Australia oriental hace cien millones de años. La conclusión que debemos extraer de todo esto, a juicio del profesor Imaizumi, es que muchas de las especies marinas que creemos extinguidas posiblemente no lo estén en realidad. No obstante, y contra el extendido pronóstico, posteriores análisis bioquímicos realizados sobre una muestra de los enigmáticos despojos tomada por los marineros del Zuiyu Marti, revelaron su inequívoca identidad con los de un tiburón[4].

De *Chessie*, el monstruo de la bahía de Chesapeake, en Maryland (Estados Unidos), al menos sí pudo obtenerse con videocámara una grabación de tres minutos en 1982. El 21 de mayo el señor Robert

Frew y su esposa divisaron al monstruo en las claras aguas de la bahía desde su casa de Kent Island, donde se encontraban recibiendo a unos amigos. El señor Frew comenzó a rodar la escena con una cámara de vídeo mientras Chessie se dirigía hacia un grupo de nadadores, que no pudieron ser alertados del peligro debido a su lejanía. No obstante, nada les ocurrió a los bañistas, quienes ni siquiera parecieron apercibirse de la presencia del monstruo en su vecindad. Los Frew calcularon que este animal con forma de serpiente, color marrón y joroba, mediría unos diez metros de longitud y medio metro de diámetro.

Es de lamentar que tan notable ocasión de conseguir un aval definitivo para la existencia de una desconocida criatura marina serpentiforme acabase siendo vana. A fin de examinar la filmación rodada por Frew, el 20 de agosto siguiente se reunieron siete científicos del Instituto Smithsoniano dirigidos por el herpetólogo George Zug, miembro del comité directivo de la Sociedad Criptozoológica y presidente del Departamento de Zoología de los Vertebrados del citado Instituto. Después de tres horas el veredicto final fue que la película, demasiado borrosa y poco enfocada, resultaba inconcluyente. A pesar de ello, todos los espectadores salieron de la proyección con el convencimiento de haber contemplado un objeto vivo en movimiento difícilmente imputable a un fraude de cualquier clase.

MISTERIOSOS RESTOS EN LAS PLAYAS

Una objeción que se ha manifestado repetidamente a la presencia de especímenes ignorados en nuestros mares se centra en la falta de restos hallados en las playas que pudiesen ser atribuidos a estas criaturas. Pero lo cierto es que, dada la vastedad y profundidad de los océanos frente a la extensión de las tierras emergidas, el hallazgo de despojos marinos correspondientes a estos seres habría de ser un suceso poco frecuente aunque no imposible. Y si acudimos

al estudio de los informes históricos mejor documentados, nos encontramos con que éste es precisamente el caso.

Sin embargo, es necesario reconocer que, a lo largo de los años, han sido muy numerosas las historias de monstruos marinos inventadas con el único objeto de fascinar a un público ávido de sucesos prodigiosos. Estos montajes solían ser tan burdos que apenas podían resistir el más somero escrutinio de los especialistas, por más que atrajesen la atención de una opinión pública poco preparada para detectar el engaño. La más exitosa y duradera de estas mascaradas tuvo como organizador al coleccionista alemán Albert Koch, dedicado en 1845 a exponer los presuntos restos de una serpiente marina. Fue en aquel año cuando cientos de neoyorquinos acudieron al salón Apolo de Broadway ante el reclamo de un supuesto esqueleto serpentiforme, atribuido a un reptil prehistórico extinto cuyos fósiles habían sido encontrados en Alabama. Con su forma alargada, columna vertebral flexible y cráneo de mandíbulas amenazadoras, los espectadores de la muestra de Koch quedaban convencidos de haber contemplado una prueba científica de la existencia de monstruos marinos.

La buena fortuna de Koch, empero, terminó cuando a su exhibición asistió el anatomista de Harvard Jeffries Wyman, quien desenmascaró el fraude del expositor alemán. Resultó que los dientes de la criatura poseían la doble raíz característica de los mamíferos y no de los reptiles, lo que finalmente llevó a concluir que el esqueleto en realidad estaba construido con vértebras de zeuglodón, un extinguido pariente lejano de las actuales ballenas. Ante este veredicto especializado Koch no tuvo más remedio que recoger sus huesos y regresar a Europa, donde su superchería quedó de nuevo a la intemperie. Con todo, su truco le reportó finalmente algún beneficio, ya que el rey de Prusia compró en 1847 el esqueleto fraudulento y lo añadió a la colección del Museo Real de Anatomía de Berlín.

Otros enigmáticos casos, sin embargo, no resultaron tan fáciles de esclarecer. Unos desconcertantes restos Rieron arrojados a la

playa en 1808, cerca de los acantilados de Rothiesholm Heads, en las islas Orkney (Oreadas), en el condado británico de Stronsay. El 26 de septiembre de ese año, un granjero escocés llamado John Peace había salido a pescar en su barca sin imaginar el extraño objeto con el que poco tiempo después se toparía. Se hallaba en Peace faenando tranquilamente cuando su atención fue alertada por las numerosas gaviotas que sobrevolaban en círculos las rocas de un cercano arrecife costero. Intrigado, se acercó al lugar divisando lo que desde lejos aparentaba ser una ballena muerta. No obstante, conforme se aproximaba la hipótesis de la ballena se desvanecía. Aquella criatura monstruosa en estado de putrefacción no se parecía a ninguna ballena conocida por Peace, si tenemos en cuenta que poseía varios brazos, uno de los cuales al ser levantado por un remo mostraba una hilera de crines de unos veinticinco centímetros de largo.

Unos diez días más tarde los restos fueron arrojados a la playa por efecto de una tormenta, lo que brindó a los marineros del lugar la ocasión de observarlos con mayor detenimiento. Peace y dos amigos suyos llegaron a medir varias partes del extraño cuerpo, al que describieron como un esqueleto cartilaginoso de diecisiete metros de longitud, cabeza pequeña, cuello y cola largos, fuertes crines y seis pezuñas, cada una de ellas acabada en cinco o seis dedos. Días después los restos, ya muy deteriorados, se vieron definitivamente diseminados a causa de una nueva tormenta, si bien un detallado informe de las pesquisas realizadas antes llegó a manos de Patrick Neill, secretario de la Sociedad de Historia Natural Wernerian de Edimburgo. Basándose en él —y seguramente influido por las noticias de serpientes marinas en las vecinas islas Hébridas— Neill determinó que la bestia de Stronsay era uno de estos animales y propuso llamarla *Halsydarius pontoppidani* («serpiente acuática marina de Pontoppidan») en recuerdo al escandinavo Hans Egede, uno de los primeros en referir su existencia.

En su época se trazaron dibujos del peculiar cadáver —sobresaliendo los del Dr. John Barclay— que lo representaban

como una anguila gigante con tres pares de patas, y juraron haberlo visto más de cincuenta testigos. El naturalista Everard Home-—experto en escualos aunque acusado de plagio en algunos de sus descubrimientos— reexaminó las pruebas y se inclinó por la posibilidad de que la bestia de Stronsay no fuese más que un tiburón. La putrefacción del cuerpo, afirmó Home, habían contribuido a dar la impresión de un cuello y una cola alargados con crines. Las pezuñas eran cuatro aletas y las garras los órganos reproductores del tiburón macho. Hoy día figuran algunas vértebras de la espina dorsal de aquel extraño ser entre las piezas conservadas en el Real Museo Escocés de Edimburgo.

El doctor George Swinney, que fue director del museo, se muestra escéptico sobre este asunto:

> *Estaba descrito como de una longitud de 19 metros, una melena en todo el espinazo, cabeza delgada y cuello largo. Es lógico, pues, que todos los testigos quedaran asombrados, ya que no es éste el perfil que cabe esperar de un pez u otro animal marino corriente. No obstante, en diciembre de 1977 examiné la osamenta de un tiburón embarrancado en la playa, del que extraje algunas vértebras. Comparándolas con las del animal de Stronsay, comprobé que ambas eran iguales salvo que éstas últimas eran mucho más glandes. La conclusión lógica es que el monstruo encallado en Stronsay en 1808, era un escualo semidescompuesto de dimensiones poco corrientes.*

Pero no todos los restos hallados en las playas pueden justificarse de esta manera; especialmente cuando son sometidos a las pesquisas de expertos que reconocen su inusual origen. El 1 de diciembre de 1896, doce millas al sur de San Agustín (Florida), llegó flotando un cadáver de casi 6 m de largo, 2 m de ancho y 1,26 m de altura, con un peso aproximado de 7 toneladas. El profesor A. E. Verrill lo examinó y se declaró incapaz de identificarlo, rechazando, empero, que se tratase de un pulpo o ballena. En noviembre de

1921, una bestia enorme del tamaño de cinco elefantes adultos y un peso estimado en 15 toneladas, apareció en la playa de Cape May (New Jersey); la presencia de colmillos de 1,68 m descartó su identificación con la familia de los cetáceos. El 24 de octubre de 1924, una criatura de poco más de 13 m de longitud flotó hasta la playa de Natal, en Africa. En 1925 el cadáver de un ser no identificado llegó flotando a la playa rocosa de Santa Cruz, en la costa californiana. Los restos parecían corresponder a un extraño animal de nueve metros de longitud, largo cuello y enorme cabeza con una boca en forma de pico de pato. Estudios posteriores determinaron que se trataba de una especie muy rara de ballena que habita en las aguas del Pacífico norte.

La hipótesis de un tiburón parcialmente descompuesto, cuyos dientes son finos y numerosos, resulta claramente inadecuada para identificar la bestia de grandes dientes que encalló en Escocia, en Gurock, hacia la desembocadura del río Clyde, en 1942. Al ser tiempo de guerra, la Marina británica no permitió que se tomasen fotografías del suceso por temor a un posible espionaje encubierto. Así pues, la extraña bestia fue arrastrada hasta el incinerador del municipio, entonces dirigido por Charles Rankin. Allí fue troceada y enterrada bajo lo que es hoy el campo de fútbol de San Mineaus, un colegio de la Iglesia católica. El señor Rankin todavía recuerda aquellos hechos con nitidez:

No puedo decir que aquel cuerpo muerto fuera el de un tiburón en descomposición. En primer lugar, porque ese animal no mostraba señal alguna de descomposición; estaba completo, sin heridas. El monstruo medía aproximadamente diez metros, desde la punta hasta la cola. El cuerpo se elevaba sobre la tierra un metro y medio o dos metros. Se podían distinguir tres partes: el cuerpo, el cuello y la cola. Hacia el cuello y la cola, el cuerpo se estrechaba gradualmente. Tenía dientes en las dos mandíbulas, más o menos como de la mitad de un dedo índice. En su estómago había un trozo de lo que me pareció un jersey de marinero; era un trozo de ese tejido precisamente. Y otra cosa bastante extraña es que en el borde

llevaba lo que podría describirse como un tejido viejo rematado con borlas.

Una inmensa mole de carne con dos colmillos, como los de una morsa pero de tamaño gigantesco, embarrancó en la playa de Ataka (Egipto) en enero de 1950, tras una tormenta que duró tres días, sin que finalmente los expertos lograran identificarla. Asimismo, en septiembre de 1953, un animal marino de cuello largo (2,8 m), cuatro patas cortas y cola de 3,4 m, quedó varado hasta que se descompuso en la localidad escocesa de Girvan. El 10 de febrero de 1968, el pescador Vicenzo Croce encontró en la playa de Gampobello (Sicilia) el esqueleto, todavía con restos de carne incrustada, de un lagarto gigante de entre 6,5 y 8,5 m, cuya cabeza era aplanada y en forma de pato. Unos inclasificables despojos aparecieron en noviembre de 1970 en la playa de Baltimore; correspondían a un animal de 9 m de largo y un peso calculado entre 15 y 20 toneladas.

Dos casos especialmente notables son dignos de mención destacada. El primero ocurrió en Tecolutla (México), el 28 de febrero de 1969, cuando se halló un esqueleto similar al de una serpiente cubierta de una fuerte armadura ósea, articulada de forma que le permitiese nadar. Su peso se estimó en 35 toneladas y sus dimensiones eran de 8,5 m de largo por 5 m de ancho. Lo curioso es que los primeros testigos presenciales declararon que el animal aún vivía cuando fue encontrado y murió más tarde. El 12 de junio de 1983 se produjo el hallazgo de los restos de un extraño animal en la playa de Bungalow Beach, en Gambia, cuya descripción se debe a un tal Owen Burnham. A partir de dichos datos el profesor Karl P.N. Shuker aventuró varias hipótesis, entre ellas que se tratase de un plesiosaurio de cuello corto o de un ictiosaurio.

El hallazgo de Gambia reviste una especial importancia por el hecho de haber sido encontrado por varios miembros de una misma familia —que juntos examinaron los restos— el principal de los cuales, Owen Burnham, es un testigo ocular extremadamente fiable, buen conocedor de la fauna local, que siempre ha ofrecido cuantos

detalles sobre el asunto le han sido solicitados sin incongruencias ni contradicciones en su relato. El cuerpo del animal medía entre 475 metros, sus partes superiores se mostraban negras y las inferiores con un color mucho más pálido, en la que destacaban dos fauces con ochenta dientes, un par de orificios nasales en la punta de la mandíbula superior, y dos pares de aletas. Dado que las ballenas y los delfines tienen un orificio dorsal en lugar de narinas terminales y un único par de aletas (pues perdieron el par trasero durante su transformación evolutiva), no podía tratarse de un cetáceo moderno. En relación con estos restos, lo que resultaba verdaderamente excepcional era su excelente conservación: no mostraban signos externos de descomposición y, salvo una aleta posterior casi arrancada, no aparentaban haber sufrido deterioro alguno. Todavía más inquietante era el hecho de que sólo dos tipos de animales se asemejan al cadáver encontrado por Burnham, ambos oficialmente extinguidos hace unos 60 millones de años. Uno de ellos es el Pliosanrus, una forma de plesiosaurio de cuello corto; el otro se correspondería con un cocodrilo marino llamado Thallatosuchia. El cuerpo fue enterrado en la arena intentando preservarlo, pero expediciones posteriores enviadas con el fin de analizarlo no consiguieron dar con él. Desgraciadamente, nunca podremos decidir si eran los restos de un satirio prehistórico superviviente en nuestros días, o el cadáver severamente mutilado de una ballena o un delfín.

EL EXTRAORDINARIO CASO DEL *MONONGAHELA*

Quizás muchas de estas controversias hoy no serían tales de haber terminado bien la aventura del barco ballenero estadounidense *Monongahela*. De haber ocurrido en realidad los hechos que componen la historia —que algunos autores consideran un simple bulo— la intrépida tripulación de este buque consiguió obtener a mediados del siglo XIX ni más ni menos que la cabeza de una auténtica serpiente marina. El 13 de enero de 1852, a 3º 10’ latitud sur y 131º 50’ longitud oeste el buque ballenero *Monongahela*, de

New Bedford, se topó con una gigantesca criatura marina serpentiforme de más de 30 metros. Con una cabeza semejante a la de un enorme cocodrilo, sus fauces contaban con unos 94 dientes, cada uno de ellos con más siete centímetros de longitud y curvados hacia el exterior como las serpientes. Sin embargo, la tripulación del *Monongahela* advirtió que el monstruo ondulaba verticalmente —rasgo típico de un mamífero— y no en un plano horizontal, como haría un pez o un reptil.

Tras una titánica lucha los poderosos arpones del ballenero demostraron su eficacia, y a la mañana siguiente el cuerpo del monstruo flotaba sin vida junto al buque. Los aguerridos marineros y su capitán pudieron constatar que la criatura poseía también una mandíbula inferior cuyos huesos estaban separados —a semejanza de los ofidios— y dos pulmones, uno de los cuales parecía notablemente mayor que el otro. Sin embargo, la bestia exhibía asimismo características claramente impropias de una serpiente, como un par de orificios dorsales similares a los de las ballenas, y cuatro protuberancias carnosas con la forma de patas o garras.

Incapaces de preservar en su integridad el colosal cuerpo del monstruo, los marineros seccionaron su terrorífica cabeza y la retuvieron como prueba indiscutible de su alucinante experiencia. El capitán Seabury, al mando del *Monongahela*, preparó un detallado informe del suceso que entregó al capitán Gavitt, del navío *Rebecca Sims*. Gavitt prometió entregar el escrito a su llegada a puerto, cosa que debió hacer puesto que poco después el relato de Seabury aparecía en el diario *New York Tribune*, e incluso en el *The Times* de Londres. Por desgracia la historia termina aquí, ya que nada más se supo de la cabeza del monstruo ni del buque que la transportaba. Años después de que se diera por desaparecido al *Monongahela* y a toda su tripulación en las aguas del mar de Bering, restos de madera con ese mismo nombre aparecieron en las playas de las islas Aleutianas. Si todo este relato no fue una gran patraña inventada por fantasiosos balleneros, una terrible catástrofe debió ocurrir al ballenero en algún momento de su travesía**[5]**.

Además de las desgracias humanas que ello causara, acaso para la ciencia se perdió una soberbia oportunidad de haber desvelado por fin el misterio de las serpientes marinas. Una oportunidad que quizás se repitió en 1912, si hemos de creer la nota de prensa publicada entonces por el diario *Gloucester Daily Times*, titulada: «Ya no más serpiente marina». La noticia aseguraba que «la serpiente marina que ha sido una asidua visitante de nuestras costas durante los pasados 20 veranos y objeto de pavor para todos los pescadores, ya no será vista más, al haber perdido la vida a manos de la tripulación del vapor pesquero de Boston *Philomena*, el pasado domingo frente al Cabo Porpoise, tras un desesperado combate que duró dos horas».

Al parecer, la serpiente se había enredado casualmente en los aparejos del pesquero, y ante el peligro de que, buscando liberarse, sus envites escorasen e incluso hundiesen el barco, la tripulación acometió contra el animal con arpones, garfios y toda clase de armas improvisadas. Tras una épica contienda, los marineros del *Philomena* dieron muerte a la bestia, batalla en la cual se vieron asistidos por otros dos vapores, el *Victor* y el *Ethel*. El capitán McKinnon, al mando del *Philomena*, decidió cortar las redes y dejar que el cadáver del monstruo se hundiese ante el peligro de que tan descomunal cuerpo descompensase el equilibrio de su pequeña embarcación y la echase a pique. A juicio de McKinnon, la criatura media unos treinta metros de longitud, su anchura era como la de un grueso tronco de árbol, y su piel presentaba un aspecto áspero y rugoso.

¿Luchó en realidad el capitán McKinnon y su tripulación con una verdadera serpiente marina, o tan sólo fue un ejemplar desmesurado de una especie conocida que en aquellos momentos, presas de la tensión, no supieron reconocer? Nunca lo sabremos. El mar, en definitiva, nunca entrega fácilmente sus más recónditos secretos.

4. Catálogo de monstruos

NO RESULTA fácil situar estas gigantescas criaturas que llamamos monstruos marinos —si es que realmente existen— en alguna de las especias conocidas, actuales o pretéritas. Nada tienen que ver, a primera vista, con los miembros de la familia de los hidrófidos (literalmente «serpientes acuáticas»), que viven en los mares cálidos y muy raramente superan los dos metros de longitud. Estos animales nadan ágilmente, y en ocasiones pululan a centenares por la superficie del agua en alta mar. Llenando sus pulmones de aire consiguen una buena flotación, vaciándolos siempre que desean sumergirse. Se nutren de peces y son, a su vez, presa de escualos y aves marinas. Sus víctimas mueren rápidamente por efecto de su mordedura, ya que todos los hidrófidos son venenosos. El veneno es inoculado por medio de unos afilados colmillos con estrías —generalmente dos en cada lado de las fauces— dispuestos en el maxilar superior.

Algunas especies se reproducen en las orillas, depositando sus huevos entre las rocas. Pero la mayoría de estos reptiles son ovovivíparos, por lo que paren en el mar entre dos y dieciocho pequeñuelos adornados con coloraciones más vivaces que las de sus padres. Los hidrófidos suelen quedar atrapados en las mallas de las redes de pesca, y con razón son temidos por la peligrosidad de su veneno. Pese a ello, dado que no son feroces, pueden ser descritos

como de naturaleza tranquila y pacífica. No son, pues, los animales que todos tenemos en mente cuando se hace referencia a «serpientes marinas».

Lo cierto es que los intentos de estudiar los monstruos serpentiformes del océano datan ya del siglo XIX; quizás porque clasificando y etiquetando nos abandonamos a la ilusión de conocer y comprender. El primero que así lo pretendió hacer fue el barón Constantine Samuel Rafinesque-Schmaltz (1783-1840), naturalista de origen europeo afincado en Norteamérica y profesor de ciencias naturales de la universidad de Transylvania (Kentucky). Su caótica vida y sus pintorescas ocupaciones dividieron la opinión que sobre él tenían sus contemporáneos entre quienes le consideraban un genio o un demente. Rafinesque, sin duda un excéntrico autodidácta, gozó de cierto éxito como zoólogo, botánico, malacólogo, evolucionista, escritor, políglota y traductor. Escribió prolíficamente sobre campos tan dispares como la antropología, biología, geología y lingüística, entre otros, lo que nos da una medida apropiada del personaje.

Constantine Rafinesque-Schmaltz.

Antoon Oudcmans.

En la edición de noviembre de 1819 del *Philosophical Magazine and Journal*, Rafinesque publicó su ambicioso trabajo «Dissertation

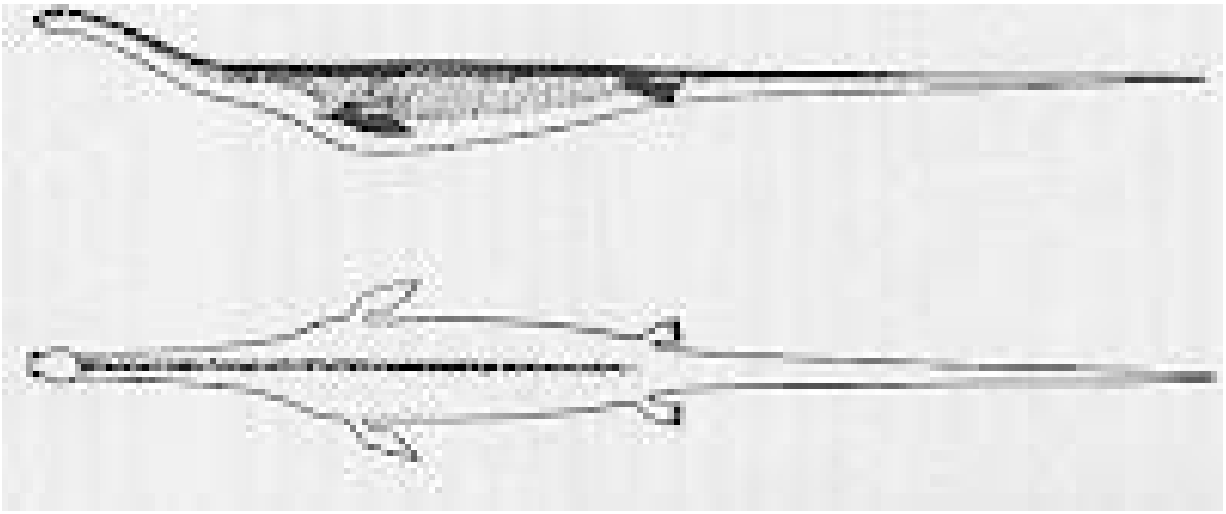
on Water-Snakes, Sea Snakes and Sea Serpents», en el que pretendía clasificar los monstruos marinos identificándolos con nuevas especies gigantescas de hidrófidos o de anguilas[6]. Tras estudiar numerosos informes de los avistamientos ocurridos durante la primera mitad del siglo XIX, denominó colectivamente a estas criaturas como *Megophias* («serpientes gigantescas»), dividiéndolas a su vez en cuatro subgrupos. Aunque en su *Libri de Piscibus Marinis* (1555). Guillaume Rondelet había tratado de estudiar los que él denominó «cetáceos centípedos», nadie hasta ese momento había realizado un intento tan amplio de catalogación. Lamentablemente, pese a la frescura de su osadía, la tentativa de Rafinesque demostró ser cuando menos ingenua (y hoy día se revela claramente inconsistente con los modernos conocimientos sobre ictiología y zoología) sin mencionar el hecho de una total carencia de pruebas tangibles que respaldasen sus denominaciones sistemáticas.

Nombre	Características
Megophias monstruosas	Con 30 m de longitud y unos 60 cm de diámetro, monstruo serpentiforme de las aguas costeras de Nueva Inglaterra. Cuerpo y cabeza con escamas, dientes afilados y gran velocidad de natación.
Octipos bicolor	En torno a 20 m de longitud, cabeza con forma de caballo, cuello largo y boca de unos 38 cm. Avistada una sola vez en la costa de Irlanda en 1818, podría tratarse de un simbranquio relacionado con el *Sphegebranchus*.
Octipos coccinens	Longitud 12 metros, color carmesí y cabeza con forma aguzada. Un único avistamienro en mitad del Atlántico.
Peamis chloronotis	Serpiente nativa de las costas de Newfoundland, que alcanza los 60 m. Ruidosa en sus movimientos, parece poseer jorobas flexibles y una coloración verdosa en su espalda.

Tabla 1. Clasificación de las serpientes marinas según Rafinesque (1819).

La obra de Rafinesque encontró su continuación en los trabajos del doctor Antoon Cornelis Oudemans (1848-1943), director del Jardín Botánico de La Haya y miembro de la Real Sociedad de Zoología de los Países Bajos. Este erudito publicó en 1892 una monografía monumental titulada *La Gran Serpiente de Mar*, en la que recopilaba ciento ochenta y siete observaciones escogidas al azar. Del estudio de este caudal de información, Oudemans creyó deducir que el fabuloso monstruo que atemorizaba a los navegantes de todo el mundo, no era más que un pinnípedo gigantesco, una foca colosal de anatomía aberrante, con un cuello desmesurado y una cola inmensa. El recibimiento que la comunidad científica dispensó a la obra de Oudemans puede describirse como respetuoso pero sin entusiasmo. Años después, Heuvelmans juzgó que la publicación del libro del investigador holandés sobre serpientes marinas fue el verdadero punto de partida de la criptozoología.

Con el mismo afán clasificatorio que sus predecesores, dos científicos canadienses, el oceanógrafo John Sibert y el biólogo Paul Leblond, de la universidad de la Columbia Británica, llevaron a cabo un análisis sistemático de los avistamientos de monstruos marinos. Su trabajo se centró en las aguas costeras de Vancouver, donde se cuentan por docenas las observaciones de este tipo por parte de marineros, periodistas y fareros. De acuerdo con Leblond, sus investigaciones sobre el terreno les habrían llevado a inferir la existencia de al menos veinticinco especies desconocidas por la biología marina.



Dibujo de la serpiente marina Megophias de Oudemans

Un caso como tantos otros es el que les condujo a Scachell, cerca de Vancouver, donde un muchacho del pueblo llamado John Andrews se distraía pescando en un muelle cuando ocurrió el suceso que él mismo explicó a los dos científicos: «Vi algo que se movía en el agua —explicaba Andrews— y al fijarme un poco más me pareció que se trataba de una serpiente con aletas. Su cabeza mediría casi medio metro, con una anchura de entre 20 y 25 centímetros. Sus ojos, de aspecto felino, reflejaban la luz y se movían en direcciones opuestas, pues uno me miraba a mí mientras el otro vigilaba el fondo bajo el agua. El grosor del animal sería como el de mi muslo, su longitud debía ser de 13 a 14 metros, y poseía dos aletas en la parte frontal y otras dos en la espalda. Se movía ondulando arriba y abajo, en lugar de hacerlo de lado a lado».

A juicio de Leblond, el cuerpo alargado sugiere que la criatura vista por John Andrews no pertenecía al grupo de los mamíferos, pero el movimiento ondulado de arriba a abajo sí es típico de un mamífero. Este mismo científico divide los extraños animales acuáticos en tres categorías principales. La primera comprendería las bestias con forma de anguila; la segunda es una especie con cuello largo dotada de un pelo bastante largo y áspero, como las fibras del

coco; finalmente; la tercera incluye los animales con cuello largo, melena, cabeza como de carnero o jirafa, y ocasionalmente cuernos.

Las crines y las jorobas aparentan ser características comunes en multitud de los sucesos revisados. Así se cumplió en la experiencia de la señora E. Stout, de Klamath Falls, Oregón. En marzo de 1961 se encontraba paseando con su hermana y sus dos pequeños hijos en la orilla del canal de San Juan de Fuca, que separa el estado de Washington y la Columbia Británica, cuando advirtieron que una especie de tronco en el agua cobraba vida repentinamente. Pronto comprendieron que no se trataba de un tronco sino de una criatura marina con un gran cuello de casi dos metros, crines y tres jorobas dorsales, lo que a la señora Stout le recordó vivamente «los dibujos de los dinosaurios herbívoros de los pantanos». Tras nadar unos instantes con movimientos de cisne, diríase que el animal se percató de la presencia de testigos y se alejó con celeridad.

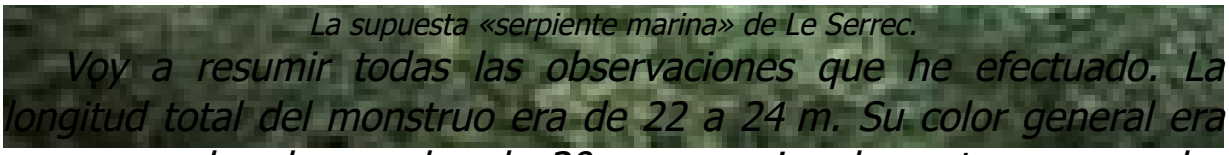
EL PRESUNTO MONSTRUO DE LE SERREC

No sabemos cómo hubiesen enjuiciado Oudemans o Rafinesque el relato del francés Robert Le Serrec, que navegaba con otras personas por aguas del Pacífico cuando dijo haberse topado con un monstruo marino —aparentemente herido— bajo las aguas de una bahía poco profunda. Su informe recibió una extraordinaria atención por parte de los propios Heuvelmans y Sanderson, quienes tampoco excluyeron la posibilidad de un engaño. La criatura fue vista, fotografiada y filmada el 12 de diciembre de 1964 en la bahía de Stonehavcn, de la isla de Hook, perteneciente al grupo de las Whitsunday en la Gran Barrera de Coral australiana. Posteriormente, el propio Le Serrec se ocupó de presentar su relato en términos marcadamente vívidos[7]:

Permanecimos junto al monstruo durante más de media hora. Pensamos que quizás estuviese muerto, pero no nos atrevimos a

tocarlo. Por último Henk y yo resolvimos que lo preferible era meterse en el agua para verlo de cerca y hacer unas cuantas tomas con la cámara submarina. La profundidad era muy escasa: menos de tres metros, y el agua estaba muy turbia. Tuvimos que acercarnos a menos de seis metros del monstruo para verlo. Así que empezamos a filmar, el monstruo abrió las fauces de una manera amenazadora, como una morena encolerizada. Haciendo de tripas corazón continuamos filmando durante algunos segundos. Pero cuando la bestia comenzó a volverse hacia nosotros, nos dominó el pánico y emprendimos la huida hacia la embarcación.

Desde la barca, Raymonde vio cómo el monstruo se apartaba de su lado y desaparecía en las aguas profundas. Se desplazaba torpemente (sin duda a causa de la herida), avanzando con ondulaciones laterales a la manera de una anguila o una serpiente. Efectuamos minuciosas pesquisas durante varios días, visitando todas las playas de los alrededores, pero no vimos la menor traza del animal. Nuestra teoría es que el monstruo fue herido por la roda o la hélice de un buque. Después, los peces carnívoros atacaron sin duda la carne viva. Al no poder defenderse eficazmente por hallarse muy debilitada, la serpiente de mar buscó refugio en los parajes donde la descubrimos y en los que no vimos jamás tiburones ni otros peces carnívoros.



La supuesta «serpiente marina» de Le Serrec.

Voy a resumir todas las observaciones que he efectuado. La longitud total del monstruo era de 22 a 24 m. Su color general era negro con bandas pardas de 30 cm aproximadamente y separadas por una distancia de un metro y medio; la primera venía inmediatamente después de la cabeza. El cuerpo tenía un diámetro de unos 80 cm en una longitud de 8 m a partir de la cabeza, y se prolongaba en una larga cola flexible. La cabeza era negra, con algunas tonalidades pardas, distribuidas de forma irregular. Esta cabeza recordaba a la de una serpiente, si no fuese porque el cráneo era mucho más alto (de 1 a 1,20 m). La anchura máxima de la mandíbula era también de 1,20 m. Los ojos eran de un verde muy claro, casi blanco, con pupilas negras y verticales. No le pudimos ver bien los dientes; supongo que debían ser más bien pequeños. El interior de la boca era blanquecino. Un fragmento de una substancia negra colgaba de la mandíbula superior; acaso era un trozo de piel arrancada a un pez.

La piel del monstruo parecía la de un tiburón, más que la de una morena o un congrio, que es más lisa. No se distinguían escamas aparentes. No vimos parásitos; suponemos que la cola, flexible, impidió que éstos se adhiriesen. Tampoco vimos aletas ni espinas de ninguna clase. No observamos orificios respiratorios, pues nuestra atención estuvo atraída principalmente por la boca, cuando ésta se hizo amenazadora. Al tener el cuerpo algo hundido en la arena, no pudimos ver bien los colores del vientre, pero adivinamos que éste era plano.

El anterior relato viene suscrito por Robert Le Serrec, 37 años, de Etel (Morbihan), Francia; Raymonde Le Serrec, 34 años; Annaïch Le Serrec, 9 años; Gwénola Le Serrec, 4 años; Yves Le Serrec, 2 años; y Henk De Jong, 22 años, de Sidney (Australia). Este minucioso relato, junto con diapositivas en colores y bastantes metros de película, habrían de constituir un material precioso para las indagaciones de zoólogos como Heuvelmans y Sanderson.

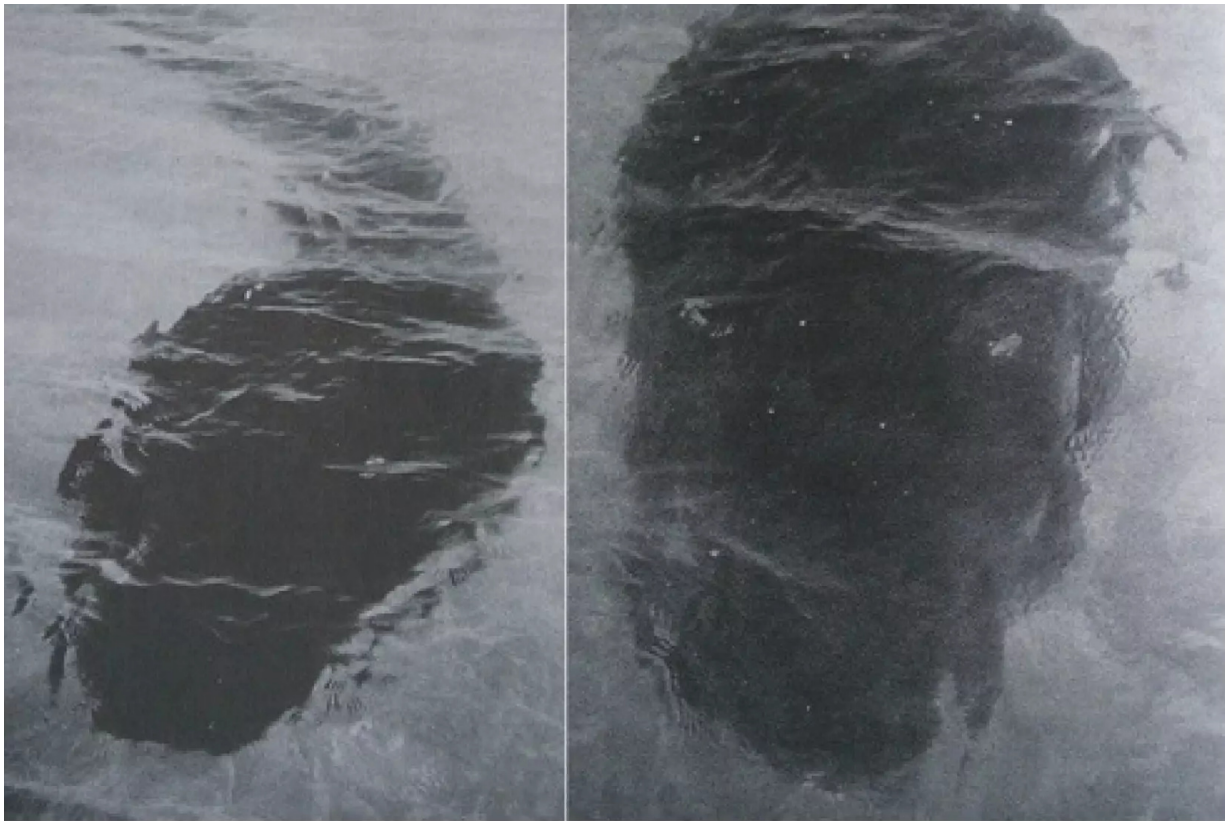
Estos dos científicos comenzaron por enjuiciar las pruebas aportadas por Le Serrec con vistas a evitar un posible fraude. Mandaron analizar las fotografías por técnicos de las publicaciones Fawcett, sin hallar trazas de trucaje (ni retoques, ni fotomontajes, ni superposiciones). Ulteriores pesquisas desestimaron que las imágenes tomadas lo fueran de un depósito de carburante hundido o de un globo *Skyhook* desinflado, y asimismo se descartó provisionalmente que se tratase de una figura falsificada por la familia Le Serrec.

Aceptando provisionalmente que se hubiese dado en la realidad el avistamiento de un animal marino de especie desconocida, ambos naturalistas propusieron varias hipótesis sobre su naturaleza zoológica. Para Sanderson, el misterioso animal tal vez perteneciese a la familia de los simbranquios[8], peces anguiliformes de discutida ubicación taxonómica, cuya principal característica consiste en que las hendiduras branquiales han emigrado bajo la cabeza, donde en algunas especies se reúnen hasta formar una sola abertura (de ahí el nombre de simbranquios, «de branquias reunidas»). Así opinaba también el profesor Paul Brudker, erudito oceanógrafo del Museo de Historia Natural de París, cuando en el curso de una entrevista concedida a la revista *París Match* se refirió al monstruo de Le Serrec diciendo: «Se trata probablemente de un raro ejemplar de un pez primitivo, anguiliforme, de la especie de los *Synbranchidae* gigantes».

A juicio de Heuvelmans, en cambio, la criatura bien podría incluirse en la clase de los selacios (grupo que contiene las especies marinas de mayores dimensiones), habida cuenta de su tamaño, el aspecto de su piel, la situación de la boca y la disposición de las pupilas. Los dos investigadores reconocían también que sus teorías no se demostraban perfectas, pues ni existía indicio alguno de que los simbranquios tendiesen al gigantismo en ninguno de sus tipos sino al contrario —se trata de un grupo de peces pequeños— ni el monstruo de Le Serrec parecía poseer aletas, cuya presencia universal entre los selacios es una de las características de esta

agrupación. Un punto en que el norteamericano y el belga se encontraban de acuerdo era el concerniente al régimen alimenticio de la criatura, probablemente formado por plancton al igual que el resto de los gigantes marinos.

Pero no tardaron en aparecer las sombras sobre la historia del aventurero francés, comenzando por su propia honestidad personal, cuando se hizo público que pesaba sobre él una orden de busca y captura de la Interpol. Los motivos de esta medida eran haber escapado de Francia en 1960 con un cargamento ilegal en su yate, así como la sustracción de los fondos aportados por supuestos compañeros de navegación a los que abandonó[9]. Se difundieron unos comentarios que Le Serrec había hecho a éstos, apuntando —al parecer— su intención de enriquecerse a costa de un asunto relacionado con una serpiente marina. Tras su regreso a Francia, Le Serrec fue condenado a seis meses de prisión, pese a lo cual la revista *París Match* publicó sus presuntas fotografías tergiversando a su favor las declaraciones de Sanderson y Brudker sobre el caso. Una revista rival, empero, se apresuró a denunciar los hechos como un completo fraude, aunque sin lograr la retractación final de *París Match*.



Dos primeros planos de la cabeza del presunto monstruo.

Con estos datos Heuvelmans y Sanderson retomaron la posibilidad del fraude, conjeturando que se trataba de un tosco muñeco de plástico sumergido en la bahía y medio oculto en la arena del fondo. Un análisis más detallado de las imágenes que muestran muy de cerca la cabeza del monstruo, así lo confirman. En la imagen doble de la cabeza de la supuesta criatura que se ofrece arriba, en la fotografía de la derecha se observan dos moras blancas sobre la negra figura, que no pueden ser sino los ojos de la bestia. Su posición, aunque inusual, tiene parangón entre los saurios extintos, como en el mastodonsaurido. Ahora bien, el perfil quebrado de los ojos delata la superchería, así como el contorno del cuerpo de la serpiente. Los costados de la figura aparentan haber sido recubiertos con arena, como si alguien hubiese arrojado varios puñados sobre sus bordes laterales a fin de encubrirla y asentarla en

el fondo. Le Serrec, en definitiva, se reveló como un embaucador sin escrúpulos a quien su jugada finalmente no le salió bien.

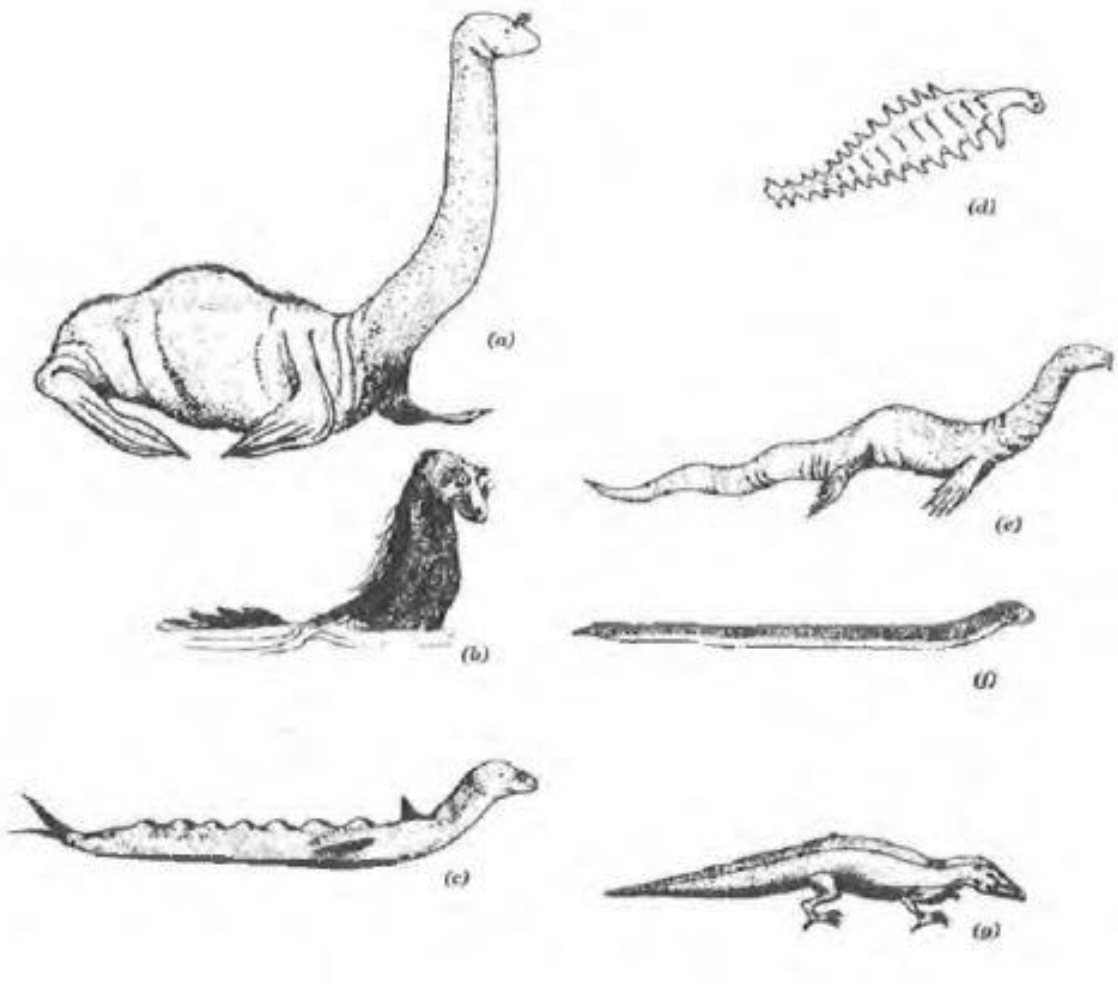
EL MODELO TAXONÓMICO DE HEUVELMANS Y SUS SUCESORES

Sin duda alguna, la obra cumbre en el estudio de los monstruos marinos se debe a Bernard Heuvelmans, quien en su magistral trabajo de 1965, *In the Wake of the Sea Serpents* (En la estela de las serpientes marinas), analizó un total de 584 informes que abarcan desde 1639 hasta 1964, mediante el procesamiento de datos numéricos y análisis estadísticos, con el fin de obtener la máxima clarificación posible de toda esta masa documental**[10]**. El científico belga eliminó una serie de observaciones por distintos motivos: 56 por considerarse falsas, 52 por estimarse que se había confundido con monstruos marinos lo que en realidad eran animales conocidos, y un último grupo de 121 casos se desechó debido a que resultaban demasiado vagos e imprecisos para ser de alguna utilidad. Finalmente quedaron 358 testimonios sobre los que no cabía albergar ninguna duda y cuyas características permitían agruparlos en nueve diferentes clases, las más importantes de las cuales comentaremos ahora brevemente.

- Monstruos de cuello largo (*Megalotaria longicollis*). Desde 5 hasta más de 15 m de longitud, cuerpo en forma de cigarro, cuatro pies palmípedos, nada muy velozmente (15-35 nudos o más) y es anfibio (en tierra se mueve como un león marino). Está extendido por todas las regiones marítimas e incluso algunas lacustres de suficiente profundidad.
- Caballos de mar (*Halshippus olai-magni*). 10-30 m de longitud o mayor, extendido por todos los mares excepto zonas polares y océano Indico. Sería un mamífero que parece vivir a unos 168 m de profundidad y ser lo bastante rápido para cazar calamares.

- Serpientes jorobadas o multijorobadas (*Plurigibossus novae-angilae*). Sus dimensiones son de 20 a 35 m, habita casi exclusivamente en las aguas cálidas de las corrientes del Golfo o en el Atlántico norte y se mueve velozmente como un gusano. Sus jorobas podrían ser depósitos de aire que le permitan inmersiones prolongadas, o bien controlar la profundidad a la que se sumerge.
- Serpiente espinosa o multialetas (*Cetioscolopendra aeliani*). De 10 a 20 m o más, sólo vive en aguas tropicales y se mueve con ondulaciones verticales a más de 10 nudos, emitiendo un característico aliento por su hocico.
- Nutria gigante o supernutria (*Leptocephalus*). La estela de su movimiento puede confundir sobre sus dimensiones, las cuales se estiman entre 20 y 30 m. Se mueve con ondulaciones empujándose con sus pies palmípedos. Su hábitat se circunscribe a los mares del norte, aunque se sospecha que puede estar extinguida.
- Anguila gigante o superanguilas (*Megalodon nova-angilae*). Sus dimensiones oscilan de 10 a 30 metros, lo que sugiere la existencia de más de una especie. Está difundida en aguas profundas y frías; se la ha visto luchando con cachalotes y probablemente un ejemplar de esta especie fue el avistado por el buque *Daedalus*.
- Satirio marino. Se asemejan a cocodrilos que pueden medir de 20 m en adelante, por lo que acaso sean supervivientes de los *Mosasaurus, Stenosaurus, Pliosaurus* o una variante de éstos animales prehistóricos. Viven exclusivamente en los mares tropicales y se mueven horizontalmente a grandes velocidades.

Los dos grupos restantes son denominados jocosamente por Heuvelmans como «barrigas amarillas» y «padres-dc-todas-las-tortugas». Estableció asimismo un grupo aparre que calificó de «periscopios ambiguos» al no poder incluirlos claramente ni entre los monstruos de cuello largo ni con las superanguilas.



Algunos monstruos marinos según la clasificación de Heuvelmans: (a) Monstruos de cuello largo (b) Caballo marino (c) Serpiente jorobada (d) Serpiente espinosa (e) Nutria gigante (f) Anguila gigante, y (g) Saurio marino.

De esta clasificación el Dr. Heuvelmans extrae algunas conclusiones, como que gran número de estas especies pertenecen a la clase de los mamíferos. Otros, como la superanguila, pueden ser más bien peces de aguas profundas, y los saurios marinos podrían constituir los últimos supervivientes de especímenes del periodo jurásico que, gracias a su óptima adaptación al hábitat marino, han sobrevivido casi sin cambios hasta nuestros días. Los barrigas amarillas, por su parte, pueden asimilarse a peces o tiburones, quizás de una especie desconocida. Otra de las posibles conclusiones

que arroja el estudio del científico belga es que el monstruo de cuello largo está en plena expansión, mientras que la supernutria no ha sido vista desde 1848, por lo que es posible que esta última se halle en recesión o incluso se haya extinguido.

La idea de que ha de existir más de un tipo de serpientes marinas —originaria de Rafinesque— permitió a Heuvelmans evitar las flagrantes contradicciones en que incurría a menudo Oudemans por su empeño en incluir todos los testimonios dentro de una misma categoría emparentada con la de los pinnípedos. De igual modo razonaron a comienzos del siglo XXI los criptozoólogos Loren Coleman y Patrick Huyghe, desarrollando su propio sistema de catalogación[11], bastante similar en muchos aspectos al del científico belga. A diferencia de éste, Coleman y Huyghe incluyeron nuevos grupos de críptidos, como el tiburón gigante, los cetáceos misteriosos o los octópodos descomunales. Podría decirse que estos dos autores escogen un marco más general que el de Huevelmans, sin limitarse a las bestias serpentiformes, para incluir en él cualquier forma de monstruo marino. La ventaja de este planteamiento consiste en su mayor flexibilidad a la hora de diferenciar entre posibles variantes del mismo críptico, si bien implica el inconveniente de que su clasificación se hace más vaga y las hipotéticas identidades de las criaturas resultan todavía más difusas. Así, tenemos los siguientes grupos:

- Serpiente marina clásica. Animal tetrápodo alargado, que cuando nada aparenta tener múltiples jorobas. Esencialmente es una combinación del grupo de las super-nutrias multijorobadas y el de las super-anguilas. Estos autores sugieren como candidatos a los remingtoncétidos o al basilosurio.
- Caballo acuático. Un enorme pinnípedo que sólo exhibe crines en los machos de su especie. Con ojos pequeños, destacan por haber sido vistos en lugares tanto de agua salada como dulce.
- Cetáceos misteriosos. Una categoría que retine diversas especies desconocidas de cetáceos, incluyendo las ballenas y delfines con

doble aleta dorsal de existencia controvertida.

Tiburón gigante. Supuestamente, ejemplares supervivientes del prehistórico *Carcharodon megalodon*, extinguido en el pleistoceno (hace 1,5 millones de años), cuya longitud llegaba hasta los 18 metros. Los restos más antiguos de que se disponen indican que surgió hace 15 millones de años, de modo que —contra lo que afirman muchas obras de ficción— no pudo coincidir con los dinosaurios.

Manta misteriosa. Una pequeña mantarraya con extrañas marcas dorsales.

Gran centípedo marino. Equiparable a las serpientes con múltiples aletas de Heuvelmans. Los autores sugieren que las aletas podrían ser retráctiles, y el aspecto escamoso de su cuerpo deberse a la acumulación de parásitos cutáneos.

Saurios misteriosos. Idénticos a los saurios marinos de Heuvelmans.

Gripto-quelonio. Igual al «padre-de-todas-las-tortugas», propuesto por Huevelmans.

Sirénidos misteriosos. Supervivientes tardíos de la Vaca Marina de Steller (*Hydrodamalis gigas*), un gran mamífero acuático extinguido por la caza humana a mediados del siglo XVIII. Fueron descritos en 1741 por by Georg Wilhelm Steller, naturalista jefe en una expedición del explorador Vitus Bering.

Octópodo gigante (*Octopus giganteas*). Un inmenso cefalópodo, presunto habitante del las regiones tropicales del Atlántico.

Los sistemas clasificatorios de Heuvelmans y de Coleman-Huyghe fueron objeto de posteriores crítica por diversos criptozoólogos, en relación con su carencia de datos sobre la influencia del ecosistema y el comportamiento en la identificación de los críptidos[12]. Espoleado por estos comentarios, Bruce Champagne decidió elaborar su propia clasificación, manteniendo los grupos básicos de Heuvelmans, pero sometidos a un método multifactorial de ajuste de datos. El resultado fue la siguiente lista de tipos[13]:

1A — Cuello Largo. León marino de unos 10 metros, con cuello y cola largos. El cuello es de la misma anchura— o algo menor— que la cabeza. Parece tener pelo y ser capaz de moverse en tierra. Presente en todos los hábitats.

1B — Cuello Largo. Similar al tipo 1A pero con 17 metros de longitud y bastante más robusto. El cuello es más fino que la cabeza. Sólo habita en las aguas cercanas a Gran Bretaña y Dinamarca.

2A — Anguiloide. Un reptil entre 6 y 9 metros con una poderosa armadura córnea y una pequeña cabeza cuadrada en la que destacan sus prominentes colmillos. Habita sólo en el Atlántico norte.

2B — Anguiloide. Similar a una ballena picuda de 6 o 7 metros, distinguible por su reducida cabeza y su cresta dorsal. Típico del Atlántico y el Pacífico, puede hallarse extinguido.

2c — Anguiloide. Un reptil alargado de entre 18 y 21 metros, sin apéndices. Su cabeza es de gran tamaño, semejante a la de una vaca o a la de un reptil con dientes como los de las focas comedoras de cangrejos. Visto en el Atlántico, el Pacífico y los mares del sur de China. Posiblemente extinguido.

3 — Multijorobado. Longitud entre 9 y 18 metros. Tal vez un reptil con cresta dorsal y la capacidad de moverse mediante diversas ondulaciones. Su cabeza posee un característico aspecto de camello. Idéntico al presunto críptido denominado Cadborosaurus willsi por Paul Leblond[14].

4A — Aleta de navegación. Ballena picuda de entre 9 y 22 metros. Cabeza muy pequeña y aleta dorsal muy grande. Avistado sólo en el noroeste del Atlántico. Posiblemente extinto.

4B — Aleta de navegación. Animal alargado, quizás un mamífero o un reptil, de 4 a 25 metros. Cuello largo, cabeza de tortuga y una larga aleta dorsal sobre su lomo. Adaptado a todos los hábitats.

5 — Caparazón. Una gran criatura con aspecto de tortuga —tal vez un mamífero— de 3 a 18 metros de largo. El caparazón se describe segmentado en placas. Puede mostrar una suerte de cresta

«emplumada» y algo parecido a una cabellera aceitosa. Adaptado a todos los hábitats.

1. *Saurio. Un ser con forma de enorme cocodrilo, ocasionalmente moteado, que llega a alcanzar los 20 metros. Avistado en el Atlántico norte y en el Mediterráneo.*
2. *Segmentado/Multi-extremidades. Mamífero alargado de hasta 20 metros, con aspecto segmentado o con muchas aletas. Avistado en el noroeste del Atlántico, en el Pacífico y en los mares de la India.*

BUSCANDO UN CULPABLE

Identificar un animal desconocido, de cuya propia existencia se duda, sobre la base de testimonios esporádicos, parciales e imprecisos, no es tarea sencilla. Si de veras se desea hacerlo, no queda más remedio que seleccionar las mejores declaraciones —en cuanto a la fiabilidad de los testigos y la exactitud de los detalles— y combinar las características de ellas deducidas con un razonable análisis ecológico y evolutivo. Como en cualquier investigación existe una relación «señal-ruido» en el conjunto de los datos disponibles, y sería excesivo desechar toda pesquisa con base en la imprecisión de los informes. Ciertamente, la subjetividad o inexactitud de los testimonios constituye el «ruido» en los datos; contra él debemos desplegar una batería de comparaciones cruzadas, declaraciones independientes, análisis de los detalles y correlaciones con factores extrínsecos (coherencia ecológica, rasgos anatómicos y evolutivos, etc.) para extraer el contenido de información útil, es decir, la «señal».

Sólo entonces pueden funcionar los datos disponibles como evidencia digna de consideración, y siempre en el marco de sus propias limitaciones, admitiendo una posibilidad de error proporcional a la relación «señal-ruido» antes mencionada. Veamos

cómo proceder en esta línea de la manera más racional posible, tomando algunos ejemplos obtenidos de la obra clásica de Heuvelmans:

- *Monstruos de cuello largo*. Universalmente asociados con los grandes suarios marinos extinguidos a final del periodo cretácico, su largo y flexible cuello hizo pensar de inmediato en los elasmosaurios (del orden de los plesiosaurios), supervivientes quizás en las profundidades marinas de una catástrofe que acabó con sus parientes terrestres. Sin embargo, contrastada con la totalidad de los datos disponibles esta suposición se enfrenta a obstáculos difícilmente franqueables. La distribución geográfica de los avistamientos sitúa a estos seres en todas las regiones del globo, lo que resultaría inconsistente con reptiles de sangre fría propensos a desarrollarse en aguas cálidas, como las de los trópicos. Un mamífero sería mejor candidato para una adaptación a entornos acuáticos con distintas temperaturas y concentraciones salinas.
    - Esta opinión se ve reforzada por los testimonios referidos al típico movimiento de erguir sus cuellos muy por encima de la superficie del agua. Esa capacidad denota una flexibilidad máxima en el plano vertical —un rasgo específicamente mamífero— mientras que los peces y reptiles poseen su mayor flexibilidad en el plano horizontal (las serpientes, por ejemplo, se sirven de ondulaciones laterales para su locomoción). Los elasmosaurios, en concreto, tenían cuellos largos y quebradizos preparados para una búsqueda subacuática de sus presas con rápidos movimientos laterales, cuellos que no hubiesen podido sostener alzados sobre la superficie del agua.
    - La identidad acordada por la mayoría de los autores para estos monstruos de cuello largo es la de un pinnípedo (grupo al que pertenecen focas, morsas y leones

marinos) gigantesco, evolucionado para colonizar los nichos ecológicos desocupados precisamente por la extinción de los plesiosaurios[15]. Sus adaptaciones incluirían la facultad de parir en el mar, algo insólito entre los pinnipedos, aunque no descabellado[16]. Otra cuestión es la dificultad que encontraría cualquier mamífero marino de cuello largo para mantener una temperatura adecuada en su cabeza debido a la distancia que la separaría del cuerpo. Es un detalle interesante que nos lleva a preguntarnos cómo lo conseguía la foca de cuello de cisne, conocida hoya a través del registro fósil. Tan sólo podemos conjeturar que los vasos sanguíneos de conexión entre la cabeza y el cuello, se colocarían a gran profundidad en el cuello, protegidos a su vez por una gruesa capa de grasa externa.

- Por otra parte, las proyecciones cartilaginosas en forma de cuernecillos alrededor de los oídos —*pinnae*— que parecen poseer estas criaturas, las situarían en la familia de los otáridos (junto a las nutrias). Heuvelmans supuso que tales estructuras no eran *pinnae sino* túbulos extensibles para respirar sin emerger a la superficie. Sanderson, por el contrario, opinaba que podrían ser una adaptación destinada a expulsar los gases de la respiración sin que las burbujas oscurecieran el campo de visión del animal. Un rasgo como éste no se conoce entre los pinnipedos, y en la práctica supondría una reconfiguración evolutiva de todo su sistema nasofaríngeo. Existen especializaciones nasofaríngeas entre los pinnipedos pero consisten en sacos inflables, como la probóscide de la foca elefante macho. Tal vez se trate simplemente de una hipertrofia de los pabellones auditivos, o una manifestación de dimorfismo (no todos los individuos poseerían esa característica) sexualmente seleccionado.

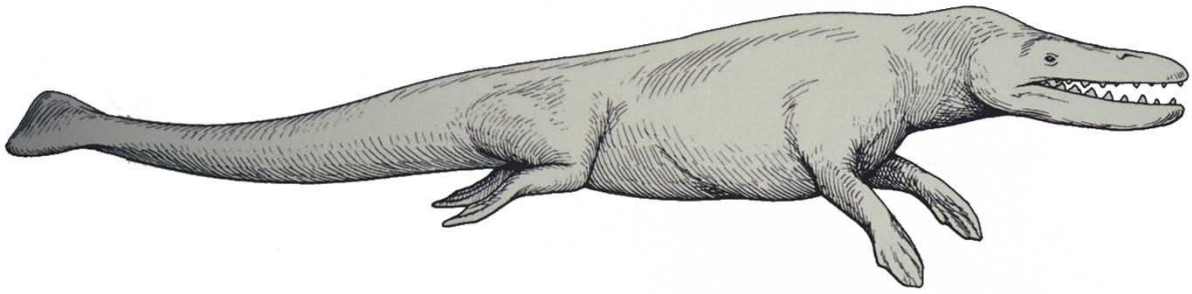
- *Saurios marinos*. Otros avistamientos menos divulgados conducen a pensar en la posible existencia de animales semejantes a saurios prehistóricos sin cuello largo. Uno de los encuentros más interesantes con estas criaturas —tal como lo recoge el libro de Heuvelmans— fue protagonizado por la tripulación de un submarino alemán en aguas del Atlántico norte el 30 de julio de 1915, durante la primera guerra mundial. Tras torpedear y hundir un vapor británico, los marinos germanos contemplaron un suceso extraordinario incluso para aguerridos hombres de mar como ellos:

    - *… Cuando el buque de vapor había desaparecido hacía unos 25 segundos, se produjo una violenta explosión a una profundidad claramente imposible de conocer para nosotros… Poco después fragmentos de los restos y un gigantesco animal marino, retorciéndose y luchando, fueron lanzados fuera del agua a una altura de 20 o 30 metros.*
    - *En ese momento tenía conmigo en la torreta a mis oficiales de vigilancia, al ingeniero jefe, al navegante, y al timonel. Simultáneamente todos llamamos la atención unos a otros sobre esa maravilla de los mares. … fuimos incapaces, por desgracia, de identificarla. No tuvimos tiempo de tomar una fotografía, porque el animal desapareció de la vista tras 10 o 15 segundos… Tenía casi 18 metros de largo, forma como de cocodrilo y cuatro extremidades con poderosos pies palmeados y una larga cola que se estrechaba hacia la punta.*

    - La descripción de los tripulantes del submarino, con sus indicaciones específicas sobre la forma de la criatura, invita a pensar en un tipo de cocodrilo prehistórico como el *Thalattosuchia*. No obstante, la cola de este animal terminaba en una aleta igual a la del ictiosaurio, detalle

que desmiente el informe de los marinos alemanes. A causa de ello, Heuvelmans se inclina por el mosasaurio, un lagarto marino adaptado a la vida a gran profundidad, gracias a lo cual se mantendría a salvo de miradas humanas indiscretas salvo en casos especiales como el arriba expuesto.

    - Ahora bien, el hecho de que los avistamientos se hayan producido en las frías aguas del Atlántico norte debilita la hipótesis de un satirio marino, mejor adaptado a las regiones de aguas más cálidas. En ese sentido, ha de recordarse que ciertos cetáceos arcaicos, como el *Rhodocetus*, poseían características similares a las del cocodrilo y una mejor adaptabilidad a distintos hábitats. Estos cetáceos dominaron los mares con posterioridad a la extinción de los grandes saurios, a finales del cretáceo, de modo que a ello habría de asignarse una mayor probabilidad de haber sobrevivido hasta nuestros días, frente a mosasaurios y *Thalattosuchia*.

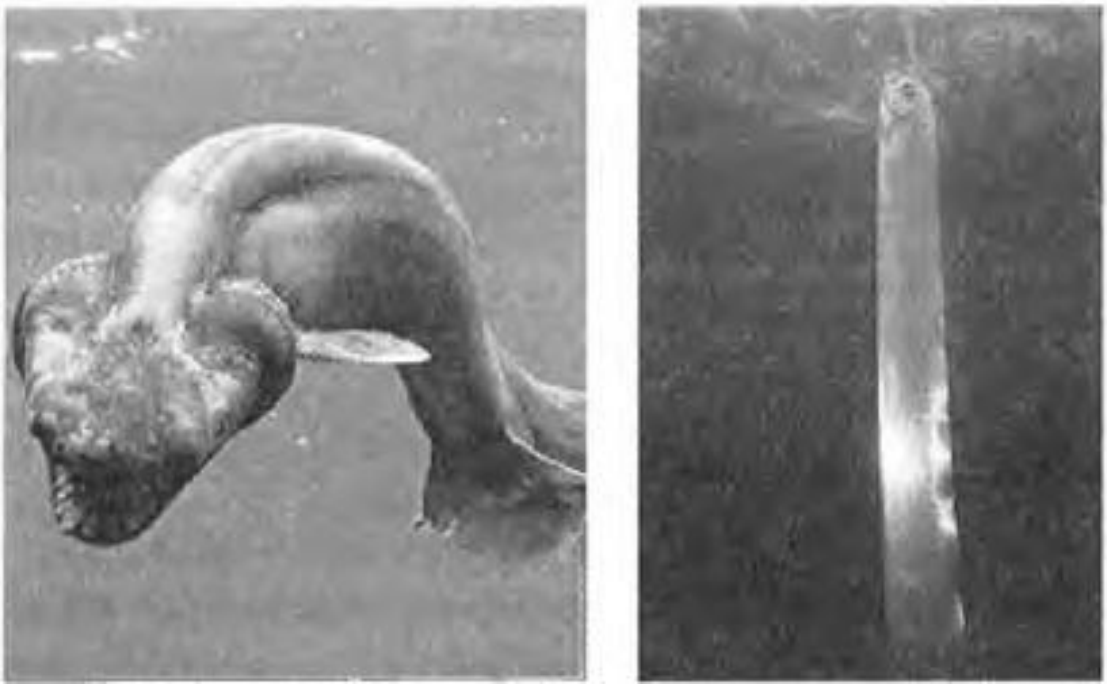


Dibujo representativo de un *Rhodocetus*

- *Super-anguilas*. Tras esta denominación general parecen esconderse diversas criaturas de forma alargada, la mayoría de las cuales guardan escasa relación taxonómica con las verdaderas anguilas. Es la gran diversidad de características descritas por los testigos (longitud, posición de la boca, tamaño de la cabeza, textura aparente de la piel, coloración dorsal y ventral, presencia o ausencia de aletas, etc.), lo que

nos hace suponer que tratarnos con más de un tipo de animal bajo este epígrafe. Heuvelmans, a partir de los testimonios recogidos, describía la variación de tamaños de la superanguila mediante una distribución bimodal, uno de cuyos máximos se situaba en 10 metros y el otro en 30 metros. Una pauta como ésta podría también indicar la existencia de dos especies distintas en el grupo estudiado, más que un mero dimorfismo en una sola especie.

- Las posibles identidades de la super-anguila —incluyendo la de un congrio de tamaño desmesurado— se han relacionado con criaturas ya conocidas y zoológicamente descritas, aunque muy escasamente observadas. Una de ellas es el «tiburón con volantines». (*Chlamydoselachus anguineus*), o *filled shark* en inglés, un raro elasmobranquio que habita a profundidades entre los 50 y los 1500 metros. Los biólogos marinos consideran este tiburón, uno de los más antiguos del planeta, un verdadero fósil viviente cuya óptima adaptación al entorno le ha permitido persistir a lo largo de millones años sin apenas modificaciones. Admitiendo un extraordinario aumento de tamaño para esta criatura, muchos de los avistamientos de las llamadas superanguilas podrían muy bien deberse a ella.
- Otro de los sospechosos es el pez remo (*oarfish* en inglés), un pez pelágico de forma extremadamente alargada, que pertenece a la familia *Regalecidae*, en el orden de los iampriformes. Es aún muy poco lo que sabemos con certeza sobre este insólito animal, debido a la poca frecuencia de sus encuentros con seres humanos. De color plateado y gran longitud, tiene una larga aleta dorsal rosada y pequeñas aletas pectorales, todas ellas sin espinas. Curiosamente, carece de dientes visibles y de escamas a lo largo del cuerpo.



Tiburón con volantines o *frilled* Pez remo (*Oarfish*). shark (*Chlamydoselachus anguineus*).

- Aunque algunas informaciones señalan que el pez remo puede llegar a pesar 272 kilogramos y a medir 15 metros, tampoco contamos con un estudio detallado sobre su intervalo de tamaños. La mayoría de los datos sobre este pez provienen de encuentros muy esporádicos con buceadores, o tras haber sido pescado accidentalmente. Se cree que son individuos solitarios preparados para vivir en profundidades de 20 a 1000 metros.
- El carácter pacífico del pez remo y del tiburón con volantines no encajaría, pues, con el testimonio ofrecido por la tripulación del mercante *Pauline*, que el 8 de julio de 1875 observó una titánica lucha entre una serpiente marina y un cachalote cerca del cabo San Roque, al noreste de la costa brasileña. El informe de los testigos, publicado en el *The Illustrated London News*, aparece también reseñado en el texto de Heuvelmans:

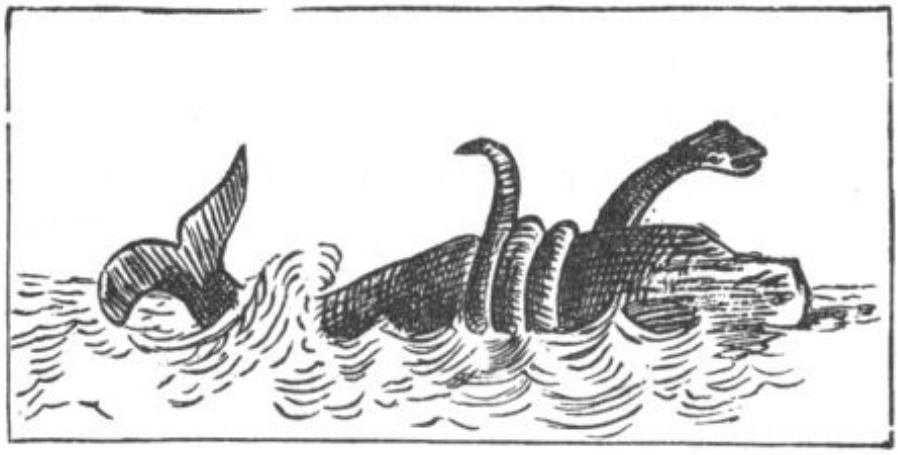


FIG. 73.—SEA-SERPENT ATTACKING WHALE, AS SEEN BY CAPT. DREVAR, OF THE BARQUE "PAULINE," IN 1876.

Dibujo publicado en 1876 por el diario *The Illustraed London News* junto con el artículo sobre la lucha entre una serpiente marina y un cachalote, relatada por el capitán Drenar del mercante Paidine.

… Era una monstruosa serpiente marina enrollada un par de veces en torno a una gran cachalote. La parte de la cabeza y de la cola, cada una de unos 10 metros, actuaban como palancas retorciéndola a ella misma y a su víctima con gran velocidad. Se hundían desapareciendo de la vista casi cada dos minutos, para volver a la superficie agitándose todavía; y los esfuerzos del cachalote hacían que el mar en su vecindad pareciese un caldero hirviente; y un ruido estruendoso y confuso se escuchaba con claridad.

… A juzgar por las dos vueltas dadas alrededor del cachalote, pienso que la serpiente medía en torno a 45 ó 50 metros, con un perímetro circular de 2 a 3 metros. Su color se parecía mucho al de un congrio; y su cabeza, con la boca siempre abierta, aparentaba ser la parte más grande de su cuerpo.

- De ser cierto, este suceso implicaría que sí existen anguilas monstruosas cuya agresividad las lleva a enfrentarse con grandes cetáceos y derrotarlos. Y a decir

verdad, una narración similar fue ofrecida por el capitán Shuback West, y otros quince testigos a bordo del buque norteamericano *Delia* el 21 de junio de 1818. Todos ellos contemplaron un colosal combate entre una gran ballena y lo que parecía una inmensa serpiente marina. Tampoco sabemos en realidad si el cachalote atacó primero a la criatura serpentiforme o fue atacado por ella. Demasiados interrogantes para pronunciarnos con claridad sobre un asunto notablemente confuso.

- *Segmentados e invertebrados*. La playa de Hongay (Vietnam) acogió en 1883 los restos de un extraño animal formado por segmentos iguales entre sí, con 18 metros de longitud por 1 metro de ancho. Los lugareños lo llamaron *con rit* («mil-piés») y las autoridades coloniales de la época lo consideraron un artrópodo gigantesco. A juzgar por las declaraciones de los pescadores indochinos podría especularse también con un desproporcionado gusano de la clase *Polychaetes*, o un *Myriapoda* (como los anélidos). Este último candidato resulta especialmente atractivo cuando advertimos que los *Arthopleura* —un género contenido en el grupo *Myriapoda*— se extinguieron debido a la desertización de los bosques pluviales semiacuáticos donde habitaban. ¿Acaso evolucionaron para adaptarse a un entorno marino de agua salada? Bueno es recordar que los propios Arthopleura se suponen surgidos a partir de crustáceos ancestrales del carbonífero, lo que abona la posibilidad de que retuviesen algunas adaptaciones marinas.
    - Por otro lado, también es cierto que Heuvelmans dedicó poca atención a la eventualidad de que algunos de los avistamientos de monstruos marinos pudiesen ser explicados conjeturando la existencia de invertebrados gigantescos todavía desconocidos por la zoología. Los urocordados, tunicados, ctenóforos, cnidarios, sifonóforos, o nemerteos, entre otros, quizás cuenten

entre sus congéneres con variantes anormalmente grandes que den lugar a encuentros terroríficos —aunque estos seres resultan inofensivos para el hombre— con los observadores humanos ocasionales.

EL CURIOSO CADBOROSAURIO

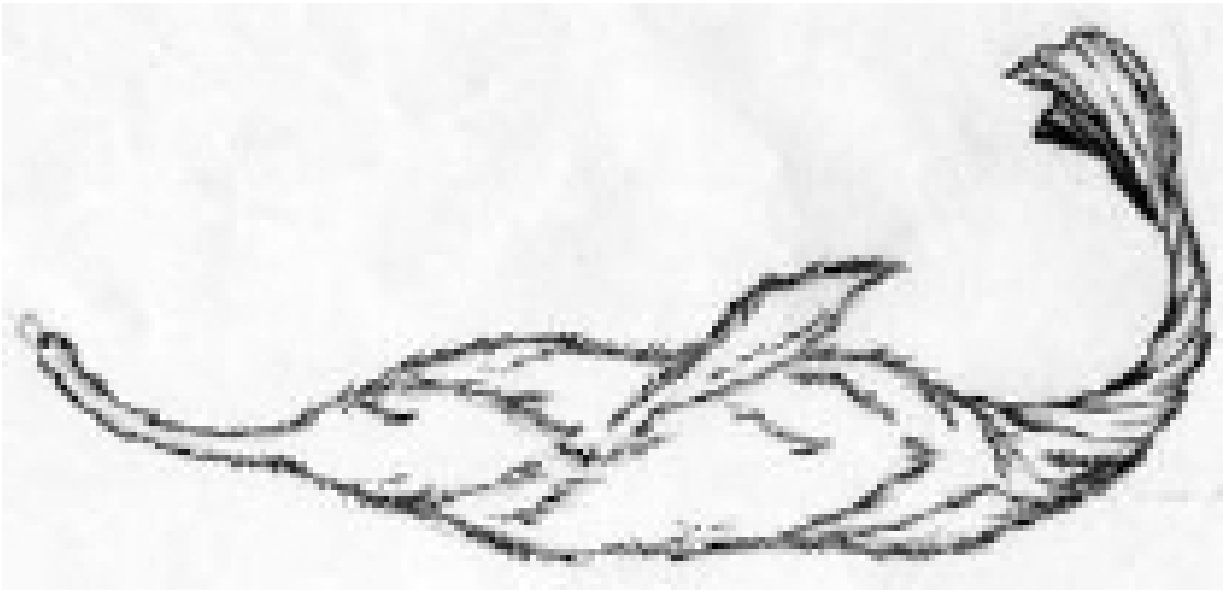
Esa orientación adoptaron los trabajos del ya mencionado Paul LeBlond junto al oceanógrafo Edward Blousfield, quienes estudiaron con detenimiento una interesante serie de fotografías obtenidas en 1937, en el puerto ballenero canadiense de Naden Harbour. En ellas se aprecia lo que parece ser una extraña cría de cuatro metros de longitud, extraída del interior del estómago de un cachalote. Ese animal sería —a juicio de Leblond y Bousfield— un ejemplar joven de una bestia todavía sin catalogar, posiblemente un reptil acuático desconocido próximo a los grandes saurios marinos del mesozoico. Tales monstruos de los mares, que deben habitar la mayor parte del tiempo en las profundidades semiabisales (entre los trescientos y los mil metros), alcanzarían de adultos una envergadura de entre quince y veinte metros. Estos dos autores denominaron *cadborosaurio* a la supuesta criatura, popularmente conocida como *Caddy*, por la frecuencia de sus apariciones en la bahía de Cadboro[17].

Una de las fotografías atribuidas a Caddy, tomada en octubre de 1937.

Los testimonios recogidos por LeBlond y Bousfield desde comienzos del siglo XX resultan mutuamente coherentes y coinciden en describir una criatura con cuerpo alargado y estrecho, cabeza en forma de camello (a menudo con dos cuernecillos), ojos grandes, cuello largo, un par de aletas laterales y una aleta horizontal bífida al final de la cola. Su longitud oscilaría entre los 5 y los 15 metros, se alimentaría de peces y aves costeras, y a veces se ha informado de una visible pilosidad marrón a lo largo de su cuerpo. Estos datos unidos a las fotografías de 1937 convencieron a estos dos investigadores de que debían introducir una nueva especie en el catálogo zoológico llamada *Cadborosaurus willsi*. Con toda soltura, lo asignaron a la clase *Reptilia*, subclase *Euryapsida*, orden *Plesiosauria*; es decir, era un plesiosaurio superviviente. Escogieron una de las fotografías como holotipo de la nueva especie[18], y se dedicaron a especular con absoluta libertad imaginativa sobre su conducta y fisiología. Las críticas desfavorables a tan descuidado procedimiento no se hicieron esperar.

Se deploró, en primer lugar, la escasa prudencia demostrada por LeBlond y Bousfield a la hora de nombrar y caracterizar esta presunta nueva especie. Describir y reconocer oficialmente una nuevo tipo de seres vivos sobre la única base de datos fotográficos harto controvertidos resulta una pretensión de todo punto cuestionable. En ausencia de un espécimen cuyo cuerpo pueda ser estudiado y comparado, las fotografías —por indiscutibles que fuesen, lo que tampoco era el caso— carecen de todo valor probatorio. El hecho de que los restos del animal desapareciesen tras ser fotografiados no aumentó la fiabilidad de las imágenes. A ello ha de añadirse la gran cantidad de errores anatómicos cometidos por LeBlond y Bousfield en la identificación de las partes anatómicas de la osamenta visible en las imágenes, una manifiesta falta de familiaridad con la bibliografía especializada en plesiosaurios, muy poco rigor en la selección de referencias académicas, y la abundancia de especulaciones gratuitas presentadas como inferencias plenamente científicas[19].

Pese al descrédito de LeBlond y Bousfield, los indicios de que existe una criatura desconocida en las aguas de la Columbia británica se remontan a muchos siglos atrás, al menos hasta las referencias que figuran en las leyendas de los propios nativos de la zona. Durante los siglos XIX y XX se han recogido unos 300 avistamientos, además de once informes de especímenes recuperados vivos o muertos, cuyos cuerpos han acabado desvaneciéndose en todas las ocasiones. No parece, sin embargo, que de los datos recopilados se desprenda una identidad reptiliana. Las mayores probabilidades señalarían más bien hacia un mamífero: extremidades en forma de aletas, presencia de pelo, aletas posteriores fusionadas sin cola (un rasgo pinnípedo), así como la frialdad de las aguas en las que parece vivir esta criatura, muy desaconsejable para un reptil.



Un dibujo del increíble animal encontrado en Margate Beach en 1922.

Sin duda, de haberse contado con un cuerpo y no sólo con fotografías, este caso habría resultado emblemático para corroborar la existencia real de muy variadas especies de animales marinos, más o menos monstruosas, totalmente desconocidas para la ciencia.

Si somos sinceros habremos de admitir que parece insensato considerarnos conocedores de absolutamente todas las clases de seres que albergan las profundidades oceánicas. Así lo sugiere también el insólito animal marino encontrado en 1922 en la playa de Margate (Sudáfrica). Sus 14 metros de longitud se hallaban cubiertos de un pelaje blanco como la nieve, y exhibía saliendo de su torso algo parecido a una trompa de 1,5 metros de largo. Los testigos dijeron que llegó a la orilla tras verse envuelto en una pelea con dos oreas, refriega en la cual murieron los tres participantes. Ninguna autoridad científica tuvo conocimiento del suceso, o si lo tuvo no se interesó por esclarecerlo, y al cabo de poco tiempo los restos fueron arrastrados por las olas para jamás volver a ser vistos. A día de hoy, nadie sabe qué clase de criatura era aquélla.

Es inevitable recordar la conmoción mundial causada por la pesca en 1938 de un celacanto, que se creía extinguido desde hacía setenta millones de años. Este hecho irrebatible forzó a plantearse hasta a los más escépticos si no sería asimismo posible que otras especies de mayor envergadura hubiesen sobrevivido hasta el presente en las inmensidades marinas. De un modo u otro, los indicios en favor de la existencia de los variados animales que denominamos colectivamente «serpientes de mar», a la luz de los datos expuestos, no dejan de ser inquietantes. Todo cuanto en este capítulo contiene, parece inclinar la balanza en sentido afirmativo. Dicho con sencillez, no es descabellado pensar que ciertos animales prehistóricos podrían haberse adaptado a la vida en las grandes profundidades, desenvolviéndose actualmente en tales parajes como otros ejemplares más comunes lo hacen de ordinario. O tal vez se trate de especies de todo punto desconocidas. Pero ya sean fósiles vivientes o especímenes ignorados, sólo cuando obtengamos alguna prueba tan irrefutable como la que el celacanto supuso en su día, podremos liberar a los monstruos marinos de las penumbras de la leyenda.

5, El enigmático lago Ness

CUANDO se habla de monstruos lacustres es francamente inevitable que, como si de un reflejo condicionado se tratara, acuda de inmediato a nuestra mente el nombre de cierto lago escocés. Desde los años treinta, aproximadamente, el nombre del lago Ness aparece unido de manera indefectible al de su misterioso habitante y, a su vez, el monstruo del lago Ness quedará para siempre como el monstruo de agua dulce por antonomasia. Las discusiones acerca de la presencia en este lago de una criatura de características similares a las de los saurios prehistóricos es cualitativamente idéntica a las polémicas en torno a la existencia de serpientes marinas de tamaño descomunal. En ambos casos se precisa dilucidar qué condiciones podrían haber permitido sobrevivir hasta nuestros días a esta clase de seres, y después tratar de establecer si tales condiciones se dan realmente en las zonas en las que dichas criaturas han sido presuntamente avistadas. Por esto, y teniendo muy en cuenta que el método anterior tan sólo nos informa de la probabilidad de que estos seres puedan existir todavía, será bueno que comencemos analizando el hábitat geográfico que cobija a nuestro singular personaje.

Situado en la falla del Gran Glen, el *loch* Ness[20] tiene una longitud de 35 km por 2 km de anchura en promedio (2,8 en la parte más ancha). Su profundidad es considerable, entre 225 y 300 m,

aunque en algunos puntos su profundidad máxima calculada por el método ASDIC (tradicional sistema de sondeo consistente en arrojar al agua desde una embarcación una cuerda graduada con un lastre en el extremo y hallar la profundidad por la longitud de la cuerda sumergida cuando el peso toca fondo) se desconocía debido al saliente que forma uno de los lados del lago. Esta circunstancia propiciaba que la sonda quedara bloqueada por el saliente lateral e impedía que continuara su descenso. Posteriormente, un proyecto de investigación geomorfológica del lago que se sirvió de los más modernos medios tecnológicos, el proyecto Urquhart, estableció la cifra definitiva en 240 m de profundidad.

La naturaleza geológica de los lagos escoceses es muy semejante a la de los fiordos escandinavos e irlandeses. La falla sobre la que se asienta el lago debió formarse hace unos 300 millones de años; posteriormente los glaciares excavaron los valles ya existentes (incluyendo el Gran Glen) hasta el momento de la retirada de los hielos, hace unos 10 000 o 12 000 años. Durante algún tiempo el lago Ness fue un brazo de mar, merced al ascenso de las aguas marinas debido a la fusión de los hielos glaciares que mantuvo comunicado el lago con el océano. Algo más tarde la región entera se elevó y la superficie del lago quedó a unos 16 m por encima del nivel del mar.

Dentro de su agreste belleza, el aspecto general del lago Ness resulta más bien amedrentador, especialmente si se contempla en los días nublados, cuando una suave bruma envuelve la superficie y sus alrededores. Se trata de una enorme masa de agua encajonada entre acantilados abruptos. Este lago no presenta las orillas de pendiente suave, típicas de las playas y otras zonas lacustres, sino que sus riberas caen bruscamente a poco que uno se interne en el agua; de hecho, en los lugares más profundos las laderas caen hacia el fondo de forma casi vertical. Ello hace que a sólo un par de metros de la orilla el fondo sea casi invisible. Si a esto unimos las partículas de turba que arrastran los ríos que en él desembocan —las cuales son responsables de la escasa operatividad de

batiscafos y submarinos de bolsillo en sus aguas por falta de visibilidad— nos encontramos con que un hipotético buceador dispondría de una visibilidad circundante máxima de aproximadamente un metro, en el interior de un lago de profundidad inusual y con un suelo fangoso que puede ocultar toda clase de fosos, hendiduras o sorpresas aún menos agradables. En verdad no es una situación que invite a sumergirse con desenfado.

La estabilidad térmica del lago es igualmente notable. La mayor parte del agua que contiene no varía su temperatura en más de medio grado a lo largo de todo el año. La capa superior del lago Ness suele alcanzar los 12 ° C en verano, y allí se concentran casi todos los peces que lo habitan. Por debajo hay una capa de agua llamada termoclina que actúa a modo de frontera antes de llegar a la masa acuática principal del lago, cuya temperatura media es de 5,5 ^{0} C y en la que apenas hay vida animal.

Hecha ya la caracterización física del lago, es el momento de preguntarse si existen indicios de que alguna especie animal desconocida habite en aquel lugar. Y, aunque las leyendas nunca pueden aceptarse como pruebas, es justo recordar que las primeras tradiciones orales sobre la presencia de una fiera monstruosa en las aguas del lago Ness datan por lo menos del año 565. En esas fechas el santo irlandés Columba —tal como relata san Adamán— ahuyentó a un monstruo acuático que surgió con la aparente intención de engullir a un acompañante del santo irlandés, mientras aquél cruzaba a nado uno de los estrechos a la salida del lago. San Columba increpó a grandes voces al monstruo, ordenándole en nombre de Dios que desistiera de su criminal empeño y que volviese a las profundidades, mandato que la bestia cumplió al punto. Innecesario es decir que tras esta exhibición de santidad y poderío, san Columba obtuvo la conversión masiva al cristianismo de los habitantes de la región.

Los antiguos escoceses llamaban a estas bestias acuáticas —no sólo privativas del lago Ness— *kelpies*, «caballos de agua», o simplemente «espíritus». Las madres instaban a sus hijos a que no

jugaran en las orillas de los ríos y los lagos donde se suponía que habitaban estas criaturas, pues podrían aparecérseles en forma de hermosos caballos con el propósito de arrastrarlos sobre sus lomos a su morada en las profundidades. A lo largo de los siglos posteriores y hasta la actualidad, se han sucedido sin cesar testimonios de fiabilidad desigual acerca de la criatura. En todo caso, fue en 1880 cuando se produjo el informe de un buzo llamado Duncan McDonald, quien vio al animal cuando buscaba los restos de un bote hundido. Se encontraba examinando los restos del bote naufragado, cuando de súbito este veterano buzo comenzó a hacer señales desesperadas reclamando una pronta subida a la superficie. Una vez izado, McDonald presentaba el aspecto de un hombre atenazado por el terror, lívido y temblando incontroladamente. Cuando al fin logró calmarse, acertó a relatar su observación de un monstruo bajo las aguas. Había visto con toda claridad, según refirió, uno de los ojos de la criatura, «pequeño, gris y siniestro». McDonald jamás volvió a sumergirse en el lago.

Además del testimonio de este buzo, de las mismas fechas datan los de un albañil, un grupo de escolares y el guardabosques del duque de Portland. Sin embargo, el salto definitivo a la popularidad de *Nessie* (apodo cariñoso con el que los lugareños bautizaron a la criatura) se produjo en 1933, cuando se construyó una carretera bordeando el lado norte del lago entre Fort Williams e Inverness, lo cual, según la opinión más extendida, molestó y atrajo la atención del monstruo. Se registraron entonces encuentros como el del matrimonio Spicer, ocurrido mientras bordeaban el lago en su coche. Este hombre de negocios londinense y su esposa afirmaron haber visto una criatura de cuerpo muy voluminoso, cuello largo y flexible, con cuatro aletas y que portaba un pequeño animal —cordero u oveja— entre sus mandíbulas, arrastrándose cerca de la orilla para sumergirse a continuación en las frías y tenebrosas aguas del lago. «Era —explicó el señor Spicer— el ejemplo más cercano a un dragón o animal prehistórico que he visto en mi vida». La señora Spicer, en

cambio, lo consideró «horrible, una abominación», y tuvo por ello pesadillas toda una semana.

Pronto se añadieron fotografías como las de Hugh Gray —desgraciadamente demasiado borrosas para ser definitivas— a la serie de pruebas aducidas en favor de la existencia de Nessie. Gray había enfocado el objetivo de su cámara hacia una turbulencia en las aguas a 170 metros de la orilla. Cuatro de las cinco instantáneas tomadas resultaron inservibles por exceso de luminosidad; la quinta mostraba una forma vaga y sinuosa dentro del lago. Gray describió de modo impreciso el tamaño de la criatura («era muy grande», se limitó a decir), aunque su piel parecía lisa, brillante y de un color oscuro. El posterior análisis de los negativos fotográficos no halló indicios de trucaje.

A pesar de ello, los informes de testigos visuales crecían alarmantemente. Con seguridad, una de las descripciones más detalladas del monstruo nos la proporcionó en 1934 un estudiante llamado Grant. Este joven recorría una noche en motocicleta una carretera al borde del lago cuando descubrió algo que le dejó atónito —aunque más tarde se dijo que rodo había sido una broma de su amigo Alex Menzies— como explicaba en una descripción que se hizo famosa:

Vi algo negro en la orilla derecha de la carretera. Observé que aquella cosa negra se ponía en movimiento y enseguida pensé que se trataría del monstruo. Detuve la moto y enfoque hacia aquel sitio la luz del faro. Me encontraba sólo a menos de 30 m del animal, el cual estaba sentado en el borde de la carretera. Hizo oscilar su cabeza, primero hacia el lado derecho y luego hacia la izquierda. Después se levantó y se acercó un poco. De un salto se plantó en medio de la carretera, andando con un movimiento lateral de sus aletas posteriores, que reconocí con facilidad y que estaban provistas de membranas natatorias, con las que también se desplazaba por tierra. Luego se sujetó sobre sus aletas anteriores,

que también pude ver muy bien y que no tenían membranas natatorias.

Vi al monstruo totalmente, desde la cabeza a la cola. La cabeza semejaba a la de las serpientes y era pequeña y redonda. Me impresionó mucho el ojo, muy grande y hundido. No existía proporción entre el cuerpo y la cabeza. Sus poderosas mandíbulas podrían sujetar perfectamente un cordero o una cabra. Presentaba en el lomo dos protuberancias que de ninguna manera llegaban a ser jorobas. El cuerpo aumentaba de volumen por detrás como el de los canguros. La cola era gruesa y roma, un poco retorcida en su extremo. La longitud total del monstruo, desde la cabeza hasta el límite de la cola, podría ser de unos 5 m, y desde luego, no era más de 6. La piel aparecía con un color entre gris oscuro y negro, semejante al de las ballenas. Pude ver que el animal desaparecía por el borde izquierdo de la carretera y desde allí se lanzó al agua. Levantó una gran ola.

Con tales antecedentes, llegó a finales de 1933 el cazador M. A. Wetheral, contratado por el *London Daily Mail*, junto a su fotógrafo personal y varios ayudantes. Apenas se habían puesto manos a la obra cuando descubrieron unas huellas que por su forma y tamaño atribuyeron a una pata de Nessie. Sacados los correspondientes moldes de las mismas, se apresuraron a remitir su sorprendente hallazgo al Museo Británico para un mejor estudio con la esperanza de ver irrebatiblemente confirmada la existencia del monstruo. No obstante, los expertos afirmaron con toda rotundidad que las controvertidas huellas pertenecían a un hipopótamo. Finalmente se aclaró que, en efecto, habían sido realizadas con una pata disecada de hipopótamo que servía de paragüero en el hogar de un lugareño con dos hijos traviesos.

LAS «FOTOGRAFÍAS DEL CIRUJANO».

Poco después, en abril de 1934, tuvo lugar el célebre avistamiento atribuido supuestamente al cirujano Robert Kenneth Wilson, que se vio acompañado de la toma de cuatro fotografías. Aunque las dos primeras se velaron, las dos segundas mostraban el largo cuello de Nessie en proporción al resto del cuerpo. Algunos años después, el investigador escocés Stuart Campbell sostuvo que las tomas de Wilson eran pura filfa. Dado el ángulo de la imagen y la ausencia de un primer plano, argüía Campbell, la cámara debió haberse colocado a unos 70 metros del objeto, y no a la distancia de 20 metros generalmente supuesta. En opinión de este investigador, Wilson falseó su separación respecto al objeto para hacer pasar por un monstruo lo que, en realidad, era una nutria. En un vaivén de pruebas y contrapruebas, dos oceanógrafos de la universidad de Columbia analizaron las discutidas fotografías y opinaron que reproducían a una criatura de gran tamaño cuyo cuello sobresalía más de un metro sobre el agua.

En 1993 la cadena televisiva Discovery Communications encargó el análisis de los negativos originales, durante el cual apareció un pequeño objeto blanco en todos ellos, cuya presencia se imputó a una posible manipulación de la película fotográfica. Al año siguiente, David Martin y Alastair Boyd publicaron un libro en el que sometían las fotografías a un exhaustivo examen, tras el que revelaban que todo había sido un montaje urdido como revancha por el despedido Marmaduke Wetheral, quien tras el incidente de la pata de hipopótamo había quedado con su reputación muy malparada. Wetheral había contado con el auxilio de Christian Spurling —encargado de esculpir la figura del monstruo—, el hijo de Marmaduke y el agente de seguros Maurice Chambers, que pasó las imágenes a Wilson pidiéndole que se las ofreciera al *Daily Mail*. Lo cierto es que Wilson siempre se mostró reticente a verse relacionado con el asunto[21].

La denuncia de Martin y Boyd recibió a su vez críticas que ponían en duda el desenmascaramiento, sugiriendo que, en realidad, las

fotografías de Wilson podían ser auténticas[22]. Sin embargo, la veracidad de esas imágenes quedó definitivamente en entredicho, lo que fortaleció a los escépticos en su reticencia a aceptar la realidad de Nessie. Tampoco logró convencerles de ello la trágica muerte en 1952 del famoso piloto de lanchas rápidas John Cobb, cuando trataba de batir la marca mundial de velocidad sobre las aguas del Ness. Las condiciones era supuestamente ideales, y sin embargo la lancha de Cobb se despedazó al llegar a una zona de aguas revueltas, lo que algunos atribuyen al desafortunado paso de la joroba del monstruo a muy poca profundidad por debajo de la superficie.

COMIENZA LA BÚSQUEDA

A mediados de los años treinta la noticia de que en Escocia había un lago habitado por un monstruo de tiempos remotos, se propagó por toda Gran Bretaña y no tardó en saltar al resto del mundo. El número de turistas se multiplicó desmesuradamente en los periodos vacacionales; largas caravanas de automóviles se extendían kilómetros y kilómetros en dirección al lago Ness, mientras proliferaban los vendedores de recuerdos más o menos escrupulosos. En Londres un restaurante ofrecía un plato con un nombre inspirado en el asunto, en Estados Unidos un avispado modisto diseñó un conjunto de señora llamado «loch Ness», e incluso se rumoreaba que el primer ministro británico, Ramsey McDonald, había mostrado interés por el caso.

Pese a este ambiente de furor sensacionalista, ya entonces se contaba con testimonios de una calidad que difícilmente podían ser rechazados sin más por los escépticos. Uno de ellos es el de Alex Campbell, administrador de las aguas en el lago Ness en 1934, y encargado de la protección de los salmones migratorios. Fue en el curso de esta labor cuando tuvo ocasión de ver al monstruo, una experiencia que se repitió otras dieciocho veces durante los cuarenta

años que este sobrio escocés trabajó en la zona. También el químico inglés y premio Nobel, Richard L. M. Synger, contempló a la criatura en el año 1938.

I os indicios más sólidos de que existe algo desconocido en el lago Ness se robustecieron tras la segunda guerra mundial, gracias a los avances en las técnicas de detección subacuática, como el sónar, las cámaras de fotografía submarina equipadas con infrarrojos, etc. En 1954, un barco de investigación provisto de sónar captó la presencia de un gran objeto móvil, que no fue capaz de identificar, a 150 m de profundidad. El 23 de abril de 1960, Tim Dinsdale, ingeniero aeronáutico de 35 años, filmó 12 m de una película de 16 mm en la que se aprecia una especie de joroba (supuestamente el lomo de Nessie) que se aleja de la cámara, gana velocidad y se sumerge. Estas secuencias pueden calificarse de gran valor debido a la relativa claridad de las tomas y a la superior dificultad que implica el trucaje de una película comparado con el de una fotografía.

La peripecia personal de Tim Dinsdale es digna de relatarse como ilustración de que las personas pueden sentirse realizadas consagrándose con honestidad a las más diversas tareas. Todo comenzó una noche de 1959 en la que cayó en sus manos un artículo sobre el enigmático ser del lago escocés. A medida que iba leyendo el interés de Dinsdale por este misterio se acrecentaba, hasta el punto de que aquella noche sus sueños lo reflejaron a él mismo caminando por las orillas del lago en busca del monstruo. Al despertar por la mañana, Dinsdale se levantó convencido de haber encontrado su misión en la vida. Sin la menor vacilación se dedicó a analizar en los meses siguientes toda la información disponible sobre el asunto, y en abril de 1960 partió en el que sería el primero de sus cincuenta viajes al lago Ness.

Tras cinco infructuosos días de continuas entrevistas con testigos e intensas jornadas de observación con prismáticos, el intrépido ingeniero inglés madrugó de nuevo para pasar otras cuatro horas de vigilancia del lago. Había ya decidido regresar al hotel para desayunar cuando advirtió una cierta turbulencia en las aguas. Tomó

de inmediato sus prismáticos y con ellos pudo apreciar una larga forma ovalada de color caoba en la superficie, Tan velozmente como pudo hacerlo, Dinsdale comenzó a rodar aquella extraña figura que nadaba en zigzag recorriendo una distancia de entre kilómetro y kilómetro y medio para luego desaparecer sin dejar rastro[23]:

Muy temprano en la mañana del sábado 23 de abril de 1960, al regresar de mi guardia de la madrugada, descubrí algo que parecía muy grande, en el agua, muy lejos. Yo estaba en mi coche, con la cámara montada en un trípode a mi lado, en lugar del asiento del acompañante que había desmontado, y me encontraba en un lugar donde se podía ver la bahía de Foyers, a unos cien metros de altura sobre la ladera de la montaña. Eran casi las nueve de la mañana y el agua parecía muy calma y el aire tan transparente como el cristal.

El sol brillaba sobre el objeto y pude ver un objeto inmenso, extraordinario, que parecía el espinazo de un gran animal de color rojizo oscuro. Sobresalía del agua casi un metro, y las protuberancias de su cuerpo serían de metro y medio a dos metros. Tendría la longitud de un barco que estaba inmóvil y presentaba una gran mancha rojiza en su flanco izquierdo. Podía verlo muy bien. Me detuve al lado de la carretera, tomé mis binoculares y lo examiné cuidadosamente. Así, ampliado siete veces, podía verlo mucho mejor. No era un bote y estaba absolutamente inmóvil. Pero de pronto, mientras lo miraba, volvió a la vida y emergió del agua, levantando olas concéntricas. Fue un momento electrizante; aquella cosa grande comenzaba a moverse por el agua. Y pude ver que era el lomo de un gran animal, un extraño lomo giboso, y en el lado izquierdo tenía una curiosa mancha oscura. No tenía aletas, como una ballena. De eso estaba seguro. Volví mi cámara hacia él y rodé unos trece metros de película en blanco y negro. El alcance de mi cámara estaba el límite, y sin embargo estaba filmando esa joroba que atravesaba el agua dejando a su paso una estela cristalina. Después se acercó a la orilla opuesta, dio una vuelta de noventa

grados y avanzó bajo el agua levantando una ola que, por lo que se ve en la película, tenía una altura de medio metro o poco más.

Después de sumergirse, giró bruscamente a la izquierda debajo del agua, y recorrió unos 400 metros junto a la costa, dejando tras de sí la estela en forma de v sobre la que había leído varios informes y de la que me había hablado un turista tres días antes. Detuve la cámara cuando sólo me quedaban cinco metros de película y seguí con el coche a lo largo de la ladera, hasta que encontré un trecho de campo abierto sobre la costa desde donde esperaba poder tomar vistas mucho más próximas del monstruo, pero cuando llegue al borde del agua no se veía nada en una extensión de varias millas: solamente la superficie helada. ¡El monstruo había regresado a las profundidades!

Decepcionado, volví a tomar el desayuno. Luego conseguí que el dueño del hotel me prestara un pequeño bote a motor para poder filmarlo y tener un medio de comparación. Evidentemente, si en la misma película, después del monstruo, filmaba un bote del tipo que se usaba corrientemente en el Loch Ness, quedaría por lo menos comprobado que el objeto no era un bote: era una comparación vitalmente importante.

Más tarde, de vuelta a Inglaterra, hice revelar cuidadosamente la película en los laboratorios de Kodak, y en las semanas siguientes la exhibí en forma privada ante varias personas; pero sólo cuando se vio por televisión, en el famoso programa Panorama, dirigido por Richard Dimbley, la noche del 13 de junio de 1960, el monstruo del Loch Ness volvió a ser un tema de interés popular y un motivo de serias discusiones.

Por mediación del parlamentario David James (personalmente interesado en el tema), los miembros de una asociación de aficionados llamada «Centro de Investigación de los Fenómenos del Loch Ness», entregaron en 1965 la película de Dinsdale a un grupo de expertos militares especializados en el análisis de fotografías aéreas denominado JARIC (Joint Air Reconnaisance Intelligence

Centre, entre cuyos méritos se contaba haber descubierto las bases secretas desde donde los alemanes lanzaban los proyectiles V-1 y V-2 sobre Inglaterra), solicitándoles su autorizada opinión. La respuesta recibida fue un muy interesante informe de dos mil palabras que constituye quizás una de las pruebas de mayor consistencia y neutralidad en favor de la existencia del monstruo.

A fin de realizar un estudio exhaustivo, los técnicos militares ampliaron 20 veces cada fotograma y establecieron escalas precisas para determinar las distancias longitudinal y transversal a la línea visual. Según este informe, el objeto se alzó un metro sobre el nivel del agua desplazándose a 16 km/h, y la forma redondeada del cuerpo parece indicar que poseía una parte sumergida de por lo menos medio metro. El gabinete militar descartó que se tratase de una embarcación de superficie ni submarina, por lo que probablemente se debería a un ser vivo cuya sección transversal daría unas dimensiones mínimas de 80 m de anchura por 1,50 m de altura. El bote que Dinsdale filmó en los últimos cinco metros de película fue muy importante para determinar el tamaño y velocidad atribuibles al objeto misterioso, de modo que el JARIC pudo declarar finalmente:

El objeto filmado no es, de ninguna manera, una nave de superficie ni un submarino, lo cual nos obliga a concluir que se trata de un objeto animado. En el momento de filmación, el objeto se encontraba a unos 1,50 metros sobre la superficie del lago Ness, y aún si tuviera el fondo plano, la redondez natural de los cuerpos tal como se presentan en la naturaleza, hace suponer que se hundía por lo menos 60 centímetros bajo las aguas. De estos datos puede deducirse que la sección transversal del mismo no es menor de 1,80 metros por 1,50 metros de altura. La longitud total del objeto se aproxima a los 4-5 metros y en el momento de haber sido captado, se desplazaba a unos 10 nudos.

Dos fotogramas de la película rodada por Dinsdale.

Un autor que más tarde se convertiría en uno de los más destacados buscadores de Nessie comentó al respecto[24]*: «Este*

análisis del en 1966 es importante como estudio independiente efectuado por expertos libres de prejuicios en favor o en contra de la idea del monstruo». El JARIC, en efecto, aseguró que no se trataba de un barco ni de un submarino, pero lógicamente no se pronunció sobre la naturaleza del objeto en movimiento. La gran distancia que separa la cámara del cuerpo filmado ocasionó una baja resolución en la imagen, sin apenas detalles apreciables por la cantidad de granulado que los difuminan.

Casi treinta años después, en 1993, los realizadores del documental «Loch Ness Discovered» llevaron a cabo un análisis digital de la película de Dinsdale. El técnico informático encargado de ello, detectó en el negativo una sombra de difícil visión en el positivo de las imágenes. Aclarando y superponiendo los fotogramas apareció un contorno similar al de la parte trasera de un cuerpo con dos aletas posteriores y dos jorobas adicionales. No obstante, tampoco podía descartarse que el ángulo del sol con respecto a la superficie del lago, o turbulencias circunstanciales en el agua, creasen una sombra de esas peculiares características. Para avivar la polémica, a finales del siglo XX el JARIC hizo un nuevo examen detallado utilizando las técnicas más modernas y concluyó que el objeto filmado era un bote pequeño. En contra de las afirmaciones realizadas específicamente por Dinsdale, que con sus prismáticos descartó esa posibilidad, la versión oficial actualmente aceptada asocia este misterioso objeto acuático con una de las pequeñas embarcaciones pesqueras utilizadas por los lugareños.

Ahora bien, exámenes igualmente cuidadosos de la película efectuados por otros autores[25]*, conducen a conclusiones bien distintas. Analizando la filmación fotograma a fotograma, se observa que la estela ancha y pronunciada del objeto difiere con claridad de la producida por un barco. Una embarcación a motor no sólo crea ondas semicirculares sobre el agua sino también una línea central de turbulencia debida al aparato propulsor; la extraña joroba filmada por Dinsdale tan sólo provocaba una estela ondulada. En uno de los fotogramas, la joroba tuerce su rumbo a la derecha y un pequeño*

bulto secundario emerge levemente por detrás en el lado derecho de la estela, como si ambas protuberancias formasen parte de un único cuerpo sumergido. A continuación la joroba desaparece de la vista pero la estela se estrecha abruptamente y prosigue, haciendo sospechar que un cuerpo de buen tamaño se mueve justo por debajo de la superficie.

Tim Dinsdale señalando un dibujo de la forma que, en su opinión, tendría Nessie.

También se aprecian chapoteos rítmicos en los bordes laterales de la estela, indicativos de que algo ejecuta un movimiento de remo empujando el agua hacia atrás mientras el objeto se impulsa hacia delante. Reviste especial importancia subrayar que el frente de la estela no experimenta movimiento vertical alguno. El desplazamiento natural de una pequeña embarcación muestra un cierto cabeceo hacia arriba y hacia abajo, ocasionado por su contacto continuo con las olas de la superficie. Por el contrario, la estabilidad de la línea

frontal de la estela delata su origen en un cuerpo sumergido de envergadura notable que va proyectando una importante masa de agua delante suyo a medida que avanza. A ello hay que añadir el fracaso de diversos intentos destinados a duplicar el efecto visual de la película de Dinsdale utilizando el mismo equipo de filmación. En todos los casos, se delataba la imagen perfectamente reconocible de un bote pesquero a motor[26].

No fue ésa la única vez que Dinsdale se encontró con Nessie. Años más tarde él mismo contaría:

Vi un objeto a una distancia de unos 250 metros. Cuando salió del agua lo primero que pensé es que era el cuello de un cormorán, pero evidentemente no era eso. Era demasiado grande y parecía como una serpiente negra, como una anaconda gigante, eso parecía. Salió del agua de esa manera y después se sumergió. Produjo un torbellino de espuma blanca, rompió de nuevo la superficie con otro estallido de espuma y desapareció. Ya no volvía verlo; fue muy rápido, cuestión de segundos, pero fue real.

El esfuerzo pionero de Dinsdale —fallecido a finales de 1987— dio como fruto la creación en 1962 de la Oficina de Investigación de los Fenómenos del Lago Ness, organismo en cuya fundación participaron el ya mencionado David James, Constance Whyte[27], *el naturalista sir Peter Scott (hijo del conocido explorador antartico Robert Scott), junto a otras personalidades públicas. Desdichadamente, la campaña de investigación llevada a cabo ese mismo año no arrojó resultados positivos. Pese a escudriñar el 70% de la superficie del lago desde mayo a octubre con cuadrillas de voluntarios, explorar el lago con sónar, sobrevolarlo en helicóptero, lanzar piedras untadas con grasa de salmón y otras sustancias malolientes (supuestamente capaces de actuar como estímulo sexual para el monstruo), o reproducir con altavoces la sexta sinfonía de Beethoven bajo el agua, no se cosechó prueba de peso alguna.*

Con todo, cada vez eran más los miembros bien reputados de la comunidad científica que se tomaban la molestia de analizar seriamente el caso del lago Ness. Uno de ellos fue Roy Mackal, bioquímico en la universidad de Chicago de cuarenta años de edad en 1965, que había ganado cierto renombre por sus investigaciones sobre el ADN. Mackal entró casualmente en contacto con el mundo de los buscadores de Nessie, mientras pasaba unos días de vacaciones en Inglaterra. Al instante quedó fascinado por la ilusión de estos voluntarios. Después conoció a David James y vio la película de Dinsdale. Mackal regresó a Estados Unidos convertido en un firme baluarte de la causa de Nessie al otro lado del Atlántico, donde recaudó importantes fondos para las tareas de investigación y atrajo la atención de destacados científicos sobre el problema. El intento de este bioquímico por utilizar un arpón para identificar al monstruo analizando muestras de su tejido despertó malestar entre los lugareños e incluso originó un encrespado debate en la Cámara de los Lores. La tentativa, empero, hubo de ser abandonada cuando el batiscafo Viperfish demostró ser demasiado lento y torpe para tan delicada misión.

RINES ENTRA EN ESCENA

Entre el público asistente en 1970 a una de las conferencias de Mackal en el Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), se encontraba un emprendedor bostoniano de cuarenta años que ligaría para siempre su nombre al del enigmático lago escocés. Licenciado en física y Derecho por el MIT, Robert Rines ejercía como abogado especialista en patentes, terreno al que había sido llevado por su interés en patentar inventos de su propia cosecha, como algunas versiones mejoradas del sónar y el radar. Su espíritu inconformista le impulsó a establecer en New Hampshire una escuela de leyes dedicada a formar abogados en esta especialidad. En 1962 fundó un centro de investigaciones denominado Academia

de Ciencias Aplicadas sin vinculación alguna con universidades o instituciones científicas al uso, con el fin de respaldar áreas de investigación poco corrientes. Fue desde este foro —nada convencional pero entre cuyos integrantes se encontraban científicos de reputado crédito profesional— que Rines animó a sus colegas a abordar una búsqueda sistemática y rigurosa de pruebas destinadas a desvelar el enigma del lago Ness. Su empeño entusiasta sólo se apagó con su fallecimiento, el uno de noviembre de 2009, a la edad de ochenta y siete años.

Robert Rines en el año 2008.

Ya en agosto de 1968, un equipo de sónar con filmadora instalado y dirigido por el profesor D. G. Tucker, jefe del departamento de electrónica e ingeniería eléctrica de la universidad de Birmingham, detectó a unos 800 m de los aparatos un gran objeto que ascendía a 19 km/h. El profesor Tucker descartó que los

insólitos ecos del sónar hubiesen sido producidos por peces o burbujas de aire[28]*. Al año siguiente, siguiendo las sugerencias de Andrew Carroll, investigador de campo del Acuario de Nueva York, se rastreó el lago con un sónar de exploración móvil (Scanner Honeywell 11 - 100 KHZ). La empresa fue financiada por la Fundación Griffis, así llamada en honor de Nixon Griffis —a la sazón director del acuario neoyorquino— y registró un contacto que duró tres minutos a una profundidad de entre 70 y 160 m. El funcionamiento del sónar es similar al del radar con la diferencia de que transmite sonidos en vez de ondas de radio. Esos sonidos producen ecos cuando colisionan con algo cuya densidad sea distinta de la del agua. La intensidad del eco es proporcional a la diferencia de densidad del objeto detectado respecto al agua, lo cual le permite registrar no sólo objetos sólidos sino también volúmenes de aire. Puesto que la mayor parte de los vertebrados acuáticos poseen cavidades de aire (vejigas natatorias, pulmones), ello permite al sónar descubrir la presencia de animales en el interior de masas de agua.*

Riñes llegó al lago Ness en 1970 acompañado de Martin Klein, inventor de un sónar especialmente sensible utilizado en el rastreo de naufragios y prospecciones petrolíferas marinas. Nada más comenzar, Klein detectó la presencia de objetos móviles entre diez y cincuenta veces más grandes que el mayor pez conocido en el lago, junto a indicios de lo que podrían ser grandes cavernas en sus paredes. Los hidrófonos detectaron, además, lo que parecían ser sonidos empleados por un animal con capacidad de eco-localizar sus presas antes de cazarlas. Al igual que los murciélagos perciben la presencia de obstáculos ante ellos por el rebote de los sonidos que ellos mismos emiten, los animales ecolocalizadores pueden conocer la posición de sus presas por la reflexión de los sonidos que ellos lanzan. Las grabaciones hidrofónicas de Mackal no se parecían a las emisiones típicas de los animales acuáticos conocidos. Pero lo más extraordinario es que en varias ocasiones los hidrófonos re-emitieron los sonidos grabados hacia el interior del lago en un intento de

comunicarse con las criaturas, y más de una vez obtuvieron lo que parecía una respuesta.

Estimulado por estos datos, Rines regresó al año siguiente con un equipo todavía mejor, consistente en una cámara submarina sincronizada con una potente lámpara de flash estroboscópica. Esta lámpara había sido desarrollada por Harold «Doc». Edgerton, del MIT, experto en iluminación de Jacques Cousteau durante años y creador de la técnica de fotografía con temporizador.

La paciente constancia de Rines se vio recompensada en 1972, cuando logró tres importantes fotografías que han pasado a los anales de la criptozoología. Una madrugada de agosto el equipo de sónar instalado en una embarcación de vigilancia detectó la presencia de un gran objeto sumergido, mientras los salmones daban muestras de una frenética agitación saltando como si tratasen de escapar de algún predador. Las dos fotografías más interesantes tomadas en ese momento hubieron de ser intensificadas por ordenador a causa nuevamente del agua tan turbia que contiene el lago Ness. Pero, sea como fuere, ambas fotografías muestran imágenes no falsificadas, desde luego, y de interpretación bastante delicada.

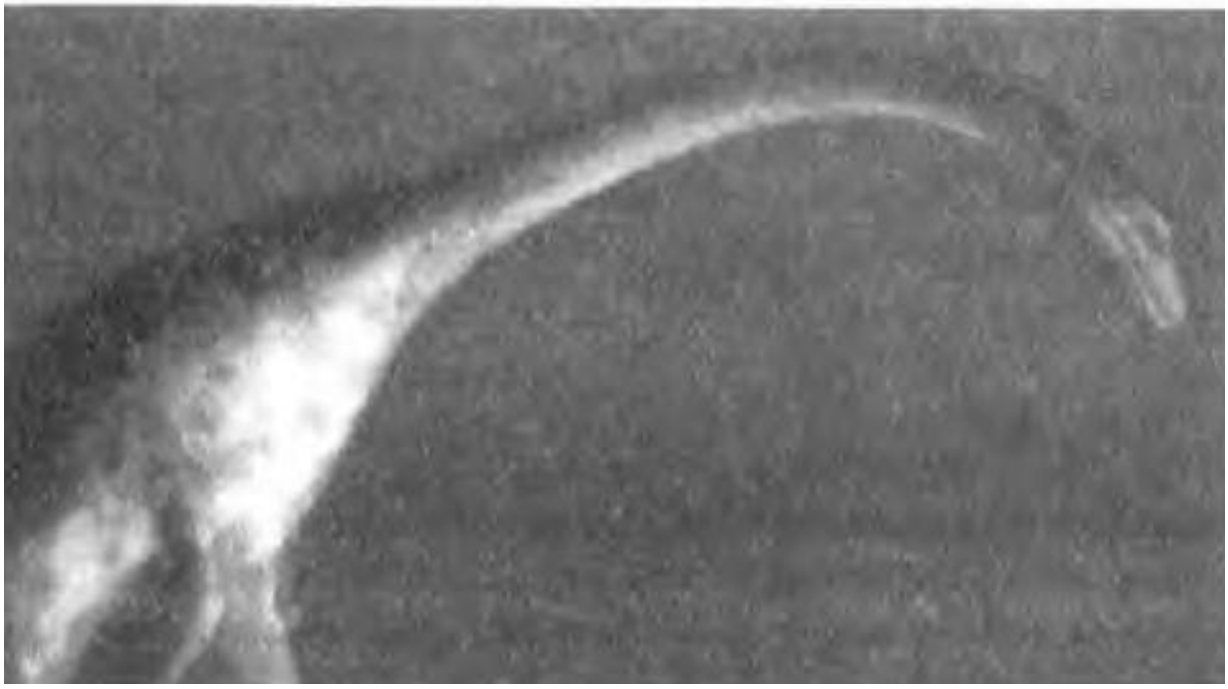
En otra de las fotografías se observa, incluso con mayor claridad que la anterior, un objeto de aproximadamente 2,5 m de largo y 1,2 m de ancho, que presenta todas las características de una aleta con forma romboidal. Tal vez se pueda discutir sobre si se trata de una aleta o no, pero de lo que no hay duda es de que si lo es, no pertenece a ninguno de los animales conocidos del lago. La fotografía de esta extraña aleta rombiforme es la que inspiró el nombre dado a Nessie por los criptozoólogos y naturalistas interesados en el problema: Nessiteras rhombopteryx («monstruo —o ser maravilloso— del lago Ness con aletas en forma de rombo»). Así, en un célebre artículo publicado en la prestigiosa revista Nature con la firma de sir Peter Scott y Robert Rines, se explica la necesidad de contar con ese nombre sistemático para gozar de la protección

que la legislación británica brinda a las especies en peligro de extinción[29].

Tres años más tarde otra serie de fotografías submarinas de Rines produjeron una nueva conmoción. La Academia de Ciencias de Nueva York había donado setenta y cinco mil dólares para financiar la nueva expedición, con un equipo semejante al empleado en 1972, aunque con capacidad para tomar un mayor número de fotografías en color. Se modificó la fuente de iluminación y su alcance útil aumentó a 6-7,5 metros. Con tales sistemas funcionando, el 20 de junio de 1975 las cámaras acuáticas se dispararon en dos ocasiones por efecto del sónar con una diferencia de seis horas, pero por mera casualidad Rines no llevó a revelar el carrete hasta dos meses después. El encargado de la operación fue su amigo Charles Wyckoff, un talento de la fotografía e inventor de la película de la cámara de alta velocidad usada para fotografiar pruebas nucleares. Lo que entonces vieron Rines y Wyckoff al revelar los negativos les llenó de estupefacción. En una de las imágenes se aprecia con suficiente concreción, a pesar de la borrosidad, la típica silueta de un animal de cuello largo y cuerpo voluminoso que pasa lateralmente por delante de la cámara. Wyckoff calculó que la fracción visible de la bestia —el cuerpo del animal sobrepasaba los límites de la fotografía— medía más de seis metros.

«Creemos que se trataba de un animal —explica Rines— con una longitud de entre diez y dieciséis metros, con cuello largo y muy robusto, una cabeza probablemente pequeña, aletas con forma de diamante, y una cola muy grande. Nos gustaría que los zoólogos pusieran nombre a esas cosas. Como abogado puedo repetir lo que alguno de nuestros colegas británicos comentaron: si la historia de Nessie fuese un caso de asesinato, haría mucho tiempo que alguien estaría condenado».

Una de las fotografías que parece mostrar la asombrosa silueta de Nessie



Reconstrucción artística de la presunta figura de Nessie.

El furor desatado por estas sobrecogedoras imágenes inclinó por primera vez la balanza del lado de los buscadores del monstruo, concediendo respetabilidad a su empeño y atrayendo a sus filas a eminentes hombres de ciencia. El Dr. George R. Zug, por ejemplo, se permitió especular en público sobre la identidad de la criatura en su calidad de especialista en reptiles y anfibios del Instituto Smithsonian del Museo Nacional de Historia Natural de Washington D.C. sir Peter Scott, entre tanto, influyó sobre la Real Sociedad de Edimburgo con objeto de convocar un simposio internacional sobre la cuestión a la luz de los nuevos indicios. Por desgracia dicha reunión no llegó a realizarse a causa de los desfavorables informes preliminares sobre las fotografías emitidos por el Museo Británico, Tal vez presionados por el vendaval periodístico, o temerosos de caer en el ridículo si finalmente se equivocaban, estos expertos adoptaron la postura más conservadora atribuyendo las imágenes a burbujas de gas alojadas en bolsas de las larvas de unos diminutos insectos habituales en los lagos escoceses.

La explicación de las burbujas de gas, como la de las nutrias asustadizas, caballos muertos, troncos de árbol, restos vegetales en descomposición, barcos de pesca, pájaros, ciervos o ilusiones ópticas, cuando se aplican a los casos más interesantes —sin ser totalmente descartables— alcanzan un grado de inverosimilitud comparable al de la propia existencia del monstruo que pretenden desmentir. Hoy sabemos, por ejemplo, que al parecer el referido fenómeno de burbujeo no puede producirse en el lago Ness. La acidez de sus fondos y laderas impide la putrefacción, transformando en polvo las sustancias vegetales depositadas en su lecho sin desprendimiento de gas alguno. Así pues, sea lo que fuere la figura fotografiada por Rine, ciertamente no era un cúmulo de burbujas de gases surgidas de la descomposición de materia orgánica.

UNAS IMÁGENES POLÉMICAS

El análisis de las imágenes de Rines nos lleva a un fuego cruzado de argumentos y contra-argumentos en medio del cual resulta difícil determinar el genuino valor probatorio de las mismas. La primera de las fotografías tomadas en 1972 parece mostrar algo semejante a un apéndice en forma de rombo, cuya medida, obtenida por medios ópticos es de 3 a 4 metros de longitud y de 0,60 a 1,20 metros de anchura. Quince segundos después se fotografió una estructura similar a una cola de 2,50 metros de longitud. Todos esos objetos no podían encontrarse a más de 4,5 metros de distancia, pues ése era el alcance máximo de la cámara. La última fotografía, tomada quince segundos más tarde, muestra nuevamente el agua tranquila. La carga de la película de 16 mm fue extraída poco después, enviada a Estados Unidos y revelada en los laboratorios de la compañía Eastman Kodak.

Los encuadres resultaron demasiado confusos y borrosos debido a la turbidez de las aguas del lago. Por ello, con el fin de mejorar la calidad de las fotografías, se solicitó al Jet Propulsion Laboratory, de

Pasadera (California), que las sometiese al mismo proceso de mejora digital que las fotos enviadas desde Marte por las sondas Viking I y II. Después de haber sido procesadas por computadora se logró apreciar claramente una aleta en forma de rombo. «No parece propia de un mamífero. La forma general y la de la aleta en particular —declaró H. Lyman del New England Aquarium-— no concuerdan con nada actualmente conocido». Por su parte, sir Peter Scott, director del Fondo Mundial de Conservación de la Vida Salvaje y miembro fundador Oficina de Investigación de los Fenómenos del Lago Ness (LNPIB), se ufanó diciendo:

La mayoría de la gente pensaba hasta ahora que quienes creíamos que allí había algo éramos unos lunáticos. Estoy convencido de que las fotografías muestran a los animales que dieron origen a la leyenda del lago Ness… Lo más importante que se ve es la aleta del animal, que encuentro muy convincente. No hay ballena o delfín conocidos que tengan aletas de esa forma. Pero hay aletas de la misma forma general en los registros fósiles de reptiles prehistóricos.

Los periódicos ingleses señalaron pronto que el nombre asignado al monstruo por sus descubridores, Nessiteras rhombopteryx, era un juego de palabras que escondía la frase Monster hoax by Sir Peter S. («Monstruo falsificado por sir Peter S.»). Robert Rines, por su parte, contraatacó señalando que un barajado alfabético igual de ingenioso proporciona la frase, Yes, both pix are monsters («Sí, ambas fotos son monstruos. R[ines]»). Scott, ajeno a la frivolidad de esta discusión, insistía en la probable escasez de monstruos en el lago Ness, con el correspondiente peligro de extinción de la especie: «Deben quedar muy pocos, entre 20 y 50». Al mismo tiempo anunció una reunión de investigadores en Edimburgo para discutir la cuestión de los monstruos del lago en todas sus facetas, momento en el cual cinco científicos del Museo Británico de Historia Natural se pronunciaron en contra de las supuestas evidencias presentadas por

el equipo de Rines. Los zoólogos J.C. Sheals, G.B. Corbet y H. Greenwood; el paleontólogo H.W. Ball; y el encargado de fósiles y reptiles A.J. Charig, después de examinar detalladamente las fotografías, declararon: que ninguna de ellas presentaba suficiente información para establecer la existencia o identidad de un animal viviente de gran tamaño en el lago Ness.

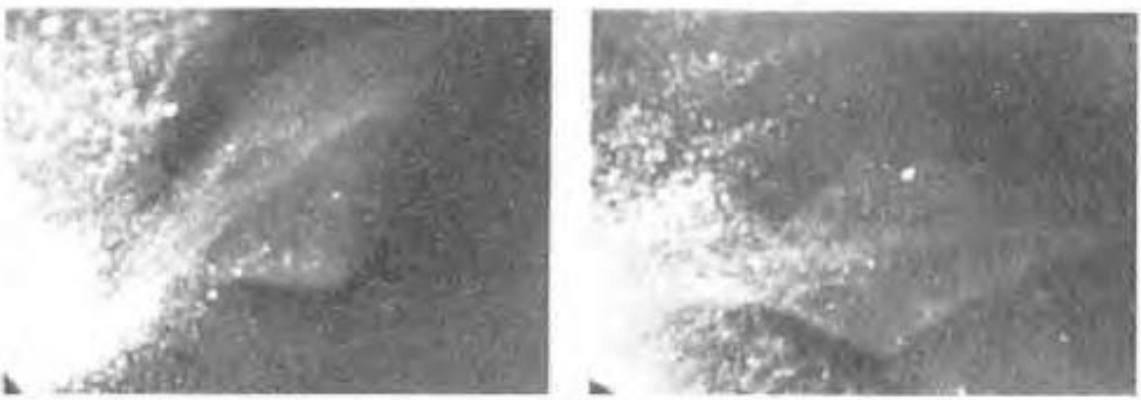
El asunto se enturbió todavía más cuando en 1983 dos ingenieros estadounidenses, Alan Kielar y Rikki Razdan, trataron de lograr sus propias imágenes disponiendo 144 aparatos de sónar sobre un área de 900 metros cuadrados, en lo que se denominó «Proyecto Iscan». Como nada se obtuvo en esa ocasión, para aprovechar el viaje revisaron los datos disponibles de otras expediciones —principalmente la de Rines— buscando posibles fuentes de error. Así creyeron descubrir, por ejemplo, que los trazos obtenidos con el sónar podían explicarse por el movimiento de los propios detectores llevados por las corrientes.

Fotografía original obtenida por Riñes (izq.) y la misma imagen (dcha.) realzada por el Jet Propulsion Laboratory, y —según algunas acusaciones— también por colegas de Rines.

Pero la polémica alcanzó su punto álgido cuando solicitaron información y copias de las fotografías procesadas a Alan Gillespie, del Jet Propulsion Laboratory (JPL), el técnico encargado de efectuar el realce por computadora. Para su sorpresa, el material que

recibieron diferían sensiblemente de lo que se había mostrado al público, puesto que las mejoras aplicadas por los técnicos del JPL no evitaban la formación de imágenes bastante borrosas. Por tanto, sólo cabía explicar la magnífica definición del contorno y superficie de la aleta mediante un retoque adicional realizado —al parecer— por miembros de la Academia de Ciencias Aplicadas. Kielar y Razdan criticaron ya sin rodeos el proceso de purificación fotográfica de la imagen, insinuando que había sido retocada con el propósito de realzar su espectacularidad. Subrayaron, por ejemplo, que al mirar de cerca las fotografías se apreciaban las marcas del pincel a lo largo de los bordes.

Rines se defendió aduciendo que las técnicas de limpieza de imágenes aplicadas en este caso habían sido las mismas admitidas en todos los protocolos experimentales al uso, como las utilizadas, por ejemplo, para obtener primeros planos a partir de fotografías de planetas tomadas desde satélites espaciales. En efecto, los procedimientos típicos consisten en grabar la imagen sobre un soporte digital y crear con ella un mapa donde cada punto de la misma se asocia con su grado de luminosidad relativa. A continuación se aumenta el contraste de los puntos más oscuros a fin de aumentar la definición del contorno del objeto fotografiado. Los técnicos del JPLno añadieron nuevos puntos ni alteraron la configuración del negativo original. Lo que se hiciera con las imágenes después de su procesamiento allí, era algo de lo que no se responsabilizaban.



Las dos fotografías —ya procesadas para aumentar su nitidez— de las aletas, tomadas con intervalo de 45 segundos entre ellas. De una a otra, la forma de la aleta parece haber cambiado, pero no su posición relativa a la cámara.

El propio Wyckoff negó por escrito en 1984 las acusaciones de retoque de las famosas imágenes[30]*:*

> *Cuando la película original de 1972 fue revelada por Kodak… las transparencias en su forma original y sin realce alguno, fueron examinadas por mí y por varias autoridades, incluyendo las del Smithsonian, y fueron responsables de las descripciones del anexo adjunto… La Academia de Ciencias Aplicadas nunca ha elaborado ni expedido una sola fotografía procesada por los computadores del JPL con el menor ápice de «retoque» o cambio; las fotos de la aleta publicadas por la Academia… eran composiciones obtenidas superponiendo varios realces por ordenador con el fin de optimizar la nitidez de los bordes así como el contraste, un procedimiento reconocido y adecuado. En estas líneas Wyckoff —fallecido en 1998— está diciendo mucho, pues afirma que las imágenes originales se obtuvieron en forma de transparencias. Por consiguiente, cualquier reproducción impresa de las mismas implicaría una cierta elección del grado de contraste para aclarar lo que muestra la transparencia, la eliminación de*

manchas, la compensación del gradiente de luminosidad creado por el foco estroboscópico, o la aplicación de diversos filtros de color.

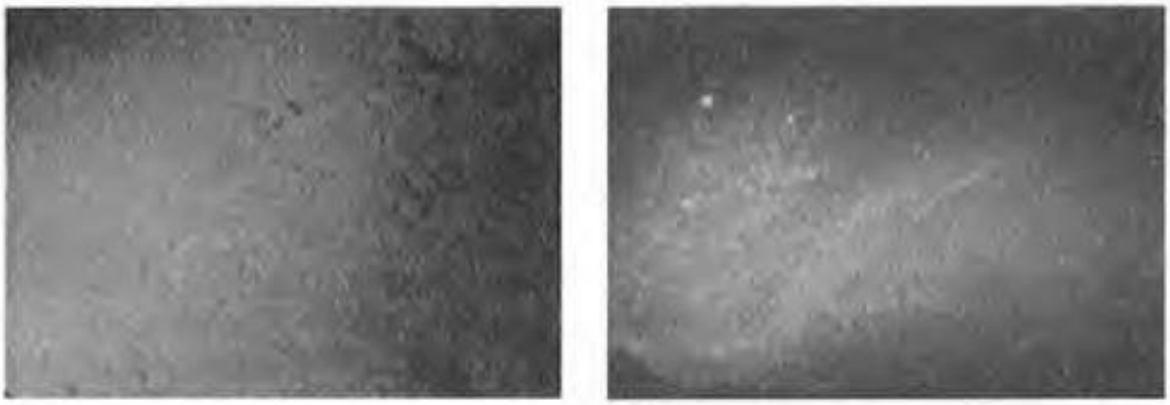


Imagen de prueba enfocada al fondo del lago (izq.) y fotografía original sin retocar —pero con el color cambiado— de la presunta aleta de Nessie (dcha.).

Ya en el umbral entre los siglos XX y XXI, Dick Raynor, componente del equipo de Rines en la década de 1970, se enroló repentinamente en el bando de los escépticos y puso en duda la interpretación de las polémicas fotografías. Consideró que la mala colocación de los equipos de sónar y el movimiento de las embarcaciones unidas a éstos, impedían correlacionar los registros de sónar con el disparo automático de las cámaras submarinas. Las fotografías originales de las «aletas» —en su opinión— no diferían significativamente de las imágenes de prueba tomadas del fondo del lago, salvo por el contorno romboidal que Raynor asocia con el surco causado por el arrastre de la cámara sobre las capas de sedimento en el fondo del lago. Añade, además, que las fotografías realzadas de la supuesta aleta muestran un patrón de luces y sombras que resulta incongruente si no admitimos algún tipo de retoque deliberado. No es necesario insistir en que tales juicios de valor encontraron un rechazo frontal en el resto de miembros del equipo de Rines.

La «gárgola» (izq.), junto a un dibujo basado en ella de la presunta cabeza del monstruo (dcha.).

Los críticos enfatizan el hecho de que sólo la expedición de Riñes logró fotografiar el supuesto monstruo. No consiguieron evidenciar la existencia de un extraño animal en el lago Ness las otras cuatro misiones organizadas al mismo tiempo por la National Geographic Society de Washington, bajo el mando del doctor Robert Ballard; por el The New York Times; por la Compañía Nacional de Radiodifusión de Estados Unidos (National Broadcasting Company), por un grupo de técnicos japoneses. En concreto, el doctor Robert Ballard, un prestigioso oceanógrafo, acudía acompañado de William S. Ellis, Emory Kristof y David Doubilet. Portaban un equipo de calidad similar al de Rines, aunque no tan completo. A su favor contaban con una embarcación más potente, el yate Corsair, y con más ingeniosos recursos para atraer a la bestia. Simularon los sonidos producidos por los peces al huir de algún perseguidor (método de probada eficacia para atraer predadores marinos como tiburones y barracudas); se utilizaron cientos de peces como cebos; se rociaron

distintas zonas con sangre y extracto de peces, etc. No obstante, tras dos meses de esfuerzos, ningún resultado positivo se logró.

Una de las fotografías tomadas en 1975 por Rines fue pronto conocida popularmente como «la gárgola», ya que mostraba un objeto de contornos toscos e irregulares, muy parecida a las grotescas caras de los monstruos esculpidos en las paredes de muchas catedrales. Otros observadores apreciaron una estrecha similitud con la cabeza de un monstruo artificial construido para filmar la película La vida privada de Sherlock Holmes. El muñeco se hundió en el lago durante el rodaje, lo que hizo suponer que ése era el origen de la extraña imagen. Tanto la «gárgola» como la cabeza del muñeco cinematográfico tienen dos características protuberancias, como los cuernos de los caracoles.

En 1987, durante la Operación Deepscan, con la ayuda de Dick Raynor, el Loch Ness Project se propuso encontrar la cabeza de gárgola. Se hizo descender una cámara de vídeo hasta un tocón de árbol sumergido, y las fotografías revelaron un extraordinario parecido con la supuesta imagen de la cabeza del monstruo tomada en 1975. Finalmente el tocón se recuperó, disipando así toda duda sobre su errónea identificación con la cabeza de Nessie.

PROSIGUEN LAS EXPEDICIONES

El interés público en la incógnita del lago no decayó, y en 1979 Rines volvió a la carga en una costosa y sofisticada campaña de observaciones patrocinada por el The New York Times. Más de dos docenas de investigadores —algunos de ellos científicos de reconocido prestigio— con un equipo de casi mil kilos de peso entre sonares e instrumental fotográfico, llegó en junio a la comarca de Inverness. Se instaló allí una cámara de 16 mm dotada de temporizador y un potente flash (programada para tomar una imagen cada quince segundos), un par de cámaras de 35 mm conectadas a la más potente luz de flash utilizada hasta el momento

en el lago Ness, y una cámara de vídeo en funcionamiento permanente que grabaría todo cuanto pasase delante suyo. Todo este equipo fue suspendido doce metros por debajo del agua a unos noventa metros de la orilla, a la altura de Temple Pier, junto al castillo de Urquhart, mientras que el centro de control se situaba en una pequeña casa costera a la que las líneas de corriente y los cables de televisión.

El verano de aquel año fue excepcionalmente seco y caluroso, las temperaturas superficiales de las aguas estaban más de dos grados y medio por encima de los habituales, 5,5 ^{0} C, lo que provocó un descenso en la cantidad de salmones y el desplazamiento de las especies animales buscando refugio en las zonas más profundas del lago. Ambas circunstancias —a juicio de los miembros de la expedición— no favorecieron la aparición de Nessie, de modo que las 108 000 fotografías realizadas por las cámaras subacuáticas no captaron ni siquiera la presencia de un pez. Tampoco tuvo éxito un aparato de rayos infrarrojos de gran resolución diseñado para detectar minúsculos cambios de temperatura producidos por la exhalación de cualquier criatura en sus inmediaciones.

A despecho de todas las dificultades arrostradas, los componentes del equipo investigador abandonaron el lago Ness con la fuerte sensación de que algo extraño habitaba en sus aguas más profundas. Esta impresión se debía a una serie de llamativos incidentes ocurridos en el transcurso de su estancia. El 24 de junio el sonar detectó el rastro de objeto de gran tamaño (con una anchura de casi dos metros) cuyas dimensiones superaban las de cualquier pez. Lo mismo sucedió el 30 de ese mes, cuando un gran objeto se situó fugazmente a unos 180 metros de la cámara antes de desaparecer enturbiando las aguas a su alrededor. Alrededor de la medianoche del 16 de julio, por ejemplo, Charles Wyckoff se encontraba vigilando la pantalla de televisión cuando la pantalla se fundió en negro como si hubiese cieno tapando el objetivo. Wyckoff pulsó el flash pero las aguas estaban tan negras que apenas vio nada hasta unos minutos después, momento en el que la cámara

pareció desplazarse violentamente a la derecha. Instantes después el aparato desapareció y hasta una hora más tarde no volvió a reaparecer como si nada hubiese pasado.

Sin desesperanzarse por sus fallidos esfuerzos, Rines anunció ese mismo año su pretensión de usar una pareja de delfines equipados con cámaras de sonar y luces de flash como buscadores de primera línea del monstruo. La idea consistía en entrenar a los delfines para acercarse a cualquier animal grande que descubriesen en el lago, una vez conseguido lo cual las cámaras acopladas a sus cuerpos documentarían el encuentro. La inesperada muerte de uno de los delfines, sin embargo, indujo a Rines al abandono de su plan. Pero en 2001 el equipo de Rines logró grabar la imagen de lo que parecía una osamenta sobre el fondo del lago, cerca de la bahía de Urquart, así como conchas de almejas y hongos que no se hallan normalmente en zonas de agua dulce. A juicio de estos investigadores, tales descubrimientos podrían sugerir el contacto de algún modo del lago Ness con el mar y una posible entrada del tipo de animales a los que Nessie pertenecería. Rines, no obstante expresó en 2008 su temor de que los monstruos se hubiesen extinguido por la falta de ecos de sónar y el reducido número de avistamientos registrados.

Fotos del equipo de Riñes en las que se aprecia algo semejante al cadáver de un gran animal (izquierda) y hongos (derecha) en el fondo del lago Ness.

El relevo en las grandes operaciones de búsqueda de Nessie fue recogido por Adrian Shine en 1987, año en el que organizó y llevó a cabo el llamado Proyecto Aguas Profundas (Operation DeepScan). Ese año veintidós barcos equipados con instrumental de rastreo submarino recorrieron gran parte de la extensión del lago Ness formando, al avanzar en paralelo, una larga hilera desde una orilla a la otra. De esa manera el avance en formación de las embarcaciones creaba una cortina de sónar desde la superficie hasta el fondo, a la que se esperaba que no pudiese sustraerse ningún gran objeto en movimiento. Tan sólo tres contactos significativos de sónar fueron registrados, pero uno de ellos desafió incluso el escepticismo de los incrédulos ingenieros encargados de supervisar la ejecución del proyecto. Cerca del castillo de Urquhart, el gráfico del sonar mostraba un cuerpo muy voluminoso moviéndose lentamente a más de cien metros de profundidad[31]*. Darrel Lowrance, presidente de una compañía electrónica de Tulsa (Oklahoma) —uno de los promotores del proyecto y responsable del equipo de sonar— declaró*[32]*: «Aquí hay algo que no enriendo, algo que es más grande que un pez; tal vez sea una especie que no ha sido descubierta aún. No lo sé».*

Un rastreo más modesto pero igualmente decidido es el que inició a finales de la década de 1980 el equipo dirigido por Roger Parker, provisto de sistemas ultrasensibles de detección subacuática. En su lancha portaban aparatos de primera calidad valorados en más de veinticuatro mil dólares de la época: cámaras, micrófonos, hidrófonos, detectores de cualquier variación en el barro del fondo, y sobre todo un sónar.

«En nuestra primera visita al lago —-dice Roger Parker— captamos un animal grande de más de trece metros. Lo tuvimos en pantalla más de hora y media. El animal detectado tenía en su sombra lo que aparentaba ser una cría. Y por cría entendemos una de siete metros. Algunas noches más tarde localizamos dos animales más pequeños, los cuales filmamos en color, de noche, en una

película de 6 mm. En la pantalla de sónar pueden verse muy juntos, representados por una serie de puntos unidos. Tales puntos son impulsos reflejados de una señal emitida por el transmisor del sonar. Por el eco y por la naturaleza de la señal creemos firmemente que se trata de grandes objetos animados».

Un turista videoaficionado tomó, en el verano de 1992., unas secuencias magníficamente claras desde las ruinas del castillo de Urquhart de un objeto semisumergido, casi a ras de la superficie del agua, que avanzaba con movimientos ondulatorios. Consultados los especialistas del Museo Británico se mostraron incapaces de determinar qué clase de objeto o animal es el que refleja la cinta de vídeo. Por las mismas fechas, el 12 de agosto de 1992, otro turista aportó unas fotografías al *Daily Mail* en las que se aprecia un largo cuello parduzco. Expertos de la RAF y de la Kodak atestiguaron que la imagen no había sido trucada.

Unas semanas más tarde se publicaron las conclusiones del minucioso rastreo del lago denominado Proyecto Urquhart. El estudio fue organizado por The Natural History Museum, The Fresh-Water Biological Institute, The National Museum of Scotland y The Royal Scottish Geographical Society, con el apoyo de la Royal Geographical Society. Tras peinar durante dos meses el lago con dos barcos oceanográficos, el MV *Simrad* y el *Royal Scottish*, equipados con potentes sistemas de sónar y seguimiento vía satélite, los promotores del proyecto afirmaron la inexistencia de todo rastro indicativo de cualquier animal ignorado. Mas la confusión volvió a introducirse en el debate cuando a finales de octubre de ese mismo año se admitió que, en efecto, se había detectado en el mes de julio un objeto móvil y muy grande que no pudo ser identificado**[33]**.

Sea como fuere, la cuestión final consiste en ponderar hasta qué punto resulta sostenible urdir una justificación individual para cada uno de los avistamientos, registros de sónar y fotografías submarinas, en contra de la hipótesis que apunta a la existencia de un animal —o animales— de identidad desconocida en el lago Ness. Las fotografías de 1975, por ejemplo, en las que aparece una

imagen borrosa que recuerda poderosamente la silueta de un satirio de cuello largo, no han podido ser descalificadas sobre la base de un retoque o manipulación. Como máximo se ha sugerido que un tronco hundido quizás haya proyectado su sombra contra la luz estroboscópica dando la impresión de ser una criatura acuática. De nuevo surge la duda de si esa explicación es coherente con el conjunto de datos disponibles, la correlación del sonar con la fotografía submarina, los registros de los hidrófonos, o las declaraciones de los testigos, y si todo ello no forma un cuadro coherente, dentro de la propia inverosimilitud que supone conjetura la presencia de una bestia misteriosa en el famoso lago escocés.

Tal vez no se trate más que de una extraordinaria combinación de coincidencias y torpezas. Pero en caso contrario, simplemente con que uno sólo de los indicios se viese confirmado más allá de toda duda, descubriríamos sin duda una nueva visión de las especies animales que comparten nuestro mundo, de nuestro pasado compartido, y seguramente también de nuestro futuro en común.

6. Monstruos de agua dulce

DESDE la década de 1930 hasta aproximadamente el año 2000, se han recopilado más de doce mil testimonios directos de personas que dicen haber observado fenómenos inexplicables en las oscuras aguas del lago Ness, generalmente relacionados con la posible presencia de un animal de características inusuales. A ellos se unen docenas de contactos de sónar difícilmente atribuibles a objetos inanimados, animales conocidos o errores de los operarios, y unas fotografías submarinas tan célebres como controvertidas. Según pasan el tiempo los casos se multiplican con calidad desigual, recorriendo el trecho que media entre los fraudes descarados y las declaraciones de cuya integridad no cabe dudar.

Gran impacto causó —por ejemplo— la filmación realizada el 5 de septiembre de 1998 por Geoff Mitcheson, un mecánico de automóviles de Newcastle, que pasaba unos días de vacaciones con su familia en aquella zona de Escocia. Ese sábado se encontraba con su esposa Miriam y su hijo Craig realizando un crucero por las aguas del lago cuando, al pasar junto al castillo de Urquhart, Mitcheson observó la súbita aparición de una criatura de color grisáceo con jorobas, aparentemente deshinchadas en su parte superior, y una pequeña cabeza.

Pese a la suavidad de sus movimientos, la observación fue tan breve que nadie más a bordo de la embarcación se percató de lo

sucedido —a excepción del pequeño Craig— si bien Mitcheson puedo registrarla en su videocámara portátil.

La pude ver durante unos 15 ó 20 segundos —relata el testigo refiriéndose a la extraña criatura—. Se desplazaba despacio, a una velocidad parecida a la de una barca, a unos 5 ó 6 kilómetros por hora, y se podría ver claramente la estela que dejaba a su paso, como la de un pequeño navío.

Las insólitas imágenes de Nessie fueron emitidas cuatro días después por el canal de televisión británico GMTV, despertando gran revuelo en los medios zoológicos institucionales. Autentificada la película y descartada la explicación de un tronco medio sumergido a causa délas ondas en el agua, el suceso sólo parece atribuible a un ser vivo. David Waugh, director del Instituto Zoológico de Edimburgo y de la Real Sociedad Zoológica de Escocia, y Chris Packham, naturalista y realizador del programa de la BBC *X-Creatures*, suponen que probablemente se trate de una foca o una nutria. Pero sus propias reservas sobre esta posibilidad animan a Gary Campbell, del Club de Admiradores del Monstruo del Lago Ness, a mantener la tesis contraria, considerando la grabación como una prueba en favor de su héroe de cuello largo.

Alex Campbell, administrador de aguas en el lago durante cuarenta años, no se siente sorprendido por todos estos testimonios, pues él asegura haber visto al monstruo dieciocho veces. El matrimonio formado por el contable Peter Smith y su esposa Gwen rodó en 1977 una película igualmente célebre:

Me quedé sorprendido, atónito —afirmaba Alex Campbell-— parpadeé tres veces para comprobar que no eran imaginaciones mías. La cabeza se unía a un gran cuerpo perfectamente claro. No había duda; enseguida vi que aquel animal estaba asustado por la forma de comportarse. La cabeza iba girando nerviosamente de un lado a otro; era fantástico. Tuve la sensación de que había advertido

la presencia de las traineras. Cuando yo vi la proa de la primera de ellas, él debió verla también y desapareció de la vista. Estimé que su cuerpo tendría una longitud de al menos diez metros. La altura de su cabeza, de su cuello sobre el nivel del agua, era de unos dos metros y su piel era gris.

Peter Macnab, un banquero de Irving, obtuvo en 1955 la famosa imagen de una serie de jorobas sobresaliendo del agua junto al castillo de Urquhart, cuya fiabilidad disminuyó al comprobarse una discrepancia entre el positivo y el negativo de las fotografías. Macnab, no obstante, siempre rechazó las acusaciones de trucaje, a la vez que recordaba vividamente su observación de Nessie:

Vi algo asomarse a la superficie y me puse muy nervioso. Descolgué la cámara, puse el objetivo para larga distancia sin saber qué iba a encontrar. Miré hacia donde estaba el animal, una animal negro ondulado, de color oscuro, un animal vivo. Levanté la cámara e hice una toma que naturalmente estaba algo borrosa. Porque tenía que usar el objetivo para lejanía, sin contar con la excitación y todo lo demás, motivos por los cuales salió algo movida. En la foto se ve la torre del castillo; sé que la torre tiene una altura de catorce metros, lo que nos da una idea muy clara de la longitud de todo el animal. Se estima que está entre diez y catorce metros. Antes de lograr una segunda toma, el animal desapareció.

Fotografía de Macnab tomada en 1955. Comparando la silueta del agua con el castillo de la bahía, y considerando la parre sumergida no visible, el objeto debía tener un tamaño absolutamente increíble, lo que refuerza la posibilidad de fraude.

Por otro lado, el matrimonio Smith todavía manifiesta una notable excitación al recordar su experiencia:

Estábamos en la costa sur contemplando el lago. Peter miraba hacia un bidón de aceite que había más abajo mientras yo admiraba el castillo. De repente, verticalmente, surgió esa cosa del agua. Nuestra primera impresión fue la de ver un periscopio, como un objeto que tuviera un pedazo de carne pegado en su extremo. La cabeza parecía sostenerse horizontalmente y se levantaba una altura considerable, la altura de un hombre por lo menos. Diríamos que tenía el grosor de una buena pantorrilla. A simple vista era como una columna negra con una cabeza rectangular encima. En un

momento dado vimos que volvía la cabeza como unos noventa grados, porque hasta ese instante había estado de perfil, pero la cabeza giraba con lentitud, como si nos mirase directamente y luego dejase de hacerlo. Tenía el mismo grosor del cuello.

Otra de las imágenes claramente falsa es la que ofreció a los medios de comunicación Peter O'Connor en mayo de 1960. Contó este individuo que, decidido a capturar al monstruo, acampó junto con algunos compañeros en la orilla del lago. La noche del 27 de mayo se despertó urgido por uno de los vulgares cumplimientos del cuerpo, para dar satisfacción al cual se alejó unos cien metros del campamento. Hallándose en plena micción, dijo haberse apercibido de la presencia del monstruo en un promontorio deslizándose rápidamente hacia las aguas. Sorprendentemente, O'Connor portaba una cámara fotográfica en su escatológica excursión, lo que le permitió internarse en el lago —hasta que el agua le llegó a la cintura, declaró O'Connor— y tomar una asombrosa fotografía. Al parecer, fue capaz de llegar muy cerca del animal sin hacer ruido por la pericia adquirida como comando de la Marina Real Británica. Según el testimonio de este individuo, la cabeza de la criatura mediría unos 25 centímetros, el cuello tenía un diámetro de unos 20 y sobresalía del agua un metro aproximadamente. El cuerpo era ovalado, con una piel lisa y de color gris oscuro.

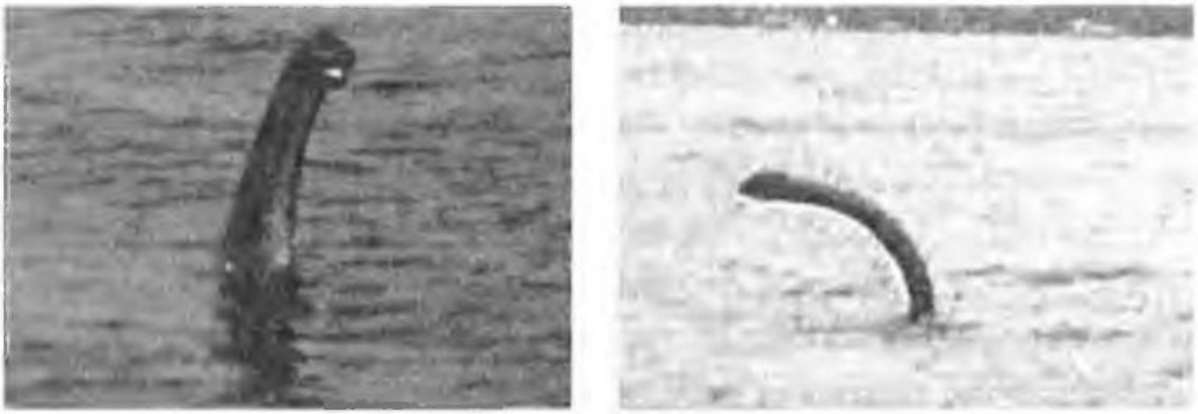
Incluso un observador poco suspicaz advertiría en la imagen de O'Connor una sospechosa falta de referencias espaciales. La absoluta oscuridad del fondo no encaja con la hora en que se afirma que fue tomada (6:30 horas de la mañana), cuando ya debería apreciarse alguna claridad. Maurice Burton, redactor de la revista *New Scientist*, investigó el asunto por su cuenta y descubrió tres bolsas de polietileno, un anillo de piedras unidas con cuerda, y un palo que parecía exactamente como la presunta cabeza del monstruo, en el lugar donde O'Connor dijo haber realizado su fotografía. A ello deben sumarse las numerosas inconsistencias de la historia. La iluminación de la imagen, por ejemplo, sugiere que fue

tomada con un *flash* que iluminaba desde una altura bastante superior sobre la superficie del agua, que la señalada por el testigo cuando dijo que lo había hecho con el agua por la cintura. La intensidad y el ángulo de la imagen tampoco coinciden con la presunta distancia a la que se encontraba el monstruo según los datos aportados por O'Connor, quien no consiguió que su relato fuese considerado más que una vulgar patraña.

Fotografía de Nessie, a todas luces falsa, aportada por Peter O'Connor.

Una de las muchas grabaciones de vídeo realizadas del supuesto morador del lago Ness se debe a David Garside, de 31 años, quien se hallaba de vacaciones en Escocia en abril de 2008 junto con su padre su padre, Graham. Paseaban tranquilamente por la orilla del lago cuando David vio algo desconocido agitándose en la superficie del agua. Al enfocar su videocámara con el máximo acercamiento posible de imagen, filmó un extraño perfil que le recordó el dorso de un cocodrilo. Su padre, escéptico por naturaleza, permaneció perplejo ante aquel insólito espectáculo cuya duración apenas sobrepasó los 10 segundos. El vídeo de los Garside (de pública exhibición en el ciberportal YouTube) parece mostrar tres o más protuberancias dorsales de color oscuro que se desplazan bajo el agua a ras de la superficie.

No todas las imágenes gozan por igual del beneficio de la duda. El 21 de mayo de 1977, Anthony «Doc». Shiels obtuvo una fotografía en la que se puede ver un extraordinario primer plano de la cabeza y parte del cuello de lo que, en apariencia, es un saurio de tipo prehistórico, erguido por encima de unas azuladas aguas casi completamente en calma. El señor Shiels juró ante notario que la toma era auténtica y un experto que la examinó apoya las pretensiones de su autor en ese punto, aunque desde el primer momento nadie admitió su validez. El hecho de que Shiels fuese un embaucador de feria, promotor de creencias extravagantes y defensor de la existencia de las hadas, no contribuyó demasiado a reforzar su fiabilidad.



A la izquierda, el denominado «muñeco» de Shiels. A la derecha, una de las imágenes tomadas por Johnston en 2001.

Ya comenzado el siglo XXI, Nessie volvió a dar muestras de vida. El 21 de agosto de 2001, el matrimonio Johnston volvía a su residencia de Loughton (Essex) tras unas vacaciones en Escocia, cuando se detuvieron para descansar contemplando el agreste paisaje a las orillas del lago Ness. Mientras el señor Johnston caminaba portando su cámara Nikon, lo que aparentaba ser un largo cuello se elevó sobre la superficie del agua para sorpresa del conmocionado turista, Tan rápidamente como pudo, Johnston tomó una serie de cuatro fotografías que muestran la secuencia de inmersión del cuello y las salpicaduras producidas finalmente a su alrededor. El testigo no recuerda haberse fijado en la forma de la cabeza, aunque sí en el color de la piel, negruzca o grisácea, y que la porción de cuello erguido debía rondar los dos metros y medio. La esposa de Johnston, Janet, que había permanecido junto al automóvil durante el suceso, no creyó a su marido hasta ver las fotografías ya reveladas.

OTROS LAGOS DEL MUNDO

De cualquier manera, si la presencia de un satirio prehistórico en las aguas del lago Ness constituiría un hecho extraordinario, lo que

resulta aún más asombroso si cabe es que el famoso lago escocés no es el único que reclama el honor de contar con un monstruo desconocido en su seno. Así ocurre con Selma, presunto habitante del lago noruego Seljordvatnet, cuyos quince kilómetros de longitud por casi dos de ancho, albergan una profundidad máxima de unos 150 metros. A una altura de unos 116 metros sobre el nivel del mar[34], y a 70 kilómetros de la costa, el lago tiene un bajo nivel nutricional al estar formado de cuarcitas que producen suelos muy pobres. De ello se desprende que difícilmente el lago Seljord puede acoger a una enorme serpiente acuática ya que es demasiado pequeño como para proporcionar alimento a animales que miden, supuestamente, casi 20 metros de longitud. No obstante, desde el año 2000 el criptozoólogo Jan-Ove Sunberg ha venido grabando repetidamente con un equipo hidrofónico en el lago Seljord los extraños sonidos de un animal acuático que nadie supo identificar.

Más actual quizás es el caso del lago Van, al este de Turquía, donde se dice que habita un monstruo, el Van Gölü Canavari. El monstruo del lago Van parece medir unos quince metros de longitud, según los testigos, y en su espalda muestra unas aletas picudas como las de los ictiosaurios. El monstruo se convirtió en la obsesión de Unal Kozak, un profesor ayudante de la universidad de Van, quien entrevistó a multitud de testigos y finalmente grabó en vídeo al monstruo el 10 de junio de 1997, tras lo cual escribió un libro sobre su experiencia. Kozak dijo haber filmado en tres ocasiones al monstruo, y se supone que las películas fueron enviadas a la universidad de Cambridge para su examen. Sin embargo, la grabación despertó fundadas reticencias ya que la cámara nunca enfoca el lado izquierdo del campo visual, lo que hace suponer que alguna embarcación está arrastrando la «criatura». El monstruo, que no hace otro movimiento sino un continuo avance en línea recta, no ha sido objeto de mayores atenciones a causa de las graves dudas suscitadas sobre su veracidad.

En Rusia, envueltos en la leyenda de poseer su propio monstruo se hallan los lagos Vorota, Labynkr, Baikal y Brosno (con Brosnie en

su interior). Otro tanto ocurre con los lagos siberianos Labynkyr, Jyeyr, Vorota y Sara-Tcheleh. El más famoso de ellos fue probablemente el lago Khaiyr (o Khainyr) de Yakutia, en cuyo interior un supuesto científico llamado Nicolai Gladkikh habría visto, en 1964, un animal cuadrúpedo de cuello largo y aspecto reptiliano con una distintiva aleta dorsal. La gaceta juvenil de la antigua Unión Soviética, *Komsomolskaya Pravda*, reprodujo la noticia adjuntando un sugestivo dibujo de la criatura.

Las sopechas sobre la veracidad el suceso comenzaron a levantarse por el hecho de que el lago Khaiyr no era en realidad un lago, sino una pantanal de permafrost descongelado, con unas dimensiones (quinientos metros de anchura por seiscientos de longitud y sólo siete de profundidad) absolutamente insuficientes para que un gran animal pasase desapercibido. A ello había que sumar la notable carencia de información académica sobre el presunto Nicolai Gladkikh, de quien más tarde se supo que era un simple empleado de una expedición científica enviada a Liberia, cuya fértil imaginación había urdido todo el engaño**[35]**.

Dibujo de la presunta criatura del lago Khaiyr aparecida en la prensa soviética.

En Noruega —además de Selma— se asignan monstruos a los lagos Suldal, Mjosa, Sandnesvatnet, Rommen, Svarvaren, Loen, Gasbu, Osen y Rein. Suecia, para no ser menos, cuenta con presuntos monstruos lacustres en los lagos Storsjon (hábitat de Storsie), Vastjutten, Malgomaj, Vojmsjon, Stensjon, Lickasjon, Fegen, Vattern, Tingstade Trask y Torne Trask. En Islandia tenemos el Lagarflot, en Escocia el lago Morar (hogar de Morag), y en Irlanda los lagos Ree, Fadda, Black, Nahioon, Derrylea, Sraheens, sin olvidar el Wurrum, monstruo asociado a lo lagos Brin y Cloon.

Pero las historias más abundantes y curiosas de monstruos lacustres provienen de Norteamérica, donde diríase que cada lago goza de su propio morador. Los lagos Flathead en Montana, Walker en Nevada, Folsom en California y Champlain en Vermont son algunos de los más destacados. Rivales directos del lago Ness, en

cuanto a poseer inquilinos poco comunes, son también el lago Simcoe (Columbia Británica, Canadá), con Igopogo; el lago Manitoba (Manitoba, Canadá), con Manipogo; el lago Crescent (Oregón, USA), con Cressie; el lago Erie (Michigan, USA), con Bessie; el lago Tahoc (California, USA), con Tessie; y el monstruo del lago Iliaman (Alaska, USA). La criatura del lago Bear en Salt Lake City y el monstruo «Slimey Slim» del lago Payette en Idaho, fueron también origen de una notable casuística por el número de testimonios ofrecidos y lo detallado de ellos.

El lago Silver está situado a unos noventa y dos kilómetros al sur de Buffalo (Nueva York) y mide unos siete kilómetros y medio de largo por uno y medio de ancho. En ese seductor escenario natural se hallaban pescando dentro de un bote cuatro hombres y tres muchachos el 13 de julio de 1855. Serían las nueve y media cuando se vieron acosados por lo que ellos describieron como «un monstruo de aspecto tremendamente horrible y repulsivo, que todos los tripulantes de la barca pudieron ver perfectamente. —La noticia, aparecida en el *Wyoming County Times* del 18 de julio siguiente, proseguía—: En el extremo opuesto del bote, a cosa de vara y media hacia el nordeste, se veía otro cabo de la serpiente azotando las aguas con la cola. Cuando la parte delantera se sumergía bajo las aguas, originaba unas olas que casi volcaban la barca y suspendían el manejo normal de los remos».

La «monstruomanía» que a continuación invadió la comarca alcanzó proporciones antológicas. Los testimonios se multiplicaron en los meses, e incluso años, siguientes; cientos de periodistas se trasladaron a la zona, así como balleneros, comerciantes, buhoneros, cazadores y aventureros de toda laya. El negocio de hostelería local conoció días como nunca volvieron a repetirse, y en ello se encerraba una de las claves del misterio. Todo se descubrió cuando, en 1857, un incendio en el principal hotel de la localidad reveló, durante las tareas de extinción del fuego, la presencia de un muñeco de goma con forma de serpiente gigante. Las pertinentes investigaciones concluyeron que todo había sido una farsa

organizada por A. B. Walker y algunos amigos con la intención de estimular el turismo en la zona. Así fue cómo construyeron un armazón de unos dieciocho metros, cubierto de una tela impermeable y sostenido interiormente por alambre enrollado. Un sistema de fuelles conectado mediante un alambre largo y fino con el cuerpo del muñeco desde una choza junto al lago, insuflaba aire dentro del mismo obligándolo a emerger. Una oportuna distribución de pesos en su cuerpo aseguraría que el espantajo se hundiese al dejar escapar el aire. En la parte delantera de la serpiente ataron tres cuerdas; una extendiéndose hacia la orilla donde se encontraban los fuelles, otra cruzando el lago, y otra hacia el cenagal del extremo norte, de manera que con ayuda de estas tres cuerdas se podía mover el cuerpo en cualquier dirección.

No parece tan sencillo explicar el asunto del lago Flathead, cerca de Polson (Nevada). Por lo menos desde la década de 1920 los pescadores de la zona se vienen quejando de que un gran objeto no identificado destrozaba sus redes, incluso las construidas para resistir truchas de veinte kilos. En 1960 el matrimonio Zigler divisó, tras escuchar un oleaje cerca del muelle del lago, una enorme silueta grande y negra restregándose, como lo haría un animal, contra el embarcadero. «Era una cosa horrible —recuerda la señora Zigler— con una cabeza del tamaño de un caballo, poco más o menos… y con unos treinta centímetros de longitud de cuello fuera del agua».

La expectación levantada por la posibilidad de dar caza a estos elusivos seres ha sido muy semejante en todos los lugres del mundo. En el lago Okangan sesenta buzos suelen vigilar día y noche por si aparece su fantástico morador. Hay submarinos rojos y amarillos, e incluso profesionales de la caza mayor provistos de jaulones para monstruos y toda clase extraña se impedimenta. Los suecos llegaron a preparar una trampa para el monstruo del lago Storsjö con un cerdo como cebo, y en Japón querían embriagar con sake a Ishi, el monstruo del lago Ikeda. La ganadora del concurso de belleza local inauguró en 1982 el observatorio Ishi, donde se

mantenía una vigilancia sobre aquellas aguas las veinticuatro horas del día.

Hasta en las aguas poco profundas del laugh Rec, en Irlanda, se dan sucesos que testimonian la presencia en su seno de un asombroso ocupante. Así lo cree al menos el padre Matthew Burke, el padre Daniel Murray y el obispo Richard Quigly, tres clérigos que, en mayo de 1960, pasaban una tarde navegando. «Estábamos navegando sin hacer nada —explica el padre Burke— esperando que se levantara un poco de viento para pescar algo antes el anochecer, cuando dijo de repente monseñor Quigly: "¿Veis vosotros lo que yo veo?". Inmediatamente miré en la dirección que señalaba y vi algo encima del agua. Eran una joroba y un cabeza moviéndose lentamente a nuestra derecha. Recuerdo que dije: "¿Qué demonios es esto?"».

«De haber sido un pez se habría visto algún movimiento en la superficie, y si hubiese sido una anguila habríamos visto algún serpenteo —dijo el obispo Quingly— pero no se veía nada; parecía como el periscopio de un submarino. Mi reacción fue de sorpresa porque yo sabía que se trataba de algo más grande que los peces que solían encontrarse en el lago. Después discutimos el asunto y llegamos a la conclusión de que era algo muy parecido a un serpiente muy grande. —El padre Murray añade—: Nos dijeron que nos habíamos dejado llevar por la imaginación muy alegremente al ver cosas en el agua, pero debo decir honestamente que aquel día no pudimos coger ni un solo pez para comer. Tal vez fuese un cocodrilo, ¡un cocodrilo irlandés!».

El monstruo del lago Memphremagog, Memphré, tiene fama de habitar en una cueva localizada en la base de la montaña Owl's Head en la orilla del lago. El Memphremagog es un lago de agua dulce de 50 kilómetros de longitud, que es compartido por Estados Unidos y Canadá, donde cuatro de las veinte islas son estadounidenses, incluyendo la isla más grande, Province Island (Vermont). El primer documento no ficticio que describe las apariciones de la criatura se remonta a 1816 y está firmado por

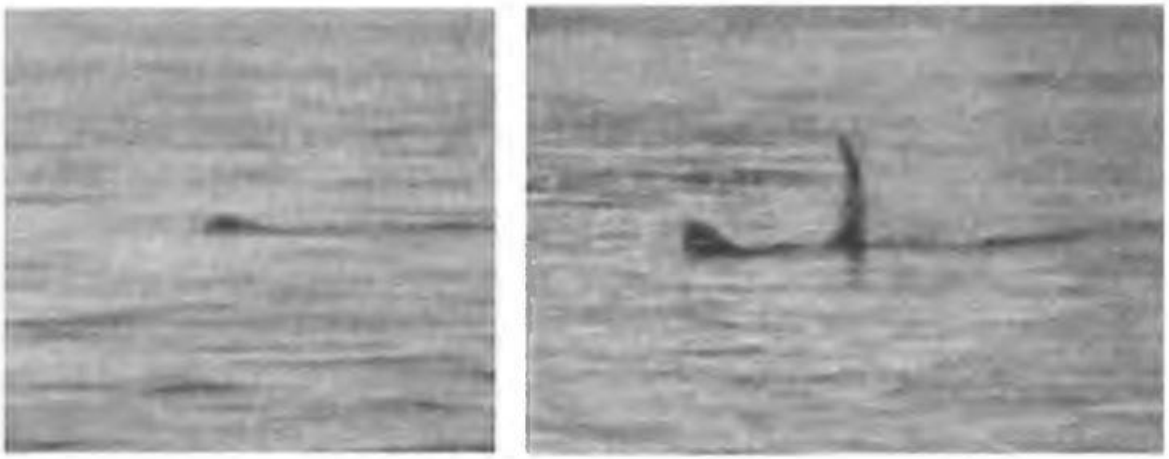
Ralph Merry IV, quien sólo describe cuatro avistamientos de ciudadanos de Georgeville, ya que él no fue testigo de ninguno de estos fenómenos.

A partir de 1847, la gaceta de Stanstead comenzó a publicar varios artículos sobre Memphré. Los avistamientos han continuado a lo largo de los años, de modo que a finales del siglo XX se contaba con más de 215 avistamientos cuidadosamente documentados. Cada relato está firmado y registrado. Hay, en promedio, ocho avistamientos al año, que han sido confirmados por una media de veinte testigos. En 1961 viajando en dirección a Newport, dos pescadores, por ejemplo, observaron durante unos cuarenta segundos una criatura negra, que media alrededor de siete metros, nadando parcialmente sumergida. Según estos hombres la criatura estaba a unos 70 metros de distancia de su barco, emitía un extraño sonido, tenía una espalda redonda y una indescriptible cabeza.

EL SIMPÁTICO OGOPOGO

El monstruo de agua dulce más famoso de Norteamérica, empero, es sin duda Ogopogo. Presunto habitante del lago Okanagan, de él se tienen noticias fidedignas nada menos que desde 1854, y es descrito como una enorme serpiente con cabeza en forma de vaca o caballo y espinazo aparentemente dentado. Esta criatura[36] es la que podría ser responsable de la secuencia obtenida en 1990 por un equipo de la televisión japonesa de la Nippon Television Network, donde se aprecia un objeto de nueve metros de largo desplazándose bajo la superficie de las aguas del lago. Ubicado al oeste de Canadá, el lago Okanagan se abre imponente ante los visitantes con sus 208 kilómetros de longitud y sus 264 metros de profundidad. Los testigos de las fugaces apariciones de Ogopogo suelen describir su extremo delantero como «una voluminosa cabeza semejante a la de un caballo, con una especie de cuernecillos, alzándose sobre las aguas como una gran serpiente con tres jorobas en su espalda».

Los avistamientos se han dado en toda la extensión del lago, desde Squally Point hasta Mission Valley. Algunos testigos lo confundieron con un objeto inanimado que, repentinamente, parecía volver a la vida:



Dos de los fotogramas de la películas filmada por Ken Chaplin en 1989 del supuesto avistamiento de Ogopogo.

Vieron lo que pensaron que era un tronco, de seis pies de largo, flotando en el agua… Era como un gran tronco moviéndose, pero con vida, moviéndose un poco en el agua de arriba a abajo.

John Kirk, criptozoólogo del British Columbia Scientific Cryptozoology Club, opina con gran entusiasmo que Ogopogo es probablemente el mejor documentado de los monstruos lacustres. Según Kirk: «El catálogo de películas de vídeo de Ogopogo es más numeroso y de mejor calidad que cualquier cosa que he visto personalmente en Loch Ness, y creo que varias de ellas son muy convincentes de que existe una gran criatura desconocida que vive en el lago».

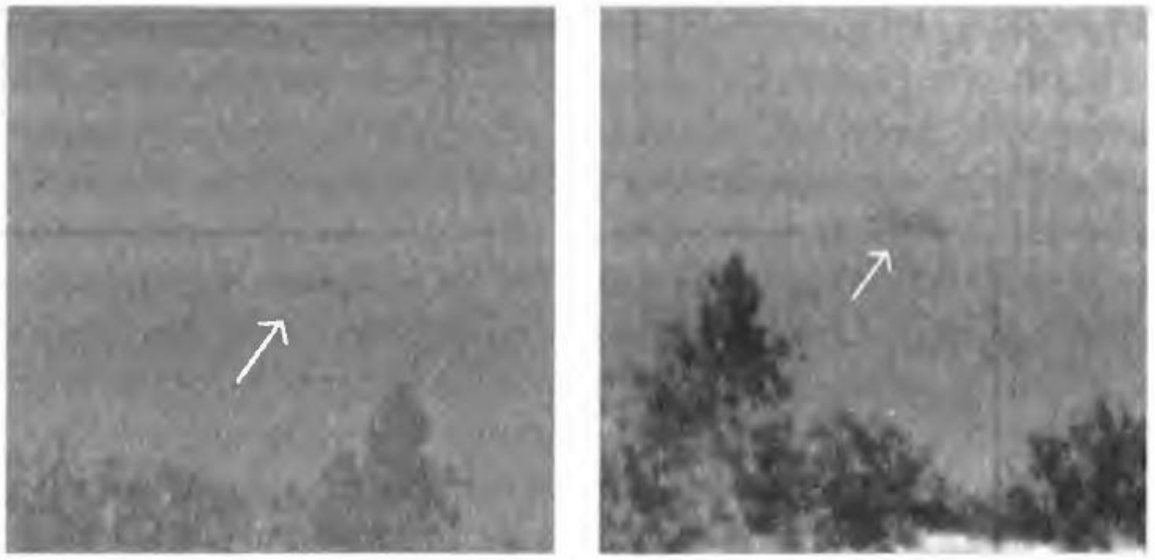
El 18 de julio de 1989, Clem Chaplin observó lo que supuso era Ogopogo nadando a 25 o 30 metros de la costa, en Bear Creek, Provincial Park. Avisó de ello a Ken Chaplin, quien tomó su cámara sin dudarlo y filmó la escena. Chaplin describió la criatura de color

verde oscuro, con la piel cubierta de manchas, y unos tres metros de largo. En un cierto momento de la filmación el «monstruo» parece sacar la cabeza por encima del agua, y se puede apreciar que no es un tronco, ni tiene una cola como la de los castores. Los partidarios de Ogopogo afirman que por sus dimensiones debe tratarse de un espécimen juvenil. Sus detractores, por el contrario, aseguran que la grabación recoge los jugueteos de una nutria, cuyo tamaño fue mal estimado por Clem Chaplin.

La escritora Arlene Gaal, cronista local del monstruo canadiense, tiene documentadas centenares de localizaciones del mismo a lo largo de las riberas del lago, y estima en una cantidad similar la de las personas que habiéndolo visto prefieren permanecer en el anonimato por temor a las burlas. El dilatado periodo que abarcan los avistamientos del animal —más de 140 años— hace suponer, como en el caso de Nessie, la presencia de más de un ejemplar.

Una de las pruebas más espectaculares de su realidad es la película en color tomada en 1968 por Arthur Folden, quien regresaba a su casa de Chase cuando creyó divisar algo extraño emergiendo de las aguas del lago. Pese a la mordaz incredulidad de su esposa, el señor Folden salió del automóvil a tiempo de grabar unas imágenes en las que puede apreciarse un gran objeto animado surcando las aguas, emergiendo y sumergiéndose a velocidades diferentes y en momentos distintos. También es posible advertir el considerable oleaje levantado por delante del objeto en movimiento, cuya única explicación es que el móvil en cuestión posee un empuje tan poderoso que levanta ante sí una masa enorme de agua creando grandes olas.

En 1992 una familia al completo, los Ricger, atestiguaron haber observado las evoluciones del monstruo cuando navegaban en su pequeña embarcación por el lago. Así lo relataron ellos mismos:



Dos secuencias de la grabación realizada en 1968 por Arthur Folden

Era un día fantástico —recuerda Frank Rieger— con el agua en calma como el cristal. De repente vi que se acercaba una ola inmensa. En ese momento no le di importancia, pero conforme se acercaba me pregunté: «¿Cómo pede acercarse una ola si no hay viento ni nada?. —Llamé a mi hijo y le dije—: Ven aquí, mira y piensa qué demonios está pasando en el lago. —Iba con nosotros mi nieto, quien dijo de inmediato—: ¡Abuelo, es Ogopogo!». Debió de haberse dirigido hacia nosotros porque tuvimos que alejar el barco de su lado. Navegamos a su costado unos quince o veinte minutos. Diría que el monstruo tenía una longitud de cuatro o cinco metros; lo que estaba por encima del agua sería de un metro más o menos. Tenía una joroba en la parte superior de la espalda y otra más al comienzo de la cola. Yo diría que la cola era de diez, trece o quizás dieciséis metros, porque no pudimos ver el final. Tenía una cola muy larga, como cuatro patas, y pesaría unas treinta toneladas.

Su cabeza se movía de un lado a otro —prosigue Jim Rieger—. Parecía que mirase para pescar o algo así, y levantaba una masa tremenda de agua con sus movimientos. Si yo no lo hubiese visto, nunca me lo hubiera creído. Ahora no me preocupa que alguien no

se lo crea; yo he visto a ese animal. Sé que esta ahí, y que es un animal de un tamaño fabuloso.

LA DISCUTIDA IMAGEN DE CHAMP

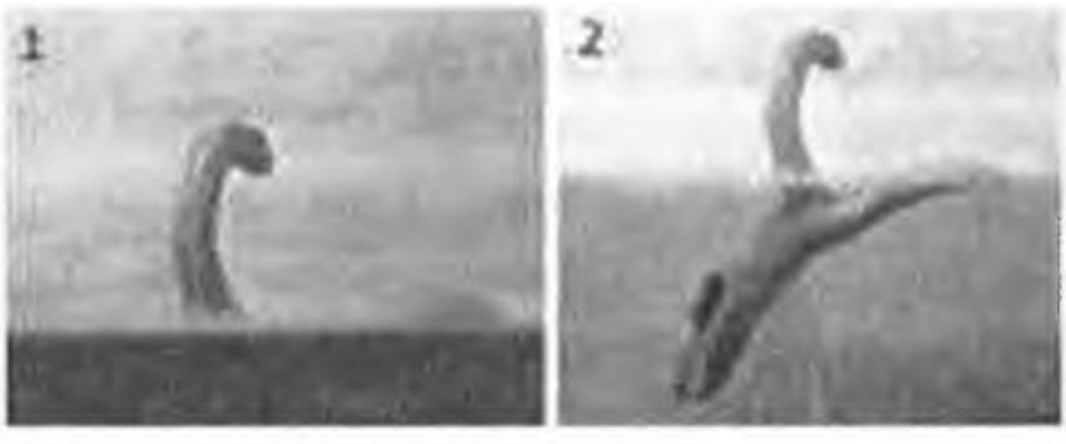
Descubierto para los occidentales por el explorador francés Samuel Champlain en 1609, el lago Champlain alberga su propio morador misterioso, según leyendas indias como las repetidas por los abenaki. Este pueblo nativo habla desde tiempos muy antiguos de la presencia de una serpiente con cuernos en el lago a la que llaman Tatoskok. Mientras la primera declaración pública de un testigo al respecto de la fabulosa criatura se produjo en 1819, los testimonios aumentaron en 1873, cuando Champ —cariñoso apelativo otorgado al monstruo por los lugareños— fue observado por los operarios que construían una vía férrea y por los pasajeros de un barco de vapor que cruzaba el lago. A finales del siglo XX los avistamientos registrados ascendían a ciento ochenta, con más de seiscientas personas involucradas en ellos. Actualmente incluso las leyes de protección de la fauna salvaje en Estados Unidos y Canadá amparan la tranquilidad de Champ.

La presunta fotografía de Champ tomada por .Sandra Mansi en 1977.

La mejor evidencia disponible de la existencia de un animal desconocido en el lago Champlain proviene de la célebre y discutida «fotografía de Mansi». En julio de 1977, la pareja formada por Arthur y Sandra Mansi llevó a sus niños jugar a las orillas del lago. Estaban a punto de regresar a casa cuando Sandra, que se había retrasado un poco en su camino de vuelta al automóvil, divisó una extraña turbulencia en la superficie del agua, a menos de cincuenta metros de ella. Sin vacilar, Sandra recurrió a su cámara Kodak Instamatic y tomó una fotografía que guardó por temor a las burlas hasta que, en 1981, un amigo la convenció para que la enseñase a Joseph Zarzynski, un investigador local del fenómeno, quien la hizo publicar en el *The New York Tímes*[37]. La señora Mansi dijo haber estado contemplando entre 5 y 7 minutos una silueta similar a la de

un satirio de cuello largo cuya cabeza aparece girada, como si mirase a su alrededor por encima de una espalda redondeada. En algunas ocasiones declaró que su piel parecía lisa como la de una anguila, pero en otras la comparó con la rugosidad aparente de un tronco. Este último detalle resulta revelador en extremo, si lo comparamos con ciertos detalles de la imagen que inicialmente podrían pasar desapercibidos.

En primer lugar, el cuello y el lomo del supuesto animal no se encuentran en el mismo plano, como cabría esperar de la anatomía de un ser vivo cualquiera. De hecho, el cuello se encuentra en un plano más distante del observador que la presunta espalda cuyo perfil redondeado sobresale del agua. Por argumentos igualmente anatómicos, el giro del cuello sería insólito en un tetrápodo y desde luego no parece natural. A la izquierda de la imagen se observa una pequeña sombra u objeto semisumergido, hacia el cual parece ensancharse el cuello de la criatura de manera difícilmente explicable. Todos estos datos resultan compatibles con la posibilidad de que un fragmento medio hundido de madera provocase la sensación en Sandra Mansi, dadas su posición y orientación en el momento de tomar la fotografía, de hallarse ante un animal prehistórico[38].



Hipótesis del tronco flotante: en la figura i tal como se vería desde la posición del fotógrafo (Mansi); en la figura 2 una vista completa de la madera cuyas prolongaciones

parcialmente sumergidas crearon la ilusión de un saurio acuático.

A diferencia de lo que sucede cuando la corriente de un río arrastra troncos y ramajes, debemos recordar que en un lago de aguas tranquilas y frías, como el Champlain, la madera puede tener tiempo suficiente para empaparse de agua durante años y quedar en un estado cercano a la suspensión neutra (ni flota hasta la superficie ni se hunde hasta el fondo). Cualquier fenómeno que produzca un pequeño empuje sobre la madera —como la descomposición de gases contenidos en el tronco— la impulsará hacia arriba haciéndola emerger. En cuanto el empuje cese (los gases, por ejemplo, se liberan del todo), la madera volverá a hundirse. El tiempo que Sandra Mansi dijo haber esto observando la extraña silueta —entre cinco y siete minutos— antes de verla sumergirse de nuevo, encaja bien con esta hipótesis.

La circunstancia de que la fotografía de Mansi carezca de toda referencia para estimar el tamaño del objeto, añade verosimilitud a la explicación basada en un tronco sometido a una peculiar secuencia de flotación y hundimiento. Obviamente, siempre puede aducirse —y así se ha hecho— que un error de apreciación en la más famosa imagen atribuida a Champ no invalida la enorme cantidad de testimonios que avalan su existencia. En efecto, se trata de discusiones diferentes, pero hasta el momento no disponemos de más indicios que los aportados por avistamientos ocasionales sin indudables pruebas físicas de otro género.

Fotograma del vídeo de Affolter y Bodctte (2005).

No cabe aplicar esta explicación, sin embargo, al vídeo grabado en el verano de 2005 mediante una cámara digital casera por dos pescadores ocasionales en el lago Champlain. El 11 de julio de aquel año, el abogado retirado Dick Affolter y su hijastro Pete Bodette contemplaron atónitos cómo la figura de un animal desconocido emergía desde las profundidades hasta quedar por debajo del agua muy cerca de la superficie junto a su barco. En uno de los fotogramas se observa con claridad la silueta de un animal cuya cabeza, similar a la de un cocodrilo, se mueve bajo la superficie a una distancia tan corta como para permitir su filmación. La bestia parecía tener unos siete metros de longitud y en ningún momento se mostró agresiva, a juicio de los testigos.

Acaso la mejor evidencia de que hay algo pendiente de explicación en el lago Champlain no sea ni una fotografía ni una filmación, sino un registro sonoro. En junio de 2003, Gary Butron llegó al lago Champlain al mando de un equipo del Instituto de Investigación de Comunicaciones entre la Fauna. En tres ocasiones

distintas durante su estancia, utilizando siempre instrumental de gran sofisticación tecnológica, el equipo visitó las áreas donde se había dado un mayor número de avistamientos de Champ. Y en cada una de las tres ocasiones grabaron una señal de ecolocalización en torno a los 140 KHZ de frecuencia. La ecolocalización —como sabemos— permite en un animal localizar a sus presas por la reflexión en ellas de los sonidos que el predador emite. Que nosotros sepamos, en los ambientes subacuáticos sólo las ballenas y los delfines poseen la capacidad de ecolocalizar a sus presas. No obstante, las grabaciones del lago Champlain no pueden corresponder a ballenas o delfines (estos últimos necesitarían, desde luego, aguas mucho más cálidas para vivir), cuyas señales sonoras son muy diferentes de las detectadas por el equipo de Burton.

EL SUR TAMBIÉN EXISTE

El hemisferio sur tampoco carece de leyendas sobre monstruos lacustres que los testimonios de los lugareños se empecinan en rodear de un insólito aire de verosimilitud. A decir de las leyendas populares, no faltan monstruos acuáticos en el lago Amatitlán (Guatemala), en la laguna Negra (Venezuela), en el argentino lago Lacar (donde habita Cuero, también llamado «El bien peinado»), y en el lago Blanco (Chile).

El mexicano lago La Alberca, por ejemplo, situado en el valle de Santiago (Guanajuato), es uno de ellos. Lepoldo Bolaños Chaco realizó, en 1997, unas curiosas tomas en las que se distingue sobre las aguas la estela de lo que los analistas de las fotografías opinan que, probablemente, era un ser vivo en movimiento. Los nativos de la zona llaman Chan a la fantástica criatura que creen que ocupa las aguas de su lago. Algo semejante ocurre con Nahuelito, del lago Nahuel-Huapi, en Argentina.

Sin embargo, es el lago Atitlán, en Guatemala, el que ha atraído mayor número de investigaciones sobre su presunto inquilino

monstruoso. Con una extensión de más de 130 kilómetros cuadrados y profundidades que superan los 320 metros, esta impresionante masa de agua se encuentra rodeada por los volcanes Tolimán, Atitlán y San Pedro, entre otros. Tal vez por el marco natural que lo envuelve, el viajero y escritor Uxwer dijo de él que era «el más bello del mundo y el que poseía más magia». Este halo de misterio se ve incrementado por los relatos que desde tiempos inmemoriales refieren los nativos de los doce poblados de sus orillas. Según se cuenta, allí había un extraordinario animal que los indígenas denominan Chi-cop, traducible la lengua cakchiquel (un dialecto maya) como «lagarto gigante».

Pese a que las primeras noticias de esta misteriosa criatura se remontaban al siglo VIII de nuestra era, cuando los mayas que huían de Tikal se asentaron en las orillas del lago, no faltan informes más recientes. El 5 de septiembre de 1995, un grupo de turistas entre los que se encontraba la escritora Françoise Tucher —autora del libro *Viajes por la tierra maya*— contempló una enorme mole que surgía del agua provocando un gran oleaje que se estrelló contra el costado de su embarcación. Y en diciembre de 1996 otro suceso semejante acaeció a un grupo de pasajeros que viajaba hacia Santiago de Atitlán en el barco *Zututil*—-uno de los mayores de la zona— al mando del capitán Chibo. Cuando atravesaban el centro del lago, los turistas pudieron observar una descomunal criatura similar a un cocodrilo gigantesco sumergiéndose no lejos de la nave.

Las autoridades guatemaltecas, recelosas de que los rumores sobre la presencia de un monstruo peligroso ahuyentaran el turismo, presionaron a los habitantes de la región para silenciar las historias acerca del Chi-cop. El citado capitán Chibo, navegante en el Atitlán desde el año 1990, admitió ante periodistas extranjeros que, al igual que otros pilotos, había sido hostigado para inducirle a ocultar las apariciones de aquella criatura. Con todo, en el lago siguen apareciendo regularmente restos de barcazas de pesca despedazadas (*patopoc* en lengua maya) y despojos destrozados de lubinas negras. El geólogo Manuel Belmar descubrió por esas

mismas fechas que junto al pueblo ribereño de San Lucas Tolimán nace un río subterráneo que desemboca en la costera bahía de San Lucas. Estudios análogos han permitido probar que, hasta 1469, existió en la zona un río que comunicaba el lago con el mar, desaparecido a causa de la erupción del Atitlán.

Y, cómo no, diversas zonas de África y Asia también se disputan el honor de dar cobijo a alguna de estas fantásticas criaturas de incierta realidad. Así tenemos el monstruo del lago Tian Chi (China), el monstruo del lago Nouganda (Sudán y Etiopía), Issie en el lago Ikeda (Japón), Lukwata en el lago Victoria (Kenya y Uganda), Dingonek Ol-Umaina en el lago Victoria (Uganda), Migo en ciertos lagos de Papua-Nueva Guinea, Lipata en el río Zambeze (Angola y Congo), Inkanyamba en el río Komazi (Sudáfrica), y Nyaminyami en el lago Kariba (Zimbabwe y Zambia).

LA IDENTIDAD DEL MONSTRUO

En Irlanda y Escocia los fabulosos habitantes de sus lagos reciben infinidad de nombres: Dobar-Chu (perro de agua), Anchu, Peistes, Piast, Tarbh Usiage (toro o vaca de agua), Each Usiage (caballo de mar), Kelpie (caballo de agua), etc. Estos nombres tan coloristas -que mezclan tradición, leyenda, fantasía y no se sabe cuánto más— pretenden reflejar la intrincada variedad de criaturas que pueblan sus aguas, no todas ellas de cuello largo. Así pues, algunos criptozoólogos, como viene siendo habitual, han atribuido la identidad de estos animales a ejemplares supervivientes de especies prehistóricas extinguidas. Los «toros de agua» irlandeses pudieran ser rinocerontes arcaicos, como los del género *Teleoceras*, o incluso un *Hippopotamus majar*, originalmente coetáneo de mamuts y rinocerontes lanudos. Con aspecto más amenazante, presentan también sus candidaturas los saurios *Coelophysis* (3 metros de longitud), el *Spinosaurus* (12 metros de largo), o el *Ophiacodon* (4 metros).

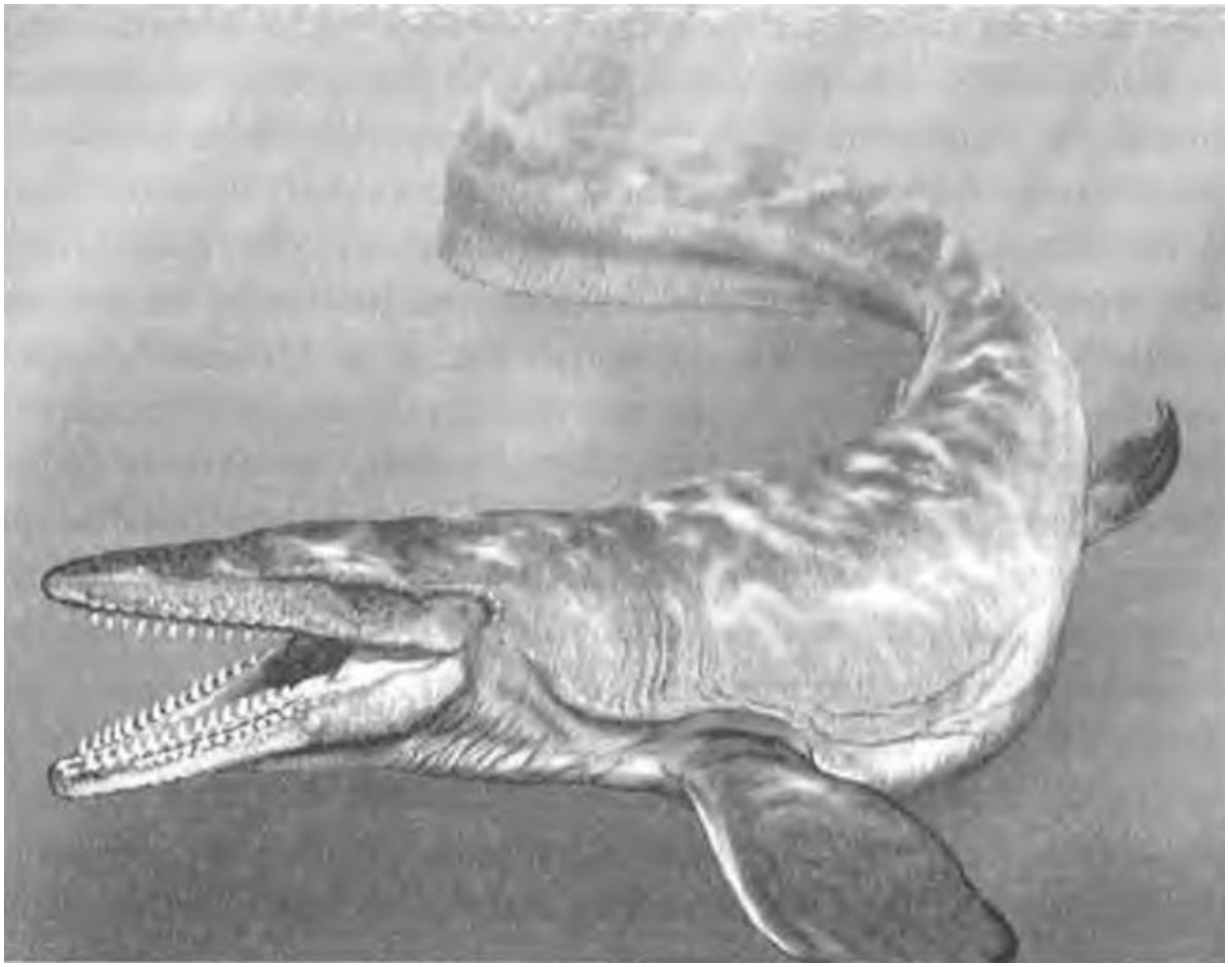
Con todo, son precisamente los monstruos de cuello largo los más abundantes y los que mayor atención atraen entre los criptozoólogos. De toda la información recopilada parece desprenderse la existencia de una población de grandes animales desconocidos, los cuales, probablemente, habitan desde muchos años atrás en el lago Ness y en algunos otros grandes lagos del mundo. Afloran entonces tres intrigantes cuestiones: ¿qué clase de animales son?, ¿cómo llegaron hasta allí?, y ¿cómo sobreviven en ese medio natural? La primera pregunta es, con mucho, la más enigmática, ya que su elucidación podría darnos la clave de las dos siguientes. Podemos empezar descartando la solución aportada por ciertos escépticos al proponer que se trataría de alguna especie de cachalote, ballena o tiburón gigante, que habría remontado alguno de los ríos que lo unen con el mar. Esta idea ha de desecharse por la abundancia de pruebas en contra, tanto en forma de testigos visuales como por las películas submarinas y de superficie tomadas hasta ahora. No es necesario señalar que otras explicaciones del mismo jaez, como focas, nutrias o delfines, pueden ser rechazadas en aquellos casos que realmente se resisten a una justificación razonable.

Las focas de cuello extremadamente largo o las nutrias gigantescas son las candidatas predilectas entre quienes prefieren buscar una explicación al misterio en términos menos extraordinarios. Pero ante estas conjeturas se yerguen las objeciones —señaladas por *sir* Edward Mountain en 1934— relacionadas con el comportamiento de estos animales. Las focas son criaturas alegres y juguetonas a las que agrada retozar en el agua y salir a menudo a tierra firme. Las nutrias, por su parte, siendo más huidizas que las focas, carecen de la capacidad para estar tanto tiempo sumergidas como parece poder hacerlo Nessie. Y en todo caso, ninguno de estos dos animales podría sumergirse hasta las profundidades en las que el sónar ha detectado movimientos inexplicables dentro del lago.

La suposición de que sería un pulpo gigante cuenta también con muy pocos apoyos, si damos crédito a las declaraciones de los

testigos visuales y a las fotografías y filmaciones realizadas. A juicio de algunos autores, las tomas subacuáticas efectuadas por el Dr. Rines refuerzan la presunción de un animal con aletas. Por otro lado, cabría suponer que se trata de un anfibio pero, teniendo en cuenta que hasta hace poco (geológicamente hablando) el lago Ness era un brazo de mar, la paleontología nos enseña que ni hay ni ha habido —salvo una excepción muy remota descubierta no hace muchos años— anfibios marinos. Esto dejaría sin explicación aparente avistamientos de la criatura fuera del agua, como los del estudiante Grant, la familia Spicer o el patrullero de la Asociación Automovilista James McIntosh.

La hipótesis más popular afirma que Nessie es un reptil prehistórico refugiado en las aguas del loch Ness, donde encontró un hábitat a su medida y allí continúa viviendo felizmente. Los reptiles de esta clase que mejor encajarían con las descripciones de los testigos serían el ya conocido plesiosaurio, de cuello largo, cuatro aletas y cola poderosa, el *Tanystropheus*, un satirio que se desarrolló en los límites de los medios terrestre y acuático, o incluso el mosasaurio, semejante a un gigantesco delfín con boca de cocodrilo. Sin embargo, tratándose de un reptil los biólogos dudan que pudiese sobrevivir en las frías aguas de los lagos escoceses. Además, tendría que salir a respirar con mayor frecuencia y desplazarse a las orillas para poner huevos, lo que no le permitiría mostrarse tan esquivo. De hecho, por las características del entorno se podría pensar en un mamífero desconocido de la familia de las focas, pero una vez más la necesidad de respirar y desovar constituyen serias objeciones contra esta conjetura.



Dibujo de un mosasaurio. Su corto cuello no coincide con las descripciones de Nessie.

La respuesta usual subraya que no conocemos a la perfección las adaptaciones anatómicas de animales cuyos únicos restos conservados son fósiles. Tal vez —y sólo tal vez— algunos de estos grandes saurios extintos tuviesen proyecciones cartilaginosas sobre sus ventanas nasales (semejantes a los *pinnae de* los pinnipedos monstruosos conjeturados por Heuvelmans) que pudiesen extender hacia la superficie del agua para respirar aire sin sacar del todo la cabeza. No es imposible, pero tampoco cuenta con más apoyo que un puro ejercicio de especulación relativamente plausible.

Tal vez por eso Roy Mackal se inclinó por los mamíferos en su búsqueda de respuestas al misterio. Una morsa o una ballena, digamos, tendrían proporciones semejantes a las del monstruo, y

también podrían vivir mucho tiempo sumergidas en agua dulce sin emerger a la superficie. Mackal pasó revista a multitud de posibles candidatos, desde un invertebrado gigante hasta el zeuglodón, una forma primitiva de ballena semejante a una serpiente, considerada extinta desde hace veinte millones de años. Finalmente, el bioquímico norteamericano se decidió por a un enorme anfibio con apariencia de tritón, naturaleza que, en su opinión, permitiría explicar la rareza de sus avistamientos, así como su capacidad para sobrevivir en entornos fríos y con relativamente poca comida[39].

Otros naturalistas supusieron, igualmente con poca fortuna, que Nessie era en realidad una gigantesca babosa marina —esto es, un molusco— o un monstruoso gusano de mar. E W. Holiday ha sugerido que se trata de una versión monstruosa de un gusano acuático prehistórico cuya existencia no se conocía más que a través de los fósiles. Los críticos descartan esta hipótesis sobre la base de la escasa envergadura de los fósiles mencionados (35,5 cm), que dejaría sin explicación un proceso de crecimiento tan desmesurado. Tan sólo los pulpos y calamares gigantes podrían equipararse en tamaño a Nessie, sin guardar semejanzas en ningún otro aspecto.

Zoológicamente la hipótesis menos improbable sería afirmar que se trata de un pez, lo cual eliminaría los problemas de respiración y reproducción señalados antes. Adrián Shine, miembro de la desaparecida Oficina de Investigaciones del Lago Ness, apuesta en este sentido por la posibilidad de una anguila colosal como explicación del enigma. Y, en efecto, algunos datos del sónar que indican un movimiento ondulante hacia arriba y hacia el fondo sugieren por igual la posibilidad de una anguila gigante. Si bien la forma romboidal de la aleta fotografiada por Rines la haría poco eficiente para la propulsión acuática, es muy probable que las aletas —de ser cierta su existencia— sólo funcionen como timones o frenos y que el elemento de propulsión fundamental sea la cola. Realmente, lo más parecido que conocemos a la aleta romboidal fotografiada es la del dipnoo australiano, que es usada a modo de pata para arrastrarse por el fondo.

Ahora bien, ¿cómo llegó hasta su actual morada? Está muy claro que toda especie animal que viva ahora en el lago debió llegar allí después de la retirada del hielo, alrededor de diez mil años atrás, procedente de otra zona de agua dulce o del mar. Advirtiendo que existen informes corroborados de observaciones del monstruo desde finales del siglo XIX, es lógico suponer que o la criatura entró en el lago desde el mar cuando ambos estaban unidos o lo alcanzó remontando el río Ness por lo menos en fecha anterior a los primeros testimonios de la época moderna. De ser así, no podemos sino sorprendernos por el hecho de que los plesiosuarios hayan sobrevivido sesenta millones de años —desde su presunta extinción— para ocupar un lago situado en una región tan meridional y fría, que raramente entraría entre las preferencias de un reptil.

Esta apreciación sobre la dificultad de los reptiles para vivir en aguas frías viene contrapesada por el descubrimiento de que hace 120 millones de años la temperatura en el mar interior de lo que hoy es el centro de Australia, los plesiosaurios se reproducían y criaban con total desenvoltura. La temperatura entonces era treinta grados menor que en la actualidad, y grandes masas de hielo flotaban sobre unas aguas gélidas. El hecho de que se encontraran multitud de ejemplares juveniles en ese lugar, hoy abrasador, demuestra que debieron adaptarse muy bien a la vida acuática con temperaturas tan bajas.

Existe otra hipótesis que ha sido poco considerada por tratarse de una idea un tanto imprecisa. Esta opinión sugiere que la criatura del lago Ness se identificaría con un satirio marino que se ha ido adaptando gradualmente a la vida en el agua dulce, desarrollando mecanismos para no necesitar emerger tan a menudo para respirar (como depósitos internos de aire, lo que daría cuenta de las curiosas jorobas que Nessie exhibe), variando sus costumbres reproductivas y adquiriendo la capacidad de salir del agua por breves periodos, como refieren algunos testigos. O bien, en la línea anterior, podría achacarse el misterio a una especie desconocida de satirio

prehistórico que ya poseía de forma natural las citadas características —bastante atípicas para los animales de su genero— y, por lo tanto, sólo precisó de una leve adaptación a la vida en el lago Ness.

Lo mismo cabe decir del lago Champlain o de otros muchos semejantes, con sus posturas a favor y en contra. Una firme detractora de la hipótesis del satirio acuático es J. Ellen Marsden, profesora asociada de piscicultura en la Escuela Rubinstein de Medio Ambiente y Recursos Naturales, en la universidad de Vermont. Este lago también estuvo abierto al mar hace unos 10 000 años, e igualmente necesitaría una población reproductora para mantener estable el número de monstruos a lo largo de los siglos. «Si deseamos preservar la especie a lo largo de cien siglos —afirma Marsden— necesitaríamos al menos treinta animales reproduciéndose activamente, lo que acarrearía una frecuencia indiscutiblemente mayor de avistamientos que la registrada hasta ahora».

La profesora J. Ellen Marsden.

EL PROBLEMA DE LA POBLACIÓN

Estas matizaciones enfocan la discusión sobre un punto clave, como es el número de monstruos que puede mantener un lago a lo largo del tiempo perpetuando así su población. En mar abierto no hay problema, pues el espacio disponible y las reservas alimenticias son prácticamente ilimitados; no así en masas de agua cerradas, incluso muy grandes.

La mayoría de los avistamientos y las leyendas del folclore popular hablan de un solo monstruo, pero también hay testimonios que informan de dos o tres de estos seres, y es un hecho biológico generalmente admitido la inexistencia de animales cuyo ciclo vital abarque siglos, periodo de tiempo éste que parece desprenderse de los relatos más antiguos. Una estimación aproximada de la población asumible por el lago, con base en el volumen ocupado por las aguas y las reservas de alimento, de Georg Zug, del Instituto Smithsonian, ha calculado que podría hablarse de 20 ó 30 criaturas si cada una pesara unos 1400 kg, o de hasta 150 si dicho peso fuese de 150 kg.

Debe existir como mínimo una pareja con un ejemplar de cada sexo, a fin de perpetuar la especie en el interior del lago a lo largo del tiempo. Análogamente, es preciso que se haya alcanzado un equilibrio entre la tasa de reproducción y la de mortalidad para que la población de animales no desborde las posibilidades del ecosistema. Una objeción a la existencia del monstruo ha sido siempre la ausencia de sus restos mortales, fácilmente detectables en un ser de su envergadura. Conviene recordar sobre este extremo que la frialdad de las aguas retarda la descomposición y puede dar tiempo a que las anguilas y peces acaben con los cadáveres, mientras que los huesos podrían quedar enterrados en el lodo del fondo. En cualquier caso, no podemos estar seguros de ello; quizás los rastreos llevados a cabo por buceadores y barcos de dragado nos ofrezcan la respuesta.

Las fuentes potenciales de alimentación del loch Ness son la flora, la fauna y el plancton de las aguas. La escasez de vegetación en el lago y el enorme volumen de alimento necesario para abastecer a una población de grandes animales herbívoros descartan esta posibilidad. La alternativa del plancton se ve idénticamente rebatida por la relativa esterilidad de las aguas de los lagos escoceses, así como por la carencia de adaptaciones específicas para capturar y extraer el plancton del agua (por ejemplo, bocas grandes para engullir el mayor volumen de líquido posible) que, según todos los informes, no parece presentar Nessie.

La única fuente alimenticia que resta, y la más lógica para una criatura de las dimensiones de la que nos ocupa, son los peces del lugar, salmónidos migratorios (salmón y trucha de mar) la mayoría de ellos. Esta suposición parece confirmarse por el superior número de avistamicntos producidos en la desembocadura de los ríos, cuando los salmones los remontan para desovar, y los testimonios (como el de David James) que hablan de la aceleración y movimientos bruscos del monstruo al perseguir bancos de salmones.

Para sorpresa de algunos, los análisis rigurosos al respecto no son inexistentes. En 1972, una revista de oceanografía y limnología, publicó un estudio de dos autores, Sheldon y Kerr, proporcionando una estimación razonable de la población de monstruos que un ecosistema como el del lago Ness podría soportar de manera sostenible[40]. Sus conclusiones —equiparables a las ya mencionadas de G. Zug— vinieron a ser refrendadas por un posterior artículo de Scheider y Wallis al año siguiente[41].

Estos dos artículos merecieron una airada reprimenda del profesor Mortimer, de la universidad de Wisconsin[42]. En opinión de Mortimer, especular sobre el número de monstruos en el lago Ness deslizaba a sus comentaristas al terreno de la más cruda paraciencia:

En completa ausencia, durante siglos, de evidencia zoológica tangible, se nos deja con algunas fotografías pobremente enfocadas sin escala de longitud, declaraciones verbales de testigos ofrecidas de buena fe, y algunos ecos de sónar inexplicados …

Mortimer conjetura a continuación sobre la posible influencia de la pendiente de las laderas rocosas y el gradiente térmico de las aguas del lago en el acaecimiento de tales ecos anómalos.

La respuesta de Scheider y Wallis no se hizo esperar, pues apareció en la misma edición que la censura de Mortimer. En su réplica, los autores señalaban el hecho de que ellos no se comprometían con la existencia de monstruos en el lago Ness, ni

especulaban sobre su naturaleza zoológica en caso de que existiesen. Tan sólo llamaban la atención sobre el hecho de que, bajo ciertas condiciones hipotéticas pero realistas, ecosistemas aparentemente humildes como los de un gran lago, podrían sostener una población estimable de animales[43]:

No sabemos, por supuesto, si hay monstruos en el Loch Ness; pero sospechamos que organismos apreciablemente grandes podrían existir en amplios volúmenes de agua dulce si la cadena alimenticia da de sí para ello. Consideramos probable que si las redes alimentarias de los lagos oligotróficos y los océanos oligotróficos son similares y si la cantidad estable de peces es aproximadamente la que suponemos, entonces existe en el Loch Ness (y en otras grandes masas de agua dulce) el potencial para que varias toneladas de tejido vivo existan en forma de masas corporales relativamente grandes. Parece deducirse de ello que, incluso si alguien pudiese tener éxito en la tarea filosóficamente difícil de probar que tales masas corporales grandes no existen en forma alguna en el Loch Ness, la cuestión aparentemente válida de un potencial no aprovechado permanecería aún pendiente de explicación.

A cada uno de los monstruos lacustres antes mencionados puede aplicársele el estudio de posibilidades llevado a cabo con el oriundo del lago Ness. No obstante, a cuantos les cuesta conformarse con probabilidades, sólo les queda confiar en que futuras investigaciones provistas de mayores y mejores medios contribuirán a esclarecer de una vez por todas estos apasionantes misterios.

7. Náufragos de la prehistoria

LA FASCINACIÓN por la posibilidad de que en algún remoto rincón del globo persista un residuo de lo que fueron el mundo y sus habitantes en un lejano pasado, es un sentimiento que ha acompañado a la imaginación humana en todas las épocas. Ésta es una de las causas que explican el rotundo éxito del libro *El mundo perdido* de *sir* Arthur Conan Doyle, publicado en 1912 y llevado a la pantalla trece años después. El padre literario de Sherlock Holmcs, con buen tino, se había inspirado en la lectura de una obra del profesor Ray Lankaster sobre animales prehistóricos. El tema era sencillo y a la vez extremadamente atractivo: una elevada meseta en la selva consigue mantener intacta e impenetrable su vida primitiva, formada por toda clase de bestias prehistóricas tan feroces como gigantescas. Con tales ingredientes, la emoción y la aventura están servidas.

Pero por debajo del ropaje novelesco, la tesis central de *El mundo perdido*, esto es, la supervivencia real de animales prehistóricos en la actualidad, sigue suscitando una irresistible fascinación sobre el público de todas las épocas. La idea es indudablemente sugestiva; ¿no sería posible que especímenes de monstruos tenidos por extinguidos continuasen con vida en nuestros días al amparo de zonas aisladas e inexploradas? La opinión

mayoritaria entre los criptozoólogos sostiene que en modo alguno debemos contestar con ligereza a esta pregunta.

Bueno es recordar de nuevo que el hallazgo de ejemplares vivos de especies dadas por desaparecidas no es en sí una posibilidad descabellada. La mejor prueba de ello nos la ofrece la famosísima historia del celacanto, pez de grandes dimensiones y aguas profundas que se suponía extinguido desde hacía por lo menos setenta millones de años, capturado vivo en 1938. El segundo ejemplar vivo se descubrió en 1952, cerca de Madagascar, y desde entonces hasta ahora se han atrapado y estudiado casi un centenar de estos peces, todos ellos saludables y en buen estado. Sabemos, además, que especies como las tortugas o los cocodrilos han sufrido mínimas variaciones desde la era de los grandes saurios, y constituyen actualmente grupos animales únicamente amenazados por la rapacidad del hombre. Así pues, si en los capítulos anteriores examinamos la teoría de que saurios del mesozoico hayan logrado sobrevivir y desenvolverse en alta mar o en grandes zonas lacustres, toca ahora inquirir si otros tipos de monstruos han conseguido mantenerse con vida hasta el presente en tierra firme.

La extinción de los dinosaurios ha sido uno de los temas de debate más candentes y seductores de la paleontología. La catástrofe, que puso fin a la era mesozoica, destruyó casi el 75% de las especies, entre ellas el 90% de los géneros de protozoos y algas acuáticos, desapareció entre el 44% y el 49% de las especies planctónicas, entre el 15% y el 25% de las del suelo marino, el 14% de los habitantes de las aguas continentales y el 20% de los terrestres. Entre los supervivientes se encontraron los reptiles actuales (tortugas marinas y terrestres, matara, lagartos, serpientes y cocodrilos), los peces, las aves, los insectos, los moluscos y los mamíferos. Al parecer, no sobrevivió ningún vertebrado terrestre de más de 25 kg.

A comienzos de la década de 1980, el físico Luis Alvarez, junto con otros investigadores entre los que se contaba su hijo Walter, desató una intensa polémica proponiendo que la extinción de los

grandes saurios había sido provocado por un enorme meteorito —de unos 10 km— cuyo impacto sobre la Tierra trastornó de súbito y por completo las condiciones ambientales a las que tan bien adaptados estaban estos titanes[44]. Esta explicación de tintes catastrofistas, pese a ciertas reticencias iniciales, acabó arraigando en la comunidad científica a causa del gran caudal de indicios físicos que la respaldaba al estudiar los mismos estratos geológicos en todo el planeta: material cometario —principalmente iridio— con una abundancia atípicamente elevada, microcristales de cuarzo típicos de un gran impacto, presencia anómala de aminoácidos asociados al impacto de un bólido extraplanetario, presencia anormal de «stishovita[45]» en las arcillas, etc.

El paso del tiempo, no obstante, ha ido situando el problema en una perspectiva más amplia, y ahora se tiende a creer que la extinción de los dinosaurios pudo haber sido un proceso relativamente lento y gradual que tuvo su momento álgido con la caída del meteorito. Un periodo de vulcanismo planetario especialmente intenso pudo verse agravado por la catástrofe meteorítica descubierta por los Álvarez[46]. Todo ello hubiese acarreado una alteración fatal de los ecosistemas ocupados por los grandes saurios, hasta el punto de determinar su definitivo declive y la total extinción poco tiempo después. A estas circunstancias pudieron haberse sumado multitud de factores: especialización excesiva de estos reptiles, gigantismo exagerado, superpoblación, infertilidad, desequilibrio en la proporción de sexos, sequías, cambios en la vegetación de la que se alimentaban, parásitos, epidemias, alteraciones en la capa de ozono, variaciones en el magnetismo terrestre, cambios climáticos ocasionados por la deriva continental, reducción de lagunas y pantanos a causa de la orogenia, descenso del nivel del mar, etc.

Nuestras mediciones sobre el momento en el que tuvo lugar la extinción del cretácico, nos dejan con un margen de error de unos 500 000 años. Y así parecen confirmarlo investigaciones llevadas a cabo sobre el terreno acerca de una posible supervivencia de ciertos

grupos de dinosaurios en regiones desérticas y rocosas situadas en lo que hoy es Nuevo México[47]. Obviamente, eso no significa que los dinosaurios y los homínidos coincidiesen en algún periodo de la historia más remota; siguen separados por millones de años de evolución. Sin embargo, esa opinión es la que algunos criptozoólogos pretenden cuestionar con su búsqueda de grandes saurios supervivientes.

Para tener alguna esperanza de localizar especies presuntamente extinguidas, deberíamos remontarnos a determinadas áreas geográficas caracterizadas por su inaccesibilidad, donde resulte posible a especies de animales de gran tamaño ocultarse y desarrollarse en una casi completa clandestinidad. Estas zonas habrían de poseer también la mayor estabilidad geológica y climática posible, a fin de aumentar sus probabilidades de constituir una reserva de criaturas inexistentes ya en otras regiones sometidas a más intensos cambios. La mejor candidata parece ser Africa central, lugar del que proviene el mayor número de historias a este respecto.

CRÓNICAS DEL CONTINENTE MISTERIOSO

Agotaba sus último años el siglo XIX cuando el gran explorador y cazador Alfred Aloysius Horn —inspirador en el cine y la literatura del protagonista de *Trader Horn*— halló las huellas dejadas por un animal desconocido, llamado Jago-Nini por los indígenas del Camerún, que el propio Horn describió como «del tamaño de unas grandes sartenes pero con tres enormes garras». Igual impresión habían causado huellas con las mismas pavorosas marcas de garras al misionero francés Abbé Lievain Bonaventure en 1776. En el año 1900, la extraña bestia que los ribereños del lago Victoria y demás afluentes del Nilo llaman Lukwata o Amaliv, atacó un pequeño vapor que se dirigía desde Kimusu (Kenia) a Entebbe (Uganda). *Sir* Clement Hill, un testigo británico del suceso, observó que la cabeza

era redondeada y oscura, sin ninguna relación con la de los cocodrilos, seguida por un cuello larguísimo y un tronco monstruoso:

> *Estaba en el puente del vapor que surcaba el lago. Fascinado, contemplaba el maravilloso paisaje cuando, de improviso, se levantó de las aguas un animal completamente desconocido para mí. Primero apareció una cabeza pequeña, dispuesta en la extremidad de un larguísimo cuello, que terminaba en un tronco monstruoso. Cada vez más poderoso, el cuello siguió emergiendo, tanto, que llegó a igualar la altura de la nave que se le acercaba. La bestia intentó aferrar al vigía de proa, y sólo en el último momento advirtió el negro el peligro y escapó dando alaridos.*

Investigaciones ulteriores, llevadas acabo sucesivamente por el gobernador inglés de la zona y por el naturalista John G. Millais, concluyeron que la tribu local, los bagandacas, conocían aquel animal como Lukwata, en tanto que para los habitantes del Alto Nilo el nombre de la criatura era Lau. Según una tribu de Uganda, los carivondos, este animal combate a menudo con los cocodrilos y en el transcurso de la pelea suele perder algún fragmento de su anatomía, el cual es buscado afanosamente por los indígenas por considerarlo un poderoso amuleto. Durante estas batallas se puede escuchar el rugido del animal en muchos kilómetros a la redonda.

También sabían de la existencia del monstruo las tribus asentadas entre Uganda, Kenia y Tanganyika, al que adoraban como espíritu del mal bajo los apelativos de Chipekwe y Mokelem-bebwe. Millais escribió un amplio informe sobre el extraño animal que habitaba en el país de los Ba-rotss, en el Zambeze medio, al este de la actual Zambia. Las apariciones de este animal, al parecer un gran reptil acuático mayor que un elefante, con un largo cuello, cabeza serpentiforme y patas de lagarto, intrigaron vivamente al rey

indígena local, Lewanika. Este monarca investigó personalmente sobre el terreno y observó el sendero de metro y medio de ancho abierto por el animal entre los cañaverales. El monstruo, llamado Mblintu por los habitantes de los pantanos del Zaire, fue motivo de un comunicado cursado por Lewanika al gobernador británico de Zululandia, coronel Hardinge.

Ya en los albores del siglo XX, concretamente en 1910, el traficante de animales salvajes Cari Hagenbeck y el colono y escritor J. E. Hughes recibieron noticias de los indígenas acerca de una gran bestia desconocida, denominada Chipekwee o Shimpekwee, que los nativos describían como «mitad elefante y mitad dragón» y que habitaba al sur de Rhodesia (actualmente Zimbabwe). Probablemente perteneciesen a este ser las enormes huellas sin identificar halladas por el funcionario británico M. H. Croad en esos mismos parajes. Asimismo, el escritor americano Edgar Beecher Bronson recogió declaraciones idénticas por aquellas fechas, al igual que dos exploradores alemanes, el teniente Paul Gratz (el primero en atravesar África desde el Indico hasta la desembocadura del Congo en un barco de vapor) y el comandante Hans Schomburgk, quienes fueron informados por los naturales de la zona de la existencia de un enorme monstruo en el lago Bangweloo (a 260 km al este de Elizabethville, actual Lumumbashi), el cual había eliminado a los cocodrilos e hipopótamos del lugar. Schomburgk oyó el mismo relato de boca de unos indígenas afincados 800 kilómetros más al oeste, y que carecían de cualquier contacto con los del lago Bangweloo.

De vuelta a la metrópoli, este oficial alemán decidió someter el resultado de su encuesta sobre el terreno al famoso Hagenbeck, quien confirmó sus sospechas refiriendo que él también había oído idénticas historias. Hagenbeck opinaba que descripciones tan concordantes realizadas por pueblos geográfica y culturalmente tan dispares, habían de basarse en un fundamento real. A su juicio, debía tratarse de un animal entre dinosaurio y brontosaurio, un tosco gigante gris oscuro con una diminuta cabeza rematando un

desmesurado cuello. La bestia sería herbívora, si bien atacaría —sin devorarlos— a hipopótamos y cocodrilos, por motivos de defensa o territorialidad. Las expediciones organizadas por Hagenbeck no lograron reunir pruebas materiales sobre la bestia, pese a certificar la abundancia de grabados representando al monstruo por toda aquella región africana.

Otro cazador, E Grobler, publicó en el diario de Ciudad del Cabo, *The Cape Argus*, una serie de artículos muy documentados sobre esta clase de monstruos y sus apariciones en los pantanos de Didolo, en Angola, en el lago Victoria, y en el Mweru, en Zimbabwe. Un cazador francés afirmó en 1920 haberse topado con un animal de similares características durante sus exploraciones en el continente negro. Dijo haber descargado sobre él varios disparos de su carabina aunque sin resultado alguno, por lo que finalmente se vio obligado a huir temiendo la reacción de la bestia. A salvo a una prudente distancia, observó el lugar con unos prismáticos percatándose de que el monstruo tenía unos ocho meros de longitud, hocico puntiagudo, joroba escamosa y un breve cuerno entre las fosas nasales.

No mucho tiempo antes, en 1913, una expedición alemana enviada a su entonces colonia del Camerún para cartografiar el país y catalogar sus recursos naturales, aportó nuevos datos a la cuestión de los animales ignotos. El barón von Stein zu Lausnitz, capitán del ejercito alemán que dirigía la expedición, recopiló numerosos informes sobre una fiera monstruosa, a la que llamaban Mokele-Mbembé (literalmente «el que detiene el flujo de los ríos» en lengua lingala), que moraba en una zona delimitada por los ríos Ubangui, Sanga e Ikelem. Al parecer, la bestia tenía el tamaño de un elefante, piel suave pardo-grisácea, cuello largo y flexible, cola poderosa y tal vez un cuerno o colmillo frontal. A von Stein se le mostraron los frutos de una planta llamada «landolphia», de fruto semejante a una manzana y sabor agridulce, que constituían la dieta exclusivamente vegetariana del monstruo. El meticuloso oficial alemán comprobó

personalmente la existencia de una senda abierta por el misterioso animal para llegar hasta su alimento:

Las canoas que se acercan a la enorme bestia —se lee en el informe del barón— están condenadas: las ataca y mata a la tripulación, aunque sin devorar los cuerpos. El monstruo viviría en las cavernas bañadas por los ríos, de las que saldría en busca de alimento. Al parecer su dieta es totalmente vegetariana; se nos mostró su alimento predilecto: una especie de liana de anchas flores blancas, una linfa lechosa y frutos parecidos a manzanas. A lo largo del río Sombo se nos mostró un sendero trazado por el paso de este animal, sendero que sin duda habría sido abierto hacía poco y que discurría entre los vegetales descritos anteriormente. Pero las huellas dejadas por los hipopótamos, elefantes y otros mamíferos hacían casi imposibles las investigaciones.

FRAUDES Y ENIGMAS

El estallido de la primera guerra mundial impuso un forzado paréntesis en estas investigaciones que se cerró recién acabado el conflicto. En 1919 una monstruosa bestia atacó a un tal Lepage, responsable del tendido ferroviario del Congo belga, quien pudo disparar y darse a la fuga. Como informaba el diario *The Times* el 17 de noviembre de 1919, Lepage examinó con sus prismáticos al monstruo y pudo observar que «medía unos ocho metros; su morro era puntiagudo. Estaba provisto de colmillos y de un cuerno más bien corto que le nacía por encima del hocico. Las patas delanteras eran como las del caballo, y las traseras tenían pezuña hendida. Mostraba una especie de protuberancia ósea al principio del lomo». Poco después el supuesto satirio hacía estragos en una aldea vecina matando a varios de sus habitantes. A pesar de ello los funcionarios belgas, haciendo gala de un afán conservacionista poco común en

sus días, prohibieron el envío de una partida de caza tras la bestia con el argumento de que el animal debía ser una reliquia del pasado, y por consiguiente no era lícito lastimarlo.

Según Heuvelmans, un animal como el extinto *Styracosaurus* —semejante al triceratops aunque sin sus dos cuernos superiores— es el que mejor se ajustaría a la descripción facilitada por el funcionario belga. Sin embargo, indagaciones posteriores arrojarían densas sombras de duda sobre todo el asunto. Nadie pudo identificar al tal Lepage, ni aparecieron testigos que confirmasen su testimonio. Las referencias periodísticas carecían de fundamento, y finalmente todo se disolvió como un montaje preparado con toda probabilidad por colonos europeos en el Congo que, conscientes del interés que entre los occidentales despertaban las leyendas locales sobre animales monstruosos, urdieron la ficción[48].

Igualmente falsa resultó la noticia publicada el 4 de diciembre de 1919 según la cual una expedición financiada por la Smithsonian Institution estadounidense había dado por casualidad con una enorme bestia similar a un brontosaurio en una perdida región del Congo, y que excitó el interés del capitán Leicester Stevens. El explorador británico se puso en camino acompañado de su fiel Laddie, cruce de perro y lobo, con la intención de dar caza al monstruo de una vez por todas. En realidad, Stevens, víctima de su propia credulidad, constató la inexistencia de la supuesta expedición Smithsoniana y regresó a Inglaterra desentendiéndose para siempre del asunto.

Doce años después, en 1932, se publicó uno de los testimonios más estremecedores —y descocados, como después se supo— de la crónica sobre monstruos supervivientes de la prehistoria. J. C. Johanson, capataz sueco de una plantación de caucho, se hallaba cazando en el valle pantanoso del río Kasai junto con un porteador africano, cuando se vieron sorprendidos por la presencia de un gigantesco lagarto de unos 15 metros. Los dos hombres se dieron a la fuga tan velozmente como pudieron, pero al cruzar una ciénaga

se volvieron a topar con el horripilante ser, ocupado en devorar un rinoceronte:

Fue sencillamente horrible. Lo primero que pensé fue en no hacer ni un solo movimiento, pero luego me acordé de mi cámara. El lagarto trituraba los huesos con un ruido que helaba la sangre. Saltó al agua en el momento en que disparaba mi cámara. Completamente exhausto me desplomé detrás del arbusto donde había buscado refugio.

De vuelta al campamento, el capataz sueco, que entró blandiendo la cámara y emitiendo sonidos incomprensibles, parecía haber enloquecido. La conmoción de su terrorífica experiencia le llevó a pasar ocho días en cama con mucha fiebre e inconsciente. Iras recuperarse sus fotografías, aparecieron en la revista alemana *Kölnische Zeitung*, y después en el *Rhodesia Herald*. El comentarista de este último diario declaraba:

Estos documentos gráficos… no son muy claros, pero tienen importancia por el descubrimiento que entrañan. Johanson fue a topar con un ejemplar único de una familia de dinosaurios que debió extinguirse hace muchos milenios.

El supuesto dinosaurio de Jonson/Johanson devorando un también presunto rinoceronte.

La imagen —por lo menos la única que ha llegado hasta nosotros en la actualidad— no muestra más que una burda falsificación, toscamente realizada recortando la figura de un lagarto y superponiéndola sobre un bulto irregular que trata de aparentar las formas de un cadáver de rinoceronte. La falsedad de la fotografía resulta tan escandalosamente evidente que sólo puede tener su origen en un embaucador igualmente desmañado. Y eso parecía ser E Grobler, a quien se debe la historia de Johnson (o Johanson, pues la transcripción del apellido tampoco es unánime), un aventurero empeñado en capturar un lagarto de cuatro toneladas llamado Chepekwe por los nativos de esa misma zona del río Kasai. La expedición organizada con este propósito acabó en fracaso, de modo que cuando, en 1932, Grobler aportó a la prensa la fotografía y la historia del presunto capataz sueco, no hacía más que reivindicar la existencia de un animal como aquél a cuya captura había dedicado tantos y tan infructuosos esfuerzos.

Muchos otros detalles de la historia restan la poca credibilidad que pudiese quedarle: una semana de fiebre y delirio por efecto del alucinante encuentro, las contradicciones entre las diferentes versiones del relato sobre la conducta del capataz y la de su sirviente, el hecho de que el animal no tuviese un nombre en la lengua de los nativos de la zona, etc. Algunos criptozoólogos hablan de este asunto como del «Kasai Rex», destacando con ello que a lo largo de los años no ha faltado quien ha querido ver en esta historia la prueba de la supervivencia del tiranosuario rex en África central, una prueba del todo inexistente.

En el periodo posterior a la segunda guerra mundial las noticias de monstruos en centroáfrica volvieron a la actualidad gracias al explorador Charles Miller. En su libro *Cannibal Caravan*, publicado en 1950, exponía sus experiencias del año anterior en tierras de cazadores de cabezas, en Nueva Guinea, tras la pista de un lagarto de doce metros al que los nativos llamaban Rau por el ruido que emitía[49]. Miller afirmó haberse topado con el monstruo en un pantano del lugar:

Como obedenciendo mis deseos, aquel colosal vestigio de la edad de los dinosaurios atravesó el pantano con paso majestuoso… Observé que el extremo de su cola era de materia córnea. Luego oí su sonido peculiar: rau, rau, rau… El Rau se irguió en un par de ocasiones permitiéndome observar su reborde óseo alrededor de la cabeza y las placas que erizaban su espinazo.

Miller también dijo haber obtenido fotos del monstruo, a pesar de que ninguna de ellas llegó a la luz pública, lo que finalmente hizo suponer que todo se trataba de otra fabulación.

Un intento de engaño más reciente rodeó al denominado Inkanyamba. Este monstruo, nativo de Sudáfrica, tendría una cabeza con perfil equino y un cuerpo alargado en forma de serpiente. La única fotografía conocida del supuesto Inkanyamba se atribuye a la autoría de un tal Bob Teeny, en septiembre de 1995. Mientras estaba en un saliente junto a las cascadas de Howick consiguió una imagen que mostraba un animal de cuello largo, en apariencia irguiéndose por encima del agua. Parece llevar hierba en su boca y tiene la piel cubierta de franjas coloreadas en forma de anillos. De inmediato el criptozoólogo Richard Freeman se percató del fraude. La silueta proviene en realidad de la ilustración correspondiente a un apatosaurio, extraída de un libro infantil sobre la prehistoria editado en la década de 1970. El libro se titula *Know Our World; Prehistoric Life*, publicado por Holywell House Press en 1977 e impreso y encuadernado en Italia por New Interlitho (Milán). La imagen en cuestión aparece en la parte inferior de la página 14 y muestra al dinosaurio (entonces etiquetado erróneamente como brontosaurio) revolcándose en el agua y comiendo plantas acuáticas, detalle también equivocado ya que estas criaturas se desenvolvían en ambientes terrestres.

A pesar de los numerosos fraudes revelados con el paso de los años, el zoólogo suizo A. Monard opinaba al respecto:

Fotografía de la senda abierta en la selva por el Mokele-Mbembé (izq.), y fruta que supuestamente constituye la dieta básica de este hipotético animal (decha.).

La existencia de un gran saurio descendiente de los reptiles de la era mesozoica, en modo alguno es teóricamente imposible. Aunque todos los continentes se han cruzado en multitud de direcciones, los viajeros suelen seguir siempre las mismas rutas ya establecidas, por lo cual quedan regiones sin explorar. Se ha sabido de la supervivencia de algún tipo de brontosaurio, e incluso se han organizado expediciones para localizarlo; su fracaso sólo demuestra que se trata de un animal prehistórico rarísimo, o que habita zonas de tan difícil acceso como pueden ser los grandes pantanos. Ciertos datos deducidos de la historia geológica y de nuestros conocimientos sobre los grandes reptiles, abonan la teoría de la supervivencia… Si la credulidad excesiva es perjudicial para la ciencia, no lo es menos el escepticismo a ultranza; y nada justifica una postura totalmente

contraria a estas teorías. Y a Monard parecen darle la razón noticias como la escuchada por Herman Regusters cerca del africano lago Tele. De acuerdo con la población local, en febrero de 1981 los cuerpos de tres elefantes machos adultos fueron hallados flotando en las aguas. La causa de la muerte parecía relacionada con dos enormes heridas punzantes visibles en el abdomen de cada uno de los cadáveres. Como no eran orificios de bala y los elefantes conservaban aún sus colmillos, no podía culparse a los traficantes de marfil. Los nativos responsabilizaron de la matanza a una misteriosa criatura cornuda que habitaba en los bosques cercanos, llamada Emela-ntouka («matadora de elefantes»). Descrita con coherencia como de un tamaño similar al de un elefante, o mayor, con cuatro gruesas patas que lo sostienen desde abajo (en contraste con los cocodrilos, que las disponen lateralmente), y dotado de una cola larga y robusta. Su cabeza se compara con la de un rinoceronte, pero con un único cuerno que sobresale desde la parte frontal. Sus hábitos son semiacuáticos, come follaje y da muerte a elefantes y búfalos con su poderoso cuerno delantero.

El bioquímico Roy Mackal, conocido por sus investigaciones en el lago Ness, sugiere que ese animal —de existir— podría pertenecer a una variedad de rinoceronte prehistórico (un mamífero) o a la de los dinosaurios carnudos, como el *Triceratops*. Mackal también recopiló en sus viajes al continente negro un puñado de vagas referencias sobre el Mbielu-mbielu, «el animal con placas saliendo de su espalda», del que se dice similar al estegosaurio. Aunque más sólidos parecen los avistamientos del Nguma monene, un enorme reptil serpentiforme con un característico contorno dentado en su espalda. El misionero estadounidense Joseph Ellis contempló uno de estos ejemplares en noviembre de 1971 emergiendo del río Mataba y perdiéndose en la espesura. No vislumbró la cabeza o el cuello, pero estimó su longitud total en unos diez o doce metros. Las descripciones de los nativos sugieren a Mackal que este ser quizás se clasificaría junto a los lagartos, como un eslabón viviente entre

serpientes y lagartos surgido del primitivo grupo semiacuático de los dolichosaurios, más que de los lagartos monitores, situados en un estado evolutivo superior.

¿SAURIOS EN ÁFRICA CENTRAL?

En las fuentes del Nilo los indígenas hablaban de la existencia de una terrible bestia, descrita por los nuer como una enorme serpiente, patas cortas y gran ferocidad. John Millais, durante sus exploraciones de las marismas del valle del Nilo, constató que los nativos dinka, los shilluk y los propios nuer relataban cacerías de un gran reptil de color castaño oscuro de entre doce y treinta metros de longitud y el grosor de un caballo. En 1923 el gobernador británico del Sudán, H. C. Jackson, publicó un estudio sobre el pueblo nuer en el que menciona el extraño animal llamado Lau, supuestamente afincado en la zona del Nilo Blanco. Según las descripciones de los indígenas, este animal vive en cuevas excavadas por él en las orillas de los ríos o en lugares pantanosos, como Bahr el Gazal y Addar. Su tamaño supera los cuatro metros, tiene una corta cresta de pelos en la parte superior de la cabeza, y el terror que produce a los nativos excede con mucho al causado por las mayores serpientes pitón.

Un dato que sugiere la verosimilitud de su existencia es la talla en madera de la cabeza de un Lau realizada por un artista de la tribu tramba. El capitán William Hichens, funcionario de los Servicios de Información y Administración de África oriental, encontró y fotografió esta efigie. Algunos criptozoólogos opinan que el lau y el lukwata son en realidad el mismo animal. Las descripciones de estas bestias como grandes serpientes con patas rudimentarias y la comunicación entre las fuentes del Nilo y el lago Victoria avalarían esta hipótesis.

También en las proximidades del lago Victoria habita, al parecer, otro extraño animal que los masais llaman Olumaina. La bestia tiene alrededor de cinco metros de longitud, una cabeza semejante a la de un perro con orejas parecidas a cuernecillos, patas cortas armadas

de garras y un cuello corto. Se dice que cava zanjas en las orillas de los ríos cuando se siente amenazado y se guarece en ellas dejando sólo la cabeza visible. Este ser ha sido visto por cazadores occidentales en los ríos Mara y Gori, en la zona fronteriza entre Tanzania y Kenia. Estos observadores añaden otras características a las descripciones de los masais, como son su similitud con un armadillo, su lomo ancho como un hipopótamo y moteado como un leopardo, su cabeza parecida a la de una nutria, y el tamaño de sus huellas, como las de un hipopótamos pero dotadas de garras igual que los reptiles.

Sin duda, de todos los testimonios de primera mano con que contamos en la actualidad, el que menos reservas despierta, dada la identidad de los protagonistas, es el transmitido por la expedición de la que formaba parte el famoso naturalista y escritor Ivan T. Sanderson, muy citado ya a lo largo de esta obra. El suceso ocurrió en 1932, cuando Sanderson, el explorador y coleccionista de animales Gerald Russell y dos ayudantes africanos, Ben y Bassi, recorrían en piraguas el río Mainyu (África occidental). En un momento dado alcanzaron un tramo del río encajonado entre altas paredes rocosas provistas de numerosas cuevas de siniestro aspecto. El incidente lo relata de forma inmejorable el propio Sanderson**[50]**:

De una de las cuevas surgió el estruendo más aterrador que oírse pueda, como no sea el de un terremoto o la explosión de un torpedo aéreo a corta distancia. Ben, sentado a proa, se refugió como pudo en el fondo de la piragua y otro tanto hizo Bassi en la primera embarcación. Gerald trató de situarla de costado para virar, y yo me puse a remar como un loco entre los remolinos de la impetuosa corriente. No pude evitar la aproximación de mi piragua a la entrada de la cueva de donde había surgido aquel ruido espantoso …

Algo enorme se alzó ante nosotros, convirtiendo el agua en espuma de color jerez, y al momento volvió a sumergirse sin dejar de rugir. Esa «cosa» de reluciente color negro era la cabeza de un animal semejante a una foca inmensa, aunque mucho más ancho

que alto. Calculo que abultaría tanto como un hipopótamo adulto (me refiero a la cabeza). Tengo la impresión de que abandonamos aquel lugar a velocidad prodigiosa. Bassi y Ben no se recuperaron hasta que llegamos a un remanso, a partir del cual el Mainyu sigue hacia el norte.

Los nativos que formaban parte de la expedición identificaron sin asomo de dudas a la monstruosa bestia como un m'koo-m'bemboo o Mokele-Mbembé, animal que, aunque vegetariano, atacaba y mataba a cuantos hipopótamos y cocodrilos se ponían a su alcance; el mismo monstruo del que había sido informado el capitán von Stein veinte años antes.

> *Estos animales —prosigue Sanderson— según nos contaron los nativos, tienen su morada en aquel tramo del río, y ésa es la razón de que allí no se vea ni un solo hipopótamo o cocodrilo, cuando los hay a cientos en el remanso y en el río Cross. Nos dijeron que el m'koo no es carnívoro sino que se sustenta de la hierba jugosa de las riberas y de frutos de las lianas.*

El relato de Saderson exagera sin duda las dimensiones del animal, pues jamás ha existido un satirio cuya cabeza fuese del tamaño de un hipopótamo adulto. Dejando ese detalle a un lado, su testimonio, por pasmoso que pueda parecer, provenía de un naturalista de primera fila cuyos trabajos gozaban de prestigio internacionalmente reconocido, motivo por el cual no fue tomado a la ligera. No lo hizo así su compañero Bernard Heuvelmans, quien apoyó la idea de que en regiones solitarias e inaccesibles habitaran supervivientes de épocas prehistóricas. Abundando en las posibles razones de su actual clandestinidad, Sanderson escribía en 1969 sobre el continente africano unas palabras que podrían hacerse extensivas a muchos otros parajes del globo**[51]**:

La vida moderna no ha afectado sus selvas inmensas ni sus regiones pantanosas. Por otro lado, hemos perdido contacto con millares de comarcas que, a principios de este siglo, se conocían bastante bien. Hace falta haber vivido allí para comprender la inmensidad de sus territorios. Por eso es absurdo negar la posibilidad de que existan en ese continente no una, sino mil especies desconocidas.

Angola es otro territorio de donde llegan testimonios de la existencia de un monstruo acuático, denominado por la nativos Coje ya menia. Se dice que este animal, enemigo acérrimo de los hipopótamos, emite unos potentes rugidos que le han reportado el sobrenombre de «león de las aguas». Pereira da Costa, un comerciante portugués de paso por Luanda en los años treinta, pudo constatar la ferocidad de esta bestia cuando tuvo noticias de que una de ellas había matado un hipopótamo no lejos de donde él se encontraba, y decidió trasladarse al día siguiente al lugar de los hechos para comprobarlos personalmente. Y, en efecto, allí pudo encontrar Da Costa los restos desgarrados de un hipopótamo, aunque sin muestras de haber sido devorado, entre señales de la titánica lucha acaecida. Las hierbas aparecían aplastadas y arrancadas, y junto al cadáver descuartizado del hipopótamo se apreciaban las huellas de una criatura de mucho mayor tamaño, similares a las de un elefante, pero con marcas evidentes de dedos bien diferenciados.

Por si todo esto no fuese suficientemente asombroso, las apariciones de monstruos antediluvianos no se limitan a los grandes saurios terrestres y acuáticos, sino que incluyen también a sus parientes voladores. Así nos encontramos con que el explorador E H. Melland reseña en un libro sobre sus viajes publicado en 1923, que los indígenas de la región del río Jiundú (pequeño afluente del río Zambeze, en el noroeste de la actual Zambia) le hablaron con todo lujo de detalles del Kongamato —literalmente, «vuelca-barcas»— un reptil alado de piel parecida a los murciélagos y un largo pico

dentado[52]. Enfrentados al dibujo de un pterodáctilo, los nativos lo identificaron de inmediato como el animal al que ellos se referían. Indicios muy similares fueron recogidos con posterioridad en la misma zona por el explorador Stany y el coronel C. R. S. Pitman. Los relatos también provenían del entorno de los montes Kilimanjaro y Kenya.

Respaldando tales narraciones, se alza la experiencia del tantas veces nombrado Ivan T. Sanderson, quien sufrió junto con sus guías indígenas el ataque de una de esas bestias voladoras, a la que sus acompañantes denominaban Olitiau. El suceso tuvo lugar durante la expedición Percy Salden, patrocinada por el Museo Británico entre los años 1932 y 1933, en las proximidades de las montañas de Asambó (Camerún), mientras cazaban murciélagos cerca de un río. El monstruo realizó varias pasadas a baja altura sobre los expedicionarios, amenazándoles con un pico oscuro armado con acerados dientes blancos[53]:

… Entonces dejé también escapar un grito e instantáneamente me zambullí bajo el agua, porque viniendo derecho hacia a mí sólo unos metros por encima del agua había una cosa negra del tamaño de un águila. Sólo pude echar un vistazo a su cara, pero fue suficiente, ya que su mandíbula inferior colgaba abierta formando un semicírculo de puntiagudos dientes blancos separados entre sí a una distancia igual a su propia anchura. Cuando emergí se había ido… Y justo antes de que se hiciese demasiado oscuro para ver, regresó de nuevo, cayendo en picado hacia el río, entrechocando los dientes, con el aire restallando conforme batía sus grandes y negras alas de vampiro… y la bestia se lanzó a por George. Él se escabulló. El animal hizo una pasada sobre él y desapareció engullido por la noche.

Un encuentro semejante se reprodujo en Zambia en 1956, junto al río Luapula, cuando el ingeniero J. P. E Brown conducía de regreso a Salisbury tras visitar Kasenga, en el Zaire. Se detuvo para

descansar a las seis de la tarde en una localidad llamada Fort Rosebery, al oeste del lago Bangweulu, cuando vio dos criaturas volando lenta y silenciosamente justo por encima de su cabeza. Estupefacto, observó su aspecto inequívocamente prehistórico, con una envergadura alar de 1-1,5 metros, cola larga y delgada, una cabeza estrecha que al ingeniero se le antojó como el hocico alargado de un perro, y una longitud total del pico a la cola de más de dos metros. Uno de estos animales abrió la boca, exhibiendo ante el atónito Brown una afilada dentadura que llamó poderosamente su atención.

Esta última característica, la presencia de una dentadura prominente, resulta especialmente peculiar, por cuanto los pterosaurios de finales del cretácico carecían de dientes. Tal vez por ello, Sanderson deploraba que se identificase el kongamato con un pterosaurio superviviente, y de hecho su propia opinión se inclinaba hacia una enorme y desconocida especie de murciélago. Otros testimonios, que sí apuntan a un animal semejante al extinto pterodáctilo, provienen de puntos geográficos tan distantes como Madagascar, Namibia, Nueva Zelanda, Creta, Brasil, Argentina, Vietnam y Tejas[54]. Incluso en torno al año 1998 se informó de la posible existencia de un pterosaurio vivo en Nueva Guinea, con dos variantes morfológicas distinguidas por los nativos[55]: una más grande, con una envergadura entre alas de 5 a 7 metros (*duah*), y otra de menor tamaño, rondando el metro de un ala a otra (*roperi*). Hipotéticamente, si los pterosaurios hubiesen sobrevivido a la extinción cretácica, quizás habrían evolucionado hacia una forma anatómica muy distinta de la exhibida por sus ancestros. Pero, a falta de mejores evidencias, tal sugerencia no pasa de ser una especulación.

Existen indicios de la presencia de otros animales, auténticos fósiles vivientes, que todavía perviven en zonas apartadas del planeta. Australia es uno de esos lugares en los que la extensión de su territorio y la escasa población, parecen brindar óptimo cobijo a extraños animales desconocidos. Uno de los más singulares es el

que afirmaron haber visto exploradores y buscadores de oro. Se trataba de un animal al que comparaban con un conejo pero del tamaño de un rinoceronte. Una descripción que a los naturalistas recuerda poderosamente al diprotodón, un ocupante de las planicies australianas hasta el cambio climático que sufrió ese continente hace varios milenios y que supuso, entre otras cosas, la desertización de la mayor parte de sus tierras.

Rastreando un pasado menos distante, los japoneses organizaron otra cacería de un gigantesco animal supuestamente desaparecido, empleando en ella toda la tecnología más avanzada de que disponían. Buscaban el pájaro más grande que ha existido, el moa, de cuatro metros de altura. Eligieron para ello la zona de Fioroland, en el lejano suroeste de Nueva Zelanda, porque en las excavaciones del sur de la isla se han encontrado grandes cantidades de huesos de moa, cuyos esqueletos llenan los museos de Nueva Zelanda. El moa fue visto con certeza por última vez en 1860, y una testigo, Allys MacKenzie relataba que había visto uno en la bahía de Martín, en 1883:

Me acerqué cada vez más hasta que me senté en la arena detrás de él. Era de color azulado, de un azul difuminado.

Con gran ingenio y la ayuda de una computadora, partiendo de la estructura de los huesos craneales de un moa, los japoneses reconstruyeron lo que supusieron debía ser el graznido de uno de esos animales. Utilizándolo como reclamo, grabaron en una cinta los sonidos así sintetizados y se aventuraron en lo profundo de la selva esperando una respuesta a la llamada, pero también con el temor de enfrentarse a un pájaro capaz de partir en dos la cabeza de un hombre con su pico o aplastarla con sus garras. Sea como fuere, la tentativa no tuvo éxito.

Otras aves carnívoras de las que se tienen confusas noticias, con una envergadura de entre tres y cinco metros, podrían ser supervivientes de especies que vivieron en el pleistoceno,

especialmente del *Teratornis meriami* y del *Teratornis incredibili*. Tal vez a una de ellas perteneciese el monstruo volador con inequívoco aspecto de ave pero de tamaño descomunal que atacó fieramente a la niña suiza de cinco años de edad Marie Delex, en 1833, causándole la muerte, al igual que le ocurrió a Jemmie Kenney, de cinco años, en Missouri en 1877. Mejor suerte corrieron la niña noruega Svanhild Hantvigsen —que a la sazón contaba tan sólo tres años de edad— en 1932 y Marlon Lowe, atacado cuando tenía diez años, en 1977.

MONSTRUOS EN EL CONO SUR

Durante la segunda mitad del siglo XIX se recogieron diversos testimonios sobre un monstruo gigantesco, el minhocao, con forma de horripilante gusano, en la zona del alto Paraguay y en el suroeste de Brasil, cerca de las fronteras con Perú y Bolivia. Los testigos hablaban de unos cincuenta metros de longitud —unas dimensiones absolutamente fabulosas para cualquier animal viviente o extinto— provisto de una dura coraza ósea en el exterior y con hábitos excavadores. Dando por sentada la exageración de su longitud, los criptozoólogos han tendido a identificar esta asombrosa criatura con un armadillo gigante típico de la época prehistórica, el glyptodonte, que poseía en verdad una armadura externa de notable consistencia. Sin embargo, esta hipótesis diverge de los relatos que describen un colosal gusano y su rastro sobre el suelo aportados, entre otros, por João de Deo (1849) cerca del río Dos Papagios, afluente del iguazú; por Lebino José dos Santos (1852); por Antonio José Branco (cc. 1860) cerca de Cutiribao; y por Paulino Montenegro (1896), en los alrededores de La Cuchilla, en el norte de Argentina.

En las regiones australes del continente americano, los indios tehuelche hablan de un raro animal que llaman jemish, jemechin o hinche, dependiendo del lugar. Es una bestia grande, maciza, recubierta de un corto y espeso pelaje, con patas pequeñas y

provistas de grandes garras curvadas con las que cava profundos agujeros en la tierra. Su piel es tan dura que hace rebotar las flechas y lanzas arrojadas contra él por los nativos cuando éstos tenían la desgracia de encontrárselo. El monstruo no ataca sistemáticamente a los humanos, pero en ocasiones se convierte en un azote de los pobladores locales exterminando a familias enteras. Tan intensos llegaron a ser los rumores sobre esta fiera que el propio soberano español Carlos IV requirió a los funcionarios de Indias para que le remitiesen vivos o muertos ejemplares de esa especie, lo que no fue posible pese a los esfuerzos de varias expediciones organizadas al efecto.

Una de las pocas declaraciones que podrían hacernos pensar en la supervivencia de dinosaurios en Sudamcrica data de 1911 —un año antes de que Conan Doyle publicase *El Mundo Perdido*— y fue publicada el 11 de enero en el diario *The New York Herald* con la firma de un tal Franz Hermán Schmidt. El autor afirmaba que, en octubre de 1907, había entrado junto con el capitán Rudolph Pfleng y unos cuantos porteadores nativos en un remoto valle pantanoso del interior peruano. Un tanto sorprendidos por la ausencia de cocodrilos, lagartos y serpientes acuáticas, advirtieron el rastro de uno o varios animales desconocidos de gran tamaño que habían dejado un rastro de vegetación destrozada a su paso junto al río que discurría en el interior del valle. Iras pasar la noche en tan inquietante lugar, reemprendieron la marcha al día siguiente en una barca dejándose llevar por la corriente del río. Desde su posición en el agua detectaron a mediodía una tremenda agitación en los monos que estaban recogiendo frutos en los árboles ribereños, mientras una cosa enorme y oscura medio oculta por la vegetación se cernía sobre aquellos animales saltarines. Los indígenas remaron alocadamente para alejarse de la orilla, cuando el follaje se abrió y los expedicionarios pudieron contemplar una horrible bestia:

La cabeza apareció sobre los arbustos a una altura de 3,5 metros. Era del tamaño de un barril de cerveza, de formas parecidas

a las de un tapir, como si usase el hocico para coger o asir cosas, sus ojos eran pequeños y vidriosos y dispuestos lateralmente como los de un caimán. A pesar del barro medio seco pudimos ver que el cuello, muy similar al de una serpiente, tan sólo más grueso en proporción, mostraba nudosidades rugosas como los laterales de un caimán… Pudimos ver parte del cuerpo, que a mi juicio tenía tres o cuatro metros de grosor en los hombros, si cabe usar tal palabra, ya que no había patas delanteras, únicamente aletas con garras.

Diría que el animal tenía más de diez metros de largo, tres y medio de ellos correspondientes al cuello y a la cola.

Con una osadía rayana en la temeridad, los exploradores efectuaron varios disparos sobre la criatura, quien no pareció sufrir daño alguno, sino acaso cierta incomodidad. De todas maneras, ante los aparentes movimientos de aproximación de aquel ser, cuantos tripulaban la barca arreciaron sus golpes de remo y dejaron atrás aquel paraje alucinante. Schmidt concluye su relato añadiendo que su compañero Pfleng falleció el 4 de marzo de 1908 a causa de unas fiebres**[56]**.

En realidad, el testimonio de Schmidt —cualquiera que sea el valor que se le conceda— no es la única referencia sobre grandes bestias habitantes de los pantanos en las aguas continentales de Sudamcrica. A comienzos del siglo XX, el teniente coronel Percy H. Fawcett exploraba junglas por cuenta de la Real Sociedad Geográfica británica, y tuvo ocasión de registrar las crónicas nativas sobre un animal gigantesco cuyo rastro se podía observar en las regiones pantanosas alrededor del río Acre, cerca de la intersección entre las fronteras de Perú, Bolivia y Brasil (a unos 800 ó 1000 km de la zona señalada por Schmidt). Más al sur, de acuerdo con Fawcett, a lo largo de la frontera peruano-boliviana, alguna bestia misteriosa y descomunal dejaba su rastro por aquellas interminables orillas cenagosas.

Pocas noticias tenemos después de esas fechas sobre tan enigmáticas criaturas, salvo quizás los artículos publicados por

Silvano Lorenzoni en la revista *Pursuit* entre 1977 y 1980. Lorenzoni sugería que ciertos dinosaurios supervivientes podrían habitar en las elevadas mesetas cubiertas de vegetación, llamadas *tepuyes*, que forman el macizo de la Guyana. Estas altiplanicies han permanecido geológica y ecológicamente estables durante dilatadísimos periodos de tiempo, y de hecho allí situó Conan Doyle su literario *Mundo perdido*. Lorenzoni trató de otorgar verosimilitud a este argumento fantástico sustentándose en muy endebles evidencias. Sus únicos indicios provenían de 1955, y habían sido aportado por Alexander Laime, un inmigrante ucraniano que vivía casi aislado al borde del Auyan tepui, al sureste de Venezuela, cerca del nacimiento del famoso Salto del Ángel, la catarata más alta del mundo. Durante una de sus travesías por la selva, Lamie dijo haberse topado con tres asombrosos reptiles de cuello largo, muy semejantes a los grandes saurios del mesozoico, tomando el sol al borde de una laguna. El posterior fallecimiento del declarante y la inaccesibilidad de aquel territorio, dejaron la historia sin su debida comprobación.

PERSIGUIENDO FÓSILES VIVIENTES

Ante tal avalancha de indicios, la mayoría de los criptozoólogos, empezando por el propio Heuvclmans, proponían una identificación provisional de estos animales basándose en los testimonios de mayor fiabilidad, y comparándolos con las características de diversas clases de monstruos prehistóricos conocidos por nosotros a través de la paleontología. Conforme a este punto de vista, el enigmático Mokelc-Mbembc se correspondería con un dinosaurio del tipo de los ornitópodos (de patas de ave); en concreto con un trachodon o dinosaurio de pico de pato, reptiles vegetarianos y anfibios que se movían a cuatro patas en sus escasos desplazamientos terrestres. Es más, existen indicios de que una de estas criaturas fue capturada y llevada a Oriente Medio en tiempos de las primeras culturas

babilónicas. Nos lo explica Iván T. Sanderson en un artículo escrito para el *info-Journal de* Virginia en marzo de 1968:

La cita del animal con un solo cuerno nos remite a interesantísimos hechos procedentes de fuente muy distinta. Hace algunos años, el profesor alemán Robert Koldewey, en el curso de las excavaciones de la famosa puerta de Ishtar de Babilonia, sacó a la luz una cantidad de bajorrelieves extraordinariamente realistas que representaban a un animal semejante a un dragón, con el cuerpo escamoso, el cuello y la cola largos, las patas anteriores como de ave y las posteriores parecidas a un león; con un extraño hocico de reptil y un cuerno rígido; la piel del cuello, rugosa como una iguana, y una lengua de serpiente muy pronunciada. Inmediatamente esta fabulosa criatura fue clasificada entre los toros alados, los de cabeza humana y otros monstruos fantásticos de la mitología babilónica. Sin embargo, tras proundas investigaciones, el profesor llegó a conclusiones distintas.

La bestia era llamada Sirrush y se dice que los sacerdotes la mantenían en una oscura cueva del templo; su figura corresponde a la de un animal que existió en realidad y hoy se halla extinguido: el aurochs. Koldewey, procediendo con mucha cautela, llegó a identificar al animal con uno de aquellos dinosaurios vegetarianos «de patas de ave», reconstruidos sobre la base de hallazgos fósiles. Y ulteriores observaciones nos hacen pensar que los monstruos unicornes africanos tienen mucho que ver con el Sirrush …

Finalmente, en el África central y en las regiones en donde han sido vistos los monstruos a los que hemos aludido, han aparecido ladrillos esmaltados del mismo tipo que el usado en la puerta de Ishtar, únicos —por cuanto nos es dado saber— en aquella región mediterránea y en aquel tiempo. Y ello es mucho menos fantástico de cuanto pueda parecer, pues se sabe que, ya antes del esplendor de Babilonia, era muy activo el tráfico marítimo de los sumerios entre Mesopotamia y las costas orientales de África (llamada Meluj-

ja y habitada por los «salmutos», sustantivo que significa «hombres negros»).

Si en aquella época vivía en África un dinosaurio herbívoro, unicornio, «de patas de ave», uno o más de estos ejemplares pudieron muy bien ser llevados a Mesopotamia, donde, sin duda, despertarían gran agitación y se convertirían en propiedad de la casta sacerdotal reinante. Su presencia como animales sagrados justificaría plenamente las reproducciones de los mismos encontradas en importantes monumentos.

Los testimonios recogidos en diversas regiones de África sugieren asimismo la existencia de un gran reptil de entre seis y diez metros de longitud, con un grosor corporal como el del tórax de un caballo, con garras poderosas, una fuerte cola musculada, y un largo cuello flexible. Su piel, de aspecto gris, es lisa como la de un hipopótamo, y su cabeza, corta y redondeada, se asemeja a la de una serpiente, con algo parecido a un cuerno sobre las fosas nasales y una cresta carnosa en la cabeza. Se trata de un animal anfibio, capaz de proferir impresionantes rugidos, seguramente vegetariano, aunque siempre dispuesto a la lucha si se trata de defender su territorio o enfrentarse a sus competidores por el alimento, como hipopótamos, cocodrilos y en menor medida los manatíes. Batallas en las que suele salir bien parado gracias a su fortaleza y a sus bien armadas garras.

Testimonios como éstos movieron al profesor Roy P. Mackal, bioquímico de la universidad de Chicago, a buscar en 1980 la colaboración de James Powell y Richar Greenwell para organizar dos expediciones en busca de indicios sobre saurios sobrevivientes en la traicionera región pantanosa de Likouala, una vasta zona en la República del Congo donde pocos humanos han penetrado alguna vez. Allí se asegura la presencia de un animal con un tamaño como el de un elefante, o al menos como el de un hipopótamo, con el cuello y la cola muy largos; sus pies son como los del hipopótamo pero con tres garras cada uno. Por extraño que pueda parecer, la

única especie animal conocida que encaja con esa descripción, es, efectivamente, la de los dinosaurios:

Me interesé por este asunto —explica James Powell— en 1976, cuando obtuve una beca de un club de exploradores de Nueva York para estudiar los cocodrilos de las selvas de Gabón, al oeste del Congo. Al leer esos informes decidí investigar por mí mismo entre las tribus de Gabón haciendo una encuesta entre ellas. Primero les presenté imágenes de animales que son corrientes en sus selvas: un elefante, un gorila, un leopardo. Esos animales habitan allí y ellos los conocen. Entonces les presenté una imagen de control de un oso. En África, por lo que sabemos, no hay osos, y yo les pregunté si conocían aquel animal. Ellos respondieron que nunca lo habían visto, que aquel animal no vivía allí. Luego les enseñé el dibujo de un diplodocus sacada de un texto escolar sobre dinosaurios. Pregunté si conocían ese animal en varios pueblos diferentes, pertenecientes a grupos culturales diversos —por lo menos de dos culturas distintas— y las respuestas fueron que era el Yamalah, y que vivía en los lagos profundos en medio de la selva.

A su regreso, los osados exploradores no habían logrado su objetivo de obtener pruebas definitivas acerca del satirio africano, si bien los indicios recogidos les estimulaban a no cejar en su empeño:

Los nativos nos dijeron —refiere el profesor Mackal— que hacia 1950 uno o dos de esos animales habían penetrado en el lago Theri, dificultando las labores de pesca de los pigmeos. Éstos decidieron tapar con estacas la entrada al lago, lo que impidió a los animales volver a entrar allí. Además, los pigmeos alancearon a uno de estos animales que intentó pasar entre las estacas. Lo mataron y lo trocearon; parece que un observador comentó que les había llevado mucho tiempo trocearlo por la gran longitud de la cola y del cuello. Dijo que medía unos diez metros, y que sólo la cabeza y el cuello

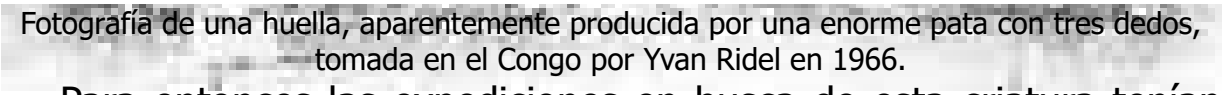
medían dos o tres metros. Se parecía a una serpiente gigantesca pero con el cuerpo muy grueso.

La fatalidad quiso que Mackal y sus compañeros no pudiesen alcanzar el lago Theri, donde probablemente se hallan aún animales vivos de esa especie, pese a encontrarse a unos cuarenta kilómetros del mismo. Desplazarse hasta allí les hubiera costado dos o tres días, y otros tantos de vuelta, contando además que hubiesen debido permanecer en el lago algún tiempo. Con todo ello, semejante calendario les hubiera impedido salir del país antes de agotar sus visados de estancia. Sin embargo, conforme avanzaban reuniendo información, llegaron gradualmente al convencimiento de que buscaban un animal —tal vez extinguido en un pasado muy cercano— pero un animal del todo real. Es más, si creemos lo que los congoleños y los pigmeos dicen, esa criatura sigue todavía viva, a salvo de miradas indiscretas gracias a la protección de la jungla.

Una nueva expedición, organizada en 1983 por la universidad de Brazaville y dirigida por el biólogo Marcellin Agnana, dijo haber divisado un espécimen de indudable morfología prehistórica, similar a la de un dinosaurio saurópodo, aunque no se obtuvieron fotografías ni se capturó ejemplar alguno. Agnana contó después que él personalmente había avistado al fabuloso animal durante unos veinte minutos, pero que en su excitación había ajustado mal el enfoque de su cámara, y por ello carecía de testimonios gráficos sobre aquel increíble encuentro.

La reputación y credibilidad de Agnana se vieron muy dañadas cuando una expedición dirigida por el británico William Gibbons, entre 1985 y 1986, le demandó judicialmente por haberles mentido, robado suministros y haber indispuesto a los portadores contra ellos. La denuncia fue estimada por un tribunal congoleño que ordenó al biólogo devolver el equipo sustraído a los británicos. El investigador holandés Ronald Botterweg formuló las mismas quejas sobre Agnana, quien con excusas burocráticas trató de retrasar la marcha

de la expedición holandesa y de apoderarse de parte de sus materiales.



Fotografía de una huella, aparentemente producida por una enorme pata con tres dedos, —tomada en el Congo por Yvan Ridel en 1966.

Para entonces las expediciones en busca de esta criatura tenían una tradición tan arraigada como infructuosa. Además de las búsquedas ya mencionadas previamente, se conocen las referencias o las pesquisas de Leo von Boxberger (1938), Ilse von Nolde (1939), Yvan Ridel (1966), James H. Powell Jr. (1976, 1979), Eugene Thomas (1979), Mackal y Bryan (1981), Reguster (1981), J. Bourges a la cabeza de una expedición japonesa (1988), Redmond O'Hanlon (1989), Gibbons y Nugent (1992), J. Michael Fay (1999), Gibbons y Wetzel (2000), Gibbons-Norman-Kirk-Mullin (2001), Marcy-Beach-MuIlin-Sima (2006), Brady Barr (2006), Josh Gates (2008), y Gibbons-Mullin-Sima (2009).

De especial interés resulta la fotografía lomada por el francés Yvan Ridel de una huella que parece poseer tan sólo tres grandes dedos o garras. La imagen se obtuvo en 1966 en el Congo al noreste de Luobomo. Dado que un análisis riguroso descarta su origen en una posible pisada de elefante o hipopótamo, esta huella sigue siendo la mejor evidencia indirecta de la posible existencia de grandes animales desconocidos —saurios o no— en el corazón de África[57].

ENIGMAS EN OTROS CONTINENTES

En 1946, M. Gallon, un diplomático francés que había residido en Vladivostok, reveló el relato que él mismo había escuchado en 1920 de los labios de un cazador siberiano de pieles[58]. Ese cazador transitaba por la taiga siberiana en el revuelto año de 1918, cuando descubrió en un claro del bosque una sucesión de descomunales pisadas. Las huellas, de forma ovalada, tenían una anchura de sesenta centímetros y una longitud de cincuenta, y las ramas estaban quebradas a una altura de tres metros. Espoleado por la curiosidad, el cazador siguió el rastro hallando de trecho en trecho enormes montones de excrementos, compuestos en apariencia de

materia vegetal. A los dos días aparecieron las huellas de una segunda bestia, tras lo cual ambas pistas seguían la misma ruta. Una tarde logró darles alcance y contempló una pareja de inmensos elefantes recubiertos de pelo, avanzando con paso lento, cuyos largos colmillos blancos se curvaban sobrecogedoramente hacia arriba. El pelaje era pardo oscuro, más abundante en los cuartos traseros y más escaso en la parte delantera. El testimonio de este cazador hubiese sido admitido sin reservas de no ser porque los mamuts —únicos animales con los que encajaría su descripción— se extinguieron hace doce mil años.

Esa clase de relatos son los que animan al profesor N. K. Vereshchagin a pensar en la persistencia actual de los mamuts, esas enormes bestias que habitaban hace miles de años la mayor parte de las tierras del centro y del norte de Europa, Asia y Norteamérica. Los mamuts eran unos elefantes peludos que convivieron con los hombres de las cavernas. Esta especie se extinguió, según creemos, por el cambio climático sobrevenido al finalizar la era glacial, y también por la caza del ser humano. Sin embargo, se cuenta con testimonios de exploradores y cazadores rusos que refieren sus encuentros con animales de estas características en la taiga siberiana. Estas bestias son como enormes elefantes recubiertos de un espeso pelaje pardo oscuro, abundante en los cuartos traseros y más escaso en la parte delantera, con unos largos y poderosos colmillos blancos y muy curvados, con un ritmo de marcha lento y pesado.

Al sur de Malasia, en el estado de Pahang, se encuentran los lagos Tasek Bera y Tasek Chini, supuestos hogares de un enorme monstruo serpentiforme que los nativos llaman Ular Tedong, cuya cabeza comparan con la de una cobra descomunal dotada de pequeños cuernecillos en la parte superior, como los de un caracol. El antropólogo y explorado Steward Wavell se embarcó en la búsqueda de estas bestias en 1951, como cuenta en su libro *El mundo perdido del Este*[59]. No consiguió divisarlas, pero sí

entrevistó a diversos testigos, que él juzgo muy fiables, y escuchó un rugido inidentificable en las inmediaciones del Tasek Bera.

China tampoco se queda atrás en el elenco de los monstruos misteriosos, pues añade a la lista al presunto morador del lago Tian Chai, en la provincia de Jilin, cerca de la frontera con Corea. En el extremo opuesto tenemos el tibetano lago Bembo, cuyos alrededores se rumorea que son recorridos con frecuencia pos una bestia con aspecto de dragón que hace estragos entre los rebaños de yaks. Y más al sur, en Australia, se dice que el terrible gauarge se oculta en los ríos y lagos poco profundos para arrastrar en medio de un fatídico torbellino a los incautos que se atreven a bañarse en ellos. Dado que algunas descripciones lo representan como una gran ave sin plumas, no han faltado criptozoólogos que recordaran la concordancia de esta imagen con la del *Struthiomimus*, un satirio con aspecto de avestruz sin plumas.

ESCUALES MONSTRUOSOS

Mucho más cercana a nuestros temores reales se encuentra la posibilidad de que algún tipo de escualo descomunal haya sobrevivido a los tiempos prehistóricos y nade hoy día por las aguas de nuestros mares. Sucesos en los que tiburones gigantescos han acometido a pescadores y bañistas en diversas regiones del planeta ocupan de vez en cuando las cabeceras de los noticiarios, concitando al tiempo nuestra excitación y nuestro horror. Es bien curioso que hasta finales del siglo XVIII la palabra «tiburón» no constaba en el vocabulario de algunas lenguas occidentales.

En su libro sobre los peces de los mares valencianos, escrito en 1802, el autor español Orellana cita al francés Rondelet de quien dice que escribe sobre este pez bajo el epígrafe *De Tiburone*, al que considera un «pez de Indias». Guillaume Rondelet, en su peculiar *Libri de Piscibus Marinis* (1554) incluye junto a los tiburones otros monstruos fabulosos, como las lamias. Y así escribe:

Dicen que devora los otros peces y es muy fiero, y llega a engullir hombres enteros, cosa que he sabido por experiencia. En Niza y Marsella se capturaron antiguamente lamias, y en el estómago de una de ellas se encontró un hombre entero completamente armado.

El autor galo tenía razón en parte, como a menudo sucede con rodos estos añejos relatos. El tiburón es originario del Nuevo Mundo, hasta el punto de que su mismo nombre no proviene del latín —como alegremente lo deriva el mencionado Orellana: *tiburo-onis*— sino del tupí, lengua indígena de la América meridional, palabra que divulgaron probablemente los portugueses en Europa (*tubarao*). Pero, en cambio, parece difícil imaginar de qué pez habla Rondelet cuando dice que devoraba hombres enteros con armadura y todo. Quizás se refiriera al tiburón blanco, poco frecuente en el Mediterráneo, pero que de tanto en tanto se deja pescar en forma de ejemplares aislados, como el que se capturó, en 1878, en las islas Columbretes con una longitud de seis metros.

Recientemente, un grupo de científicos del Instituto Smithsoniano han reconstruido el aspecto del escualo presuntamente extinto *Carcharodon megalodon*, una especie que surcó los mares hace doce millones de años y que, según nos aseguran los expertos, fue de una inmensa ferocidad. Dado que los huesos de los tiburones son cartilaginosos, los de este megalodon no se han podido conservar en estado fósil, pero sí que han sido recuperados sus dientes, de más de quince centímetros. Y así, empleando una fórmula que relaciona el tamaño de los dientes con las dimensiones corporales, este grupo de científicos concluyó que el megalodon alcanzaba los 11,5 metros y pesaba 65 toneladas. Los investigadores comentaron al respecto: «Mientras que las victimas del tiburón blanco tienen una muerte lenta (ya que son troceadas por sus mandíbulas), las del megalodon debían morir al instante». ¿Sería un megalodon superviviente la bestia de la que hablaba

Rondelet? Lo cierto es que este enorme tiburón sí podía engullir sus presas enteras.

Una minoría de criptozoólogos sostiene la pervivencia de este descomunal escualo en los océanos de nuestros días. Con ese propósito se apoyan en presuntos testimonios oculares y una serie de pruebas circunstanciales mucho menos consistentes de lo que sería menester. Uno de los casos que con mayor frecuencia se cita es el recogido en 1963 por el naturalista australiano David Stead. En su relato se refleja el encuentro vivido supuestamente en 1918 por unos pescadores de Port Stephens mientras faenaban cerca de las islas Broughton:

Los marineros habían estado trabajando en sus caladeros de pesca —-que radican en aguas profundas— cuando un inmenso tiburón de casi increíbles proporciones hizo su aparición, alzando recipiente tras recipiente con su abultado contenido de cangrejos, y llevándose —como dijeron los marineros— «contenedores, amarras y todo». Tales contenedores de cangrejos, hay que mencionarlo, medían 1,06 metros de diámetro y a menudo portaban de dos a tres docenas de cangrejos de buen tamaño, cada uno con un peso de varias libras. Los marineros declararon unánimemente que aquel tiburón era algo en lo que jamás habían soñado… Ellos estaban familiarizados con las ballenas, las cuales habían visto pasar a menudo en el mar, pero aquello fue un colosal tiburón… Una de las cosas que más me impresionó fue que todos ellos coincidieron en el fantasmal color blanquecino del fabuloso pez.

Otro de los testimonios se debe al celebre escritor de novelas del Oeste, Zane Grey, quien refirió un extraño avistamiento mientras viajaba en torno a Rangiroa, en el Pacífico sur, entre 1927 y 1928. Contemplando el panorama desde la cubierta del barco, advirtió un enorme tiburón «entre verdoso y amarillento» con una «cabeza cuadrada, inmensas aletas pectorales y unas pocas manchas blancas». Grey afirmó que era «considerablemente más grande que

la embarcación -de unos 10 o 12 metros— estimación respaldada por algunos pescadores neozelandeses que se hallaban a bordo».

El tercer avistamiento tuvo lugar en 1933 y fue protagonizado por el hijo de Zane Grey, Lone, cuando regresaba con su padre desde la costa de Rangiroa hacia San Francisco en el ss *Maunganui*, tras un crucero de pesca por las aguas de Tahiti. De nuevo paseando por cubierta, llamó su atención el revoloteo de unas gaviotas sobre una zona de aguas amarillentas.

Al principio pensé en una ballena —contaba Lone Grey— pero cuando se alzó la gran cola marrón en la estela del barco a medida que el pez se alejaba pesadamente del buque, supe inmediatamente que se trataba de un monstruoso tiburón. Su tremenda cabeza redondeada debía medir entre 2 y 2,5 metros de anchura… Estoy convencido de que aquella gigantesca y macilenta criatura mediría 12 ó 15 metros por lo menos… ¿Era, pues, un verdadero monstruo prehistórico de las profundidades?

La última prueba testimonial aportada al caso proviene del escritor B. C. Cartmell, quien refería en 1978 una supuesta historia de avistamiento inexplicable:

En 1960, en la vertiente exterior de la Gran Barrera de Coral australiana, un buque de 26 metros de eslora experimentó una avería en sus motores, y hubo de fondear allí temporalmente hasta repararla. Aunque con posterioridad los marinos rechazaron informar abiertamente de lo que habían visto por temor al ridículo público, el capitán y la tripulación relataron más tarde a sus íntimos la observación de un inmenso tiburón que pasaba lentamente junto al barco. De color blanquecino, los marineros quedaron estupefactos por su tamaño. ¡Su longitud era igual, si no mayor, a la del buque! Veteranos hombres de mar, estaban todos seguros de que la criatura avistada no era una ballena.

Y no falta quien relaciona estos sucesos con las leyendas de los nativos melanesios que hablan de un fabuloso monstruo, llamado el «Señor de las Profundidades».

Por sobrecogedores que nos resulten todos estos relatos, las pruebas a favor de la supervivencia del C. megalodon no superan el mínimo de rigor exigible. Las declaraciones de la familia Grey, padre e hijo, pueden imputarse perfectamente a la aparición de sendos tiburones-ballena (Rhincondon typus), un pacífico pez que se alimenta del plancton microscópico y del que se conocen ejemplares de 15 metros. El supuesto incidente de 1918 no pasa de ser una anécdota incomprobable —especialmente si se tiene en cuenta las imprecisas dimensiones estimadas por los marineros— mientras que el de 1960 no ofrece datos de capital importancia (nombre del buque, de su capitán, tripulantes a bordo) para su verificación, debilitando decisivamente con ello su credibilidad.

Asimismo, las noticias sobre hallazgos de dientes de *C. megalodon* sin fosilizar en el suelo oceánico son del todo falsas, y el color blanquecino apuntado por los testigos no se corresponde con lo esperable en tiburones de conducta presumiblemente similar. Es más, contra la extendida idea de que este gigantesco tiburón debía vivir en aguas profundas —argumento aducido para justificar el tono blancuzco de su piel— es un hecho ecológico que el auténtico *C. megalodon* debía ser un animal de aguas cálidas, adaptado a una actividad predadora en las ricas y pobladas aguas cercanas a la costa. Por todos esto motivos, es comprensible la circunspección con la que la mayoría de los zoólogos acogen la idea de que este tiburón prehistórico siga merodeando por los mares de nuestros días.

RELIQUIAS DEL PASADO

Cuantos conozcan algo de la teoría de la evolución enunciada por Darwin pueden encontrar difícil admitir que especies animales como

las de los grandes reptiles hayan podido resistir el paso del tiempo (como mínimo decenas de millones de años) sin apenas cambios. Para aclarar este extremo conviene insistir en que la evolución de las especies nace del compromiso entre dos tendencias antagónicas. Por un lado, tenemos la variabilidad del material genético de los cromosomas (o genotipo) que depende de la tasa de mutación característica y, por otro, está la presión selectiva del medio ambiente que elimina a los menos adaptados, favoreciendo a aquéllos cuyos genes hayan producido rasgos fisiológicos (o fenotipo) mejor adaptados a su entorno.

Presunta huella del Mokele-Mbembé comparada con las piernas de un individuo de estatura media.

Cuando se llega a un equilibrio entre ambas tendencias se logra alcanzar un promedio en el que la inmensa mayoría de los individuos de una especie en un ambiente dado presenta un grado óptimo de adaptación al medio que les rodea. Y lo más importante de todo es que, mientras no se produzcan cambios en el medio ambiente, la

presión selectiva compensa el efecto de las mutaciones y conserva invariantes los caracteres de la especie en cuestión. Al propio Darwin no se le escapó este efecto estabilizador y acuñó el término de «fósiles vivientes» para las especies que apenas habían experimentado cambios a lo largo de dilatados períodos evolutivos.

Existen exponentes muy notorios de fósiles vivientes. Uno de los más fascinantes es el tuatara, reptil endémico de Nueva Zelanda. Perteneciente al orden *Rhynchocephalia* su nombre maorí significa «espalda espinosa» —una de sus características anatómicas distintivas— y es el último representante vivo del grupo de antiguos reptiles (los *Sphenodontia*), que hollaron la tierra al mismo tiempo que los dinosaurios. Su forma no ha experimentado grandes alteraciones durante 170 millones de años, y aunque se estima su número en unos 50 000, en la actualidad sólo existen dos especies sobrevivientes de tuatara, la *Sphenodon punctatus* y la *Sphenodon guntheri*. (En realidad, toda la región australiana cuenta con ejemplos como el anterior puesto que quedó aislada del resto del mundo en el paleozoico, aproximadamente 65 millones de años atrás). Muestras de lo mismo serían también el caracol *Neopilina*, los cangrejos caracoles de las Molucas o, cómo no, el mismísimo celacanto.

Por todo ello cabe sostener que se cuenta con un cierto número de indicios racionales y pruebas circunstanciales, cuya existencia justifica la búsqueda en regiones selváticas o montañosas difícilmente accesibles y prácticamente despobladas, de animales desconocidos cuya descripción en algunos casos sugiere una posible coincidencia con los rasgos de animales prehistóricos ya desaparecidos. Es relativamente comprensible la reticencia de los escépticos ante semejante circunstancia, debido a la ingente cantidad de errores involuntarios y falsedades deliberadas que los envuelven. Además del hecho palmario de que carecemos de una prueba material inequívoca sobre la posible supervivencia de grandes saurios presuntamente extinguidos, tropezamos con otros problemas de carácter fundamental que apenas se citan en la

literatura al uso. Quienes abogan por la persistencia de dinosaurios en África, por ejemplo, suelen alegar que este gran continente ha disfrutado desde el cretácico de una estabilidad geológica que no es cierta. Al final del periodo cretácico, África se hallaba significativamente más al sur de su posición geográfica actual, lo que suponía unos cuantos grados de diferencia en la temperatura ambiental y propiciaba la formación de ecosistemas muy distintos a los presentes.

La supervivencia de dinosaurios africanos, por tanto, no puede descansar en argumentos ecológicos como el que los sitúa en el entorno de los bosques pluviales del Congo, ya que tales bosques no existían cuando los grandes saurios dominaban nuestro planeta. De igual modo, muchas de las mayores formaciones geológicas africanas son muy posteriores a la desaparición de los dinosaurios, como sucede con el Gran Valle del Rift. Este inmenso accidente geográfico, por ejemplo, adquirió su forma definitiva hace unos 35 millones de años, veinticinco millones después de la extinción del cretácico. Ésa y otras muchas razones hacen insostenible la tesis de una estabilidad geológica que permitiese considerar África como el refugio idóneo de dinosaurios supervivientes.

Obviamente, este argumento no excluye la posibilidad de que pequeñas poblaciones aisladas hayan resistido evolucionando para adaptarse a un entorno cambiante. Pero esto, de nuevo, es tan sólo una hipótesis sin verificar. Por ello, sólo una investigación concienzuda, dotada de los medios pertinentes y libre de prejuicios en cualquier sentido, podrá desvelar definitivamente los enigmas biológicos que todavía se ocultan en las regiones peor conocidas de nuestro hermoso planeta azul.

8. Homínidos en el Himalaya

POCAS veces en la historia de la ciencia una teoría biológica ha causado tanto revuelo como el que causó en su día la publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin. La resonancia tan escandalosa de la evolución darwiniana se justificó, entre otros motivos, por el hecho de que el origen de la raza humana se insertaba en una larga cadena evolutiva en la que cada especie animal ocupaba un eslabón, generándose a partir de otras anteriores a través de una combinación de mutaciones biológicas y selección natural. La teoría de la evolución destronaba definitivamente al hombre del pedestal en que le habían situado los filósofos escolásticos, inspirados en el relato del Génesis. Bajo la nueva visión de la historia biológica era forzoso aceptar que el ser humano descendía, como cualquier otro animal, de una línea evolutiva que lo emparentaba con formas de vida tanto más inferiores cuanto más retrocedíamos en el tiempo.

No tardó en aflorar el interrogante sobre la naturaleza de los eslabones de la cadena evolutiva entre el hombre y el simio; o mejor dicho, los pasos evolutivos que mediaban entre el hombre y el antepasado común a partir del cual se escindieron las ramas que desembocan, respectivamente, en el ser humano y el simio actual. En realidad, la frase «eslabón perdido en la cadena de la evolución» es una expresión poco afortunada nacida en la era victoriana al calor

de las primeras discusiones recién publicada la obra de Darwin. Se popularizó entonces la imagen de la evolución humana como una larga sucesión de transformaciones encadenadas que unía linealmente nuestros antepasados simiescos más lejanos con el ser humano moderno. Pero no hay tal cadena, sino una gran cantidad de ramificaciones surgidas de un tronco común ancestral. Algunas de estas ramificaciones fracasaron y desaparecieron, otras condujeron a los simios actuales, y una de ellas, finalmente, desembocó en el hombre moderno.

Cuando el reinado de los grandes saurios sobre nuestro mundo tocaba su fin, en verdad era difícil vaticinar que los nuevos amos del planeta, al correr de los eones, descenderían de unos pequeños animales con hocico de ratón, no mayores que un puño, cuya vida arborícola los protegía de sus numerosos depredadores. Saltando de rama en rama en la frondosa selva tropical de finales del cretácico, los mamíferos ancestrales emprendieron el largo camino de la evolución, uno de cuyos desvíos laterales llevaría hasta el género humano. Los ojos comenzaron a desplazarse desde los lados de la cabeza a su parte frontal, lo que les permitió gozar de visión estereoscópica y una perspectiva más precisa a la hora de moverse entre el ramaje de los árboles. Al mismo tiempo, habían ido desarrollando un modelo de mano con el pulgar oponible, cuya facultad prensil los conduciría hasta el pináculo de las especies capaces de crear y manejar instrumentos.

Estas características, irrelevantes en apariencia, conformarían la base evolutiva de la futura supremacía de los primates, entre los cuales se desgajaría con posterioridad el tronco de los homínidos. En estos antiguos prosimios el hocico se fue acortando, debilitándose con ello el olfato, pero a la vez la vista se hizo más aguda y, sobre todo, en su cerebro comenzó a diferenciarse la parte llamada «corteza cerebral», básicamente responsable de la actividad racional. Así pues, hace unos seis millones de años, la línea evolutiva del homínido *Ramapithecus* se escindió en dos ramas que dieron lugar respectivamente al *Australopithecus* y al *Homo habilis*. Este

último dio paso con posterioridad al *Homo erectus* (aproximadamente hace un millón de años), del cual surgiría más tarde (entre 300 000 y 100 000 años) el *Homo sapiens* en dos vertientes, el *Homo sapiens neanderthalis* —*fi* nalmente extinguido— y el *Homo sapiens sapiens* —el «hombre de Cromagnon»— predecesor directo del hombre moderno. La evolución del género humano, en definitiva, constituye uno de los más hermosos y apasionantes episodios en la historia de la vida, sobre el que nadie —criptozoólogo o no— debería permanecer ignorante.

Si, con todo, hay quien piensa en la posible supervivencia de algunos ejemplares de dinosaurios en parajes remotos de nuestro planeta, ¿por qué no habría podido suceder lo mismo con algunas de las especies prehumanas que nos precedieron en la senda evolutiva? Tal vez alguno, o algunos, de estos ejemplares vaguen por lugares de muy difícil tránsito en los que hayan pasado desapercibidos hasta los tiempos actuales, salvo quizás por fugaces encuentros con sus parientes más avanzados. Ello suscitaba una cuestión harto inquietante: ¿estaban las leyendas ancestrales sobre «hombres salvajes» basadas en auténticos seres semihumanos sin extinguir que habían contactado en algún momento con el hombre moderno? De haber acaecido, esos posibles encuentros serían la semilla de mitos y leyendas que ciertamente abundan por toda la geografía de nuestro planeta.

El «hombre salvaje» u «hombre de los bosques», un ser humano asilvestrado de aspecto hirsuto y modales feroces, resulta en sí misma una figura mítica compartida por todas las culturas. Concebido como puente entre la humanidad civilizada y los duendes de la naturaleza, el hombre salvaje aparece ampliamente representado en los escudos heráldicos, esculturas, frontispicios y cuadros del occidente medieval y renacentista. Desde una perspectiva antropológica salta a la vista la estrecha conexión existente entre este arquetipo mitológico y numerosos elementos del folclore arcaico ligados a cultos feéricos, ritos de fertilidad y a una adoración difusa de las primitivas fuerzas de la naturaleza. Faunos,

ogros y demás personajes de ese mismo jaez poblaron el subconsciente de la humanidad desde tiempos inmemoriales con efectos notablemente duraderos, a juzgar por sus repercusiones en las creencias religiosas, el arte y las tradiciones populares[60].

Con el paso del tiempo, y tras descubrirse el origen evolutivo del hombre a partir de antepasados más primitivos no totalmente humanos, se comenzó a sugerir la posibilidad de que las fábulas sobre hombres salvajes tuviesen algún fundamento más tangible que la mera transposición de antiquísimas mitologías. Los neanderthales, por su cercanía en el tiempo, parecerían los candidatos idóneos para ello. Tal vez —se decía— alguna tribu de trogloditas semihumanos sobrevivió hasta tiempos protohistóricos, dejando rastro de sus contactos con el hombre civilizado en crónicas convertidas en poco más que relatos legendarios por la bruma de los siglos. Por ejemplo, la *Epopeya de Gilgamesh* (siglo VII a. C.) describe a Enkidu, el hombre salvaje de las estepas: «… hirsuto y peludo en todo su cuerpo… bebe como las bestias salvajes».

En tiempos menos lejanos, la ciudad rumana de Brasov recibió a un niño salvaje capturado ese mismo año de 1784 en los espesos bosques balcánicos. El antropólogo Michael Wagner tuvo la ocasión de examinarlo y detectó en él rasgos extraordinariamente primitivos: frente oblicua, arcos superciliares prominentes, cuerpo muy peludo y un andar torpe. Pese a permanecer cautivo muchos años, nunca aprendió a hablar ni a realizar labores organizadas. La misma descripción física recogió el zoólogo ruso Khakhlov, en 1910, sobre el hombre salvaje del Kazajstán. La oblicuidad de la frente y lo pronunciado de los arcos superciliares, se unían a la pequeñez de la nariz, unas mandíbulas macizas, orejas puntiagudas y un espeso pelaje rojizo por todo el cuerpo. Incluso en el otro extremo del mundo, un diccionario anatómico chino del siglo XVIII muestra un «hombre-animal» peludo en un catálogo muy bien documentado sobre la fauna tibetana.

¿Y si todavía existieran algunos de esos especímenes en las regiones más apartadas del planeta? Desde luego, si esto era así,

claramente habríamos de buscar indicios de estas reliquias vivientes en las zonas más inhóspitas, inaccesibles y aisladas de la geografía terrestre. Y qué mejor lugar que en las cordilleras constitutivas del «techo del mundo», el Himalaya.

MISTERIO EN LA CIMA DEL MUNDO

Los habitantes del Himalaya solían hablar desde siglos atrás de la existencia de criaturas montañesas, de naturaleza entre animal y humana, como si se tratase de un hecho cierto y positivo. Tan verídico como las noticias de estos seres que se tienen por lo menos desde 1832, cuando B. H. Hodgson, ministro británico en el Nepal, informó de que sus porteadores habían huido frente una criatura erguida, sin cola y cubierta de un espeso pelo negro, a la que ellos llamaban *raksasa* —«demonio» en sánscrito— y que identificaban con los hombres salvajes que aparecen en el *Ramayana* (epopeya nacional de la India). Hodgson zanjó la cuestión aceptando la idea de que el incidente había sido provocado por un orangután extraviado. Pero fue en 1887 cuando el coronel británico L. A. Waddell, comandante medico del ejército colonial de la India, encontró unas extrañas huellas de pies descalzos sobre la nieve al nordeste de Sikhim, a unos 5200 metros de altura. Este dato fue publicado dos años después en su libro *Among the Himalayas*, pese a que Waddell siempre atribuyó las huellas a osos pardos[61].

La cordillera del Himalaya.

Sin embargo, en 1906, el botánico inglés H. Elwes, durante una de sus exploraciones en el Himalaya, no sólo se topó con huellas similares a las descubiertas por Waddell, sino que dijo haber visto a un corpulento ser, bípedo y muy velludo, que se perdió de vista al girar por un recodo del camino. La siguiente observación realizada por un occidental la protagonizó, en 1914, J. R. P. Gent, funcionario forestal británico en Sikhim. Gent descubrió el rastro de una asombrosa criatura de grandes dimensiones:

Lo curioso —refirió en su informe— es que las marcas miden entre cuarenta y seis y sesenta y cinco centímetros de longitud, y que sus dedos demuestran una disposición opuesta al sentido de la marcha… Deduzco que no avanza sosteniéndose sobre las plantas de los pies, sino sobre las rodillas y espinillas.

Las crónicas locales contaban que el año anterior, en 1913, una expedición de cazadores chinos habían capturado una criatura humanoide cubierta de pelo, llamada «hombre de las nieves» por los

tibetanos, a la que condujeron a Patang, en la provincia china de Sinjiang, donde murió cinco meses después de su captura[62]. La descripción hablaba de una cara simiesca de color oscuro, con un cuerpo cubierto por pelo amarillento plateado de varios centímetros de longitud. Las manos y pies guardan mayores similitudes con las extremidades del hombre que con las del simio. Era asombrosamente fuerte, sólo emitía sonidos guturales, y sobre todo producía un fuerte silbido frunciendo los labios.

En el año 1921, encabezando la expedición que trató de alcanzar la cima del Everest, el teniente coronel C. K. Howard-Bury logró divisar a gran distancia, en una vertiente más baja que aquélla en la que él estaba, a un ser que parecía caminar por el campo nevado completamente desnudo pero cubierto de un espeso vello oscuro. Preguntados los porteadores *sherpas* por la naturaleza de tal criatura respondieron que era un *yeti*, palabra traducible por «animal mágico o desconocido que habita en las montañas», aunque en otras zonas del Himalaya se le llama *metch-kangmi*, que quiere decir algo así como «hombre silvestre de las nieves», en directa referencia a su alejamiento de toda conducta civilizada. Este último apelativo, cambiando «desagradable» por «abominable», fue el que hizo mayor fortuna entre la prensa occidental al regreso del explorador británico. La fiabilidad que los relatos sobre el yeti merecían a Howard Bury, disminuyó al averiguar que este ser cumplía la función del personaje terrible que amedrenta a los niños en los cuentos tibetanos tradicionales.

Vale la pena detenerse brevemente en la secuencia de hechos que añadieron el injusto calificativo «abominable» a la ya de por sí evocadora frase «hombre de las nieves». Cuando Howard-Bury detalló los incidentes de la expedición a sus superiores en la India, lo hizo a través del telégrafo de Katmandú, en Nepal. El informe no contempló el hecho de que los *sherpas* se referían a uno en concreto de los diversos seres —como más adelante veremos— que denominaban con el término genérico *kang-mi*. Este vocablo proviene de un coloquialismo empleado en ciertas regiones del

Tibet, aunque la voz *kang* aparenta ser de origen chino, y *mi* es una variación de la forma nepalesa *meh*. La combinación *kang-meh* significaría entonces «criatura de la nieve». ¿Y qué hay del prefijo *metch*? Esta palabra surge al escribir incorrectamente *metoh*, que a su vez es una forma alterada de *meh-teh*, donde *meh* significa «forma humanoide» (o «de tamaño humano») y *teh* denota una «criatura salvaje, no civilizada». Henry Newman, periodista británico en la India y autor de una columna sensacionalista en el diario *Calcutta Statesman*, fue el encargado final de acuñar la expresión «abominable hombre de las nieves», que tan rápidamente se popularizó[63].

En años sucesivos se difundió una gran cantidad de relatos acerca de encuentros con el yeti y, aunque la mayoría de ellos carecía de la menor fiabilidad, otros procedían de personas dignas de todo crédito, como el fotógrafo greco-británico N. A. Tombazi, quien avistó uno de estos esquivos seres en el glaciar Zemu, a unos cinco mil metros de altitud. Dado que Tombazi era miembro de la Real Sociedad Geográfica, su testimonio mereció cierto crédito cuando relató que fue uno de sus *sherpas* el primero en divisar a la criatura sobre la blanca llanura cuyo brillo cegador impedía la visión del europeo. Poco después, acostumbrados sus ojos al intenso resplandor de la nieve tibetana, vio a una figura humanoide a unos doscientos o trescientos metros del campamento, en un valle situado al este[64]:

Aquella figura era humana. Caminaba erguida y se detenía de tanto en tanto para arrancar matas de rododendro. Destacaba con su negro pelaje sobre la intensa blancura de la nieve, y me pareció observar que no vestía ropa alguna. En cuestión de un minuto escaso se internó en la maleza y desapareció. Por desgracia, no tuve tiempo de preparar el teleobjetivo, ni siquiera de enfocar bien los prismáticos. Dos horas después descendimos dando un rodeo para pasar por el lugar donde habíamos visto al «hombre» o «bestia». Examinamos las pisadas claramente visibles sobre la nieve. Tenían

aspecto similar a las de un ser humano… Pertenecían a un bípedo sin rasgo alguno que pudiera sugerir el modo de moverse de un cuadrúpedo. Al pasar por Yokson me aseguraron que ninguna persona se había dirigido a aquellos parajes, aparte de nosotros.

También el botánico inglés R. Kaulback, en 1936, encontró huellas del yeti a una altitud de 4900 m, cerca de Bumthang Gompa, en el Nepal. En 1948 dos buscadores noruegos de uranio, Aage Thorgerg y *Jan* Frostis, siguieron unas enigmáticas huellas hasta que se encontraron ante un par de gigantescos seres de recia pelambrera a los que lograron ahuyentar con varios disparos de fusil. Algún tiempo después, otras huellas de la misma clase fueron encontradas por el doctor Wyss-Dunant, jefe de la primera expedición suiza al Everest, y por *sir* Edmund Hillary cuando iba camino de la conquista definitiva del Everest. Ambos notificaron sus hallazgos a las instancias pertinentes sin que a nadie se le ocurriese poner en duda la veracidad de sus palabras.

La malévola fama de los yetis quedó en entredicho en 1938, fecha en que salvaron la vida del capitán D'Auvergne, conservador del monumento de la reina Victoria en Chowringhee, Calcuta. D'Auvergne sufrió un accidente en el Himalaya, quedando expuesto al gélido frío y a los cegadores reflejos de la nieve, los cuales hubieran acabado sin duda con su vida de no mediar la intervención de un gigantesco y peludo ser de las alturas. Este amable y hospitalario yeti cargó con el capitán herido sobre sus 2,70 metros de estatura para llevarlo a su cueva, donde le suministró alimento y cobijo hasta una completa curación. De vuelta a la civilización, y reconociendo su deuda perpetua con aquel ser, el militar británico dedujo que debía tratarse de un superviviente de alguna tribu prehistórica. D'Auvergne atribuyó el origen de los hombres de las nieves al antiguo pueblo de los *a-o-re*, confinado en las alturas por diversas persecuciones y más tarde transformados en colosales seres semihumanos.

Slavomir Rawicz, un refugiado polaco residente en Gran Bretaña, narró en un libro escrito tras la segunda guerra mundial la odisea vivida por él junto con seis compañeros durante su huida de un campo de concentración soviético en Siberia. Los siete fugitivos, tras un viaje de más de tres mil kilómetros, lograron ponerse a salvo al llegar a la India. En el curso de su travesía, concretamente en mayo de 1942, hubieron de cruzar el Himalaya, momento en que el grupo tuvo la oportunidad de contemplar una pareja de yetis de gran envergadura: «Eran seres de unos dos metros y medio de estatura —explicaba Rawicz— y caminaban erguidos, con una cabeza más bien cuadrada y hombros inclinados. Mostraban un torso impresionante y brazos tan largos que las muñecas les llegaban hasta las rodillas».

Los dos ejemplares eran de estatura similar, lo que le movió a pensar que se trataba de una pareja, aunque no advirtió pruebas anatómicas claras de ello. Desafortunadamente para los fugitivos, los dos yetis ocupaban con su imponente presencia la mejor ruta de descenso y no parecían tener intención alguna de abandonarla. En vista de eso, y tras una larga espera, los siete huidos tuvieron que dar un rodeo en busca de otro sendero ante la total indiferencia de los enormes seres de las nieves.

La emoción que tan apasionante aventura despertó en los lectores, no evitó, sin embargo, que pronto aflorasen las contradicciones, incongruencias y más que fundadas dudas sobre la veracidad del relato. Sorprendía sobremanera el hecho de que dos prisioneros debilitados por las penurias de su cautiverio, hubiesen logrado atravesar el inmisericorde desierto de Gobi sin apenas comida y agua. Tampoco encajaba el hecho de que Rawicz no mencionase el paso de los fugitivos por la carretera que unía Umruchi con Lanchow (una vía de comunicación que necesariamente debieron haber cruzado según las indicaciones de su viaje), por cuanto alguno de los muchos camiones que a menudo la atravesaban podría haber facilitado sus desplazamientos. Y llamaba poderosamente la atención que durante el trayecto desde el río

Tsangpo hasta la principal cordillera del Himalaya no estableciesen contacto, siquiera visual, con un solo ser humano. Esta última circunstancia diríase producto del tan extendido tópico occidental que imagina Tibet y Nepal como tierras vírgenes en estado de absoluto despoblamiento, donde se puede vagar durante meses sin cruzarse con persona alguna. Si a esto añadimos la inconsistencia anatómica de las descripciones facilitadas por Rawicz, comprenderemos la escasa fiabilidad que cabe otorgar a su narración.

LA FOTOGRAFÍA DE SHIPTON Y WARD

Quizás la prueba más contundente sobre el caso apareció en 1951, cuando los exploradores ingleses Eric Shipton y Michael Ward, acompañados del *sherpa* Sen Tensing, hallaron un inexplicable rastro claramente impreso en la nieve endurecida. Volvían ambos de un reconocimiento del Everest avanzando por el glaciar Menlung, situado entre el Tibet y el Nepal a unos 6000 metros de altitud, cuando divisaron con asombro una desusada huella sobre la nieve. La pisada medía 33 centímetros en su parte más ancha y 45 en la más larga, cosa que dejó estupefactos a los exploradores. Gomo era una huella reciente —la nieve aún no se había fundido— la marca se aproximaba mucho al tamaño real del pie que la había producido, pues se sabe que las huellas derretidas aparecen más grandes de lo que en realidad son. Aquellos pies tenían cinco dedos, siendo los interiores de mayor tamaño que los exteriores. Estos últimos aparentaban estar apiñados por delante de un talón plano y excepcionalmente ancho. Preguntándose si su marcha había sido precedida por la de un gigante o un monstruo de las nieves, Shipton y Ward localizaron más de esas huellas, igualmente recientes, en una zona de nieve profunda que circundaba el glaciar. Embargados por la emoción, siguieron el rastro a lo largo de un kilómetro hasta

que la capa de nieve se hizo más delgada y las pisadas desaparecieron[65].

Todavía confusos y turbados por su hallazgo, se apresuraron a obtener alguna prueba fotográfica de las huellas, comprendiendo que podían encontrarse en el umbral de un descubrimiento antropológico decisivo. Al realizar las tomas se sirvieron de las botas y el piolet de Ward con el fin de proporcionar una referencia para estimar los tamaños. Shipton obtuvo así dos imágenes perfectamente enfocadas donde las pisadas se aprecian con total claridad, permitiendo descartar que se tratase de las marcas producidas por un oso, un mono, un leopardo o un ser humano ordinario. Según el testimonio de Ward, las huellas indicaban que al llegar a una grieta el animal había hundido los dedos en la nieve para franquearla. Asimismo, los escaladores comprobaron durante sus pesquisas que al dar un salto las pisadas indicaban que la criatura desconocida cayó de pie y no sentada, como harían los osos. Desde entonces las fotografías de aquel rastro permanecen como la prueba de mayor peso sobre la existencia de un ser humano, o humanoide, de características poco corrientes en la especie.

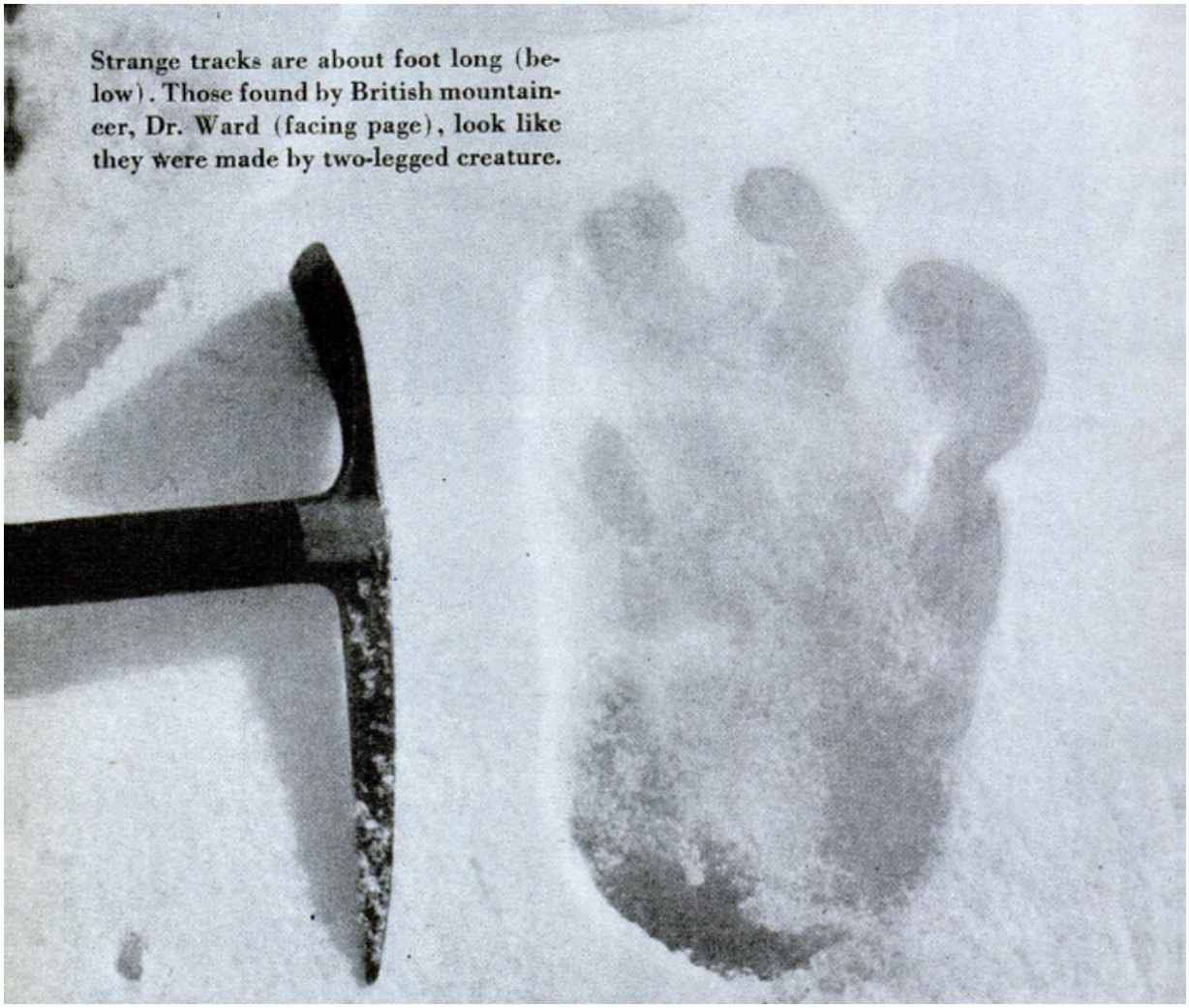
Las iniciales sospechas de fraude o confusión no tardaron en diluirse ante la solvencia profesional de ambos escaladores británicos y el estudio detenido de las imágenes por ellos tomadas. Con sólo reparar en la zancada de aquel ser desconocido —unos 75 centímetros aproximadamente— quedaba rebatida la posibilidad de atribuir las huellas a un simio langur. Ello no desalentó a los más refractarios entre los expertos de la Sociedad Londinense de Zoología y del Musco Británico, quienes atribuyeron las huellas a un oso pardo[66]. Un mínimo conocimiento anatómico de las patas de un plantígrado, no obstante, revela que las fotografías de Shipton y Ward nada tienen que ver con oso alguno. Quizás por eso la revista médica británica *The Lancet* se adelantó en la defensa de la veracidad del hallazgo. Con el título *Los gigantes de pies fríos*,

apareció un artículo en sus páginas en junio de 1960 que decía lo siguiente:

En pleno siglo XX numerosas regiones siguen estando poco pobladas y prácticamente sin explorar. De algunas han surgido historias en torno a grandes animales desconocidos por la ciencia. En este sentido no cabe duda que el revuelo ocasionado por el abominable hombre de las nieves, supone un tributo al ambiente de misterio y esfuerzo que circunda el punto más elevado de nuestro planeta. Claro que también puede deberse al equívoco nombre otorgado a este ser, posiblemente por desconocimiento de la lengua nativa.

En efecto, el articulista de *The Lancet* llama la atención sobre la controversia surgida alrededor de las diferencias entre lo que los pobladores locales consideran que es el yeti y la imagen que los occidentales han ido construyendo de él. Para los periódicos de la época —y también para los de años posteriores— la historia del yeti contenía tanto jugo como cualquier otra acerca de monstruos enigmáticos ocultos en regiones inhóspitas y remotas del globo. Por ello los periodistas restaron importancia al apelativo original (*yeti* - «criatura mágica») y popularizaron la hoy tan célebre expresión de «abominable hombre de las nieves». Con ello consiguieron dotar de un romántico halo terrorífico al supuesto habitante de valles, desfiladeros y glaciares del Himalaya, pero distorsionaron también la opinión de los habitantes de la región, quienes verosímilmente saben más que nadie sobre el particular, sin que juzgaran al yeti —salvo contadas excepciones— como una criatura peligrosa.

Las posibles dudas de Eric Shipton en 1951 se habían transformado en una sólida certeza diez años después, cuando escribió en el prólogo de un libro acerca del yeti:



Fotografía de la huella de un presunto yeti, obtenida por Eric Shipton y Michael Ward en 1951.

Hasta 1951, aunque había visto huellas extrañas en el Himalaya y en el Karakorum, y había oído contar historias del yeti a mis amigos sherpas, éstas me parecían pura fábula. Pero las marcas… que Ward y yo descubrimos en el Menlung, al regresar de un reconocimiento del Everest, eran tan recientes, tan inequívocamente producidas por pies descalzos, que me resultó imposible seguir adoptando una postura escéptica. No cabía duda: una gran criatura pasó poco antes por aquel lugar, y ese ser no era ni un humano, ni un oso, ni especie alguna de simio cuya presencia se conozca en el continente asiático.

Bastantes años después, Michael Ward recordaría su alucinante experiencia:

> *No tuvimos ninguna duda de lo que eran. Eran huellas distintas a todas las que Eric Shipton o yo habíamos visto o imaginado. Estaban grabadas perfectamente sobre la nieve. La nieve tenía, creo, unos ocho centímetros de profundidad sobre el hielo. En ellas se veían claramente las formas de los cinco dedos. Puede verse muy bien recortada la huella, y puede verse también que el talón es el sitio en el que se ha cargado más peso. Pienso que el animal, al andar, hundía más los talones. No creo que esta huella sea en absoluto una distorsión de la huella de otros animales. Se sugirieron otras hipótesis: por ejemplo, que se trate de las huellas de dos pies, uno encima del otro, pero yo no lo creo.*

La expedición que, en 1953, conquistaría por primera vez la más alta cima del planeta, capitaneada por el neozelandés Edmund Hillary, también encontró huellas de enigmática naturaleza. El *sherpa* Tensing Norgay, ayudante de Hillary y originario del cercano glaciar Khumbu, reconoció de inmediato las huellas como pertenecientes a un yeti, una criatura de la misma especie que la observada por su propio padre muchos años atrás.

La noticia, añadida a las ya divulgadas, contribuyó a crear tal expectación en el público occidental que los directivos del diario londinense *Daily Mail* organizaran una expedición en 1954 con el único fin de lograr pruebas irrefutables sobre la existencia del yeti, y —a ser posible— la captura de uno de ellos. Desde luego, no fue eso lo que se consiguió; sus resultados se redujeron a traer consigo unos cuantos pelos de los adheridos a un pericráneo cónico, de trescientos años de antigüedad y conservado en un templo budista como máscara de danza ritual, presuntamente perteneciente a un

yeti. Sin dejarse ganar por el desánimo, los magnates estadounidenses Tom Slick y F. Kirk Johnson organizaron y dirigieron tres sucesivas expediciones en 1957, 1958 y 1959, pertrechadas esta vez con rifles hipodérmicos a los que los yetis tuvieron el buen tino de no aproximarse. Ralph Izzard, miembro de la expedición del *Daily Mail*, detalló en una entrevista las razones que hacen tan difícil el éxito de estas empresas:

> *… La misma orografía de la zona imposibilita cualquier persecución… A menudo sucede… que los senderos cruzan campos de nieve donde la partida de expedicionarios resulta tan visible desde cualquier risco como una hilera de escarabajos sobre un mantel blanco. Un observador puede vigilar su avance durante horas y optar por seguir oculto o desaparecer… El hecho de que no llegáramos a ver ningún yeti no demuestra nada ni a favor ni en contra de su existencia… Muchos se alegrarán del fracaso de nuestro objetivo principal y verán con agrado la subsistencia de un gran misterio en este mundo revuelto, un misterio que constituye un reto para cualquier espíritu aventurero.*

Así debió ser puesto que, entre 1960 y 1961, el mismo Edmund Hillary comandó su propia expedición con el propósito, según dijo, de buscar pruebas acerca de la existencia real del yeti, al tiempo que estudiaba las condiciones de adaptación del organismo humano a la vida en muy grandes altitudes. Tal vez cumpliera a satisfacción este segundo objetivo, pero lo cierto es que no lo hizo con el primero. Al igual que en la tentativa del *Daily Mail*, el grupo de Hillary regresó portando consigo un nuevo cuero cabelludo de extrañas características, prestado por el monasterio de Khumjung y custodiado por el *sherpa* Khumjo Chumbi. A juzgar por el criterio de los zoólogos que examinaron la pieza, ésta no era más que un pericráneo del *serow* o antílope cabra. Sin embargo, las ciencias naturales ganaron algo tras esta aventura, pues ciertos parásitos

encontrados en el cuero cabelludo de Khumjung eran desconocidos hasta entonces.

El jefe de escuadrilla Lester Davies, de las Reales Fuerzas Aéreas Británicas, participó en 1959 en una expedición de la RAE al Himalaya, y también tropezó con unas sospechosas huellas en la nieve. «Se hundían unos trece centímetros en la nieve —explica Davies—. Yo, que pesaba 76 kilos con cámara y todo, sólo me hundía unos tres centímetros. Así que el animal que produjo aquellas huellas debía ser descomunal. Aquella corriente glacial había socavado la nieve y yo me hundí. Hacía un frío terrible. Salí del agujero gateando y me encontré frente a esas huellas. De repente nos dimos cuenta de que aquel animal, el yeti, había salido pisando sólo con sus dos patas traseras. Se calculó que su altura debía ser de unos tres metros y su peso de unos trescientos ochenta kilos».

Desmond Doig fue otro de los que organizó una partida de exploración con la esperanza de apresar un yeti o, por lo menos, obtener pruebas irrefutables de su existencia. Pero la propia escala del intento garantizó su fracaso:

> *Tenía miedo de que nuestra expedición resultase desmesurada, que fuera de un exhibicionismo contraproducente. Un yeti que se respetase a sí mismo tenía que huir de nosotros a la fuerza. Llevábamos unos seiscientos peones y unos doscientos sherpas; nosotros éramos unos cuarenta, con unos abrigos de lo más llamativo, con colores vivísimos. Las tiendas eran de los mismos colores; olíamos de otra manera, nuestro aspecto era distinto, nos comportábamos de manera diferente a los autóctonos. El olor de nuestros guisos debía ahuyentar a todo bicho viviente a nuestro alrededor. Es natural de que la conclusión, ilógica, de la expedición fuese que el yeti no existía.*

Las repercusiones económicas de los distintos empeños internacionales destinados al esclarecimiento del misterio del yeti no pasaron inadvertidas a las avispadas autoridades nepalíes. Como consecuencia de ello, en 1961 el gobierno de Nepal estableció una tasa de diez mil dólares, de la época, a abonar por todos aquéllos cuyos deseos y recursos les permitiesen embarcarse en la búsqueda del hombre de las nieves por las cumbres del Himalaya.

Una nueva aparición de huellas inexplicables en la nieve se documentó en marzo de 1969. En esa fecha, Charles Loucks, un montañero de Centerpoint (Nueva York), transitaba por el Nepal cuando he ahí que halló un rastro de pisadas en la nieve a una altura de unos 3600 metros. Las huellas, claramente producidas por pies desnudos, tenían nueve centímetros de anchura y dieciséis de longitud, con un dedo intermedio aparentemente más largo que los otros. El rastro se extendía cosa de unos treinta metros en dirección a la maleza, en la que se internaba, haciendo caso omiso de un sendero abierto en las cercanías.

Los *sherpas* han hablado siempre de al menos dos clases distintas de criaturas, a las que designan con nombres diferentes. Todas ellas son conocidas con el término *teh*, que en su lengua significa «animal de carne y hueso», pero una de ellas, una bestia grande y peluda que camina a cuatro patas y se yergue sólo esporádicamente, se denomina *dzuh-teh*. A juicio de los investigadores, se trataría del oso negro, que a menudo ataca a los rebaños de yaks de la región. Para las otras, los *sherpas* utilizan tanto el término *meh-teh*, «bestia-hombre», *como yeh-teh*, refiriéndose al animal que habita en lugares rocosos. Estos seres poseen un aspecto humanoide, caminan erguidos y viven en los árboles. A menudo se aventuran hacia arriba, a la zona de las nieves perpetuas, y en otras ocasiones descienden de las montañas en busca de comida, ya sea pienso o algún yak. Esta actividad de rapiña fue la causante, de acuerdo con las tradiciones locales, de que se les

tendiesen trampas con venenos para ahuyentarlos. Y no sólo consiguieron los *sherpas* proteger sus propiedades, sino que diezmaron gravemente la población de yetis entonces existentes.

Lo cierto es que la presencia de los yetis es un hecho tan aceptado en las vidas de los montañeses del Himalaya como puede ser la existencia de venados para los habitantes de las Montañas Rocosas en Norteamérica. Cabe preguntarse cómo algo tan natural para una determinada población de seres humanos puede pasar desapercibido durante siglos para el resto del mundo, máxime cuando nos encontramos en la era de las comunicaciones globales y la civilización occidental predomina en el mundo entero. Para descubrir la respuesta es importante comprender el entorno geográfico, político y cultural en el que se desarrollan estos sucesos.

Hacia 1955 tan sólo unos cuatrocientos hombres blancos habían pisado el Himalaya en toda su historia, y la mayoría de ellos lo habían hecho con el ánimo de salvar almas, no de indagar la existencia de nuevas especies biológicas. Pese al aumento del turismo que sus bellezas naturales han fomentado en los pequeños reinos montañosos de Nepal y Buthan, la aridez del terreno, la gran distancia que lo separa de las zonas más densamente pobladas del planeta, las temperaturas extremadamente bajas, la inclemencia climatológica con sus tremendas nevadas y el enrarecimiento del aire según aumenta la altitud, no son características que estimulen su visita frecuente. Y por si esto fuese poco, desde que el ejército de la República Popular de China invadió el Tibet, los pasos fronterizos —de gran importancia estratégica para la India— fueron cerrados con tropas y fortificaciones, lo que hace virtualmente imposible conseguir mapas detallados de ciertas zonas y lugares.

Mientras se preparaba para la ascensión por la cara sur del Annapurna, una de las montañas más peligrosas del mundo, el inglés Don Whillans vivió una asombrosa experiencia. De repente sintió como el graznido de una bandada de cuervos; miró al *sherpa* y éste le dijo: «Es el yeti, *sahib*». Cuando dirigió su mirada montaña arriba, vio varios cuervos volando y una masa negra desapareciendo

tras las rocas. Whillans fotografió las huellas del singular paseante de las nieves, que a la noche siguiente reapareció y se dejó ver.

«De repente —cuenta el testigo— fue como si él se diera cuenta de que lo estaban observando. Es una manera de hablar. Rápidamente salió disparado por la ladera de la montaña. Debió descender en diagonal cerca de un kilómetro y se dirigió hacia una especie de acantilado que se levantaba allí, desapareciendo en la sombra de las piedras, y fue la última vez que lo vi».

LOS PARIENTES DEL YETI

Es significativo que los relatos sobre el hombre de las nieves se extiendan por toda la cordillera del Himalaya, desde Cachemira en el este, hasta Assam en el Oeste. Todas las tribus tienen leyendas sobre esta criatura, y cada una de las varias lenguas de la montaña poseen una palabra para designarla. Todas estas historias contienen esencialmente los mismos detalles, extremo éste que conduce a unas descripciones muy concretas. Existirían, así pues, dos tipos principales de yeti. Uno mediría alrededor de 1,20 m y sería algo así como un enano peludo de aspecto bestial. El otro es más alto, entre 2 y 3 m, sin que en modo alguno pueda confundírsele con un simio o un oso. Los osos andan siempre a cuatro patas salvo cuando atacan, mientras que los gorilas —actualmente reducidos a unos pocos centenares— habitan exclusivamente en una pequeña región del Africa ecuatorial.

Una serie de huellas igualmente misteriosas fueron fotografiadas en 1978 en el valle de Duoh Kosi por lord Hunt, veterano alpinista y escalador del Everest:

El animal había roto una corteza muy dura de nieve. El grosor de la nieve sobre una vertiente bastante empinada era muy grande. Y el animal era un ejemplar descomunal comparado con nosotros, porque nosotros al atravesar la misma superficie no marcábamos

ninguna huella. Podían verse en la nieve blanda, sobre la capa de nieve endurecida, las marcas de los dedos. No se trataba de huellas de osos porque los sherpas, siempre que he hablado con ellos de esto o cuando he estado viendo huellas con ellos, han insistido mucho en que no son huellas de oso; son del yeti.

En fotografías análogas tomadas por el jesuíta francés Pierre Bordin se aprecian los mismos rasgos con gran claridad. Ciertamente no parecen ser de mono ni oso, pues los osos poseen zarpas, y esas huellas no. «He hablado de esto con algunos paleontólogos —comenta Bordin— y ellos se inclinan a pensar que nos hallamos ante un animal de la era prehumana. Es decir, de un antepasado nuestro muy lejano».

Moviéndonos hacia el oeste, en el territorio de la extinta Unión Soviética, abundan asimismo los relatos sobre criaturas a medio camino entre el hombre y el animal. Éstas morarían en la meseta de Pamir y en las cordilleras montañosas del Cáucaso, recibiendo los nombres locales de *alma* o *almasty*. De hecho, el científico ruso V. A. Khaklov presentó en 1913 un informe a la Academia Imperial de Ciencias sobre los yetis asiáticos, adjuntando una petición —que le fue denegada— de fondos para expediciones investigadoras. En este informe, Khaklov narraba la captura de una de estas criaturas en las montañas de Ira-Karbig por un grupo de pastores:

> *El «hombre salvaje» era varón, de estatura inferior a la corriente, cubierto de pelo como un camello joven, Tenía los brazos largos y le descendían mucho más debajo de las rodillas, y se encorvaba cayéndosele los hombros adelante. Su pecho era plano y estrecho, la frente oblicua sobre los ojos, con unas cejas salientes y muy arqueadas. La mandíbula inferior era maciza y sin barbilla, la nariz pequeña pero con ventanas anchas. Las orejas eran grandes, sin lóbulos y apuntando hacia atrás. En la nuca se le veía una elevación. Tenía la piel de la frente, rodillas y codos, dura y áspera.*

Cuando lo capturaron estaba de pie, con las piernas abiertas y las rodillas ligeramente dobladas; al correr separaba mucho los pies columpiando torpemente los brazos. El puente del pie del «hombre salvaje» se parecía mucho al de un individuo normal, pero con un tamaño dos veces mayor al menos, y con los dedos muy separados, siendo el dedo gordo más corto que el de las personas y estando muy separado de los otros. El brazo, con largos dedos, era igual que un brazo humano, y sin embargo diferente.

Cuando, ante la insistencia de los pastores, dejaron en libertad al «hombre salvaje», dos de sus guardianes le siguieron y descubrieron el lugar donde desapareció: una cueva bajo una roca colgante sembrada de alta hierba. Los vecinos de la localidad ofrecieron información adicional sobre aquella criatura: que vivían por parejas, que se las veía raramente y que no eran nada peligrosos para los humanos. Un segundo testigo declaró que durante varios meses había observado a uno de estos seres en las inmediaciones del río Manass, o Dam. Esta criatura, de sexo femenino, fue encadenada algunas veces a un molinito, pero también la dejaron marchar libremente. Su descripción general concordaba con la del macho: piel cubierta de pelo, encorvada, de pecho angosto, hombros inclinados hacia delante, brazos largos, rodillas dobladas, empeine plano, dedos de los pies separados semejando una garra, el contacto con el suelo plano, fuera de la garganta del pie. La cabeza se describe de mismo modo: ausencia de barbilla y una elevación en la nuca.

La criatura raramente emitía sonido alguno, y solía permanecer quieta y callada. Sólo si se acercaba alguien restañaba los dientes y chillaba. Tenía una manera peculiar de dormir, como un camello, acurrucándose con las rodillas y los codos en el suelo, la frente también apoyada en el suelo y las muñecas descansando sobre el occipucio. Esta posición explica la dureza inusitada de la piel de rodillas y codos, lo mismo que las plantas de los pies de los

camellos. Cuando le ofrecían alimento, la hembra sólo comía carne cruda, algunas hortalizas y cereales. No tocaba la carne cocida ni el pan, aunque después se fue habituando al pan. A veces cazaba insectos y se los comía. Bebía al estilo animal, dando lengüetazos al agua, o a veces hundía el brazo en el agua y se lo lamía. Cuando la dejaron en libertad, corrió torpemente, haciendo oscilar los brazos, hasta unas cañadas cercanas, donde desapareció.

Unos años más tarde, en 1934, el geólogo B.M. Zdovich declaró haber tropezado con un ser de estas características cuando recorría la cordillera de Darwaz, en el Pamir. Su guía y él mismo se llevaron un susto tremendo, y pese a renunciar a un estudio más cercano y detenido de la criatura, el investigador ruso fue capaz de ofrecer posteriormente un vívido relato de lo acontecido:

Medía metro y medio, aproximadamente, de longitud. La cabeza y los miembros delanteros no se le veían porque los escondía una mata de avena silvestre, pero las piernas sí se le veían. Tenía las plantas de los pies desnudas, negras; unos pies demasiado largos y bonitos para pertenecer a un oso. También el lomo era demasiado plano para ser de oso. El cuerpo entero de aquel animal estaba cubierto de pelo, pareciéndose más su piel a la de un yak que a la rica piel de un plantígrado. El color del pelo era pardo grisáceo, de un pardo un poco más acusado que el de un oso.

En esa misma región se cuenca que, en 1939, un hombre de Chesh Teb luchó contra uno de esos seres. Había salido de caza muy de madrugada, cuando sintió como algo corpulento se abalanzaba sobre él. Se trataba del Gul-Biavan, un ser asilvestrado cubierto de una lana corta y suave en todo el cuerpo. Esa circunstancia era la que impedía al cazador asirlo por parte alguna. En la vellosa cara del sujeto también aparecía esta especie de lana, y todo él desprendía un hedor terrible. El hombre pudo desembarazarse al fin de Gul-Biavan no sin antes perder el conocimiento. En tan lamentable estado fue descubierto por los vecinos del pueblo, quienes le

llevaron de vuelta a casa, comprobando que a su alrededor el suelo daba testimonio de la pelea allí librada.

Posteriormente, el profesor V. K. Leontiev afirmó haber avistado a una criatura que coincidía con la descripción típica del yeti en la cabecera del río Jurmut, en agosto de 1957, tras escuchar un grito desacostumbrado:

No se parecía al chillido de un animal. Ningún animal terrestre ni ave alguna que yo conozca podrían producir un sonido semejante, aunque tampoco podría proceder de un ser humano. Poco después vi que algo se movía a través de un campo de nieve, a unos 45 metros de distancia. Andaba sobre los pies sin tocar el suelo con las manos, tenía los hombros inusitadamente anchos, su cuerpo estaba cubierto de pelo largo y negro, y su estatura sería de unos dos metros.

El profesor Leontiev tomó el rifle y realizó un disparo contra aquel ser, que huyó despavorido a una velocidad inesperada para su voluminosa envergadura. Desapareció tras unas grandes rocas al otro lado del campo de nieve, dejando tras de sí un rastro de insólitas pisadas.

Al año siguiente, un hidrólogo de la universidad de Leningrado (hoy San Petersburgo), el doctor A. G. Pronin, observó a una de tales criaturas en la meseta de Pamir:

A primera vista me pareció un oso, pero no tardé en percatarme de que poseía rasgos humanos. Andaba sobre dos piernas, si bien algo encorvado. Iba completamente desnudo y tenía el cuerpo cubierto de pelo rojizo. Los brazos eran muy largos y se balanceaban ligeramente al caminar. Estuve observándolo durante unos diez minutos hasta que se perdió entre los arbustos y un grupo de peñascos.

Este insólito encuentro motivó la constitución de un comité investigador, presidido por el prestigioso historiador Boris Porsnev. Sus pesquisas confirmaron la existencia de fuertes indicios a favor de la realidad de la criatura contemplada por Pronin. «Durante el siglo XV -—relata el informe de la comisión— las crónicas locales afirman que estos nómadas habitaron las agrestes montañas próximas al desierto de Gobi. Tenían todo el cuerpo recubierto de vello salvo en las manos y el rostro. Su dieta consistía en hojas, hierbas y cuanto podían encontrar».

Haciendo honor a la verdad, es la doctora Jean-Marie Koffmann (nacida en París y de marido ruso), cirujana en Moscú y miembro de la entonces Academia de Ciencias de la URSS, la persona que mayor interés y trabajo ha demostrado por el problema de los almasty. Así ha sido hasta el punto de haber dirigido, entre 1964 y 1967, catorce expediciones al Cáucaso, aunque, por desgracia, infructuosas en su objetivo de hallar pruebas irrefutables de la existencia de estos seres, o de capturar alguno.

Esta fascinante posibilidad pudo materializarse entre octubre y diciembre de 1941 en la ciudad de Buinaksk (Dagestan), si hemos de creer las declaraciones del teniente coronel del servicio médico del ejército soviético (testimonio facilitado al naturalista norteamericano Ivan T. Sanderson por las autoridades de la URSS). Según parece, el teniente coronel Karapetyan fue requerido por las autoridades locales de Buinaksk para determinar si un extraño individuo capturado en las montañas era, o no, un espía. Así lo relataba él mismo**[67]**:

Entré en un cobertizo con dos miembros de las autoridades locales. Cuando pregunté por qué había de examinar al hombre en un cobertizo frío y no en una habitación caliente, me dijeron que al prisionero no se le podía tener en una habitación caliente. Dentro de la casa sudaba tan copiosamente que hubieron de guardarle en el cobertizo.

Todavía veo la criatura aquella plantada ante mí; era macho, iba descalzo y desnudo. Y era un hombre, sin duda, porque toda su forma era humana. Sin embargo, pecho, espalda y hombros estaban cubiertos de un pelo hirsuto de color pardo oscuro. Su pelo se parecía mucho al de un oso y medía cuatro o seis centímetros de largo. Un pelo que se veía más escaso y suave debajo del pecho. Tenía las muñecas toscas y escasamente cubiertas de pelo. Las palmas de las manos y las plantas de los pies estaban libres de pelo. Pero el de la cabeza le llegaba hasta los hombros cubriéndole parcialmente la frente. Además este pelo de la cabeza tenía un tacto muy áspero. No tenía barba ni bigote, aunque sí tenía el rostro completamente cubierto por una leve mata de pelo. Alrededor de la boca también ese pelo aparecía corto y escaso.

El hombre se mantenía perfectamente erguido, con los brazos colgando, y su talla era superior a la corriente; medía unos 180 centímetros. Se mantenía firme frente a mí como un gigante sacando adelante su poderoso pecho. Tenía los dedos de las manos recios, fuertes y excepcionalmente grandes. En conjunto, era considerablemente mayor que cualquiera de los habitantes de la localidad. Sus ojos no me decían nada. Los tenía sosos y vacíos; eran los ojos de un animal. Y me daba la impresión de un animal y nada más.

Según me informaron, desde que lo capturaron no había aceptado comida ni bebida alguna. No había pedido nada ni dicho nada. Si lo tenían en una habitación caliente sudaba muchísimo. Mientras yo estuve allí, le acercaron a la boca agua, y luego un trozo de pan, pero no hubo ninguna reacción. Yo dije, verbalmente, que sacaba la conclusión de que no se trataba de un persona disfrazada, sino de un hombre salvaje de alguna especie. Luego regresé a mi unidad y no volví a saber nada más de aquel ser.

Ahora bien, no parece que ésta fuese la primera vez que se producía tan desusado incidente. Por lo menos tenemos constancia de uno anterior ocurrido en 1925. El general Mihail Stephanovich

Topilsky nos legó una detallada descripción del humanoide, peludo y de aspecto asilvestrado, abatido por sus soldados a la entrada de una cueva, al confundirlo con un enemigo perteneciente a las tropas anticomunistas que se retiraban por las montañas del Pamir, al sur de la entonces Unión Soviética. Aparte del hecho de estar cubierto por una espesa pelambre[68], aquella infortunada criatura poseía un aspecto tan indiscutiblemente humano que los soldados de Topilsky no soportaron dejar su cuerpo insepulto y lo enterraron bajo un montón de piedras. La descripción de Topilsky refleja la naturaleza inusual de una criatura cuyos rasgos recuerdan poderosamente a los del tipo neanderthaloide:

Al principio pensé que se trataba del cuerpo de un simio, ya que estaba completamente cubierto de pelos; aunque sabía bien que en el Pamir no había simios. Y además el cuerpo era muy parecido al de un hombre. Un médico aseguró que no era un ser humano, si bien admitió que no habían grandes diferencias anatómicas entre aquel ser y un hombre. Los órganos genitales eran iguales a los humanos, los brazos eran de longitud normal, las manos eran un poco más gruesas, y los pies mucho más anchos y cortos que los de un hombre. Los ojos eran oscuros, los dientes grandes y con una disposición semejante a la de los humanos. La frente era oblicua y los arcos superciliares muy pronunciados. Los huesos de la mandíbula salientes eran similares a los de los mongoles. La nariz era chata… la mandíbula inferior maciza.

Enfrentados a tales testimonios es difícil sustraerse a la impresión de que, en efecto, no parece imposible que pequeños grupos de neanderthales, antiguos habitantes de lugares remotos de Europa oriental, Siberia y Mongolia, hayan evitado las consecuencias del exterminio físico o de la absorción racial y sobrevivan aún hoy residualmente en esas apartadas regiones. En palabras de John Napier, autoridad reconocida internacionalmente en anatomía y fisiología de los primates, aprueba esta posibilidad, no sin reservas,

a la que concede cierta plausibilidad aun con toda clase de lógicas cautelas[69]:

Monstruos en cualquier sentido de la palabra. Es tentador (y en el momento presente no hay evidencias que justifiquen adoptar una línea más estricta) creer que los almas son seres humanos, quizás los remanentes de una población primitiva culturalmente arcaica que ha sobrevivido en las vacías regiones montañosas de Asia central durante muchos miles de años. Si su historia se extiende hasta los tiempos del paleolítico y si pudieran ser verosímilmente descendientes de las poblaciones neanderthales de la glaciación de Würm… es incluso más especulativo… Parece prácticamente cierto que durante el último periodo interglacial, unos cincuenta mil años atrás, los humanos del Neanderthal vivían en el área genérica en la cual ahora se informa que los almas existen. Lo que falta es cualquier evidencia que vincule las dos poblaciones.

ANÁLISIS DE UNA HUELLA

A fin de cuentas, una de las escasas pruebas inexplicadas, y tal vez la más indiscutible, que nos sugiere la existencia de criaturas desconocidas en las cumbres del Himalaya, viene dada por las fotografías de huellas del tipo homínido tomadas por Eric Shipcon y Michael Ward, acompañados por el *sherpa* Sen Tensing, en el monte Everest a 6500 m de altura, el 8 de noviembre de 1951. Es difícil exagerar la importancia de este tipo de análisis, si pensamos por un momento en la cantidad de información que se pone a nuestra disposición. Las huellas que tan despreocupadamente vemos sobre la arena o marcas en los azulejos húmedos de un baño, por nuestra familiaridad con ellas, nunca aparecen ante nosotros como lo que realmente son: el producto de un complejo proceso biomecánico y dinámico influido tanto por la estructura del cuerpo que lo ejecuta

como por las pautas psicológicas de la mente que lo gobierna. Eso es «andar», ni más ni menos.

Etapas del paso humano:

(A) golpe de talón
(B) aumenta la superficie de contacto con el suelo
(C) apoyo metatarsiano
y (D) empuje del pulgar hacia delante

Cierto es que los osos y los antropoides caminan ocasionalmente sobre sus dos patas posteriores, pero suelen hacerlo durante cortos trechos y nunca de forma continuada. El ser humano —he ahí el punto clave— es la única criatura bípeda permanente que conocemos en la naturaleza. Además, esa marcha bípeda se da con una cadencia característica que constituye el ritmo del paso típico de los humanos. Un conocimiento aún somero de esta forma de andar nos proporcionará la referencia necesaria para establecer las comparaciones pertinentes con las huellas de presuntas criaturas humanoides. Y con ese fin nada mejor que comenzar recordando que —si bien en la marcha bípeda participa todo el cuerpo— el pie está muy lejos de actuar como una mera plataforma de soporte para nuestro peso. Por el contrario, los pies son estructuras anatómicas extraordinariamente sofisticadas desde un punto de vista mecánico y fisiológico, que de modo flexible varía su forma y dimensiones según los requisitos del movimiento.

En una marcha humana normal, el talón toma contacto con el suelo antes que cualquier otro elemento del pie; es el «golpe de talón» que damos con cada paso. A continuación el punto de

contacto con el suelo se va desplazando por el borde exterior de la planta del pie. Cuando el cuerpo se halla directamente encima del pie, entendido ahora como superficie de sustentación, el peso descansa mayoritariamente sobre el metatarso mientras el talón comienza a separarse del suelo para dar el siguiente paso. En su fase final, la locomoción se completa cuando el dedo pulgar soporta momentáneamente la mayor parte del peso corporal (de ahí su gran tamaño relativo) impulsando el cuerpo hacia delante, gracias al papel estabilizador del resto de los dedos (con menor tamaño), cuya presencia impide que el pie se deslice naturalmente hacia atrás. Si a ello añadimos la posibilidad de establecer una relación entre la longitud de la pisada y la estatura de quien la produce, comprenderemos la gran cantidad de información que puede extraerse de una huella concienzudamente estudiada.

Así pues, ¿que nos dice la huella fotografiada por Shipton y Ward en 1961? En primer lugar su longitud (45 cm) no parece excesiva, ni siquiera para el promedio humano normal, aunque la anchura (33 cm) sí supera las medidas usuales al respecto. El dedo pulgar aparenta estar ligeramente separado del resto, y su contorno casi circular también resulta muy llamativo. La marca del dedo central exhibe una curiosa curvatura en forma de gancho hasta doblarse en la punta, lo que, posiblemente, sea un efecto producido por el juego de sombras de la imagen. La parte más profunda de la huella —según confirmaron asimismo los escaladores— es el borde exterior del talón, donde parece haberse cargado más el peso del cuerpo.

Pero quizás uno de los detalles más importantes —omitido en muchas discusiones sobre el tema— se relacione con el hecho de que la pisada no estaba aislada; es decir, había otras huellas formando un itinerario de locomoción a lo largo de aquella superficie nevada. La fama alcanzada por la imagen en primer plano de la huella más nítida eclipsó la atención sobre el rastro de las restantes, y fue un error porque la consideración del conjunto puede aclarar detalles imposibles de esclarecer a partir de una huella única. La zancada, por ejemplo, es una de ellas, puesto que la consideración

de la distancia entre huellas —además del contorno de las mismas— basta para descartar que el rastro fuese debido al paso de un mono langur, un oso pardo, o incluso un gran felino en tránsito ocasional por la zona. Los osos son incapaces de recorrer largos trechos caminando sobre dos patas, los monos langures carecen de suficiente peso para dejar unas huellas tan profundas como las encontradas por los alpinistas, y los felinos —cuadrúpedos por naturaleza— generan distribuciones de huellas muy distintas sobre el terreno de las encontradas por Shipton y Ward. Cierto es que estos dos escaladores fotografiaron también una hilera de marcas en la nieve después achacadas al paso de una cabra montañesa, pero —confusiones aparte— es difícil negar que la huella reproducida en la imagen principal poco tiene que ver con la pata de una cabra.

Cabe pensar que la nieve y el hielo, al derretirse parcialmente por la presión de la pisada y recongelarse a continuación, hayan podido alterar el perfil y el tamaño de la huella original (formada en el mismo acto de pisar), Y en verdad se sabe que la fusión y solidificación posterior de las huellas sobre la nieve llegan a aumentar su tamaño entre un 10% y un 25% dependiendo del caso. Sin embargo, tanto Shipton como Ward insistieron siempre en que las huellas eran inequívocamente frescas, sin trazas de haber sufrido fusión, recongelación o sublimación. Y efectivamente, si alguna ventaja tuvieron los primeros planos publicados en los periódicos de todo el mundo, era la nitidez con que se percibían los bordes de la huella. Su contorno resulta visiblemente agudo y bien recortado sobre la nieve, sin las irregularidades y alisamientos propios de los procesos antes mencionados. Es verdad que el resto de las huellas descubiertas por estos escaladores carecían de perfiles tan bien definidos, pero eso tan sólo significa que una criatura bípeda al caminar sobre una superficie pulverulenta no marca siempre sus huellas con la misma nitidez, cosa en absoluto sorprendente.

No faltó quien sugiriese que todo había sido un montaje[70] urdido por Shipton y Ward, posibilidad desmentida por la ejecutoria profesional de ambos escaladores, antes y después del incidente de

las huellas. Nunca insinuaron que hubiese sido una broma o un artificio, y siempre se reafirmaron en su versión de los hechos. Michael Ward, que falleció en 2005, explicaba cuarenta y seis años después del suceso[71]:

El descubrimiento de estos rastros en 1951 estimuló un gran interés en el yeti, y ha habido muchas expediciones de diversa preparación en el Himalaya y en Asia central. Ninguna ha tenido éxito dado que no se han hallado esqueletos, cadáveres, huesos, pieles o heces… Inevitablemente debido a estos hallazgos negativos se ha sugerido que las huellas de pisadas que Shipton y yo encontramos en la cuenca del Menlung eran un fraude… y en ello se relaciona que Shipton escribió el informe estando enojado por su destitución como jefe de la expedición de 1953. Con esto se ignora el hecho de que su descripción de las huellas fue realizada un año antes de esa circunstancia. Sin embargo, no hubo engaño y los acontecimientos ocurrieron exactamente como fue descrito por Shipton en su libro La expedición de reconocimiento del monte Everest de 1951 y por mí mismo en este artículo.

La famosa fotografía de Shipton con un encuadre más alejado y un campo de visión mayor, gracias a lo cual puede verse otra huella en la parte inferior derecha.

La siguiente y última posibilidad planteada con el fin de explicar estas intrigantes huellas, proponía que habían sido causadas por algún nativo con pies extremadamente resistentes al frío[72] y aquejado por una malformidad, cuya pisada sobre la nieve se había superpuesto a la de un pie calzado con algún tipo de mocasín. Semejante mezcla de marcas sobre la nieve habría creado la impresión de un pie monstruoso perteneciente al yeti. Una explicación así articulada, a poco que se piense, no resistiría un examen serio y quedaría relegada al ámbito de las soluciones meramente verbales, destinadas a contentar tan sólo a quienes no se detienen a reflexionar sobre sus implicaciones.

Posible forma del pie que dejó sobre la nieve las huellas fotografiadas en 1951.

Dejando a un lado la gran improbabilidad de que un indígena solitario deambulase cerca de la expedición de Shipton y Ward, deberían haber coincidido —por desgracia para él— su deformidad anatómica con la falta de uno de sus mocasines. Pero supongamos que así fue; entonces deberíamos hallar algún motivo razonable por el cual un individuo en tan lastimosas condiciones, creyendo encontrarse solo en la inmensidad del Himalaya, pensaría en superponer sobre la nieve la huella del pie descalzo y la del pie calzado, tan cuidadosamente como para simular el paso de un yeti en un lugar donde casi con toda seguridad nadie admiraría la perfección de su embuste. Concedamos también al infortunado peregrino esta extraña distracción, y aún quedaría por explicar cómo pudo ser que Shipton y Ward —quienes, no lo olvidemos, siguieron el rastro de las huellas— no alcanzaran a un caminante presumiblemente desabrigado, con los pies deformes y a medio calzar. ¡Casi parece preferible dar una oportunidad al yeti!

De todos modos, un punto interesante en esta controversia gira en torno al hecho de que cuantos critican a los criptozoólogos, por la emisión de especulaciones infundadas en total ausencia de evidencias tangibles, son quienes ahora lanzan la conjetura de la superposición de huellas, desnudas o calzadas, sin haber presentado prueba alguna. Nadie ha ofrecido jamás un ejemplo de superposición de pisadas sobre la nieve, en condiciones experimentales controladas, que se asemeje siquiera lejanamente a la imagen fotografiada por Shipton y Ward. Mientras esto siga así, la obligación de una réplica efectiva corresponderá a los detractores, no a los defensores, de la autenticidad de esta huella.

El Dr. Napier, entre otros expertos comentaristas de las fotos, concluye que las huellas no fueron dejadas por ningún ser humano ni animal —antropoide o no— conocidos. ¿Qué alternativas nos quedan, pues? La opción más lógica parece entonces aceptar la posible existencia en zonas montañosas remotas de criaturas del tipo homínido que se suponían extinguidas hace cientos de miles de años. Se trata, sin duda, de una suposición aventurada en extremo,

pero que a la luz de las discusiones previas no debiera descartarse a la ligera. De nuevo es el gran primatólogo estadounidense quien expresa el veredicto acaso más equilibrado y más sincero sobre la cuestión[73]:

Algo debe haber hecho la pisada de Shipton. Como el monte Everest, está ahí y necesita explicación. Ojalá pudiera resolver el rompecabezas; me ayudaría a dormir mejor por las noches. Por supuesto, surgiría una gran cantidad de problemas si uno pudiese suponer simplemente que el yeti está vivo y anda paseándose por el Himalaya sobre pies gigantescos… y dejarlo ahí. El inconveniente es que una suposición como esa entra en total conflicto con los principios de la biología tal como los conocemos. Acertada o equivocadamente en ausencia de cualquier otra forma de evidencia natural, prefería confiar en los principios biológicos más que en especulaciones imaginativas… La huella de Shipton, en el momento de escribir esto, es la única pieza… que se me sigue atragantando; sin ella no tendría la menor vacilación en desechar al yeti como a un arenque rojo, o, al menos, como a un oso rojo. 1 al como está, el asunto debe permanecer sobre la mesa irresuelto.

Un dato esclarecedor podría venir de la mano de la moderna biología molecular, si se estudian a fondo las muestras de pelo llevadas a Gran Bretaña en 1960 por *sir* Edmund Hillary. Ese año el conquistador del Everest encabezó una expedición al Himalaya formada por un equipo de 21 científicos, deportistas y otros especialistas, junto con 310 porteadores *sherpas*. El objetivo consistía en estudiar la adaptación a altitudes y temperaturas extremas, aunque tampoco se despreciaba la posibilidad de buscar a la vez al legendario yeti. No dieron con la criatura, pero sí recogieron muestras de pelo con las que regresaron a Europa.

El presunto pelo de yeti recogido por sir Edmund Hillary en 1960 y llevado a Gran Bretaña.

Los análisis preliminares en la Oxford Brookes University han mostrado, al parecer, que las muestras de pelo obtenidas por Hillary guardan una llamativa similitud con las pertenecientes a un simio de origen desconocido en las selvas de la región india de Garo. Los pelos examinados, con una longitud de 33 y 44 milímetros, fueron recogidos en las montañas del noreste de la India en 2003, cuando un guarda forestal informó de un avistamiento de un supuesto hombre-mono al que logró ver rompiendo ramas y comiendo savia de los árboles. El primatólogo Ian Redmond, responsable de coordinar la investigación, informó al diario británico *The Independent* que los pelos tenían el mismo patrón de cutícula que los aportados por el famoso escalador británico:

Estos pelos son una prueba tangible de la posible existencia del yeti. Estamos muy ilusionados con los resultados preliminares aunque somos conscientes de que aún quedan muchas pruebas por realizar.

¿MITO O REALIDAD?

Antes de bosquejar una posible identidad para el autor de las huellas de 1951, ha de mencionarse una serie de requisitos previos a cualquier discusión razonable. El primero es que debemos descartar, por improbables o carentes de las suficientes garantías, la gran mayoría de los encuentros declarados como tales. Muchos de ellos pueden explicarse como avistamientos imprecisos de eremitas y ascetas hindúes (*shaddus*) que viven precariamente sobre los 5000 m de altura, dedicados a la oración y a la meditación, dejándose crecer el pelo de forma desordenada por todo el cuerpo. Esto fue, por ejemplo, lo que le ocurrió al inglés William Knight, según relataba en *The Times* del 2 de noviembre de 1921, cuando tuvo ocasión de ver a uno de estos anacoretas «… casi totalmente desnudo en medio de aquel frío cortante… de un color amarillo pálido… una espesa cabellera, con el pelo todo enmarañado». Maurice Wilson, alpinista inglés fallecido en 1934 cuando intentaba coronar el Everest en solitario, sostenía que los yetis no eran bestias salvajes aún por catalogar, sino ermitaños indochinos aclimatados a las alturas. Así opinaba el padre Franz Eichinger, médico y misionero alemán, quien en unas declaraciones al *News Chronicle* en la década de 1930 declaraba su convicción de que los «hombres de las nieves» no eran más que monjes eremitas, apartados voluntariamente de la civilización para llevar una vida pacífica y contemplativa en sus cuevas de las montañas.

Otros avistamientos sucedidos en condiciones meteorológicas adversas, y ciertas huellas deformadas por la fusión de la nieve, han pasado a engrosar injustificadamente la leyenda popular. Confundiendo así a los investigadores entregados al esclarecimiento del misterio. Gran cantidad de huellas supuestamente atribuidas al yeti, se explicarían como pisadas de cabras montañesas agrandadas al derretirse la nieve a causa del sol. La presencia de cierto tipo de

monos capaces de habitar por encima de los 4000 m de altura en aquellas regiones, daría cuenta de muchos informes sobre los «hombres de las nieves». En particular, las especies de monos que pueden mantenerse sobre las patas y avanzar a saltos durante breves tramos, constituyen la explicación atribuida a los avistamientos realizados por la expedición de Wood-Kirkland-Maggs en 1944 y la de Don Whillams en 1970, aunque también ello es discutible.

Del mismo modo, hemos de recordar que los *sherpas* mezclan en sus historias lo que realmente conocen por su experiencia cotidiana con lo que saben por tradiciones y creencias, por lo cual a menudo es difícil separar en sus narraciones el componente verídico del mitológico. Incluso, a pesar de su extraordinario conocimiento del terreno, no podemos descartar que, en ocasiones, cometan errores de apreciación y tomen por indicios de un yeti lo que, en realidad, es otra cosa. También ocurre que los nepaleses y demás poblaciones de las zonas limítrofes con el Himalaya suelen exagerar sus relatos, bien para no defraudar al que les escucha, bien para vender recuerdos relacionados con el tema a los turistas, o por cualesquiera otras motivaciones. Su confusión entre lo que realmente han visto y lo que suponen que los visitantes desean encontrar, se refleja en la clase de restos supuestamente pertenecientes al yeti que ofrecen a los forasteros dedicados a su busca. Diversas pieles sometidas a solventes análisis científicos han resultado corresponder a animales locales, como osos y gamuzas. Los *sherpas*, para los que es tabú matar animales, no cazan nunca osos, cabras o antílopes, por lo que su veneración de la vida salvaje podría inclinarles a fabular en ocasiones más allá de lo que presumen los viajeros occidentales.

Ahora bien, las evidencias circunstanciales (como los numerosos avistamientos declarados) y las más que circunstanciales (por ejemplo, las fotografías de Shipon y Ward) reclaman con insistencia una explicación que nadie sabe ofrecer. Tenemos la descripción del yeti —por referencias secundarias— de B. H. Hodson (1832), las huellas halladas por el Mayor Waddell (1889), el yeti de Patang

(1913), el avistamiento de Howard-Bury (1921), las huellas halladas por el mayor Cameron durante su expedición al Everest (1923), el avistamiento de Tombazi (1925), los sobre rastros en la nieve referidos por Frank Smythe (1937) y por Russell[74] en su expedición a Karakorum (1939), el informe del teniente coronel ruso Vargen Karapetyan (1941), el ataque sufrido por el noruego *Jan* Frostis mientras realizaba prospecciones buscando uranio en Sikkim (1948), el avistamiento del *sherpa* Tenzing (1949), las huellas encontradas por el francés Abbè Bordet (1955) y las filmadas ese mismo año por Lester Davies, las declaraciones de los nepalíes recogidas por la expedición de Thomas Slick (1957), las indagaciones de Norman Dyrenfurth en Katmandú (1958), el avistamiento de Alexander Pronin en el Pamir (1958), el avistamiento de Don Whillans en el monte Annapurna (1970), las pisadas fotografiadas por lord Hunt (1978), el encuentro cercano con un yeti del montañero Reinhold Messner (1986), las huellas descubiertas por Heeman-Attwood en un glaciar de Mongolia (1992), y otros relatos diversos[75].

Bernard Heuvelmans, en un estudio sobre este asunto, deduce a partir de los informes disponibles la existencia de tres especies de yeti[76]. Una sería el *rimi*, de más de tres metros de altura, cuyo hábitat se encuentra entre los 3000 y 4000 metros de altitud; el *nyalmo*, carnívoro y probablemente caníbal, alcanzaría los cuatro o cinco metros de altura y viviría entre la nieves perpetuas por encima de los cuatro mil metros; y por último el Rakshi-Bompo, de tan sólo metro y medio de estatura, que se sustenta de cereales y mijo. Debido a su timidez y al rechazo que sienten por la presencia humana, estos tres tipos de yeti abandonan sus moradas al amparo de la noche, siendo muy raro que se les vea en grupos superiores a dos individuos. No rechazan agua y comida, empero, si se les deja en lugares donde puedan encontrarla. Los nepalíes y tibetanos los consideran animales sagrados, y creen que hacerles daño acarrea mala suerte.

El *nyalmo*, de acuerdo con las descripciones extractadas por Heuvelmans, encarnaría el modelo occidental del yeti:

Una enorme criatura, mitad humana y mitad animal, que vive en las montañas a altitudes prohibitivas, en cavernas inaccesibles. La piel de su rostro es blanca, pero su cuerpo se halla cubierto de una espesa piel oscura. Sus brazos, como los de un antropoide, le llegan hasta las rodillas, aunque la cara parece la de un ser humano. Sus poderosas piernas son curvadas; los dedos de los pies se vuelven hacia el interior (algunos afirman que se dirigen hacia atrás). Es muy musculoso, y puede arrancar árboles y levantar masas de dimensiones considerables.

¿Cuál sería entonces la naturaleza de estos enigmáticos seres que moran en los macizos montañosos del Himalaya o el Cáucaso? Existen varias respuestas posibles. Una de ellas es que se trata de descendientes del primate de enorme talla (unos 3 metros de altura) bautizado como *Gigantopithecus*, cuyos restos fósiles fueron hallados en China e India. Conforme a nuestros conocimientos actuales, el *Gigantopithecus* vivió entre 12 millones y 500 000 años atrás. En este periodo el Himalaya sufrió una elevación de 2500 a 3000 respecto de su altitud original, lo que pudo aislar a los supuestos antepasados del actual yeti. Esta hipótesis también sostiene que los yetis se desenvuelven realmente en los valles arbolados inmediatamente por debajo de la línea de la nieve (los cuales sí son capaces de alimentar a un gran mamífero, a diferencia de las peladas cumbres de las montañas), pero que en ocasiones han de cruzar las altas cimas nevadas, siendo entonces cuando dejan sus famosas huellas.

Otra hipótesis sugiere que se trata de una forma de vida evolutivamente intermedia entre el *Pithecantropus* y el hombre de Neanderthal. Concretamente serían descendientes de los megantrópidos (homínidos de gran talla) del pleistoceno. El pleistoceno se sitúa al comienzo de la era cuaternaria y abarca un periodo total de un millón de años, a lo largo de los cuales se produjeron cambios climáticos muy intensos y duros periodos glaciales; estos últimos se fechan hace diez o doce mil años. Así,

esta criatura o sus antecesoras evolutivas pudieron desaparecer de la mayoría de las regiones del planeta bajo la presión selectiva impuesta por la aparición del hombre moderno. Sin embargo, y como es lógico, tal desaparición pudo verse retardada o incluso impedida por la retirada de los homínidos a zonas áridas y poco accesibles, donde se verían a salvo de la competencia con sus parientes más evolucionados. Heuvelmans juzga esta posibilidad como la más aceptable hasta el punto de haber calificado al «hombre de las nieves» con el más aséptico nombre de *Dnipithecus nivalis* o *Dinanthropoides nivalis*, aunque hizo notar que tal vez esta especie fuese cercana o idéntica al *Gigantopithecus*.

Muchas han sido las expediciones organizadas hasta el presente con el único fin de aclarar el enigma del «hombre de las nieves» o del yeti, del que algunos intuyen que es un ser más parecido al hombre que al mono. Dedúcese de ello que podría tratarse de un pariente primitivo del hombre prehistórico, refugiado en las cumbres del Himalaya, único superviviente de una raza más esforzada que la nuestra, pero que luchaba en condiciones de inferioridad frente al *Homo sapiens*.

9. Criaturas de los bosques

LOS indicios de la existencia de grandes y velludos humanoides salvajes ni siquiera se limitan a la masa continental euroasiática. También los encontramos a lo largo de la cadena montañosa de las Rocosas, en la costa occidental de los Estados Unidos y Canadá, donde se les denomina respectivamente bigfoot y sasquatch. El hábitat original de estas especies estaría localizado en las grandes cadenas montañosas de la masa continental euroasiática (Pamir, Cáucaso, Himalaya), pero perfectamente pudo darse una migración en tiempos prehistóricos a través del estrecho de Bering, tal y como se produjo la colonización humana del continente americano. Esta hipótesis fue sugerida mediante el famoso mapa de la «S» por la autora Odette Tchernine. Se sabe que hace entre 30 000 y 10 000 años tribus de origen mongolide se dispersaron por América del norte y del sur. Seguramente llevaban con ellas antiguas leyendas acerca de monstruos velludos, cuyos espantosos aullidos habían resonado en la noche asiática, historias que han sobrevivido en las tradiciones de las tribus indias asentadas en las regiones boscosas y montañosas de la mitad norte de la costa Pacífica.

El mapa en «S» de Odette Tchernine que explicaría el desplazamiento de los yetis hasta la costa oeste de Norteamérica por el estrecho de Bering cuando éste aún era transitable caminando.

Los indios norteamericanos conocen al bigfoot desde tiempos inmemoriales; los algonquinos le llaman *Windigo*, y le identifican por su completa desnudez tanto en verano como en invierno, debido a la gruesa capa de pelo parduzco que les cubre. El primer avistamiento de las huellas de un bigfoot por un hombre blanco parece haber sido el que realizó David Thompson en 1811, quien encontró pisadas de 35 cm de largo por 20 de ancho al atravesar las Rocosas cerca de lo que hoy es Jasper, en la provincia canadiense de Alberta. La nieve mostraba las marcas de cuatro dedos, lo que convenció a sus contemporáneos de que Thompson no había visto las huellas de un oso pardo, ya que éstos poseen cinco dedos. En 1946 un periodista canadiense entrevistó a Alexander Caulfield Anderson, de la Hudson's Bay Company, quien afirmaba que en los anales de su empresa se había registrado el hallazgo de huellas como ésas hacia 1866.

El periódico *Daily Colonist*, de Victoria (Columbia Británica), publicó el 3 de julio de 1882 un artículo titulado «¿Qué es esto?» en

el que se recogía lo acaecido en Yale, una pequeña localidad del interior situada a unos ciento cincuenta kilómetros de Vancouver. La información proporcionaba detalles sobre la captura de una extraña criatura «mitad hombre y mitad bestia», procedente de la región de los montes Cascade:

A una veintena de millas de la población de Yale existen algunas plataformas rocosas que hasta ahora se habían considerado inaccesibles, pero que en la mañana del lunes fueron escaladas con éxito por dependientes del señor Ordendonk, que viajaban en un tren proveniente de Lytton. Les ayudaron el señor Costerton, mensajero de la British Columbia Express Co., y algunas personas de Lytton y de otras localidades al este del lugar. Después de notables esfuerzos y de una difícil y peligrosa subida, el grupo logró capturar a un ser que de verdad puede definirse mitad hombre y mitad bestia.

En Austin, el maquinista del tren al llegar a la altura del talud, en la salida este de la Galería n.º 4, notó algo y creyó que tal vez era un hombre dormido justo al lado de la cuneta; veloz como el pensamiento dio la señal de frenar. Y, en efecto, los frenos se accionaron de inmediato. Entonces la figura se levantó de un salto, emitió un breve rumor como si ladrase, y empezó a trepar por la empinada colina rocosa. Costerton, seguido por el maletero y el de los frenos, así como el conductor, R.J. Craig, saltaron del tren, y como sabían que llevaban veinte minutos de adelanto sobre el horario, se lanzaron en su persecución. Después de cinco minutos, el que creían un indígena enloquecido se detuvo en un saliente rocoso donde no podía seguir trepando ni bajar. En ese momento el problema era capturarlo vivo. Trepando con manos y pies, el señor Craig subió una decena de metros por encima de la criatura, y tomando una piedra la dejó caer sobre el extraño ser logrando el efecto deseado, o sea, que quedara, al menos durante un tiempo, incapaz de oponer resistencia. Tras atarlo sólidamente y ponerlo en

el vagón de equipajes, se dio la señal de partida y el tren reanudó su viaje hacia Yale.

Es de lamentar que no exista constancia cierta del destino que se reservó al prisionero del tren, apodado Jacko por sus captores, una vez en Yale. Según unas fuentes fue embarcado en dirección a Inglaterra dentro de una jaula por un tal George Tilbury; a decir de otros, Jacko acabó sus días como una atracción más en el circo de Barnum & Bailey. El mismo año de 1882 fue el del fallecimiento de Darwin, padre fundador de la teoría de la evolución biológica. Hubiese sido un hermoso epitafio para él que hubiera pasado también a la historia como el año en que se descubrió para la ciencia un ejemplar todavía vivo de nuestros antepasados prehistóricos, mas no pudo ser.

Llama la atención la multitud de leyendas y mitos de los indios norteamericanos que giran en torno a esta criatura. Hay varias historias indias antiguas de mujeres forzadas por estos seres simiescos, y algunas hasta quedaron embarazadas a causa del asalto. Muchas otras culturas cuentan con leyendas similares; en la Biblia (Gen 25, 19-34) se dice que Esaú nació «rojo, todo entero como una prenda peluda». En las antiguas tradiciones a los hombres salvajes se les atribuía un temperamento lascivo, y se decía que abordaban a las mujeres que cruzaban solas los bosques, obligándolas a tener trato carnal con ellos. Quizás estas referencias formen la base de las leyendas sobre sátiros y faunos, a los que los artistas representaron equivocadamente provistos de pezuñas, tal vez para acentuar su animalidad.

Tales leyendas sobre el apareamiento entre estos seres y los humanos adquieren una inquietante cercanía en uno de los sucesos más extraordinarios atribuidos a los bigfoot en su zona habitual, la región de la Columbia Británica, el estado de Washington y el norte de California. Allí tuvo lugar en 1924, presuntamente, el secuestro del maderero Albert Ostman llevado a cabo por una familia de estas sorprendentes criaturas, según el testimonio del protagonista. El

maderero sólo reveló su asombrosa historia en 1957, cuando las noticias sobre los bigfoot eran ya algo corriente, por temor a que le tomasen por loco. Aquel verano de 1924, Ostman había decidido dedicar sus vacaciones a la búsqueda de oro en una mina abandonada en la ensenada de Toba, cerca de la isla de Vancouver. Pertrechado con un fusil, diversos utensilios de cocina y una buena cantidad de conservas, el osado maderero recorrió la comarca alejándose poco a poco de las rutas habitualmente transitadas. En un determinado momento escogió para acampar un solitario claro del bosque, rodeado de cipreses con un riachuelo por el que fluía un agua fresca y abundante.

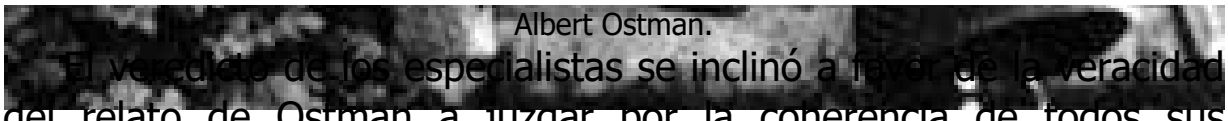
En dos mañanas sucesivas se percató al levantarse de que todas sus pertenencias habían sido revueltas y pisoteadas por lo que él creyó era un puercoespín. El sosiego de aquel encantador paraje finalizó abruptamente la tercera noche de su estancia. Ostman se despertó aterrado al percibir que estaba siendo transportando en plena oscuridad dentro de su saco de dormir, y sólo pudo ver «una manaza peluda y grandísima que sujetaba un borde del cuello». Quienquiera que fuese el hercúleo desconocido andaba con paso rápido a través de la espesura, a lo largo de una distancia que Ostman calculó en 43 kilómetros, propinando al embolsado maderero toda clase de golpes y encontronazos con la vegetación circundante.

Por fin terminó el extraño trayecto y el saco fue depositado en el suelo, momento que Ostman, aturdido y magullado, aprovechó para salir de su encierro echando un vistazo a su alrededor. Lo que vio no pudo dejarle más estupefacto: se hallaba en un pequeño y desconocido valle rodeado de picos, donde una insólita familia de criaturas peludas con aspecto simiesco le observaban llenas de curiosidad. El grupo parecía estar formado por dos machos y dos hembras que Ostman identificó como una pareja de progenitores, un hijo casi adulto y una hija más joven. El padre medía unos 2,40 metros, y la madre rondaba los 2,10 metros. Superada su perplejidad inicial el maderero temió por su vida, aunque no tardó

en advertir que aquellos desusados seres no abrigaban intenciones aviesas hacia él. Se limitaban a impedirle salir del valle rodeado de riscos que parecía constituir su guarida; por lo demás, Ostman gozaba de total libertad, e incluso le permitieron prepararse su comida con las latas de conservas de que aún disponía. Sus captores aparentaban ser vegetarianos, nutriéndose de hierbas, raíces y puntas de pícea recogidas en los bosques de coniferas. El hijo y la madre se encargaban de procurar el alimento mientras el padre y la hija montaban guardia. Ostman recuerda que eran tremendamente ágiles y podían escalar por los riscos con la mayor facilidad, salvo la hembra adulta, que al tener las caderas más anchas «caminaba como un ganso».

El macho joven estaba fascinado por las sartenes y pucheros que extrajo del saco de dormir de Ostman, del mismo modo que no dejaba de acercarse para pellizcar el rapé que éste le ofrecía para devorarlo ávidamente acto seguido. Este ejemplar tenía unas anchas mandíbulas y un cráneo que sobresalía por encima de su frente unos diez o doce centímetros. Tan inusitada situación se prolongó por espacio de seis días, que fue lo que tardó Ostman en hallar el momento propicio para burlar la vigilancia y escapar del valle. Receloso de que le destinasen para la hija cuando ésta alcanzase la edad adulta y cansado de su encierro, no dejó pasar la primera oportunidad de huir en cuanto sus secuestradores descuidaron la vigilancia. Y esa oportunidad llegó cuando el macho adulto se avino a engullir una caja de rapé que el leñador le ofreció. Al momento el bigfoot se sintió indispuesto, y en medio de la confusión ocasionada el cautivo aprovecho para darse a la fuga. A su regreso a la civilización, Ostman se vio asaltado por el temor de que le considerasen un demente si divulgaba su historia con la amplitud que el caso merecía. Tales precauciones le condujeron a guardar silencio durante treinta años, hasta 1957, cuando la labor divulgadora de periodistas como John Green y René Dahinden rehabilitaron los relatos sobre el bigfoot. Sólo entonces resolvió confiar su secreto a periodistas y antropólogos, explicando que si no

lo había hecho antes fue por temor a las burlas y al posible internamiento en un manicomio. Ostman reforzó su decisión prestando juramento el 20 de agosto de aquel año ante un juez de paz de Fort Langley, Columbia Británica, y más tarde sometiéndose al examen de un equipo de expertos.


Albert Ostman.

El veredicto de los especialistas se inclinó a favor de la veracidad del relato de Ostman a juzgar por la coherencia de todos sus detalles, a excepción de uno. Dada la envergadura y complexión de aquellas musculosas criaturas, unos hábitos alimenticios tan parcos en proteínas y calorías no parecían congruentes con su extraordinaria robustez. Frank L. Beebe, del Museo Provincial de la Columbia Británica, informó en 1967 que la dieta mencionada suponía «un bajísimo aporte de calorías, constituyendo la peor combinación de elementos nutritivos de alta energía en cualquier tipo de bosque conocido».

El mismo año del secuestro de Ostman, los bigfoot hicieron otra aparición mucho más hostil —bien es verdad que provocada— en Ape Canyon, estado de Washington. Un minero, aterrorizado al encontrarse con una de estas criaturas en el bosque, la abatió de tres tiros de fusil. Como consecuencia de ello, una horda de sus congéneres lanzó un ataque en toda regla contra los mineros, logrando finalmente arrojarlos de la comarca. Así ocurrió según la narración de Fred Beck, autor de los disparos, comentada por el doctor Napier, en su obra *Bigfoot*:

Los monos contraatacaron por la noche, iniciando su asalto con el desalojo de un pesado tronco de la cabaña. A continuación trataron de echar abajo las paredes, la puerta y el tejado, tentativa en la que fracasaron pues la cabaña estaba construida para soportar grandes nevadas… Luego se oyeron golpes de grandes piedras en el tejado, y hubo que reforzar la sólida puerta desde el interior. Por fuera los monos seguían aporreando el tejado y las paredes, y aunque los mineros hicieron varios disparos a través de algunas rendijas, no consiguieron ahuyentarlos. La barabúnda se prolongó hasta el alba… Como la cabaña carecía de ventanas y, naturalmente, nadie abrió la puerta, se desconoce el número exacto de atacantes. El señor Beck tampoco está seguro de que fuesen más de dos. Ésta debió ser la cifra mínima, pues se oían golpes en la pared y en el

techo al mismo tiempo. De cualquier modo, los mineros recogieron sus cosas y abandonaron el lugar al día siguiente.

También en 1957 se hizo pública la narración del incidente, ocurrido dos años antes, vivido por el cazador William Roe en la montaña Mica, en Alberta (Canadá). Se encontraba Roe ascendiendo por las laderas boscosas de la montaña cuando vio algo que lo dejó estupefacto:

Mi primera impresión fue la de un hombre corpulento, de 1,80 metros de estatura y casi un metro de anchura, con un peso probable alrededor de los 136 kilos. Estaba cubierto, de pies a cabeza, de un pelo pardo oscuro con las puntas plateadas. Pero cuando se acercó más, vi por sus pechos que se trataba de una hembra. Y sin embargo no tenía el torso curvado; su ancho armazón era recto desde el hombro hasta la cadera. Sus brazos eran mucho más gruesos y largos que los de un hombre normal, llegándole casi hasta las rodillas. Proporcionalmente tenía los pies más anchos que los de un hombre, de unos 11,5 cm de amplitud en la parte delantera y afinándose hasta unos talones mucho más delgados. Al andar apoyaba primero el talón, y pude ver la piel, o pellejo, pardo grisáceo de las plantas de sus pies.

Tenía la cabeza mucho más alta en la parte posterior que sobre la frente. La nariz era ancha y aplastada. Los labios y el mentón sobresalían más que la nariz. Pero el pelo que lo recubría todo, dejando al desnudo solamente las partes de la cara alrededor de la boca, la nariz y las orejas, le hacían parecerse a un animal tanto como a un hombre. Ninguna porción del pelo, ni siquiera en la parte posterior de la cabeza, medía más de una pulgada [23 mm], y el de la cara era mucho más corto. Las orejas tenían la misma forma que las de una persona, pero los ojos eran pequeños y negros como los de un oso. Tampoco la nariz tenía aspecto humano; era más gruesa y corta que la de ningún hombre que haya visto yo jamás.

Finalmente la criatura salvaje debió percibir mi olor, porque me miró directamente a través de una abertura en la maleza. Una expresión de sorpresa cruzó su faz. En ese momento estaba tan cómica que tuve que sonreír. Todavía en cuclillas retrocedió tres o cuatro pasos; luego se irguió en toda su altura y se puso a andar rápidamente, volviendo por donde había venido. Por un momento giró la cabeza para mirar por encima del hombro sin dejar de andar, no exactamente como si estuviese asustada, sino como si no quisiese contacto con nada extraño. Se me ocurrió entonces que si mataba a aquella bestia, tendría, posiblemente, un ejemplar de gran interés para los científicos del mundo entero… Levanté el rifle… La criatura seguía alejándose rápidamente, volviendo de nuevo la cabeza en dirección a mí. Yo bajé el rifle. Aunque hace poco he llamado «bestia» a la criatura en cuestión, pensé entonces que era un ser humano, y comprendí que jamás me habría perdonado el acto de matarlo. Cuando llegó al otro trecho de maleza echó la cabeza atrás y emitió un sonido peculiar que parecía mitad carcajada y mitad lenguaje, y que sólo sabría describir como una especie de relincho. Luego pasó del monte bajo hacia el interior de un bosquecillo de pinos altos.

El sargento Kenny Cooper, del condado de Rockingham (estado de Washington), viajaba a finales de la década de 1980 por una carretera cuando oyó algo que atrajo poderosamente su atención. «Me fui por donde se oía el ruido —rememora el sargento— y todos en el condado de Rockingham pudieron oírlo, porque dejé fuera del coche el micrófono de la policía para que todos escuchasen lo que yo estaba oyendo. El ruido que producía aquel animal fue grabado en una cinta que enviamos posteriormente a los laboratorios para que la analizasen. Cuando nos la devolvieron dijeron que no había en la grabación ruidos metálicos, indicando que los sonidos no estaban producidos por aparato alguno. Dijeron también que no era voz humana, porque ninguna persona tiene cuerdas vocales capaces de emitir tonos tan agudos y tan graves al mismo tiempo, como los que se oían aquí».

Desde 1969 el profesor Grover Krantz ha investigado casi un millar de testimonios y ha entrevistado a docenas de testigos oculares. Descartando fraudes, ilusiones ópticas, alucinaciones histéricas o etílicas y datos confusos, estima que aproximadamente la mitad de las declaraciones son dignas de seria consideración. Una de ellas es la proporcionada por Paul Freeman, un empleado interino del Servicio Forestal Nacional de Estados Unidos. En la mañana del 10 de junio de 1982, mientras escoltaba una manada de alces cerca de Wala Wala (Washington), Freeman divisó la figura de un bigfoot descendiendo por una pendiente unos cinco metros por delante suyo. El escurridizo habitante de los bosques huyó dejando una buena colección de huellas bien marcadas sobre el terreno. Las pisadas se repitieron en la misma zona seis días más tarde, y de ambas series de huellas Freeman y sus compañeros obtuvieron impresiones en escayola para presentar a los expertos.

Cuando Krantz tuvo ocasión de estudiarlas advirtió que las reproducciones eran tan detalladas como para mostrar las rayas dejadas por líneas de dedos e incluso por glándulas sudoríparas, lo que reducía extraordinariamente la posibilidad de fraude, como después avalaron forenses y dermatólogos. La aparición de otras huellas en la misma zona, de más de treinta y cinco centímetros de longitud, han llevado a Krantz a juzgar probable que en el lugar vivían unas seis de estas criaturas. «Estoy convencido —asegura Krantz— de que el hombre-mono existe por tres razones. Una es el estudio de huellas, que me ha llenado de satisfacción, y en la que, por lo menos en algunos casos, no ha habido posibilidad de falsificación. Pero además hay observaciones hechas por ciudadanos de gran reputación, y el número de estas observaciones correctas que parecen irrefutables es de centenares, y de muchas yo me fío personalmente, aunque probablemente haya varios miles. Estimar el número exacto de sasquatch es muy difícil. Yo me atrevería a calcularlo en unos doscientos en la zona noroccidental de los Estados Unidos, y otros tantos en las zonas colindantes del oeste de Canadá. Si hay menos de ese número no parece posible la

supervivencia de una especie. Aquí en la zona noroccidental de Norteamérica, junto al Pacífico, hay miles de kilómetros cuadrados de tierra boscosa donde no vive nadie. Casi nadie viaja nunca por ella, y un animal como el sasquatch podría vivir aquí con mucha facilidad sin ser visto más que ocasionalmente. No sería extraño encontrar muy pocas de sus huellas». Krantz asegura que, aunque el bigfoot debe ser un homínido, claramente no es humano. Por lo que sabemos, no conoce ni el fuego, ni la confección de ropas, ni el dominio de herramientas.

LA FILMACIÓN DE PATTERSON Y GIMLIN

Como en el caso de lago Ness, se echaba en falta disponer de alguna prueba visual más sólida que un conjunto de fotografías borrosas e inconcluyentes; una película rodada con suficiente cuidado podría constituir una evidencia de tremendo peso a favor de la realidad del bigfoot. Y en 1967 la tan deseada prueba pareció llegar por fin, cuando Roger Patterson, ex empleado de rodeos e inventor en sus ratos libres, anunció haber filmado seis metros de película de lo que aparentaba ser una hembra de bigfoot internándose en un bosque en Bluff Creek, California. El hecho de que Patterson, interesado en la búsqueda del bigfoot desde que leyera en 1958 un artículo de Ivan Sanderson, hubiese recorrido el estado de Washington hallando diversas huellas descomunales —de las que se obtuvieron interesantes moldes de yeso— e incluso fundara un club para aficionados sobre el tema, incrementó las reservas de los escépticos.

Era el 20 de octubre de 1967, viernes, cuando cerca de la una y cuarto de la tarde Roger Patterson y su compañero Bob Gimlin, obrero de la construcción y experto jinete, recorrían a caballo el nordeste de la comarca californiana de Eureka. Al doblar un recodo, se dispusieron a atravesar el arroyo de Bluff, que desemboca en el

río Klamath. El lecho del arroyo medía unos treinta metros de anchura y medio metro de profundidad. Repentinamente advirtieron en la otra orilla la presencia de una criatura de corpulenta figura cubierta de pelo, lomándola al principio por un oso, quedaron asombrados cuando aquel ser se irguió cuan largo era e inició la retirada hacia la espesura; no hubo duda entonces de que no era un plantígrado. Asustados por la presencia de la criatura, y quizás por su olor, los caballos se encabritaron despidiendo de sus grupos a ambos jinetes. Por suerte, Patterson tuvo la agilidad suficiente para incorporarse de inmediato y sacar su cámara cinematográfica de 16 mm. Muy excitado, corrió en la dirección en que la criatura se alejaba rodando tantos metros de película como pudo, hasta que la misteriosa silueta se internó en la espesura y desapareció.

Fotograma de la filmación de 1967 en el que se observa la planta del pie y la espalda de la presunta criatura

Apenas pudo rodar unos pocos metros de película, ya que, desafortunadamente, había agotado casi todo su celuloide tomando panorámicas del hermoso paisaje local, y los rollos de reserva estaban en las alforjas de los caballos huidos. Los dos hombres encontraron sus monturas pastando en un prado a un kilómetro del arroyo, aunque para cuando regresaron al lugar del incidente la extraña criatura ya había desaparecido. No dándose por vencidos, Patterson y Gimlin rastrearon las orillas hasta dar con huellas de 2,5 cm de profundidad por 15 de longitud, de las que obtuvieron reproducciones en yeso. Las zancadas del bigfoot alcanzaban entre 100 y 105 centímetros, lo que daba una idea de su envergadura. Ese mismo día Patterson telefoneó al científico Donald Abbott —quien había mostrado cierto interés por el asunto del bigfoot— para recabar su ayuda. A la mañana siguiente, el empleado forestal Lyle Loverty pasó por el lugar y fotografió las huellas. Nueve días después del encuentro, el taxidermista Robert Titmus y su cuñado, acudieron al mismo sitio con el fin de realizar sus propios moldes de yeso de las pisadas, a la vez que marcaban en un mapa las posiciones de Patterson, de Gimlin y de la criatura durante el suceso.

«Mediría más de dos metros de estatura y, por el examen que hicimos luego de las pisadas, calculamos que pesaría entorno a los 150 kgs —recuerda Patterson. Era una hembra, toda cubierta de un pelo negro, corto y lustroso, incluso en sus grandes y caídos senos. Parecía tener una especie de cúspide en la parte posterior de la cabeza, aunque no sé si se trataría de una cantidad mayor de pelo. Sea como fuere, el pelo le caía por la cara para reunirse con las cejas, si las tenía, alcanzándole justo debajo de los pómulos. No tenía cuello. Quiero decir que el fondo de la cabeza parecía ensancharse hasta formar unos grandes y musculosos hombros. Andaba como un hombre corpulento… las plantas de los pies eran, indiscutiblemente, de un color más claro».

Primer plano del supuesto bigfoor de la película de Patterson.

La filmación de Patterson no era del todo perfecta —la imagen saltaba mucho en los primeros fotogramas— pero sí permitía apreciar a una criatura de unos 2,10 metros, con un peso de entre ciento cincuenta y doscientos kilos, pelaje pardo rojizo, cráneo cónico (típico entre los gorilas y orangutanes machos que han alcanzado la plena madurez), y unos voluminosos senos y glúteos de características inequívocamente humanas, salvo por la abundancia de pelo. Antes de emitir su opinión el doctor Napier presenció seis pases privados de la película en Washington, sin que quedase muy convencido de cuanto allí vio:

El extraño modo de andar era más propio de un varón arrogante que de un animal. El cráneo cónico no era humano, pero sí parecía serlo el centro de gravedad de aquel ser, exactamente igual que el del hombre moderno. Los glúteos, asimismo, eran definitivamente humanos… La mirad superior del cuerpo recuerda al simio y la inferior es típicamente humana. Este tipo de híbrido es prácticamente imposible, de donde se deduce que media figura es

artificial. Visto el modo de andar, sólo puede tratarse de la mitad superior. He examinado estos fotogramas por lo menos una docena de veces… También me intrigó su modo de andar que sugiere una mala imitación del movimiento humano… Todos estos datos indican un fraude, pues la criatura de la película no resiste el menor análisis funcional. Se observan demasiadas inconsistencias… Puede tratarse de un hombre disfrazado con una piel de mono; de ser así, el fraude es espectacular y su autor merece figurar entre los grandes embaucadores del mundo.

Otros expertos no compartían las objeciones de Napier. Un examen de los andares de la criatura revela que en cada paso, cuando cada pierna recibía alternativamente el peso del cuerpo, la rodilla permanece ligeramente flexionada, como en un esquiador de fondo. Por el contrario, los seres humanos suelen apoyarse con cada pierna manteniéndolas rectas, con un suave desplazamiento arriba y abajo de su cuerpo en cada paso que dan. Un experto británico en biomecánica, Donald W. Grieve[77], manifestó su asombro al contemplar la filmación: «Puedo ver las masas musculares en los lugares apropiados… Si es un engaño, es uno extremadamente inteligente».

Grieve concluyó que si la película había sido rodada a la velocidad típica de 24 fotogramas por segundo (fps) la figura bien podría ser un humano disfrazado. En cambio, si la película había sido rodada a 16 ó 18 fps, ninguna persona normal podía desplazarse de tal manera. Para mayor controversia resultó que Patterson no estaba seguro de la velocidad a la que había rodado su película. Admitía que normalmente tenía preparada su cámara para operar a 24 fps porque ésa era la velocidad idónea para la televisión; sin embargo, creía recordar que tras el incidente con el bigfoot había visto que la velocidad estaba ajustada a 18 fps, tal vez por un cambio producido al caer del caballo.

La cuestión pareció quedar resuelta con la intervención de especialistas rusos de la universidad de Moscú, encabezados por

Dimitri Donskoy[78]. Puesto que Patterson había rodado la película caminando en dirección a la criatura —razonaron estos expertos— la filmación debía haber registrado también la velocidad de sus pasos. Los rusos determinaron que si Patterson había rodado a 24 fps la rapidez de su movimiento tendría que haber sido de seis pasos por segundo, un récord ni siquiera batido por el campeón del mundo de atletismo. Esto, en opinión de Grieve, bastaba para descartar el fraude.

La película de Patterson fue abordada desde otra perspectiva cuando Grover Krantz, antropólogo de la universidad del estado de Washington, se ocupó de ella. Krantz argumentó que un individuo del tamaño y peso del bigfoot, tal como se aprecia en las imágenes, debía poseer un pie con una estructura muy distinta de la de un humano corriente. Sus cálculos indicaban que habrían de ser más flexibles, y el talón debía extenderse por detrás más allá del tobillo. Eso es justamente lo que se aprecia en los fotogramas, donde un talón prominente —detalle de biomecánica en el que raramente repararía un embaucador— resulta visible con claridad.

Pero Krantz quedó muy impresionado por las reproducciones en yeso que Patterson y Gimlin realizaron de las huellas del bigfoot:

Ésa es la prueba más consistente, con mucho. En un vaciado en yeso de esas pisadas no sólo se grabó la marca del pie, sino que al sacarlo éste se llevó consigo gran cantidad de residuos arcillosos en la mitad de la huella. Esto demuestra que se trata de un pie flexible, y no de un molde rígido, que no hubiera podio hacer esto. Unas huellas tan convincentes como ésas, con una longitud de casi medio metro cada una de ellas, fueron también reproducida en yeso al noroeste del estado de Washington. Se trata de un ejemplar lisiado, porque tenemos dos huellas del mismo individuo y podemos comparar. El pie derecho está lisiado; está distorsionado longitudinalmente, doblado. Le falta un dedo y, lo que es más importante, las dos protuberancias exteriores del pie representan espacios entre los huesos. Y de tratarse de un pie humano

gigantesco, o de alguna falsificación, estas protuberancias y estos espacios entre los huesos deberían haberse colocado más atrás. El lugar donde están puestos indica que es un pie con apalancamientos diferentes, un talón más largo y una parte delantera más corta.

Medida del tamaño del bigfoot filmado por Patterson en comparación con el árbol delante del cual cruzó con un individuo de referencia. La estimación, realizada por Peter Byrne arrojó una altura de 2,20 metros.

«Creo que el pie-grande —prosigue Krantz— es un animal que ya conocemos por el registro fósil. Sería un Gigantopithecus, como los que vivieron en China hace 500 000 o un millón de años. Comparando un vaciado del cráneo de un Gigantopithecus con el de un gorila actual, cuyo peso rondaría los 160 kilos, podemos observar la diferencia que hay en el lado inferior de la mandíbula. En el gorila, los dos lados de la mandíbula se extienden sólo modestamente conforme vamos hacia atrás; si el cuello se adelantara, la mandíbula debería ensancharse para ganar espacio. En el Gigantopithecus la mandíbula se extiende en un ángulo más amplio, y la razón obvia es

que el cuello está en su camino. Esto significa que la cabeza estaba encima del cuerpo, en vez de colgando hacia delante. Es una presunción aceptable, pues, que se trataba de un animal bípedo erecto. Era un animal que caminaba ya erguido de una altura aproximada de 2,5 metros, con un peso entre doscientos y trescientos kilos, presumiblemente cubierto de pelo. Pertenecía a una etapa de la evolución demasiado primitiva para tener actividad cultural. No era probablemente más inteligente que un mono; esta descripción coincide casi exactamente con la que se hace de un sasquatch vivo».

ESTALLA LA CONTROVERSIA

Una afirmación tan extraordinaria como la contenida implícitamente en la filmación de Patterson y Gimlin (¡Hay una especie desconocida de homínidos prehistóricos vagabundeando por los bosques de la costa oeste norteamericana!) no podía dejar indiferentes a los detractores de la criptozoología. Pronto se subrayó que Patterson no era precisamente un ejemplo de probidad intachable en su conducta personal —y, en efecto, no lo era— aunque con la misma rapidez hubo de reconocerse que carecía de los medios materiales e intelectuales para urdir un engaño tan magníficamente orquestado.

Durante algún tiempo se rumoreó en Hollywood que el especialista de efectos especiales John Chambers, famoso por su excelente trabajo de caracterización en *El planeta de los simios* (1968), había diseñado el disfraz responsable de las impactantes imágenes filmadas por Patterson y Gimlin. El director de cine John Landis parece haber sido el autor de este bulo, desmentido por el propio Chambers durante una entrevista con la escritora Roberta Short. Allí el especialista en efectos especiales negó cualquier relación con el bigfoot de Bluff Creek[79], lo que no deja de ser coherente con un examen atento de su trabajo profesional. El mérito

de Chambers residía principalmente en la caracterización de los rostros, no en la conformación de un disfraz de cuerpo entero. Las costuras y cierres de las pieles quedaban ocultas en la película de 1968 por las ropas de los simios, circunstancia repetida incluso en el disfraz de los *ewoks* en la muy posterior filmación de *El retorno del jedi* (1983).

Pese a ello, en 2002 salieron independientemente a la luz pública dos individuos que decían haber desempeñado diversos cometidos en la preparación de la equívoca película, siempre a instancias de Roger Patterson. Uno de ellos fue Philip Morris, dueño de una tienda de disfraces en Carolina del Norte, quien dijo haberle vendido a Patterson un velludo traje de simio que éste se encargó luego de modificar añadiendo voluminosas hombreras y unos palos en los antebrazos para alargar su longitud**[80]**. La otra denuncia de fraude provenía del nativo amerindio Bob Hcironimus, que dijo haber sido él mismo quien portaba un disfraz de mono hábilmente retocado durante la filmación de Bluff Creek**[81]**, aun cuando sus medidas corporales no aparentaban encajar con las del presunto bigfoot. Tanto Morris como Hcironimus no ofrecen más pruebas de tales acusaciones que sus propias palabras, de valor muy relativo toda vez que se hicieron públicas cuando Patterson —ya fallecido— no podía defenderse.

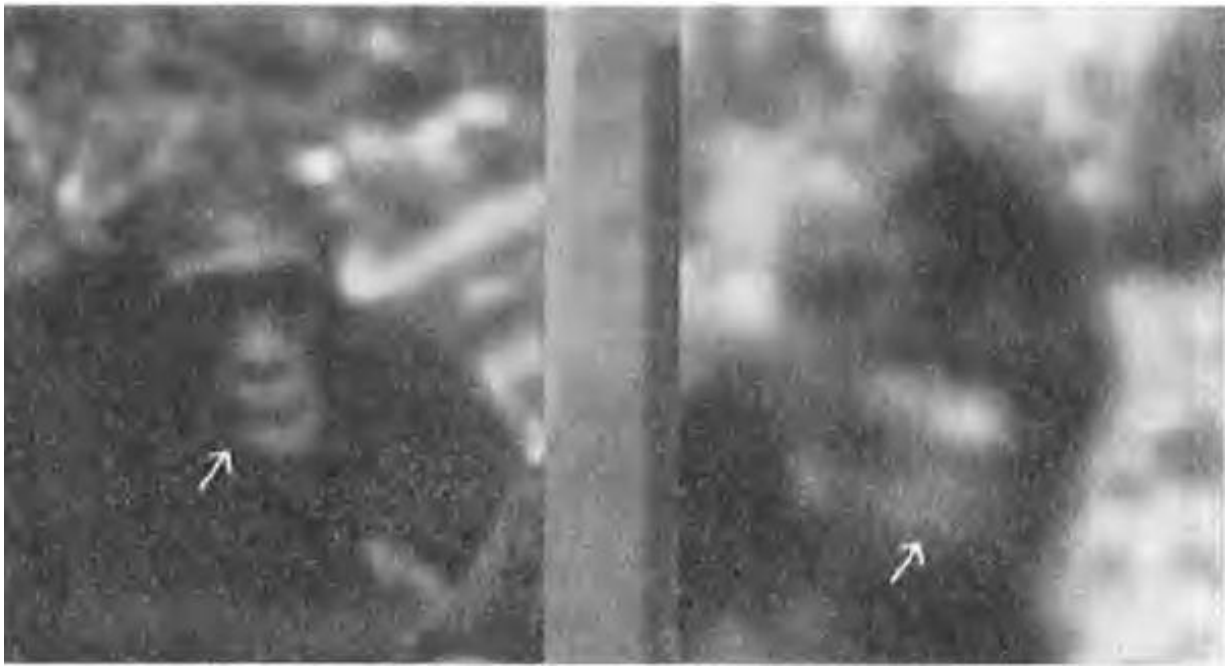
Los antropólogos de la universidad de Florida, David J. Daegling y Daniel O. Schmitt, tras estudiar la controvertida filmación, destacaron las incertidumbres relacionadas con la posición de la cámara, el movimiento del encuadre, la escasa calidad de la imagen y los efectos de la perspectiva. Todo ello, en su opinión, invalidaba muchas de las conclusiones deducidas sobre la estatura y peso del presunto bigfoot. Además, hicieron hincapié en la aparentemente extraordinaria longitud de la zancada. No es necesario tener unas piernas de longitud exagerada —decían Daeling y Schmitt— para alargar el paso de manera desproporcionada. Basta con bajar el centro de gravedad del caminante, andando casi en cuclillas, para que nuestras zancadas sean mucho más largas de lo habitual. Y en

efecto, así es, como resulta fácil comprobar; pero ¿explica eso el movimiento de la criatura de Bluff Creek?

El profesor Jürgen Konczak da instrucciones al sujeto de la prueba.

La respuesta vino en 2007 a través de los ensayos biomecánicos realizados en la universidad de Minnesota por el profesor Jürgen Konezak, del Laboratorio de Control Sensorio-Motor Humano, con la ayuda de un atleta —escogido por el excelente dominio corporal de sus facultades motrices— a quien se cubrió de sensores electrónicos y se pidió que imitara el movimiento de la figura en la filmación de Patterson. Mediante los sensores unidos a su cuerpo, el desplazamiento del atleta permitía procesar en un ordenador el

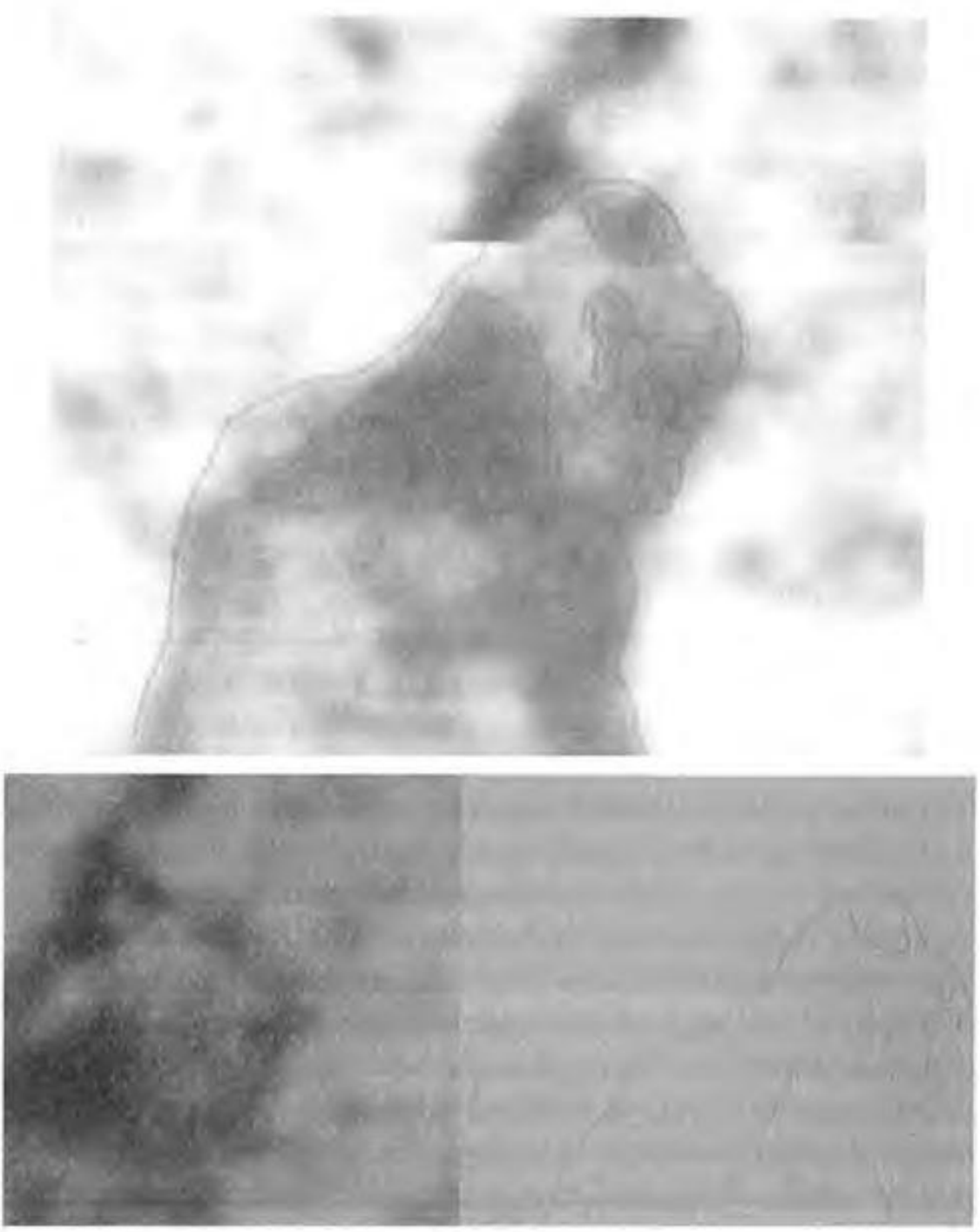
patrón de movimientos que habría de realizar un caminante humano para simular el paso del supuesto bigfoot de Bluff Creek. El resultado fue que aquel estilo de marcha bípeda no era propio de un ser humano. Por si ello no fuese suficiente, un tratamiento digital fue aplicado a la filmación por M. K. Davis logró eliminar los temblores de la imagen causados por la carrera de Patterson, dejando en evidencia que la figura camina erguida, sin rebajar su centro de gravedad para alargar el paso[82].



Semejanzas entre la estructura labial de un chimpancé y la del supuesto bigfoot filmado en Bluff Creek.

Otro concienzudo estudio se llevo a cabo también en 2007 bajo los auspicios del programa *Monster Quest*, de la cadena televisiva History Channel. Observando al microscopio cada fotograma de la película original de Patterson, una purificación digital de la imagen reveló detalles anatómicos antes insospechados, como la absoluta coherencia de los movimientos faciales (la criatura abre la boca en el fotograma 0340) con los movimientos aparentes del resto de los músculos de la cabeza y el cuello. Daris Swindler, primatólogo de la

universidad de Washington, asistido por el especialista en procesamiento de imágenes Owen Caddy, enfatizó la importancia de este rasgo, así como la apreciación —gracias a un primer plano de la cara del bigfoot— de un abultamiento en el labio superior muy similar el de los chimpancés. De hecho, la cara de «Patty» (como se llamó coloquialmente al bigfoot de Bluff Creek) aparece con los labios fruncidos, gesto habitual en los grandes simios cuando se sienten amenazados o incómodos.



(a) Reconstrucción figurativa de los músculos de la cabeza, cuello y espalda superior de la criatura de Bluff Creek. (b) La criatura abre la boca provocando una reacción en la masa muscular de su espalda, como se esquematiza en (c).

La proporción de la longitud de los brazos del bigfoot con respecto a su estatura es un 49% frente al 44% del promedio humano normal, en tanto la misma estimación aplicada a las piernas arroja un 46% frente al 53% de media humana. En la filmación se observan flexiones de los dedos de la mano y de la muñeca, lo que hubiese obligado a un falsificador a emplear prótesis con esas mismas propiedades de flexibilidad específica. Resulta difícil imaginar —no sólo en 1967, sino también hoy— un disfraz capaz de proporcionar a la vez una conjunción tan convincente de la amplitud pectoral, la masa muscular de los hombros, el balanceo de los brazos y la flexión de la muñeca o los dedos, como se aprecia en la película de Patterson. Y todo ello mientras el embaucador se movía en apariencia con absoluta soltura, dando zancadas superiores a las de un hombre común.

La morfología facial indica que la criatura tenía situada la mandíbula inferior por debajo de la línea de los hombros, rasgo típico en los gorilas. A diferencia de los disfraces usuales, el sujeto de la filmación muestra una textura visiblemente irregular en la distribución corporal del pelo, con igual falta de uniformidad en su coloración y longitud. También en la espalda, piernas y brazos —además de la cabeza y cuello, como se comentó antes— se percibe el perfil de masas musculares situadas en los lugares adecuados y actuando de la manera debida. En general, el contorno de la figura filmada en Bluff Creek no se ajusta en absoluto al de un ser humano. Su masa corporal parece muy grande, y se desplaza con tal fluidez y donaire que se hace complicado atribuir ese efecto a un mero disfraz. Los músculos postizos, por ejemplo, habrían actuado como una restricción estática sobre el desplazamiento del sujeto embaucador. Por el contrario, la presencia visible de contracciones musculares, la libertad de movimientos y la cadencia del paso, abogan en conjunto por la tesis de un ser vivo genuino, sin artificios ni retoques añadidos.

Como en el caso de la huella fotografiada en el Himalaya por Shipton y Ward, nadie de cuantos han afirmado con frecuencia que

la filmación de Bluff Creek era una falsificación, han conseguido reproducir el mismo efecto visual con disfraces y caracterizaciones asequibles mediante técnicas modernas. Si fue un engaño, hubo de ser la mayor manipulación en la historia de los efectos especiales, hasta el punto de permanecer imbatida a lo largo de casi medio siglo. En este marco de asombro cobran su verdadera dimensión las palabras de John Napier al respecto:

… Quizás fue un hombre disfrazado con una piel de mono; en ese caso fue un engaño brillantemente ejecutado, y su desconocido perpetrador ocupará su lugar entre los grandes embaucadores del mundo. Tal vez fue la primera película de un nuevo tipo de homínido totalmente desconocido para la ciencia, en cuyo caso Roger Patterson merece figurar con Dubois, el descubridor del Pithecanthropus erectus u Hombre de Java; o con Raymond Dart de Johannesburgo, el hombre que presentó al mundo su inmediato ancestro prehumano, el Australopithecus africanus.

EL «HOMBRE DE LOS HIELOS». DE MINNESOTA

Las circunstancias que rodeaban el asunto de los bigfoot se complicaron todavía más con la aparición del «hombre de los hielos de Minnesota», una figura antropoide en el interior de un bloque de hielo que un tal Frank Hansen exhibía de forma itinerante a finales de los años sesenta, para contemplación de los curiosos que desearan abonar primero la módica cantidad de veinticinco centavos. Según Hansen, el misterioso cuerpo peludo pertenecía a un «hombre de la edad del hielo» que había aparecido en una fecha imprecisa en el estrecho de Bering dentro de un témpano de mil doscientos kilos. Tras un año de deambular por ferias y ciudades, atrayendo siempre verdaderas muchedumbres los naturalistas Bernard Heuvelmans e Ivan T. Sanderson, siempre interesados en la

investigación de animales presuntamente desconocidos, tuvieron noticia de la existencia de semejante criatura. El azar quiso que un herpetólogo de Milwaukee (Wisconsin), Terry Mullen, encrase primero en la furgoneta expositora y saliese después a toda prisa para telefonear a Sanderson. Éste, precavido ante la cantidad de fraudes que se había visto obligado a desenmascarar en sus investigaciones previas, no se decidió a indagar el caso hasta que las descripciones efectuadas por Mullen vencieron sus primeros recelos.

Ambos investigadores se desplazaron sin tardanza a la granja del propietario del monstruo, cerca de Winona (Minnesota), quien inicialmente consintió el estudio de aquel raro ejemplar. Los exámenes realizados al cuerpo congelado se realizaron los días 17 y 18 de diciembre de 1968 en condiciones difíciles, pues Sanderson hubo de trabajar recostado sobre el cristal superior del ataúd refrigerado —prácticamente cara a cara con el monstruo— para poder realizar los bocetos y dibujos del cadáver. Aquel ser tenía la forma de un macho humano adulto de unos 1,80 metros de estatura, cubierto de un pelo castaño oscuro de unos siete centímetros de longitud. Las partes visibles de la piel eran de un color blanco pálido. Las manos eran casi humanas excepto por unos pulgares excesivamente largos. Los pies medían 18 cm de anchura en la parte de los dedos; los meñiques eran casi tan grandes como los otros. Lo pies estaban cubiertos de un pelo denso, aunque los dos científicos observaron que manos y pies tenían más de humanos que de simio. El brazo izquierdo aparecía torpemente alzado hacia arriba, como en gesto de protegerse la cabeza, y se veía claramente que estaba fracturado a mitad de camino entre la muñeca y el codo. También el brazo derecho aparecía retorcido, con la palma abierta aplicada de plano sobre el abdomen.

Su rostro tenía una gran nariz chata, respingada, más semejante a la de un perro pequinés que a la de un gorila, con unas aberturas grandes y anchas apuntando directamente hacia arriba. La boca era ancha, sin labios visibles, y con unos dientecillos al descubierto. Unos dientes en nada similares a los de los chimpancés o los gorilas.

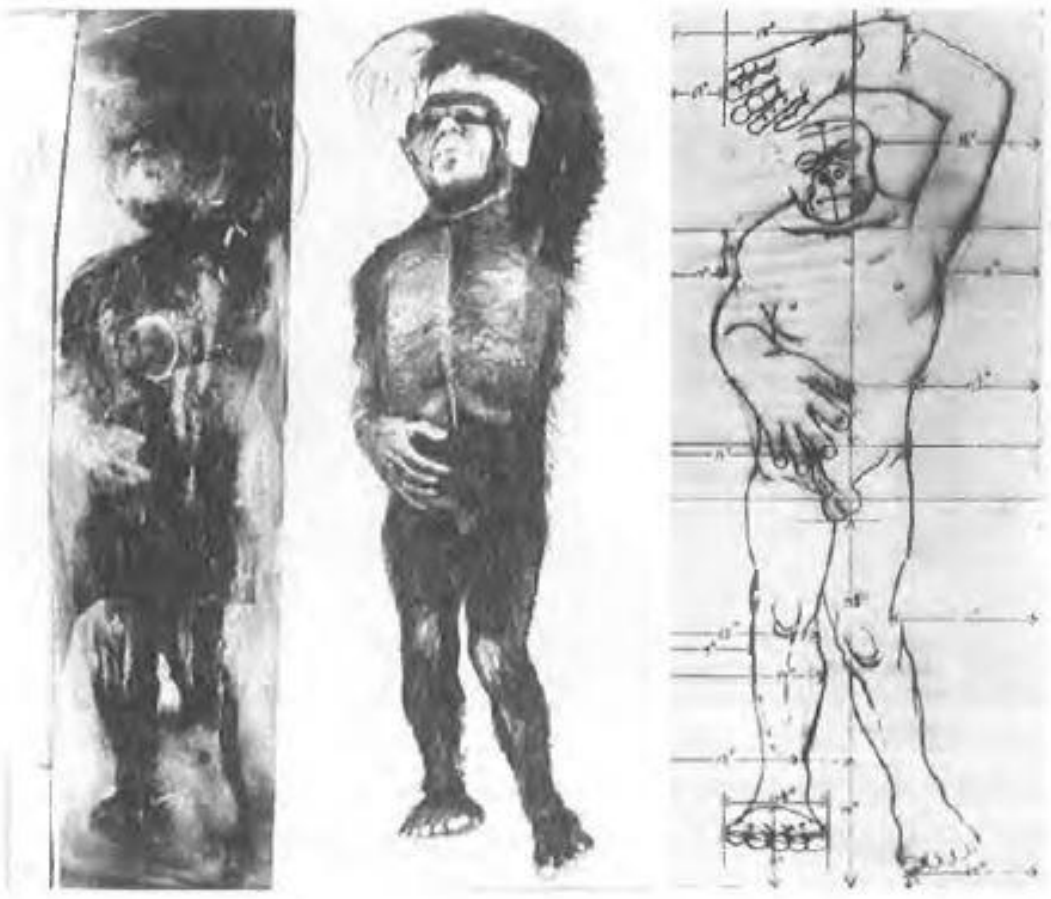
El cuello era tan corto que apenas existía. La cara y la frente estaban libres de pelo. «Al menos para mí —escribió Sanderson en 1969— los rasgos más interesantes son ciertos pliegues y arrugas alrededor de la boca, inmediatamente debajo de las mejillas. Son unas arrugas absolutamente humanas, análogas a las que se ven en un hombre blanco, antañón y de mandíbula desarrollada».

Fotografía del rostro del «hombre de los hielos» (izq.) junto a un dibujo figurativo de la misma (centro) (**Nota del editor digital: dicha imagen no figura en el libro original**)y a varias perspectivas de la cabeza (dcha.).

Al parecer alguien había disparado contra el ojo derecho de la criatura, porque el globo ocular colgaba fuera de su cuenca. Tal herida se debía, según explicó Hansen, a que lo habían matado de un balazo en ese ojo. También aparentaba haber recibido un disparo en el pecho, y Heuvelmans consideraba posible que hubiese sufrido un disparo en el brazo izquierdo cuando intentaba cubrirse con él. Ambos investigadores, y el geólogo Jack Ullrich, quien tuvo una

breve oportunidad de examinar el cuerpo, coincidieron en que el cadáver no tendría más allá de unos pocos años de antigüedad.

Junto con los dibujos y varias fotografías, Heuvelmans escribió un informe para el Real Instituto Belga de Ciencias Naturales titulado: «Nota preliminar sobre un espécimen conservado en hielo; un homínido viviente desconocido», ejemplar al que él mismo denominó *Homo pongoides* (hombre simiesco). En dicho informe se decía lo siguiente:



Fotografía (izq.) y dibujo (centro) y esquema anatómico (dcha.) del cuerpo en su totalidad.

A primera vista, este espécimen es representativo del hombre… De proporciones bastante regulares, aunque excesivamente

velludo… La piel es de color cera, propio del cadáver de un individuo de raza blanca cuya piel no esté tostada por el sol… El deterioro del occipucio [parte posterior de la cabeza] y la circunstancia de que los globos oculares se hayan desplazado de sus cuencas, habiendo desaparecido uno de ellos, indican que recibió en pleno rostro varios impactos de proyectiles de gran calibre. Uno de éstos perforó el cúbito [antebrazo], posiblemente cuando trataba de protegerse. Una segunda bala penetró en el ojo derecho, destrozándolo y desplazando parcialmente el izquierdo. De ahí la gran cavidad de la parte posterior del cráneo y el consiguiente resultado de muerte instantánea.

Las pesquisas sobre la naturaleza real de *bonzo* —apodo que Sanderson había impuesto al extraño ser— parecían marchar por buen camino, cuando dio comienzo una comedia de engaños y desmentidos propiciada con intenciones poco claras por el mismo Hansen. Las confusiones empezaron cuando el empresario declaró que él no era el dueño del monstruo, sino sólo su conservador. El auténtico propietario sería un anónimo millonario californiano que lo había adquirido en Hong Kong para luego trasladarlo por vía aérea a los Estados Unidos. Antes de ello, bozo había pasado sucesivamente por las manos de unos cazadores de focas soviéticos, unos balleneros japoneses y un comerciante chino hasta quedar en posesión del desconocido magnate de Hollywood, que había logrado transportarlo a Norteamérica tras numerosas peripecias aduaneras. El monstruo volvió a ser públicamente exhibido en 1969, mientras las indagaciones sobre su veracidad, ahora proseguidas por el doctor Napier, comenzaban a arrojar incómodas sombras sobre el asunto. En primer lugar, Hansen confió al secretario de la Institución Smithsoniana, S. Dillon Ripley, que la figura expuesta a partir de 1969 no era sino una fiel réplica en látex del original. Para mayor desconcierto, la prensa sensacionalista relacionó al «hombre de Minnesota» con la alucinante historia —a todas luces falsa— referida por una tal Helen Westring. Las declaraciones de esta mujer

aseguraban que había sido asaltada por un bigfoot en los bosques de Bemidji, Minnesota, del que hubo de defenderse a balazos para evitar ser violada. Uno de esos disparos alcanzó a su agresor en el ojo derecho, el mismo que aparecía deteriorado por herida de arma de fuego en los informes de Heuvelmans y Sanderson.

La Institución Smithsoniana solicitó permiso al excéntrico exhibidor para examinar con rayos xi el cuerpo congelado, cosa a la que éste se negó en redondo. En una extraña carta, Hansen aseguraba que el verdadero propietario del cuerpo no deseaba el tipo de publicidad que su propiedad estaba recibiendo, por lo que había resuelto exponer sólo una copia de látex. En esa misma misiva se facilitaba a la institución investigadora la dirección de un fabricante de muñecos, quien declaró haber elaborado tal réplica en abril de 1967. Lo curioso es que, entre tanto Sanderson y Heuvelmans habían localizado a otro especialista que afirmó tan categóricamente como el primero, y para que quedase constancia, que él había fabricado una copia en abril de 1969. Ambos modelistas solicitaron permanecer en el anonimato, pero el último de ellos dijo que así se lo había pedido el propio Frank Hansen.

Al poco tiempo el hombre del hielo se presentó de nuevo ante el público en Saint Paul (Minnesota), si bien en esta ocasión la furgoneta frigorífica contenía algo enteramente distinto a lo estudiado por Sanderson y Heuvelmans. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, Ripley solicitó al FBI la localización del cadáver auténtico inicialmente exhibido por Hansen, pero la agencia federal se negó a ello aduciendo que ninguna ley se había quebrantado para justificar su intervención. Ello no fue obstáculo para que el avispado empresario añadiese en su publicidad que el monstruo «estaba siendo investigado por el FBI». En Grand Rapids un equipo de *Time-Life* filmó una película, de la cual se desprendían notables disparidades entre el ejemplar expuesto en ese momento y el primeramente examinado por los dos criptozoólogos. Mientras el original sólo tenía un diente amarillento, por ejemplo, la réplica poseía por lo menos cuatro.

Tal avalancha de frivolidades e imposturas extinguió el interés de la Institución Smithsoniana por el hombre de los hielos, circunstancia que espoleó a Hansen para incrementar el nivel de sus disparates publicitarios, temeroso de que la despreocupación de los estamentos científicos restase popularidad e ingresos a su negocio. Ese debió ser el motivo de sus declaraciones a la revista *Saga* en 1970, donde —desmintiendo sus propias afirmaciones de años atrás— explicaba que había sido él mismo, y no Helen Westring, quien había dado muerte al monstruo en los bosques de Minnesota. El incidente tuvo lugar cuando cazaba en compañía de otros colegas de la fuerza aérea, al norte del estado. Tras abatir al humanoide peludo abandonó su cuerpo en la nieve, y dos meses después logró ocultarlo en la cámara frigorífica de su campamento. Siete años más tarde —siempre según la versión de Hansen— trasladó el cadáver a su granja y, sin que se supieran las causas, encargó una réplica en látex a unos especialistas de Hollywood. A partir de entonces exhibió alternativamente el original y la copia, según su conveniencia, engañando por igual a eruditos, prensa y público. Poco después Hansen desapareció con su ejemplar y nada más se volvió a saber del asunto[83].

¿NEANDERTHALES SUPERVIVIENTES?

La literatura europea primitiva también contiene numerosas referencias a los «hombres salvajes de los bosques», que se suponían escondidos en las espesuras de Francia, Alemania, Inglaterra y otros muchos países. Era entonces cuando el viejo continente gozaba de una foresta muy superior a la actual, y había grandes extensiones asilvestradas del mismo que apenas nadie atravesaba jamás. Se les describía como individuos altos y muy robustos, cubiertos casi enteramente de pelo, dotados de una agilidad notable, capaces de dar grandes saltos y de aventajar en la carrera a cualquier hombre corriente. Según el folclore irlandés

recogido entonces en la obra *The Bestiary*, estos *Homines sylvestres* «solían habitar chozas subterráneas inelegantes, vivían de vegetales y se negaban a mantener relación alguna con otros seres humanos… Por muy cariñosamente que se les tratase era imposible civilizarlos, porque se negaban a aceptar la ley y el orden. … Había un número casi infinito de esos seres en Irlanda». En las antiguas tradiciones a los hombres salvajes se les atribuía un temperamento lascivo, y se decía que abordaban a las mujeres que cruzaban solas los bosques, obligándolas a tener comercio carnal con ellos. Quizás estas referencias formen la base de las leyendas sobre sátiros y faunos, a los que los artistas representaron equivocadamente provistos de pezuñas, tal vez para acentuar su animalidad.

Una explicación sobre la naturaleza de por lo menos algunas de estas criaturas, se hallaría cuestionando la idea, universalmente admitida, de que los hombres de Neanderthal se extinguieron ante la llegada de los modernos Cromagnon hace 40 000 años. Algunas de las descripciones de que disponemos acerca de humanoides peludos y salvajes —como la del general Topilsky en el capítulo anterior— delatan, sobre la base de los conocimientos antropológicos actuales, una extraordinaria semejanza con la complexión atribuida a los neanderthalenses. La descripción del cráneo referida por el general soviético en 1925, por ejemplo, podría figurar en un manual de palentología. En esta dirección apuntaban las opiniones hechas públicas en 1950 por el profesor Boris Porsnev, director de la facultad de historia moderna de la universidad de Moscú. De acuerdo con su punto de vista, no podía descartarse sin más la posibilidad de que algunas poblaciones de neanderthalenses hubiesen sobrevivido a la extinción aisladas en las regiones más recónditas del planeta, como las grandes estepas y macizos montañosos de Siberia y el Cáucaso, el este de China y el norte de la India. Abundando aún más, Porsnev consideraba que el hombre salvaje denominado *almas* en Mongolia, no era más que un descendiente degenerado de sus antepasados neanderthales.

Hacia 1960 la hipótesis de Porsnev había ganado cierto predicamento como una conjetura atrevida, entre los círculos más avanzados de su disciplina. Esto ayudo a su continuadora, la doctora Jaen-Marie Koffman, instalase en el Cáucaso una base de operaciones desde la que pudo reconstruir las características de un almas según las descripciones de los pastores nómadas y los cultivadores de té. Un tercio de los datos recogidos resultó desechado por no ofrecer las necesarias garantías, pero el resto permitió elaborar un retrato satisfactorio de la especie investigada, ya que era fruto de las aportaciones más convincentes de testigos radicados en ambientes distintos y localidades diferentes. Así fue como en marzo de 1966 la doctora Koffman comunicó sus conclusiones a la Sociedad Geográfica de Moscú. En plena coincidencia con el relato del general Topilsky, el aspecto del almas incluía frente baja, estrecha y oblicua, nariz pequeña, plana y aplastada, mentón algo redondo, grueso y deprimido, y pómulos altos de tipo mongol.

El grupo de la doctora Koffman encontró, en el curso de sus rastreos por la zona, dos cuevas ocultas tras densos matorrales. Su peculiar contenido consistía en dos calabazas, ocho patatas, una mazorca de maíz mordisqueada, dos tercios de un girasol, moras y los restos de tres manzanas. En el mismo lugar los exploradores hallaron cuatro excrementos de caballo, que consideraron un complemento alimenticio en la dieta de los almas por su contenido en sal. En las proximidades había un campo de maíz, donde, según los testimonios de treinta personas, había sido vista una muchacha alma de unos dieciséis años. Al parecer, buscaba el maíz más dulce, pues había descartado algunas panojas en las que quedaron las marcas de sus dientes. La comparación de estas pruebas con el arco dentario humano demostró que su mandíbula era más larga; sus pisadas, por otra parte, evidenciaban un pie plano, descalzo y vuelto hacia adentro, como si tuviese las piernas arqueadas.

Apoyándose en estos trabajos, el profesor Pornev y sus colaboradores disiparon sus últimas dudas sobre la naturaleza de los

homínidos investigados. Es más, achacaron a neanderthales supervivientes el origen de las tradiciones sobre «hombres salvajes», profusamente mencionados en la literatura del occidente medieval, así como las leyendas griegas sobre faunos y sátiros. Pero ¿son realmente plausibles las teorías que atribuyen a los almas la identidad de hombres de Neanderthal? Los almas, parece ser, viven como trogloditas, se alimentan de desechos y no conocen vida social, mientras que los modernos hallazgos paleontológicos dejan pocas dudas sobre la habilidad de los neanderthalenses en la confección de herramientas, el uso del fuego, el curtido de las pieles con las que fabricaban vestidos, la construcción de sencillas viviendas, y el enterramiento de los muertos siguiendo un ritual preciso.

La respuesta de Porsnev a estas objeciones, que él mismo se había planteado, no tardó en llegar. A su juicio, el actual comportamiento primitivo de los almas se debía a una decadencia cultural ocasionada por la invasión de los Cromagnon. Sometidos a unas condiciones y ambientes desfavorables, los antiguos supervivientes de Neanderthal sufrieron un proceso de regresión que les abocó finalmente al estado casi salvaje en que se encuentran los almas del Cáucaso y Mongolia. Porsnev recordó al respecto lo sucedido con los vikingos de Groenlandia, los cuales, roto el contacto con sus bases de aprovisionamiento, perdieron casi completamente el dominio de las técnicas de forjado de metales antes de desaparecer.

El erudito soviético llamó «trogloditas» a los almas, estableciendo un paralelismo entre la forma en se servían de utensilios de piedra y el uso de maderas afiladas por parte de los simios actuales. Afirmó que sabían utilizar el fuego pero no encenderlo, que aprendieron a caminar erguidos porque al alimentarse de residuos tenían que servirse de las manos para transportarlos y desmenuzarlos, y que su cerebro se desarrolló porque la búsqueda de alimentos comportaba una serie de procesos intelectivos, como el hecho de decidir cuándo y dónde buscar las provisiones. Pero no eran «personas» en sentido

estricto, puesto que para hacer posible el desarrollo del psiquismo y el florecimiento de cualquier actividad cultural, signo de los rudimentos de la civilización, es necesaria la posesión del lenguaje. Según Porsnev, los neanderthales carecían de la facultad de la palabra, extremo éste en el que coincidía con otros estudiosos occidentales, quienes han llegado a la conclusión de que estos antepasados del hombre sólo eran capaces de articular un idioma de rudimentarios sonidos poco más refinado que el de los monos actuales.

Lo cierto es que no faltan indicios de estas criaturas semihumanas y asalvajadas en multitud de épocas y culturas diferentes. Un sátiro, o lo que se tomó por él, fue capturado en el año 86 a. C. y llevado a presencia del general romano Sila. Tenía el aspecto de un animal y su lenguaje era «un sonido intermedio entre el relincho de un caballo y el balido de una cabra». En el siglo X el escritor Arab Makdisi menciona una especie llamada *nasnas* en el pamir y en las regiones desérticas entre Kashmir, Tibet y China: «Son hombres semejantes a las bestias cubiertos de pelo en todas partes salvo en la cara».

Un testimonio proviniente del siglo XV es el del noble bávaro Hans Schiltberger, capturado por los turcos y entregado al príncipe mongol Egidu, quien le trasladó a una región de Mongolia occidental, probablemente la cordillera de Tien Shan. Tiempo después de su huida, Schiltberger escribió sobre su vida en cautividad:

En las montañas residen gentes salvajes que no tienen nada en común con el resto de los humanos. Todo su cuerpo está cubierto de pelo salvo las manos y la cara. Corretean por el monte como animales y se alimentan de hojas, hierbas, o de lo que encuentran. El amo del territorio ofreció a Egidi como presente una pareja de habitantes de los bosques, un macho y una hembra. Habían sido capturados junto a tres caballos sin domar, del tamaño de asnos.

Lo que confiere un intrigante aire de verosimilitud a la narración es precisamente esa referencia a los pequeños «caballos sin domar», descubiertos en 1871 por el explorador ruso Nikolai Przewlaski, del que recibieron el nombre (caballos Przewlaski).

En el siglo XII, Niami al Arudi insistía en que los nasnas, moradores de las llanuras del Turquestan, son «después del hombre, los animales más evolucionados y se le parecen en diversos aspectos: en primer lugar por la posición erecta, después por la forma de las uñas, y finalmente por la presencia de cabellos». Cien años más tarde, el filósofo luego canonizado Alberto Magno, narra la captura de dos habitantes peludos del bosque similares al hombre. En 1784, un niño salvaje atrapado en los bosques ribereños del mar Negro, fue examinado por el antropólogo Michael Wagener. Su estudio informaba de que los rasgos del muchacho eran muy primitivos: frente oblicua, arcos superciliares salientes, cuerpo muy peludo y andar torpe. Permaneció cautivo muchos años pero no aprendió a hablar ni a realizar trabajos. Y en 1910, el zoólogo Khakhlov refiere la captura en Kazahstan de un macho con frente oblicua, arcos supraciliares prominentes, mandíbulas macizas, nariz pequeña, orejas puntiagudas y un espeso pelaje rojizo en todo el cuerpo.

Pero la historia más desconcertante sobre las almas concierne a Zana, una hembra supuestamente capturada en una fecha imprecisa y retenida como esclava en una granja del Cáucaso durante el siglo XIX. En su edad adulta era propiedad de un tal Edgi Genaba, quien hubo de encerrarla en un corral de su granja junto al río Movki a causa de su extrema violencia e insociabilidad. Tan intratable resultaba que se limitaban a arrojarle la comida por encima de la valla para evitar todo contacto con ella. Al cabo de tres días de confinamiento su actitud se dulcificó hasta el punto de permitirle salir, y poco después pudo vagar en libertad por el prado. Su piel, cubierta de un vello negro rojizo, era de color marrón oscuro, y de su cabeza colgaba un mechón similar a una crin. Su cara se describe como aterradora, con una poderosa mandíbula dotada de largos

dientes, nariz chata, mejillas prominentes y ojos teñidos en sangre. Era grande y desusadamente fuerte, por lo que realizaba con facilidad las tareas domésticas que le encomendaban, aunque siempre al aire libre, pues no podía soportar las habitaciones caldeadas. Nunca aprendió a hablar, si bien balbuceaba ciertos sonidos, y pasaba gran parte de su tiempo frotando unas piedras redondas que golpeaba entre sí.

Al parecer, Zana había quedado embarazada en diversas ocasiones por acción de distintos individuos anónimos, tras lo cual daba a luz sin ayuda alguna y acudía al río para lavar a los recién nacidos. Como los primeros niños no resistieron la inmersión en agua fría, los lugareños comenzaron a quitarle los siguientes bebés para entregárselos a familias que los criasen. Esto permitió la supervivencia de varios de ellos, los cuales se diferenciaban poco de los demás niños —aprendían a hablar con normalidad— excepto por su piel muy morena y su carácter bravío. El hijo menor Khvit, había sido un granjero extremadamente fuerte, de trato difícil, salvaje y turbulento, pese a lo cual su aguda voz le procuró fama de buen cantante.

En 1964 el profesor Porsnev visitó la zona y habló con varios aldeanos centenarios que aún recordaban haber asistido a los funerales de Zana. Poco tiempo había pasado desde la muerte de Khvit cuando el científico ruso llegó al lugar, y ello le dio la ocasión de entrevistarse con dos de sus hijos, nietos de Zana por consiguiente. «Me quedé impresionado —escribió Porsnev— por su oscura piel y su apariencia negroide. Shalikula, uno de ellos, poseía unos músculos en la mandíbula increíblemente poderosos, y era capaz de levantar con sus dientes una silla con un hombre sentado encima». Los intentos del científico y sus colegas por encontrar los restos de Zana en el cementerio resultaron baldíos. No obstante, el apareamiento entre Zana y los lugareños aporta credibilidad a la tesis de su origen Neanderthal, pues al ser una subespecie muy cercana a la de los modernos humanos el cruzamiento entre ambas es del todo posible. Análogamente, la costumbre de entrechocar

unas piedras contra otras asociaría los hábitos de Zana con el manejo de pedernales comunes entre sus ancestros del pelistoceno.

En China central existe la leyenda del *yeren*, el «hombre salvaje», de características inquietantemente similares a los presuntos homínidos silvestres de Norteamérica. En 1954 un oficial chino contó a unos visitantes rusos que en las montañas occidentales de la provincia de Yunnan medraba una raza de subhumanos cubiertos de pelo. Unos años antes habían capturado uno y lo habían llevado a Kunming. A estas criaturas en ciertas regiones se les llama *Gin-Sung*, «hombres-osos», mientras que en otras se refieren a animales peludos gigantes conocidos allí por *Kra-Dhan y Bec-Boc*. Las tribus del desierto de Gobi y de Mongolia también los conocen sin sombra de duda, cosa asimismo reflejada en la literatura china antigua, en la que son frecuentes las menciones a esos «hombres peludos de las montañas».

Contamos asimismo con multitud de indicios sobre la existencia en las selvas del sudeste asiático de un humanoide extremadamente primitivo y de comportamiento animalesco. John MacKinnon, tras pasar más de diez años estudiando las costumbres de los orangutanes de Borneo, se topó un día casualmente con una huella que no encajaba en nada de cuanto conocía. La pisada era triangular, de unos quince centímetros de largo por diez de ancho. Los dedos presentaban un aspecto bastante humano, aunque la planta era demasiado corta y ancha. El dedo pulgar, que era abombado, se encontraba en la parte externa del pie. Al regresar a su campamento MacKinnon enseñó dibujos de la huella a los nativos y éstos la identificaron como perteneciente a un *batutut*, una tímida criatura nocturna que se sustenta de agua y caracoles. El batutut mide 1,20 metros camina erguido y tiene una melena negra. Otro tanto podría decirse del *orang pendek*, que vagaría por las selvas de Borneo, Java y Sumatra. La periodista Deborah Martyr lo buscó en el parque nacional sumatrés de Kerinci-Seblat, donde se dice que su dieta se compone de fruta, jengibre, termitas, cangrejos de río y crías de aves. Se trataría de una criatura escurridiza, que elude la

presencia humana abriéndose caminos propios en la espesura de la jungla.

Otro de los candidatos más recientes a la categoría de último Neanderthal vivo fue Azzo Bassou, descubierto en 1931 por la prensa local en el valle de Dadès al sur de Marrakech, cerca de la ciudad de Skoura. Sus paisanos lo describían como retrasado mental de modales primitivos que vivía en una cueva y sólo se alimentaba de carne cruda. Y en efecto parecía exhibir claros signos de microcefalia. En 1956, el escritor francés Jean Boullet se interesó por el caso de Azzo y consiguió fotografiarle, junto con el etnólogo Marcel Homet. Años más tarde, expedicionarios italianos de la «Associazione Studi Preistorici Internazionale», llegó al oasis de *Sidi* Fillah, donde el cacique de la aldea les advirtió de la muerte de Azzo y de la inviolabilidad de su tumba según las costumbres locales. También les relató que este individuo iba desnudo, utilizaba herramientas muy rudimentarias y sólo era capaz de articular un puñado de palabras, muchas de ellas ininteligibles. La expedición consiguió sin embargo localizar a dos supuestas hermanas o parientes de Azzo, llamadas Hisa y Recaía, que realizaban duros trabajos con inusual facilidad. Pese al relativo parecido físico con Azzo, su parentesco no pudo establecerse de modo fehaciente.

Dos de las pocas fotografías existentes de Azzo Bassou

LAS INCÓGNITAS PERMANECEN

Después de muchos años de estudios e investigaciones, el especialista Ivan E Sanderson concluye: «Yo creo que hay tres tipos principales, al menos, de hombres ultraprimitivos y/o subhomínidos, todavía existentes en la actualidad. Y diría que esos tipos son: primero, diversos tipos de pigmeos de composición casi humana, o completamente humana; segundo, tipos neanderthalianos que aún perduran en Eurasia oriental; y, tercero, algunas criaturas muy primitivas y grandes, casi absolutamente desprovistas de toda "cultura", se tome en el sentido que se quiera esta expresión, en la parte noroeste de Norteamérica, en América central —y quizás también en la del sur— en las altiplanicies Chinotibetanas y en Indochina. Luego, estoy más seguro todavía de que aún queda alguna otra cosa».

Sin embargo, es realmente irritante la ausencia de alguna prueba física mejor que las grandes pisadas más o menos nítidas halladas entre la foresta. Pese a los miles de años que, presuntamente, han de haber vivido estos homínidos en todos los lugares del mundo donde se apunta su existencia, no contamos todavía con el menor indicio material de ello. Hasta ahora no ha aparecido esqueleto alguno, ni un hueso, ni siquiera un puñado de dientes o algo semejante. Los cazadores, sin embargo, responden que no es tan fácil encontrar un cuerpo en lo más profundo del bosque, por donde cruza el hombre en escasas ocasiones, puesto que los cuerpos son devorados rápidamente por los carroñeros. La falta de osamentas también encuentra su explicación en las condiciones del terreno. Es un hecho reconocido que existen pocos fósiles procedentes de la costa norteamericana del Pacífico, pues su alto grado de acidez dificulta el proceso. Vistas así las cosas, y en favor del definitivo esclarecimiento científico del enigma, parece imperativo sacrificar una de esas criaturas por el primer cazador que tenga oportunidad de ello. Ahora bien, el sasquatch, o bigfoot, se halla específicamente protegido contra esta eventualidad por la legislación de varios condados estadounidenses.

Los pocos especialistas de prestigio que han consentido en interesarse por la posible veracidad de los bigfoot y sasquatch, realizaron a menudo su propia selección de casos especialmente persuasivos. En opinión de John Napier, el rastro encontrado en octubre de 1969 por Joe Rhodes cerca de Bossburg (estado de Washington), constituye uno de los indicios más convincentes sobre la realidad de estas criaturas. De acuerdo con los moldes extraídos, la anomalía anatómica de uno de los pies se ve compensada por cambios estructurales en el otro. Además, el conjunto de las huellas presenta la variabilidad esperable en un grupo de especímenes auténticos, pues las marcas realizadas con una plancha artificial resultarían siempre idénticas entre sí. Por su parte, Grover Krantz muestra su predilección por las marcas corporales dejadas sobre el barro en los prados de Skookum, en el Parque Nacional Forestal de Gifford Pinchot, al sur del estado de Washington, en septiembre de 2000. Los moldes de yeso allí obtenidos parecen revelar la silueta de un primate no identificado, opinión compartida también por el biólogo John Bindernagel y el primatólogo Jeff Meldrum.

La mayoría de las zonas del planeta donde se supone habitan los «hombres salvajes», los bosques han cambiado muy poco en el curso de milenios, constituyendo así el medio ambiente más adecuado para la persistencia de especies animales adaptadas a él. Y, como vimos en el capítulo anterior, varios entre los antepasados del hombre han sido escogidos para ocupar el hipotético puesto de yeti o de bigfoot. Intermedio entre los simios y los prehomínidos, por ejemplo, tenemos el *Gigantophitecus*, de cuya existencia pretérita sabemos gracias al hallazgo de mandíbulas y dientes fosilizados. Y si bien la mayoría de sus especies contemporáneas acabaron extinguiéndose, no todas corrieron esa suerte. Entre los supervivientes conocidos se cuentan el tapir y el célebre panda gigante, un tipo de oso extremadamente tímido y evasivo que mora en los bosques de bambú en la provincia china de Szechuan.

Además del *Gigantopithecus*, otros candidatos son el *Astralopithecus robustas*, el *Homo erectas* (en sus dos versiones

«hombre de Java» y «hombre de Pekín») y el *Neanderthal*. Cada uno de ellos presenta su propia lista de ventajas e inconvenientes. El *Gigantopithecus* debió estar mucho más cerca del simio que del humano arcaico, con una locomoción mayoritariamente cuadrúpeda más parecida a la de los gorilas modernos que a la del hombre actual. Los australopitecinos, más cercanos al ser humano, tampoco poseían condiciones para una bipedestación mucho mejor que la de un oso, lo cual excluye la posibilidad de que dejasen huellas nítidas a la largo de trechos largos, facultad atribuida tanto a los yetis como a sus parientes norteamericanos.

Por el contrario, el *Homo erectas* y el *Homo sapiens neanderthalis* ya se encuadraban ambos en el género humano, aunque bastante lejos de nosotros en sentido evolutivo. Y es precisamente su relativa sofisticación cultural —fabricaban utensilios de piedra y dominaban el fuego— lo que hace increíble pensar que sus descendientes correteando desnudos y asilvestrados por los prados del Himalaya y los bosques boreales de América del norte. Tamaña regresión cultural no ha sido conocida jamás en la historia humana. Todo ello sin contar con la más que probable posibilidad de que los ejemplares supervivientes de alguna de estas criaturas hubiesen evolucionado ellas mismas hasta diferenciarse notablemente de los tipos fósiles hoy conocidos. Resumiendo la cuestión con su habitual brillantez, John Napier, aseveraba[84]:

De todos los candidatos para ancestros del Bigfoot, las alegaciones del Gigantopithecus y del Paranthropus son con mucho las más poderosas. El Homo erectas y el hombre de Neanderthal son en conjunto demasiado avanzados hacia el grado de sapiens para merecer una consideración seria como antecedentes, aunque el último bien podría ser la fuente de las leyendas de los almas asiáticos. Si hemos de designar ancestros posibles para criaturas problemáticas, entonces el procedimiento debe ser internamente consistente. A partir de lo que sabemos de estas dos formas, cualquiera de ellas podría ser. El Gigantopithecus es considerado

generalmente como un simio aberrante, mientras al Paranthropus se le concede ser, al menos por algunas autoridades, un humano aberrante. Sería una solución sencilla ubicar el simiesco Gigantopithecus en el Himalaya y el más humanoide Paranthropus en Norteamérica, pero también sería rudamente acientífico.

La situación podría cambiar si se repiten experiencias como la efectuada en una cabaña de pesca junto al lago canadiense de Snelgrove, en Ontario, a cuatrocientos kilómetros al norte de Ottawa. Durante varios temporadas sucesivas la cabaña fue atacada y saqueada por lo que inicialmente se creyó un oso. Por ello en 2005 su propietario, Scott Mosbeck, dejó junto a la entrada una tabla de la cual sobresalían numerosos clavos puntiagudos, y algún merodeador cayó en la trampa a juzgar por los restos de pelo, piel y sangre que más tarde encontró en una parte de la tabla. Lamentablemente transcurrieron un par de años, con la madera y los restos biológicos en ella prendidos a al intemperie, hasta que la muestra fue examinada por Jeff Meldrum, antropólogo de la universidad de Idaho, y Curt Nelson, microbiólogo en la universidad de Minnesota.

El material biológico recogido en Snelgrove fue inicialmente analizadas por Todd Disotell en el laboratorio de microbiología de la universidad de Nueva York, con el fin de buscar moléculas de ADNcuyas secuencias pudiesen compararse con las de otras especies animales permitiendo así su identificación. En un primer momento no hubo resultados positivos; para su sorpresa, Disotell no logró detectar la presencia de ADN. En un segundo análisis realizado por Curt Nelson, se halló que trazas de la cubierta de galvanizado de los tornillos de la trampa, habían pasado a la muestra y actuaban inhibiendo la detección de ADN. Una vez retirado ese contaminante, el estudio proporcionó un resultado idéntico al ADN humano salvo por el polimorfismo de un nucleótido**[85]**, distinto del perteneciente al ser humano. La modificación de ese nucleótido, no obstante, también se encuentra en los chimpancés. Así pues, el ADN parece de

primate, pero de un primate que ni es totalmente humano ni enteramente no humano. Los grandes simios tienen un ADN semejante al humano en un 99% de su composición, o expresado más técnicamente, idéntico excepto por una diferencia de 35 pares de bases[86]. El ADN de Snelgrove, se diferencia en sólo un par de bases, lo que establece una probabilidad de uno entre 5000 de que sea ADN humano ordinario portador por azar de esa alteración.

El mal estado de la muestra, deteriorada con el paso y la acción de las inclemencias meteorológicas, impidieron un análisis más profundo. No se logró secuenciar otras regiones del ADN de Snelgrove, ni se puedo obtener siquiera un residuo de ADN mitocondrial. Todo ello evitó que el resultado de Nelson pudiera juzgarse definitivo e incontestable. Sin embargo, no era la única conclusión extraída de los restos recogidos en la cabaña de pesca. El biólogo Lynn Rogers, de Minnesota, examinó la estructura microscópica del pelo de Snelgrove y concluyó que no correspondía a ningún mamífero de América del norte: «A mí me pareció humano —afirmó Rogers— pero había dos grandes diferencias. Una era que visto al microscopio, no tenía médula. Y la otra es que el pelo mostraba un desgaste natural; no había sido cortado. Era como si proviniera de un humano salvaje».

Tal vez más adelante puedan obtenerse otras muestras biológicas como las de Snelgrove, y quizás entonces quede determinada de manera indiscutible la identidad genética de los yetis, bigfoot y sasquatch. En ese caso se harían realidad las especulativas palabras del tan citado John Napier[87]:

… Entre otras cosas habremos de rescribir la historia de la evolución humana. Tendremos que aceptar que el Homo sapiens no es el único producto vivo de la línea de los homínidos, y habremos de admitir que hay todavía grandes misterios por resolver en un mundo que pensábamos conocer tan bien.

10. Especies ignoradas

SI ALGUNA enseñanza debemos extraer de los capítulos anteriores es que el descubrimiento y caracterización de nuevas especies animales —que según parece todavía abundan— no es algo que finalizó con las aventuras de los primeros exploradores empeñados en expandir los límites del mundo conocido. Ya en 1812 el barón Geoges Couvier, un pionero en las ciencias naturales, se aventuró a afirmar que la posibilidad de descubrir una nueva especie de mamífero grande era muy remota. Su opinión pronto se vio desmentida por el hallazgo del tapir. Otro ejemplo aleccionador es el que nos ofrece la historia del «hipopótamo enano», un animal en cuya existencia los científicos se negaron a creer durante largo tiempo. Cuando en 1822 los primeros colonos occidentales (esclavos negros liberados procedentes de Estados Unidos) llegaron a Liberia escucharon los primeros relatos sobre una criatura parecida al cerdo que vivía en las selvas vírgenes.

Casi veinte años después, en 1841, llegó a manos del naturalista norteamericano Samuel G. Morton una colección de huesos de diversos mamíferos, recolectados para él por los colonos líberianos. De entre todas las piezas óseas, a Morton le llamó la atención lo que parecía ser el cráneo de un hipopótamo asombrosamente pequeño. Su perplejidad fue en aumento cuando supo por uno de sus proveedores que, efectivamente, en el interior de Liberia vivía un

hipopótamo del tamaño de una cabra. Morton y sus colegas no dudaron en incluirlo dentro de un nuevo género animal, pero al no recibir más noticias sobre el asunto con el paso del tiempo supusieron que se trataba de un animal ya extinguido[88].

Por fortuna para la biología, ése no era el caso, como se demostró cuando, en 1870, el parque zoológico de Dublín recibió desde Liberia un extraño cachorro de hipopótamo. A su llegada al parque pesaba quince kilogramos (mucho menos que un hipopótamo ordinario recién nacido), apenas mostraba interés por sumergirse en el agua, y, especialmente, pasaba el tiempo sin que se produjese el esperado crecimiento que lo convirtiese en una mole de carne de casi una tonelada. Finalmente, MacAllister, director del zoológico dublinés, hubo de rendirse a la evidencia y reconocer que su mini-hipopótamo pertenecía el género propuesto años antes por Morton.

Varias expediciones científicas realizadas a partir de entonces a territorio liberiano obtuvieron descripciones muy precisas del hábitat y costumbres del hipopótamo enano. Los nativos brindaron a los exploradores datos que nada habrían de envidiar a las de un naturalista moderno:

Su lugar favorito de residencia son los bosques y las zonas pantanosas. No le agradan los ríos, no vive en lugares limitados y, contrariamente al hipopótamo corriente, no sigue las mismas rutas en sus desplazamientos… Su forma de vida se parece a la del jabalí. No se reúne en grupos o manadas, y se alimenta de muy diversas hierbas y frutos.

Pero ni este lujo de detalles ni la presentación en el parque zoológico de Hagenbeck de otro hipopótamo enano convencieron a los zoólogos escépticos, quienes se aferraban a la idea de que en todo caso se trataba de un animal ya extinto.

Sin embargo, el tratante de fieras hamburgués Cari Hagenbeck no era del mismo parecer. La firmeza de su creencia logró persuadir

al gran explorador Han Schomburgk para que encabezase, en 1910, una expedición destinada a localizar y capturar uno de estos ejemplares en su medio ambiente natural. Las primeras semanas de la incursión de Schomburgk en plena selva se desarrollaron en medio de grandes penalidades y sin hallar el menor rastro de su objetivo. Y, así, cuando ya estaba a punto de darse por vencido, el explorador se encontró con uno de estos minúsculos hipopótamos en un claro de la jungla, cuando el animal se aproximaba a un río para beber. Tampoco ante el testimonio de Schomburgk rebajaron su incredulidad los escépticos, por lo que se hizo necesaria una segunda expedición en la que ya se capturaron cinco hipopótamos enanos vivos, lo cual saldó definitivamente la polémica. De un modo u otro, la sucesión de acontecimientos que condujeron finalmente al hallazgo del hipopótamo enano ilustra a la perfección hasta qué punto resulta verosímil la existencia de fauna todavía por descubrir en zonas más o menos aisladas del planeta.

ENTRE LA REALIDAD Y LA LEYENDA

A decir verdad, no faltan en nuestro mundo regiones agrestes y remotas en las que muy raramente se aventura a internarse el ser humano. Los tepuis, por ejemplo, inmensas mesetas espesamente arboladas que se levantan unos tres mil metros sobre el nivel de la selva tropical en la cuenca del Orinoco, son algunos de rales parajes. Considerados como fragmentos del continente Gondwana (parte meridional del supercontinente originario, Pangea, que agrupaba todas las tierras emergidas) y con una antigüedad de 180 millones de años, adquirieron su estado actual hace unos 20 millones de años por efecto del desgaste sufrido por la erosión de la meseta calcárea de Roraima. Muy escasas son las zonas de los tepuis enteramente exploradas, y las que lo han sido no dejaron de colmar las expectativas de los investigadores; unas 5000 variedades endémicas de plantas se caracterizaron en sus repliegues montañosos.

Lugares como los tepuis venezolanos abonan las esperanzas de quienes se dedican a la búsqueda de grandes animales todavía desconocidos. Y tanto podría darse tal caso con especies genuinamente nuevas —el bunyip australiano o el oso nandi de Kenia, por ejemplo— como con otras que se suponía extintas —el lobo marsupial, digamos, o la vaca marina de Steller. Uno de los posibles candidatos al primer grupo sería el *mapinguari*, un presunto cíclope de pelo rojizo y boca en el vientre que habitaría en ciertas regiones del Amazonas. Algunos pueblos indígenas aportan una información cuando menos controvertida sobre las características y costumbres de estos animales. De acuerdo con sus relatos, el mapinguari acometería fieramente a sus víctimas usando la boca de su vientre para morderles y arrancarles la cabeza. Y si en algún momento decide darse a la fuga, cubriría su retirada exhalando una nube de gas pestilente.

Hacia el año 1985, el biólogo norteamericano David Oren tuvo las primeras noticias de esta poco corriente criatura, y no tardó en decidirse a investigar su pretendida existencia. Tras recopilar cientos de testimonios de personas que aseguraban haberlo visto, Oren supone que se trata de un ser de dos o tres metros de estatura y unos doscientos setenta kilos de peso, posiblemente relacionado con el extinto oso perezoso gigante. También en opinión de este investigador, una posible glándula capaz de segregar excreciones situada en su vientre, explicaría el mito de la boca en el mismo lugar de su anatomía. Como las noticias que obtuvo de los indígenas indicaban que, en marzo, el mapinguari desciende de las montañas hasta la ribera del Amazonas, Oren se pertrechó con rifles de dardos narcóticos y máscaras antigás para darle caza. Apoyado por un equipo de diez indios, recorrió durante un mes la selva del estado brasileño de Acre, próximo a la frontera peruana, sin lograr su objetivo.

Uno de los candidatos abiertamente identificados con el mapinguari es —como se ha dicho ya— el *Megatherium*, oso perezoso gigante que habitaba en los bosques sudamericanos hace

unos 10 000 años. Estos descomunales herbívoros, que con seis metros de altura se consideran los mayores ejemplares de su especie que jamás hayan existido, no vivían en las copas de los árboles como sus actuales congéneres de dos y tres dedos, sino que se erguían sobre sus patas traseras para alcanzar los frutos de los que se alimentaban. La protección contra ataques enemigos le provenía de unas placas óseas distribuidas en su piel. Esas mismas placas fueron las encontradas en 1895 por el explorador alemán Herman Eberhard en un trozo de piel curtida de aspecto bastante fresco en el interior de una caverna en la Patagonia. La presencia de las características placas de la especie extinguida podría desmentir la desaparición del perezoso gigante. Más tarde, varias excavaciones sistemáticas permitieron desenterrar otros huesos, así como una capa de metro y medio de heces en perfecto estado de conservación y restos de hojas y hierbas.

Recreación del posible aspecto del inapinguari.

No todas las especies por descubrir, si existen realmente, han de poseer un aspecto tan amenazador como el del mapinguari. Algunas de ellas no resultarían más que variedades especiales de otras ya conocidas. Ese parece ser el caso del gato onza real, el fabuloso felino del rey azteca Moctezuma. Según refieren las crónicas de los conquistadores, este soberano del Nuevo Mundo disfrutaba en su capital, Tenochritlán, de un jaularío donde albergaba una muestra de todas las especies animales de sus dominios. Esta majestuosa colección zoológica fue visitada por Hernán Cortés y sus soldados en 1519. Los escritos de Bernal Díaz del Castillo enumeraron después

animales como «un extraño toro mexicano con melena de león, joroba de camello y hombros redondos», el cual conocemos hoy con el nombre de bisonte. También vio allí un jaguar (al que llamó «tigre»), un puma (o «león de montaña») y un *cuitlamiztli* (al que Díaz del Castillo también denominó «león»), que por las descripciones debía ser similar a un lobo.

Este último era el tipo peculiar de felino al que los españoles llamaron *onza*. El jesuíta alemán Ignaz Pfefferkorn, misionero durante el siglo XVIII en el estado mexicano de Sonora, lo menciona diciendo que «… se asemeja a un puma. Sin embargo, su cuerpo es más alargado, de complexión mucho menor, sobre todo en el tronco. Sus patas son más cortas pero su tórax más ancho. No constaté diferencia alguna en el color». Esta descripción encaja perfectamente con la de diversos animales altos y esbeltos, similares al puma pero notoriamente diferentes de él, abatidos en el siglo XX por los cazadores de Sierra Madre.

En octubre de 1985, Richard Greenwell —director de la Sociedad Internacional de Criptozoología, en Tucson, Arizona— dio con el cráneo de un supuesto onza real cazado diez años antes cerca de la localidad de Rancheros, en el estado mexicano de Sinaola. Dadas las pertinentes instrucciones a los lugareños para que le avisasen de volver a suceder algo así, la espera resultó breve ya que en enero del año siguiente un cazador cobró de nuevo una de estas escurridizas piezas. Atendiendo a los deseos de Greenwell, el cadáver del animal se congeló dieciséis horas después de su muerte. Tal precaución permitió que el ejemplar se hallase en las mejores condiciones cuando fue examinado un mes más tarde por Troy Best, experto en pumas, y el propio Greenwell.

Las observaciones anatómicas revelaron que se trataba de un grácil felino dotado de unas patas, orejas y cola de longitudes bastante superiores a las habituales en un puma, mucho más macizo y robusto. En las patas delanteras del presunto onza, podía apreciarse una serie de pequeñas rayas horizontales ausentes en los pumas ordinarios. Aquel ejemplar pesaba tan sólo veintisiete kilos,

mientras que las hembras del puma pesan entre treinta y sesenta. La autopsia puso de manifiesto que era un individuo sano y exento de parásitos. No obstante, los análisis bioquímicos realizados por el Instituto Nacional del Cáncer de Washington, no mostraron diferencia alguna entre el supuesto onza real y el puma corriente.

La solución del enigma del gato onza real llegó gracias a los esfuerzos del matrimonio formado por Paul y Lena Bottriell, quienes, a mediados de la década de 1980, vendieron todo lo que tenían —incluso su casa— para lanzarse tras la pista de un animal legendario, muy feroz, con rayas en su piel, parecido a un tigre y que convive con los onzas ordinarios. «El onza normal —explica Paul Bottriell— es conocido desde hace 5000 años. El Kublai Khan tenía un millar en sus jaulas, y se han hecho pinturas y se han decorado paredes con su imagen. Todos los onzas conocidos son moteados y durante cinco milenios no ha habido diferencias entre ellos. Pero de súbito, en los últimos cincuenta años, nos encontramos en el sur de África con un onza que tiene la piel rayada y es completamente diferente». Los Bottriel alquilaron un globo para observar silenciosamente sobre la maleza hasta que, en la frontera con Mozambique, dieron con su presa.

«Por fin, en el Parque Kruger —detalla Lena— encontramos un gato onza real vivo. Llevaba aquí muchos años sin ser visto por nadie. No había sido fotografiado ni filmado con anterioridad». En la película tomada por la pareja de investigadores se observa a un gato onza rayado, claramente distinguible de sus congéneres moteados ordinarios. Las conjeturas barajadas para justificar su existencia abarcan desde la hipótesis de una mutación, que hubiese producido ese extraño dibujo en la piel en el curso de muy pocas generaciones, hasta la posibilidad de que sea una especie que ha evitado siempre al hombre y que habita en el área de Rhodcsia-Sudáfrica-Mozambique.

La mayoría de los criptozoólogos piensan que el onza representa una nueva subespecie de puma (*Puma concolor*), o quizás una especie enteramente nueva de felino. El especialista alemán en

mamíferos Helmut Hemmer sugirió incluso que el onza podía relacionarse con la extinta especie del guepardo americano prehistórico *Miracinonyx trumani*[89].

La pervivencia de grandes felinos presuntamente extinguidos no se agota únicamente en hallazgo del onza. Hace miles de años los antecesores de los actuales tigres pasearon por la Tierra su impresionante aspecto, armados con imponentes colmillos de sable. Hoy, algunos buscadores de animales misteriosos creen que estos grupos taxonómicos pueden no haber desaparecido. El leopardo sable sudamericano y el leopardo puñal de África, son dos de los criptoanimales pertenecientes a este género. En esta línea se suele citar el caso del lobo de Tasmania (*Thylacinus cynocephalus*). Esta especie australiana de lobo marsupial tiene su parte posterior adornada con manchas similares a las de los tigres, cinco dedos en cada pata y sus huellas son completamente distintas a las de cualquier otro felino o cánido.

También las junglas de Oceanía preservan sus propios secretos, como el del «dragón de Nueva Guinea», una especie de lagarto capaz de matar grandes perros, que puede alcanzar entre siete y quince metros. En 1979 se cazó un ejemplar de dos metros a las orillas del río Fly, lo cual animó al naturalista lan Redmond a indagar sobre la posible existencia de especímenes mucho más desarrollados:

Delimitamos con estacas unos charcos de agua. El lagarto tenía que venir a beber todos los días, por lo que decidimos escondernos en el lecho del río, junto a uno de los charcos, justo por debajo del nivel del suelo del bosque. Un día estábamos un compañero y yo alejados unos noventa metros. Yo estaba sentado junto a un charco y mi compañero junto a otro; llevábamos allí varias horas y no pasaba nada. Eran las diez de la mañana cuando oí pasos; en el suelo del bosque hay muchas hojas y se escucha muy fácilmente el chasquido más leve. Si se oye el reptar de un lagarto suena como algo que se arrastra, y no como pasos. Por eso pensé que sería mi

compañero jugando a intentar caer sobre mí. No sé, pero parecían ruidos muy cautelosos. Naturalmente decidí echar un vistazo en ese momento. Como cada vez los ruidos se oían más cerca, quise saber si eran los pasos de una persona o de un animal. Me incorporé silenciosamente; mis ojos llegaban al borde de la orilla. A unos tres metros había un tronco, y por encima de él vi asomándose una gran cabeza de lagarto. No pude ver el cuerpo pero le vi la cabeza y los hombros. Eran mucho más grandes que los de cualquier lagarto que hubiese visto antes, así que me agaché para coger mi cámara y entonces el lagarto desapareció.

El continente africano alberga otros misterios ecológicos además de los relacionados con los posibles descendientes de los dinosaurios. En las planicies del este, sobre todo en Kenia, se ha visto un asombroso animal que los lugareños llama *chemosit*, similar a un simio pero del tamaño de un búfalo. Los colonos ingleses lo llamaban "oso nandi" y podría tratarse de una especie de papión gigante, pues según algunos relatos su ferocidad nada tiene que envidiar a la de este agresivo mono. Y en la región de Tanzania más próxima al lago Tanganika se habla del *mngwa*, un extraño felino rayado de tamaño semejante o superior al de un león y de una ferocidad todavía mayor. Es por ello que constituye el terror de los nativos, pues dicen que quienes topan con él acaban destrozados por sus fauces y garras.

«EL DISCUTIDO MONO DE LOYS».

Otro de los animales de cuya realidad es todavía objeto de polémica, entró en los anales zoológicos con el nombre de *mono de Loys*. La historia de su descubrimiento es tan dramática como intrigante. En 1920 aparecieron cuatro personajes demacrados y desesperados saliendo de la jungla de Maracaibo, en Venezuela. Era lo que quedaba de una expedición compuesta por veinte intrépidos

europeos que se había dirigido al río Catatumbo tres años antes. Los demás habían muerto víctimas de las fiebres, las fieras o las flechas envenenadas de los indios motilones. Uno de los supervivientes, el geólogo suizo François De Loys, aún conservaba una fotografía extraordinaria que iba a provocar gran división entre los zoólogos a partir de entonces. En ella se apreciaba el cuerpo sin vida de un simio de entre 1,5 y 1,7 metros de altura, sentado sobre una lata de combustible y con el mentón apuntalado por una estaca para sujetar la cabeza erguida.

De acuerdo con el relato de De Loys, los miembros de la expedición se encontraban no lejos del río cuando vieron de improviso «dos grandes simios avanzando hacia ellos presas de un furor incontenible. Caminaban erectos agarrándose a los matorrales, y eran por lo menos medio metro más altos que los más grandes monos americanos conocidos». Gritaban y se agitaban arrancando ramas que blandían como armas, hasta que alcanzaron tal grado de furia como para defecar sobre sus propias manos y utilizar las heces como hediondos proyectiles contra los perplejos intrusos. En ese momento uno de los exploradores abrió fuego y abatió a la hembra, de la cual se obtuvo la discutida fotografía[90].

¿Era realmente un simio desconocido lo que De Loys había fotografiado? La respuesta debía ser afirmativa a juicio de Georges Montandon, el más prestigiosos zoólogo francosuizo de la época, cuyas consideraciones sobre la extraña criatura provocaron un gran revuelo en los medios académicos europeos[91]. Lo denominó como *Ameranthropoides loysi*, que significa «antropoide americano Loys», o mono de Loys, teniendo en cuenta que en el continente americano no se sabía de la existencia de monos antropomorfos, si bien se conocen muchas especies de monos platirrinos que no superan el metro de altura. Por el contrario, su encarnizado adversario del otro lado del canal, el británico *sir* Arthur Kay, miembro de la Royal Society, rechazó la noticia calificándola de «patraña absurda». Con encarnizada vehemencia, Kay afirmó que la imagen correspondía a un mono-araña sudamericano, pero con la cola cortada o escondida.

Montandon no se dejó intimidar y le pidió a un primo suyo, que trabajaba en la Standard Oil, en Tucsa (Oklahoma), que le enviase un contenedor igual al que servía de asiento al simio en la fotografía. Sobre el recipiente puso Montandon un mono-araña de estatura media y después un francés de estatura normal. La comparación entre las fotografías tomadas de ese modo, sugieren que el mono de De Loys era alrededor de metro y medio más alto que el mono-araña. Además, De Loys insistió en que aquel animal tenía 32 dientes en su boca, cuando la mayoría de los monos del Nuevo Mundo poseen 36, y carecía de cola.

La polémica fotografía obtenida por De Loys en 1920.

Es un hecho que las historias sobre grandes monos desconocidos de aspecto antropomorfo, se remontan muchos años atrás en Sudamérica. El explorador *sir* Walter Raleigh reflejaba en sus escritos, a finales del siglo XVI, la creencia local de que en esos lugares vivían humanoides salvajes de pelo erizado: «Por mi parte yo no los vi, pero estoy convencido de que tanta gente no podía ponerse de acuerdo para premeditar un testimonio de ese tipo». Es más, en 1931 un equipo de antropólogos italianos se internó en la selva de la Guayaría británica, y regresó con narraciones de testigos oculares que hablaban de criaturas sorprendentemente similares a la fotografiada por De Loys[92]. Sin embargo, persiste el interrogante fundamental: ¿por qué un geólogo suizo, poco interesado en zoología, iba a molestarse en trucar una fotografía después de ver morir a sus compañeros —él se salvó por poco— enfebrecidos o asesinados? Estas consideraciones prestan un notable poder de persuasión al testimonio de De Loys, unidas al hecho de que la historia no se hizo pública hasta que Montandon halló la fotografía por casualidad y persuadió a su amigo de que la publicase. Fue entonces, el 5 de junio de 1929, cuando De Loys expuso su relato en las páginas del diario *The Illustrated London News*[93].

La inmensa mayoría de los zoólogos opina que todo el asunto fue una falsificación urdida o bien por De Loys o por el propio Montandon, cuyas ideas racistas le habían llevado a postular qué continente vio evolucionar su población humana de forma independiente a partir de un tipo distinto de primate. Así, los asiáticos descenderían de los orangutanes, los africanos de los gorilas, y el mono de Loys sería eslabón perdido a partir del cual habrían surgido los nativos americanos[94]. Dejando a un lado su finalidad discriminatoria, y con independencia del juicio moral que nos merezcan, pocas interpretaciones de la evolución biológica pueden ser más aberrantes y disparatadas que la de Montandon.

Algunos criptozoólogos —pocos, justo es decirlo— siguen manteniendo que el *Ameranthropoides loysi* no es un mono-araña

normal[95]:

El examen de la foto [sic] revela una extraña, pero lógica, mezcla de características de distintos géneros. La nariz chata, con los orificios ampliamente separados y proyectados hacia fuera, es característica de los monos del Nuevo Mundo… Otras características que sugieren poderosamente un mono-araña son los bordes redondos que circundan las cavidades oculares, la longitud del pelo, así como los extremadamente largos dedos de manos y pies. Por otro lado, muchas de sus características contradicen tal identificación… Comparado con otros simios antropoides, el cuerpo de la criatura es como el de un gibón, pero sus extremidades y sus reducidos pulgares se parecen más a los de un orangután. La característica más extraordinaria reside en la forma de la cabeza. Los monos-araña tienen una cabeza nítidamente triangular, con un pronunciado prognatismo. La cara de la criatura es ovalada, con su mitad inferior mucho más maciza, y con mandíbulas más poderosas que las de un mono-araña. La criatura tiene asimismo poco o ningún prognatismo… Aunque muchos monos del Nuevo Mundo tienden a presentar una frente más prominente que los monos del Viejo Mundo, ninguno la tiene tan desarrollada como la frente de esta criatura.

A la izquierda máscara ritual de los indios Koskimo, en la costa noroeste de América; en el centro el rostro del «mono de Loys», y a la derecha la cara de un mono-araña.

En fecha tan tardía como 1998, todavía seguía viva la polémica a través del artículo publicado en la revista científica venezolana *Interciencia* por Ángel Vitoria, franco Urbani y Bernardo Urbani[96]. En un trabajo magníficamente documentado, los autores pasan revista a las derivaciones sociales y científicas del caso, trazando un interesante retrato biográfico de François De Loys, de quien dicen —con buen sentido— que «resulta difícil suponer que un hombre de ciencia, caracterizado por su espíritu emprendedor, seriedad y alto sentido de la responsabilidad, haya intentado de manera premeditada el forjamiento de un fraude, por el mero hecho de alcanzar popularidad o renombre». Finalmente concluyen observando, también con acierto, que una justa condena de los prejuicios ideológicos de Montandon debe desligarse del debate sobre la genuina existencia de la criatura fotografiada por De Loys.

En esa misma publicación apareció posteriormente una carta al director de los mismo autores —Viloria, Urbani y Urbani— donde se recogía el testimonio de un médico venezolano, el Dr. Enrique Tejera, que había conocido personalmente a De Loys y decía haber asistido a la sesión fotográfica de la mascota fallecida del geólogo suizo, a partir de la cual se originó la polémica[97]. Tejera calificaba a De Loys de «bromista» y declaraba que al morir el mono que éste poseía —un ejemplar al que se había amputado su cola enferma— lo fotografió sobre una caja de embalaje con un platanal al fondo. Todo parece indicar que fue Montandon quien pensó en utilizar la fotografía para apoyar sus ideas sobre el origen independiente de la especie humana en cada continente y que De Loys —por una cortesía mal entendida— consintió en respaldar su historia. En su carta, dirigida en 1962 al director del diario *El Universal*, Guillermo José Schael, Tejera puntualiza la verdadera identidad del animal:

… Cualquier ignaro de la región de Perijá haría con seguridad el diagnóstico de ese mono ahí fotografiado. Allá lo llaman Marimonda. Como ése hay muchos allí… Además, si al hacer un género y especie nueva de este mono el naturalista ha hecho una buena descripción

del simio, seguro que habrá descrito el cráneo y bastará compararlo con la especie «marimonda» para saber que ése es su verdadero nombre y no uno basado sobre un mito.

El testimonio de Enrique Tejera no alcanzó la difusión que hubiese merecido por la magnitud de sus revelaciones. En ellas se cuenta, por ejemplo, que ya en 1919 Montandon había tratado de utilizar la fotografía como prueba de sus delirantes teorías evolutivas. Esto introduce una interesantísima matización sobre las fechas, porque significa que las referencias a 1920 como el año del presunto suceso, revelado nueve años después, serían una reconstrucción posterior llevada a cabo con el ánimo de aumentar la verosimilitud del relato. Curiosamente, Heuvelmans parecía desconocer la carta de Tejera, pues en las primeras ediciones de su libro *Tras la pista de animales desconocidos* da crédito a la autenticidad del «mono de Loys». Más adelante cambió de opinión, pero siguió sin mencionar al médico venezolano.

SERPIENTES MONSTRUOSAS

Las mayores serpientes conocidas hasta la fecha, que se subdividen en las familias de boas y pitones, miden algo más de seis metros de largo y su grosor es el de un neumático de automóvil grande. La anaconda sudamericana, por ejemplo, se alimenta de aves acuáticas, grandes peces, pequeños caimanes y algunos mamíferos acuáticos. La fuerza de estos reptiles es enorme —a los más grandes de entre ellos, les resultaría fácil estrujar el tórax de un ser humano— y, aunque no es venenosa, sus numerosos y curvados dientes hacen especialmente peligrosa su mordedura. En general, ninguna de estas grandes serpientes tiene tendencia a atacar al hombre, a menos que se sienta agredida por él o lo confunda con una de sus presas. No obstante, las anacondas gigantes (*Sucuriju gigante*) con más de 18 metros de longitud, son protagonistas

habituales en las leyendas de la cuenca del Amazonas. Igualmente, se afirma haber visto pitones de hasta doce metros reptando en las selvas de la India, Bangladesh y Thailandia.

Desde la época de la colonización española se conocen relatos de los primeros exploradores europeos referidos a serpientes gigantes, llamadas coloquialmente «come-toros» por su tremenda capacidad de deglución. Algunos informes conceden al animal una longitud de hasta veintiséis metros, mayor incluso que la abatida por el coronel Percy Fawcett, enviado a trazar mapas del Amazonas a comienzos del siglo XX. Como oficial de los Reales Ingenieros británicos, acostumbraba a anotar detalladamente los sucesos en que participaba, y así dejo escrito en su diario:

Tomé mi rifle conforme la criatura comenzaba a subir por el banco y reventé una bala del 0,44 en su espinazo. De inmediato hubo un chorro de espuma y varios pesados impactos contra la quilla de la embarcación, sacudiéndonos como si nos hubiésemos metido en un buen lío. Pusimos pie en tierra y nos aproximamos a la criatura con precaución. Hasta el punto en que fue posible medirla, una longitud de 45 pies [13,7 metros] quedaba fuera del agua y 17 pies (5,2 metros) permanecían sumergidos, haciendo una longitud total de 62 pies [19 metros]. Su cuerpo no era grueso, no más de 12 pulgadas [30,48 cm] en diámetro, pero probablemente había estado largo tiempo sin comer.

Fotografía de una supuesta anaconda gigante brasileña a la que se atribuye una longitud de 35 metros.

En 1925, el Padre Víctor Heinz declaró haber visto una de esas serpientes monstruosas —seguramente una anaconda— en el río Negro, un afluente del río Amazonas. Según afirmó después, la porción visible del animal medía al menos 24 metros y su cuerpo era tan grueso como un barril de petróleo. Se movía dejando tras ella una estela tan ancha como el propio río. Heuvelmans también refiere el encuentro entre una colosal serpiente y un grupo de exploradores franceses y brasileños:

Vimos la serpiente dormida en una gran extensión de hierba. Inmediatamente abrimos fuego sobre ella. Trató de alzarse por entero en medio de sus convulsiones, pero la emprendimos con ella y acabamos rematándola. Sólo entonces nos dimos cuenta de lo enorme que era… Lo que me impactó fue su enorme cabeza, un

triángulo de casi 24 pulgadas [60 cm] por 20 [50,8 cm]… La criatura estaba bien por encima de los 23 metros.

En zoología, los testimonios meramente verbales no se juzgan de valor probatorio; se requiere un cadáver o evidencias materiales de mayor peso para admitir la existencia de un nuevo tipo de animal. Por desgracia, como cuestión de principio parece muy difícil, no ya recorrer la pluviselva amazónica, sino hacerlo cargando un cuerpo de 25 metros de longitud y varias toneladas de peso. Quizás por ello más que los restos materiales abundan las imágenes fotográficas, como la que encabezaba la edición del 24 de enero de 1948, con el asombroso titular «Una anaconda que pesaba 5 toneladas», en el periódico *El Diario*, de Pernambuco (Brasil). La fotografía mostraba parte del cuerpo de una anaconda presuntamente capturada por unos indios mientras dormía tras haber medio digerido un toro. Según la noticia, aquel ofidio medía la escalofriante longitud de 39 metros. Pero eso no fue todo; cuatro meses después, el periódico de Río denominado *A Noite Illustrada*, exhibió la imagen de una anaconda cazada por el ejército que supuestamente media 35 metros. Dado que ninguna de las dos fotografías mostraba un objeto de referencia con respecto al cual establecer la escala de tamaños de los ofidios, tampoco estos sucesos contaron como pruebas.

Hasta el momento la mayor longitud oficialmente reconocida de una serpiente, corresponde a los 9,75 metros de una pitón reticulada muerta en la isla Sulawesi de Indonesia en 1912. Para superar esa marca hemos de remontarnos a la *Titanoboa cerrejonensis*, un reptil de más de 13 metros de largo y 1,25 toneladas de peso que se arrastró amenazadoramente por el suelo de nuestro mundo hace 60 millones de años. Tal vez en algún momento se demuestre la realidad de ejemplares como la «Sucuriju gigante», ante la cual la *Titanoboa* hubiese parecido una humilde lombriz.

Una gigantesca anaconda fue muerta a principios del siglo XX en el Amazonas. Según un periódico de Río de Janeiro, medía 43 metros. Otra, de dimensiones igualmente descomunales, encontró

su fin poco después en la vecindad del río Mokichaku, en Brasil. En el siglo XIX, las crónicas locales hablan de la intervención del ejército para dar muerte a una serpiente de unos 35 metros que salió del río Oyapoc, en Laos. Pero es de Africa, en la zona del Congo, de donde provienen las pruebas fehacientes sobre la existencia de estos colosales ofidios. Uno de ellos se enfrentó al piloto belga de helicópteros Remy van Lierde cuando volvía de una misión durante el conflicto de Katanga (Congo), en 1959.

La serpiente gigante de Katanga fotografiada por van Lierde en 1959.

«Como llevaba una cámara abordo —relata el capitán van Lierde— decidí hacer varias pasadas sobre el agujero donde estaba la serpiente. Di cuatro o cinco pasadas sobre ella. Llevaba pilotando de cuatro a cinco años, y tenía mucha experiencia en medir cosas desde el aire. Así que diría que aquella serpiente tenía casi diecisiete metros; seguro que mediría esos metros. Se movía en su agujero;

era de color verde oscuro, muy verde, parduzco, con el vientre blanco. Descendí hasta unos ocho o diez metros, y la serpiente se incorporó unos tres metros. La vi muy cerca y muy bien. Su cabeza tenía el aspecto de una gran cabeza de caballo, con quijadas largas y triangulares. Estaba levantada hacia mí. Estoy convencido de que si hubiera estado a su nivel, me habría atacado. Diría que su vientre tenía una anchura de al menos setenta centímetros y una longitud de un metro. Se hubiera podido tragar a un hombre sin esfuerzo». Ésta es una de las raras ocasiones en las que disponemos de testigos expertos y fotografías excelentes. El análisis de las imágenes ampliadas sugiere que el animal mediría, al menos, catorce metros. Aun a falta de pruebas físicas tangibles, pues, no cabe dudar seriamente de la existencia real de serpientes monstruosas.

LAS MARAVILLAS ECOLÓGICAS DE INDOCHINA

Una de las más ricas y variadas faunas del planeta, muchas de cuyas especies aún permanecen ignoradas por los expertos, es la que ocultan las frondosas selvas de Indochina. Cuando el herpetólogo Bob Murphy y el entomólogo Dough Currie, del Real Museo de Ontario, regresaron de su viaje investigador a la pluviselva de Vietnam, en 1996, el resultado fue, como en viajes anteriores, una cascada de descubrimientos acerca de vida salvaje jamás observada con anterioridad. «Vietnam es un increíble e inexplorado país —dijo Murphy. No sólo hemos descubierto nuevas especies, sino que las especies que ya creíamos conocer y entender se comportan de maneras enteramente inesperadas, viviendo en áreas donde no deberían encontrarse o exhibiendo extraños hábitos y características físicas. Vietnam es un gran misterio para nosotros, es el sueño de un científico hecho realidad».

Allí es donde se encontró el Sao La, un raro animal de cornamenta afilada —denominado *Pseudo-órix nghetinhensis* por los

científicos— descubierto en Vietnam, en el bosque de Vu Quang, provincia de Ha Tihn. Alertados por los singulares cráneos en poder de los indígenas de la zona, en mayo de 1992 el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) y el Ministerio Forestal vietnamita organizaron una expedición que se adentró en el parque natural de Vu Quang, en la provincia de Ha Tinh, cerca de la frontera con Laos.

Sin embargo, el Sao La, también llamado «buey de Vu Quang» por los lugareños, demostró gran habilidad para ocultarse de los investigadores. Así, hubo de esperarse dos años hasta la captura de una hembra joven de esta nueva especie. Emparentado con las vacas y no con los antílopes como podría parecer por su aspecto, el nombre Sao La significa en lengua vietnamita «huso de tejer», en clara referencia a sus dos grandes cuernos. Hasta hoy sólo se han contabilizado veinte ejemplares de este peculiar mamífero, en cuya protección han invertido cuantiosas sumas países como Holanda y Suiza. Afortunadamente, la comunidad internacional no ha permanecido ajena a esta clase de acontecimientos biológicos. De ahí el alborozo con que fue acogida en 1997 la noticia que informaba de la presencia de más ejemplares de Sao La en diversos parajes de la provincia de Thua Thién-Hué, Nghe An y Dak Lak.

También en las junglas del sudeste asiático se ha podido reconstruir —partiendo de restos óseos y pelaje— la taxonomía y el aspecto aproximado del munjack gigante, emparentado con el ciervo labrador, y del que sólo se han podido recuperar testuces. Al parecer, su color era marrón rojizo en el rostro, patas y espalda, mientras que su cola era marrón por encima y blanca por debajo. Testigos oculares señalan su presencia en la reserva forestal de Vu Quang, así como en Nghe An y Dak Lak. Ello sugiere que el *Megamuntiacus vuquangensis* se encuentra distribuido por un territorio más amplio que el inicialmente supuesto. Otra nueva variante del munjack, *Muntiacus trungsonensis*, ha sido identificada en las profundidades de la espesa foresta —duramente dañada por la guerra— de Quang Tri, en Viet- nam central.

En el valle de Chu Mom Ray todavía existen helechos gigantes del mismo tipo que contemplaron y consumieron los grandes dinosaurios. Por ello no resulta demasiado sorprendente que en lugares como ésos se haya detectado la presencia de animales supuestamente desaparecidos. Ése es el caso, por ejemplo, del faisán de Edwards, *Ga Lung* para los nativos. El macho muestra unos contrastados colores rojo, blanco, y un azul oscuro casi negro; la hembra posee un color marrón menos destacado. Este faisán Vo Quy (*Lophura hatinhensis*) es una especie que se consideraba extinguida desde 1928. Sin embargo, dos ejemplares vivos fueron avistados en el parque nacional vietnamita de Vak Moh, y hoy se crían con éxito en cautividad en el zoológico de Hanoi.

Al de la guerra de Vietnam, en 1975, la entonces Unión Soviética estableció convenios de investigación con el gobierno Vietnamita para la determinación del impacto medioambiental del conflicto bélico. En la actualidad el programa investigador continúa, y su mantenimiento es hoy responsabilidad del gobierno ruso. El profesor Viatcheslav Rozhnov, miembro de la Academia Rusa de las Ciencias, es un zoólogo especializado en carnívoros y descubridor de algunas especies nuevas en Vietnam. Una de ellas es un nuevo tipo de vivérrido, un carnívoro emparentado con las jinetas silvestres de Occidente.

El Dr. Vladimir Skolov, director de la Academia Rusa, opina que: «en Indochina queda mucho por descubrir, sobre todo en cuestión de escarabajos y mariposas». Si advertimos que se estima en un millón de billones la población mundial de insectos, y que 5/6 de todas las especies catalogadas están constituidas por estos animales, resultará difícil discutir la opinión del Dr. Sokolov. En la reserva forestal de Tam Dao, por ejemplo, es endémica la curiosa termita nasuda, del color de la miel, que recibe su nombre por el apéndice afilado que adorna su cabeza, o un tipo de excepcional «milpiés» de hasta un metro de longitud.

Por si todo ello fuese poco, el doctor Ha Dinh Duc, de la Universidad Nacional de Hanoi, informó que un colega suyo en la

universidad de Hue investiga la existencia de un animal desconocido semejante a una cabra en la provincia de Thua Thien. El doctor Pham Nhat, de la universidad de Xuan Mai, halló dos inusuales especies de algalia en la provincia de Lao Cai, en el lejano noroeste, y un nuevo bóvido —*Pseudonovibos spiralis*— ha sido descrito en la zona fronteriza entre Vietnam y Camboya.

EL «HOMBRE SALVAJE». DE VIETNAM

No todas las especies todavía por catalogar en las selvas de Indochina parecen pertenecer al grupo de los insectos o los mamíferos cuadrúpedos. Algo de ello sugiere, por ejemplo, la comunicación realizada en 1947 por un colono francés, Jules Harrois, registrando el avistamiento de un «hombres salvaje» entre las minorías étnicas banhar y sedang. Ese pretendido hombre-mono era ya conocido por estas tribus desde mucho tiempo atrás, y se le denominaba Nguoi-Rung, equivalente a la voz malaya Orang Utan. En ambos casos el término significa «hombre de la selva», pero los vietnamitas siempre han señalado muy claramente la diferencia existente entre el simio orangután y el hombre salvaje mencionado por ellos.

Que tal diferencia existe es al menos lo que creen los doctores Vo Qui y Tran HongViet, de la universidad de Hanoi (Vietnam). El profesor Vo Qui, galardonado en 1993 por el Fondo Mundial para la Conservación de la Naturaleza, afirma:

Nosotros comenzamos a investigar sobre el «hombre de la selva» en 1974, durante la guerra. En ese momento, tuvimos noticias de que en la zona de Thay Nguyen, en el centro de Vietnam, mucha gente conocía la existencia de un animal extraño al que consideraban una especie de hombre selvático. Entonces nos desplazamos allí para realizar investigaciones, pero fue una lástima porque la zona estaba en guerra y no conseguimos lograr grandes

resultados… Después de la guerra viajamos a Sa Tháy y al área de Dac Tó para investigar la presencia de un hombre primitivo en la jungla. Allí, muchos nativos nos contaron historias impresionantes sobre un ser misterioso con aspecto de hombre y animal. No pudimos verlo aunque hicimos numerosas incursiones en las selvas de los alrededores para investigar estos hechos. Sin embargo, encontramos huellas que demuestran la presencia de un animal extraño en la zona de Sa Tháy y Thay Nguyen, pensando, claro está, en el hombre de la selva.

Así opina también el doctor Viet, colega académico y colaborador del doctor Vo Qui, cuando especula con la posibilidad de que un ancestro menos evolucionado del hombre resista todavía atrincherado en las selvas de la provincia de Kon Tum, donde el gobierno vietnamita planea establecer un gran parque nacional en torno a la montaña Ngoc-Linh:

Cuando vimos esa huella tuvimos mucha suerte porque ese mismo día había muchos rastros similares, pero los que estaban sobre tierra seca eran huellas de pie muy superficiales, excepto la que nosotros fotografiamos. Después de tres horas de lluvia la tierra se reblandeció, y la huella marcada sobre ella quedó profundamente impresa en el suelo, unos 1,5 centímetros aproximadamente. La pisada estaba muy clara, incluso los pliegues del pie. Con esta huella podemos calcular el peso y la talla del hombre salvaje. La estimación realizada coincide con las informaciones procedentes de los nativos. Mide entre 1,8 y 1,9 metros, y pesa más de 100 kilos. Pese a todo, no podemos saber de momento qué especie es. Yo creo que el hombre selvático de Vietnam es una forma humana muy primitiva, más antigua que otras formas conocidas.

En la aldea de Da Sanh, provincia de Kon Tum, la realidad de los hombres salvajes es un hecho admitido tan corriente como la de las cabras y los cerdos que vagan por las granjas del vecindario.

Cualquier anciano cuenta multitud de detalles sobre tales seres: «Son muy parecidos a nosotros, aunque corren mucho más. Se alimentan de pequeños animales y plantas, y la huella de su pie es tan grande como la de un hombre». Los *oui*, como los lugareños les llaman, están cubiertos de pelo largo por todo el cuerpo, incluso en la cara. No atacan, y cuando ven al hombre —quizás con buen criterio— huyen inmediatamente. Son muy reticentes a dejarse ver, pero tampoco deben ser asustadizos porque sus huellas se han visto en caminos muy transitados de la selva. Se les ve sólo por casualidad, pues su olfato es muy sensible y si perciben algo fuera de lo habitual se dan a la fuga de inmediato. Parecen ser muy fieros y se desplazan en grupos de dos o tres individuos. Comen animales y vegetales crudos, lo que hace suponer que debieron verse perjudicados por el avance de la guerra contra los Estados Unidos. El agente naranja empleado para la deforestación por los norteamericanos, acabó con extensas áreas de la selva, y ello hubo de afectar seriamente a estos seres salvajes.

En las repercusiones que la guerra de Vietnam tuvo sobre los hombres selváticos tal vez se halle la solución al enigma del «hombre de los hielos de Minnesota» expuesto en el capítulo anterior. Para entenderlo hemos de trasladarnos a la ciudad de Pléy Ku, provincia de Gia Lai, que durante el conflicto fue cuartel general de la segunda región militar norteamericana en territorio sudvietnamita. Allí vive el periodista Vu Quang Ving, quien se ha encargado de reunir durante muchos años una abultada cantidad de informes y casos. Como el que refiere, por ejemplo, la captura por estos seres ele un oficial vietnamita en 1968, del que no se volvió a saber jamás. O el de la mujer secuestrada en Dác Su durante tres años; cuando regresó a penas sabía hablar y se había vuelto muy insociable. Este reportero tiene restringidos sus contactos con los periodistas extranjeros, ya que el gobierno de Vietnam considera este asunto como secreto de Estado. Y tal vez sea porque Vu Quang Ving posee indicios de que un hombre salvaje murió durante la guerra y fue trasladado subrepticiamente a los Estados Unidos.

Sus datos señalan que en la provincia de Dak Lak, en 1968, un destacamento norteamericano hirió y capturó con vida a un hombre de la selva durante sus labores de rastreo en busca de guerrilleros norvietnamitas. Trasladado a Saigón para recibir cuidados, acabó muriendo dos semanas después, aunque este extremo es menos preciso. Aquel periodo de la conflagración se caracterizó por el elevado número de pérdidas en ambos bandos y, del lado norteamericano, por la repatriación de sus bajas a millares. En uno de esos transportes rutinarios, al parecer, abandonó Vietnam clandestinamente, como si fuese un cadáver humano más, el cuerpo sin vida de aquel ser primitivo y misterioso abatido en la jungla de Dak Lak. Curiosamente, pocos meses después de tales sucesos fue cuando Frank Hansen, cx-piloto de helicópteros en la guerra de Vietnam, comenzó sus giras de exhibición del insólito «hombre de los hielos» en su Minnesota natal. Los exámenes forenses —como se vio en el capítulo precedente— dictaminaron que el ejemplar había fallecido por efecto de un arma de fuego. En concreto, se detectó una herida de bala en la cavidad ocular derecha producida por un proyectil que le había deformado la base del cráneo. Sin causarle la muerte instantánea, y ocasionada por armamento común en el ejército de los Estados Unidos, esa herida había permitido sin duda su captura en fechas no muy anteriores a sus primeras exhibiciones.

¿Fue un «hombre salvaje» vietnamita el ejemplar no identificado que se expuso en las ferias de Wisconsin, Minnesota y Chicago, después examinado por Heuvelmans y Sanderson? No son pocos los que coinciden con esta opinión. Así lo suscribe, por ejemplo, el doctor Helmut Loofs-Wissowa, de la Universidad Nacional de Australia, quien piensa que al menos algunos de los casos atribuidos a yctis y hombres salvajes en todo el globo, pueden deberse a remanentes aún con vida de antepasados evolutivos de la humanidad. Acaso nunca lo sepamos con absoluta certeza, especialmente tras haber perdido la pista de Frank Hansen y su inusual pertenencia. Quizás si el FBI hubiese decidido a requisarle el cuerpo sin vida que tan ruidosamente exponía, hoy estaría resuelto,

al menos en parte, uno de los mayores enigmas antropológicos del siglo XX.

El asunto del hombre salvaje vietnamita recobró actualidad cuando, en 1997, un equipo de reporteros de Televisión Española se trasladó a aquel país para rodar una serie de documentales sobre la naturaleza salvaje de sus más indómitos territorios, titulados *Vietnam, el país del agua*. En el curso de sus trabajos los reporteros españoles hallaron una extraña huella, cuya fotografía a escala presentaron al paleontólogo Emilio Aguirre, de la universidad Complutense de Madrid. Éste se mostró muy desconcertado por su parecido con una huella humana, salvo por ciertos detalles significativos. En primer lugar, se apreciaba la marca producida por una especie de almohadilla central, característica en las plantas de los pies de animales adaptados al suelo de la selva, y no a la vida arborícola del orangután. Las señales evidentes de garras en la huellas también sorprendieron al profesor Aguirre, pues correspondían a primates muy antiguos y poco evolucionados. Este dato, así como el talón desarrollado, se asemejaba más a la huella de un oso, aunque era obvio el contorno humanoide de la pisada. El detalle del talón evidenciaba que su dueño caminaba erguido, y la escasez de espacio entre los dedos delataba la extrema pilosidad del pie.

EL ORANG-PENDEK DE SUMATRA Y EL YEREN CHINO

Asombrosamente, se diría que casi cada país asiático posee su propia tradición folclórica sobre la existencia de «hombres salvajes», refugiados en la más profunda espesura de sus junglas. Uno de los más célebres habita en apartadas regiones montañosas de Sumatra, y recibe el nombre *Orang-Pendek* (traducible como «gente pequeña del bosque»). A diferencia del orangután, cuyo nombre ha pasado a todas las lenguas del mundo a partir de la voz nativa *Orang-Utan* («gente de la jungla»), los indonesios no consideran que estas

criaturas sean auténticos animales, sino tan sólo otro tipo de personas, de menor estatura y menos civilizadas. Se dice que vive la mayor parte del tiempo sobre el suelo (aunque pueda eventualmente desplazarse por las copas de los árboles), camina sobre dos piernas, en todo el cuerpo posee una corta capa de pelo de color marrón grisáceo, y su altura máxima llega a 1,50 metros.

Las noticias documentadas sobre su existencia se remontan al menos cien años atrás, gracias a los testimonios de indígenas, colonos holandeses, científicos occidentales, exploradores y viajeros ocasionales. En la última década del siglo XX, los avistamientos del Orang-Pendek aumentaron en la provincia de Kerinci, en Sumatra central, así como en el área limítrofe del parque nacional de Kerinci-Seblat. La investigadora estadounidense Debbie Martyr ha dedicado unos veinte años al estudio del problema, entrevistando a cientos de testigos y recogiendo por la selva moldes en yeso de las pisadas de esta criatura. También afirma haber visto ella misma en más de una ocasión al Orang-Pendek**[98]**:

… Usualmente con no más de 85 ó 90 centímetros de altura —aunque en ocasiones llega a 1,20 metros. El cuerpo está cubierto por una capa de pelo gris oscuro. Pero es la manifiesta potencia física del Orang-Pendek lo que más impresiona a los lugareños de Kerinci. Allí hablan en especial de sus anchos hombros, su macizo pecho y abdomen superior, y de sus poderosos brazos. El animal es tan fuerte que los habitantes locales dicen que podría arrancar de raíz un árbol pequeño… Las piernas, en comparación, son cortas y delgadas, los pies pequeños y de contornos bien definidos, vueltos hacia fuera en un ángulo de hasta 45 grados. La cabeza desciende hacia la espalda formando una cresta— como en los gorilas— y parece haber un arco óseo sobre las cuencas oculares. Pero la boca es pequeña y nítida, los ojos se sitúan bien separados y la nariz es distintivamente humanoide. Cuando se atemoriza, el animal enseña los dientes —revelando unos incisivos marcadamente anchos y unos largos y prominentes caninos.

Los moldes de huellas recogidos en la jungla por los británicos Adam Davies, Andrew Sanderson y Keith Townley, fueron analizados por expertos entre los años 2001 y 2003. El primatólogo de la universidad de Cambridge David Chivers comparó las reproducciones con las huellas conocidas de otros primates y con diversos animales de la fauna local, lo que le permitió concluir:

… El molde obtenido de la huella es definitivamente de un mono con una mezcla única de rasgos de gibón, orangután, chimpancé y humano. Tras un examen más avanzado la huella no coincidió con la de ninguna especie conocida de primate, y puede concluir que esto apunta hacia la existencia de un gran primate desconocido en los bosques de Sumatra.

También el antiguo folclore chino contiene numerosas referencias a criaturas humanoides, peludas y salvajes, asentadas en una extensa zona montañosa de China central al noroeste de la provincia de Hubei, entre las demarcaciones de Quinling, Bashan y Shennongjia. Una de las más documentadas observaciones de los *Yeren*, como se conocieron estos seres en uno de los dialectos locales, procede de Wang Zelin, un biólogo chino graduado por la Northwestern University de Chicago, que regresó a su país a comienzos de la segunda guerra mundial. Entre septiembre y octubre de 1940 se encontraba viajando desde Baoji a Tianshui atravesando la ciudad de Jiangluo, cuando al recorrer la planicie de Niangniang se vio sobresaltada por el ruido de unos disparos. Wang Zelin aproximó su automóvil hasta donde la multitud se arremolinaba alrededor de lo que parecía ser un homínido abatido y su flamante cazador**[99]**:

… Pudimos ver que el «hombre salvaje» estaba ya muerto por los disparos y yacía en el arcén de la carretera. El cuerpo conservaba todavía su flexibilidad, con una estatura era muy elevada, aproximadamente 2 metros. Todo el cuerpo se hallaba cubierto por

una gruesa capa de pelo rojo-grisáceo que era muy denso y de un cun [3,8 cm] de longitud. Ya que yacía tendido boca abajo, el más inquisitivo de mis acompañantes le dio la vuelta para tener una mejor visión. Resultó ser una madre con un gran par de pechos, con los pezones muy enrojecidos como si hubiese dado a luz recientemente. El pelo en la cara era más corto. El rostro era estrecho con los ojos hundidos, en tanto que sobresalían los labios y los huesos de las mejillas. El cabello era más o menos un chi de largo [unos 30 cm] y desordenado. La apariencia era muy similar a la del modelo en yeso de una hembra del Hombre de Peking [la variedad china del Homo erectas]. No obstante, su cabello parecía ser más largo y grueso que el del modelo de hombre-mono. Era fea, debido a sus protuberantes labios.

Según los lugareños, dos de esos seres —probablemente un macho y una hembra— habían estado rondando por los alrededores durante más de un mes. Poseían una gran fuerza, eran muy altos y con frecuencia caminaban erguidos. También eran raudos en sus movimientos, y podían desenvolverse con la misma soltura tanto en los llanos como en los terrenos escarpados. Parecían no tener lenguaje, sin otra facultad que la de aullar. Los testimonios de este género abundan de manera muy notable, y aun hoy, por motivos no bien esclarecidos, el gobierno chino mantiene el asunto de los hombres salvajes bajo estricta confidencialidad.

¿UN GUSANO DENTADO?

En un entorno tan aparentemente cercano y familiar para el hombre occidental como las cordilleras centroeuropeas, parece esconderse otro de los escurridizos misterios en cuya persecución siguen los criptozoólogos. Se trataría en este caso del legendario *tatzelwurm* (en alemán «gusano con garras»). Hay vagas referencias suyas a lo largo de más de un siglo en los Alpes suizos y austríacos, sí bien la

historia de este fantástico animal se extiende asimismo por tierras de Alemania, Dinamarca y Hungría[100]. Los cuentos tradicionales lo describen como un dragón montañés con cabeza de gato y protuberancias puntiagudas en su espalda, el típico perfil dentado en forma de borde de sierra que todo dragón que se precie ha de llevar en su lomo. Otros informes indican que el animal posee un cuerpo serpentiforme de entre 0,5 y 2 metros de largo, con dos patas delanteras dotadas de garras, pero sin patas traseras. Suele imputársele una notable hostilidad cuando se siente incomodado por la presencia humana, de la cual puede defenderse expeliendo vapores ponzoñosos[101].

La presunta fotografía de un tatzelwurm, debida a Balkin, en 1934.

El primer avistamiento que se recuerda ocurrió en 1779, cuando un tal Hans Fuchs se vio ante dos de estas alucinantes criaturas. Tan grande fue su espanto que poco después murió de un ataque al corazón, no sin antes haber revelado a los miembros de su familia la terrible experiencia. En 1828, un campesino encontró el cadáver medio descompuesto de lo que creyó un tatzelwurm. Tras avisar al médico local se decidió enviar los restos a la universidad de Heidelberg, donde finalmente se perdió la pista del inusitado hallazgo. Sin embargo, en 1934 un fotógrafo suizo llamado Balkin dijo haber obtenido una imagen de la criatura cuando por azar fotografiaba lo que él suponía un tronco de curioso aspecto. Cuál no sería su sorpresa cuando contempló que el presunto tronco cobraba vida y adquiría el aspecto amenazador de un agresivo reptil. Superado por la situación, el suizo se dio a la fuga presa del pánico. Al revelar poco después la fotografía, observó atónito la imagen de un animal desconocido que, de inmediato, identificó con el legendario tatzelwurm.

La historia, sin embargo, carece de mayores referencias bibliográficas, la filiación del tal Balkin resulta muy discutible, e incluso la mayoría de los criptozoólogos considera falsa su fotografía. No obstante, todavía en 1970 el periódico suizo *La Tribune de Genève* publicó un artículo de Georges Hardy sobre esta mítica criatura. Los más osados asocian estas leyendas con una posible variedad alpina hasta hoy desconocida del anfibio mexicano ajolote (*Ambystoma mexicanum*), aunque, obviamente, ninguna de estas especulaciones ha podido probarse.

LO QUE EL MAR NOS OCULTA

En 1976, la marina de los Estados Unidos atrapó un enorme tiburón desconocido, del cual tan sólo sus amenazadoras fauces pesaban ya casi una tonelada. En noviembre de mismo año se pescó en las playas de Hawai el primer ejemplar del pez denominado *Megaboca*,

con cuatro metros de longitud. Desde entonces se han capturado en Estados Unidos, Australia, Japón, Senegal y Brasil otros ejemplares de este desmesurado pez, que pese a su sobrecogedor aspecto se alimenta de plancton. El último espécimen apareció en las cercanías del acuario de Toba, en Japón, el primero de mayo de 1997. Iodo ello constituye una buena muestra de los enigmas que todavía encierra para nosotros la casi inacabable riqueza de la fauna oceánica. Esta impresión de permanente incógnita se robusteció con la aparición del increíble «monstruo de Tasmania» en julio de 1960. En las playas de la isla de Tasmania, al sur de Australia, embarrancó por aquellas fechas un extraño cuerpo de 7 metros de largo, 6 de ancho, y una altura máxima de metro y medio en su centro. No parecía poseer contener huesos, ni espinas, ni parte dura alguna, sino más bien estar constituida de un material duro y fibroso. Sin apariencia de poseer esqueleto, ni ojos, ni boca, se hallaba cubierto de una especie de pelliza lanuginosa.

La difícil situación en la que quedó varado sobre la playa (la lengua de tierra en la que estaba era de muy complicado acceso, y además las olas contribuían a cubrirlo paulatinamente de arena) impidió un estudio completo de aquel extraño ser. De hecho, no fue sino hasta marzo de 1962 cuando los científicos de la universidad de Hobart localizaron desde el aire el lugar exacto de su emplazamiento y enviaron un equipo terrestre de investigación. El naturalista Bruce Molí ison, uno de los pocos que pudo examinarlo de cerca, confesó posteriormente su desconcierto: «Su carne, de color marfil, es como goma, pero no precisamente como ese material. Tampoco parece carne en el sentido clásico de la palabra, ni pulpa de fruto. Es algo que se sale de todos los esquemas». Los restos extraídos de aquella masa globular, trasladados después en helicóptero para su análisis, dieron lugar a un informe oficial en el que se decía que provenían de «un fragmento de materia grasa en descomposición, probablemente perteneciente a una ballena». Sin embargo, otros biólogos que habían tenido la oportunidad de examinar aquel enigmático cuerpo de cerca consideraron muy poco creíble semejante explicación.

El profesor A. M. Clark, director del Instituto Zoológico de Hobart, manifestó su creencia de que se trataba de una especie desconocida hasta el momento, mientras un zoólogo de Melbourne se decidió a identificarlo como un ejemplar de un grupo extinto. Según este último autor, el cuerpo de la criatura habría sido aprisionado por los hielos millones de años atrás, siendo restituido al mar tras fundirse su gélida mazmorra. Finalmente, el juego de las corrientes habría trasladado el cuerpo hasta las costas australianas.

La aparición en las playas de restos inclasificables posee una larga historia. Una mole maciza de color rosado llegó flotando hasta la costa de San Agustín (Florida) el primero de diciembre de 1896. El profesor A. E. Verrill, que se encargó de examinar aquella masa indefinible, constató que su longitud era de casi seis metros y medio, dos de anchura y uno y medio de altura. Verrill calculó un peso de siete toneladas para lo que parecía ser el cadáver de una criatura desconocida, que no se correspondían, desde luego, con los de un pulpo o una ballena. A este respecto, el *New York Herald* del 2 de diciembre de ese mismo año, informaba: "La piel es de un color rosa pálido, casi blanco, y a la luz del sol tiene un aspecto plateado. Su dureza es desacostumbrada, pues no se la puede atravesar ni con un cuchillo bien afilado".

Dos mineros llamados Davis y Harris comunicaron el 2 de abril de 1913 su avistamiento de una criatura desusada cerca de Macquire Harbor:

El animal tenía unos cuatro metros y medio. Su cabeza era muy pequeña, como del tamaño de la de un canguro. Tenía el cuello grueso, arqueado, ensanchándose gradualmente hacia el cuerpo central, grande como un barril. No se le distinguían colas ni aletas bien diferenciadas. Parecía estar cubierto de un pelo lanoso, semejante al de un caballo castaño, bien cuidado y reluciente. También poseía cuatro piernas bien definidas. Andaba a saltos, es decir, arqueando la espalda y elevando el cuerpo, de manera que las huellas de los pies delanteros se unían con las de los traseros. Éstos

dejaban unas marcas circulares con un diámetro de casi 21 centímetros, y las señales de las garras tenían unos 16 centímetros de longitud, extendiéndose hacia fuera del cuerpo. No vimos señales de que tuviese membranas entre los dedos.

Tampoco pudo adjudicarse una identidad clara al cuerpo de la enorme bestia que fue a parar al estuario de Cabo May (Nueva Jersey) en noviembre de 1921. Se estimó que su peso era de unas quince toneladas, su tamaño equivalía al de cinco elefantes adultos bien desarrollados, y contaba con unos cuernos o colmillos de más de un metro de longitud. A diferencia del anterior, el cuerpo que embarrancó en la playa de Natal (Sudáfrica) el veinticuatro de octubre de 1924» medía más de catorce metros y parecía cubierto de un pelo blanco como el de un oso polar. Seis años después, en 1930, la isla de Glacier (Alaska) fue el escenario de un descubrimiento estremecedor. En una de sus ensenadas apareció un esqueleto, aún con restos de carne, que medía más de siete metros y se hallaba cubierto de una especie de pelo o lana que no se supo identificar. La cabeza medía casi metro y medio, en tanto que su hocico alcanzaba los noventa centímetros. Nadie supo ubicar a este extrañísimo espécimen entre los grupos zoológicos conocidos.

En septiembre de 1953, un enigmático animal de más de nueve metros quedó al descubierto en la playa de Girvan (Escocia). Su alargado cuello de tres metros se veía acompañado por cuatro patas cortas, una cola puntiaguda de más de 3,5 metros, y una capa de recio pelo castaño oscuro. El hecho de que, en ciertas ocasiones, se ha logrado pescar alguna de estas criaturas incomprensibles, tampoco ha resultado de gran ayuda. El barco pesquero *Xochitl Elena*, faenando en el Golfo de México en mayo de 1954, divisó un gran objeto que se sumergía cerca de él. Los marineros pronto resolvieron darle caza, pese a que en un primer momento los arpones y garfios que le lanzaron rebotaban en su duro pellejo. Finalmente, consiguieron ensartarlo e izarlo a bordo. Aquello —fuese lo que fuese— medía 1,2 metros de largo casi dos de ancho, pesaba

unos 250 kilos, sus dientes eran largos y afilados, y parecía nadar gracias a unas aletas achatadas. No es necesario decir que el animal no fue identificado con certeza.

El año 1955 se demostró fructífero en este género de observaciones. Así lo confirma la insólita experiencia de Joseph Korhummel, quien paseaba por la orilla del mar en Redwood (California) cuando vio una forma alargada chapoteando a poca distancia de la orilla. Decidido a otear mejor lo que podía ser aquello, Korhummel trepó a unas rocas desde las que pudo contemplar un raro animal verde grisáceo con una aleta justo detrás de la cabeza. Su grosor debía ser de al menos treinta centímetros, y su longitud unos cinco metros. En diciembre de ese mismo año, un animal con aspecto de reptil monstruoso apareció depositado en la arena de Venice (California), Sus cinco metros de longitud y sus treinta y dos centímetros de diámetro, permitían atribuirle un peso de más de 360 kilos.

Las costas europeas no se han librado de albergar estos inesperados regalos de la marea. En enero de 1960, uno de ellos alcanzó la playa francesa de Cabo Ferrat, en Burdeos. El cuerpo medía cuatro metros de largo, tres de ancho, y poseía una cabeza plana de unos noventa centímetros de diámetro. Sus enormes aletas medían casi dos metros, y se hallaba cubierto de un espeso pelo negro de unos nueve centímetros de largo. Como nadie dilucidó en realidad de qué animal se trataba, los lugareños acabaron por cansarse y para evitar el hedor de la descomposición lo remolcaron y hundieron mar adentro.

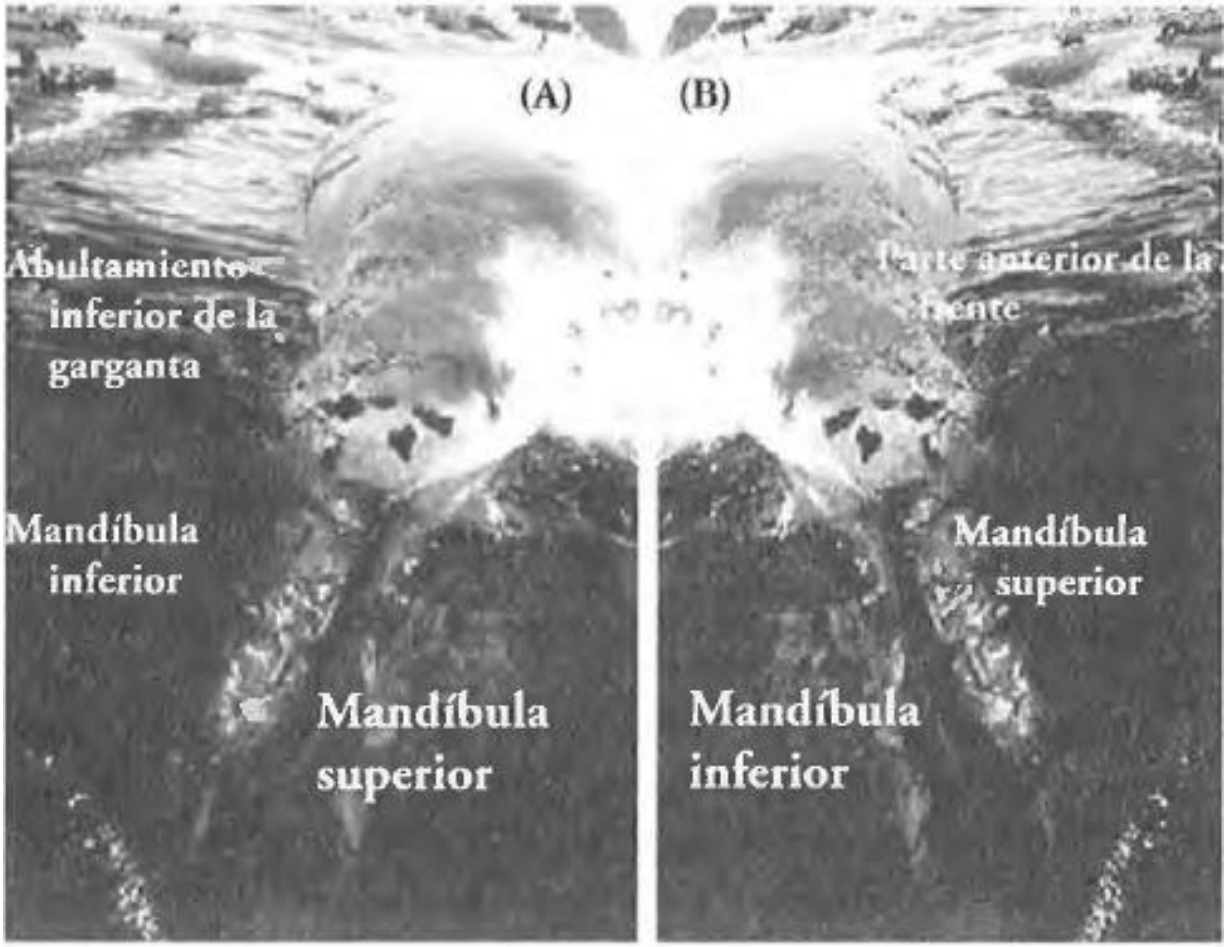
Pero no todos los enigmáticos cadáveres recogidos en los litorales acaban en tan mal estado como para resultar irreconocibles. En multitud de ocasiones ocurre, sencillamente, que no se sabe lo que es, pese al buen estado de conservación de sus restos. Tal es el caso de la insólita criatura hallada durante el verano de 1997 en una playa de Kuwait. El revuelo causado en la población local por su inusual aspecto, provocó que se le bautizase popularmente como *monstruo de Fintas*. En su cuerpo sin vida podía distinguirse un raro

cráneo equipado con una mandíbula sin dientes y un par de ojos en la parte dorsal. Su alargada columna vertebral contribuía a conferirle el aspecto de un fantástico dragón mitológico.

Su descubridor, Mohammad Al-Obaid, encontró junto a los despojos un conjunto de huesos que, en apariencia, correspondían a otro animal del mismo tipo y tamaño. Con gran acierto congeló su hallazgo hasta que el doctor Manf Benbehani, experto en biología marina y ecología de la universidad de Kuwait, pudo estudiarlo en condiciones. El examen descarta que se trate de un mamífero marino malformado, como un dugón deforme, que fue la explicación propuesta en un principio. Por el contrario, se mantiene abierta la posibilidad de que sea un mobúlido, un individuo perteneciente a una variedad de raya todavía desconocida

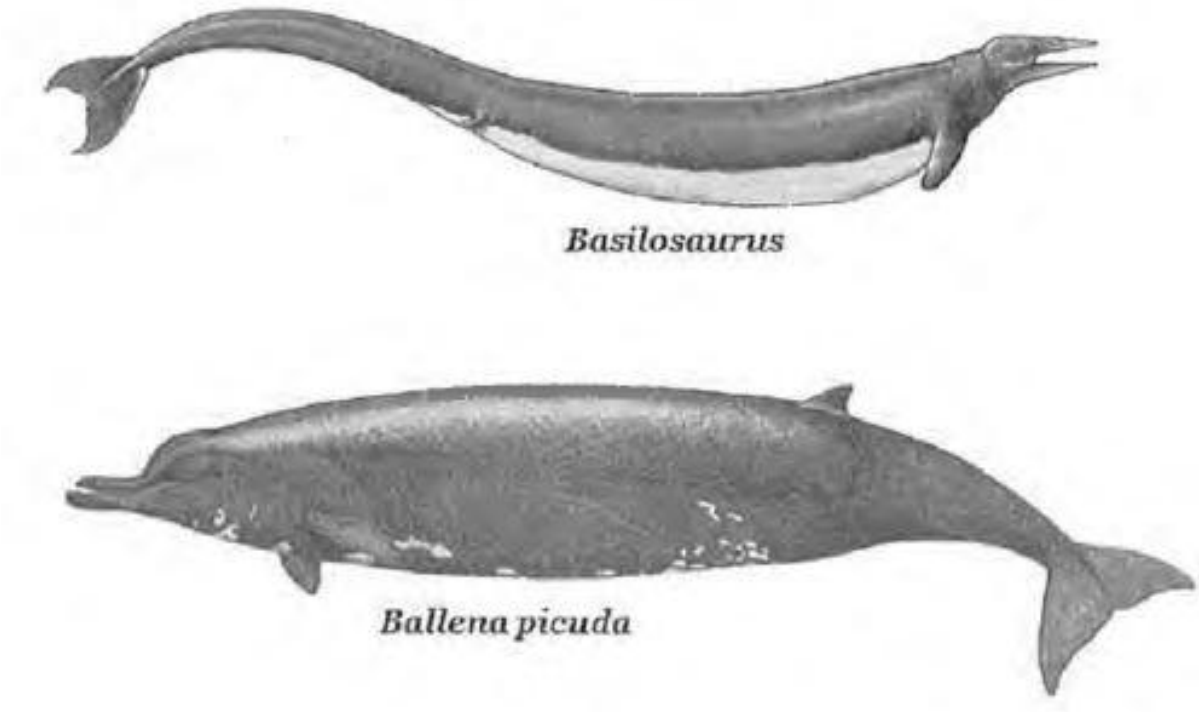
EL EQUÍVOCO CASO DE LOS CETÁCEOS ARCAICOS

Un caso paradigmático de los aprietos en que pueden caer quienes juegan a ser criptozoólogos sin suficiente destreza en biología o anatomía se dio en 1986 cuando un extraño cadáver de cetáceo apareció flotando en las playas de Gornozavodsk, en las islas Sajalín, territorio bajo soberanía rusa al norte del mar del Japón. Dos investigadores rusos, Panchenko y Litvinyuk, estudiaron el cuerpo de la criatura y dieron con unos rasgos que llamaron su atención. Creyeron encontrar que la mandíbula superior sobrepasaba en longitud a la inferior, así como un abultamiento —un contorno marcadamente convexo— en la parte inferior de la garganta. Finalmente, ambos autores anotaron la presencia de dientes incisivos en el extremo de la mandíbula superior, lo que indicaba que el cetáceo mostraba una dentición premaxilar. Con todos estos datos sobre la mesa, Panchenko y Litvinyuk se sintieron en posición de sugerir que el cuerpo no pertenecía a ninguna clase de cetáceo conocido, sino más bien al grupo prehistórico de los *archaeocetes*.



Comparación de las asignaciones alternativas de las diferentes partes del cuerpo del cetáceo hallado en 1986 en las islas Sajalín, (a) Interpretación de Panchenko y Litvinyuk, y (b) interpretación de la ballena picuda

Archaeocete o «cetáceo arcaico» es el termino usual empleado para las ballenas del eoceno, un surtido muy variado de anfibios y cetáceos que carecían de las especializaciones disfrutadas por formas posteriores. Estos arqueocetáceos mostraban una considerable variación en sus tamaños y comportamientos, si bien sus representantes mejor conocidos eran los basilosáuridos y los durodóntidos (estos últimos probablemente parafiléticos) del eoceno tardío. Todos ellos eran acuáticos sin duda, con cuerpos fusiformes y aletas posteriores muy pequeñas[102].



Dibujos de un basilosaurio y de una ballena picuda

Por desgracia para estos dos investigadores rusos, el examen del cadáver marino había sido realizado del revés, es decir, confundiendo la parte superior con la inferior. La mandíbula que ellos consideraron situada en posición inferior, era en realidad la de arriba, y del mismo modo la prominencia de la frente se convirtió en un inexistente abultamiento de la garganta. La forma distintiva de las mandíbulas —semejantes a las de un pato— revelan que se hallaban ante una ballena picuda tetradentada, muy probablemente una *Berardius bairdii*. Estas ballenas sí poseen cuatro dientes en la mandíbula inferior, no en la superior, dos de los cuales se disponen justo en el extremo de la mandíbula, dando la impresión de ser incisivos.

Más tarde se supo que el cuerpo del cetáceo fue despedazado en parte para alimentar a los cerdos de las granjas de la región. El resto quedó a merced de las olas y desapareció en el mar tras la primera tormenta. Pese a la decepción de quienes esperaban probar la

supervivencia de ciertas ballenas prehistóricas, la moraleja de esta historia nos recuerda que antes de ejercer como criptozoólogo resulta indispensable ser primero un verdadero zoólogo.

11. ¿Existen los monstruos?

ES MUY posible, e incluso probable, que muchas de las especies tratadas a lo largo de los anteriores capítulos acaben convirtiéndose con el paso del tiempo en ejemplares exóticos destinados a terminar sus días entre los límites de un parque natural protegido por las leyes humanas de la voracidad de otros humanos. Algunas otras acabarán extinguiéndose en las profundidades de parajes desconocidos, y tal vez algún hallazgo casual dé con extraños restos que sugiera a los expertos la posibilidad de su pretérita existencia. E incluso algunas permanecerán para siempre bajo el velo del misterio, envueltos ya sin fin en el mágico encanto de todo cuanto se agita entre la realidad y la leyenda.

Sea como fuere, la zoología dista enormemente de ser la ciencia petrificada e inmovilista que muchos legos suponen. Los especialistas estiman que, en la actualidad, se conocen entre 1,7 y 1,8 millones de especies vivas en todos los ecosistemas de nuestro planeta, frente a los entre 10 y 100 millones que se estiman todavía ocultas y esperando que las descubramos[103]. Lejos de limitarse a llenar con nombres en latín infinidad de polvorientos legajos arrinconados en estantes que casi nadie consulta, siguen produciéndose descubrimientos apasionantes que, de vez en cuando, incluso se asoman a las páginas de los diarios de información general. Así ocurrió cuando a finales de 2007 se hizo

público el descubrimiento del que hasta el momento se erigía como el mayor dinosaurio carnívoro descubierto por la paleontología. El *Carcharodontosaurus iguidensis* oteaba en busca de presas desde sus 14 metros de altura (mayor que un autobús de dos pisos), con un cráneo de 1,75 metros de longitud, provisto de dientes como bananas. Los primeros indicios de sus existencias, en forma de fósiles dispersos, aparecieron en las décadas de 1920 y 1930. La rareza de sus restos, y las dificultades entrañadas por su reconstrucción, determinaron que sólo ochenta años después pudiese catalogarse como una especie enteramente nueva.

Ese mismo año el lagarto gigante de la isla canaria de la Palma —el *Gallotia auaritae*— se suponía extinguido hasta que fue reencontrado en su mismo hábitat, vivo y con buena salud, por el español José Antonio Mateo, del Centro de Recuperación de Especies de la isla de La Gomera. Durante los últimos 25 años se admitía sin apenas discusión que tan sólo quedaban lagartos gigantes en Gran Canaria, pero desde entonces se han identificado pequeñas colonias de estos reptiles en Tenerife, La Gomera, El Hierro y, finalmente, La Palma. También en 2007 la Asociación para la Defensa de la Naturaleza (wf/adena) anunció el descubrimiento de una nueva especie de felino, la pantera nebulosa de Borneo —*Neofelis diardi*— cuya población total se estimaba en 18 000 ejemplares: 11 000 ejemplares en la isla de Borneo y otros 7000 en Sumatra. Con unas dimensiones corporales como las de los leopardos pequeños, son los predadores de mayor tamaño en Borneo y los felinos con los caninos más grandes en proporción con su tamaño corporal de todo el mundo.

Las montañas de Foja, en Papua-Nueva Guinea constituyen el refugio de numerosas especies desconocidas, o que se creían extinguidas, de pájaros, mamíferos, mariposas, ranas y plantas tropicales, redescubiertas en 2006. Entre ellas se cuenta la llamada ave perdida del Paraíso (*Parotia bedepschi*), descrita en 1897 pero que nunca había sido vista en libertad. Dado que sólo se tenían ejemplares muertos, los investigadores la habían dado por

extinguida, lo cual incrementó la emoción de su redescubrimiento. También habita en esa remota jungla el canguro arbóreo de Manto Dorado (*Dendrolagus pulcherrimus*), posiblemente el más raro de los marsupiales del sudeste asiático. En 2009, se desveló otro oasis de biodiversidad en el cráter del volcán Bosavi, también en Papua-Nueva Guinea, donde habitaban 54 nuevas especies aún ignoradas: dieciséis de ellas eran ranas (una con colmillos), veinte insectos, tres peces, una araña, un murciélago, y una rara gigante con 85 centímetros de longitud y 1,5 kilogramos de peso.

Leopardo nebuloso.

En el otro extremo del mundo, las selvas peruanas revelaban en 2007 la buena nueva de que un murciélago presuntamente extinguido, seguía viviendo en su espesura. El *Noctilio leporinus* distinguible por el color amarillento de su piel, se alimenta de peces pequeños que captura al vuelo rasante en la superficie de los ríos.

Otros descubrimientos se producen en un instante concreto, precedidos por una larga cadena de investigaciones que se extienden muy atrás en el tiempo. Así fue el caso del hallazgo llevado a cabo por biólogos españoles del buque Hespérides que culminaron trece años después una indagación iniciada en 1994, fruto de la cual descubrieron tres nuevas especies de Ascidias. Este grupo de organismos —formado por más de tres mil especies distintas— se sitúa taxonómicamente muy cerca de los vertebrados, pese a su fijación en suelo oceánico y a su aspecto de esponja marina.

De mayor trascendencia evolutiva fue el descubrimiento en 2004 del *Tiktaalik roseae*, un pez fósil desenterrado en el Ártico canadiense que cambió nuestro modo de concebir el paso desde la vida puramente marina a la desarrollada en tierra firme. Fue un pez sarcopterigio (con aletas lobuladas) que hace 375 millones de años poseía muchas características de los tetrápodos (animales de cuatro patas). Por ello el *Tiktaalik* es considerado una forma de transición entre los peces ancestrales, como el *Panderichthys*, y los primeros tetrápodos, como el *Ichthyostega*.

TESOROS BIOLÓGICOS DEL OCÉANO

El mar encierra, sin lugar a dudas, incontables incógnitas biológicas aún por disipar, y parece poco prudente considerar que ya lo sabemos todo sobre la vida marina. No ya la de pequeño tamaño, de la que nadie espera haber logrado un conocimiento exhaustivo, si no también la de envergadura más que respetable, como ha quedado de manifiesto a través de las páginas precedentes. Por la riqueza de su fauna —gran parte de ella todavía ignota— por la abundancia de sus recursos naturales aún por explotar, y por las inmensas extensiones que abre a la colonización terrestre, algunos especialistas opinan que el siglo XXI ha de ser la centuria de la expansión por las profundidades oceánicas, más bien que la del

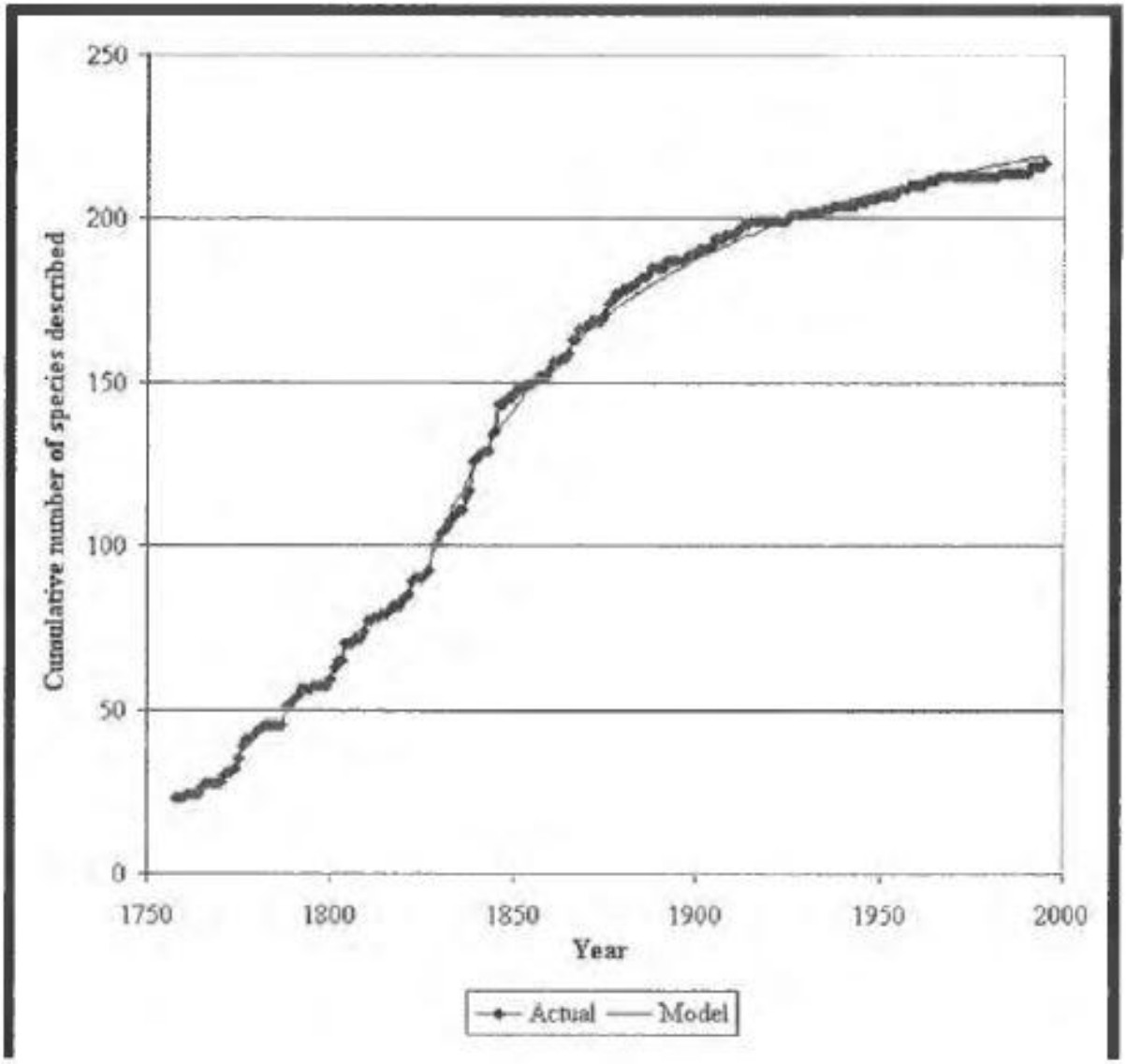
asentamiento en otros planetas. No resulta descabellado suponer que la construcción de bases espaciales puede compaginarse con la de ciudades subacuáticas, máxime cuando la ascensión del nivel del mar debida al cambio climático y al efecto invernadero amenaza con anegar franjas costeras e incluso algunas islas diminutas del Pacífico.

De todos modos, suele considerarse una ingenuidad rayana con la sandez admitir la posible existencia real de «serpientes marinas» o como se prefiera denominar a estas criaturas —*críptidos marinos*, en la jerga criptozoológica— si bien esta hipótesis cuenta con un nada desdeñable respaldo de argumentos racionales dignos de ser tenidos en cuenta. En primer lugar, en algunos casos disponemos de testimonios de total fiabilidad aportados por observadores técnicamente capaces con una reputación que proteger, como personal militar o científicos experimentados. Uno de los muchos ejemplos que cabe aducir a este respecto es el incidente acaecido al buque *Valhalla* en 1905, a bordo del cual viajaban el celebre naturalista Edmund Maede-Waldo y Michael Nicoll. Mientras se alejaban de la costa brasileña divisaron a lo lejos una criatura desconocida de cuello largo y grandes aletas, a la cual pudieron observar con absoluta claridad mediante sus binoculares. Descrito posteriormente en la literatura especializada[104], este avistamiento constituye uno de los mejores informes sobre críptidos marinos, que describe con toda nitidez un animal desconocido en una declaración realizada por científicos de sólida reputación en el mundo zoológico. Quizás por ello la lista de los autores que se mostraron receptivos a la posible existencia de grandes animales marinos ignorados abarca personajes como Thomas Huxley, D'Arcy Thompson, William Pycraft, J. L. B. Smith, Maurice Burton, Gavin Maxwell, Denys Tucker o Robert Menzies.

Por si todo ello fuera poco, no hemos de olvidar la extendida convicción entre los biólogos marinos de que los océanos ocultan todavía un crecido número de grandes vertebrados por descubrir. Especialmente emblemática en este campo es la obra de Charles Paxton, uno de los pocos científicos cualificado en el mundo que

publica artículos sobre críptidos marinos en revistas científicas cuyos contenidos ha de superar un examen previo por expertos anónimos[105]. Mientras otros biólogos han manifestado un cierto interés en el caso, Paxton ha sido el primero en decidirse a emprender un trabajo serio, detallado y empírico sobre el asunto.

Curva acumulativa del número de grandes animales marinos (más de 2 metros) descritos desde 1758. La gráfica —tomada de Paxton (1998)— ha sido ajustada mediante el método de mínimos cuadrados sobre una hipérbola rectangular, según los datos registrados entre 1885 y 1995.



Curva acumulativa del número de grandes animales marinos (más de 2 metros) descritos desde 1758. La gráfica —tomada de Paxton (1998)— ha sido ajustada mediante el método de mínimos cuadrados sobre una hipérbola rectangular, según los datos registrados entre 1885 y 1995.

Representando gráficamente el número de nuevas especies descritas a lo largo de los años se obtiene una curva a partir de la cual Paxton estimó que quedaban unas 47 especies de grandes animales marinos por descubrir, número que aumentó hasta 51 tras ampliar los datos de su curva unos años después[106]*. Michel Raynal aplicó la misma técnica estadística*

al caso específico de los cetáceos y encontró que sus datos sugerían la existencia de 15 tipos de cetáceos aún sin catalogar[107]*. Un tratamiento más general, presentado por Andrew Solow y Woollcot Smith en 2005, permitió aventurar que había un fuerte respaldo estadístico para la posible presencia de entre 10 y 16 especies de criaturas marinas grandes todavía desconocidas*[108]*.*

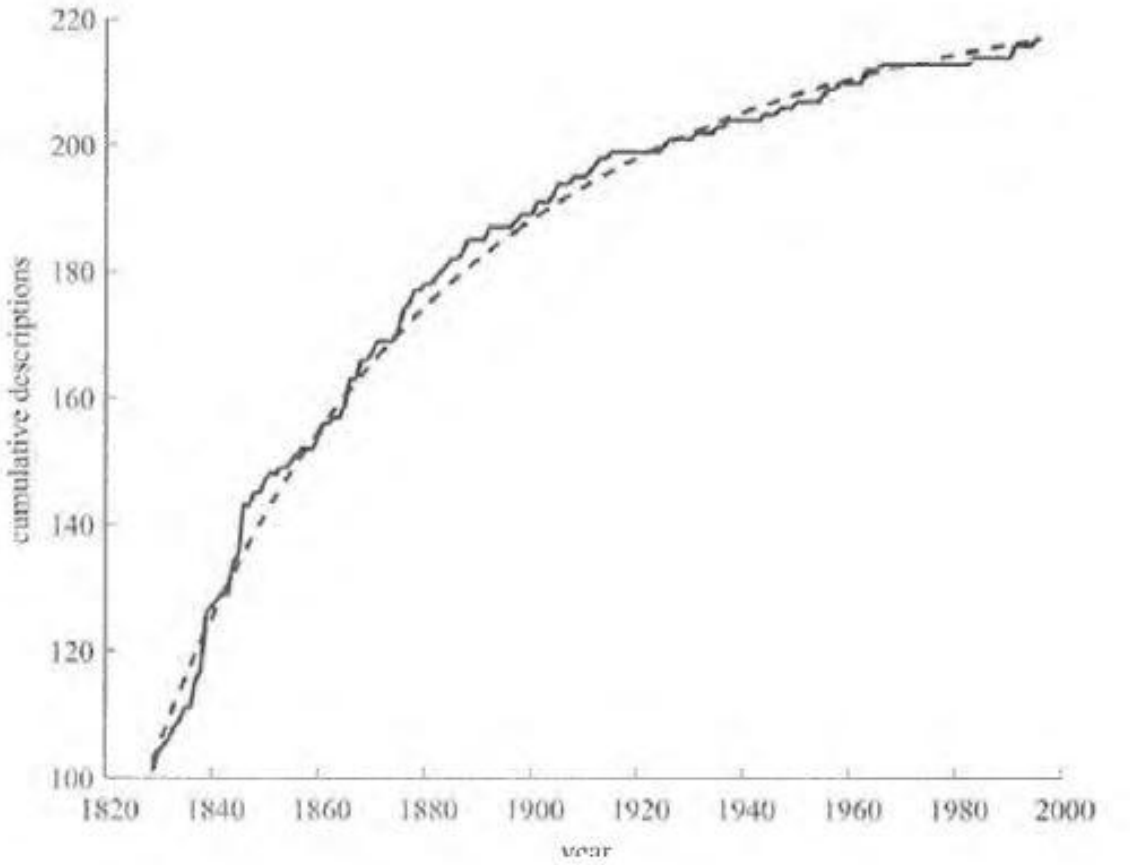
Charles Paxton.

Michel Raynal.

Los adversarios de la criptozoología suelen juzgar estos tratamientos estadísticos como mera numerología, un malabarismo matemático sin validez científica. Sin embargo, los descubrimientos en la zoología marina no son sucesos hipotéticos de un futuro

indeterminado, sino acontecimientos muy reales que corren con regularidad en nuestro presente inmediato. El tiburón Megaboca (*Megachasma pelagios*) descubierto en el Pacífico en 1976 entró definitivamente en el inventario zoológico en 1983, si bien otros ejemplares fueron recogidos en el Atlántico en 1995, y el hallazgo en 2004 de un espécimen de morfología inusual en las aguas de Sumatra hizo pensar en la posibilidad de una segunda especie[109]. La ballena picuda peruana (*Mesoplodon peruvianus*), conocida por especímenes capturados entre 1975-1989, fue reconocida oficialmente en 1991. Igual sucedió con la ballena picuda de Perrin (*Mesoplodon perrini*), cuyos primeros ejemplares datan del periodo 1975-1997, que recibió reconocimiento científico en 2002 como especie independiente. En 1997 se pescó el primer espécimen de celacanto indonesio (*Latimera menadoensis*), y al año siguiente quedó inscrito en los manuales de zoología. El rorcual de Omura (*Balaenoptera omuraí*), detectada a finales de la década de 1970, hubo de esperar hasta 2003 para adquirir el estatuto propio de especie, un par de años antes del reconocimiento zoológico del delfín australiano Snubfin (*Orcaella heinsohni*).

La constatación de que hay en los mares numerosos animales de gran envergadura sin identificar refuerza la posición de quienes defienden que la explicación de los críptidos marinos no debe fundarse siempre en la apelación a hipotéticos ejemplares supervivientes de basilosaurios, plesiosaurios u otros saurios acuáticos. En este punto los criptozoólogos se dividen en tres grupos bien diferenciados, formado el primero de ellos por cuantos militan en el llamado «paradigma del superviviente prehistórico» y abogan por la presencia todavía hoy en los mares de criaturas antediluvianas[110]. Frente a ellos se alinean los autores que prefieren identificar los críptidos marinos con variantes atípicas de especies ya conocidas, como los pinnipedos gigantes de cuello largo[111]. Por último, tenemos a quienes no se pronuncian a favor de otra alternativa por considerar inconcluyente la evidencia disponible[112].



Curva acumulativa de las descripciones registradas de grandes animales marinos, en el periodo 1828-1996 (línea continua) y e modelo ajustado (línea discontinua). Ambas series contienen 100 especies descritas antes de 1828. Gráfica tomada de Solow & Smith (2005).

Con o sin críptidos de por medio, la biodiversidad marina es una riqueza y un privilegio de incalculable valor para este planeta. Actualmente creemos conocer entre 250 000 y 274 000 especies marinas de todos los tipos[113]. Una cifra ridícula si advertimos que siguiendo modelos semejantes a los de Paxton o Raynal, los oceanógrafos calculan que al hablar de la cantidad total de especies marinas nos movemos en un intervalo cuya cota inferior se sitúa en torno a 500 000 o 570 000 especies marinas y la superior —más probable— estaría entre 1,6 y 1,7 millones. Dada la escasez de financiación y la prolijidad de los procedimientos, al ritmo actual de catalogación, tardaríamos de 250 a 1000 años sólo para completar el

inventario de la biodiversidad marina. Y los hallazgos no se detienen. Uno de los que más atención pública suscitó fue el del cangrejo *Kiwa hirsuta*, encontrado en 2005 en torno a las fuentes hidrotermales cercanas a la isla de Pascua[114]. Al año siguiente la noticia franqueó el reducido círculo de los especialistas en el tema y saltó a los titulares de los diarios en todo el mundo. Pronto hubo más de doscientas mil páginas en internet concernientes a este peculiar crustáceo, cuya abundante pilosidad en patas y pinzas lo hacían muy llamativo.

El cangrejo Kiwa hirsuta, llamado cangrejo-yen por algunos medios sensacionalistas.

El caso del cangrejo *Kiwa hirsuta* dejó patente la falsa idea preconcebida que popularmente se maneja acerca de una biodiversidad marina y terrestre completamente inventariada[115]:

… En esta ocasión, los medios [de comunicación] y el público se mostraron perplejos de que hubiese todavía zonas en blanco en nuestro mapa de la biodiversidad del mundo. Generalmente no se sabe fuera de la cerrada comunidad de los sistematistas que, lejos de ser un acontecimiento excepcional, el descubrimiento y denominación de nuevos animales y plantas son de hecho un producto diario del trabajo de campo sobre el terreno y de la investigación académica fuera de él.

Entre la biodiversidad marina potencialmente ignorada destacan los cetáceos con aletas atípicas, bien por su forma o por su número. De ellos tenemos noticias merced a las aventuras de los buques británicos *Erebus* y *Terror* que entre 1840 y 1843 exploraron el océano Antártico. Durante esta expedición, tanto el capitán del *Erebus*, *sir* James Clark Ross (1800-1862), descubridor del polo norte magnético, como el naturalista Robert McCormick (1800-1890) pudieron observar unos cetáceos desconocidos de seis a nueve metros de longitud, similares a la orca común (*Orcinas orea*), aunque con la cabeza más redondeada. Estos cetáceos se distinguían por una aleta dorsal desproporcionada, de alrededor de un metro de altura, recta, estrecha y puntiaguda. Tenían el dorso completamente negro, y blanca la parte inferior de la boca.

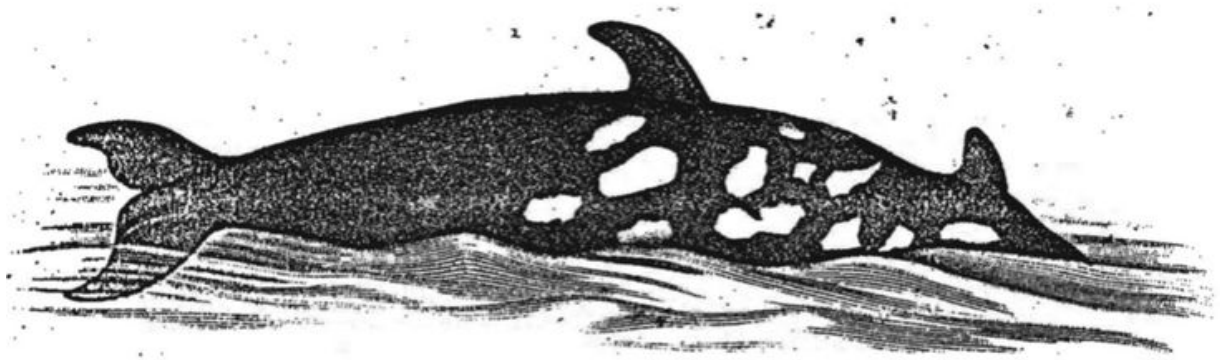
Años más tarde, sendos científicos británicos de las dos expediciones antarticas de Robert Falcon Scott (1868-1912) confirmaron las observaciones de Ross y McCormick. El naturalista Edward Adrian Wilson (1872-1912) divisó estos cetáceos en dos ocasiones, en enero y febrero de 1902, durante la primera expedición**[116]**. En la segunda expedición, de trágico final —el mismo Wilson fue uno de los cinco hombres que murieron en el infructuoso intento de conquistar la Antártida— el biólogo Denis Gascoigne Lillie (1888-1963) pudo observarlos en diciembre de 1910 y febrero de 1911. Este cetáceo de aleta prominente se asemejaría por ello al hipotético cachalote *Physeter turbio*, que recibió su nombre en 1758 de Carl von Linneo (1707-1778), el padre de la

taxonomía. Este cachalote, observado en los mares de Escocia y las Shetland durante el siglo XVII y descrito en 1692 por el naturalista *sir* Robert Sibbald (1641-1722) no ha sido nunca capturado. Parecía ser —y quizás todavía es— un gran cetáceo de quince a dieciocho metros de longitud, dotado de dientes solamente en la mandíbula inferior como el cachalote común (*Physeter catodon*), del que se distingue por su larga aleta dorsal, semejante a una vela de trinquete.

Dibujos de Wiison sobre los cetáceos de aleta pronunciada, observados en 1902.

En 1819, los naturalistas franceses Jean-René Constant Quoy (1790-1869) y Joseph Paul Gaimard (1793-1858) formaban parte de la expedición alrededor del mundo encabezada por Louis Claude de Saulces de Freycinet (1779-1842) de 1817 a 1820. Estos dos científicos observaron en el océano Pacífico, entre Hawai y Australia, un banco de delfines con ejemplares de unos tres metros de longitud dotados de una aleta dorsal suplementaria a la altura de la nuca. La parte superior de los animales, hasta la segunda aleta dorsal, presentaba manchas de colores blanco y negro. La observación de un grupo entero de estos extraños cetáceos excluye en principio la posibilidad de que se produjera una confusión por la

que las aletas de dos animales muy juntos parecieran pertenecer al mismo animal. Aunque no se conoce ningún cetáceo con dos aletas dorsales, nada impide que un animal así pueda existir. La aleta dorsal de los cetáceos no tiene esqueleto, y sirve de estabilizador; hay cetáceos que carecen absolutamente de ella, como el cachalote común. Los dos naturalistas franceses bautizaron a estos cetáceos con el nombre de *Delphinus rhinoceros*. Sin embargo, no está claro que pertenezcan a la familia de los delfínidos; por su tamaño y por el hecho de vivir en grupo, se puede decir al menos que se trata muy probablemente de cetáceos odontocetos. En consecuencia, el criptozoólogo Michel Raynal ha propuesto para ellos el nombre de *Cetodipterns rhinoceros*.

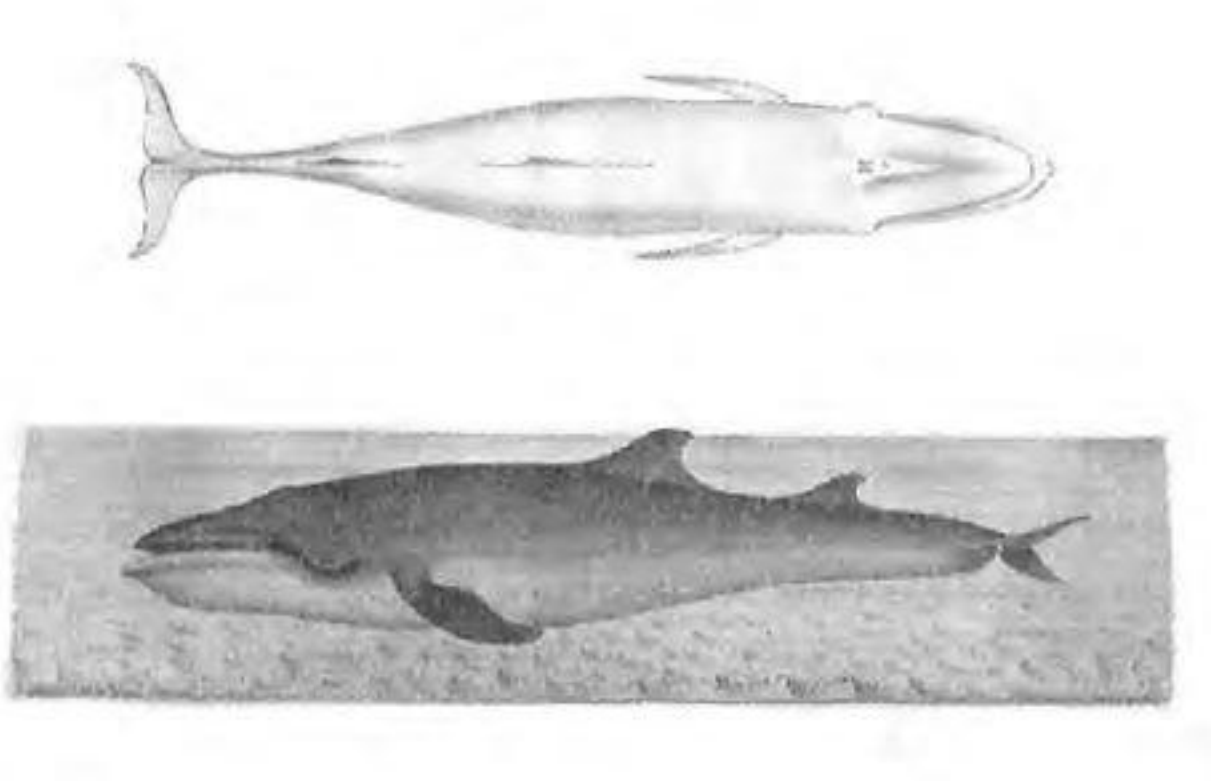


Dibujo del delfín con doble aleta dorsal efectuado por Qouy y Gaimard

El 4 de septiembre de 1867, el naturalista italiano Enrico Hillyer Giglioli (1845-1909), a bordo del vapor *Magenta*, que navegaba entonces cerca de la costa sudamericana del Pacífico, entre Callao y Valparaíso, pudo observar minuciosamente durante un cuarto de hora un cetáceo misticeto con dos grandes aletas dorsales triangulares separadas unos dos metros, que posteriormente bautizó con el nombre *de Amphiptera pacifica*[117]. Se trataba de un cetáceo alargado de unos dieciocho metros de longitud, semejante a un rorcual, aunque carecía de los característicos pliegues guiares y ventrales de éstos. La cabeza, convexa en su parte superior, no era más grande que el cuerpo, y se estrechaba hacia el hocico, que sin

embargo era relativamente ancho y obtuso, con la mandíbula inferior ligeramente prominente. Las barbas eran negruzcas y los ojos, pequeños. Los espiráculos se situaban en una depresión; soplaba cada dos minutos con un ruido largo y profundo que duraba unos diez segundos. Las aletas pectorales eran largas y falciformes, pero estrecha la región caudal. La piel, de aspecto aterciopelado, era de color gris verdoso en el lomo, más oscuro en la cabeza y en las aletas, y blanco grisáceo en el vientre.

Diversos zoólogos han propuesto que el animal descrito por Giglioli no era más que una anomalía teratológica, un rorcual afectado por una malformación. Pero las diferencias entre la ballena de Giglioli y los rorcuales conocidos son tantas que obviamente debe tratarse de una nueva especie. Además, en otras dos ocasiones se han observado cetáceos semejantes. En 1898, el *Daily Mail* publicó que en el mes de octubre de ese año, cerca de Stonehaven (Escocia), el capitán y la tripulación del pesquero *lyky* observaron a menos de cincuenta metros de distancia una ballena de color azulado de más de veinte metros de longitud, con la cabeza aplanada y dos aletas dorsales semejantes a las velas de un barco pequeño, con una joroba detrás de una de ellas. Y, según el zoólogo francés Jacques Maigret, conservador del Museo Nacional de Historia Natural de París, el 17 de julio de 1983, en el golfo de León (Mediterráneo occidental), la tripulación de un velero pudo ver un gran animal, distinto de un rorcual, que seguía al barco; tenía dos aletas dorsales, la cabeza trapezoidal y el vientre blanco**[118]**.



La presunta Amphiptera pacifica, dibujada por Giglioli en 1870.

En el umbral entre los siglos XX y XXI, las modernas técnicas de biología molecular —cuyo rango de aplicaciones abarca desde la medicina a la criminología— vienen también en auxilio de los criptozoólogos. Así se vio cuando un análisis de ADN desveló que la osamenta hallada en Bahía Fortuna, cerca de la localidad de San Bernardo (Terranova), era un cachalote y no un monstruo marino desconocido. Los autores del estudio expusieron la cuestión de manera diáfana en la revista Boletín de Biología, una publicación de cuya seriedad no cabe dudar[119]*:*

Los restos de grandes animales marinos arrojados a las playas pueden ser difíciles de identificar debido a la descomposición y pérdida de partes externas del cuerpo, y en consecuencia pueden ser tomados por «monstruos marinos». El ADN que sobrevive en tales cadáveres puede proporcionar una base de identificación. Una de tales criaturas llegó a la orilla en San Bernardo, Bahía Fortuna,

Terranova… la secuencia mitocondrial… fue identificada como la de un cachalote (Physeter catodon). La amplificación y secuenciación del ADN criptozoológico… y su comparación con las especies de la base de datos taxonómicos Banco de Genes es un medio eficaz de discriminar grandes criaturas marinas de otra manera inidentificables.

Es de notar la libertad con la que estos autores emplean el término «criptozoológico» en una revista perfectamente académica y convencional. De nuevo lo hacen así al finalizar el artículo:

… El fracaso en obtener una identificación positiva a través del Banco de Genes no necesariamente indica una especie desconocida, sino que en vez de ello puede indicar una especie previamente reconocida para la cual los datos genéticos… son todavía desconocidos. Proseguir los estudios en biología marina y sistemática molecular mejorará el alcance y la profundidad de nuestro conocimiento ele la genética de estas especies, y debería proporcionar pruebas exactas para los futuros especímenes criptozoológicos.

Imagen artificialmente elaborada del del posible aspecto del «delfín rinoceronte» (Delphinus rhinoceros).

Las pruebas de ADN no han sido capaces de aclarar la identidad de la criatura varada en 1896 en la costa de Florida, que el Dr. Webb atribuyó a un pulpo gigante y el Dr. Verrill —inicialmente de acuerdo con ese dictamen— asoció al final con un cadáver de ballena. El criptozoólogo francés Michel Raynal consiguió en 1984, gracias a Roy Mackal, unos restos de la muestra tisular original tomada por Webb. Decidió entonces analizar los tejidos buscando hierro y cobre, puesto que los cetáceos poseen mucho hierro y poco cobre, justo a la inversa de los cefalópodos. La universidad de Aix-Marseille llevó a cabo los análisis cuyos resultados —gran abundancia de cobre y poca de hierro— parecían confirmar la opción del *Octopus giganteus*. La controversia aumentó todavía más su confusión cuando un estudio genético realizado en Florida por los doctores Genaro y Clark concluyó que esas mismas muestras pertenecían al *Cyprinodon variegatus*, un pez de menos de tres centímetros. Obviamente las fotografías y declaraciones recogidas en 1986 descartan por completo esta posibilidad, lo que hace suponer que alguna incorrección hubo de deslizarse en el examen del material genético obtenido a partir de las muestras de Webb.

NUEVOS ANIMALES TERRESTRES

Si los océanos encierran todavía una plétora de especies por caracterizar, tampoco los ecosistemas terrestres carecen de sorpresas aún celosamente guardadas. Al menos ésa es la expectativa que alienta la reciente historia zoológica, la cual nos demuestra una y otra vez que el descubrimiento de nuevas especies no es un suceso tan raro e infrecuente. Así lo demuestran hallazgos tan memorables como el del Sao-La (*Pseudoryx nghetinhensis*) en 1993, el munjack gigante (*Megamuntiacus vuquangensis*) en 1994, el Dingiso (*Dendrolagus mbaiso*) en 1995, el cervatillo rojo (*Mazama bororo*) en 1996, el munjack de Truong Son (*Muntiacus*

truongsonensis) en 1998, el ciervo de hoja (*Muntiacus putaoemis*) en 1999, el macaco Arunachal (*Macaca munzala*) en 2004, y el mono Kipunji (*Pungwecebus kipunji*) en 2005.

Frente a la tan extendida opinión que sostiene el agotamiento de las novedades biológicas en nuestro mundo —«nada queda ya por descubrir» sería el lema— lo cierto es que, según estimaciones racionalmente fundadas, el hallazgo de nuevas especies de mamíferos terrestres no sólo resulta posible sino incluso probable[120]. Y no se trataría de animales pequeños, como anónimos roedores o esquivos murciélagos, ni de especies microscópicas dilucidadas en laboratorios bioquímicos. A veces el acontecimiento tiene lugar en un territorio tan escasamente indómito como el interior de un museo, donde una nueva especie viene a ser exhumada tras prolijas revisiones taxonómicas de las piezas existentes. Tal fue el caso de las dos nuevas especies de lobos indios[121], *Canis himalayensis* y *Canis indica*. La inmensa mayoría de estas adiciones al catálogo zoológico provinieron del sureste asiático, África central, Nueva Guinea y la Amazonia. De todas esas fascinantes regiones ha emergido una pléyade de nuevas zarigüeyas, musarañas, roedores, murciélagos y primates antes desconocidos para satisfacción de los investigadores y del público en general.

Un artículo publicado en 2009 acerca de la estimación razonable de los mamíferos potencialmente existentes y sin catalogar llama la atención sobre el hecho de que desde 1993 han sido catalogadas 408 nuevas especies pertenecientes a 18 órdenes tradicionales, lo que representa el 10% de todas las especies inventariadas entre los mamíferos[122]. Nótese bien, además, que el 60% de esos 408 nuevas especies eran *crípticas* (no «críptidos», en el sentido de la criptozoología); es decir, permanecían formalmente incluidas junto con otras especies y separadas con posterioridad en su propia categoría gracias al análisis genético o a una reconsideración de la cuantía de variabilidad tolerable dentro de una misma especie. Ello significa que el 40% restante son especies enteramente nuevas,

como el murciélago de cara de mono (*Pteralopex taki*) hallado en las islas Salomón, el perezoso pigmeo (*Bradypus pygmaeus*), el murciélago brasileño (*Xeronycteris vieirai*) o la rata chinchilla peruana (*Cuscomys ashaninka*), entre muchos otros.

La distribución filogenética de las nuevas especies —como cabía esperar— no es aleatoria, sino que muestra una fuerte correlación con la amplitud de cada grupo. En otras palabras, el mayor número de especies pertenece a los grupos más grandes, y dentro de esta distribución sobresalen por su destacada abundancia relativa los primates, roedores, murciélagos y marsupiales. Podría pensarse que esta tendencia taxonómica se relaciona directamente con el tamaño corporal. Por ejemplo, de acuerdo con esta idea encontramos más roedores porque sus cuerpos son generalmente más pequeños que el del resto de los mamíferos. Sin embargo, no está claro en absoluto que la naturaleza opere en realidad de ese modo. De hecho la mayoría de los mamíferos descubiertos después de 1993 son miembros de un tamaño relativamente grande dentro de sus propios grupos.

La exploración de regiones escasamente transitadas ha supuesto el impulso principal en el descubrimiento de ese 40% de cuya existencia no se tenía la menor noticia previa. Y pese a la idea preconcebida tan común que atribuye a los dispositivos de alta tecnología un papel esencial en estos hallazgos, en virtualmente todos los casos el acontecimiento se produjo gracias al procedimiento tradicional: los investigadores de turno llegaron a una región poco conocida, examinaron los alrededores, registraron sus observaciones, y acabaron encontrando nuevos datos de interés zoológico. En algunos casos —que hubiesen deleitado a Heuvelmans— los exploradores contactaron con la población local y oyeron hablar de animales que finalmente resultaron reales y novedosos (el mono Kipunji y el ciervo de hoja *Muntiacus putaoensis*, por ejemplo). La distribución geográfica de estos animales, por otra parte, revela que el 81% de ellas habita en áreas de superficie inferior a los 10 000 kilómetros cuadrados. El 61% del

total de las nuevas especies reside en zonas sobre las cuales el ser humano influye relativamente poco.

El hecho de que tantos nuevos mamíferos hayan sido descubiertos en un periodo de tiempo no muy dilatado invita a suponer que otros grupos de animales menos estudiados que los mamíferos contienen también un gran número de especies en espera de ser registradas y catalogadas. Es probable, asimismo, que otras especies acaben extinguiéndose antes de ser científicamente descritas, por lo menos mediante un ejemplar vivo. Todo ello confirma que no sólo en el mar sino también en la tierra se siguen descubriendo con relativa regularidad un gran número de nuevas especies animales, y —lo que es más importante— muchas de ellas aún se mantienen pendientes de caracterización. Para un amplio sector de la opinión pública, semejante afirmación contraviene sus intuiciones más inmediatas que dibujan un planeta minuciosamente escrutado y cartografiado. Pero la realidad de la naturaleza no se ajusta a esa imagen tan simplista, y nunca está de más insistir sobre ello.

De entre los investigadores que han dedicado su obra al esclarecimiento de la vida animal todavía ignota, pocos han contribuido a esta noble empresa en la misma medida que el primatólogo holandés Marc van Roosmalen. La documentación de nuevas especies llevada a cabo por este científico ha sido reconocida internacional- mente a través de numerosos premios y galardones —plenamente merecidos— e incluso algunos colegas han denominado en su honor *Coendou roosmalenorum* al puercoespín arborícola[123]. Los trabajos de Roosmalen se han concentrado mayoritariamente sobre los monos de pequeño tamaño. En 1998 encontró y registró el ahora conocido como titi enano de corona negra (*Callithrix hundís*), que desde entonces se ha considerado el representante de un nuevo género llamado *Callibella*. Ese mismo año Roosmalen descubrió el mono titi Satarè (*Cullithrix sateref*), aunque el animal recibió su nombre por obra de José de Sousa e Silva Júnior y Mauricio de Almeida Noroña. El año 2000 fue testigo

de dos especies más registradas zoológicamente por Roosmalen, el titi Manticora (*Calítrhrix acariensis*) y el titi del río Manicoré (*Calíithrix manicorensis*). En 2002 otras dos nuevas especies entraban en el catálogo de los especialistas de la mano de van Roosmalen, el mono titi del príncipe Bernardo (*Callicebus bernhardi)* y el titi de Stephen Nash's (*Callicebus stephennashi*).

Marc van Roosmalen.

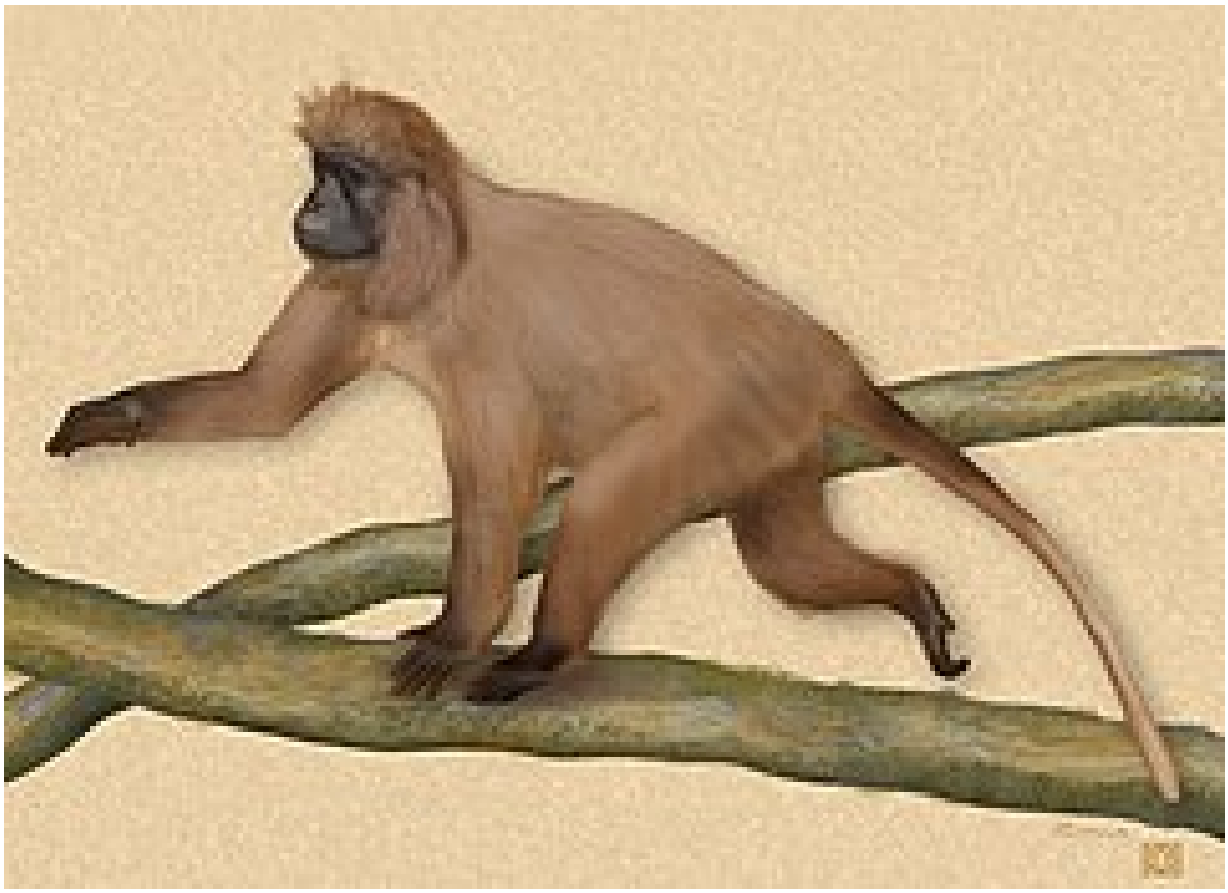
Los monos titís entrarían dentro del rango de «pequeños mamíferos», por lo que cabe preguntarse si también se descubren con relativa asiduidad mamíferos de mayor envergadura. Dado que la masa corporal de la mayoría de los mamíferos no excede un kilogramo, estamos justificados al considerar «grandes» aquellos que se encuentren en el intervalo de varias decenas a unos pocos kilogramos. Bastaría recordar que en 1975 se anunció el descubrimiento de una nueva especie de jabalí silvestre, el pecarí de Chacoan (*Catagonus wagneri*), uno de los hitos en la zoología de mamíferos en el siglo XX. En 2004 van Roosmalen dio con otra variante de pecarí también desconocida prestando atención a los relatos de los caboclos amazónicos, una tribu local que compartía hábitat con este ignoto animal. El científico holandés pudo así observarlo y fotografiarlo en estado salvaje, e incluso más tarde llegó a obtener material genético de la especie para su correspondiente análisis**[124]**. El llamado «pecarí gigante». (*Pecarí maximus*) mide un metro y medio de largo, pesa más de cuarenta kilos y lleva una vida apacible en los márgenes del río Aripuana, en la pluviselva brasileña que florece al regazo del río Amazonas zonas. El estudio genético indica que esta especie divergió de su pariente más próximo (el *Pécari tajacu*) hace 1,5 millones de años.

Jabalí amazónico catalogado en 2007 como «pécari gigante».

Y lo mejor de todo es que esto parece ser la punta de un iceberg de nuevas especies todavía sin describir científicamente, ubicadas en la inmensidad de la selva amazónica. Los indicios recogidos por van Roosmalen sugieren la presencia de otras especies aún desconocidas[125] de pecaríes, monos, ciervos, tapires, delfines, felinos, osos hormigueros gigantes, etc. La nueva especie de tapir cuya existencia busca probar el científico holandés, recibe el nombre de *anta-pretinho* por los pobladores locales. Parece ser un animal endémico de la cuenca del Aripuaná, con un color más oscuro y menor tamaño que las dos especies ya reconocidas de tapires amazónicos, el tapir brasileño (*Tapirus terrestris*) y el tapir de Baird (*Tapirus bairdii*). Van Roosmalen incluso consiguió un cráneo de esta criatura a fin de emplearlo como referencia en el establecimiento de un holotipo[126] para esta nueva especie.

No deja de ser aleccionador —y por eso se menciona aquí— que algunas de las más importantes especies de tapires fuesen descritas después de la famosa sentencia del barón de Cuvier. En 1812, el célebre naturalista francés Georges Cuvier declaró con toda solemnidad que ningún animal terrestre de gran tamaño quedaba por descubrir. Como una ominosa burla del destino, en 1819 el tapir malayo (*Tapirus indicus*) entró en selecto círculo de los animales zoológicamente catalogados, seguido en 1929 por el tapir de montaña (*Tapirus pinchare*) y en 1865 por el tapir de Baird (*Tapirus bairdii*).

EL CASO DEL MONO KIPUNJI



El mono Kipunji.

Por el interés que revestirá para posteriores discusiones, merece la pena detenerse un tanto a comentar la sucesión de hechos que condujeron al descubrimiento del mono Kipunji. En enero de 2005 Tim Davenport, de la Sociedad para la Conservación de la Vida Salvaje en Tanzania, tuvo noticias de un tipo de mono desconocido que los Wanyakyusa —habitantes de la región de los Montes Rungwe— llamaban Kipunji. Parecía ser un ejemplar tímido y muy esquivo al contacto humano, de modo que la investigación de su existencia real se anunciaba bastante ardua. Aun así, Davenport decidió rastrear qué nueva especie podía encontrarse en la base de aquellos rumores[127]. Entre tanto, el primatólogo Trevor Jones quedó perplejo ante la observación de un mono que fue incapaz de identificar, en la reserva forestal tanzana de Ndundulu, a unos 350 kilómetros de la región donde se rumoreaba la presencia del Kipunji.

En ese momento las pesquisas apuntaban a un presunto primate, referido tan sólo por los pobladores humanos de su hábitat, sobre cuya existencia los científicos carecían de pruebas fehacientes, salvo quizás avistamientos esporádicos. Tal situación convertía a la criatura buscada en un perfecto ejemplo de críptido, según la definición usual de ese término entre los criptozoólogos. El hallazgo definitivo del animal se produjo en diciembre de 2003, cuando además se reveló que una población de monos detectada en 2001 en la reserva forestal de Ndundulu —identificada inicialmente como *Cercocebus sanjei*— pertenecía en realidad al mono Kipunji. En octubre de 2004 quedó claro que había dos poblaciones de este nuevo animal, una en el bosque del Monte Rungwe-Livingstone, en las tierras altas del sur de Tanzania, y otra en la reserva forestal de Ndundulu, en las montañas tanzanas de Udzungwa.

En mayo de 2005 apareció a la luz pública un artículo en el que se describía esta nueva especie[128], denominada *Lophocebus kipunji*. Pero lo más llamativo de este artículo consistía en la ausencia de un espécimen modelo para el *Lophocebus kipunji*. En ningún lugar se cita la disponibilidad material de un ejemplar

concreto, ni se menciona la entrega de uno de estos monos a un museo o institución académica. Como holotipo, los autores escriben tan sólo «El macho adulto de la fotografía»; y más aún, afirman que dado el peligro de extinción de la especie «ningún individuo vivo debería capturarse en este momento para utilizarlo como holotipo».

El problema fundamental de una decisión semejante, estriba en que la Comisión Internacional para la Nomenclatura Zoológica (CINZ) que resulta indispensable disponer de ejemplares típicos genuinos para admitir la existencia real de una nueva especie. Es decir, la caracterización científica de un ser vivo sólo se considera incuestionablemente válida cuando uno o más especímenes pueden ponerse a disposición de los investigadores. Por tanto, no es de extrañar que a los artículos de 2005 sobre el Kipunji siguiesen otros muchos reprobando o aplaudiendo la postura de estos investigadores[129]. Hubo quien interpretó que el artículo 73.1.4 de la CINZ permitía el reconocimiento de especies sin holotipos[130], comentario que tuvo su réplica cuando otros autores recordaron que dicho artículo se aplicaba tan sólo a casos en los que el holotipo disponible se había perdido[131]. El enfrentamiento se resolvió en 2005 con el hallazgo de un macho Kipunji muerto en una trampa, hoy conservado en el Musco Field de Historia Natural en Chicago (EE.UU.). La posición oficial de la comunidad zoológica, no obstante, se inclinó por la necesidad de disponer siempre de un ejemplar materialmente asequible, de forma que puede ser comparado con especímenes capturados con posterioridad.

El caso del Kipunji no es el único en el que contemplamos a zoólogos convencionales envueltos en lo que podría juzgarse una investigación criptozoológica. Otro ejemplo nos lo proporciona el descubrimiento del pájaro Odedi en 2004, fecha antes de la cual su existencia no pasaba de mencionarse entre los ornitólogos sobre la base de informes nativos y grabaciones de su canto. Desde 1972, pollo menos, se tenían noticias de un ave en las islas Buganvilla, conocida por los indígenas de lengua rotokas como *kopipi*, y por los hablantes de lengua Nasioi como *ódedi*. El ornitólogo Jared Diamond

nunca vio al pájaro pero sí escuchó sus trinos en 1975. Don Hadden y Bruce Beehler, especialistas en las aves de las islas Salomón, también escucharon la llamada de este ave en diversas ocasiones entre 1977 y 1980, normalmente cuando el tiempo era húmedo o brumoso. Finalmente el escurridizo pájaro fue hallado, recibió su correspondiente catalogación, y el misterio se disolvió[132].

CRIPTOZOOLOGÍA, ¿CIENCIA O PSEUDIENCIA?

La historia del descubrimiento del mono Kipunji o del pájaro Odedi demuestran claramente que animales hoy conocidos y catalogados por los zoólogos convencionales, pasaron en un determinado momento por la fase de críptidos, esto es, criaturas sólo conocidas a través de las declaraciones de los pobladores humanos de su entorno. ¿Cuál es, entonces, la auténtica diferencia entre zoólogos y criptozoólogos? La primera respuesta que tal vez se nos ocurra es que los zoólogos ordinarios no buscan únicamente críptidos, sino todos aquellos organismos que juzgan interesantes, cumplan o no los requisitos de la criptozoología. Ahora bien, esto nos conduce a considerar los objetivos y métodos de la propia criptozoología en comparación con la zoología usual. ¿Debe considerarse la criptozoología una ciencia autónoma, o tan sólo una pseudociencia más, como la astrología?

Casi siempre, la labor de los criptozoólogos se asocia con la búsqueda de monstruos o bestias fantásticas. El término «monstruo» resulta notablemente inadecuado por cuanto estas criaturas —de existir— no serían más monstruosas que cualquier otro organismo vivo adaptado a un entorno en el cual sobrevive y se desenvuelve. Hemos de ser cuidadosos y no trasladar nuestros juicios morales o estéticos al campo de la biología, especialmente cuando tales juicios conllevan una carga peyorativa del todo fuera de lugar.

A lo largo de los años diferentes autores han defendido distintas concepciones de la criptozoología de cuanto entrañan sus investigaciones. Heuvelmans, como uno de los pioneros fundadores, no siempre se atuvo a una definición invariable de esta disciplina. En un artículo de 1983, por ejemplo, dejó escrito que un críptido había de ser «verdaderamente singular, inesperado, paradójico, impactante, o emocionalmente molesto». En su opinión, eran esas características las que propiciaban que animales misteriosos llegasen a incorporarse en leyendas y tradiciones, adquiriendo entonces el rango de crípticos[133]. Ese carácter visualmente sobrecogedor o impresionante de los críptidos se ha transformado en un lugar común dentro de la criptozoología, hasta el punto de constituir una de las principales fuentes de desprestigio para sus practicantes[134]:

… Los pretendidos cazadores de monstruos se interesan únicamente en la llamada «caza mayor». La posibilidad de encontrar un dinosaurio rezagado en Africa, un mamut en Liberia o un gigantopiteco en Asia es prácticamente nula, pero seduce más a los criptozoólogos que la búsqueda de nuevas especies de insectos en zonas tropicales o de aves en las islas del Pacífico.

La definición de Huevelmans, en todo caso, resulta insufriblemente ambigua, pues no hay criterio objetivo que determine sin margen de duda lo que son criaturas «verdaderamente singulares, inesperadas, paradójicas, impactantes, o emocionalmente incómodas». Esta ineludible subjetividad hace la definición completamente insatisfactoria. De hecho, el mismo Heuvelmans incluyó en una lista de críptidos muchos animales que no se ajustaban a tales requisitos[135], como un mamífero etíope del tamaño de una marmota, o un pequeño gato salvaje del Mediterráneo. Ninguna de esas dos criaturas, ni muchas otras semejantes, causan la menor incomodidad o inquietud en quienes las contemplan. Bien al contrario, su consideración de críptidos proviene de que sólo son conocidos a través de indicios sin

confirmar, pendientes de corroboración material mediante la captura e identificación de un ejemplar concreto.

Teóricamente, un elusivo lagarto, un escurridizo roedor, un diminuto insecto, un esquivo pececillo o un ave ignorada, si sólo sabemos de ellos gracias a declaraciones de testigos que no encajan en las especies conocidas, serían todos ellos críptidos, incluso aunque su aspecto difícilmente pudiese dar lugar a mitos o leyendas perdurables. Por ello la criptozoología debería entenderse con propiedad como el estudio de aquellas criaturas de las cuales sólo tenemos testimonios ocasionales u otras evidencias esporádicas (fotografías, avistamientos, narraciones o relatos tradicionales). Unicamente en ese aspecto son diferentes los críptidos del resto de animales zoológicamente bien catalogados, cuyo reconocimiento formal se verificó tras obtener un espécimen modelo para estudiar y depositar en un lugar de público acceso.

En ningún modo se requiere que los críptidos posean un tamaño desmesurado, una morfología extravagante, un origen anacrónico, o una característica especial por sí misma. Es más, dado que multitud de investigadores participan con asiduidad en la búsqueda de seres de cuya existencia no se tienen más que vagos indicios, la persecución de críptidos resulta ser una actividad perfectamente normal y rutinaria en la zoología. Podría darse el caso de que en alguna ocasión topásemos con supervivientes tardíos de grupos considerados extintos y descritos sólo a través de los fósiles. Desde luego, no siempre ha de ser necesariamente así, en absoluto, como lo demuestra la gran cantidad de especies animales oficialmente aceptadas tras haber pasado por la fase críptida. El gorila de las llanuras constituye un magnífico ejemplo. Las leyendas que lo describían eran conocidas por los europeos desde principios del siglo XVII, si no antes, pero sólo en 1840 los científicos ratificaron la veracidad de esta especie, que abandonó la niebla del mito para engrosar la lista de criaturas incluidas en los manuales zoológicos. Su pariente, el gorila de montaña, fue oficialmente descubierto en 1901, aunque más de cuarenta años antes habían llegado a oídos de

los exploradores occidentales relatos sobre sus hazañas, descartados entonces como quimeras de los nativos africanos. El buey silvestre de Camboya —por trasladarnos al otro lado del mundo— no recibió un reconocimiento oficial hasta 1937, si bien se disponía de informes fechados en 1860 donde se hablaba de un buey salvaje negro o gris negruzco, Todos estos animales, y muchos otros fueron sin duda críptidos durante largo tiempo antes de entrar en la lista de especies científicamente descritas[136].

Sin embargo, debe reconocerse que la literatura criptozooiógica —escrita en su mayoría de forma popular o semitécnica— suele carecer del mínimo rigor exigible en la práctica científica. Plagada de anécdotas excitantes sobre la posible existencia de monstruos asombrosos, resulta abrumadoramente ingenua en sus planteamientos, errónea en muchos de sus argumentos y viciada por una falta casi absoluta de autocrítica. La razón principal de tales defectos radica en la preponderancia de quienes podríamos denominar «entusiastas» entre los autores de textos criptozoológicos. Son entusiastas los individuos que —con título académico o sin él— prefieren disfrutar de la sensación de misterio que la criptozoología dispensa, antes que resolver sus enigmas y colaborar en el descubrimiento de nuevas especies. Frente a ellos se sitúan los «eruditos», que con estudios superiores o sin ellos, pretenden aplicar una metodología científica a su quehacer, contrastando hipótesis, recogiendo datos, comprobándolos experimentalmente y descartando aquellos que no superen un riguroso examen crítico[137]. En lo sucesivo nos limitaremos a discutir el trabajo de los eruditos.

Contemplando ahora la criptozoología desde la perspectiva de los programas de investigación, habitual en otras ciencias[138], analicemos a continuación cuáles son sus objetivos, su metodología y su visión general del funcionamiento de la naturaleza. Veamos estos puntos uno a uno.

- *Visión general de la naturaleza*. Los criptozoólogos científicamente educados suscriben en su totalidad el marco conceptual desarrollado por la ciencia moderna. Ninguno de ellos rechaza las reglas del equilibrio ecológico, la estadística de poblaciones, las pautas evolutivas de adaptación por selección natural, o cualesquiera otras leyes de la naturaleza científicamente establecidas. Es muy importante subrayar en este momento que la criptozoología en sí misma conjetura en ocasiones la existencia de seres extraordinarios (homínidos desconocidos, saurios supervivientes, etc.), pero no postula procesos extraordinarios (no afirma, por ejemplo, que los yetis se comuniquen telepáticamente entre sí).
- *Objetivos*. El propósito declarado de la criptozoología es desvelar la existencia de aquellas criaturas sólo conocidas por referencias indirectas y todavía sin catalogar. En ello tampoco se diferencia esta disciplina de la zoología convencional, salvo cuando los zoólogos convencionales deciden que un área ha sido suficientemente explorada y los criptozoólogos sostienen lo contrario. Pero ésa es una decisión libre de los investigadores, por la cual nadie puede condenarlos, ya resuelvan proseguir una cierta línea de investigación o suspenderla.
- *Metodología*. También aquí los métodos son los mismos que los de cualquier zoólogo: observar, buscar, registrar los indicios disponibles (huellas, sonidos, restos orgánicos, etc.) y capturar un ejemplar vivo si es posible. No obstante, la insistencia de Heuvelmans en buscar inspiración para sus indagaciones en los mitos y las leyendas del folclore tradicional, imprimieron un sello de excentricidad sobre la criptozoología. Indudablemente el folclore local de una región inexplorada resulta de gran interés para el antropólogo, y a menudo también para el biólogo. Pero convertirlo en el acicate principal de una investigación científica, siempre parecerá inadecuado; especialmente por cuanto Huevelmans se mostraba dispuesto a aceptar la existencia de una especie animal sin un ejemplar

> que sirviese de holotipo, infringiendo con ello una norma elemental e irrenunciable de la zoología.

Ahora estamos en posición de emitir un veredicto más equilibrado sobre el carácter propio de la criptozoología, que ni es una ciencia autónoma ni una pseudociencia como pretenden sus detractores[139]. No es una ciencia independiente de la zoología porque comparte sus presupuestos científicos generales, así como casi todos sus métodos y objetivos. Cuando hay alguna disparidad se debe a que los criptozoólogos renuncian por principio a un procedimiento o a una norma aceptada por los zoólogos (investigar sólo críptidos, guiarse principalmente por las leyendas locales, prescindir de los holotipos para caracterizar formalmente una especie). Las diferencias entre zoólogos y criptozoóiogos (los «eruditos», desde luego) se circunscriben a decisiones libres sobre métodos y objetivos que no alteran la profunda coincidencia en sus aspectos programáticos. Y en la misma medida en que reconocemos un solapamiento entre ambas disciplinas, distanciamos la criptozoología del círculo de las pseudociencias. Por ello, la criptozoología debería considerarse con propiedad un sub-programa de investigación dentro del ámbito general de la zoología, sin más que renunciar al requisito que permite a los criptozoólogos caracterizar una especie sin un ejemplar de referencia. El hecho de que la búsqueda de un críptido pueda prolongarse indefinidamente en el tiempo sin ofrecer resultados, no supone en sí mismo un criterio que determine la índole acientífica de una actividad[140].

Un magnífico ejemplo del modo en que los desvarios de los entusiastas llegan a oscurecer los esfuerzos de los criptozoólogos eruditos ante otros científicos, viene dado por el artículo de los paleontólogos Xavier Pereda y Nathalie Bardet, en el cual ejercen una severa desaprobación conjunta de la criptozoología, la futurozoología y la parazoología[141]:

… Si actúan con método y rigor, los criptozoólogos pueden ayudar a los biólogos a descubrir nuevas especies de animales y plantas, pero su trabajo tiene más que ver con la labor de un detective que con la de un científico. … El hecho de que todas estas prácticas cuenten con científicos entre sus adeptos no las convierte en ciencia. La utilización de ideas científicas para reconstruir mundos imaginarios es un ejercicio intelectual loable pero no es ciencia. Es sencillamente ciencia-ficción.

Ciertamente, si algo ha debido quedar claro a lo largo de las páginas de esta obra, es que muchos de los temas abordados por la criptozoología se hallan muy lejos de tener una solución evidente. Hay numerosas pruebas materiales y testificales que carecen de explicación sencilla dentro del marco actual de nuestros conocimientos biológicos. Desecharlas al instante por carecer de una respuesta para ellas, sería tan anticientífico como admitirlas sin un examen crítico. Una especulación racional empíricamente controlada nos ha proporcionado estimaciones plausibles sobre la cantidad de especies por descubrir en continentes y océanos. Gracias a este tipo de argumentaciones mentaciones sabemos que no es absolutamente inverosímil la posibilidad de que algunos grandes vertebrados permanezcan todavía sin caracterizar en un mundo totalmente trillado en apariencia. Pero el genuino método científico exige contrastación experimental de las hipótesis, para lo cual hay que investigar no pocas veces de manera detectivesca, y muy especialmente en áreas como la paleontología, donde las extrapolaciones, conjeturas y deducciones poco tiene que envidiar a las pesquisas del más sagaz detective.

Tienen razón Pereda y Bardet cuando afirman que una actividad no es necesariamente científica por el hecho de ser practicada por un científico. Pero les falta añadir que a la inversa también es cierto: una actuación plenamente científica puede llevarse a cabo por personas que no son científicos profesionales; basta formular hipótesis congruentes con el resto del conocimiento científico

disponible, razonar deductivamente y contrastar experimentalmente nuestras conclusiones. Muy a menudo comprobamos que, admitiendo como críptidos las especies sobre las cuales sólo hay evidencia circunstancial o indirecta, la frontera entre la práctica zoológica y criptozoológica se difumina hasta casi desaparecer. A partir del estudio de la orquídea de *Madagascar Angraecum sesquipedale*, naturalistas de la talla de Darwin y Wallace predijeron en la década de 1860 la existencia de un tipo de polilla con un probóscide extensible de unos 20-25 centímetros[142]. La razón era que sólo así podría extraerse el polen del fondo de la flor y realizarse la labor de polinización. En efecto, la polilla predicha había sido vista en 1873 y caracterizada finalmente en 1903 bajo la denominación *Xanthopan morgani preadicta*[143].

Alguien tan poco sospechoso de simpatizar con las pseudociencias como el norteamericano Carl Sagan, publicó en 1976 un artículo en la prestigiosa revista *Nature* especulando con la posibilidad de que en el lago Ness habitase una población reproductivamente viable de animales grandes[144]. Aplicando una distribución probabilística de Maxwell-Boltzmann el profesor Sagan llegó a la conclusion de que los datos no descartaban la posible existencia en el célebre lago escocés de una población de en torno a 102 ± 1 grandes organismos vivos[145]. El conocido científico estadounidense añadió un prudente comentario sobre la hipotética identidad de estas criaturas:

La polilla de Madagascar con su trompa de 25 centímetros sobre la orquídea estudiada por Darwin.

La naturaleza de estos organismos parece todavía más incierta que su existencia, pero resulta más probable que sean una rara variedad de taxones contemporáneos bastante abundantes, en vez de, por ejemplo, el único grupo de supervivientes de los reptiles acuáticos del mesozoico.

La criptozoología, bien entendida como un subprograma específico de la zoología académica, no emplea ideas científicas para construir mundos imaginarios. Por el contrario, intenta expurgar del mito aquellos fragmentos de conocimiento que han quedado prendidos con el paso del tiempo en reino de la leyenda y la quimera, revelándonos con ello aspectos insospechados del mundo

real que aspiramos a comprender. Y en ese mismo sentido sorprende sobremanera que Pereda y Bardet no sumen a su condena la exobiología, o astrobiología, porque su tema de estudio también es ficticio. No sabemos de otro mundo habitado que el nuestro, y a partir de ese modelo proyectamos razonadamente condiciones y comportamientos en ambientes distintos, gobernados siempre por las leyes conocidas de la física y la química, para especular las formas verosímiles que caso adoptaría la vida alienígena. Los criptozoólogos que aspiran al rigor científico, especulan con la posible existencia de seres vivos, en estricta obediencia a las leyes biológicas, y sobre todo desean comprobar si así ocurre. Tal vez los exobiólogos nunca hallen un sujeto material para sus investigaciones —Carl Sagan falleció sin ver cumplido ese sueño— pero no por eso dejarán de proseguirlas, o al menos eso esperamos quienes no perdemos la confianza en la capacidad humana para ensanchar sus horizontes intelectuales. Y los zoólogos seguirán emprendiendo búsquedas criptozoólogicas mientras en algún lugar de nuestro mundo un ser humano haya tenido el privilegio de contemplar un animal ajeno a todo inventario científico.

Nuestro recorrido por esta visión particular de algunos misterios de la naturaleza toca ya a su fin. Hombres salvajes, eslabones entre el humano y sus más lejanos ancestros cavernícolas, saurios prehistóricos, terroríficos supervivientes de la noche de los tiempos, monstruos lacustres de insospechadas características, o criaturas de todo tipo todavía sin catalogar se empeñan en seguir con sus clandestinas vidas sin preocuparse de su ausencia en los textos zoológicos. Se ocultan en los escasos bosques de suficiente frondosidad que van quedando, en las masas de agua dulce que los continentes acogen, o en las elevadas cumbres de cordilleras raramente holladas por el ser humano. Lugares todos ellos donde escapar del aniquilamiento al que la especie ahora dominante sobre la Tierra condena a todas las demás familias del reino animal en aras de un estilo de vida destinado a consumirse en sí mismo.

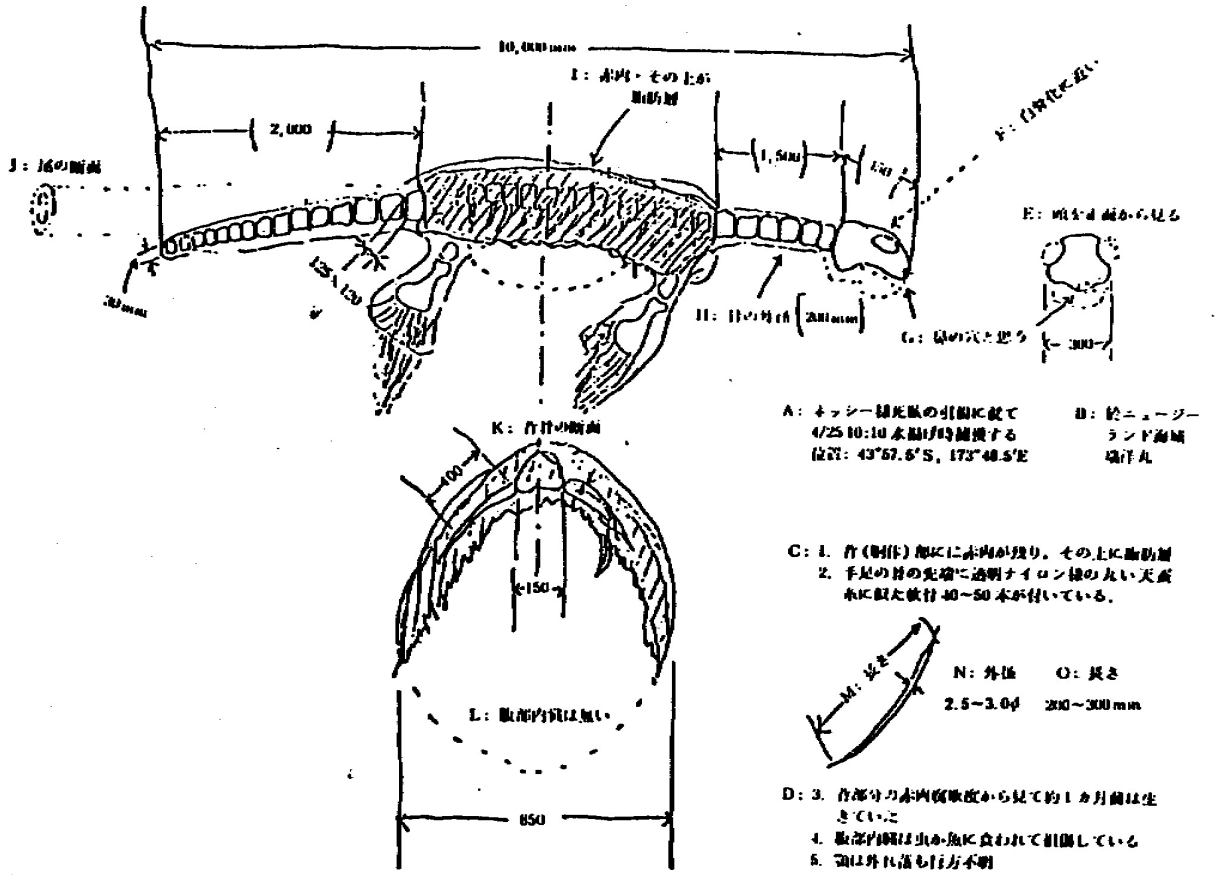
Los animales desconocidos cuya existencia real ha quedado esbozada en esta obra, sobrevivirán, o no, en la misma medida en que lo hagan todas las criaturas vivas de este planeta. La amenaza que pende sobre todas proviene de la única especie inteligente entre ellas, la cual sintiéndose por ello omnipotente decidió un día que la naturaleza entera había de rendirse al servicio de sus caprichos y dispendios, sin importar las catástrofes futuras que así se garantizaran. Los océanos se enfangan en las inmensas manchas de grasa y petróleo que la locura humana derrama sobre ellos, los ríos se ahogan en la basura vertida por quienes los utilizan como un desagüe infinito, los pastos se mueren de sed, los campos se agostan y el desierto prosigue implacable su marcha avasalladora, invitado por las mismas criaturas bípedas que un día creyeron abandonarlo definitivamente para fundar lo que ellas llamaron civilización.

Hemos olvidado que pese a cualquier rasgo distintivo capaz de elevarnos por encima de los brutos sin seso, el ser humano sigue perteneciendo en multitud de extremos al mundo natural. Un mundo en que los intercambios y relaciones se encuentran tan delicadamente equilibrados que una agresión tan cruenta y prolongada como la ejercida por la humanidad sobre su entorno a lo largo de los dos últimos siglos, no puede persistir mucho más tiempo sin resultados calamitosos para el ciclo de la vida en este planeta. Tal vez la humanidad logre eludir el suicidio medioambiental al que su propia irresponsabilidad la aboca, y quizás el resto de las especies animales —conocidas o no— escapen también a su perdición, pero esto sólo ocurrirá si el hombre recupera la cordura y recuerda que unos y otros sobrevivimos a cuenta del precario orden anidado por el cosmos sobre esta esfera rocosa, que revolotea en torno al sol sobre el oscuro telón del universo.

Anexo: El caso Zaiyu Maru

LA NOTICIA del peculiar cadáver semidescompuesto recogido en 1977 por las redes del pesquero japonés Zuiyu Marti, fue presentada al mundo entero como la mejor ocasión para confirmar con evidencias ciertas la supervivencia de monstruosos plesiosaurios en los océanos actuales. El revuelo causado por los primeros informes se extendió por todo el globo en una marea imparable de conjeturas, afirmaciones, réplicas y contrarréplicas. Con el transcurso del tiempo y el anuncio de los científicos de que sería necesario un cuidadoso estudio el ambiente se apaciguó hasta tal punto que los resultados de tal investigación —opuestos a la tesis del plesiosaurio— no recibieron el eco internacional que hubieran merecido.

Las controvertidas fotografías del supuesto «monstruo» fueron tomadas por uno de los tripulantes del pesquero, de 39 años de edad, llamado Yano, el cual se había graduado en el Instituto Oceanógrafico Yamaguchi. Yano también retiró 42 piezas de «fibra córnea» de una aleta anterior con la esperanza de que resultasen de ayuda en posteriores investigaciones, como de hecho así fue. En julio de 1978 una colección de nueve documentos que presentaban los hallazgos del equipo científico japonés formado al efecto, fueron publicados en un informe de la Sociedad Franco-japonesa de Oceanografía.



Bosquejo realizado por el profesor imaizumi sobre la forma corporal y la estructura ósea de la presunta bestia cuyo cadáver recogió el pesquero japonés *Zuiyu Maru* en 1977. el análisis bioquímico de las muestras extraídas de los despojos, revelaron que en realidad era un tiburón semidescompuesto.

A pesar de algunos desacuerdos sobre puntos específicos, y la opinión de algunos miembros de que la identificación era todavía incierta, el punto de vista ampliamente mayoritario abogaba por atribuir el cuerpo de *Zuiyu Maru* a la carcasa parcialmente corrupta de un tiburón peregrino, el más grande de su especie tras el tiburón-ballena. Esta conclusión fue vigorosamente respaldada por diversas líneas de evidencia, incluyendo estudios sobre el aspecto microscópico, la composición química y las propiedades físicas de las muestras de tejido, así como una gran cantidad de consideraciones anatómicas.

En las imágenes, varias fotografías de los extraños restos tomadas por la tripulación del *Zuiyu Maru*.

Las fibras córneas extraídas de la carcasa eran rígidas, con estructura acicular y puntas en ambos extremos, de color marrón translúcido. Tales características son típicas de la ceratotrichia, la fibra cartilaginosa de las aletas de tiburón. El análisis general de los aminoácidos de las muestras de la carcasa ofreció resultados que se correspondían estrechamente con la elastoidina de los bien conocidos tiburones. La elastoidina es una proteína colaginosa encontradas solamente en los tiburones y las rayas (no en los reptiles ni en otros peces). La adecuación fue especialmente apreciable cuando la elastoidina de un tiburón blanco se trató con una solución antiséptica de hipocloritosódico, como en las muestras del *Zuiyu Maru*. La correspondencia fue virtualmente idéntica en todos los 20 aminoácidos contrastados. Se advirtió también que el alto contenido de tryosina (43 y 41 residuos en las muestras) es especialmente característica de la elastoidina del tiburón, en comparación con otros colágenos,

En la fotografía de arriba la tripulación japonesa contempla los extraños restos

Las fibras córneas de la aleta mostraban un encogimiento distintivo de hasta 1/3 de su tamaño original cuando se calientan a

63 ° C, que gradualmente se recupera al enfriar. Este comportamiento hidrotermal único es característico de la elastoidina. Las microfotografías electrónicas del tejido mostraban numerosas protofibrillas paralelas, con un patrón particular de enlazamiento en toda su longitud que es característico de la elastoidina de los tiburones. También revelaron un patrón de periódica de 450-500 angstroms, tamaño menor que los colágenos típicos, pero que ha sido observado previamente en la elastoidina de los tiburones. Los primeros análisis de cromatografía gaseosa de las fibras córneas, dieron resultados consistentes con los tejidos de tiburón.

Aminoácido	Número de unidades en la muestra de 1977	Número de unidades en la elastoidina de tiburón
4-Hydroxyprolina	45	45
Ácido aspártico	54	55
Threonina	25	25
Serina	39	40
Ácido Glutámico	80	80
Prolina	130	125
Glycina	291	290
Alanina	109	no
Cystina (1/2)	7	6
Valina	25	24
Methionina	10	10
Isoleucina	20	20
I.encina	19	19
Tyrosina	43	41
Phenylalanina	12	12

Hydroxylysina	5	6
I.ysina	25	26
Histidina	11	13
Arginina	51	53
(Amida-N)	(57)	(62)

Tabla 1. Resultados del análisis general del aminoácido de las fibras córneas de la carcasa del Zuiyu Marti de 1977, y de la elastoidina de un tiburón (residuos/1000 residuos). La composición fue determinada mediante cromatografía líquida JLC-3BC (JEOL Co. Ltd.). Ambas muestras habían sido tratadas con NaCIO. Datos de Kimura et al. (1978), pp. 67-74.

Se concluyó que los estudios de composición de las muestras de tejido indicaban que la fibra córnea era esencialmente idéntica a la conocida elastoidina de los tiburones tanto en su morfología como en su composición aminoacídica. Si la fibra córnea hubiese sido extraída de un animal perteneciente a una clase distinta de los Chondrichthios (los tiburones y sus parientes), debería ser significativamente diferente. Estos resultados sugieren marcadamente que esta criatura sin identificar era un tiburón o una especie estrechamente emparentada.

Las evidencias anatómicas, aunque menos incontrovertibles que los análisis físico-químicos, también señalaban hacia las mismas conclusiones. Las fotografías de la carcasa mostraban seis vértebras en el cuello, mientras que los plesiosaurios de cuello corto poseían no menos de 13 vértebras cervicales, y bastantes más los de cuello largo. Imágenes y testigos confirman la presencia de tendones en las aletas, en contraste con las falanges óseas que articulaban las aletas de los plesiosaurios. Una de las fotografías muestra lo que aparenta ser el resto de una aleta dorsal, presente en los peces pero ausente —según la paleontología— en los plesiosaurios. La longitud

de las costillas (40 cm) era demasiado reducida para los plesiosaurios o cualquier otro vertebrado marino, excepto los tiburones. Como se ve en las fotografías, la aleta anterior se dispone en ángulo recto con el hombro, lo que es consistente con un tiburón y no con un satirio. Las medidas de la carcasa tomadas sobre la cubierta del pesquero, arrojan una proporción entre las partes del cuerpo incompatible con todos los fósiles conocidos de plesiosaurio.

George Swinney, exdirector del Musco de Edimburgo, explicaba al respecto:

Lo que suele ocurrir cuando un tiburón muere es que las fibras cartilaginosas que sujetan la parte delantera de la cabeza se descomponen, de modo que el morro se desprende y cae. El área que contiene los tejidos branquiales se desprende también, y cae todo el conjunto. Con lo que finalmente nos quedamos es con una pequeña clavera en esa región, unas vértebras largas, y una larga columna vertebral que da la apariencia de un ser de cabeza pequeña y cuello largo. Las aletas tienden a desaparecer, y en el caso de un macho otro conjunto que podría parecer como brazos, estaría situado en la zona genital. El lóbulo inferior de la cola tiende a caer, así que lo que resta es un pequeño animal cuya apariencia es la de una cabeza y un cuello muy largos, con un cuerpo también largo que poco a poco va estrechándose.

Tiburón peregrino (Cetorhinus maximus):

Las fibras córneas de la aleta mostraron una clara disminución de aproximadamente 1/3 del tamaño original cuando se calentaron en agua a 63 ° C, y poco a poco recuperaron sus dimensiones originales con refrigeración. Este comportamiento hidrotermal es característico de la elastoidina. Micrografías electrónicas de los tejidos mostraron numerosas protofibrillas paralelas, junto con un patrón de bandas que es característico de la elastoidina del tiburón. El examen micrográfico micrografías también reveló un importante patrón de estriación periódico de 450-500 angstroms, que es más corto que los colágenos típicos, pero que ya se había observado en la elastoidina del tiburón peregrino. Los primeros análisis de cromatografía de gases de las fibras córneas dieron resultados coherentes con los tejidos de tiburones.

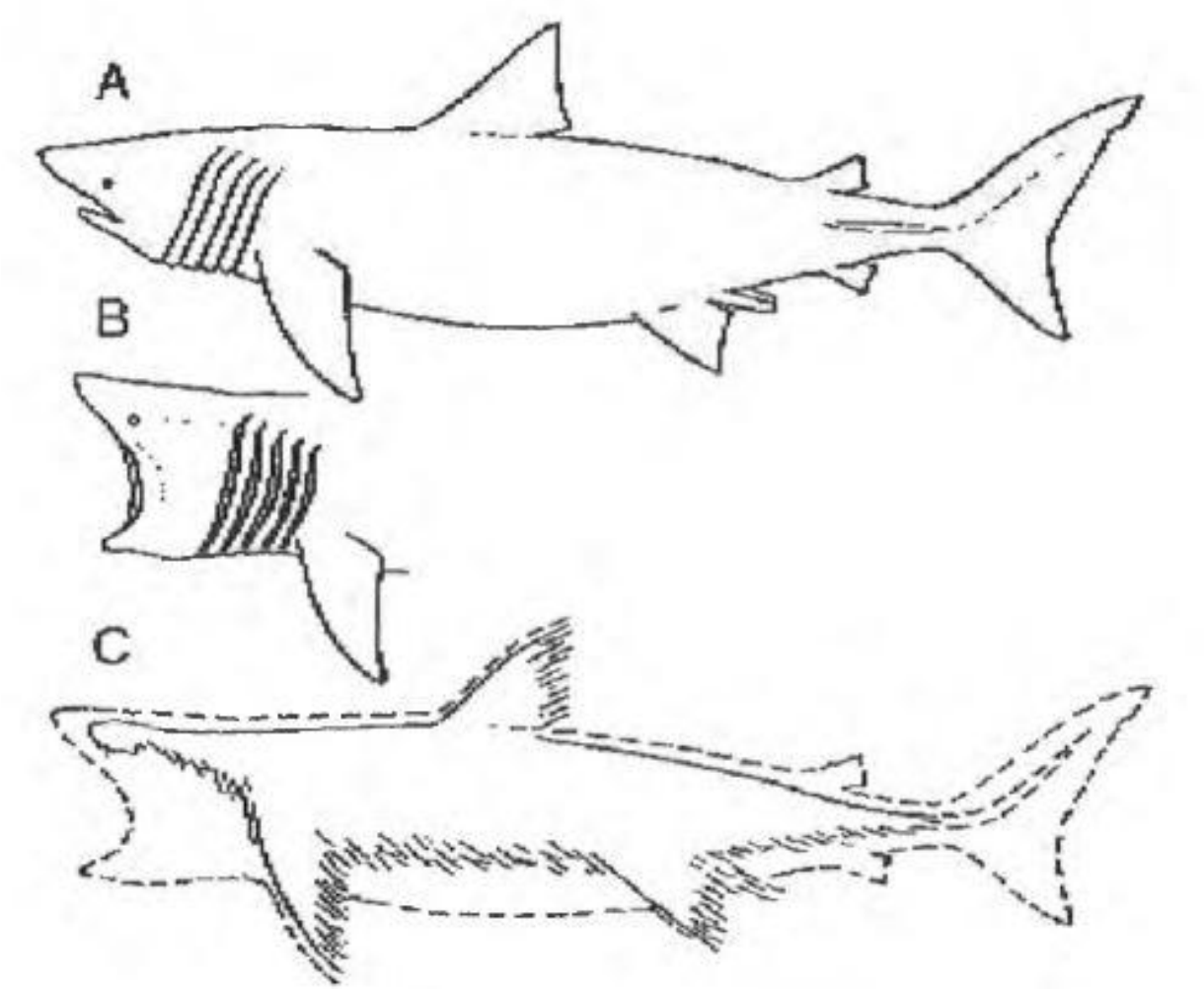
El boceto mostraba seis vértebras del cuello, que es razonablemente coherente con las mediciones del largo cuello

hechas por Yano (150 cm) y el diámetro de cada vértebra (20 cm). También es coherente con los tiburones. Sin embargo, las 6 a 7 vértebras cervicales no es coherente con los plesiosauros y otros reptiles marinos. Incluso el pliosaurio, también conocido como plesiosauro «de cuello corto», tienen al menos 13 vértebras en el cuello, el plesiosauro de «cuello largo» tiene muchas más. Se declaró que la cabeza de la criatura era como la de una tortuga. Esto se corresponde bien con los restos craneales de un tiburón peregrino, que han sido específicamente descritos como parecidos a la cabeza de una tortuga. Por el contrario, la cabeza del plesiosauro tenía una forma triangular, que no era particularmente parecida a la de una tortuga.

Las fotografías y los testigos confirman la presencia de rayos en las aletas, que son poseídos por la mayoría de los peces, incluidos los tiburones. En cambio, los plesiosauros tenían falanges óseas como soportes de las aletas, que no fueron vistos en la carcasa. Los huesos de las extremidades mostrados en el dibujo de Yano, evidentemente, se basan en la presunción de que se trata de un plesiosauro pero no en lo observado. Una de las imágenes muestra una aparente aleta dorsal, característica que se supone ausente en los plesiosaurios. La mayoría de los peces sí tienen aletas dorsales, incluyendo los tiburones. Las formas en «V» a lo largo de la columna vertebral y cerca de la faja pectoral fueron identificadas como myocommata. Los myocommata se componen principalmente de tejido conectivo entre los myomeres, y se encuentran en los tiburones, pero no en los reptiles.

Las costillas medían unos 40 cm de largo, que son demasiado cortas para los plesiosauros u otros vertebrados marinos pero no para los tiburones. Irónicamente, algunos se han preguntado si las costillas podrían ser demasiado largas para un tiburón, que suele tener costillas muy pequeñas. Pero se trataba de un espécimen excepcionalmente grande, y probablemente era aún mayor antes de la descomposición. Además, no es seguro que Yano identificara o midiera con precisión las costillas, que no aparecen en las fotos.

Quizá por error midió los restos de los arcos branquiales, myocommata, o surcos musculares, y supuso que correspondían a las costillas. Como se ve en las fotos, las aletas anteriores parecen estar articuladas en ángulo recto con el hombro, en consonancia con los tiburones, pero no con los plésiosauros.



Secuencia de la descomposición del cadáver de un tiburón, con el desprendimiento de partes del cuerpo hasta asemejarlo a un saurio prehistórico de cuello largo

Si el cadáver pertenecía a un plesiosauro, el cuerpo no podría doblarse en la postura que aparece en algunas de las fotografías, ya que los huesos del pecho serían grandes y planos. Asimismo, los

huesos ventrales del plesiosauro tendrían que haber permanecido si las aletas anteriores se conservaron, pero no se ven en la carcasa. En los plesiosauros, todos los huesos de las extremidades se encuentran en la parte ventral (inferior) del cuerpo, por lo que si la criatura fuera un plesiosauro degradado, es probable que los miembros ya hayan sido separados del cuerpo.

En el grado de descomposición que muestran las imágenes, un plesiosauro probablemente habría conservado su mandíbula superior y los dientes, pero no se informó de la presencia de dientes. No obstante, se sabe que en un tiburón peregrino, ambas mandíbulas se sueltan fácilmente, y aunque se mantiene el maxilar superior, sus extremadamente pequeños dientes podrían haber sido fácilmente pasados por alto.

Se atribuyó al cadáver una longitud de 10 metros. Los tiburones peregrinos comúnmente crecen más de 9 metros, y se han reportado especímenes de más de 12 pies de largo. Algunos autores indican que incluso pueden crecer más de 15 metros. El tamaño del canal también sería compatible con un pequeño plesiosauro, pero el cuerpo no guarda proporcionalidad. A pesar de que algunas mediciones de Yano parecen sorprendentemente ajustadas (por ejemplo, 2 metros de la cola y 10 m de longitud total), si suponemos que son razonablemente precisos, entonces las proporciones del cuerpo (aproximadamente 2:6:2 para la cabeza + cuello:torso:cola) son incompatibles con cualquier fósil de plesiosauro conocido. En muchos plesiosauros el cuello es la sección más larga, y en ningún caso el tronco (entre las aletas pectorales y la pelvis) es más largo que la cabeza y el cuello, como lo es en la carcasa. El canal podría haber perdido algo de su longitud a través de la pérdida de la cola (que se mencionan a continuación), pero la relación cuello-tronco aún sería incompatible con los plesiosauros. El rostrum (punta de la nariz) también puede haberse perdido, pero no afecta de forma apreciable a la longitud del cuerpo o las proporciones. Añadir una cola significaría que el tiburón estaba más cerca de 12,5 metros en

vida, que sería excepcionalmente grande, pero todavía dentro del rango de aceptación del tamaño general de los tiburones peregrinos.

Se dijo que el cadáver olía como un mamífero marino muerto, y carecía de un olor característico del amoníaco de los cadáveres de tiburón. Sin embargo, no se sabe si todos los tiburones desprenden olor de amoníaco cuando están descomponiéndose, o por cuánto tiempo. Además, se sabe que incluso vivos, los tiburones peregrinos emiten un singular y altamente ofensivo olor propio, que podría haber dominado todo el olor de amoníaco.

Los tiburones peregrinos tienen grandes depósitos de grasa en el músculo blanco y el hígado. Según algunas autoridades aumentan las reservas de grasa durante el verano, para usarla en el invierno. El animal en cuestión probablemente falleció a finales de marzo o a principios de abril, que es final del verano, en Nueva Zelanda. Además, los fenómenos de la formación de adipocira en cadáveres de tiburones y otros animales en descomposición, son explicados en virtud del nuevo material graso que se puede generar durante el proceso de decaimiento. La sustancia blanquecina, de olor pútrido, viscosa en la carcasa es compatible con la formación de adipocira. También, algo del material blanquecino, probablemente consistía de ligamentos y tejido conectivo filamentosos.

Las fotografías muestran, la presencia de músculo rojizo que también es compatible con un tiburón. Los tiburones al igual que otros peces tienen músculos blancos y rojos. El blanco predomina, pero los peces que nadan lentamente y de manera constante, como los tiburones peregrinos en general, tienen más músculo rojo que otros tiburones. Algo del color rojizo también puede ser debido a los residuos de sangre.

El cadáver tenía agujeros que Yano llamó «probables nares (orificios nasales)» en la parte delantera del cráneo. Sin embargo, el rostrum o la mayor parte de la estructura anterior pudo haber desaparecido, por lo que los nares podrían haber estado en la cara inferior y también el «frente» de lo que quedaba del cráneo, eliminando cualquier incompatibilidad. O bien, lo que Yano cree que

son los nares podrían haber sido cualquiera de los otros varios orificios fenestrales que existen en los cráneos de tiburones, u otros nuevos creados durante la descomposición. El cartílago en los cráneos de tiburón puede ser muy duro y denso, y los tiburones peregrinos tienen esqueletos especialmente bien calcificados. También, cuando envejece un tiburón, su cráneo se vuelve muy duro y denso. El tamaño de la carcasa claramente indica un espécimen viejo.

Algunos de los miembros de la tripulación dijeron que las aletas pelvianas (posteriores) eran similares en tamaño a las aletas pectorales, como en un plesiosauro Sin embargo, esto no se puede confirmar, ya que no hay mediciones ni se tomaron fotos de las aletas pélvicas. Yano y otros pudieron haber confundido la gran aleta dorsal, colgando y dislocada con las otras aletas, o bien la combinación de las aletas pélvica trasera y los broches genitales crearon la ilusión de una gran aleta trasera. Esto podría explicar el comentario de Yano de que la parte trasera tenían una inusual apariencia como la de una foca WyethSquid. También es posible que las aletas pectorales se degradaran un poco más que las aletas pélvicas, reduciendo la disparidad de su tamaño. El mismo Yano reconoció que haciendo su mejor esfuerzo para recordar las aletas frontales las juzgaba algo más grandes que las traseras. Su boceto sugiere otra cosa, pero se sabe que contiene una serie de inexactitudes, como los huesos de las aletas que realmente no se vieron.

Tampoco la ubicación del hallazgo es un problema para la identificación del tiburón peregrino. Los tiburones peregrinos habitan muchas partes templadas del mundo, incluyendo las aguas que rodean a Nueva Zelanda, y por ello se dedujo que el animal había muerto en una zona al sur del lugar de captura, bien conocido dentro de la gama de tiburones peregrinos.

Resulta conveniente, así pues, exponer con cierto detalle las conclusiones de estos estudios tanto por la escasa difusión que en su momento recibieron —circunstancia que todavía mantiene en la

confusión a un cierto sector del público— como porque constituye un excelente ejemplo de la potencia de los análisis científicos seriamente realizados y la ayuda que éstos pueden aportar en el esclarecimiento de los enigmas criptozoológicos.

La ejecución de una obra como ésta requiere siempre del concurso de otras personas, además de quien firma su autoría, cuyas intervenciones directas o indirectas contribuyen decisivamente a su forma final. Y, reconociendo que sería injusto citarlas de forma incompleta, resultaría incomprensible no citarlas en absoluto.

Una de ellas es Luis Laria, prestigioso naturalista especializado en calamares gigantes, que sorteó una infinidad de otras obligaciones para escribir un prólogo que constituye el brillante dintel de estas páginas.

Agradezco a Diego Muñoz —de probada destreza en las lides del periodismo científico— sus acertadas críticas a todo cuanto pudo parecerle incompleto u oscuro. Pero más aún les agradezco la leal amistad que venturosamente me han venido otorgando todos estos años, tanto él mismo como Carmen, su esposa.

Hacia mi editor, José Pons Bertran, mi gratitud no puede ser pequeña, pues a su aprecio por este libro, que juzgó digno de ser publicado, se debe la culminación exitosa por mi parte de un arduo y prolongado esfuerzo como autor. En la tarea editorial de corrección y composición del texto se distinguió especialmente Carolina Hernández Terrazas, sin cuya infatigable tenacidad desplegada en el mejoramiento de las imágenes esta obra hubiese perdido gran parte de su atractivo. Reciba mi gratitud grande y permanente.

Como siempre, y sobre codo, estoy en deuda con mis familiares y amigos. Una sola de sus palabras de aliento hacen posible mis libros y agradable, e incluso a veces gozosa, su escritura. Por último, no es necesario subrayarlo, el espacio necesario en mi vida para escribir todo cuanto sigue me lo procuró mi esposa Estrella Jornet Gil. Más allá de lo expresable por cualquier metáfora, su mera presencia me ilumina siempre y me orienta en los momentos menos jubilosos. De

su inspiración proviene —y no es la primera vez, ni espero sea la última— cuanto de valioso puedan contener estas páginas.

Bibliografía

Adams, m. v. 2001. *The Mythological Unconscious*, Other Press/ Karnac, Nueva York.

AGGARWAL, R. K., et al. 2007. «Mitochondrial DNA coding region sequences support the phylogenetic distinction of two Indian wolf species», *Journal of Zoological Systematics and Evolutionary Research*, 45, pp. 163-172.

Álvarez, L. w. 1983. «Experimental evidence that an asteroid impact led to the extinction of many species 65 million years ago», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 80, pp. 627-642.

Anderson, a. o., anderson, m. o. 1961. *Adomnans Life of Columba*, Thomas Nelson and Sons, Londres.

Angulo, E. 2007. *Monstruos*, 451 Editores, Madrid.

Allen, t. 1996. *Shadows in the Sea*, Lyons & Burford, Publ., Nueva York.

Arment, ch. 2004. *Cryptozoology: Science & Speculation*, Coachwhip Publications, Pensilvania.

Barclay, j. (1808-1810). «Remarks on some parts of the animal that was cast ashore on the island of Stronsa, September 1808», *Memoirs of the Wernerian Natural History Society*, vol. 1, p. 1811.

Barloy, j. j. 2007. *Bernard Heuvelmans. A Science Rebel*, Editions 1'Oeil du Sphinx, Paris.

Bauer, A. M., RUSSELL, a. p. 1996. «A living plesiosaur?: a critical assessment of the description of *Cadborosaurus willsi», Cryptozoology* 12, pp. 1-18.

Bauer, H. h. 1986. *The Enigma of Loch Ness: Making Sense of a Mystery*, University of Illinois Press, Urbana, Illinois.

—1987*a*. «Society and scientific anomalies: Common knowledge about the Loch Ness Monster», *Journal of Scientific Exploration*, 1, PP. 51-74.

—1987*b*. «Operation Deepscan» (16 October), *Nessletter*, n.º 84.

— 2002. «The Case for the Loch Ness Monster: The Scientific Evidence», *Journal of Scientific Exploration*, vol. 16, n.º 2, pp. 225-246.

Beccari, N. 1943. «*Ameranthropoides loysi*, gli Atelini e 1'importanza della morfologia cerebrale nella classificazione delle scimmie», *Archivio per l'Antropologia e l'Etnologia* (Florencia), 73, n.º 1-4, pp. 5114.

Beckman, M. 2005. «Biologists find new species of African monkey *(Lophocebus kipunji)», Science*, 308, p. 1103.

Benson, H., et al. 1982. «Body temperature changes during the practice of G. Tum-Mo Yoga», *Nature*, 95, pp. 234-236.

Bernheimer, r. 1979. *Wild-men in the Middle Ages*, Octagon books, Nueva York.

Binns, r. 1983. *The Loch Ness Mystery Solved*, Open Books, Londres.

Blackman, w. H. 1998. *The Field Guide to North American Monsters*, Three Rivers Press, Nueva York.

Boro, j. 1989. *Unexplained mysteries of the 21st century*. Contemporary Books, Chicago.

Bord, J., boro, c. 1981. *Alien Animals*, Book Club Associates, Londres.

Bouchet, p. 2006. «The magnitude of marine biodiversity» en Carlos M. Duarte, ed., *The Exploration of Marine Biodiversity. Scientific and Technological Challenges*, Fundación BBVA, Bilbao.

Bousfield, e. L., leblond, p. H. 1992. «Preliminary studies on the biology of a large marine cryptid in coastal waters of British Columbia», *American Zoologist*, 32:2A (abstracts).

—1995. «An account of *Cadborosaurus willsi*, new genus, new species, a large aquatic reptile from the Pacific coast of North America», *Amphipacifica*, 1, Supplemento 1, pp. 3-25.

Bowen, c. 1969. *The Humaoids*, Neville, Spearman, Londres.

Braithwaite, H. 1968. «Sonar picks up stirrings in Loch Ness», *New Scientist*, 19, pp. 664-66.

Bright, m. 1989. *There are giants in the sea*, Roleson Books, Londres.

BROOKESMiTH, p., ed. 1989. *Creatures from Elsewhere*, Chartwell Books, Londres.

Burton, m. 1960. «Loch Ness monster: a reappraisal», *The New Scientist*, 8, n.º 201, pp. 773-775.

Burton, M. 1961. *The Elusive Monster: An Analysis of the Evidence from Loch Ness*, Rupert Hart-Davis, Londres.

Byrne, p. 1975. *The Search for Bigfoot: Monster Man or Myth?*, Acropolis Books, Nueva York.

CAMPBELL, E. M., Solomon, D. 1973. *The Search for Morag*, Walker, Nueva York.

Campbell, G. 1998. *Nesspaper*, 2 (2), Julio.

—1999. *Nesspaper*, 3 (1), Enero.

CARR, S. M., et al. 2002. «How to tell a sea monster: molecular discrimination of large marine animals of the north atlantic», *Biol. Bull.*, 202, pp. 1-5.

CARTMELL, B. c. 1978. *Lets Go Fossil Shark Tooth Hunting*, Natural Science Research, Venice, Florida.

Ceballos, G., Ehrlich, P. R. 2009. «Discoveries of new mammal species and their implications for conservation and ecosystem services». *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 106, pp. 3841-3846.

Chalmers, a. f. 1991. *¿Qué es esa cosa llamada ciencia*?, Siglo XXI, Madrid.

—1992. *La ciencia y cómo se elabora*, Siglo XXI, Madrid.

Champagne, b. a. 2001. «A preliminary evaluation of a study of the morphology, behavior, autoecology and habitat of large unidentified marine animals, based on recorded field observations», *Crypto* Dracontology Special, 1, pp. 93-112.

—2007. «A classification system for large unidentified marine animals based on the examination of reported observations», en C. heiselman, ed. *Elementum bestia*, CRYPTO, Morrisville, Carolina del Norte.

Charpentier, L. 1976. *Los gigantes*, Plaza & Janés, Barcelona.

Chorda, c. 2007. *El yeti y otros bichos ¡Vaya timo!*, laetoli, Pamplona.

CLARK, J. 1993. *Unexplained!*, Visible Ink Press Inc., Michigan.

Clark, j., coleman, L. 1999. *Cryptozoology A-Z*, Simon & Schuster, Nueva York.

Cohen, d. 1982. *The encyclopedia of monsters*, Dodd-Mead & Co., Nueva York.

Coleman, L. 2001. *Mysterious America: The Revised Edition*, Paravicw Press, Nueva York.

Coleman, L., Clark, J. 1999. *Cryptozoology A to Z*, Fireside Books, Palmer, Alaska.

COLEMAN, L., huyghe, P. 2003. *The Field Guide to Lake Monsters, Sea Serpents, and Other Mystery Denizens of the Deep*, Larcher-Penguin, Nueva York.

Coleman, L., RAYNAL, M. 1996. «De Loys' Photograph: A Short Tale of Apes in Green Hell, Spider Monkeys, and *Ameranthropoides /loysi* as Tools of Racism», *The Anomalist*, 4, pp. 84-93.

Collen, b., et al. 2004. «Biological correlates of description dates in carnivores and primates», *Global Ecology and Biogeography*, 13, pp. 459-467.

Conan doyle, a. 1995. *El mundo perdido*, Plaza & Janes, Barcelona.
daegling, d. j. 2004. *Bigfoot Exposed: An Anthropologist Examines Americas Enduring Legend*, Altamira Press, Maryland.

Daegling, d. j., schmitt, d. o. 1999. «Bigfoot's screen test», *Skeptical Inquirer*, Mayo/Junio, pp. 20-25.

Darwin, ch. 1862. *On the various contrivances by which British and foreign orchids are fertilised by insects, and on the good effects of intercrossing*, John Murray, Londres.
—1877. *The various contrivances by which orchids are fertilised by insects*, John Murray, Londres.

Dash, m. 1988. «Operation Deepscan», *Fortean Times*, 50, pp. 35-39.

De iongh, h. h., et al. 2006. «A New Species of Living Peccary (Mammalia: *Tayassuidae*) from the Brazilian Amazon», *Bonner zoologische Beiträge*, 55, n.º 2 (publicado en Julio de 2007), pp. 105-112.

De loys, f., 1929. «A gap filled in the pedigree of man? A sensational discovery in South America: A new and strangely human species of the anthropoid apes (hitherto unknown in the Western Hemisphere)», *The Illustrated London News*, Londres, 174 (4704), p. 1040.

Dendle, p. 2006. «Cryptozoology in the medieval and modern worlds», *Folklore*, 117, pp. 190-206.

Dinsdale, T. 1976 *a El enigma del plesiosaurio del lago Ness*, Editorial ATE, Barcelona.
—*1976b. The Leviathans,* Futura Publications, Londres.

Edwards, F. 1959. *Stranger Than Science*, Ace Books, Nueva York.

Eggleton, b., suckling, N. 1998. *The Book of Sea Monsters*, Overlook IP, Nueva York.

Ellis, R. 1994. *Monsters of the Sea*, Knopf, Nueva York.

Fahrenbach, W. H. 1988. «Sasquatch: size, scaling and statistics», *Cryptozoology*, 13, pp. 47-75.

Fassett, j. e. 1982. «Dinosaurs in the San Juan Basin, New Mexico, may have survived the event that resulted in the creation of an iridium-enriched zone near the Cretaceous/Tertiary boundary», *Geological Society of America Special Paper*, 190, pp. 435-448.

Fassett, j. E. lucas, S. G. 2000. «Evidence for Paleocene dinosaurs in the Ojo Alamo Sandstone, San Juan Basin, New Mexico», *New Mexico Museum of Natural History and Science Bulletin*, 17, pp. 221-230.

Fassett, j. e., et al. 2002. «Dinosaurs that did not die: Evidence for Paleocene dinosaurs in the Ojo Alamo Sandstone, San Juan Basin, New Mexico», *Geological Society of America Special Paper*, 356. pp. 307-336.

Freeman, r. 2003. «Terrors of the taiga: the monsters of Siberia. Part one», en J. Downes & r. freeman, eds. *The Centre for Fortean Zoology Yearbook 2003*, CFZ Publications, Exeter, pp. 68-92.

Galbreath, G. j., et al. 2007. «An evolutionary conundrum involving kouprey and banteng: a response from Galbreath, Mordacq and Weiler», *Journal of Zoology*, 271, pp. 253-254.

Green, J. 1970. *Year of the Sasquatch*, Cheam Publishing, Toronto.
—1978. *Sasquatch: the Apes among Us*, Cheam Publishing, Toronto.
giglioli, e. h. 1870. *Note intorno alla distribuzione della fuana vertebrata nell'oceano prese durante un viaggio intorno al globo, 1865-1868*, Giuseppe Civelli, Florencia.

Gillman, p. «The most abominable hoaxer?», *Sunday Times Magazine*, 10 December 1989.

Hall, a. 1976. *Monstruos y bestias míticas*, Noguer, Barcelona.

HANNA, s. w. 1883. «Description of an Eel-like Creature Taken in a Net at New Harbor, Maine, in 1880», *Bulletin of the United States Fish Commission*, 3, pp. 407-410.

HAPGOOD, ch. 2000. *Mystery in Acambaro: Did Dinosaurs Survive Until Recently?*, Adventures Unlimited Press, Stelle, Illinois.

Harrison, p. 2002. *Sea Serpents & Lake Monsters of the British Isles*, Robert Hale & Company, Washington.

Heinselman, c. ed., 2007. *Elementum bestia: Being an Examination of Unknown Animals of the Air, Earth, Fire and Water*, CRYPTO, Morrisville, Carolina del Norte.

Hernández, a. 1992. *La desaparición de los dinosaurios*. Espacio y Tiempo, Madrid.

Hepple, r. r. 2001. *Nessletter* (ISSN 0204-7001), n.º 140.

Heuvelmans, b. 1955. *Sur la Piste des Bêtes Ignorées*, Libraire Plon, Paris
—1978. *Les Derniers Dragons d'Afiique*, Plon, Paris.
—1982. «What is cryptozoology?», *Cryptozoology*, 1, pp. 1-12.
—1983. «How many animal species remain to be discovered?», *Cryptozoology*, 2, pp. 1-24.
—1985. *In the Wake of the Sea Serpents*, Hill & Wang, Nueva York.
—1986. «Annotated checklist of apparently unknown animals with which cryptozoology is concerned», *Cryptozoology*, 5, pp. 1-26.

—1988. «The sources and method of Cryptozoological research», *Cryptozoology, 7*, pp. 1-21.
—1995. *On the Track of Unknown Animals*, Paul Kegan, Londres y Nueva York.
—1996 *a*. «Lingering pterodactyls», *Strange Magazine, 6*, 8-11, PP-58-60.
—1996 *b* «Lingering pterodactyls - Part II», *Strange Magazine*, I7, 18-21, pp. 56-57.

Hunter, d., dahinden, r. 1993. *Sasquatch/Bigfoot: The Search for North America's Incredible Creature*, Firefly Books, Nueva York.

Izzard, r. 1951. *The Hunt for the Burn*, Hodder & Stoughton, Londres.
—1955. *The Abominable Snowman Adventure*, Hodder & Stoughton, Londres.

IALowezak, R. (1997-1998), «Une empreinte de grande taille photographiée au Congo en 1966 : vraie ou fausse énigme cryptozoologique?», *Cryptozoo logia*, n.º 16, 3-9 (septiembre); n.º 17, 3-9 (octubre); n.º 18, 3-7 (noviembre); n.º 19, 3-10 (diciembre); n.º 20, 9-13 (enero).

Jones, T., et al. 2005. «The Highland mangabey *Lophocebus kipunji*: a new species of African monkey», *Science*, 308, pp. 1161-1164.

Keel, j. a. 1981. *El enigma de las extrañas criaturas*, Editorial ATE, Barcelona.
—1994. *The Complete Guide to Mysterious Beings*, Doubleday, Nueva York.

Kimura, s., et al. 1978. «The morphology and chemical composition of the horny fiber from an unidentified creature captured off the coast of New Zealand», en T. Sasaki, ed. (*Collected papers on the carcass of an unidentified animal trawled off New Zealand by the Zuiyo-Maru*, La Sociéte Franco-Japonaise d'Oceanographie, Tokio, pp. 67-74.

KOJO, Y. 1991. «Some ecological notes on reported large unknown animals, in lake Champlain», *Cryptozoology*, 10, pp. 42-45.

Kolosimo, p. 1976. *El planeta incógnito*, Plaza & Janés, Barcelona.

Korff, K. K., KOCIS, M., «Exposing Roger Patterson's 1967 Bigfoot Film Hoax», *Skeptical Inquirer*, Julio 2004.

KRANTZ, G. 1992. *Big Footprints: A Scientific Inquiry Into the Reality of Sasquatch*, Johnson Books, Boulder, Colorado.

Kuban G. J. 1997. «Sea-monster or Shark? An Analysis of a Supposed Plesiosaur Carcass Netted in 1977», *Reports of the National Center for Science Education*, Mayo/Junio, vol. 17, n.º 3, pp. 16-28.

Landry, s. o. 2005. «What constitutes a proper description?», *Science*, 309, p. 2164.

Leblond, p. h. 1982. «An estimate of the dimensions of the Lake Champlain monster from the length of adjacent wind waves in the Mansi photograph», *Cryptozoology*, 1, pp. 54-61.

—1992. «New Zealand cryptid studied». *British Columbia Cryptozoology Club Newsletter*, pp. 12.

—1993. «Sea serpents of the Pacific Northwest», *Montana Magazine*, 43, pp. 44-51.

LEBLOND, P. H., BOUSFIELD, E. L. 1995. *Cadborosaurus: Survivor from the Deep*, Horsdal and Schubart Publishers, Victoria, Canada.

Lecroy, M., barker, f. k. 2006. «A new species of bush-warbler from Bougainville Island and a monophyletic origin of southwest Pacific», *Cettia. American Museum Novitates*, 3511, pp. 1-20.

Lenoël, c. 1982. «À la recherche des bêtes ignorées d'Afrique», *Connaissance de la Chasse*, 72, pp. 62-65.

—1987. «Y a-t-il oui ou non un animal inconnu au lac Telle?», *Connaissance de la Chasse*, 139, pp. 60-63.

Long, g. 2004. *The Making of Bigfoot: The Inside Story*, Prometheus Books, Nueva York.

Mackal, r. p. 1979. *The Monsters of Loch Ness*, Swallow (Chicago), 1976. Version traducida como *El monstruo del Iago Ness*, Brugera, Barcelona.
—1986. «Biochemical Analyses of Preserved Octopus Giganteus Tissue», *Cryptozoology*, 5, pp. 55-62.
—1987. *A living Dinosaur? In Search of Mokele-Mbembe*, Brill, Leiden, Holanda.

Macpherson, E., et al. 2005. «A new squat lobster family of Galatheoidea (Crustacea, Decapoda, Anomura) from the hydrothermal vents of the Pacific-Antarctic Ridge», *Zoosystema, 27*, pp. 709-723.

MAEDE-WALDO, E. G. B., NICOLL, M. J. 1906. «Description of an unknown animal seen at sea off the coast of Brazil», *Proceedings of the Zoological Society of London*, 2, pp. 719-721.

Maier, G. 2003. *African Dinosaurs Unearthed: the Tendaguru Expeditions*, Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis.

Maigret, j. 1986. «Les cétacés sur les côtes ouest-africaines: encore quelques énigmes!», *Notes Africaines*, 189, pp. 20-24.

MANGIACOPRA, G. s., et al. 2000. «Calculation of a size-density population of lake-monsters based upon a lake's physical limnology», *Cripto*, 3, n.º 2, 5-11.

Martin d. m., Boyd, a. 1999. *Nessie: The Surgeon's Photograph*, BDDOPublisher, Canadá.

Mcewan, G. j. 1978. *Sea Serpents, Sailors and Sceptics*, Routledge, Londres.
—1986. *Mystery Animals of Britain and Ireland*, Robert Hale, Londres.

Mcgowan, c. 1993. *Dinosaurios y dragones de mar*, Crítica, Barcelona.

Meldrum, j. 2006. *Sasquatch: Legend Meets Science*, Borge Books, Pensilvania.

Melland, F. H. 1923. *Witch-bound Africa*, Seeley Service & Co., Londres.

Messner, R. 2000. *My Quest for the Yeti: Confronting the Himalayas' Deepest Mystery*, St. Martin's Press, Nueva York.

Michell, j., Rickard, R. J. M. 1982. *Living Wonders: Mysteries and Curiosities of the Animal World*, Thames and Hudson, Londres. miller, ch. c. 1950. *Cannibal caravan*, Museum Press, Londres. MONTANDON, G. 1929. «Un singe d'apparence anthropoide en Amérique du Sud», *Comptes Rendus hebdomadaires des Seances de l'Académie des Sciences* (Paris), 188 , n.º 11, pp. 815-817.

Mortimer, c. h. 1973. «The loch Ness monster. Limnology or paralimnology?», *Limn. Ocenogr.*, 18, n.º 2, pp. 343-345.

Morton, s. G. 1844. «On a supposed new species of Hipopotamus», *Proc. Acad. Nat. Sci. Phil.*, 2, n.º 1, pp. 14-17.

Muller, h. 1873. «Proboscis capable of sucking the nectar of *Angraecum sesquipedale», Nature*, 8, p. 223.

Naish, d. 1995. «Cryptocetology: introducing a new branch of cryptozoology», *Animals & Men*, 7, pp. 19-27.

—1996 *a*. «Cryptocctology: the page 254 story», *Animals &Men*, 8, pp. 23-29.

—1996/2. «Ancient whales, sea serpents and nessies part one: pros and cons», *Animals & Men* 9, pp. 16-23.

—1996 *c*. «Ancient whales, sea serpents and nessies part 2: theorising on survival», *Animals dr Men*, 10, pp. 13-21.

— 1996 *d*. «Analysing video footage purporting to show the "migo".

— A lake monster from Lake Dakataua, New Britain», *The Cryptozoology Review*, 1, n.º 2, pp. 18-21.

—1997. «Another Caddy carcass?», *The Cryptozoology Review*, 2, n.º 1, pp. 26-29.

—1998 *a*. «Tyrannosaurs, terror birds, touracos and tamanduas: the hottest news in vertebrate palaeontology», *Animals & Men*, 17,

pp. 18-27.
—1998 *b* «A possible new species of ziphiid whale», *The Cryptozoology Review*, 3, n.º 2, pp. 25-28.
—2000. «Where be monsters?», *Fortean Times*, 132, pp. 40-44.
— 2001. «Sea serpents, seals and coelacanths: an attempt at a holistic approach to the identity of large aquatic cryptids», en *I. Simmons & M. Quin*, eds., *Fortean Studies Volume 7*, John Brown Publishing, Londres.
— 2003 *a*. «Darren Naish on plesiosaurs, basilosaurs, and problems with reconstructions», *North American BioFortean Review*, 5 , n.º 3 (Issue 12), pp. 10-19.
— 2003/2. «The late survival of Homotherium in Europe confirmed», *Animals & Men*, 31, pp. 31-37.
— 2004. «New Zealand's giant gecko: a review of current knowledge of Hoplodactylus delcourti and the kawekaweau of legend», *The Cryptozoology Review*, 4, n.º 2, pp. 17-21.

Newton, m. 2005. *Encyclopedia of Cryptozoology: A Global Guide to Hidden ls and Their Pursuers*, McFarland & Compan, Jefferson, Carolina del Norte.

Napier, j. 1972. *Bigfoot*, Dutton & Co., Nueva York.

O'neile, j. p. 2003. *The Great New England Sea Serpent: An Account of Unknown Creatures Sighted by Many Respectable Persons Between 1638 and the Present Day*, Paraview Special Editions, Nueva York.

Parsons, j. 1751. «A dissertation upon the Class of the Phocae Marinae», *Philosophical Transactions*, 47, pp. 109-122.

Patterson, B. d. 2000. «Patterns and trends in the discovery of new Neotropical mammals», *Diversity and Distributions, 6*, pp. 145-
— 2001. «Fathoming tropical biodiversity: the continuing discovery of Neotropical mammals», *Diversity and Distributions*, 7, pp. 191-196.
— 2002. «On the continuing need for scientific collecting of mammals», *Journal of Neotropical Mammalogy*, 9, pp. 253-262.

Paxton, c. G. M. 1998. «A cumulative species description curve for large, open water marine animals», *Journal of the Marine Biological Association of the United Kingdom*, 78, n.º 4, p. 1389.

— 2001. «Predicting pelagic peculiarities: some thoughts on future discoveries in the open seas», en C. Heinselman (ed), *Dracontology Special Number 1: Being an Examination of Unknown Aquatic Animals*, Craig Heinselman, Francestown, Nuevo Hampshire, 2001, pp. 60-65.

— 2004. «Giant squids are red herrings: *why Architeuthis* is an unlikely source of sea monster sightings», *The Cryptozoology Review*, 4, n.º 2, pp. 10-16.

Paxton, c. G. m., Holland, R. 2005. «Was Sceenstrup right? A new interpretation of the 16th century sea monk of the Ørcsund», *Steenstrupia*, 28, pp. 39-47.

Paxton, c. G. M., et al. 2004. «Cetaceans, sex and sea serpents: an analysis of the Egede accounts of a "most dreadful monster" seen off the coast of Greenland in 1734», *Archives of Natural History*, 32, pp. 1-9.

Pereda, xi., bardet, n. 1998. «El arca de Noé de los seres extraordinarios. Una aproximación a las manifestaciones excéntricas de las ciencias naturales: criptozoología, futurozoología y parabiología», en E. MOLINA, A. CARRERAS y J. PUERTAS, eds., *Evolucionismo y racionalismo*, Institución «Fernando el Católico», Excma. Diputación de Zaragoza y universidad de Zaragoza, Zaragoza pp. 315-325.

Perry, R. 1972. *The Unknown Ocean*. David & Charles, Newton Abbot, Devon.

Pine, r. h. 1994. «New mammals not so seldom», *Nature*, 368, p. 593.

Pranavananda, s. (1956-1957). «The abominable snowman», *Alpine J.* , 61, pp. 110-118.

Pugh, L.G. c. e. 1963. "Tolerance to extreme cold at altitude in a Nepalese pilgrim", *J. Appl. Physiol.*, 18, pp. 1234-1238.

Quoy, j. R. C., gaimard, J. P. 1824. "Voyage autour du monde exécute sur les corvettes de S.M l" *Uranie* et la *Physicienne* pendant les années 1817, 1818, 1819 et 1820», *Zoologie*, 1, p. 86.

Radford, b. 2003. «The measure of a monster», *Skeptical Inquirer*, 27 (4).

RAFINESQUE-SCHMaltz, C. S. 1819. «Dissertation on Water-Snakes, Sea Snakes and Sea Serpents», *Philosophical Magazine and Journal*, 54, pp. 361-367.

Raynal, m. 2001. «Cryptocetology and mathematics: how many cetaceans remain to be discovered?», en c. heinselman, ed., *Dracontology Special Number 1: Being an Examination of Unknown Aquatic Animals*, Craig Heinselman, Francestown, Nuevo Hampshire, pp. 93-112.

Razdan, R., kielar, a. (1984-1985). «Sonar and photographic searches for the loch Ness Monster: A reassessment», *Skeptical Inquirer*, 9, pp. 147-58.

Reeder, d. m., et al. «Global trends and biases in new mammal species discoveries», *Occasional Papers, Museum of Texas Tech University*, 269, pp. 1-35.

Regusters, h. a. 1982. «Mokele-mbembe, an investigation into rumors concerning a strange animal in the republic of the Congo, 1981», *Munger Africana Library Notes*, 12, n.º 64, 1-27 (Julio) pp. 15, 21.

Ribera, a. 1967. *Los monstruos marinos*, Telstar, Barcelona.

Rife, p. l. 2000. *Americas Loch Ness Monsters*, iUniverse, Bloomington, Indiana.

RINES, R., et al. 1985. «Loch Ness reanalysis: Rines responds», *Skeptical Inquirer*, 9, pp. 382-387.

Roesch, B. s. 1996. «Three recent "sea monster" carcasses». *The Cryptozoology Review*, 1(2), pp. 15-17.

ROTHSCHILD, w., jordan, K. 1903. *A revision of the lepidopterous family Sphingidae*, Hazell-Watson-Viney, Londres & Aylesbury, PP. 30-32.

Russell, r. s. 1941. «The Karakorum expedition 1939», *Alpine J.*, 52, pp. 195-208.

Sagan, c. 1976. «If there are any, could there be many?», *Nature*, 264, P- 497-

Sánchez romero, G. 2006. *Monstruos acuáticos. Desde el lago Ness al Okanagan*, Editorial Benchomo, Santa Cruz de Tenerife.

Sanderson, I. T. 1937. *Animal Treasure*, Viking Press, Nueva York.
—1939. *Caribbean Treasure*, Viking Press, Nueva York.
—1941. *Living Treasure*, Viking Press, Nueva York.
—1946. *Animal Tales*, Knopf, Nueva York.
—1951. *How to Known the North American Mammals*, Little Brown, Londres.
—1955. *Living Mammals of the World*, Hannover House, Fayeteville, Arkansas.
—1956. *Follow the Whale*, Little Brown, Londres.
—1961. *Abominable Snowmen: Legend Come to Life*, Chilton, Filadelfia. Una versión de bolsillo con notas adicionales fue publicada en 1968 por Pyramid Books, y reimpresa en 1977 por Harcourt Brace Jovanovich.
—1961. *The Continent We Live On*, Random House, Nueva York.
—1962. *The Dynasty of Abu*, Knopf, Nueva York.
—1967. «*Things*», Pyramid Books, Florida.
—1969. *More «Things»*, Pyramid Books, Florida.
—1972. *Investigating the Unexplained*, Prentice-Hall, Nueva Jersey.
—1974. *Green Silence*, David McKay Publications, Filadelfia.

Sanderson, i. t., loth, D„ 1965, *Book of Great Jungles*, Julian Messner Publisher, Nueva York.

Schipper, j., et al. 2008. «The status of the world's land and marine mammals: diversity, threat, and knowledge», *Science*, 322, pp. 225-230.

SCHWOErbel, w. 1986. *Evolución*, Salvar, Barcelona.

Seabury, ch. 1852. «Capture of the Sea Serpent», *The Times*, Londres, 10 de marzo.

SEGUÍ, M. 2002. *Los últimos dinosaurios vivos. Tras la pista de un mundo perdido*, La espiral del conocimiento, Barcelona.

Scott, p., rines, r. 1975. «Naming the Loch Ness monster», *Nature*, 258, pp. 466-468.

SCHEDIER, w., WALLIS, p. 1973 a. «An alternate method of calculating the density population of monster in loch Ness», *Limn. Ocenogr.*, 18, n.º 2, p. 343.

—1973 *b*. «Reply to Mortimer», *Limn. Ocenogr.*, 18, n.º 2, pp. 345-346.

Sheldon, r. w., kerr, s. R. 1972. «The population density of monsters in loch Ness», *Limn. Ocenogr.*, 17, pp. 796-798.

Shipton, e. e. 1952. *The Mount Everest Reconnaissance Expedition 1951*, Hodder and Stoughton, Londres.

Shoemaker, m. 1991. «The Mystery of Mono Grande», *Strange Magazine*, Abril.

Shuker, k. p. n. 1991 *a*. «The Search for Monster Sharks», *Fate*, 44, pp. 41-49.

—1991. *Extraordinary Animals Worldwide*. Robert Hale, Londres.

—1992. «Rainbow Dragons and Marine Elephants», *Fate*, 45, pp. 57-66.

—1993. «Gambo: The Beaked Beast of Bungalow Beach», *Fortean Times, 67*, Febrero/Marzo, pp. 35-37.

—1994. «A belfry of crypto-bats», *Fortean Studies*, 1, pp. 235-245.
—1995. *In Search of Prehistoric Survivors*, Blandford, Londres.
— 1997. «A monster in the lake», *The X Factor*, 29, pp. 799-803.
— 2002 *a*. «Flying grave robbers», *Fortean Times*, 154, pp. 48-49.
— 2002 *b. The New Zoo: New and Rediscovered Animals of the Twentieth Century*, House of Stratus, Londres.
—2003. *The Beasts That Hide From Man: Seeking the World's Last Undiscovered Animals*, Paraview Press, Nueva York.
—2007. *Extraordinary Animals Revisited*, CFZ Press.
— 2008. «The truth behind the monster», *Fortean Times*, 232, pp. 58-59.

Sjögren, b. 1962. *Farliga djur och djursom inte finns*, Prisma.

Solow, a. r., smith, w. k. 2005. «On estimating the number of species from the discovery record», *Proceedings of the Royal Society B*, 272, pp. 285-287.

SOULE, G. 1981. *Mystery monsters of the deep*, E Watts Ed., Nueva York.

Springer, v. G., gold, j. p. 1989. *Sharks in question*, Smithsonian Institution Press, Washington D. C.

Staude, c. p., lambert, p., 1995. «Editorial… an opposing view», *Amphipacifica*, 1, Suplemento 1, 2.

Steel, r. 1985. *Sharks of the world*, Facts on File Publ., Nueva York.

Sweeney. j. b. 1972. *A pictorial history of sea monsters and other dangerous marine life*, Crown Publ., Nueva York.

Tchemine, o. 1961. *The Snowman and Company*, R. Hale, Londres.

Timm, R. m., et al. 2005. «What constitutes a proper description?», *Science*, 309, pp. 2163-2166.

TOMBAZi, N. a. 1925. *Account of a Photographic Expedition to the Southern Glaciers of Kanchenjunga in the Sikkim Himalaya*, Maxwell Press, Bombay.

Trillmich, F., TRiLLMicH, K. g. K. 1984. «The mating systems of pinnipeds and marine iguanas: convergent evolution of polygony», *Biological Journal of the Linnean Society*, 21, pp. 209-216.

Jhen, m. d. 2008. «New protocetid whales from Alabama and Mississippi, and a new cetacean clade, Pelagiceti», *Journal of Vertebrate Paleontology*, 28, pp. 589-593.

ViLORiA, A., et al. 1998. «François De Loys (1892-1935) y un hallazgo desdeñado: la historia de una controversia antropológica», *Interciencia*, 23, n.º 2, pp. 94-100.

—1999 «Cartas al director. La verdad sobre el mono venezolano», *Interciencia*, 24, n.º 4, pp. 229-231.

Voss, r. s., da silva, m. n. F., «Revisionary notes on Neotropical porcupines (Rodentia: Erethizontidae). 2. A review of the *Coendou vestitus* group with descriptions of two new species from Amazonia», *American Museum Novitates*, 3351 (2001), pp. 1-36.

Waddell, L. a. 1900. *Among the Himalayas* (2nd ed.), J. B. Lippincott Co., Filadelfia.

Wallace, a. R. 1867. «Creation by law», *Quarterly Journal of Science*, 4 n.º 16, pp. 470-488.

—1871. *Contributions to the theory of natural selection*. 2.ª ed. Macmillan, Londres.

—1907. Fertilisation of flowers by insects. *Nature*, 75, n.º 1944, p. 320.

Wallach, v., jones, G. s. 1992. «*Cryptophidion annamense*, a new genus and species of cryptozoic snake from Vietnam (Reptilia: Serpentes)», *Cryptozoology*, 11, pp. 1-37.

Ward, m. 1997. «Everest 1951: the footprints attributed to the Yeti - myth and reality», *Wilderness and Environmental Medicine*, 8, pp. 29-32.

*N*avell, s. 1958. *The Lost World of the East. An Adventurous Quest in the Malayan Hinterland*, The Adventurers Club, Londres.

*N*eidensaul, s. 2002. *The Ghost with Trembling Wings: Science, Wishful Thinking and the Search for Lost Species*, North Point Press, Nueva York.

*N*endt, H. 1976. *Los animales legendarios de la jungla*, Noguer, Barcelona.

*N*elfare, S., fairley, J. 1980. *Arthur C. Clarke's Mysterious World*, Collins, Londres.

*N*hite, w. T., et al. 2004. «A juvenile megamouth shark *Megachasma pelagios* (Lamniformes: Megachasmidae) from northern Sumatra, Indonesia», *The Raffles Bulletin of Zoology*, 52, pp. 603- 607.

*N*ilson, a. 1907. *Antarctic mammalia* en «National Antarctic expedition». (London British Museum), *Zoology*, 2, pp. 4-5.

*N*ITCHELL, N. 1974. *The Loch Ness Story*, Terence Dalton, Lavenham.

*N*YCKOFF, C. W. 1984. Carta del 27 de agosto a Henry Anatole Grunwald, editor jefe de la revista *Discover*.

*N*HYTE, C. 1957. *More than a Legend: The Story of the Loch Ness Monster*, Hamilton, Londres.

*N*OODLEY, M. A. 2008. *In the Wake of Bernard Heuvelmans,* CFZ Press, Bideford.

ZARZYNSKI, J. 1988. *Champ: Beyond the Legend*. Wilton, Nueva York.

ZHENXiN, y., WANPO, H. 1981. «Wild Man. China's Yeti», incluido en el monográfico «A Challenge to Science: The Mystery of the Wildmen», *Tortean Times*, 1, pp. 5-15. El artículo original apareció en la publicación china *Huashi*, 19 (1979), n.º 1.

Recursos online

The Cryptid Zoo: A Menagerie of Cryptozoology. Lista alfabética de criaturas misteriosas y criptozoológicas: **http://www.newanimal.org**

Thunderbird. Página dedicada a un ave gigantesca que supuestamente habita de incógnito en Norteamérica: **http://www.cryptozoology.com/cryptids/thunderbird.php**

Cryptids. Registro de críptidos, animales presuntamente existentes pero todavía no catalogados por los naturalistas: **http://cryptozoo.monstrous.com**

Cryptid. Página sobre críptidos en castellano: **http://www.worldlingo.com/ma/enwiki/es/Cryprid**

Cryptozoology. Sección de criptozoología dentro de un portal dedicado a enigmas diversos y fenómenos anómalos: **http://freshlinks.net/lang.aspx/es/odp.aspx/Science/Anomalies_and_Akernative_Science/Cryprozoology**

What Are Cryptozoology and Cryptids? Artículo dedicado a considerar la verosimilitud de la criptozoología y sus pretensiones científicas: **http://cryptozoology.suite 101.com/article.cfm/what_are_cryptozoology_and_cryptids**

Cryptozoology. Introducción a la criptozoología para los neófitos: **http://kodos86.tripod.com**

Cryptids: Cryptozoology Shop. Lugar donde, además de abordar los múltiples temas criptozoológicos, se venden objetos relacionados con ellos:
http://www.cafepress.com/scryptoart/388766

Flipkart.com: Biblical Cryptozoology Reuealed. Curioso texto que vincula los asuntos criptozoológicos con la narración bíblica: **http://www.flipkart.com/biblical-cryptozoology-revealed-cryptids-bible/1441522670-zox3f9q6w6**

Cryptozoology. Miscelánea sobre críptidos de todo tipo: **http://www.pibburns.com/cryptozo.htm**

Cryptozoology: The Top 11 Cryptids. Lista de los once animales misteriosos más destacados, a juicio del creador del ciber-portal: **http://www.ugo.com/channels/filmTv/features/cryptozoology/default.asp**

Cryptozoology Animals Cryptozoologists Unknown Cryptids. Resumen de los objetivos de la criptozoología y de sus posibles conexiones con la ciencia biológica ortodoxa:
http://www.economicexpert.eom/a/Cryptozoology.htm

Google Directory - Anomalies and Alternative Science. Lista de referencias del buscador Google sobre criptozoología:
http://www.google.com/Top/Science/Anomalies_and_Alternative_Science/Cryptozoology

Cryptomundo-Cryptid: The Ultímate Cryptozoology Experience. Ciberbitácora mantenida por un célebre criptozoólogo estadounidense, Loren Coleman:
http://www.cryptomundo.com/cryptozoo-news/cryptidcx

Mokele-Mbembe, African Congo Cryptid. Lugar dedicado al presunto dinosaurio superviviente en el centro de Africa:

http://cryptozoology.suitel01.com/article.cfm/mokelembembe_african_congo_cryptid

RAFAEL ANDRÉS ALEMAÑ BERENGUER. Alicante 1966. Licenciado en Química (Bioquímica) por la Universidad de Valencia y en Física (Fundamental) por la UNED, Diplomado en Estudios Avanzados por la Universidad Miguel Hernández, doctor en Ciencias Tecnologías Físicas por la Universidad de Alicante, actualmente investigador colaborador honorífico en el grupo de astronomía y astrofísica del Departamento de Física, Ingeniería de Sistemas y Teoría de la Señal (Instituto Universitario de Física Aplicada a las Ciencias y a la Tecnología) de la Universidad de Alicante.

Premio Competición Futurista Honeywell 1988 por el ensayo «*Las futuras lanzaderas espaciales*» y finalista al Premio Ignotus 2005 por el ensayo *Ciencia y Apocalipsis*, y Premio Kraken (en su I Edición) a la mejor obra creativa por *Criptozoología. Cazadores de Monstruos*. Conferenciante en múltiples foros, es autor de diversos artículos y

libros de divulgación, entre ellos *Criptozoología, El Desafío de Einstein, la Naturaleza Imaginada, Mundo Cuántico y En Busca de la Teoría del Todo*. Redactor del desaparecido periódico de divulgación científica *Tecnociencia*, fue también colaborador en el programa *La Ventana del Universo*, de Radio Alicante - Cadena SER, en el programa Adelantos de Onda Regional de Murcia entre 2006 y 2009, y articulista en la revista *Astronomía y Universo*.

Actualmente miembro del consejo asesor de la revista interdisciplinar *Naturaleza y Libertad* (Universidad de Málaga), colabora como articulista y recensor (referee) en la revista *Latin American Journal of Physics Education*, como autor en la revista *Llull*, de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y las Técnicas, en la revista electrónica *eVOLUCIÓN*, de la Sociedad Española de Biología Evolutiva (sesbe), así como en el *PhilSci Archive*, un archivo electrónico de libre acceso en filosofía de ciencia organizado por la Universidad de Pittsburgh.

También colaboró como comentarista de temas científicos en Radio Alicante (Cadena SER), Onda Regional de Murcia, Radio Arenys de Munt (Barcelona), Radio 9 (Radio-Televisión Valenciana).

Notas

[1] Las medidas han sido convertidas al sistema métrico moderno. **<<**

[2] Heuvelmans (1995), XXIV. **<<**

[3] Más sobre ello en el capítulo II. **<<**

[4] Véase el anexo dedicado a ese caso en esta misma obra. **<<**

[5] Véase al respecto un interesante análisis del caso en Edwards (1959). **<<**

[6] Rafinesque (1818). **<<**

[7] Extraído de Ribera (1967). **<<**

[8] El artículo de Sanderson en el que expone esta idea, publicado por la revista *True Magazine*, se recoge en Shuker (1991 *b*). **<<**

[9] Comentado más extensamente en Coleman & Huyghes (2003). **<<**

[10] Heuvelmans (1985). **<<**

[11] Coleman & Huyge (2003). **<<**

[12] Kojo (1992) y Mangiacopra et al. (2000), entre otros. **<<**

[13] A la exposición de este catálogo dedica Champagne el capítulo «Un sistema de clasificación para grandes animales marinos no identificados basado en el examen de observaciones declaradas» en Heinselman (2007). Véase también Champagne (2001). **<<**

[14] Véase más adelante en este mismo capítulo. **<<**

[15] Ya en 1751, James Parsons publicó un artículo titulado «Una disertación sobre la clase de las focas marinas», en el que advertía la posibilidad de encontrar especímenes de tamaño descomunal con un largo cuello. Véase Parsons (1751). Por otra parte, los cetáceos evolucionaron para sustituir a los ictiosaurios (con forma corporal y hábitat muy semejantes), de modo que a veces se habla de los cetáceos como «ictiosaurios mamiferoides». Bien pudiera ocurrir entonces que estos pinnipedos cuellilargos fuesen considerados «elasmosaurios mamiferoides». **<<**

[16] De hecho, hay indicios de un comportamiento similar entre las focas grises, si bien es un asunto controvertido. Véase Trillmich & Trillmich (1984). **<<**

[17] LeBlond & Bousfield (1995). **<<**

[18] Holotipo es el espécimen que sirve como patrón para definir las características básicas de la especie, y como referencia comparativa mediante la cual decidir si un determinado individuo pertenece a esa especie. **<<**

[19] Las críticas mejor fundadas pueden hallarse en Staude & Lamben (1995) y en Bauer & Russell (1996). Estos últimos autores sugirieron que las fotografías de *Caddy*, si no son un fraude, corresponderían a un tiburón peregrino. **<<**

[20] La palabra escocesa *loch* significa «lago». **<<**

[21] Véase Martin & Boyd (1999). Boyd, por ejemplo, arguye que el fraude de Wetheral no invalida otras pruebas sobre el extraño habitante del lago Ness. **<<**

[22] Bauer (2002), pp. 238-239. **<<**

[23] Dinsdale (1976 *a*). **<<**

[24] Mackal (1979). **<<**

[25] Bauer (1986, 2002) o Hepple (2001), entre otros. **<<**

[26] Véase Campbell (1998, 1999) y Heppel (2001). **<<**

[27] Esta autora, en su libro *Más que una leyenda*, especuló por primera vez con la posibilidad de que hubiese no uno solo, sino una familia de monstruos en el lago. Véase Whyte (1957). **<<**

[28] Braithwaite (1968). **<<**

[29] Scott & Rines (1975). **<<**

[30] Wyckoff (1984), citado por Bauer (2002), p. 233. **<<**

[31] Bauer (1987 *b*) y Dash (1988). **<<**

[32] *Mysterious Creatures*, Time-Life Books (1988), p. 90. **<<**

[33] La mejor lista de contactos de sonar hasta comienzos de la década de 1970, se encuentra en el libro *El monstruo del lago Ness*, de Roy Mackal. Véase Mackal (1976), apend. E, tabla 3, pp. 296-297. **<<**

[34] Vale la pena mencionar el hecho de que la marina sueca detectó esporádicamente grandes objetos navegando sumergidos en sus fiordos —denunciados como submarinos intrusos— sin conseguir identificarlos. Véanse las noticias al respecto en los diarios *Scotsman* (17 July 1987) *y Aberdeen Press & Journal* (2 September 1988). **<<**

[35] Como se explica en Shuker (1995, 1997, 2008), Freeman (2003) y Newton (2005). **<<**

[36] El nombre original indio es Kel-Oni-Won, que más tarde cambiaría a N'ha-a-itk, N'ha-a-cti o Naitaka. El monstruo adquirió su actual nombre en 1924, año en que se reunió la Junta de Comercio de Vancouver en Vernon. Para amenizar la reunión contrataron a Hill Brimblecombe quien cantó una canción compuesta por Cumberland Clark: *The Ogopogo. The Funny Fox-Trot*. La canción mencionaba una bestia fantástica llamada Ogopogo, resultado de una unión ilícita entre un ciempiés y una ballena. Los delegados a la convención decidieron poner ese nombre a la mírica bestia del lago Okanagan, y los diarios locales se encargaron de popularizarlo. **<<**

[37] Véanse Zarzynski (1988), Coleman & Huyghes (2003), Radford (2003) y Newton (2005) para un detallado relato del suceso. **<<**

[38] Naish (2001). Véase también LeBlond (1982). **<<**

[39] Véase Sánchez Romero (2006), pp. 103-111; especialmente la tabla 1, p. 105. **<<**

[40] Sheldon & Kerr (1972). **<<**

[41] Scheider & Wallis (1973 *a*). **<<**

[42] Mortimer (1973). **<<**

[43] Scheider & Wallis (1973 *b*). **<<**

[44] Álvarez (1983). **<<**

[45] Forma altamente compactada del anhídrido de cuarzo (arena), típica de las rocas metamórficas halladas en los cráteres asociados a impactos meteoríticos. **<<**

[46] Véase McGowan (1993), cap. 12, *y* la bibliografía allí citada al respecto. **<<**

[47] Fassett (1982) *y* Fassett et al. (2000, 2002). **<<**

[48] Seguí (2002), pp. 46-47. **<<**

[49] Miller (1950). **<<**

[50] Sanderson (1969). **<<**

[51] Sanderson (1969). **<<**

[52] Melland (1923). **<<**

[53] Sanderson (1937). Véanse también Heuvelmans (1978, 1995) y Shuker (1994. 1995, 2003). **<<**

[54] Heuvelmans (1978, 1995), Bord & Bord (1981), Michell & Rickard (1982), Ebcrhart (2002) y Ncwton (2005). **<<**

[55] Shuker (2002). **<<**

[56] Mackal (1987). **<<**

[57] Para una cuidadosa discusión de la huella fotografiada por Ridel véase especialmente Jalowézak (1997-1998). También pueden consultarse LeNoël (1982, 1987), Mackal (1987) y Regusters (1982). **<<**

[58] Sjögren (1962). **<<**

[59] Wavell (1958). **<<**

[60] Bernheimcr (1979). **<<**

[61] Waddell (1900). **<<**

[62] Edwards (1959). **<<**

[63] Malentendido lingüístico perfectamente explicado en Sanderson (1977), PP. 51-52. **<<**

[64] Tombazi (1925). **<<**

[65] Una narración competa de primera mano de estos hechos aparece en Shipton (1951). **<<**

[66] Como también hace, sin mayor fundamento, el alpinista italiano Reinhold Messner. Véase Messner (2000). **<<**

[67] Sanderson (1977), pp. 298-299. **<<**

[68] Los datos anatómicos disponibles sobre homínidos y neanderthales, por su propia naturaleza fósil, no nos permiten conocer con exactitud su grado de pilosidad corporal. **<<**

[69] Napier (1972), pp. 69-70. **<<**

[70] Gillman (1989). **<<**

[71] Ward (1997). **<<**

[72] Pugh (1963) y Benson et al. (1982). **<<**

[73] Napier (1972), pp. 140-141, p. 207. **<<**

[74] Russell (1941). **<<**

[75] Pranavananda (1956-1957) y Tchemine (1961). **<<**

[76] Heuvelmans (1995). **<<**

[77] Reproducido en Napier (1972), pp. 217-222. **<<**

[78] Citado en Krantz (1992), p. 92. **<<**

[79] Citado en Coleman & Clark (1999). **<<**

[80] Korff & Kocis (2004). **<<**

[81] Long (2004). **<<**

[82] Véase en **http://www.bigfootencounters.com/files/mk_davis_pgf.gif** y también en **http://www.bigfootencounters.com/files/Walkingwithbigfoot.gif <<**

[83] Véase al respecto en el capítulo 10 una posible relación de este episodio con el «hombre salvaje» de Vietnam. **<<**

[84] Napier (1972), p. 193. **<<**

[85] Los nucleótidos son las subunidades del ADN de todos los seres vivos conocidos en nuestro planeta. **<<**

[86] Las bases son componentes moleculares de los nucleótidos, mediante los cuales se codifican en el ADN las instrucciones genéticas que determinan las características biológicas fundamentales de una criatura viva. **<<**

[87] Napier (1972), p. 205. **<<**

[88] Morton (1844). **<<**

[89] Clark (1993). pp- 296-299. **<<**

[90] La historia se recoge en numerosos textos, como Heuvelmans (1958), Shoemaker (1991), Clark (1993) y Shuker (2007). **<<**

[91] Por ejemplo, Montandon (1929). Véanse, no obstante, sus demás trabajos, *y* las respuestas recibidas en la extensa bibliografía contenida en Viloria et al. (1998). **<<**

[92] Beccari (1943). **<<**

[93] De Loys (1929). **<<**

[94] Coleman & Raynal (1996), pp. 84-93. **<<**

[95] Shoemaker (1991). **<<**

[96] Viloria et al. (1998). **<<**

[97] Viloria et al. (1999). **<<**

[98] Declaraciones a la BBC en 2003, en el programa *The Other Orange* de la serie *Wildlife*. Véanse también los clásicos avistamientos de van Heerwarden y de Oostingh recopilados en Sanderson (1977). **<<**

[99] Citado en Zhenxin & Wanpo (1981). **<<**

[100] Shuker (2003). **<<**

[101] Así obra, por ejemplo, el lagarto americano llamado «monstruo de Gila». (*Helodernma suspectum*) o el lagarto-escorpión mexicano (*Heloderma horridum*). **<<**

[102] Uhen (2008) acuñó el nombre de *pelagiacétidos* para la combinación de los basilosáuridos y los neocétidos. **<<**

[103] Bouchet (2006), p. 33. **<<**

[104] Maede-Waldo & Nicoll (1906). **<<**

[105] Paxton (1998, 2004), Paxton & Holland (2005), Paxton et al. (2005), entre otros **<<**

[106] Paxton (2998, 2001). **<<**

[107] Raynal (2001). **<<**

[108] Solow & Smith (2005). **<<**

[109] White et al. (2004). **<<**

[110] Shuker (1995). **<<**

[111] Naish (1996c, 1998, 2000, 2001, 2003 *a*). **<<**

[112] Burton (1960), p. 775; Scott & Rines (1975). pp- 466-467; LeBlond & Bousfield (1995), pp. 81-83; Bauer (2002), p. 235. **<<**

[113] Bouchet (2006), p. 34. **<<**

[114] Macpherson et al. (2005). **<<**

[115] Bouchet (2006), p. 33. **<<**

[116] Wilson (1907). **<<**

[117] Giglioli (1870). **<<**

[118] Maigret (1986). **<<**

[119] Carr ct al. (2002). **<<**

[120] Heuvelmans (1983), Pine (1994), Patterson (2000, 2001, 2002), Collen et al. (2004). **<<**

[121] Aggarwal et al. (2007). **<<**

[122] Ceballos & Ehrlich (2009). Véanse también Reeder et al. (2007) y Schipper et al. (2008). **<<**

[123] Voss & Da Silva (2001). **<<**

[124] Van Roosmalen (2006). El ejemplar de la revista alemana *Bonner Zoologischen Beiträge* correspondiente a este número del año 2006 apareció publicado en julio de 2007. **<<**

[125] Algunas de ellas mencionadas en Shuker (2002/2). **<<**

[126] Ejemplar conservado que sirve como referencia en la caracterización científica de una especie viva, y por ello se emplea para posteriores comparaciones con otras especies emparentadas. **<<**

[127] Beckman (2005). **<<**

[128] Jones et al. (2005). **<<**

[129] Por ejemplo Timm et al. (2005) en contra y Landry (2005) a favor. **<<**

[130] Polaszek et al. (2005). **<<**

[131] Moser (2005). **<<**

[132] LeCroy & Barker (2006). **<<**

[133] Heuvelmans (1983), p. 5. **<<**

[134] Pereda & Barder (1998), p. 317- **<<**

[135] Heuvelmans (1986). **<<**

[136] Shuker (1991, 2002 *b*), Heuvelmans (1995), Galbreath et al. (2007). **<<**

[137] Fahrenbach (1998), Daegling & Schmitt (2000), Arment (2004).
<<

[138] Chalmers (1991, 1992). **<<**

[139] Angulo (2007) y Chordá (2007). **<<**

[140] Piénsese, por ejemplo, en los físicos que llevan más de cuarenta años buscando partículas supersimétricas, a quienes nadie tilda de pseudocientíficos por la prolongación indefinida en el tiempo de su empeño. **<<**

[141] Pereda y Bardet (1998), p. 323. **<<**

[142] Darwin (1862), pp. 197-203; Darwin (1877), pp. 162-166; Wallace (1867, 1907) y Wallace (1871), pp. 272-275. **<<**

[143] Muller (1873) y Rothschild & Jordan (1903), pp. 30-32. **<<**

[144] Sagan (1976). **<<**

[145] Este es uno de los muchos daros —véase también Mangiacopra et al. (2000)— que debilitan las tesis de inverosimilitud poblacional y ecológica sostenidas en Angulo (2007). **<<**